

A
000017878
0



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



Ex Libris
K. OGDEN





VICENTE F. LÓPEZ

HISTORIA

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

SU ORIGEN

SU REVOLUCIÓN Y SU DESARROLLO POLÍTICO

HASTA 1852

NUEVA EDICIÓN

TOMO VI

BUENOS AIRES

LIBRERÍA LA FACULTAD, DE JUAN ROLDÁN

418 - FLORIDA - 418

1911

2831
L88h
1911
v. 6

ÍNDICE

Capítulos	Págs.
I.—Misión á Europa de los señores Belgrano y Rivadavia	9
II.—La misión García y el estado general de Europa en 1815 y 1816	60
III.—El gabinete portugués y el emisario argentino.	93
IV.—La alianza convencional del Rey de Portugal con las Provincias Argentinas contra el Rey de España	149
V.—El gobierno de Pueyrredón y la Logia Lautaro	241
VI.—La invasión portuguesa y los partidos argentinos	299
VII.—Los dos protagonistas de la Revolución de Chile	366
VIII.—Don José Miguel Carrera en Cuyo y Buenos Aires	424
IX.—La resistencia popular de las provincias argentinas del Alto Perú	451
X.—Campaña defensiva del coronel Güemes en Salta	479
XI.—Los argentinos pasan los Andes y libertan á Chile	549

	<u>Págs.</u>
APÉNDICE I.—Informe del general Belgrano sobre la misión á Europa de 1815	609
— II.—Negociación de don Bernardino Riva- davia en Madrid en 1816	619
— III.—Informe dirigido por el señor García al gabinete de Río Janeiro sobre las cuestiones del Río de la Plata y po- tencias europeas. — Artículos adicio- nales al Tratado de 1812	631
— IV.—Don Tomás M. de Anchorena, Sarra- tea y las negociaciones del señor García	654
— V.—Deportación del coronel Manuel Do- rrego	664

COMPLEMENTO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

POR EL RÉGIMEN UNITARIO Y POR LAS ARMAS

COMPLEMENTO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

POR EL RÉGIMEN UNITARIO Y POR LAS ARMAS

CAPITULO I

MISIÓN Á EUROPA DE LOS SEÑORES BELGRANO Y RIVADAVIA

SUMARIO: Las misiones diplomáticas de 1814.—Indicaciones de lord Strangford.—Comisión de Sarratea.—Su resultado.—Su viaje á Londres.—Comisión de los señores Belgrano y Rivadavia.—Caracteres.—Aptitudes y deferencias.—Vaguedades y peligros del asunto.—Miras monárquicas de los comisionados.—Sus primeros pasos en Río Janeiro.—Situación difícil del gobierno de Buenos Aires.—Don Manuel José García y los comisionados.—Opiniones sobre la política portuguesa.—Llegada de los comisionados á Inglaterra.—Evasión de Bonaparte y restablecimiento del Imperio.—Preocupaciones y sorpresa de los comisionados.—Sarratea y sus planes.—Miras de Luis XVIII rey de Francia.—Intriga Cabarrús.—Alucinación de los comisionados.—Negociaciones y acuerdos.—Situación después de Waterloo.—Propósito de rapto y fuga del infante don Francisco de Paula para coronarse en Buenos Aires.—Resistencia de los comisionados.—Conveniencias indecorosas y criminales de Sarratea.—Preparativos de un duelo entre el general Belgrano y Cabarrús.—Regreso de Belgrano á Buenos Aires.—Ilusiones y ofuscamiento monárquico y colonial de Rivadavia.—Su viaje á Madrid.—Sus errores y su fracaso.—Diplomacia portuguesa.—Delaciones de Sarratea.—Juicio de Rivadavia sobre Sarratea.—Opinión del país

sobre estos tratos monárquicos.—Antecedentes y condiciones personales de los negociadores.—Las teorías reinantes sobre gobiernos libres.—Imperfección de las ideas.—El régimen republicano parlamentario.—Emilio Castellar.—Crítica del proceder de los comisionados.—Superioridad del gran estadista don Mariano Moreno.

Las comisiones diplomáticas que en 1814 se mandaron á Europa, tenían por objeto pedirle á Inglaterra que mediara con el rey de España para que oyese proposiciones pacíficas, y suspendiera mientras tanto la expedición y armamentos con que amenazaba á Buenos Aires. Pero como los efectos de las negociaciones de esta clase no se sienten sino algo después que se inician, las consecuencias de las que nos van á ocupar no entraron en el cauce de nuestros sucesos políticos hasta 1816: precisamente cuando el señor Pueyrredón tomaba el mando, y abría el difícil y glorioso período de que esas negociaciones fueron uno de los episodios más importantes y animados.

Lord Strangford, cuyo espíritu y previsiones estaban en la corriente de las miras reservadas, que su gobierno aplazaba hasta la ocasión oportuna, era quien había indicado la conveniencia de que se abriera una negociación pacífica con el rey de España. A pesar de las salvedades con que daba á entender que sus indicaciones eran meramente personales y amistosas, que su gobierno no tenía parte en ellas, era de sospechar que esto último no fuese completamente exacto; porque poniendo á un lado el peso de los intereses comerciales, la continuación de la lucha y los percances que ella producía en el mar y en las ciudades ribereñas, al perderse y

ganarse su posesión por las unas ó por las otras tropas, comenzaban á introducir en el seno mismo del ministerio inglés síntomas alarmantes para la cohesión interna de la' mayoría parlamentaria con que el partido *tory* puro estaba gobernado. Ya fuese por esta sospecha, ya por el valor que de suyo tenían las indicaciones de un personaje como lord Strangford, el gobierno de 1814 resolvió pedirle la forma en que el asunto podía llevarse á cabo; y como no era de esperar que se presentase á hácerlo por medio de una correspondencia epistolar, se creyó que don Manuel Sarratea, por sus anteriores relaciones, y por lo que blasonaba de su intimidad con él, era la persona indicada para recibir y transmitir sus consejos.

Lord Strangford recibió cumplidamente á Sarratea. Mas, como conocía que su índole era excesivamente frívola, desparpajados sus procederes y poco segura su moralidad, le contestó que sentía mucho que su nombre sonara en este asunto, porque todo lo ocurrido se reducía á una conversación familiar, en que se había indicado la conveniencia de acreditar en Europa una misión encargada de solicitar arreglos pacíficos con el rey de España; que aunque sin carácter ni la menor intención de asegurar algo, ó de dar consejos, había opinado que la corte de Madrid no rehusaría oír á los emisarios de Buenos Aires, y que el gobierno inglés miraría ese paso con mucho agrado.

Las explicaciones de lord Strangford eran, como se ve, muy poco positivas. Pero Sarratea no necesitó de más para tomarse la ocasión de satisfacer el deseo que le devoraba de verse en Europa

con una misión, encargada nada menos que de erigir un trono, y de andar con este embeleco en las manos entre príncipes y reyes. En la viveza pervertida de su espíritu, columbró al momento cuantas intrigas y marañas podían entrar en una gestión, que precisamente por ser de pura fantasmagoría, abría más vasto campo á enredos y gastos, sin responsabilidad por el éxito ni por la dación de cuentas. Desde luego dió por sentado que las insinuaciones del embajador iban mucho más allá que sus palabras; que la misión era ya esperada en Londres; que el gabinete inglés estaba pronto á darle su apoyo; y ya lo creyese, ó no (siendo esto último lo más probable) comunicó al gobierno que salía con urgencia de Río Janeiro, porque había de por medio grandes intereses y momentos preciosos que aprovechar en Londres, donde adelantaría sus trabajos mientras se le enviaban las instrucciones definitivas y los fondos indispensables para desempeñar en forma la misión que se le había dado.

A ninguna de las personas que influían en los negocios de aquella época, se le ocultaba que don Manuel de Sarratea, aunque seguro como patriota, era un hombre de principios morales poco delicados, y sólo por aquel error, tan común, de creer que para la diplomacia es necesario un espíritu falaz, se puede comprender que se le hubiese dejado en libertad de solazarse á tanta distancia con las vivezas y los artificios inquietos en que hacía consistir su habilidad. Se creyó que todo podía remediarse poniéndole al lado dos hombres respetables, y fueron nombrados don Bernardino Rivadavia y

el general Belgrano para que fuesen á Londres, tomando informes previos en Río Janeiro sobre lo que Sarratea hubiera arreglado y como podría negociarse un acuerdo para ganar tiempo. Difícil era haber dado con dos personajes menos capaces de evitar las malicias de Sarratea, que por naturaleza era intrigante y artificioso. Rivadavia era un personaje de tono clásico y de maneras teatrales: convencido de su importancia vivía en profundas meditaciones, y con escasa atención por lo mismo á todo lo que quedaba más abajo de la espiral de sus ideas. Sus concepciones irradiaban con colores tan vivos en su propia fantasía que hacían desaparecer el valor de los hechos en la batalla de los intereses que modifican las alternativas de la vida. Le faltaba aquella dote que los romanos apreciaban tanto con el nombre de *Cunctator* (1) y que, con menos

(1) El *Gran Diccionario Latino* de Freund, que es por ahora la última palabra de la lingüística latina (3 vol. en folio mayor, Didot Frères), dice: *Cunctator*, prudente, circunspecto, reflexivo, el que se toma tiempo, el que no precipita las cosas; *Cunctator*, correspondiente á *cautus*, como puede verse en Tácito, *Hist.* 2, 25 *natura ac senecta cunctator* (cauto por índole y por años). En los famosos versos de Ennio sobre el Dictador L. Fabio Máximo *Cunctator* vemos: *Unus homo CUNCTANDO restituit rem* (un solo hombre obrando con circunspección restableció nuestra fortuna)... *Tu maximus ille es, Unus qui nobis CUNCTANDO restituit rem* (tú eres aquel grande Fabio, el que *prudenciando* salvó la patria). Tito Livio hablando del mismo, dice: *Magister equitum, Fabium pro cunctatore se-gnem, pro cauto timidum, affingens vicina virtutibus vitia, compellabat*: (El jefe de la caballería le atribuía á Fabio los defectos de orden parecido á sus méritos (ó calidades) y porque era prudente (*cunctator*) le acusaba de tardo (*se-*

delicadeza, pero no menos oportunidad, llamamos nosotros *olfato*. Sus deficiencias provenían de que había nacido con la fantasía de un profeta, expuesta, por desgracia, á remontarse en vapores luminosos y convertirse en quimeras allá en el horizonte maravilloso del porvenir ó del vacío. Si como tenía la emanación lúcida de las ideas, hubiese venido al mundo con la nota musical en el manejo de la lengua, y con la paleta colorida en el estilo, nos habría presentado en su elevación y en sus flaquezas, en sus prestigios y en sus errores, algo de común con Víctor Hugo; ese tipo único y extraño del mal sentido político, de la virtud cívica, del error inocente, de la enormidad heráldica en el concepto, de la sublimidad de la forma, cuyas caídas todo el mundo conoce, pero que todo el mundo disimula absorto ante el brío poderoso y deslumbrante del artificio lírico. Ese genio lírico, sin las dotes externas del arte, fué á la vez el mérito y la perdición de Rivadavia. De ahí el doble y verídico aspecto con que se ofrece en nuestra historia al entusiasmo sentimental y apasionado de los unos, mientras que

gnem) y por cauto de tímido. (*Tit. Livio*, 22, 12 al fin) *Cunctator* correspondiente á *cautus*: *cunctator* sobrenombre del dictador L. Fabio Máximo (probablemente en razón de los reproches citados antes, *que le fué conservado como renombre honorífico*. (*Grand Dictionnaire de la Langue Latine sur un nouveau plan par le Dr. Guill. Freund*, 3, vol., fol. traduit. en Français, etc., etc., par N. Theil: vol. I, pág. 695. París, Didot Frères: 1858. El mismo Dic. de Valbuena, manual de niños y de eruditos á la violeta, trae esta frase de Plinio: *cunctatior deberem esse*: y la traduce mal, poniendo *menos* donde dice *más*; pues la genuina traducción es: Yo debiera ser *más* prudente.

otros lo desmenuzan para reducir, no diré el respeto que merecía, sino las glorias con que lo ensalza la leyenda que le ha elevado su partido.

Del general Belgrano poco tenemos que decir: sus virtudes lo defienden de todo; y si los contemporáneos pudieron llamarle como Darregueira, «el simple Belgrano» (2), las generaciones presentes saben que esa simplicidad es la que lo hace en la Historia Argentina el modelo más simpático de la abnegación inocente con que un patriota puro puede dedicar su vida al servicio de una renovación social que, si alguna vez le exigió más de lo que él podía darle, recibió lo bastante, con lo que le dió, para dejar justificada la gloria de su nombre.

Entre Belgrano y Rivadavia, el patriota visionario y el patriota simple, tenemos en acción ahora á Sarratea, á quien no titubeamos en llamar el patriota cínico, como le llamaban familiarmente los más escogidos entre sus contemporáneos (3). Los tres tenían encargo de desempeñar en común una misión rara, que, á atenerse á las instrucciones, era la de «gestionar en las cortes de Londres y de Madrid *según el semblante que presenten los tratados*». Ese encargo carecía, pues, de asunto serio: se reducía á tentar soluciones conjeturales por medios desconocidos que no les permitían tomar una acti-

(2) Carta del doctor Darregueira á don Tomás Guido, publicada en la *Revista Nacional*, del señor A. Carranza, tomo III, pág. 107. «El simple de Belgrano, últimamente resentido porque no se le ha lisonjeado con la declaración de la dinastía de los Incas, nos desacredita y prende fuego, etc., etc.»

(3) Don Tomás Anchorena, papeles de 1820.

tud franca como agentes ni determinar siquiera con qué gobierno iban á tratar, ó qué fines debían perseguir. ¿Buscaban alianzas? ¿protección? ¿arreglos monárquicos? ¿un rey? ¿ser perdonados? ¿una reforma del régimen colonial? Nada estaba definido, y cualquiera de esas diversas y contradictorias suposiciones podía ser materia de los trabajos. Pero, aunque era obscura en verdad la indicación de «gestionar según el semblante que presenten los tratados», debieron reflexionar que no habiendo ningún tratado existente, ni proyecto alguno que lo entablase, se había querido decirles que obraran según la probabilidad que encontrasen de tratar cualquier cosa, con tal de que se consiguiese suspender la marcha de los armamentos que estaban prontos á salir de Cádiz. Por desgracia, los comisionados lo entendieron de otro modo; en vez de preocuparse de este último punto, que, aunque incidental, era el de mayor interés para el país, se lanzaron á trabajar por una solución final, que á su manera de ver no podía ser otra que la de captarse el favor de las potencias europeas solicitando un rey que corriera cuanto antes á ocupar el trono imaginario que ellos le adjudicaban ya en el Río de la Plata.

El magnífico proyecto les sonreía á los tres aunque por diversos motivos: á Rivadavia, porque su genio le inclinaba á esas visiones de primer ministro de un Floridablanca al lado de un trono liberal, moderno y abierto á todos los progresos del siglo; á Belgrano, porque creía que decididas las potencias á no dejar república con vida en Sud América, veía en eso el paladión que debía salvar la indepen-

dencia de la patria; á Sarratea, porque le convenía vivir del erario y armar intrigas que le proporcionasen manejos, relaciones, emisarios y fondos.

El campo de acción era como mandado hacer para este último. Con el maravilloso encargo de buscar un rey, de adjudicar una corona, y en la necesidad de llevarlo á efecto por conductos secretos, con medios reservados y con agentes irresponsables, es claro que Belgrano y Rivadavia estaban perdidos donde el maquinista del cómico enredo había de salir con provecho y con impunidad también; porque así sucede en los pueblos en que la moral pública carece de clases tradicionales que le den sanción y fuerza contra la corrupción administrativa.

Lo curioso es que, según parece, alguien había ya previsto en Buenos Aires los peligros á que había de quedar expuesta esa misión interviniendo en ella Sarratea; y se atribuía á indicaciones de don Manuel José García una orden reservada que este mismo le entregó á Rivadavia en Río Janeiro para que en llegando á Londres «viese de encontrar el medio más honesto de hacer que Sarratea regresase inmediatamente». Pero no se cumplió; porque cuando Rivadavia y Belgrano llegaron á Londres quedaron hechizados, como lo vamos á ver, de los preciosos trabajos que Sarratea había ya iniciado allí con otros truhanes para adjudicar la corona argentina al infante don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII.

Belgrano y Rivadavia salieron de Buenos Aires al mismo tiempo que el general Alvear marchaba á tomar el mando del ejército concentrado en Jujuy.

La campaña debía ser rápida, no sólo por las aptitudes probadas del general, sino por la insurrección en que se hallaba toda la parte central y más importante del Perú, como hemos visto (4). La misión tenía, pues, el interesante objeto de proponer una base cualquiera de arreglo que alucinara al gobierno español, con tal que suspendiese la expedición del general Morillo, y que diese tiempo á que el general argentino ocupara á Lima. Este contaba con dos probabilidades: la una que España acudiera entonces con esa expedición por el norte á defender ó reconquistar aquella joya, la más valiosa de su corona colonial; y la otra que, en todo caso, él mismo tendría tiempo de volver con una fuerza imponente á poner á Buenos Aires fuera de todo peligro de ser atacada.

Llegados á Río Janeiro, los emisarios se pusieron en relación con la embajada inglesa. Lord Strangford les repitió lo que había dicho á Sarrautea; y aunque los felicitase de que llevaran un encargo conducente á pacificar el país, que Inglaterra había de mirar con agrado, les declaró también que después de los últimos sucesos de Europa, y de los tratados á que habían dado lugar, se hallaba sin instrucciones acerca de los asuntos del Río de la Plata y en completa ignorancia de lo que su gobierno pensaba hacer, ó no, en el caso de que partiera de Cádiz la fuerte expedición de que tanto se hablaba en América y en Europa.

Poco satisfechos de este resultado, trataron de tentar si la cancillería portuguesa (á la que supo-

(4) Vol. V., pág. 99 y siguientes.

nían muy influyente en el gobierno español) aceptaría tomar bajo su protección los preliminares de un arreglo con el rey de España sobre bases útiles y ventajosas al comercio de Portugal y de Inglaterra. El conde de Aguiar, primer ministro del príncipe regente (5), después de muy expresivos cumplimientos, les dijo que deseaba mucho que tuviesen feliz éxito, para que las provincias del Río de la Plata recobrasen el orden y la prosperidad de que por más de dos siglos habían gozado bajo la corona de su legítimo soberano; pero que no tenía antecedentes para conocer las miras del rey de España; y que los vínculos de familia que ligaban á los dos reyes le impedían tomar la iniciativa en asunto tan delicado que incumbía exclusivamente á uno de ellos. Lo singular es que las relaciones y diligencias de los emisarios tomaron desde el principio un carácter más cordial y franco con la legación española. No sólo fueron bien recibidos, y se cambiaron mutuas visitas, sino que el encargado de Negocios les dió recomendaciones para la embajada de Londres, adelantándoles la creencia de que por ese medio podrían obtener licencia para entrar en Madrid.

Entre tanto, como se habrá observado, cuando los emisarios salieron de Buenos Aires, nada se sabía del criminal motín encabezado por Rondeau: que acababa de echar á tierra los trabajos y las esperanzas del general Alvear. Así es que cuando

(5) El príncipe heredero, que poco después fué rey con el nombre de don Juan VI, era entonces regente, supliendo á su madre que estaba loca, y que era la reina titular.

ellos daban en Río Janeiro los primeros pasos de su comisión, era cuando el supremo director Posadas renunciaba, y cuando una situación extrema ponía al general Alvear en la necesidad de asumir las responsabilidades del gobierno y de hacer frente á la borrasca desencadenada ya contra él.

En medio de la guerra civil que asolaba todo el litoral, de la desmoralización de las tropas, de las amenazas de Pezuela y Osorio por el lado de Salta y por Cuyo, de la próxima aparición de Morillo que navegaba ya en el Atlántico con 15 mil soldados, y del rugido volcánico de las facciones, el director Alvear se imaginó, con razón, que había llegado el caso supremo de recurrir á los favores de un poder extranjero; y creyendo enemigo también á Portugal, echó los ojos á Inglaterra, cuyos antecedentes políticos, principios generales y valiosos intereses de comercio, le hacían esperar que quisiese contener el brazo tremendo y vengativo del monstruo que enlodaba el trono que Carlos III había dejado tan puro y tan simpático. Decidido, pues, á implorar esa protección, dirigió una nota al gobierno inglés, y otra á su embajador en Río Janeiro; y para no quedar expuesto á las demoras de una contestación eventual, encargó á don Manuel José García que las condujese, y que después de conferenciar sobre el asunto con dicho embajador, activase la pronta salida para Europa de los señores Belgrano y Rivadavia.

García salió de Buenos Aires creyendo, como todos, que el gobierno portugués estaba aliado con el de España en el propósito de someter las provincias argentinas. La cosa era tanto más probable

cuanto que los dos soberanos (que ya eran cuñados), acababan de vincularse más todavía casándose Fernando VII, y su hermano don Carlos, con las dos hijas de Portugal. De manera que, en esa suposición, se había creído inútil acreditar á García con encargo alguno ante un gobierno que ya se suponía enemigo.

Rivadavia y Belgrano supieron por García los aciagos sucesos de la patria, y aunque con pocas esperanzas de adelantar cosa alguna, convinieron en esperar el resultado de la conferencia que García, en cumplimiento de su comisión, había solicitado del embajador inglés; y cuando éste les comunicó que nada había conseguido (reservando sus inferencias) sino la aprobación de que marchasen á tentar en Inglaterra un medio cualquiera de salvar á su país, decidieron que García quedase en Río Janeiro á la mira de lo que pudiera acontecer á la llegada de las fuerzas de Morillo, y se pusieron en viaje. Sarratea los esperaba en Londres.

Al desembarcar en Falmouth se encontraron con la pasmosa novedad de que Bonaparte, evadido de la isla de Elba, había atravesado la Francia en triunfo y restablecido el trono imperial que un año antes había abdicado. La Europa entera estaba conmovida: los intereses más grandes anarquizados, y subvertidos todos los cálculos políticos. El partido reaccionario de las viejas monarquías en el continente y el partido *tory* en Inglaterra habían rehecho sus vínculos contra el espíritu revolucionario y democrático, recobrando una fuerza compacta y dominante en la opinión de las clases interesadas en el orden público y de la burguesía,

adherida ahora al parlamentarismo monárquico-liberal. En medio de esta explosión vigorosa de los intereses conservadores, que tan sangrienta queja guardaban contra los brutales escándalos y carnicerías de la república francesa, todo parecía como preparado por la mano misma de la fatalidad para concentrar la aversión de los reyes y de los gobiernos europeos, contra los insurgentes de Sud América, que osaban constituirse en repúblicas democráticas y contrarrestar insolentemente los derechos de su legítimo rey, restituído ahora á toda la majestad de su omnipotencia divina con el apoyo y el favor de las más grandes potencias del orbe.

Fué tan lúgubre la impresión que estos sucesos hicieron en el ánimo de los dos emisarios, (harto afligidos ya por la situación desesperada en que suponían á su país), que bajo el influjo del desconcierto natural de sus ideas, entraron á divagar, allí solitarios y arrumbados en un puerto inglés, sobre los rumbos más ó menos acertados que podían tomar para desempeñar su cometido.

Los dos convenían en que no había más salvación que dar cuanto antes la mayor notoriedad á la resolución que suponían hecha en el Río de la Plata de constituirse en monarquía, desarmar con esa declaración la hostilidad poderosa de los *tory* ingleses é inducirlos á proteger esta solución igualmente ventajosa á los intereses comerciales, á los compromisos políticos y á los pueblos que buscaban su salvación por ese medio.

Mas, al abandonarse á estas conjeturas, discrepaban en la manera de iniciar los primeros pasos. Rivadavia, en quien el respeto y la veneración á

España eran tradicionales, y tan sinceros como su amor á la independencia, se forjaba la ilusión de que el gobierno y el gabinete de Fernando VII reposara todavía en sus majestuosos antecedentes, con las formas y con la augusta justicia que Floridablanca había dado al reino de Carlos III, ó que se conservase allí, por lo menos, el espíritu benevolente y simpático de Carlos IV. Sin contar, pues, con los Calomardes, los Chamorros y los toreros que constituían la baja entidad del gobierno en la alcoba del nuevo rey, ni con su índole astuta y feroz, creía llano y acertado trasladarse desde luego á Madrid, presentarle la sumisión y vasallaje de los pueblos del Rio de la Plata, y solicitar con ingenua honradez la erección de una monarquía con un príncipe de la estirpe española; ó, si esto no fuera posible, que se acordase alguna reforma benigna del régimen colonial en aquellos ramos de la administración en que era más indispensable para el buen gobierno y pacificación del país; suspendiéndose por lo pronto las hostilidades donde estuvieran reabiertas; pues nada se sabía sobre el punto á donde hubiera arribado el armamento del general Morillo.

Belgrano, menos teórico, pero mucho más sentimental que Rivadavia, encontraba en el fondo de su corazón y de su amor á la patria nativa, una repulsión de instinto contra las miras de su compañero; y aunque pensaba que para salvarse era de absoluta necesidad adoptar resueltamente el régimen monárquico, opinaba que no convenía comenzar desde luego por ir á postrarse á los pies del rey de España, sino hacer antes pública manifestación

y profesión de fe categórica á nombre del gobierno de Buenos Aires contra el viciosísimo organismo democrático republicano; desarmar así la mala voluntad de los poderes, producida por los escándalos y las torpezas de la anarquía en que se revolcaban las colonias insurrectas; ponerse en sus manos y pedirles que arbitrasen una manera de crear y de adjudicar el nuevo trono, á fin de que fuesen ellas con esta solemne base las que les abrieran la entrada en Madrid y protegieran la negociación, si es que no se podía conseguir un candidato más simpático que los menguados infantes de España.

Lo singular es que con estas cavilaciones coincidía un algo que ellos ignoraban. Adelantándose á la misión que traían, y procurando quizá facilitarles las negociaciones, el gabinete inglés, en reserva absoluta y de por sí mismo, había indicado á su embajador en Madrid que hablase confidencialmente con el ministro del rey sobre la conveniente posibilidad de arribar á un arreglo en la lucha de sus colonias, y que si se creía conveniente ofreciera la mediación. Pero esta oferta, que probablemente procedía de las noticias transmitidas por lord Strangford acerca de las comisiones que salían del Río de la Plata, fué terminantemente rechazada pocos días antes de la llegada de Rivadavia y Belgrano; y el gabinete británico volvió á envolverse en la indiferencia soberbia de su habitual actitud, harto misteriosa por cierto para que fuese definitiva.

Bajo el doloroso influjo de tamañas contrariedades, y dando vuelo á mil cavilaciones tan incoherentes con la marcha de los sucesos en el Plata,

como con el estado de las cosas en Europa, los dos emisarios llegaron á Londres y encontraron á Sarratea completamente opuesto al viaje de Rivadavia á Madrid por muchísimas razones. La principal era que ya tenía en sus manos todos los hilos y los recursos de un vasto plan que debía realizarse en aquellos mismos días. Un príncipe español, hermano de Fernando VII, don Francisco de Paula, joven virtuoso, bueno y muy bien inclinado, estaba próximo á llegar á Londres con la debida autorización de sus padres para negociar y aceptar el trono del Río de la Plata. Todo estaba ya para allanarse. Carlos IV debía ser autorizado por las potencias para hacer un nuevo acto de abdicación y subdividir los dominios españoles entre sus hijos. Con este plan y con los lisonjeros detalles que Sarratea les comunicó, los dos emisarios quedaron mistificados, y reconfortado el ánimo se dieron á nuevas y grandiosas esperanzas.

Pasó entre tanto el efímero imperio de los *Cien días*: cayó de nuevo Bonaparte, y volvieron los borbones al trono de Francia.

La especie que Sarratea ponía en conocimiento de sus compañeros, no era del todo una invención suya ó de sus agentes; tenía una verdad relativa, y había sido materia de algunas sugerencias serias antes de la perturbación causada por el regreso de Bonaparte. Luis XVIII miraba con cariño á Carlos IV, que olvidado de todos y maltratado por el hijo perverso que lo había destronado, soportaba su suerte miserable en un rincón de Roma, careciendo de todo, hasta de recursos para remediar sus crueles dolencias. El monarca francés sintió ó

simuló sentir ciertos escrúpulos delicados por la manera con que el hijo había destronado al padre é impuéstole, por la fuerza y amenaza de armas, una abdicación inicua; que por otra abdicación no menos criminal, había hecho pasar á los Bonaparte el trono de España. Si la segunda abdicación era nula, lo era con más razón la primera que había servido de anillo á la violenta correlación de los dos actos. Inspirado en estos sentimientos benévolos, Luis XVIII inició con mucha mesura la necesidad de reverter estos antecedentes y regularizar la situación respectiva del padre destronado por el hijo en virtud del *Motín de Aranjuez*; sacudimiento anárquico y rebelde que, dadas las leyes y doctrinas del derecho público, no podía aceptarse como título legítimo á seguir ocupando un trono. Luis XVIII no decía hasta donde quería llevar las consecuencias que fluían de estos antecedentes; pero de mucho alcance habían de ser si tomamos en cuenta las indicaciones que en esas mismas cartas confidenciales hacía de la política sanguinaria de Fernando VII y de la horrible desesperación que estaba provocando con ella entre los españoles. Verdad es también que si era justa y piadosa la compasión con que Luis XVIII miraba á Carlos IV, doble era la repulsión que personalmente le inspiraba Fernando VII.

Bien se comprende que una vez admitido el principio, las consecuencias eran claras y de grandísima importancia. No sólo quedaba sujeto á una revisión el título con que Fernando VII reinaba, sino que podía serle retirado, ya por la abolición de la Ley Sálica y por el restablecimiento del orden

sucesorio de las partidas, ya por desheredamiento fundado en la conducta atroz que había tenido con su bondadoso padre, ya en fin por la necesidad de dar á España un monarca más consecuente y respetuoso para con los principios del siglo. Y á ser Carlos IV otro hombre, las consecuencias hubieran ido mucho más lejos, y se habrían colmado las miras del monarca francés cooperando á ellas con decisión el liberalismo español (6). Una de esas consecuencias, según parece, era la de allanar la insurrección de las colonias por medio de una subdivisión de monarquías en los dominios españoles, adjudicadas á los hijos de Carlos IV y puestas bajo el protectorado francés mientras se consolidaba en ellas el orden interior y el nuevo régimen (7).

La alarma de Fernando VII fué profunda. Lleno de pavor y de rabia acudió al Congreso de las potencias protestando que levantaría toda la España si se trataba de llevar adelante semejante pretensión; que contra él, Francia y los que tomasen su partido, no tendrían en el suelo español más aliados que los jacobinos, ni más sostén que éstos el trono de su padre. Medroso y pusilánime por carácter el anciano destronado, y amenazado brutalmente por el hijo, se apresuró á contestar á las car-

(6) Debe notarse que con respecto á España, la política de Luis XVIII fué muy distinta de la que adoptó Carlos X cuando le sucedió en el trono.

(7) Francia persistió en esta pretensión por algún tiempo, y cuando Carlos X repuso á Fernando VII, en 1823, había resuelto compensarse con la cesión de Méjico ó del Río de la Plata. Véase Granville Stapleton's *Political Life of R. H. George Canning*: vol. II, cap. VIII.

tas de Luis XVIII, que no quería ni podía reinar, pues estaba incapaz de soportar los contratiempos y las amarguras del mando. Las potencias encontraron un modo de salvar la dificultad haciendo el debido honor á las observaciones de Luis XVIII sin perjuicio de Fernando VII, que fué el de pedirle á Carlos IV que hiciera nueva renuncia, simple y llana, en favor de su hijo. El decaído anciano obedeció: el rey de Francia *reservó para otra ocasión* sus miras sobre Sud América, que no había descubierto del todo, y Fernando VII se entregó á perseguir con el último rigor á un gran número de personas que supuso inclinadas á la restauración de su padre (8).

El incidente había sido pasajero, pero oportunísimo para dar margen á la fecunda inventiva de Sarratea y de los agentes con quienes ya maniobraba cuando llegaron Rivadavia y Belgrano. Es claro que por sí mismo Sarratea no hubiera llegado á saber lo ocurrido en la reserva de tan altas esferas; pero la casualidad le puso en relación con un calavera, ó, más bien dicho, tunante de esclarecido nombre, que vivía de artificios, de juegos y de coimas, alrededor de príncipes aventureros y damas nobles, que en aquella época revuelta y de radicales renovaciones, andaban por Europa á caza de posiciones y de dinero. Era hijo del conde de Cabarrús, el conocido economista de la escuela de Campomanes,

(8) *His. Gen. de España* por don Víctor Gebhardt; vol. VI, cap. XVI. Granville Stapleton's--*Political Life of the R. H. George Canning*; vol. II, cap. VIII. Viel Castel; *Histoire de la Restauration*, etc., etc.

autor de unas *Cartas* recopiladas en un volumen muy estimado, que Rivadavia y Belgrano conocían y leían con devoción, como la mayor parte de los hombres de su tiempo. El hijo tenía admirable viveza; pero la vida de las cortes y el roce de las intrigas, lo habían corrompido en términos que, aunque soportado en la alta sociedad, pasaba por un pillete de maneras aristocráticas (9). Sin principios políticos que lo embanderasen de este ó del otro lado, vivía metiéndose en todas partes donde husmeaba una intriga. No podría decirse si era francés ó español, pero como la corte de Fernando VII, donde todo era grosero y temible, no se adecuaba al genio y á las vivezas de Cabarrús, frecuentaba más, con aristocrático desparpajo, los aposentos de la reina María Luisa, mujer de Carlos IV; visitaba á los cardenales más influyentes en los negocios del papa; iba y venía á París y á Londres, y en uno de los acasos que le proporcionaba su extremada movilidad dió con Sarratea, siendo entonces cuando se armó entre los dos el proyecto de coronar á don Francisco de Paula, soberano del Río de la Plata, entrando por supuesto el Alto Perú, que formaba parte de la vasta y opulenta región que había de ser monarquizada. Decir que era dueño del afecto de la reina y de Godoy, es como decir

(9) Tenía una hermana de singular belleza y talentos, mayor que él, que lo amaba como á hijo. Era una dama de vida liviana, pero rica, que había sido concubina de Barrás, de otros personajes después, y de la íntima amistad de Talleyrand; con todo lo cual vivía informada y actuaba en todas las intrigas del tiempo. Gebhardt, *Hist. Gen. de España*.

que sus opiniones, sus noticias y sus consejos, prevalecían en los conciliábulos de aquella desgraciada familia que no cesaba de prestar oído atento y ávido á todo lo que, por ilusorio que fuera, le ofrecía alguna esperanza de mejorar de suerte, aunque no fuese más que con sumas de dinero que le facilitasen vida más holgada y más tranquila.

Las ventajas del proyecto no se limitaban á la rehabilitación del rey Carlos IV, de la reina y de sus hijos menores, sino que se extendían también á la corte pontificia, con cuyo poderoso influjo sobre España se contaba, por el inmenso interés que tenía en restablecer y consolidar las relaciones de la Iglesia con las provincias católicas de ultramar, que, desmembradas al presente, ocasionaban perjuicios muy considerables al tesoro del obispo de Roma.

El conde había hecho ya varios viajes á Roma con estos fines. La reina y Godoy habían aprobado el plan y convenido en que el futuro monarca ocuparía el trono bajo una constitución liberal á la inglesa, cuya obediencia juraría previamente *en manos de los emisarios*. Carlos IV amaba mucho á su hijo menor por su buen carácter, y, con razón, más que á los mayores, que eran asaz perversos. El trono que le ofrecían lisonjeaba en extremo su cariño paternal, porque quedaba inmediato á los dominios de sus buenos hijos y nietos los príncipes de Braganza. Pero el infeliz era tan pusilánime por temperamento, y había quedado tan humillado por las amarguras de su vida, que de todo temblaba; y, según decía Cabarrús á los emisarios argentinos, se había negado á dar documentos de aprobación

que pudieran comprometerlo en el ánimo de su hijo, ó en el influjo que á éste le suponía entre las grandes potencias de Europa.

La reina María Luisa, al contrario, se mostraba indignada de la cobardía de su marido; y delante del mismo rey le había dicho á Cabarrús con heroica decisión: «Anda tú, y que se haga; yo misma iré con mi hijo á Buenos Aires». En la opinión de Godoy, que era el gran consejero de la mísera familia, convenía sin duda proseguir la negociación; pero ante todo debía ponérsele fondos en Londres para escapar de Roma, porque estaba cierto de que no bien se presentase el proyecto, ó se supiera la partida oculta del infante, Fernando VII pediría y obtendría su extradición.

Rivadavia quedó deslumbrado, y sintió su ánimo reconfortado. Belgrano, que estaba dominado por el profundo respeto, ó, mejor dicho, por la afectuosa admiración con que miraba á su compañero, se entregó á él con tal sumisión que, según sus propias expresiones, no hizo otro papel que el de su escribiente cuando llegó el caso de dar formas al asunto (10).

(10) «En una palabra, Rivadavia fué el director del asunto, como perfectamente instruido en nuestros sucesos y en atención á los conocimientos que posee y el pulso y tino que le acompaña, quedándome á mí, sólo el ser escribiente de todo.» Belgrano.—*Relación de mis pasos y ocurrencias de mi viaje al Brasil é Inglaterra extendida de orden verbal del excelentísimo señor supremo director interino*. Este documento del Archivo se halla íntegramente transcrito por el general B. Mitre en su *Historia de Belgrano*. Apéndice núm. 33, tomo III, página 488, 3.^a edición.

Con un rey de la estirpe española, miembro de la casa de Borbón, que por toda la Europa recuperaba sus antiguos dominios, y con un régimen monárquico asentado en el Río de la Plata, ¿qué podían objetar las grandes potencias, y sobre todo Inglaterra, que les impidiese dar en el acto su beneplácito y contener la saña de Fernando VII? ¿Podrían soportar que este tirano persistiera en perjudicar al comercio, perturbando las relaciones comerciales de otras naciones como la Gran Bretaña y Francia, por sólo el capricho de no querer reconocer una monarquía regular, tranquila y gobernada por uno de sus hermanos? No era posible; y aun cuando las potencias aparentaran en el primer tiempo algunas vacilaciones, su diplomacia había de ponerse por fuerza en grande actividad desde el primer día; y cuando vieran que el nuevo trono contaba con las fuerzas nacionales que defendían la independencia, era indudable que las potencias se habían de oponer á que continuara la guerra, y sobre todo á que se corriera el peligro de que viniese á terminar desgraciadamente por el triunfo de los monopolios y de los excesos absurdos que estaban ya condenados por el mundo civilizado. De haber sido posible la consumación de semejantes visiones, no hay duda que el razonamiento era fundado é incuestionables las consecuencias. Pero era menester ser Rivadavia y Belgrano para creer que esas mistificaciones pudieran entonces convertirse en realidades.

El primer paso de la intriga estaba dado. Rivadavia y Belgrano aceptaban el proyecto de Sarrautea y de Cabarrús: faltaba solamente que éste lle-

gase á Londres con las instrucciones definitivas de Carlos IV y de la reina, para dar forma solemne á los pactos, y que comenzase la explotación del admirable candor con que nuestros honrados emisarios se entregaban á la comedia.

Con la llegada del conde comenzó la parte seria del asunto: el dinero. El conde era hombre de empuje que no vacilaba ni dejaba vacilar á los otros, una vez que los tenía al alcance de su mano; audaz y bien cuadrado en sus intenciones, procedía de manera que con él no podían tomarse aquellas precauciones que son de regla común en negocios en que media dinero. El era, decía, un hombre excepcional y superior á esas miserias. Daba por sentado que la necesidad de dinero, no para él, sino para los otros, era cosa natural y entendida, y no se tomaba el trabajo ni de suponer siquiera que pudiera avanzarse la más ligera insinuación que atenuara la confianza absoluta que él merecía en ese particular. Era impávido, y tenía el talento de hacer callar hasta las dudas ó las sospechas que inspiraba. Lo primero que hizo fué hablar con mucha seriedad de los gastos personales que llevaba ya hechos en tantos viajes como los que había repetido de Londres á Roma ó á París por encargo de Sarratea. Y aunque él no se consideraba expoliado ni habría admitido serlo, pues obraba por el interés mucho más elevado que tenía en el éxito de un negocio tan importante para los viejos monarcas de España, á quienes quería entrañablemente, sin embargo, su posición no era tampoco tan amplia que le permitiera adelantar gruesas erogaciones como las que hacía en vista de la comisión política de un

gobierno extranjero todavía para él. En Londres la vida era muy cara, y para venir á esta ciudad, tenía que abandonar los valiosísimos intereses, propios y ajenos, que estaban á su cargo en el continente. Verdad es que entre todo lo que al presente le interesaba, nada le ofrecía mayores ventajas que la erección de un trono en el Río de la Plata ocupado por príncipes que tenían en él una confianza sin límites, y en cuyo cariño y estimación se consideraba sin rival. Si no fuera más que esto lo haría todo por sí mismo; pero adelantos de sumas importantes no los podía hacer. Lo primero era asegurar la posición pecuniaria del príncipe de la Paz, y como éste no quería ni podía dejar que figurase su nombre, era menester ponerle la suma conveniente en Londres y en manos seguras, es decir, de amigos que no divulgaran el secreto. Tenía también que hacer notar á los emisarios del gobierno de Buenos Aires que debía asegurarse una grande pensión y estado decoroso al rey Carlos IV y á la reina, y, por último, determinar lo indispensable para el candidato, y para su viaje.* Sin que él (decía el conde) tuviera declaraciones y datos categóricos sobre estos detalles esenciales, le era imposible dar un paso más, puesto que, estando aceptado el asunto en principio, sólo faltaba ajustar los medios materiales de llevarlo á cabo mediante los pactos que al efecto estaba facultado para recibir y transmitir á los reyes.

Rivadavia, al ver que el asunto comenzaba á imponer erogaciones sin garantías, observó que la forma para cosa tan grave carecía de aquella solemnidad que debía dársele antes de convertirla en una

negociación formal: y que la falta de ese principio exigía algún documento de Su Majestad, aunque no fuese más que una carta de su puño en que diera su aprobación y confirmase la agencia con que mediaba el señor conde. Este y Sarratea contestaron que eso ya se había intentado; que no era posible decidir al rey á un paso que consideraba de la mayor audacia y peligrosísimo para su quietud; que Godoy se negaba también á que lo diesen la reina ó el infante, porque estaba dominado por igual miedo de ser perseguido y llevado á España ó Africa á perecer en un presidio. Si eso se exigía como paso previo, la negociación fracasaba.

Al andar de estos tratos pudo notarse algo que dió á sospechar la sórdida intención y poca delicadeza de Cabarrús (11). Rivadavia, haciéndolo notar confidencialmente á sus compañeros, les propuso deshacerse de este agente y echar mano del señor don José Olaguer Feliú que además de haber sido paje de Carlos IV y de ser un compatriota, tenía bastante despejo para ocuparse con éxito del asunto; pero Serratea se opuso violentamente, y fué preciso ceder, porque de otro modo la soñada monarquía naufragaba en el puerto.

Colocado, pues, el asunto donde Sarratea lo tenía preparado, Rivadavia hubo de contraerse con grave seriedad á la tarea de escribir las instrucciones, convenios, actas de compromisos respectivos y, por fin, todos los documentos de Estado que debían constituir el pacto del infante con la nación y la Carta Constitucional del trono. ¡Parece una bro-

(11) Lo dice Belgrano en el informe antes citado.

ma inventada por el genio mismo de la burla! Pero la verdad es que don Bernardino Rivadavia, sirviéndole de escribiente el señor Belgrano, como acabamos de verlo, se puso á ese trabajo con prolijo y cauteloso esmero. En las extensas y minuciosas instrucciones que escribió para Cabarrús, le anotó todo aquello á que debía ceñir su conducta; se le ordenaba en ellas que recabase la venida del infante á Londres, tomando por pretexto unas cuentas que su padre tenía que saldar con ciertos banqueros holandeses de esta plaza; y de ese modo los emisarios lo tratarían y terminarían el asunto con él. Se le indicaba que pusiese grande cuidado en no hablar con nadie, y que visitase muy poco á los reyes padres, para no despertar la suspicaz vigilancia de la policía que Fernando VII mantenía en Roma. Con estas y otras tonterías estaban casi llenos los largos pliegos de esas *Instrucciones*. Se determinaba en ellas lo más mínimo, hasta por cuáles caminos y acompañado de cuántas personas había de salir el infante á fin de que nada se transcendiese hasta el momento de hacer pública la candidatura. Marchar rectamente á ocupar el trono por medio de la *fuga*, era cosa chocante por demás á la dignidad y al decoro con que debía erigirse la nueva monarquía, donde todo había de ser desde el principio, circunspecto, franco y noble. Era, pues, menester que la familia real cambiase á tiempo la residencia que tenía en Roma, por la de alguna ciudad de Austria; y que el infante pasase de allí á Norte-América con cualquier pretexto. Como este cambio daría lugar seguramente á que Fernando VII les retirase la miserable jubilación

con que los mantenía, las provincias del Río de la Plata tomaban á su cargo ese sagrado deber, y Rivadavia, con Belgrano... y con Sarratea también «prometían y juraban asistirlos á todos con regias pensiones» que, por la de Godoy, puede calcularse á cuánto subirían las de los reyes y la de Cabarrús como primer chambelán del nuevo monarca.

«Plenamente facultados (decían los emisarios en esos pliegos) por el Supremo Gobierno de las provincias del Río de la Plata, para tratar con el rey nuestro señor (el señor don Carlos IV) y con todos los de su real familia, á fin de conseguir del justo y poderoso ánimo de Su Majestad (?) la institución de un reino en aquellas provincias, y cesión de él al Serenísimo Infante don Francisco de Paula, declaran que los méritos y servicios del Serenísimo y Excelentísimo señor príncipe de la Paz don Manuel Godoy son tales que se le señala una pensión anual de cien mil duros, sobre la cual, así como las anteriores se abrirá un crédito y partida en el tesoro», etc., etc. Con esto se alcanza bien lo que fué aquella misión tan hablada entonces y después.

Es cosa, en verdad, de quedar uno aturdido delante de dos personajes tan graves, tan creyentes á su manera, pero de una inocencia los dos... íbamos á decir virginal, diremos sin ejemplo, que metidos en un cuartucho oscuro de Londres, y alumbrados por cuatro bujías, se entregaban así á la tarea de redactar y de «poner en limpio» estos papeles... para uso de Cabarrús y de Sarratea; ¡qué admirable enredo para el futuro Molière, ó el futuro Moratín de estas regiones!

Al tiempo que nuestros emisarios se entretenían en habilitar á Cabarrús con tan solemnes documentos y también con dinero, se ventilaba entre Bonaparte y las potencias tradicionales de Europa, la larga y porfiada lucha entre el despotismo militar y el despotismo reaccionario, que tenía pendiente su solución final de la campaña de Bélgica. El conde de Cabarrús había hecho presente que de cualquiera de los lados que resultase el triunfo, era seguro el éxito de la negociación. Si quedaba imperando Bonaparte, el favor del poder había de ser hostil á Fernando VII y benévolo para Carlos IV; si caía, y surgía otra vez Luis XVIII con una soberanía bien asegurada ya, volvería á su proyecto de que se reviesen los títulos originarios de Fernando, y se repusiera á su padre en las facultades legítimas que le correspondían para disponer de sus estados. Y observaba el conde, que para uno y otro caso, era indispensable que se le proveyese de todo, papeles y dinero, pues era urgente su marcha á esperar en el continente la solución de la guerra y aprovechar los instantes para traer al infante á Londres, á favor del ruido y de la confusión que debía producir la próxima batalla entre aliados y franceses. Nada podía objetársele; fué preciso someterse á entregarle fondos, que era lo substancial para él, y papeles que para nada le servían.

Pasaron los días: cayó Bonaparte derrotado en Waterlón; y después de hacerse esperar algunos meses volvió el conde de Cabarrús á Londres. ¡Pero nada había podido conseguir! El rey de Francia había desistido de proteger á Carlos IV. El poder y el influjo de Fernando VII se habían consolida-

do; y el anciano rey más pusilánime que nunca, y Godoy más aterrado que él todavía, se negaron á todas las condiciones que los emisarios les habían propuesto. De toda la familia y criados, sólo podía contarse con la reina y con el infante, que persistían en aceptar por su parte todo lo propuesto, y en *dejarse robar* para ser trasladados á Buenos Aires. Como esto, según la opinión del conde, era al cabo lo esencial del asunto en que trabajaban, él había dejado á sueldo un hombre de corazón y de valor, con quien el infante se entendería para fugarse. Pero el rapto, además de ser peligroso, exigía que se contase con medios de movilidad rápidos y bien preparados. Se necesitaba, por consiguiente, que se pusiese á su disposición en libras esterlinas, una suma suficiente con que llevar á cabo la operación.

Rivadavia y Belgrano se opusieron á semejante atentado. La comedia comenzaba en efecto á ser demasiado grosera y degeneraba en farsa. No podía olvidarse, decían ellos, que el trono que tenían encargado de negociar, debía ser serio y de condiciones legales. Los americanos tenían pleno derecho para reconocer por único rey á Carlos IV, y en él la facultad de adjudicar al infante don Francisco de Paula la soberanía inmanente en su persona de los dominios del Río de la Plata. Sin esta delegación, y traído por rapto ó por fuga, el señor don Francisco de Paula no pasaba de ser un simple aventurero que nadie aceptaría en el país á donde se le quería llevar así. Con este motivo se promovió una agria disputa en que el conde encontró ya la ocasión de romper con los emisarios. Luego que éste se ausentó dando muestras de grande enfado, Sa-

rratea trató de insistir en que convenía hacer traer al infante á Londres de cualquier modo que fuese, diciendo que él estaba seguro de que si le daban á Cabarrús algunos recursos cumpliría su promesa. Fundaba la conveniencia de esta entrevista con el infante en la notoriedad con que se haría saber á las potencias victoriosas que las provincias del Río de la Plata no sólo querían constituirse en monarquía, sino coronar un príncipe español, desarmando con esto á los poderes que las suponían anárquicas y rebeldes contra la familia de sus reyes naturales. En segundo lugar era de todo punto necesario «ocultar al gobierno de Buenos Aires lo que había pasado, y asegurarle que todo se había reducido á poner al infante en Londres, donde podía deliberar con libertad, hasta esperar la resolución del gobierno de Buenos Aires».

Belgrano se opuso á este temperamento porque, á su modo de ver, envolvía inexactitudes poco honorables y desnaturalizaba el orden y el sentido de los hechos que habían ocurrido; y dijo que habiendo resuelto regresar inmediatamente, tuviese á bien entregarle los papeles originales y las cuentas que había tenido con Cabarrús debidamente justificadas para dar al gobierno el debido informe de todo. No necesitó más Sarratea para desatarse de un torrente de palabras violentas y de improprios contra el gobierno, contra el país y contra los hombres todos que lo habitaban. A él siempre lo habían sacrificado, perseguido y engañado; no conocía allá sino bribones; y no les daría cuenta de nada porque de él no merecían respeto ni consideración de ninguna clase.

Tal fué la situación en que se parapetó; y sería cosa de dudarlo si no constara asimismo del melancólico informe con que Belgrano le expuso al gobierno los tristes percances de la misión.

Requerido Cabarrús buenamente por la devolución de las instrucciones y proyectos que se le habían entregado, así como por una forma ó razón justificativa de los fondos que había recibido, contestó negándose á todo; y habiéndose encontrado con Belgrano en casa de los banqueros que tenían los fondos de la misión, le dijo á éste que estaba bien informado de las palabras injuriosas que había emitido sobre él, y que pasaría á pedirle explicaciones. Iba á tener lugar un duelo: Rivadavia, Olaguer y otros argentinos lograron frustrarlo, evitando así un escándalo más en tan triste negocio. Por supuesto, que el entremetido y el agitador de esta iniquidad fué Sarratea: él mismo anduvo ocupado en esos días de los preparativos del duelo y hasta del armero á quien encargó revisar y tener listas las pistolas.

Belgrano regresó á Buenos Aires á dar una prueba más de su mal sentido político con la singular ocurrencia de la monarquía incaica; y Rivadavia, no menos iluso, insistió en las preocupaciones que tenían extraviado su espíritu con visiones, que aunque de otro color, no eran menos contrarias también al buen criterio y á la sensatez de un hombre de Estado.

Sin escarmentar con lo que acababa de pasarle, se puso en busca de recomendaciones que le abrieran entrada en Madrid, convencido de que allí iba á negociar un arreglo honorable con el rey de Es-

pañá. Esta inocente esperanza basta á mostrarnos que no tenía idea de lo que era ese rey, de lo que era España, ni del movimiento político que llevaban los pueblos que él pretendía representar en ese desatinado intento. Si hubiese tenido aquel tacto que enseña á no aventurar empresas arriesgadas sin haber estudiado los medios de darles solución, habría visto que se ponía fuera de las condiciones diplomáticas (esto es, tratables) de su asunto; y que usurpaba una posición oficial sin tener título, sin saber lo que habría de proponer, ni cómo pensaba salir de las dificultades que afrontaba. Necesario es tomar en cuenta la fatal inclinación de su espíritu á sublimar en formas agigantadas las emanaciones de su fantasía, para explicarnos que se hubiese ofuscado al grado de no ver que metido en Madrid, en aquel Madrid mudo y policiaco de Fernando VII, había de encontrarse sin independencia para proponer y discutir cláusula alguna que fuese favorable á su país; y que abandonado á sí mismo bajo el peso de una tiranía soberbia y vengativa, no le había de quedar otro recurso que abjurar de su propio patriotismo, y prosternarse «humildemente»—son sus palabras—en las gradas sangrientas de aquel mismo trono que los pueblos del Río de la Plata habían jurado no obedecer ni soportar jamás.

Olvidando, por su mal, los consejos hábiles y prudentes que García le había dado en Río Janeiro sobre los inconvenientes de este viaje, y sobre otros puntos no menos delicados de la misión, no trató de otra cosa, después de la partida de Belgrano, que de propiciarse la relación personal de algunos

españoles de influjo que se hallaban en Londres. Hombre honorable y virtuoso que se hacía conocer á primera vista, no le fué difícil captarse la estimación de los principales entre ellos. Les hizo confianza de los encargos que llevaba, ó más bien dicho que él se atribuía, y se propició su estimación exponiéndoles los inmensos beneficios que España podría asegurar cambiando prudencialmente su viejo régimen colonial por el de una monarquía hispano-americana que debía ser, natural y forzosamente, una nueva y anchurosa patria para los pueblos de la península ibérica, para su comercio y para su nobleza también.

Rivadavia se imaginaba que era imposible que el rey y sus ministros no alcanzasen los resultados evidentes de esta sublime solución. Pero que, si por desgracia se creía desdoroso comenzar la reforma por ese gran paso, bastaría por lo pronto que el rey desarmase la insurrección anárquica que devoraba el porvenir y las riquezas de la provincia del Río de la Plata, haciéndoles algunas concesiones administrativas que las colocasen en el goce de aquellos beneficios que los progresos del siglo hacían indispensables en la vida de todos los pueblos civilizados.

En la atmósfera de Londres se volvían claras y simpáticas las cosas que bajo el despotismo reaccionario de Madrid pasaban por ser el colmo de la insolencia y del crimen político. Los españoles que hablaban con Rivadavia y que miraban á América como el paraíso perdido de España, creyeron de sumo interés proporcionarle la manera de que se presentase á los ministros de Fernando VII á in-

formarles de su misión con los amplios horizontes que les trazaba en su fantasía, y con la evidente honradez de su carácter.

A estar á ciertas alusiones de la prensa de Londres parece que no faltó en el gabinete inglés quien indicara al embajador español la conveniencia de que recabase una licencia ó salvoconducto que autorizara á Rivadavia para trasladarse á Madrid y obtener audiencia. El que más afanoso anduvo en esto, y entendido también, según se creyó entonces, con el ministerio inglés, fué don Juan Manuel de Gandaseguí, director de la Compañía de Filipinas, que tenía asiento y bastante valía en Londres y en Madrid. Fué él quien obtuvo el salvoconducto por *real cédula*; y cuando estuvo provisto de ella, Rivadavia vió colmado al fin el veheméntísimo deseo que por tan largo tiempo lo había deslumbrado: ¡Ya iba á Madrid!

Para darnos cuenta de esta rara infatuación, sería necesario suponer que Rivadavia daba por perdida ó anonadada ya la independencia argentina, lo que no es de creer, pues no podía ignorar que no todo se había desquiciado, como se temió en el primer momento de la caída de la Asamblea: precisamente entonces era cuando Rondeau invadía el Alto Perú con un ejército, que, como quiera que fuese, se tenía por más fuerte y mejor templado que el de los enemigos. Ese paso no estaba tampoco de acuerdo con sus instrucciones, con la ley de que emanaba su misión, ni con las resoluciones del gobierno que lo había nombrado. Verdad es que al enviarlo se había previsto el caso de que pudiera convenir que se trasladase á Madrid; pero se le

había recomendado expresamente que lo hiciese «según el semblante que presentasen los tratados» lo cual importaba la orden de que ante todo negociase bases de tratado en Londres; y que sólo teniéndolas pasase á discutir las á Madrid «dando cuenta de sus pasos antes de comprometer cosa alguna definitiva». Ningún hombre de juicio se hubiera creído con facultades para proceder de otro modo; y mucho menos después que García le había comunicado en Río Janeiro que cuanto se tentase debía tener por base la protección ó interposición del gobierno inglés, «porque era de todo punto imposible que las provincias del Río de la Plata hubieran de volver á la antigua dominación española» (12).

Metido en Madrid, Rivadavia se encontró en la dificultosa posición que era de esperarse. Nadie lo había llamado: no tenía antecedente ninguno con que abrir una negociación: el rey y su gobierno estaban inflexibles en su legítimo derecho de soberanía absoluta sobre las colonias hispano-americanas; los primeros sucesos de la expedición de Morillo les hacían contar con que todo el país de *Tierra Firme* estaba ya reducido, y que el ejército vencedor pasaría pronto del Ecuador al Perú donde se concentraría una fuerza formidable de 30,000 hombres. Ninguna indicación se le había hecho de que el rey quisiera oír proposiciones de transigencia. ¿Qué papel, pues, qué carácter iba á tomar el se-

(12) Nota del director Alvear á lord Strangford, de la que García llevaba copia: Véase tom. V. Apéndice III.

ñor Rivadavia ante el gobierno de la metrópoli? ¿El de agente de los rebeldes...? Hubiera bastado para que lo arrojasen de la corte. ¿El de implorar medidas benévolas y actos de perdón? Le habrían exigido el previo arrepentimiento de los rebeldes, la sumisión completa y la entrega del país á la clemencia de Fernando VII. ¿Las ventajas de la creación de una nueva monarquía? Eso era pedir que el soberano dueño de todo, se despojase por puro gusto, de la mayor parte de sus *opulentas propiedades*. ¿Qué hacer entonces? ¿Por dónde comenzar?

No había sino un camino: ¡tristísimo y vergonzoso en verdad!

Pero no pudiendo retroceder ni escaparse de Madrid, no había más remedio que mentir; y don Bernardino Rivadavia, oprimido por la falsa y fatal situación en que se había colocado se resignó á mentir, y escribió: «Como la misión de los pueblos que me han diputado *se reduce* á cumplir con la *sagrada obligación de presentar á los pies* de Su Majestad las más sinceras protestas de reconocimiento *de su vasallaje*; felicitándolo por su venturosa y *deseada* restitución al trono; y suplicarle humildemente que se digne, como padre de sus pueblos, darles á entender los términos que han de reglar su gobierno y administración, Vuestra Excelencia (13) me permitirá el que sobre tan interesantes particulares le pidan una contestación, cual la desean los indicados pueblos y demanda la situación de *aquella parte de la monarquía*» (14).

(13) Se dirige al ministro Cevallos.

(14) Documento copiado en el Archivo Ministerial de

Al dar este paso, Rivadavia no había contado con la perfidia de Sarratea ni con el vil proceder con que este intrigante podía clavarlo en una situación harto desairada y no poco peligrosa. Apenas tuvo noticia del viaje á Madrid, Sarratea escribió al ministro Cevallos, por medio del mismo Cabarrús, que Rivadavia no tenía ni los poderes ni las instrucciones que se atribuía, y que en vista de sus procederes arbitrarios y puramente personales el gobierno de Buenos Aires le acababa de retirar su carácter, constituyéndosele á él único representante en Europa de las provincias del Río de la Plata; pero con la cláusula terminante de que cualquiera que fuese la solución que se entrase á tratar había de ser sobre la base de la independencia de las provincias unidas del Río de la Plata, pues Rivadavia no había tenido jamás poderes para otra cosa, como se vería si se le pedía que mostrase las facultades con que había ido á Madrid. Lo peor para Rivadavia era que no podía levantar la delación, porque era cierta (15).

Indignado el ministro español con semejantes informalidades contestó á la nota de Rivadavia en los términos más duros que podía darle: «Si con el deseo, dijo, de restablecer la tranquilidad de sus dominios se había prestado el rey á oír las expresiones *de sumisión y vasallaje de los que se dicen* diputados del llamado gobierno de Buenos Aires,

Madrid por don José Prudencio Guerrico, por encargo del doctor don Manuel Rafael García, ministro argentino en Londres.

(15) *Documentos inéditos del comisionado don Manuel José García*, publicados por el Dr. D. M. R. García, cuad. 2.

tenía ahora motivos para sospechar de su legitimidad, no sólo por el documento del poder tan informal y destituido de autenticidad que le había presentado en su primera conferencia, sino por lo que Sarratea, que también se dice diputado, acababa de informarle».

«Pregunté á usted si tenía instrucciones, y me respondió que no las traía ni las había pedido á sus comitentes, porque habiendo en la Junta de Buenos Aires (*sic*) *cabezas exaltadas*, le pareció que era preferible no traer instrucciones y evitar que algunas de las que se le diesen *pudieran irritar el ánimo de Su Majestad*, y poner estorbos *al ejercicio de su clemencia*. Pero á los dos días se me presentó el director de la Compañía de Filipinas, don Juan Manuel Gandaseguí, y de parte de usted me dijo *que se le había olvidado* decirme que en un *capítulo de sus instrucciones* se le había prevenido sobre la conveniencia que habría en que Su Majestad enviase sujetos de su confianza al Río de la Plata para que instruídos prácticamente de la situación informasen etc., etc. Esta es, pues, una contradicción que aumenta las sospechas *contra la buena fe* de que debieran estar animados aquellos que arrepentidos acuden ahora á la clemencia del mejor de los soberanos. Las sospechas crecieron con la noticia de que los corsarios de Buenos Aires se habían apostado en las cercanías de Cádiz para hostilizar nuestro comercio, llegándose así á la evidencia de que los designios de Buenos Aires no eran otros que ganar tiempo y adormecer las providencias reclamadas por la justicia y el decoro del Gobierno... Es preciso, pues, cortar el hilo de unas

conferencias *destituídas por parte de usted de la buena fe y del sincero arrepentimiento* que debían animarlas... En consecuencia, ha determinado Su Majestad que usted se retire de su real garantía, pues como ésta se acordó á un sujeto á quien se creyó adornado de las cualidades que inspiran confianza, después de las conferencias *es otro muy distinto á los ojos de la ley*. Sin embargo, Su Majestad se desentiende de sus derechos y sólo se acuerda de lo que se debe á sí mismo».

Con este oficio en que Fernando VII terminaba mostrándose harto generoso en no mandar á Rivadavia á los presidios de Africa, ó en no hacerlo ahorcar, venía acompañada una real cédula de expulsión en el término de veinticuatro horas. Su única garantía en este caso fué que el gabinete inglés, como lo veremos más tarde, y sin que Rivadavia lo supiese, había cooperado á que fuera recibido y oído en Madrid, por medio del señor O'Farrell, embajador de España en Londres, que á su vez había tratado á Rivadavia y le tenía muy buena voluntad.

Insultado de un modo tan acerbo, Rivadavia solicitó una nueva conferencia por medio de Gandaseguí; pero se le denegó ordenándosele que extendiese por escrito lo que tuviese que decir al gobierno del rey. Semejante orden colmó la desventura de su situación y la vergüenza de las protestas que para sincerarse tuvo que dejar consignadas.

Convino desde luego en que había ido á Madrid poco documentado, y con instrucciones muy deficientes. «Cuando don Manuel Sarratea se ingirió en este asunto, aseguré al señor Gandaseguí

que ese incidente me obligaba á suspender todo procedimiento, dar parte á Buenos Aires y esperar los informes que había llevado don Manuel Belgrano. Pero el señor Gandaseguí, animado del más vivo y justo celo por el servicio de Su Majestad é intereses de la nación, me excitó á no demorar por motivo alguno, negocio de tanta importancia, y aprovechar las favorables disposiciones que le constaba que había... En la primera audiencia se dignó Vuestra Excelencia decirme que le había hablado á Su Majestad con toda claridad sobre los asuntos de América, convenciéndole de la necesidad *de proclamar á aquellos pueblos, otorgándoles gracias efectivas*; que inclinado á ello el real ánimo se había consultado al Consejo de Indias, *para que en vista de las leyes de aquellos reinos y de las circunstancias actuales fuese informado Su Majestad de lo que pudiera acordárseles*. En seguida me dijo Vuestra Excelencia que era natural que yo trajese proposiciones de aquellos pueblos. A esto contesté que yo no venía á hacer proposiciones, y que de hecho aquellos pueblos no las pedían; pues aún cuando me las hubieran dado *no me hubiera hecho cargo de ellas*; á lo que Vuestra Excelencia se sirvió decirme *que era de mi parecer*, pues lo contrario habría sido *dictar condiciones al soberano* (16).

Como el ministro Cevallos le hiciera serios y fundados cargos por los hechos de Brown en el Callao

(16) Esto está en contradicción manifiesta con las palabras del documento anteriormente transcripto que dice: «Como la misión de los pueblos que me han diputado se reduce á cumplir con la sagrada obligación de presentar á los pies de S. M., etc., etc.»

y en Guayaquil, Rivadavia le contestó que esos hechos eran consecuencia del estado de aquellos pueblos, *«pero que procederían de muy distinto modo después de los informes que había llevado don Manuel Belgrano, y así que estuviesen instruidos de que Su Majestad se había dignado oírle y admitir su misión; que sobre eso había escrito con repetición y lo bastante á inspirarles confianza y prevenirles del respeto y circunspección con que debían esperar LAS PIEDADES DEL SOBERANO»*. El señor Rivadavia no había escrito jamás semejante cosa; pero continuaba: «Ahora me veo argüído de mala fe é indigno de inspirar confianza; y no me resta sino *suplicar*, por medio de Vuestra Excelencia *sumisa y encarecidamente á NUESTRO SOBERANO* que por mí no se perjudique á aquellos pueblos...

»En fin, yo me hallo autorizado, y me considero en la obligación de protestar *que aquellos pueblos desean y están de buena intención dispuestos á entrar en el plan general que se estableciese para todos sus hermanos de América; en este caso no tratarán de impetrar más de LA PIEDAD DE SU SOBERANO*, que aquellas providencias que aconseja la prudencia para contener las venganzas, y cortar los resentimientos y animosidades que ha producido la GUERRA CIVIL... Y si hay algún medio de reponer la confianza, tanto por mi parte como por la de aquellos pueblos, tenga Vuestra Excelencia la bondad de manifestármelo, pues á todo estoy resuelto *para probar á mi soberano* los leales sentimientos de dichos pueblos, y los míos, para convencer de que el honor, ó más propiamente el cumplimiento de mis obligaciones, es la base de mi conducta».

Esta nota, y más que todo los informes que Gandaseguí le dió á Cevallos, al entregársela, sobre el abatimiento y desesperación en que dejaba á Rivadavia, de cuya buena fe Gandaseguí estaba íntimamente convencido, condolieron al ministro; y para hacerle menos penosa su situación le contestó «que las observaciones que le había hecho sobre falta de buena fe no recaían sobre su persona, sino *sobre su comisión* de diputado de Buenos Aires para implorar la clemencia del rey, cuando sus comitentes no merecían otra que la mayor severidad, ni podían esquivar la justicia sino á beneficio del más sincero arrepentimiento y á la sombra de la benignidad de su soberano». Dicho esto se le repitió la orden de salir inmediatamente de la corte.

Temiendo con razón que la diplomacia portuguesa participase lo ocurrido al gobierno de Río Janeiro, Rivadavia procuró asegurarse del silencio de García y le dió cuenta del fracaso, en términos medios y sin transcribir por supuesto ninguno de los documentos. Asimismo, le suplicó que reservase el tenor de su nota, «*pues á Buenos Aires no escribo tan claro*, le decía, porque creo que debo omitir *cuanto pueda exasperar*, y me sea lícito sigilar; así doy parte oficial más circunspecto, instruido de todas las copias y de las contestaciones». Por desgracia, esto tampoco era cierto: y servía sólo á mostrar cuán comprometida se hallaba á sus propios ojos la situación injustificable en que se había colocado.

Natural era que Sarratea se aprovechase de tan buena ocasión para dejar á Rivadavia en un punto de vista ridículo y culpable. Pero ya fuese porque

ignorara la parte oficial del incidente, ya porque tuviera más de bufón que de verdadera índole política, se ocupó en escribir tonterías de cómo Cevallos á coscorrones y puntapiés había echado del ministerio á Rivadavia, haciéndolo salir de Madrid á espetaperros; con otras fruslerías menos graves por cierto que la realidad. Que si los hechos y los documentos se hubieran conocido en toda su verdad, la parte ridícula del asunto, que fué la que prevaleció en su tiempo, hubiera desaparecido al peso de la indignación que la verdad habría levantado.

Merece aquí tenerse presente el hidalgo proceder de don Manuel José García, que informado por el ministerio portugués del triste episodio, guardó un estricto silencio toda su vida, aun teniendo después amargos motivos de queja contra don Bernardino. El rastro quedó, sin embargo, en sus papeles reservados, y allí lo tomó su distinguido hijo, para pedir al señor Guerrico que le sacase copia de los documentos que existieran en el Archivo de Madrid sobre este incidente de la misión.

Como hecho histórico, el episodio no tuvo más importancia en nuestros sucesos, que los vagos rumores con que contribuyó á mantener agitadas las prevenciones y las alarmas rencorosas del partido republicano, que, estrictamente hablando, no era un simple partido, sino el país entero tomado en globo como opinión pública. Pueyrredón pensaba del mismo modo, por más que su vigilante prudencia lo tuviese embarazado entre los exagerados que se habían declarado sus adversarios, amenazando el orden, y la infatuación incomprensible por fun-

dar una monarquía que extraviaba la fantasía del partido conservador, cuya estabilidad en el influjo gubernativo tenía que mantener con firmeza el Director Supremo, so pena de anular la autoridad del Congreso, y la suya propia, ante un movimiento desordenado, desprovisto de bases orgánicas, que luchaba por aventurarse á los azares de lo desconocido, sin consideración á los conflictos en que la suerte de la nación estaba todavía gravemente comprometida.

Informado Rivadavia de la parte que Sarratea había tenido en presentar como culpables y ridículos los desgraciados pasos que había dado en Madrid, escribió á Pueyrredón en estos términos, que si no bastaban á justificarlo á él, eran bien merecidos de su delator: «Me dicen, que don Manuel Sarratea ha escrito á esa que el general Belgrano y yo le hemos impedido el que consiguiese el reconocimiento de nuestra independencia. Esta es una tan triste como evidente prueba *de las ventajas de la moralidad sobre las más felices disposiciones de la naturaleza*: si él hubiera aprovechado mejor, ó al menos *no hubiera corrompido* tanto las que tan graciosamente había recibido, cuando *su conducta le ha puesto en la vergozosa necesidad* de recurrir á la impostura, lo hiciera con menos torpeza... Yo no sé si dicho caballero se habrá arrojado á escribir tan torpe calumnia. Si ha tocado en tal extremo, es de mi deber exigirle las pruebas, y *rendir yo las muy abundantes que puedo presentar*; LAS QUE LE HARÁN TANTA JUSTICIA COMO DESHONOR. Te protesto que sobre este asunto no puedo caer jamás *sino forzado y con la mayor repugnancia*; pues aunque

don Manuel Sarratea ha hecho *demasiado para no merecer* cosa alguna de mí, yo me debo á mí y á mis principios; consideraciones que él desconoce, y *de que abusa criminalmente*».

Resumiendo ahora nuestro sentir sobre estos incidentes, diremos que no es el deseo de establecer una monarquía liberal lo que vituperaríamos, si se hubiese trabajado con tiempo en la manera práctica de agrupar los elementos más sanos y robustos del cómputo social, dando una dirección seria, en ese sentido, al movimiento político de 1810 que nos llevaba á la independencia. Tampoco nos causaría escándalo que un grupo distinguido de nuestros principales comuneros se hubiese alarmado al ver apuntar una república democrática y callejera, que con sus inclinaciones al desorden y con su genial insolencia amenazaba sobreponerse á las tradiciones y á los influjos consagrados, que el régimen colonial monárquico había dejado en pie y en armonía perfecta con la marcha de la nueva nación. En aquella época y en el ambiente que envolvía á nuestros emisarios, hablar de república y de republicanos en Europa era evocar el fantasma luctuoso y sanguinario de la república francesa que había subvertido los asientos de la vida social y atacado la naturaleza moral de las leyes que rigen el orden y el progreso de los pueblos cultos. Los Estados Unidos no eran todavía un argumento satisfactorio contra estas preocupaciones; pues, por más que la fuerza del hecho y la nobleza de su filiación los hiciesen pasar como una entidad extraña, poco explicable y simplemente tolerada, nadie olvidaba que de ese lejano oeste era de donde habían venido mu-

chos de los gérmenes que en Francia habían precipitado la borrasca. Estas prevenciones se hallaban desgraciadamente corroboradas por los escándalos anárquicos de Méjico, de Tierra Firme, de Chile y del Río de la Plata, cuyos emisarios andaban pidiendo la conmiseración de las potencias europeas, convencidos de que sin esa protección no podían salvarse de España ni salir del desorden que los enloquecía.

Hombres como Rivadavia que habían nacido con un temperamento eminentemente monárquico, no podían sacudir desde el primer día las preocupaciones angustiosas que oprimían su espíritu, ni mirar sin terror la demolición del orden de cosas á que se hallaban adheridos por principios, intereses y esperanzas. Pensaban, pues, que las naciones de Europa tenían razón en abominar cuanto tuviera relación con el espíritu republicano, sinónimo entonces de anarquía, de revuelta y de sangre; espíritu que para ellos mismos era una amenaza presente y una catástrofe próxima. Desde este punto de vista, es menester hacerles justicia, si creyeron que su deber era trabajar por constituir una monarquía con príncipes de una casa reinante que les propiciase la buena voluntad de los poderes extranjeros, y la aquiescencia de España á un propósito como este, que les parecía tanto más acertado cuanto que venía preconizado desde el glorioso reinado de Carlos III por uno de sus más célebres ministros, el afamado conde de Aranda, tan ilustre como liberal entre los hombres preeminentes del siglo XVIII (17).

En esto, los hombres de ese grupo, aunque ilusos, eran hombres de su tiempo: participaban de los mismos temores, habían pasado por los mismos desengaños y obedecían á las mismas precauciones que en Europa hacían reaccionar la vida política en busca de la fórmula completa del *organismo libre conservador*, es decir, del organismo parlamentario, de ese orden constitutivo del *debate gubernamental* que lleva y mantiene en el poder los movimientos varios de la opinión pública, sin lo cual el gobierno de las naciones se convierte desvergonzadamente en un simple *derecho de prescripción*, ganado por el primer ocupante *in re nullius*, transmitido, *clam et vim*, por testamento ológrafo y en puridad.

Por mucho tiempo se estuvo creyendo que este precioso resultado de la ciencia política moderna era una propiedad exclusiva del sistema monárquico constitucional; y por eso fué, que aquellos hombres de los primeros tiempos de nuestra revolución, ignorando que podía haberse hermanado también con un régimen electivo, lo buscaban en la monarquía, verdaderamente inspirados por un deseo sincero de libertad que según ellos no podía ser fruto de la república democrática electoral (18).

(18) Hoy no hay en el mundo ningún pensador serio, ni hombre de Estado conspicuo, monárquico ó republicano, con tal que sea liberal, que no profese estos principios de la *política científica* como los únicos que pueden hermanar orgánicamente, de manera estable, el orden libre con la libertad ordenada, y subsanar los defectos capitales del organismo presidencial, que por su mala naturaleza produce una vida fatalmente intermitente, dominada por

Aunque esto pudiera disculpar como teoría la candidatura de don Francisco de Paula, que si no fué inventada fué patrocinada por los señores Rivadavia y Belgrano, quedaría siempre mucho que vituperar en la manera con que se condujeron. No es poca prueba de su poco tino reparar que, cuando estos señores buscaban en esa intriga lamentable cómo sacar á su país de las dificultades en que se hallaba, los pueblos argentinos obraban de su cuenta confiados en la justicia y en la robustez de la causa nacional; y sea porque les viniera del orden de su formación, á nivel, en el seno del régimen colonial, ó por la ciega terquedad de España, que

el acaso y por lo desconocido, que si puede ser de buena condición en un período, es casi seguro que será de muy malas condiciones en la mayor parte de los períodos subsiguientes. Emilio Castelar, el hombre de lengua española más tomado en cuenta en las naciones libres de nuestro tiempo, piensa como nosotros. Sus talentos, sus virtudes cívicas, su extensísimo saber, y la circunstancia de ser un republicano intachable, dan una gran autoridad á su opinión, y nos complace, por eso, poder citar las palabras de una preciosa y reciente carta que de su mano ha publicado la *Nación* del 13 de septiembre de 1887. Hablando allí de Ruiz-Zorrilla, que, como gran parte de nuestros republicanos de aquí, anda hartó confuso en saber cómo pueda armonizarse el sistema republicano con el ascendiente constante y orgánico de la opinión pública, dice: «ignoramos aún si quiere la dictadura, ó la libertad: el régimen parlamentario tan admirable, ó el régimen presidencial tan absolutista y odioso», con otras consideraciones, que agrega á su intención, visiblemente sugeridas por el elocuente ensayo que Francia está haciendo del parlamentarismo republicano, es decir, de la política conservadora y libre que constituye la ciencia moderna el VITALISMO SOCIAL.

con otras mil causas se combinaron en los sucesos diarios, la verdad es que echados ellos en un movimiento democrático definitivo iban adelante y realizaban la evolución política hacia su propio destino, sin que nadie pudiera ya hacer retroceder el torrente. Moreno lo había previsto desde los primeros días; es quizá el primer estadista que en su época hubiera concebido la república democrática atenuada con los resortes orgánicos del sistema parlamentario inglés. Pero murió, como Mirabeau, apenas planteado el problema; y los que quedaron en su lugar no conocían la primera palabra siquiera de la fórmula científica del gobierno libre.

CAPITULO II

LA MISIÓN GARCÍA, Y EL ESTADO GENERAL DE EUROPA EN 1815 Y 1816

SUMARIO: Juicio retrospectivo de la misión García á Río Janeiro.—Su primitivo objeto.—Inglaterra y España.—El protectorado inglés.—Diferencias fundamentales entre la misión de García y la de Rivadavia y Belgrano.—Situación del gobierno argentino.—Las condiciones personales del comisionado don Manuel José García.—Sus presunciones sobre los intereses y las relaciones de Portugal con España.—Situación política de la Banda Oriental del Río de la Plata.—Llegada de García á Río Janeiro.—Rumores hostiles del país.—Las notas del gobierno argentino al embajador inglés.—Conferencia de García con este personaje.—Lo público y escrito, y lo que quedó como conversación confidencial.—Las lentitudes calculadas de la política inglesa según sus historiadores.—Nueva faz y nuevas esperanzas.—García y la legación española de Río Janeiro.—Reminiscencias y cargos.—La legación española y la embajada inglesa.—Indicación sobre la necesidad de que mediaran Portugal ó Inglaterra.—Negativa absoluta del ministro español.—Conflicto gravísimo y secreto entre España y Portugal á consecuencia del tratado de Badajoz.—La Banda Oriental.—Derechos y necesidades de España.—Desquite y pretensiones del gobierno de Río Janeiro.—Fuerza y material de la expedición del general Morillo.—Oposición y amenaza de Portugal.—Interposición de Inglaterra.—Articulación sobre la jurisdicción correspondiente al Congreso de las potencias europeas.—Incidente sobre el ducado de Toscana y actitud del príncipe Matternich.—Con-

tratiempo y causas del rumbo de la expedición del general Morillo.—Intereses reservados de Inglaterra.—El nuevo armamento de España contra Portugal y contra el Río de la Plata.—La experiencia de los sucesos coloniales.—Reserva absoluta de los gabinetes europeos sobre este conflicto gravísimo para ellos.—Reciprocidad forzosa de los intereses argentinos con la política de Portugal.

Cualquiera que sea el juicio que se haga de la misión que don Manuel José García desempeñó en Río Janeiro el año de 1816, será siempre de admirar el tino y la firmeza con que la condujo, de acuerdo con las circunstancias en que se hallaba y con los fines que se propuso alcanzar. Con ideas bien concebidas en provecho del país que servía, y con un conocimiento perfecto de los hombres y de los intereses en cuyo seno había de actuar, dió las más altas pruebas de sagacidad y de talento en la elección de los medios con que llegó á la solución de sus dos problemas capitales: impedir la confabulación de España con Portugal y exterminar á Artigas. El rey de Portugal volvió la espalda á Fernando VII su cuñado y su yerno; y Artigas fué suprimido para siempre, sin que para ninguna de las dos cosas se sacrificara un palmo de tierra argentina, ni quedasen comprometidas las ulteriores que el hábil negociador supo dejar pendientes hasta mejor ocasión.

Por lo pronto, la comisión de García se limitaba á ponerse al habla con el embajador inglés. Este honorable personaje había mostrado desde 1810 tan grandes simpatías en favor de los pueblos argentinos, que se esperaba mucho de su amistad en los aciagos momentos del año de 1815. García tenía

encargo de presentarle una nota, en que se le insinuaba que mientras el gobierno inglés contestaba á la solicitud que las provincias del Río de la Plata le dirigían pidiéndole su protectorado, él como embajador pusiese estorbo interino á cualquier ataque, que fuerzas armadas de España ó de Portugal trataran de llevar sobre Buenos Aires.

Estas solicitudes no eran tan ajenas al buen sentido, como pudiera creerse á primera vista. Dados los intereses primordiales que imperaban en el mundo, y traída la cuestión al terreno de los hechos, nadie ignoraba que los gabinetes de Londres y de Río Janeiro aspiraban á que el rey de España otorgase una reforma liberal en el régimen económico de sus colonias; y se presentía que en ese camino habían de tropezar al fin con la escandalosa terquedad de un gobierno que en pleno año de 1816 porfiaba todavía por mantener secuestradas las costas del Atlántico y del Pacífico al comercio y á las industrias de las naciones civilizadas. En Inglaterra la opinión pública había tomado ya su partido, así como la de España se mantenía en el suyo. Fermentaban, pues, entre las dos naciones gérmenes activísimos de discordia, que, por más que los gabinetes lo disimulasen, habían de producir sus efectos naturales, y quebrar la situación poco cómoda, poco sincera que ambos estaban ocultando. De manera que si los encargos conferidos á los señores Belgrano y Rivadavia eran en gran parte conjeturales, los que el general Alvear confería poco después al señor García tenían un carácter esencialmente diplomático, obedecían á propósitos bien meditados y debían producir consecuencias excelentes;

porque es cosa sabida que interviniendo manos hábiles, los intereses económicos y la supremacía diplomática son, entre naciones y gobiernos, los dos estímulos que priman sobre todos los demás.

Cuando el señor García salió de Buenos Aires, todo hacía creer que la nación corría en la rápida pendiente de la anarquía y de la barbarie. El organismo social creado por la célebre Asamblea de 1813, próximo á derrumbarse con el general Alvear, que había sido su principal columna, caía á pedazos entre las llamas del incendio que lo devoraban.

La situación externa vacilaba entre dos grandes temores: el abandono de Inglaterra y las hostilidades de Portugal. Si como se vociferaba en Buenos Aires, Portugal tomaba la vanguardia de la expedición española, ocupando la Banda Oriental y bloqueando la capital, había llegado para la patria el día de la prueba suprema; y antes que entregarla postrada á los pies del tirano aborrecido que la reclamaba como esclava, era preferible echarla en los brazos de la barbarie misma y arrasarlo todo su suelo por la propia mano de sus hijos. Ese era el sentimiento público; eso lo que se habría hecho indudablemente, como en Venezuela y en Nueva Granada, y eso, lo que la misión de García llevaba encargo de evitar.

García había recibido una educación muy esmerada. Era hijo del coronel de ingenieros don Pedro Andrés García, uno de los hombres más distinguidos y de mejor posición en la última década del régimen colonial. Su hijo, nuestro actual persona-

je, había gobernado siendo aún muy joven la populosa provincia de *Chayanta* en el Alto Perú, como subintendente del gobierno presidencial de Chuquisaca. Por su posición, por sus tradiciones de familia y hasta por inclinación estudiosa, se hallaba cumplidamente instruido en todos los antecedentes administrativos y jurídicos que formaban la historia de los virreinos del Perú y de Buenos Aires. Conocía, pues, á fondo los famosos altercados que Inglaterra y Portugal habían sostenido contra España en el empeño de tomar y conservar apostaderos de tráfico en las riberas orientales del Río de la Plata. Era demasiado sagaz para no haber advertido que nunca, como ahora, habían tenido esas dos potencias una ocasión más favorable, un interés más vivo en que esa interesante parte del país quedase separada de los dominios españoles y abierta al comercio bajo el pabellón portugués.

Precisamente era esto lo que unas veces causaba sus alarmas, y lo que otras veces le sugería esperanzas en el éxito de su misión. Si España, comprendiendo bien sus intereses, se había resuelto á ceder á Portugal los territorios orientales, mediante su cooperación contra la insurrección argentina, todo estaba perdido. En primer lugar, con eso bastaba para poner al gobierno inglés en posesión de todas las ventajas que buscaba, y en segundo lugar, las simpatías mismas de los gremios industriales y mercantiles de Londres iban á perder su razón de ser, en cuanto la libertad de comercio les quedase garantida en los puertos orientales del Plata ocupados por los portugueses. Pero... ¿no era éste también un motivo muy fuerte para dudar

de que eso se hubiera podido tratar y convenir? ¿Podía creerse que Fernando VII hubiese acordado una concesión que debía producirle discordias y conflictos, internos y externos, mil veces más peligrosos para su imperio colonial que la insurrección misma en que estaban los pueblos sudamericanos?

García se resistía á creerlo; su razón, y el íntimo conocimiento que tenía de las antiguas complicaciones que en el Río de la Plata habían producido tan larga lucha entre las tres naciones, le inspiraban vehementes sospechas de que en el fondo de la política inglesa y de los negocios portugueses, anduviera algo grave, algún misterio, que el gobierno argentino tenía interés en conocer y aprovechar.

Por otra parte, en el caso de que no se hubiera acordado aquella cesión, era difícil suponer que un gobierno tan astuto y tan admirablemente servido por hombres expertos como el de Portugal, no se hubiese advertido siquiera de que le convenía tener á su lado una nación relativamente débil como la del Río de la Plata, mucho más que pegado á sus flancos, en América y en Europa, un vecino soberbio, cuyas exigencias tomarían forzosamente carácter imperioso y agresivo, así que por fuerza de armas restableciera su vasto imperio colonial sobre la cerviz humillada de los pueblos rebeldes que habían osado disputárselo. ¿Qué podía, pues, ganar Portugal con la alianza de Fernando VII, que no pudiera conseguir con mayores ventajas entendiéndose con las provincias argentinas? ¿Qué podía obtener Inglaterra, sosteniendo el régimen de los

monopolios, que pudiera valerle más que la libertad comercial del Río de la Plata, garantida por la ocupación portuguesa al oriente, y por los principios liberales del gobierno argentino al occidente?

Si como era de presumir por estas razones, los intereses de Portugal y de Inglaterra se hallaran en lucha latente todavía con España, delante de obstáculos como estos, el gobierno de Buenos Aires, acudiendo á tiempo y con habilidad podía ganarle de mano á España, y restablecer la partida en su favor, con el doble resultado de paralizar sus operaciones militares por el Río de la Plata y de darle jaquemate á Artigas.

Por lo que hacía á la Banda Oriental, el gobierno de Buenos Aires se encontraba en perfecta y justificada libertad. Esa provincia, antes argentina, se había armado contra la nación, y se hallaba política y jurídicamente segregada de las demás constituídas en gobierno común ó nacional. No satisfecha con eso, había declarado á su anterior gobierno y le hacía una guerra á muerte: subvertía el orden social incitando al alzamiento voraz de las masas salvajes que habitaban las selvas y campos desiertos del litoral, y tenía bandera propia levantada contra las autoridades nacionales residentes en la capital. Los poderes públicos habían declarado independiente todo el territorio oriental, dejándolo á merced de sus propios caudillos, con todos los derechos y con todas las responsabilidades por consecuencia que competen á un poder extranjero. Pero ni eso había bastado á saciar la saña, ó la sed de usurpaciones, con que el virulento asolador, que allá gobernaba á su antojo, pretendía lle-

várselo todo por delante á sangre y fuego, hasta imponer su dominación personal y la sangrienta bandera con que guerreaba.

Entre tanto, el gobierno argentino se hallaba desarmado y completamente impotente para contener las brutales aspiraciones de este enemigo foráneo. Las únicas fuerzas sólidas con que contaba se encontraban paralizadas dentro de la capital, en Mendoza y en Tucumán, al frente de las tropas realistas que se concentraban ya en las fronteras del Norte y del Oeste, con ánimo resuelto de emprender una formidable invasión. Por consiguiente, si Portugal quería posesionarse ahora de la Banda Oriental, ahí la tenía al alcance de su brazo. De este lado del Plata nadie podía impedírselo; y ningún interés más apremiante existía, que el de sacarse las garras que un bárbaro sin juicio ni corazón tenía clavadas en los costados del país culto, para poder emplear en defensa de la independencia los últimos recursos que aún quedaban disponibles.

Fluctuando entre temores de que fuese tarde, y esperanzas de que aun tuviese

1815 tiempo, llegó García á Río Janeiro.

Febrero 11 Así que el buque dió fondo saltaron á bordo muchos emplea-

dos del puerto y gran número de curiosos, que, sin consideración ni comedimiento, hablaban con júbilo y en voz alta de la situación agonizante en que se hallaban los republicanos rebeldes del Río de la Plata. Muy pronto (decían) llegará la expedición española: aquí la esperan ya los comisarios que deben prepararle los víveres de refresco y todo lo demás necesario á la recalada en este puerto, para

proseguir sobre Buenos Aires. El ejército portugués ha entrado ya por las fronteras del *Yaguarón*. El rey de España ha cedido á nuestro rey toda la parte oriental del Uruguay, etc., etc.

Mal impresionado por estos comentarios de tan triste augurio, nuestro comisionado tardó poco en saber por los señores Belgrano y Rivadavia que no existía confirmación oficial de esos rumores; pero que eran tan públicos y tan repetidos que no sería extraño que tuviesen algo de cierto. En cuanto á ellos, sus diligencias habían sido completamente inútiles: tanto el embajador inglés como el primer ministro de Portugal les habían hablado con entera franqueza, y nada había que esperar por ese lado.

Sin embargo, como hemos dicho, García era portador de notas; su comisión se limitaba á ponerlas en manos del embajador inglés; leerle su tenor en la copia de ellas que se le había entregado, y conferenciar sobre la materia haciendo supremos esfuerzos por obtener lo que el gobierno argentino solicitaba. Una de esas notas iba dirigida al embajador, y la otra en pliego cerrado, con la súplica de que la remitiese al gobierno. En la primera, el Supremo Director don Carlos de Alvear acreditaba la persona del señor García, y pasaba á declarar que la situación de las provincias argentinas hacía desesperar de que pudiesen conseguir su independencia y constituirse, sin que «una mano exterior ocurriera á salvarlas de los horrores de la anarquía». Esta mano no podía ser la del rey de España, porque «el odio á esa dominación soberbia y opresiva había subido á tal punto con los actos de fiereza de la última época, que hasta era menester

ocultar á los pueblos los pasos conciliatorios que el gobierno había tentado; porque el sentimiento popular contra España llegaba al último grado de preferir la muerte antes que volver á depender de su gobierno». El único refugio era Inglaterra; á ella correspondía «acoger en sus brazos á estas provincias que adoptarán sus leyes y su autoridad con el mayor placer, para salvarse de la antigua servidumbre y gozar de una existencia pacífica. Ese es el deseo, la aspiración y la esperanza de todos los hombres sensatos». El Supremo Director creía que la única objeción que podía hacer Inglaterra era sus relaciones con el rey de España: «Cuestión de simple pundonor que debía ceder á dos motivos tan poderosos y tan justos como la posesión exclusiva de este continente y la gloria de evitar la destrucción de una parte considerable del nuevo mundo; tanto más cuanto que el gobierno inglés debe saber, y sabe, que con negarse á eso no asegurará los derechos de España; por el contrario la guerra será interminable, y tan ruinosa para la metrópoli como para las demás naciones europeas». Inglaterra, libertadora de los negros africanos, y que en ese propósito usa de la fuerza contra sus mismos aliados, no puede permitir la ruina de los habitantes del Río de la Plata, «ni abandonarlos en el acto mismo en que se arrojan á sus brazos generosos». Repelerlos es despenarlos al abismo de la desesperación... «Yo deseo que Vuestra Excelencia se digne escuchar á mi enviado, acordar con él lo que Vuestra Excelencia juzgue conducente, y manifestarme sus resoluciones, en la inteligencia de que estoy dispuesto á dar todas las pruebas de la since-

ridad de esta comunicación, y tomar de consuno las medidas necesarias».

En la necesidad de cumplir con el encargo de entregar las dos notas, y de con-

1815 ferenciar sobre su tenor, García

Febrero 26 solicitó y obtuvo que el embajador le acordase una entrevista en

la noche del 26. Hacía ocho años, á lo menos, que lord Strangford tenía frecuente roce con los negocios y con los hombres que actuaban en el Río de la Plata desde 1809; de modo que no puede dudarse de que conociera la reputación de que gozaba García como hombre de talentos excepcionales y de cumplida distinción.

Sin pretensión ni estudio, pues era demasiado hábil para ser fatuo, el comisionado se condujo en la entrevista con aquella cordura de buen tono, y propia de un ingenio cultivado, con que sabía dar siempre un vivísimo interés á su trato. Fué franco, firme, y sinceramente informativo. Nada ocultó, nada disimuló. Habló de los hombres y de las cosas con tanta verdad, que el embajador se mostró en muchos momentos encantado de oírlo; pero, con la misma franqueza, García le dijo también que el gobierno inglés no cumpliría con los sagrados deberes, ni aún con los intereses inmediatos que tenía como cabeza y providencia de los pueblos libres y nuevos, si no los acogía bajo su protección, de modo que al amparo de sus leyes, ó de su influjo, pudiesen consolidar el orden interior y ponerse en actitud de contribuir con sus enormes riquezas á la prosperidad del comercio universal. En el nuevo mundo, nadie se hallaba en mejores condiciones

para eso que las provincias argentinas; pero nadie tampoco en peores condiciones políticas, y, por consiguiente, en mayor necesidad de que Inglaterra las tomase bajo su amparo. Esta potencia no debía olvidar que la revolución de 1810 había tenido por causa en el Río de la Plata la resolución de resistir á las usurpaciones de Bonaparte, y de no caer en sus manos como colonias de España: no debía olvidar que al dar este paso aventurado se había contado con su protección para el caso de ser atacado el país, y principalmente para conseguir como compensación una reforma completa de los abusos é injusticias de la metrópoli, ó separarse, si esto se les negaba. Cuando la necesidad las forzó á este paso, las provincias argentinas contaron siempre con que tenían su principal garantía en la política seguida por Mr. Pitt, y corroborada por las tentativas de 1806 y 1807, y aun por la que se tenía preparada en 1808. Los gobiernos *provisionales* de Buenos Aires se han sostenido en la expectativa de que Su Majestad Británica se convenciese al fin de que tenía el deber de intervenir para asegurarles su destino. Pero no era posible esperar más sin exponer al país á sus últimas desgracias. La guerra cada vez más cruel sigue sin interrupción, las disensiones civiles lo tienen todo en anarquía, el pueblo se corrompe y las fuentes de la riqueza pública se agotan. España se resiste á oír las más sensatas y moderadas proposiciones; y no sólo es menester sino justo huir de un gobierno inepto, incapaz de proteger al país y que no piensa en otra cosa que en vengarse y tiranizarlo. Esta es una situación desastrosa que arrastra á los pueblos del

Río de la Plata y que convertirá este hermoso país en un desierto espantoso. Si Inglaterra lo abandona y desecha sus reclamos, si este caso horrible que tan próximo está, llegara, ¿qué hacer? Todo es mejor que la anarquía y aún el mismo gobierno español «*después de saciar sus venganzas y de agraviar al país con su yugo de hierro*», dejaría alguna esperanza más de mejorar que las pasiones desencadenadas de masas en anarquía. Una sola palabra de la Gran Bretaña bastaría á hacer la felicidad de mil pueblos, abriría un campo glorioso al nombre inglés y consolador para la humanidad entera. Ahora bien, si la grande nación que había dado vida y libertad á Europa sin pensar en sacrificios ni *en la ingratitud de sus protegidos*, nada puede hacer en favor de la América del Sur, y queda ésta destinada á ser *víctima de sus esfuerzos generosos y de su credulidad*, las provincias argentinas, sin acusar más que á su mala fortuna, tomarán el partido que el tiempo les deje, ya que habiendo procedido sobre principios de política conocida habrían tenido derecho á que se les hiciera justicia».

Después de oírle lord Strangford le observó que era mejor no hacer mérito del pliego original que aun permanecía cerrado, porque no teniendo él instrucciones ni carácter para recibirlo, tendría que dar una satisfacción poco satisfactoria. Pero al mismo tiempo pidió á García que tuviese la deferencia de redactar y de remitirle un resumen de lo que le había expuesto; lo que probaba que pensaba dar cuenta confidencial á su gobierno del tenor de la entrevista. En cuanto al pliego dirigido al ministro de Relaciones Extranjeras de Inglaterra el emba-

jador observó que á él no le incumbía dirigirlo ni abrir opinión sobre el particular; y que como se hallaba en Río Janeiro una comisión que, según entendía, iba á Londres, ése era el conducto de dirigirlo.

Por de contado que la entrevista no se limitó á lo que contiene el resumen que García hizo y remitió al embajador. En este resumen no podía entrar nada de lo que se había conversado confidencialmente; y tanto García como sus amigos íntimos hablaban algunos años después de los servicios y de las indicaciones ventajosísimas con que el noble lord le había allanado el camino para tomar posesión del terreno y desempeñarse con éxito. Con referencia á Inglaterra el embajador se refirió al testimonio universal que la prensa de Londres daba de la notoriedad con que la opinión pública estaba declarada en favor de las provincias argentinas; y agregó que eso era siempre de mucho peso en los consejos del gabinete; pero el rey de España parecía resuelto á no admitir mediación, ni intercesión extranjera de ningún género. Después que los sucesos parecían favorecer su empeño de reconquistar sus colonias, no sólo por las victorias que había obtenido, sino por los desórdenes y la anarquía que las hacían suponer en grande debilidad para resistir, se mostraba más imperioso y más aferrado á sus derechos. De manera que al gobierno británico no le era permitido violar los deberes que le imponían sus relaciones políticas y diplomáticas; y si España expedicionaba, ponía bloqueos, ó ejercía otras de aquellas hostilidades ordinarias permitidas á todas las naciones, era casi imposible que la Gran Bre-

taña pudiera estorbarlo en principio, ni asumir el protectorado de provincias que por el derecho público de las naciones no estaban aún reconocidas como independientes. Pero á pesar de todo esto, el embajador tuvo tales condescendencias con García que se puede decir que le abrió una puerta privada para llegar á los secretos de Estado. «Yo creo, le dijo, que ese sistema de intransigencia adoptado por el rey de España le dará resultados fatales, y acabará por una catástrofe *que hubiera podido evitarse con la mediación británica*»; y como García había razonado sobre los intereses de Portugal, de acuerdo con las ideas que tenía sobre ellos, el embajador le observó con un tono singularmente marcado: «Quizá tenga usted razón en creer que sea aquí donde está la llave de la política del Río de la Plata: usted habrá oído como cosa indudable (y creo que lo es) que Su Alteza el príncipe regente ha resuelto expedir un decreto declarando al Brasil reino unido con Portugal; por el hecho esta región cesaría, pues, de ser colonia, y es un golpe contra el sistema colonial de España que no es posible saber cómo será recibido en Madrid. «Entonces, le dijo García, Vuestra Excelencia cree que no hay tratado de alianza entre los dos reyes», y lord Strangford le contestó con amistosa deferencia que en su opinión «no la había».

Un historiador inglés muy apreciado, hablando de nuestros asuntos con grande abundancia de datos diplomáticos, que hemos de aprovechar á su tiempo, dice que se había formado en el mundo político una opinión extraña de que Inglaterra no osaba proteger, como quería, á las repúblicas sud-

americanas, por temor de la guerra con las grandes potencias que se inclinaban á proteger á España. No era tal temor, agrega, lo que hacía que ella anduviera despacio en ese camino, sino la moderación y la paciencia á que todo gobierno fuerte está obligado, cuando se trata de conveniencias que aunque debidas y justas no son directas. Así es que cuando perdió toda esperanza de ser atendida, y temió quedar expuesta á quebrantos serios, declaró su resolución de proteger la existencia de las repúblicas sudamericanas contra cualquier potencia extranjera que pretendiese inmiscuirse en apoyo de España; y dijo que iría hasta la guerra en caso de que no se respetase su declaración; «tan claros y tan extensos eran los intereses de su próspero comercio, que tenía comprometidos con el Río de la Plata (1)». De manera que las tentativas del Director Posadas y de su sucesor el general Alvear por obtener el *protectorado*, ó mejor dicho, la *protección* de la Gran Bretaña; la famosa nota encomendada á don Manuel José García, la conferencia no menos interesante de este comisionado con lord Strangford, y cuantos pasos más se dieron con este fin, no se prestan á otra crítica, por más que se haya dicho, que á la antelación con que fueron intentados; pues la verdad es que el gabinete británico esperaba la ocasión de dar esa protección, y que la misma *Doctrina Monroe* negociada por Mr. Canning no fué otra cosa que el complemento de las miras y esperanzas con que se enviaron los emisarios de 1814 á Londres y á Río Janeiro.

(1) Granville Stapleton's—*Political Life of the R. H. George Canning*: v. II, cap. VIII.

Más tranquilo en cuanto al presente, García vió con satisfacción que las cosas se le presentaban favorablemente y que aun era tiempo de ponerse en acción para sacar provecho en el sentido de sus ideas. Obligado á guardar en honorable reserva la parte confidencial de la entrevista, se limitó con los señores Belgrano y Rivadavia á lo necesario para que cumplieran la orden que tenían de marcharse con urgencia á Europa; y si algo comunicó al gobierno fué en términos generales; nada más que lo bastante para que advirtiese las ventajas importantísimas que podían obtenerse en Río Janeiro; á no ser que en cartas muy reservadas y personales dirigidas al ministro doctor Tagle, hubiera entrado en mayores confidencias, como parece desprenderse de algunos papeles que más adelante estudiaremos. Sin embargo, en lo que nos queda, tenemos lo bastante para seguir la vinculación de los trabajos hechos en Río Janeiro y juzgar del espíritu que los dirigió.

El señor García era, sin duda, el hombre de su misión. El gobierno que se la había confiado podía estar bien seguro de que nada importante había de escapar á su previsión, y de que había de perseguir con habilidad todas las ventajas y los accidentes que el juego de los sucesos le trajera á la mano. Que fuera por consejo ajeno, ó por intuición de su propia sagacidad, García se manejó de manera que el encargado de los negocios de España, don Andrés Villalba le hiciera saber por conducto de recíprocas relaciones, que deseaba tratarlo y hablar con él de los negocios públicos que les interesaban. Demasiado seguro de sí mismo para saber á que ate-

nerse, y también para inquirir si había por allí algo que pudiera convenirle, aceptó la invitación. Recibiólo don José María Salazar, aquel jefe de la marina española y gobernador de Montevideo en 1810 que hemos visto figurar entonces, que arrojado después por Elío, de quien era mortal enemigo, había venido á Río Janeiro con el empleo de primer comisario de la expedición de Murillo á tener presto todo cuanto ella hubiera de necesitar para proceder adelante. García tenía la ventaja de conocer la historia asaz pública de Salazar y de todas sus reверtas con Elío, mientras que Salazar veía por primera vez quién era García, y si algo sabía de él, sería á lo más lo que se decía de sus talentos. El encargado, por medio de una de esas maniobras pueriles y poco acertadas en gentes de posición, había querido que Salazar afrontase el primer encuentro con el emisario de Buenos Aires, para tomar su partido en consecuencia de lo que resultase. La galantería y el tono francamente amistoso de García hizo excelente impresión en Salazar; y cuando éste trató de excusar al ministro con algún quehacer sumamente urgente que le impedía acudir desde luego, por lo cual le había encargado de conversar de los negocios del Río de la Plata, García no solamente lo tomó muy á bien, sino que se felicitó de poder conversar con un hombre informado de los antecedentes y que sabía perfectamente que todos los males y contratiempos en que había fracasado el restablecimiento de la concordia entre Su Majestad Católica y *sus colonias* del Río de la Plata, procedían del error cometido por la regencia de Cádiz mandando de virrey á un hombre aborrecido y brutal

como Elío, quien apenas llegó á Montevideo hizo materialmente imposible todo acuerdo, poniendo siempre por condición que se le había de recibir por virrey, con otras medidas y agresiones que suponían un ánimo feroz de venganza y de tiranía. Dicho todo esto con aquella oportunidad y talento que se incrusta y se asimila en el ánimo del oyente, Salazar se puso enteramente de acuerdo, y la conversación tomó aquel tono cómodo y desahogado con que conversan dos amigos sobre las disidencias, honorables para uno y otro, que antes los habían dividido.

García hizo ademán de retirarse, pero Salazar se opuso diciéndole que el ministro sentiría mucho no verlo; y después de hacer el aparato de entrar á hablar con él, volvió rogándole que lo siguiese al despacho donde Su Excelencia le esperaba. La conversación no pasó de generalidades con protestas de estimación, y su resultado se redujo á convenir que al día siguiente tendrían una conferencia especial sobre el arreglo de los intereses comunes de que estaban encargados. Así lo hicieron; García tomó el hilo de la conversación donde la había dejado el día anterior en su entrevista con Salazar. Invocando el testimonio de éste en cuanto al funesto influjo de Elío, origen de cuanto había sucedido después, afirmó en buen terreno todo lo que se proponía decir sobre la terquedad y el espíritu maligno con que las autoridades de Montevideo habían cerrado las puertas á cuanto se había tentado por armisticios, treguas, y otros convenios ó propuestas de concordia. Nada de esto habría sucedido si el rey hubiese estado mejor informado de los nego-

cios de América, y al presente mismo sería fácil entenderse, si se comenzaba por convenir en que la primera necesidad era la de sacar de en medio el influjo terrible de los acontecimientos que por aquellas causas habían venido á agravar la situación; pues las enemistades y las desconfianzas se habían hecho tan fuertes por ambas partes, que sería indispensable un género de garantías eficaces que no diesen lugar á la menor duda.

El encargado de negocios de España observó que, dado caso de que hubiese alguna verdad en todo eso, tampoco podía negarse que por parte del gobierno de Buenos Aires se habían cometido excesos monstruosos que justificaban la conducta y las precauciones de los funcionarios del rey; que prescindiendo de muchos que podría enumerar, le bastaría recordar la falta de buena fe, la traición con que se había procedido al apoderarse de la plaza de Montevideo y de su gobernador el general Vigodet.

El señor García negó que ese suceso pudiese prestarse al modo con que se le calificaba: Es menester, dijo, tener presente que hacía muy poco que el virrey de Lima y sus altos funcionarios eclesiásticos y judiciales acababan de violar la capitulación juramentada de Salta, de una manera tan descarada, que quizá hacía del hecho un ejemplo único entre naciones civilizadas; que se creía obligado á convenir en que algunas veces se había procedido con rigor, pero siempre se había hecho eso contra conatos de conjuraciones peligrosas debidamente probadas y notorias, ó con gentes que sin tener comisión oficial del rey de España, habían pretendido hacer armas de su cuenta contra el orden pú-

blico que las provincias del Río de la Plata habían establecido durante la cautividad del rey, con el mismo soberano derecho con que España había establecido sus Juntas provinciales; y que si en la capitulación de Montevideo había habido premura en consumir lo que estaba pactado, era porque se había descubierto la confabulación de los jefes de la guarnición realista con los montoneros y cabecillas anarquistas de la campaña, para atacar y destruir por sorpresa y perfidia al ejército argentino que se hallaba entregado á la confianza de lo acordado. Ese había sido, pues, un acto de precaución justificada; como el señor encargado lo vería en la *Exposición general de Alvear*, que le remitiría más tarde.

Pero esto, agregó el comisionado, pertenecía ya á un orden de sucesos consumados, que no eran del caso; lo grave por allanar, era las consecuencias que esos antecedentes habían dejado en la situación moral de los espíritus; no sólo por los odios y las desconfianzas que habían creado, sino por la doctrina de que *«era indecoroso que el rey tratase con rebeldes; y que aun después de tratar, no estaba obligado á cumplir lo tratado, y podía escarmenarlos con todo rigor»*. Esta doctrina, monstruosa á los ojos de la humanidad y mal avenida con la conducta de Inglaterra en el caso de los Estados Unidos, era la que se había practicado en el hecho de Salta, y la misma que con tanto ímpetu como notoriedad, había proclamado en las Cortes, con asentimiento general, nada menos que el jefe del partido liberal, y uno de los hombres más importantes de España, el conde de Toreno, que había llegado á decir que nada de aquello que pudiese ate-

nuar el poder absoluto y soberano que España tenía sobre sus colonias, podía ser admitido por ningún tratado con los rebeldes ni debía ser cumplido.

El ministro español convino en que esa era una exageración que no tenía el valor que se le daba: había dependido del enfado que causó la circunstancia de que «los insurgentes se hubiesen dirigido al rey por intermedio de Inglaterra: intervención *odiosa y ofensiva* para España que *muy bien apercibida estaba de las miras ocultas* del gobierno británico, acerca de las cuales los americanos se hallan sumidos en un error deplorable... No ignoraba, dijo, que el señor García había visitado y conferenciado mucho con el embajador inglés, ni tampoco que este caballero había obsequiado con esmero á los señores Rivadavia y Belgrano», dejándolos embelesados con las *falaces* esperanzas que mañosamente les había despertado en la fantasía. Pero que todo eso valía muy poco, porque lo real era que Su Majestad Británica había renovado su alianza con el rey católico, y que todos los soberanos de Europa propendían unánimes á hacer que se respetaran los tronos y la integridad territorial de los respectivos dominios: errado andará, pues, quien se forje ilusiones.

Aunque todo esto se decía modificando con urbanidad y buen tono lo acerbo del fondo, y con cierta gracia que dejaba pasar y volver los conceptos sin herir las susceptibilidades, García trató de desconcertar al ministro con una simulada franqueza que tenía por objeto ver hasta dónde iba la firmeza de sus datos sobre la política inglesa. Por su parte no extrañaba que el ministro supiera sus

visitas en la embajada británica, porque no había hecho misterio de ellas, ni creía que lo hubiese hecho el noble lord. Ignoraba lo que hubiera pasado con los señores Belgrano y Rivadavia; pero que con él había sido franco y amistosísimo; le había dicho lo mismo que repetía el señor ministro, que los tratados y amigables relaciones del gabinete británico con el rey de España le impedían tomar parte en los actos conciliatorios en que se deseaba hacerlo intervenir; aunque su opinión particular, según se la había expresado era «que el sistema adoptado por el gabinete de Madrid acarrearía resultados fatales á la nación española, y conduciría á una catástrofe que habría podido evitar la intervención británica». La visible perturbación que se produjo en el semblante del ministro era un signo de que abrigaba bastantes dudas sobre la manera con que había caracterizado la política inglesa. «El señor embajador dirá lo que quiera, contestó; pero yo he hecho decir á usted que tengo instrucciones muy favorables sobre el particular, y que las provincias del Río de la Plata deberían desde luego dirigirse al rey por *intermedio* mío para entablar una negociación bajo favorables auspicios. A un hombre experto como García le bastaba esta inocentada para saber ya á punto fijo que España no tenía ningún concierto con Portugal, que era por lo pronto lo que más le interesaba averiguar; pues era evidente, que de haber pactos y alianzas, la legación española no estaría habilitada para proponer lo que proponía.

Aceptando la indicación al instante, observó García que en el estado de temores y desconfianzas

en que se hallaban ambas partes sería indispensable que interviniera un gobierno neutral y respetable como el de Inglaterra, ó el rey de Portugal, quienes por su interés y por sus conexiones, dieran una garantía eficaz de que sería firme y obligatorio aquello que se tratase; pues á pesar del respeto y veneración que los pueblos del Río de la Plata tenían por la persona del rey, no confiarían en la palabra de su gobierno, porque alcanzaban muy bien las venganzas y el retroceso á que habían de quedar expuestos bajo gobernantes y agentes que profesaban como dogma el de no guardar fe á lo pactado con los que ellos llamaban rebeldes. Hacía tiempo, agregó, que este temor, y el natural deseo de su propia seguridad habría llevado á esos pueblos á arrostrarlo todo y declararse independientes; y si no lo han hecho ya es porque se mantienen en la esperanza de conseguir una reconciliación plausible con la garantía del gobierno inglés ó del rey de Portugal; pero si se insiste en no darles esta garantía y en reducirlos por medidas coercitivas y ataque de armas, el antiguo virreinato del Río de la Plata se desligará de España: otros pueden dudar del éxito, pero lo que yo aseguro á Vuestra Excelencia es que la lucha será harto funesta ciertamente para la metrópoli también.

A una propuesta tan categórica y cuya intención era muy diversa de la que el ministro español podía figurarse, contestó éste que su soberano no consentiría jamás en tratar con súbditos desobedientes bajo otra garantía que la de su regia palabra, ni que interviniera entre él y sus pueblos potencia alguna extranjera para vigilar su manera de gober-

narlos. Se comprende que al aceptar la conferencia con el señor Villalba, el agente argentino no se había propuesto hacer un convenio, ni otra cosa que explorar la situación en que la legación española se hallaba con respecto al gobierno portugués. No creía tampoco que el ministro de Fernando VII tuviera las instrucciones que decantaba. Lo que había querido inquirir ya lo tenía; pues era visto que la política portuguesa (cualquiera que fuese su rumbo secreto) no se había ligado todavía con el rey de España contra las provincias del Río de la Plata; y en cuanto á Inglaterra, el ministro español se hallaba en relaciones poco cordiales con la embajada inglesa. Los hombres son hombres en todas partes, cualquiera que sea la altura á que se hallen. Una predisposición de ánimo enojosa, aunque sea muy disimulada, produce á veces importantísimas consecuencias; y en este caso tenemos motivo para asegurar que las produjo.

Con excepción del gabinete inglés, ignoraban todos que en 1814 se estuviese ventilando con toda reserva un gravísimo altercado entre las cortes de Río Janeiro y de Madrid. El gobierno portugués exigía que el de España le devolviese la plaza de Olivenza y territorios de Jurumenha que le retenía desde 1801 por el inicuo despojo perpetrado en el tratado de Badajoz, por imposición de Bonaparte que meditaba ya poner allí guarniciones francesas para echarse sobre Portugal. Vencidos al fin los franceses y obligados á retirarse, Fernando VII se negó con su habitual terquedad á la justa devolución de esa parte del territorio portugués; y la corte de Río Janeiro, ofendidísima con esta injuriosa

pretensión, se preparó á tomar desquite ocupando á su vez á Montevideo y los demás puertos de esa costa que el gobierno de Buenos Aires, acosado por Artigas, había tenido que abandonar y que dejar independientes como hemos visto.

Pero á los ojos de España toda esa comarca era siempre parte integrante de sus dominios ultramarinos; y ahora la necesitaba más que nunca porque era ese precisamente el único punto donde la expedición del general Morillo podía tomar pie, refrescar sus tropas y reorganizarlas después del viaje de mar, para atacar á Buenos Aires en combinación con Pezuela por Salta y con Osorio por los Andes.

Esta expedición era tan poderosa, y el estado de las provincias argentinas tan aciago y doloroso, que dentro y fuera del país dominaba la triste convicción de que Morillo ocuparía á Montevideo sin tirar una bala; y que desde luego era de todo punto probable, que estando Buenos Aires desarmado, desorganizado y anarquizado como en efecto se hallaba, había de sucumbir al peso del enorme armamento y tropas con que contaba la expedición, sin perjuicio de lo que á la larga daría la insurrección general de los pueblos y de las masas, sincera y virilmente resueltos á resistir sin treguas hasta vencer: cosa que además de venirnos de raza, era propia también de las condiciones primitivas en que se hallaba la vasta región que se quería someter (2).

(2) Para que se juzgue del peligro que corría Buenos Aires, y por simple información pondremos aquí el detalle de las fuerzas que componían esa expedición: «Seis re-

El general Morillo estaba ya á punto de partir con destino al Río de la Plata cuando el príncipe regente de Portugal dió orden de que se le enviasen al Brasil, con toda brevedad, diez mil hombres de su ejército europeo; y protestó que si el rey de España no le devolvía la plaza y los distritos fronterizos que le detentaba, tomaría posesión inmediata de Montevideo y de las costas orientales con su ejército y con su escuadra que era mucho más fuerte que la que España podía poner en el mar. El conflicto amenazaba hacerse de tal gravedad que el gobierno inglés tuvo que interponerse entre los dos reyes para evitar el sorprendente escándalo que iban á dar perturbando los intereses comerciales, y comprometiendo los arreglos con que las potencias trabajaban en ese momento por dar pacífica solución á las cuestiones territoriales del viejo continente. Sin prejuzgar de la justicia que uno ú otro rey pudieran tener, hizo presente que la obligación de ambos era recurrir inmediatamente al juicio arbitral del Congreso de las Potencias, porque sin ese re-

gimientos de infantería de 1,200 hombres cada uno: una columna de 800 cazadores escogidos: un escuadrón completo de artillería volante con 18 piezas: dos compañías de artillería de plaza, y tres de zapadores: del regimiento de caballería de Fernando VII y de cuatro escuadrones de húsares: en total 10,642 hombres. Contaba además con un parque de artillería con la dotación correspondiente para atacar plazas de 2.º orden, y para fortificar posiciones, con todos los demás útiles necesarios para una expedición de desembarco. La fuerza naval se componía del navío *San Pedro* de 74 cañones: de tres fragatas, de treinta buques menores con artillería de 18 y de 24, y de 68 transportes.

quisito no podía permitirse que se pusiesen en guerra (3).

Cuadraba aquí también que en este momento se hubiera suscitado otro altercado no menos grave. Don Pedro Gómez Labrador, ministro de España en el Congreso europeo, y hombre de carácter altanero y procaz, inició una reclamación violenta con motivo de que el ducado de Toscana, perteneciente al infante español don Carlos Luis de Borbón por herencia directa de su abuela doña Isabel de Farnesio, se había adjudicado, por el influjo de Austria á la archiduquesa María Luisa, viuda y mujer todavía de Bonaparte. Que era este un despojo cometido contra la justicia y contra los antecedentes que habían servido de pacto fundamental á los tratados en que reposaba el Congreso, no hay la menor duda. La injusticia era evidente; pero asunto era también en que la fuerza sobrepujaba al derecho; y como Metternich era casi omnipotente, se opuso á que el reclamo se discutiese; y á secas, y con imperio contestó al embajador español que el asunto de Toscana no podía ser materia de acomodamiento alguno, *sino de una guerra*; á esta respuesta no hubo más remedio que doblegarse (4).

No sólo por lo dicho sino por el reciente enlace del príncipe del Brasil don Pedro con otra archiduquesa (la madre del emperador don Pedro II) el momento era malísimo, como se ve, para que Fernando VII apelase á la guerra contra Portugal,

(3) *Hist. Gen. de Esp.* por Gebhardt, tomo VI, cap. XVII, pág. 666.

(4) *Hist. Gen. de Esp.*, *ibídem.*

menospreciando las indicaciones significativas de Inglaterra, y las malas disposiciones de Austria. Así fué que teniendo una expedición reconcentrada ya en el puerto y pronta á marchar, era imposible y cosa superior á sus medios, más que á los de ninguna otra nación en su caso, conservarla acampada, y en situación indecisa, por el larguísimo tiempo de un año, á lo menos, que se habría hecho dudar el juicio arbitral del Congreso y las argumentaciones de las partes interesadas. No solamente había peligro, sino que había certidumbre de que en ese estado, sin pagamentos regulares ni recursos con que sostener las tropas y la escuadra en actitud de dar la vela, habría de desorganizarse la expedición y desbandarse; si es que dada la situación política interna no sucedía algo peor. Fernando VII se vió, pues, forzado á cambiar secretamente el destino de la expedición antes que se resignase á desorganizarla, y la envió á *Tierra Firme* contra los independientes de Venezuela y de Nueva Granada, contando con que, restablecido allí su imperio colonial, el poderoso ejército diese la vuelta al Perú por el Pacífico y marchase sobre las fronteras argentinas á esperar en ellas la llegada por el Río de la Plata de otra expedición, mayor aún, que inmediatamente se puso á organizar, bajo el mando de los generales Conde de La Bisbal (O'Donnell) y don Pedro de Sarsfield.

Es digna de notarse en este episodio curioso, y más que curioso importantísimo, no diremos la habilidad ó la persistencia, que son cosas que pasan por demás sabidas, sino la fina destreza, y, digámoslo de una vez, la hipocresía puritana con que el

gabinete inglés, aparentando fluctuar entre las dos cortes, echaba siempre su mirada y extendía su mano con disimulo en el rumbo por donde le convenía que se desenvolviesen los sucesos. En su interés final estaba que Portugal perdiese á Olivenza, con tal que una de las riberas del Río de la Plata quedase separada de España y en libre tráfico marítimo. Protestaba á cada momento que nada le haría faltar á la lealtad de las relaciones que tenía con España; y se amparaba en los principios severos de esa moralidad para rechazar las súplicas y demostraciones que á nombre de la humanidad, de la libertad, del liberalismo y de sus propias conveniencias le hacían los independientes del Río de la Plata. Pero es que estaba en el secreto capital del asunto, y sabía que, mientras el rey de Portugal se mantuviese firme en ocupar, como prenda de sus reclamos, el puerto de Montevideo y los territorios orientales del Río de la Plata, no corría ningún riesgo la libertad de comercio que era su preocupación capital. Manejándose, pues, con esa paciencia pertinaz y latente, que forma el carácter conocido de los individuos, de la sociedad, de la política y del gobierno inglés, en que todo adolece del tipo tolerante, egoísta y silencioso de su culto, el gabinete se encerraba en sensata reserva para con las tres partes en cuyos intereses influía sin cesar á distancia; y esperaba los resultados con tanta mayor confianza cuanto que sus miras tenían, en lo trascendental, una base segura en los intereses y en la política propia con que el gabinete portugués había resuelto obrar.

Precisamente, esas miras eran las que justifica-

ban á España en su doble resistencia á devolver la plaza fuerte de Olivenza y á ceder los territorios orientales del Río de la Plata, ni aún con el cebo engañoso que se le había ofrecido de concurrir al sometimiento de los rebeldes de la ribera occidental. La historia de la época colonial había puesto en completa transparencia que los monopolios de las leyes de Indias, que eran todavía los estribos del sistema comercial y del derecho administrativo de España, eran de todo punto imposibles, siempre que ambas riberas dejaran de pertenecerle por completo. Y ahora que á los inconvenientes geográficos, que á tan mal trance la habían traído antes, había que agregar la insurrección general de los pueblos con la bandera de la independencia, era mil veces más claro que, pasando la costa oriental á dominio portugués, sería empeño desesperado querer impedir que toda la vasta región del litoral se convirtiera en un centro permanente de conspiraciones y correrías que, ligadas al patriotismo intratable de los pueblos occidentales, acabarían al fin por devorar todas las tropas en el cráter de ese enorme volcán.

Los españoles conocían bien que Portugal no había renunciado, ni renunciaría jamás, á extender sus dominios hasta el Río de la Plata, mientras España pretendiera substraerlos al comercio libre. Fernando VII podía concederles los territorios; pero concederles también el comercio libre del Río era desbaratar y dar muerte al régimen colonial; porque tras de Portugal, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, todas las naciones, en fin, tenían el derecho de exigir que se les tuviera en iguales con-

diciones; y ceder los territorios sin la libertad de traficar, era crear un orden de cosas peor todavía y más peligroso por las reyertas y los conflictos continuos de los intereses que forzosamente tenían que sobrevenir.

Así, pues, como Fernando VII veía bien claro el estado irremediable de las cosas, se aferraba á mantener en sus manos la plaza de Olivenza y distrito de Jurumenha, que eran puerta abierta por donde podía comenzar seriamente Portugal si éste porfiara en cerrar á sus tropas la entrada por el Río de la Plata. Advertido de lo que había de suceder al fin, se contrajo á formar un nuevo y más poderoso ejército de veintidós mil hombres, destinados á tomar tierra en los puertos orientales de nuestro río, quisiese ó no el rey de Portugal; entabló negociaciones con Rusia, sobre concesión de grandes buques de guerra para el convoy, y al mismo tiempo comenzó á formar un campo de treinta mil hombres en la frontera portuguesa, que debía entrar por ella á las órdenes del general Castaños y de Elío, si al salir la nueva expedición persistiera aún el rey de Portugal en oponerse á su desembarco.

Nada de esto se sabía en Buenos Aires; eran sucesos que se mantenían cerrados entre los secretos de Estado con un esmero demasiado grande para que pudieran salir á la publicidad con el carácter verdadero que tenían. Rumores más ó menos vagos, pero intangibles, daban una idea incierta de los hechos en globo; y por otra parte, era tan completo el aislamiento oficial en que nuestro país y nuestro gobierno se hallaban de cuanto pasaba en el mundo europeo, y tal la agitación interna que se

arrebataba la atención en el torbellino de las cosas propias, que el oído público no alcanzaba á hacerse una idea práctica é inmediata de lo que valían esos lejanos y sordos rumores que, de vez en cuando, nos enviaba la alta política de las potencias; ni comprendía tampoco que por allá se tratara con tanto interés de lo que más de cerca tocaba á nuestra causa. A eso se debe que hasta ahora hayan permanecido tan oscuros y misteriosos los motivos verdaderos que influyeron en que la expedición de Morillo cambiase repentinamente de destinación, con tanta sorpresa y asombro de los que sabían que positivamente se había formado y aprontado para atacar á Buenos Aires.

CAPITULO III

EL GABINETE PORTUGUÉS Y EL EMISARIO ARGENTINO

SUMARIO: Buena reputación y favorable acogida del comisario argentino en Río Janeiro.—Adelanto de sus miras y de su favor.—Indicaciones sobre los secretos de Estado.—Benevolencia del influjo portugués.—Mala acogida de sus ideas en Buenos Aires.—Intransigencia del comisionado con toda tentativa de arreglo con España.—Sus opiniones sobre España.—Sus dolorosas aprensiones sobre el estado lamentable de las provincias argentinas.—Su plan contra Artigas.—La conveniencia de una inteligencia cordial con el rey del Brasil.—Decisión del comisionado en ese sentido.—García y el señor Tagle ministro del gobierno de B. A.—Importancia general de los ministros en la primera época.—Influencia consistente de Tagle.—Su persona y su carácter.—Nueva credencial de García.—Su confianza en el éxito.—Resolución del gobierno de Balcarce y Tagle acerca de España.—Simpatías del mismo hacia el rey de Portugal.—Aversión de las facciones populares contra la *política portuguesa del gobierno*.—Estado de descomposición social y angustiosa situación del gobierno.—Situación angustiosa de García.—Necesidad de asirse al influjo portugués.—Razones de analogía y conveniencia.—Previsiones de la corte de Río Janeiro sobre el estado social de Buenos Aires.—Ideas de García.—Primeras operaciones de la invasión portuguesa en la Banda Oriental.—Apuros administrativos y agitaciones de España.—La mediación de Portugal, se-

gún García.—Invitación del ministro español.—Un anónimo.—Las pretensiones de la legación española.—Disyuntiva entre la sumisión á España ó la protección portuguesa.—Nada peor que la dominación española.—Relaciones de García con los ministros del rey de Portugal.—Intimidación con el conde de la Barca.—Elevación á la primera categoría diplomática de la negociación argentina.—Las influencias europeas y la independencia del Gabinete brasileño.—Lisboa y Río Janeiro.—Favor del rey de Portugal.—Error fatal de un rompimiento con Portugal.—El conde da Barca y García.—García y Rivadavia.—Efectos de la elección de Pueyrredón.—Necesidad y posibilidad de negociar una alianza formal entre Portugal y las provincias argentinas contra España.

Muy pronto comenzó á sentirse en las altas regiones de la política portuguesa la opinión favorable con que el agente argentino ganaba terreno en ellas. Las relaciones íntimas con las personas más influyentes en la corte se formaban naturalmente alrededor de su persona, haciendo resonar sus méritos, su saber y las amenidades de su exquisito trato. Lord Strangford habló de él con los ministros del rey, elogiándolo como un hombre digno de ser tomado en cuenta y capaz de desempeñar con buen éxito lo más difíciles negocios de Estado. En la correspondencia del agente se trasluce el ascenso gradual de su posición en ciertas indicaciones de muy grande importancia, que van marcando su confianza en el éxito de su misión y mostrando un conocimiento tan perfecto de los secretos del gobierno portugués, que no era de suponer que hubiese obtenido sin que una mano autorizada se los hubiera suministrado y abiértole el camino de aprovecharlos.

Así le vemos transmitir al gobierno estas notables y significativas indicaciones, que eran ya como una llave maestra de los grandes negocios que aun estaban en completa reserva en la diplomacia europea: «La conducta misteriosa de esta corte excita la curiosidad de cuantos la juzgan sólo por las apariencias; y por eso se ve mudar las opiniones todos los días. *He escrito ya, y lo repito ahora*, que una feliz combinación de circunstancias me ha puesto en estado de ser útil á ese país en la *crisis que se avecina*; crisis que decidirá quizá de las colonias americanas por algunas generaciones» (1).

Esa crisis era nada menos que el próximo rompimiento de Portugal con España, que el comisionado transmitía de esa manera embozada porque tenía que cumplir con el deber de guardar estricta reserva que se le había recomendado. Que tan valiosa confianza se le había hecho por persona informada en los secretos de Estado (por un ministro quizá), es cosa que no puede dudarse, puesto que se le ve agregar también: «Creo importantísimo, ante todo, que venga ó se coloque aquí un sujeto instruído en los principios de este gobierno, y que sepa hasta donde pueda extenderse en el caso de ser llamado á tratar alguna cosa de interés para nuestro país. ¡No hay que perder tiempo!»

La importancia de estas indicaciones toma un

(1) *Documentos y Papeles inéditos de don Manuel José García*; cuaderno I, pág. 9, Imp. de Juan J. Alsina, 1883; y *Rev. del Río de la Plata*, vol. XII.

carácter más preciso cuando se ve al comisionado indicar claramente que la base esencial del pacto con que deben unirse el gobierno argentino y el gobierno portugués, es la de no hacer causa común con Artigas, ni cuestionar la posesión y propiedad de la Banda Oriental. «Un particular podrá, si se le antoja, hacer regla de su conducta aquello de que *¡todo ó nada!* Pero un gobierno encargado de la suerte futura de los pueblos, no tendría disculpa si envidase al vuelco de un dado la vida del Estado y la *libertad de sus pueblos...* Cuando se trabaja por establecer la libertad debe sacrificarse todo antes que exponerse á que se sofoquen sus semillas... Demasiado convencido estoy de que nuestros pueblos necesitan *libertad é independencia*, especialmente del desgraciado gobierno español, pero saber hacerse dignos de una independencia que sea compatible con el estado de los pueblos que la van á recibir y con los intereses de aquellos á quienes puede convenir protegerla, he ahí el problema y la dificultad».

Que al consignar estas ideas, el comisionado argentino estaba ya en relaciones confidenciales con el gabinete del rey de Portugal, es cosa que se viene á la mente con sólo poner atención á sus conceptuosas palabras: «Yo me he puesto ya en estado de decir lo que opino sin más respeto que al bien de mi país. Pero una explicación no pedida y extemporánea, por luminosa que fuere, podría pasar por ridícula». La convicción del agente era, pues, que debía trabajarse por una alianza ó combinación amigable con Portugal contra España. Y si por lo pronto se excusaba de decirlo abiertamente, era por-

que las preocupaciones vulgares que predominaban en Buenos Aires hacían de Portugal una potencia demasiado nula y débil para tomar una actitud independiente y afrontar las iras del rey de España. Y tan arraigado estaba ese error, que todos se habrían reído de que un hombre serio como García, creyese de veras que sin el pláceme de Inglaterra fuera posible obtener protección eficaz de parte de Portugal.

El mismo Director del Estado se manifestó inclinado á burlarse de las esperanzas que el comisionado había avanzado sobre esa combinación, dando lugar á que éste le contestara así con dignidad: «Las cosas de nuestro país son tan importantes, y sus negocios corren tanto peligro de perderse, que no pueden sufrirse chufardas; y cuando la ocasión de remediarlos es tan oportuna, y tan fugitiva al mismo tiempo, no hay lugar para que se ocupen en eso aquellos que se interesan con sinceridad en el bien de la patria. Bajo estos principios, usted debe creer que yo voy á trabajar incesantemente en la asecuración de aquellos objetos que juzgo compatibles con el estado actual de ese país, con la *política presente de las Cortes de Europa y América*, y, lo que es más, con los intereses verdaderos y únicos de nuestros compatriotas con su gloria sólida y perdurable, si es que puede haberla en lo humano». Hemos subrayado estas palabras, porque no habiendo en América más corte que la de Portugal, se ve que el comisionado conocía ya en enero de 1816 la disidencia enconadísima en que esta corte se hallaba con la de España; y que de acuerdo con eso estaba resuelto á sacar partido de

tan importantísimo incidente dándole análogos giros y más amplias proporciones á su misión. «La desastrosa jornada del Perú (Sipe-Sipe) me ha causado el más profundo dolor; pero sin sorprenderme ni abatirme. Me parece que es de la primera importancia ocurrir á las gargantas del Perú, con todas las fuerzas posibles, á detener el torrente. Mientras tanto, *se trabajará á dos manos para dar tal dirección á nuestras cosas, que nos pongamos fuera del alcance de esos enemigos, que á todos los horrores de una venganza feroz, añaden la impotencia de establecer un orden social cualquiera, y la peste de brutalidad y fanatismo que los está devorando*» (2).

(2) Aunque propias del tiempo, ciertamente que serían injustas estas palabras si hubieran de aplicarse á la generalidad de los españoles. Pero también es verdad que nada tenían de exageradas con relación á Fernando VII, á sus corifeos y á sus medios de gobierno. Nosotros las señalamos en su fecha de 16 de enero de 1816 para que se vea que las hipotéticas apreciaciones que hablando con el embajador inglés (página 76) y en otras raras ocasiones, hizo García de que era preferible todo, hasta el mismo régimen colonial, antes que caer en la anarquía salvaje levantada por Artigas, eran raciocinios de extrema lógica y suposiciones imaginarias de simple argumentación, que carecían en su mente de todo valor presente ó futuro. Si estos conceptos figuran en un último caso ó como una fatalidad que precisamente se desea evitar, sería contra toda lógica presentar al comisionado favorablemente dispuesto á semejante solución. Por otra parte, la justicia exige que en estos casos, las angustias morales de los hombres públicos y las dolorosas presunciones que ellas les arranquen, no se juzguen después que los sucesos han despejado la incógnita y resuelto los problemas, sino en el tiempo de las dudas amargas, y de acuerdo

Convencido de que las provincias del Río de la Plata debían buscar en el gobierno portugués los medios de suprimir á Artigas, y de substraer los puertos orientales á las tentativas hostiles de Es-

con los antecedentes que forman la tradición social de cada época. Los hombres de 1816, caídos en un desorden espantoso y amenazados por el salvajismo artiguero, que parecía próximo á envolverlo todo en las tinieblas del caos, no podían menos que recordar la situación que habían tenido bajo el gobierno honrado y progresista de Carlos III. Exigirles, pues, que en caso de ser vencidos, como parecía que iban á serlo, no prefiriesen hipotéticamente ese recuerdo, más bien que caer en el otro abismo, sería cerrar los ojos á la justicia. Es cierto que los demagogos y los caudillos del vandalismo preferían ir á todo por todo; pero es porque ellos no trataban de fundar orden alguno conocido, y por eso es absurdo suponer que pueda haber futuro sistema ú organismo latente en el desorden por el desorden.

Darles, pues, una mejor intuición de la patria y de su porvenir á los bárbaros sanguinarios que levantaban la bandera de la anarquía, sería como poner á Marat y sus satélites con más inteligencia política que Mirabeau, que Barnave, que Thouret, que Cazalés: á los demagogos de 1818 sobre Guizot y sobre Thiers, y dar á Robespierre por padrino de la república conservadora y parlamentaria que preside Mr. Grevy. Los que hacen de estas aproximaciones arbitrarias una ecuación simple y eslabonada suprimen graciosamente las atenuaciones y el trabajo de asimilación operado por los siglos, á cuyo influjo se debe que el progreso sea la obra de la moral y de la virtud: la obra que quede y triunfe en las formas nuevas, y no la del crimen y de la barbarie. García pudo reclamar la gloriosa parte que le tocó en la administración de 1821; pudo también, si hubiera vivido, reclamarla en 1853. Pero Artigas, Andresito, Blasito, José Culta, Encarnación... ; jamás! porque el reactivo saludable en la química política no es la perversidad ni la ignorancia, sino lo bueno, lo noble y lo bello.

pañá, García le escribía al gobierno que consideraba como el más grande de los errores formar esperanzas de orden y de prosperidad sin dos condiciones urgentes y esenciales. La primera era sofocar la anarquía. «La experiencia ha dado ya su fallo, y es unánime la opinión de todos los hombres sensatos sobre este punto. Así no recelo ya asegurar que la extinción del poder ominoso que se ha levantado en la Banda Oriental, es á todas luces no sólo provechosa sino necesaria á la salvación del país. Pero ese gobierno (el de Buenos Aires) está privado de la fuerza necesaria para sofocar ese amenazante poder; y la pasmosa variedad de opiniones, de pasiones y de intereses, privará también al soberano Congreso de la grande fuerza moral que necesitaría para sojuzgar á su autoridad hombres feroces y salvajes acostumbrados á mandar como déspotas, y á ser temidos por los primeros magistrados de los pueblos. En tal situación no nos queda esperanza de contener por nosotros mismos estos gérmenes de la disolución general que nos amenaza... necesitamos, pues, de la fuerza física y moral de un poder extraño para terminar esta lucha, y poder formarnos un centro común de autoridad capaz de organizar el caos en que hoy están divididas nuestras provincias. En la escala de nuestras necesidades más urgentes cuento como de primer orden la de *no recaer* en el sistema colonial que nos envolvería en los *horrores con que nos amenaza* la venganza de una nación ofendida, que está ella misma impregnada de todos los elementos de una horrenda revolución, capaz de aniquilar los restos de orden y riqueza que quedasen en nuestra

patria, ó de traerla al dominio arbitrario del primer malvado que lo intente».

Estas eran, pues, de enero á junio de 1816, las opiniones de García, no sólo con respecto á la necesidad de destruir á Artigas, sino muy principalmente á la más vital aun de *no recaer jamás* en el régimen colonial, ni en arreglo alguno que nos volviese al poder de España. Más adelante veremos si las cambió, como algunos lo han creído, interpretando erróneamente actos suyos que eran, sin embargo, consecuentes con estas opiniones.

De acuerdo, pues, con el nuevo giro que había resuelto dar á su misión, le demostraba al gobierno que el país se hallaba en tal situación que, de no entenderse con el gobierno portugués, tenía que sucumbir bajo el peso de las armas españolas, ó entregarse al bárbaro caudillo que capitaneaba el alzamiento anárquico de las masas contra la capital y contra el régimen orgánico de que ella era el último asilo: «Esto es lo que debiera tenerse á la vista; porque según las circunstancias, este soberano podrá ser nuestro aliado, protector, neutral, mediador, ó garantirnos también en último caso incorporándonos á sus Estados». Hasta ahí iba García antes que aceptar la recaída en manos de Fernando VII. ¡Y á fe que tenía razón! Porque á principios de 1816, como ya lo hemos visto en el volumen anterior, era de tal manera desgraciada la situación en que el país se hallaba, tal su descrédito y el menosprecio con que lo miraban todos los gobiernos civilizados del mundo, que no había un solo hombre de criterio, dentro ó fuera, que no admitiese, como probable cuando menos, que España

acabaría por someternos, si no encontráramos *medios extraños* de cerrarle el Río y de sofocar la interna anarquía.

Puestas las cosas en este extremo, desahuciados de la protección y del amparo de Inglaterra, que tanto se había solicitado, era mil veces preferible acogernos á un soberano benigno, que no tenía agravios que castigar, fuentes de riqueza que agotar; que gobernaba sus Estados con medios cultos y templados, con procederes liberales, antes que caer en la tiranía atroz de un rey cruel y parricida, de un monstruo que con saña de fiera desgarraba las más nobles partes de sus mismos pueblos; ó tener que entregar la bella causa de nuestra independencia y de nuestra cultura política, al bárbaro que encabezaba la insurrección de las masas agrestes y salvajes de las selvas litorales.

Aunque no hay duda que la idea de una anexión se presenta una sola vez en la frase oficial de García, como una lejana y dolorosa visión sugerida por un caso supremo y último, no es como anexión á las provincias ó al reino brasileño, sino como un reino con autonomía propia unido á la corona de Portugal, con el carácter mismo de independencia en que se hallaba el Brasil. Pero aun así, y si bien alguna vez mencionara la idea, no es eso lo que él prohija y favorece, sino el proyecto de hacer una alianza entre los dos gobiernos contra Artigas y contra España, á condición de que siendo Portugal el que tenía medios de hacer efectivos los dos puntos del negocio, fuera él quien ocupara el territorio de que le convenía posesionarse. Ese era el campo de acción al que, como lo había dicho en enero, iba

á dedicar todos sus esfuerzos. «Esté usted cierto, le escribía al Supremo Director, que he de marchar hacia lo que creo supremamente útil y necesario á esa tierra, aunque sepa que ustedes me quemen en estatua; porque la verdad es lo más fuerte del mundo: pasarán los acaloramientos y las convulsiones y la verdad triunfará con honra mía... Yo quisiera que ustedes pensasen sobre lo siguiente: ¿Cuál es mejor? ¿Hacer nosotros solos el negocio, empeñándonos en inmensas sumas, y corriendo todos los riesgos, ó ASOCIARNOS á otro que nos asegure los riesgos, aunque *parta* con nosotros las utilidades? Demos un balance, juzguemos y comparemos». Este sencillo concepto, que, á la vez que presenta de bulto el pensamiento concreto de la misión, resume en una forma picante el poderoso juego que pensaba dar á sus resortes, es desde el primer día hasta el último, la idea persistente que va á dirigir y dominar todas las tentativas y trabajos del hábil operador. Dejando, pues, á un lado el colorido accidental de las frases y la necesidad ó la conveniencia de agrupar argumentos de circunstancias, se ve con evidencia que no es el protectorado, ni la neutralidad, ni la anexión á Portugal, lo que le preocupa y anima, sino la alianza: *la asociación contra los riesgos y la participación igual de las ventajas*: el triunfo de la independencia argentina, unido con el exterminio de la anarquía es el único y verdadero motivo de su constante actividad.

A pesar de la desconfianza, de la sorpresa y de la oposición con que los partidos de Buenos Aires levantaron el grito contra lo que llamaban la política portuguesa, García encontró al lado del Supre-

mo Director del Estado un hombre que supo comprenderlo y penetrarse al instante de que el comisionado argentino se había puesto en la verdadera vía de afrontar con ventaja los peligros y de dar solución al doble problema que formaba el doloroso conflicto del momento presente. Sin la más mínima conformidad moral, existía, sin embargo, algo que podría tomarse como analogía lejana, entre el espíritu del ministro don Gregorio Tagle y el espíritu del comisionado don Manuel José García. Tagle no era ni fué nunca uno de esos ministros que sirven á los jefes del Poder Ejecutivo sin voluntad personal y sin ideas propias. Este vicio lamentable era entonces, no sólo desconocido, sino también incomprensible. Nuestros primeros ministros fueron siempre, desde 1810, desde Moreno hasta la aparición del tirano Rosas, hombres de gobierno con acción efectiva y propia en la dirección de los negocios del Estado. En ese concepto se nombraban siempre, y para eso se llevaban al gobierno. Año por año, cambio por cambio, puede comprobarse esta verdad con sólo allegar unos á otros los nombres de los personajes que ocuparon los ministerios: Moreno, Passo, Rivadavia, Pueyrredón, Rodríguez Peña, Herrera, Alvear, López (Vicente), Viana, Agüero, general Cruz, Guido, etc., etc. Y entre ellos Tagle fué, durante tres administraciones importantísimas, uno de los más caracterizados y poderosos en ese puesto. Cuando ascendió á él traía una filiación irreprochable y notoria entre los patriotas de Mayo. Su voto y su ingerencia en las peripecias de la *Gran Semana* de 1810 constan de las actas mismas que consagraron al recuerdo de esos

días memorables; y en 1812, cuando bajo el influjo de Pueyrredón y Rivadavia se creó la Intendencia de la capital con el carácter de una verdadera gobernación de toda la provincia, Tagle fué llamado á la Secretaría donde hubo de recaer sobre él la complicada y difícil tarea de construir y determinar los resortes y los nuevos procederes de esa institución, que si es importantísima en todos los tiempos, lo era mucho más entonces.

Hemos dicho que, aunque á lo lejos, podía encontrarse entre el espíritu de este ministro y el de García, una cierta semejanza que los predisponía á comprenderse en el terreno de la diplomacia peculiar del año de 1816. Y, en efecto, la sagacidad que en García brotaba naturalmente con índole social y comunicativa, fresca y abierta (pero que en resumidas cuentas era siempre sagacidad sin pizca de candor, ni un momento de descuido) asumía en el personalismo de Tagle los rasgos peculiares y más peligrosos de la astucia, con aquellos accidentes de la destreza felina que combina sus fines sin ruido, y que marcha á ellos con las apariencias del más estricto reposo. Dotado indudablemente de talentos políticos de primer orden, Tagle tenía tan intensa mirada que, desde las cavernas sombrías donde escondía la vivacidad de su negra pupila, sabía penetrar hasta el recóndito fondo de las cosas y de los hombres.

*Sleeck-headed men such as sleep o'nights:
Yond' Cassius has a lean and hungry look;
He thinks too much: such men are dang.rous (3)*

(3) Me son simpáticos los hombres regordetes y de rostro rozagante que duermen bien toda la noche. Este

Lo mismo habría podido decirse de la mirada escondida, y á ratos fulgurosa que daba su expresión característica á la biliosa fisonomía de Tagle. Nada, pues, más natural que el que este hombre experto y astuto, tan señalado desde antes por una grande habilidad en las prácticas forenses, que Salgado llamaba *Labyrinthus Creditorum*, hubiese comprendido á primera vista el valor práctico de las indicaciones y miras que García le apuntaba. Y así fué que, sin vacilar, puso al Supremo Director en la corriente de esos propósitos, y confirmó la misión dándole carácter oficial en 27 de septiembre de 1815 (4).

García contestó aceptando el puesto con una visible satisfacción. «Recibí los oficios de Vuestra Excelencia y con ellos los despachos que me autorizan ampliamente cerca de Su Alteza el príncipe regente de Portugal» (5).

«Por una consecuencia precisa de los grandes acontecimientos que acaban de tener lugar en el mundo político, pienso *que mi* comisión va á hacerse no sólo interesante sino muy delicada. De lo único que puedo responder es de mis buenos deseos; y hablaré con claridad sin que nada me intimide... Doy á Vuestra Excelencia las gracias, así

Casio no me gusta: tiene la mirada sombría, el semblante enjuto: siempre anda pensativo; y esa clase de hombres es muy peligrosa. (Shakspeare: *Cesar*).

(4) Nota del 5 de febrero de 1816.

(5) Es de advertir que en Portugal las mujeres heredaban el trono. La reina titular era la madre de don Juan, pero como estaba atacada de demencia gobernaba su hijo con el título de príncipe regente.

porque me proporciona la ocasión de dar nuevas pruebas de mi sincero amor á mi patria, como por la honra que me dispensa con una tan noble como gloriosa confianza».

El 4 de mayo de 1816, el Supremo Director general Balcarce y su ministro el doctor don Gregorio Tagle, le comunicaban á García que el gobierno había dado cuenta al congreso del estado de las relaciones exteriores, y en particular de los pasos que él había dado para establecerlas con la corte de Río Janeiro: «El Congreso ha mostrado las disposiciones más favorables á este respecto; y cree que los vínculos que lleguen á estrechar á estas provincias con esa nación, sean el mejor asilo en nuestros conflictos... El asunto se trata con interés y con una reserva que casi parece increíble en el *crítico estado de nuestras cosas*. En el desempeño de su comisión usted debe, pues, *aprovechar los instantes de tratar sobre este particular con absoluta preferencia*, remitiendo informes detallados de cuanto se nos exija, y de las ventajas que se ofrezcan á nuestro país. Indíquenos también todos los medios que deban adoptarse por parte de este gobierno, *en combinación* con ese ministerio, para allanar los obstáculos que puedan oponerse á lo que sea razonable... Averigüe si Artigas tiene algunas relaciones con esa corte y de qué genero, pues su conducta lo hace sospechoso». Extraña es por cierto sospecha tan extravagante de que tuviese algo de verdad uno de los infinitos rumores, á cual más absurdo, que corrían con datos asertivos, al parecer, pero en realidad imaginarios.

Por eso no faltaba quien asegurara que había

combinación secreta entre España con Artigas y Portugal. La suposición con respecto á los dos primeros tenía en efecto antecedentes; y hubo de realizarse como lo vamos á ver; el último estaba fuera de toda combinación posible con los otros. «No se detenga usted en gastos (agregaba el ministro) si es preciso hacer alguna comunicación importante; repita usted en cuantas ocasiones se le proporcionen, la relación de todo lo que usted hubiese adelantado en un negocio de tanto interés... La resolución del país es no sufrir otra vez el yugo de fierro de los españoles, y no tratar con ellos de especie alguna de conciliación. Este convencimiento debe dirigir todos los pasos de usted al estrechar sus relaciones con ese gabinete, cuyos principios liberales aprecian aquí todas las gentes de juicio con esperanzas de los magnánimos proyectos que la proximidad de nuestras provincias debe inspirar á Su Majestad Fidelísima don Juan VI. Bajo tales datos no omita usted medio alguno capaz de inspirar la mayor confianza á ese ministerio sobre nuestras intenciones amigables y el deseo de ver terminada la guerra civil con el auxilio de un poder respetable, que de cierto, no obraría contra sus intereses cautivando nuestra gratitud».

El gobierno no ignoraba, sin embargo, que la opinión popular acogía con un raro furor los vagos rumores que ya habían transpirado sobre la intención que el gobierno de Portugal tenía de invadir y ocupar el territorio y los puertos orientales. Asegurábase como una verdad conocida que García, el Director y sus ministros eran cómplices y cooperadores de ese atentado contra *los derechos argen-*

tinós; y á tales términos había subido la indignación general, ó mejor dicho, el pretexto con que los partidos revoltosos la hacían fermentar en provecho de sus malos fines, que nadie, y Tagle principalmente, desconocía que, de un momento á otro, debía tener lugar un sacudimiento y la deposición del general Balcarce, que reprodujo y consumó en Buenos Aires el desquiciamiento y la anarquía en que quedó envuelto el país del uno al otro extremo. Previéndolo como cercano, Tagle le escribía privadamente á García en 4 de mayo: «Hay necesidad de tomar medidas prontas para fijar con fruto nuestra suerte, y así no pierda usted ocasión de alcanzarlo. *Todo amenaza una disolución general*, y lo más sensible es que los pueblos (las provincias) que ya nos miran y tratan á esta capital como á su mayor enemigo, pueden, si nos descuidamos, reducirnos á la impotencia de ajustar tratados. Sálvemos, pues, nuestra diligencia y la seguridad de los medios que adoptemos. El Congreso está conforme CON CUANTO ASEGURE LA INDEPENDENCIA y la seguridad del país; y previene á usted que obre bajo tal garantía con franqueza y con empeño». Al mismo tiempo que Tagle decía esto desde Buenos Aires, García escribía con fecha 5 desde Río Janeiro bajo las mismas impresiones: «Considero muy grave la situación de nuestros negocios. Por lo que veo, ya no tenemos más provincias libres que las muy pocas que nos ha dejado la última derrota del Perú. Pero es preciso no desesperar, porque con eso nada sacaríamos, y si perdiésemos *aquella firmeza varonil* que no se abate ni desespera, nos cubriríamos de ignominia y nos

arruinaríamos». A la vista de conceptos tan terminantes, es evidente que no puede atribuirse á García, sin error, la más mínima inclinación al restablecimiento del régimen colonial, ni aun en aquellos momentos más angustiosos que pudieron afligir su ánimo. Y si es verdad que alguna vez presentó esa última y fatal perspectiva en sus despachos, jamás lo hizo como opinión personal, sino presumiendo cuáles pudieran ser los recursos extremos con que se podría atenuar los males espantosos de la caída final, dado caso que se prefiriera la ruina, antes que una inteligencia cordial con el gobierno portugués, que era lo que siempre había sido su plan y la base de sus esperanzas para triunfar de España.

La caída del Director suplente Alvarez Thomas en abril de 1816 no produjo grande desagrado en el ánimo de García; porque además de que el sucesor general don Antonio González Balcarce le merecía mayor concepto como hombre más serio y conspicuo para el puesto, éste hizo continuar al frente de su ministerio al anterior ministro señor Tagle, que era lo verdaderamente importante para los fines y los trabajos del comisionado. Interesado éste en explicar al nuevo Director la política del rey don Juan VI, le decía en junio de ese año: «Este ministerio está hondamente alarmado con los progresos desastrosos que el caudillo de los anarquistas *va haciendo sobre el gobierno de las provincias argentinas*; y no ha podido menos que representarlo así á Su Majestad Fidelísima para que pusiese pronto remedio á un mal que, creciendo con tanta fiereza, podría en poco tiempo cundir por estos sus

dominios y hacer mayores estragos. En consecuencia Su Majestad ha resuelto empeñar todo su poder para extinguir radicalmente, hasta la memoria de tan funesta calamidad, y cree que no sólo hace con esto el bien de sus *vasallos*, sino un beneficio que le han de agradecer *sus vecinos*». García no había comprometido, pues, la independencia política de *esos vecinos*, puesto que los consideraba en una categoría autonómica y separada de los *vasallos* naturales de Portugal, aunque con intereses perfectamente análogos en el resultado que se buscaba. Y si pensaba también que debía mirarse como una circunstancia feliz que el trono portugués se hubiese trasladado á este lado del Atlántico, era porque con eso había venido á ser una *potencia sud-americana*, y había puesto sus intereses en analogía con los que habían proclamado las colonias independientes para sacudir el monopolio y el yugo servil que España pretendía seguir imponiéndoles por su vergonzoso atraso en la obra y en la ley de los tiempos. «El gran paso de declarar abolido el sistema colonial ha puesto á esta nación del lado de nosotros *en la cuestión que nos divide de la Europa, y necesita ahora nuevas fuerzas* para seguir cortando las ligaduras que detienen los pasos de su política, y que embarazan la marcha natural de esta parte del mundo, á sus altos destinos (6).

(6) Al mencionar la *abolición del sistema colonial*, el señor García se refería al famoso decreto expedido por el rey don Juan VI creando el reino del Brasil en iguales condiciones á las del reino de Portugal, con lo que este país americano había dejado de ser colonia y pasado á ser nación.

Desde luego se deja ver cómo comienza á trasuntarse ya, con mayor claridad, en el ánimo del comisionado, la idea predominante de concertar con Portugal una alianza bélica contra España. «Quizá, de nuestra cordura pende en gran parte la llegada de esta época verdaderamente grande por sus consecuencias, y yo pienso que toda nuestra política debe dirigirse á obrar en el mismo sentido que esta nueva nación; á enlazar íntimamente nuestros intereses, y á identificarlos con ella si fuese posible». No deja de ser extraño que en un concepto como éste, tan claro en el sentido de aliar la independencia argentina con los intereses peculiares de Portugal como gobierno americano, se haya querido ver un propósito de anexión que está literalmente excluído en la frase misma con que el comisionado se expresa. «De otro modo podrían desvanecerse tan halagüeñas esperanzas, y la *recaída de la América á su anterior nulidad* vendría á ser la obra de nuestra propia estupidez ó de nuestra corrupción. Así es que, si miramos la cuestión por este lado, los intereses de esta nación no aparecen *extranjeros á los de la nuestra*.

Lo que quiere decir que se trata de *dos naciones independientes con identidad de intereses* respecto de las de Europa que trabajaban, al contrario, por restablecer el régimen colonial en favor de España. Y la prueba que García daba de que en sus propósitos no entraba nada que amenguase los derechos de nuestra independencia, es, como él lo hace notar con justicia, que al mismo tiempo que el rey en Portugal preparaba su expedición contra Artigas, «redoblaba sus cuidados por conservar el comercio

y las relaciones amistosas con el gobierno de las provincias. Sus buques cargados con las propiedades de sus vasallos salen libremente para Buenos Aires por entre la escuadra destinada á las costas de Maldonado; y sus tribunales funcionan protegiendo las propiedades argentinas».

Decía también que por más convencido que él estuviera, tal vez no era prudente que el gobierno nacional y el Congreso aventuraran sus decisiones sobre la fe de sus palabras; y que por eso le complacería mucho que enviasen á Río Janeiro una persona que «informándose á boca de las cosas, formara opinión y regresara con el plan que debiera adoptarse». Si esto fuera premeditar una anexión sería preciso convenir en que no hay sentido recto ni propio en el idioma de los hombres de bien. Más claro lo vamos á ver adelante.

Hemos visto el espectáculo que la capital y las provincias presentaban en aquel año. El gobierno de la capital era una continua acción y reacción entre grupos que podríamos llamar ventoleras de democracia pura y anárquica como la de los tiempos en que las repúblicas griegas se disolvían. En las provincias, igual desorden, con una tendencia marcada á dispersarse cada una en sentidos encontrados, y en las campañas el alarido atronador de las hordas. Visto este espantoso desorden desde una corte sensata y tranquila que se gobernaba con las tradiciones respetables de un régimen sano y paternal, no podía menos que provocar la reprobación de todos; y no hay por qué extrañar que semejante vergüenza martirizase el espíritu culto y honorable del comisionado argentino cuyas opiniones fueron

siempre *conservadoras* y *unitarias*. Por eso decía con muchísima razón y con la misma verdad con que hoy también lo repetiríamos muchos de nosotros: «Los principios *puramente democráticos* no son combinables con los de una monarquía absoluta como la de Portugal; y *ese sistema que afectan* las provincias del Río de la Plata destruye ó marchita cuando menos, los frutos que debiera producir *la analogía de nuestros intereses* con los de la nación portuguesa». Porque, en efecto, siendo indispensable la alianza de los dos países, ó su concierto político cuando menos, había cierta incompatibilidad de organismos, y de situaciones que podía ser funesta y hacer que fracasase la mancomunidad de los medios y de los esfuerzos contra Artigas y contra España. Pero lejos de que con esto se apuntara nada contrario á la independencia, era una condición, para conseguir ese triunfo, que la entidad política y nacional—*provincias del Río de la Plata*—«tuviese respetabilidad, fuerza propia, y centro de acción hacia el cual gravitasen las partes de su escasa población; pues si se dispersan y obran en direcciones diversas, su gravedad vendría á ser igual á cero en la balanza política». Y desde luego, es de la última evidencia que quien busca la *respetabilidad*, la *fuerza* y la *cohesión de las partes anarquizadas* de una cierta nación, no es quien abriga el propósito de hacer que se anexe á otra. Porque no por medios perfectos y vigorosos se cae en ese triste estado, sino precisamente por la disolución y por el desparramo de las partes, las naciones se disuelven y pierden «su centro de acción», para pasar á ser una ajena dependencia.

A este respecto, García estaba tan lejos de buscar para la realización de sus planes golpes de poder y de sorpresa sobre la confianza y el descuido de los pueblos interesados en los asuntos que negociaba, que cuando proponía asegurar la buena voluntad del rey de Portugal en cualquiera carácter que fuese contra España, aconsejaba que todo lo que se hiciera fuese con el beneplácito de la opinión pública; porque «aunque se haya concertado y atinado con lo mejor para obtener el favor y el apoyo que se pide, no debe darse paso alguno decisivo contando sólo con la aprobación de algunos ó muchos hombres ilustrados, sino que es necesario también tomar en cuenta las preocupaciones y los errores vulgares, para que no salgan fallidos los proyectos mejor concertados, y para que los pueblos no encuentren su desgracia en aquello mismo que se había tomado como un bien supremo».

A últimos de junio y principios de julio vinieron á coincidir sucesos de importancia que preocuparon seriamente el ánimo del señor García. La expedición portuguesa estaba ya en momentos de marchar á la Banda Oriental. Una parte de ella, compuesta de lo mejor de las tropas europeas, debía tomar tierra en el puerto de Maldonado y dirigirse á Montevideo bajo las órdenes del general don Carlos Federico Lecor, hombre de corte y político muy diestro, aunque no tenía gran renombre de guerrero. Otras dos divisiones, de una fuerza considerable, debían entrar por las fronteras de Santa Ana y del Yaguarón, á operar en abierta campaña contra Artigas á las órdenes de los generales Curado y marqués de Alegrete, que eran tenidos con justi-

cia por militares de alta escuela y de conocida competencia. García pensaba con razón que la entrada de todas estas tropas en número de diez á doce mil hombres iba á levantar una grita furibunda y alarmantes desconfianzas en la capital. Pero, además de haber cooperado al hecho, y de que no estaba en su mano aplazar el curso acentuadísimo que había tomado la política portuguesa contra Artigas, opinaba que á costa de cualquier sacrificio debía marcharse de acuerdo con ella para conseguir la tranquilidad en el interior, sin la que no podría constituirse jamás «un centro de acción en que gravitaran las partes dispersas de la nación», asegurando, por lo mismo, el orden público, que jamás puede ser servido ni salvado de otro modo que por una política sistematizada, que si ha de ser lealmente liberal, tiene que ser conservadora y pura.

Sin embargo, los momentos eran de aquellos que conturban el ánimo aun de los hombres que lo tienen mejor templado para marchar á buen fin al través de las borrascas políticas, y no sin verdadera inquietud el comisionado argentino esperaba la repercusión en Buenos Aires de los movimientos militares de Portugal, cuando le llegaron las noticias de los tristes sucesos de junio, la reyerta del Cabildo y de la Junta de Observación con el Director delegado general Balcarce, las peticiones de los barrios populares y de la campaña para que no se admitiese en la ciudad al Congreso ni al Supremo Director Pueyrredón, que acababa de ser nombrado por él, la gresca sobre si las resoluciones habían de tomarse directamente por el pueblo en Cabildo abierto ó por procuradores electos al efecto; y, por

último, la seguridad de que Balcarce y su ministro Tagle iban á ser destituidos y substituidos por los señores del Cabildo, que representaban el influjo de cabezas huecas que García consideraba sin iniciativa ni valor alguno para entender y resolver las grandes cuestiones del momento, y no poco inclinados á entrar en arreglos con España antes que con Portugal.

Si triste era la situación por el lado del Río de la Plata, las noticias que en esos mismos días vinieron de Europa presentaban afortunadamente la situación de España en peores condiciones todavía. «Creo que en la marcha difícil que tenemos que seguir el primer objeto es hacer cesar por un armisticio de algún tiempo la guerra y obligar á que nos oigan. La corte de España se ve en embarazos muy graves. Su erario exhausto y la miseria rayando en lo insoportable. Los ministros actuales, atados por las mismas cadenas que pusieron al partido vencido (liberal) y á la nación que gobiernan, no saben ni se atreven á salir del círculo de las más miserables preocupaciones, que los retienen por siglos á retaguardía de las otras naciones civilizadas. El descontento y la alarma son generales entre los que tienen alguna ilustración, y el disgusto y la inquietud, compañeros de la pobreza, van difundándose en las clases bajas y haciendo muy probable una grande revolución, si se toma en cuenta también que el ejército, sin pagos, se relaja y comienza ya á disponerse á novedades que le presenten perspectiva más halagüena. Y si el fanatismo y el hábito de la servidumbre llegasen á estorbar este acontecimiento, que parece probable, la indo-

lencia y la apatía acabarían bien pronto por postrar al gobierno de Fernando VII en la más completa impotencia. Este conoce bien los riesgos que está corriendo, y creo que no sería imposible, sabiendo conducirse, llevarlo hasta el término de conceder ciertas libertades que abrirían la puerta á *largas y provechosas negociaciones*».

Este había sido desde el principio, y este siguió siendo siempre el punto único de vista en que el comisionado encaraba la conveniencia de tentar una negociación con España: ganar tiempo y traer á Portugal á que interviniese con el carácter de mediador, primero, y como fiador después, concediéndole al efecto la ocupación de los puertos orientales, que era la más sólida y eficaz de las posibles garantías contra Fernando VII y contra Artigas. Si el rey de España se rehusaba *in limine* á esta proposición, ó si lo hacía después de haber comenzado á negociar, se podía contar ya con el gobierno portugués: y cuando el señor García lo aseguraba sabía bien lo que el ministerio y el rey de Portugal pensaban en ese respecto: «Esta corte se halla dispuesta á quedarse aquí, y empieza á mirar con atención los intereses de este continente... Puedo asegurar con aquella certeza que es posible en tan obscura é intrincada materia, y según *los datos adquiridos en repetidas conferencias* con personas muy principales en el Consejo, que Su Majestad Fidelísima ACEPTARÍA SER MEDIADOR, porque con eso aventajaría *sus actuales empeños y sus miras para lo futuro*... Y aunque es cierto que todos los reyes miran con malos ojos todo lo que suena á formas democráticas y principios jacobínicos, también lo

es que la masa de la opinión los obliga á aceptar ciertas ideas de libertad propias del sistema representativo, que son ya para todos verdades inconcusas (7). Es preciso, pues, que comencemos á dar á nuestras ideas la dirección que únicamente puede ser aprobada por la generalidad de los gobiernos actuales del mundo civilizado». Y para probar que el comisionado no entendía con esto aconsejar anexión á Portugal, ni sometimiento á España, bastaría ver que continúa diciendo: «Asimismo, creo que todos reflexionarán en ese país que ningún partido ventajoso puede esperarse, *sino estando armados* y en una actitud fuerte, que manifieste que estamos resueltos á todo antes que ceder de aquellas pretensiones que sean justas, al mismo paso que razonables y propias de nuestro pobre y naciente Estado»; y en eso, el comisionado entendía que el gobierno argentino debía resignarse á la separación definitiva del territorio oriental, no sólo porque no podía ya recuperarlo, sino porque en ningún caso (ni aún pudiéndolo) le convenía empeñarse en una absorción contraria á su prosperidad futura y á la solidez de su orden interno.

Muy reservadas debían estar las connivencias de García con la corte de Río Janeiro cuando la legación española, sin haberse percatado de ellas, creía candorosamente que el comisionado tenía puesto su ánimo y sus miras en el mismo sentido

(7) Es menester tener presente que en Buenos Aires no había habido, hasta entonces, ni la sombra siquiera de semejantes ideas *representativas*, sino un desorden tumultuario, que era lo que llamaban *democracia*, con amor unos y con vilipendio otros.

que la grito furiosa de los partidos anárquicos de la capital contra la invasión portuguesa. Imbuído en este error, y profundamente alarmado al ver que la expedición portuguesa salía á tomar posesión del territorio y de los puertos orientales, el ministro español creyó muy hábil de su parte llamar con urgencia al comisionado argentino, y abrir con él una negociación en el sentido de que las provincias del Río de la Plata se salvaran de la conquista portuguesa sometiéndose de nuevo al vasallaje de España. Esta iniciativa tenía lugar en los momentos en que el comisionado recibía las noticias de los sucesos de junio y veía con doloroso desaliento que, envuelto en un torbellino incomprensible (y se puede decir que sin gobierno), el pueblo de Buenos Aires parecía resuelto á la guerra contra Portugal, poniéndose á disposición de Artigas. Semejante situación amenazaba dejar sin resultado todos sus trabajos; y como temiera que se apoderaran del gobierno de Buenos Aires hombres de opiniones contrarias á las que Balcarce y Tagle habían aceptado, creyó conveniente acudir al llamamiento del ministro español para ver qué podía esperarse por ese conducto y para que supieran en Buenos Aires á qué atenerse en caso de elegir una política amigable con Portugal ó conciliatoria con España. La situación le parecía desesperada; y lo peor era que los desafueros y locuras de los partidos argentinos eran tan públicos en Río Janeiro, que la legación española las conocía en todos sus detalles; y que por eso mismo creía y tenía por cierto que el gobierno portugués obraba resuelto á apoderarse de

las dos riberas del Plata y del Uruguay, para incorporarlas á sus estados.

Es preciso saber también que si el comisionado argentino no lo fraguó directamente, aparentó al menos dar una cierta autoridad y favor á un papel anónimo que se hizo correr en Río Janeiro en la forma de un acuerdo de anexión á Portugal, y cuyo fin era que, puesta en ascuas la embajada española, y alarmada con la invasión de tropas portuguesas en la Banda Oriental, aceptase un armisticio y suspensión de hostilidades para entrar á negociar un tratado de pacificación con la mediación y garantía del gobierno portugués. Decía este papel: «1.º Buenos Aires y las provincias de su dependencia reconocen por soberano suyo á Su Alteza Real el príncipe regente de Portugal; 2.º Buenos Aires se obliga á sostener este reconocimiento con todas sus fuerzas, uniéndolas con las de Su Alteza Real para operar contra los discolos perturbadores del orden y promovedores de la anarquía; 3.º Su Alteza Real se obliga en cambio y empeña su real palabra de que allanará todas las dificultades que puedan oponerse por parte de Su Majestad Católica el rey de España». Lo demás del papel se reducía á grandes favores en empleos y nobleza, libertades absolutas en materias religiosas, políticas, comerciales, industriales, de entradas y salidas, y de todo, en fin, cuanto era contrario al régimen colonial que España pretendía mantener.

Salvo el punto de la anexión y del vasallaje reconocido á la corona de Portugal, el anónimo estaba evidentemente calcado sobre las ideas capitales con que García procuraba ligar la causa de las

provincias independientes del Río de la Plata con los intereses territoriales de Portugal; y aun cuando era de una evidencia completa para todo hombre de juicio correcto que el rey don Juan no podía asumir ante las potencias europeas la enorme responsabilidad de anexionarse por autoridad propia dominios de otro rey, había algo de serio en el fondo, que era el grave entredicho de Olivenza y la resolución de tomar un desquite. Ese papel (dice García incluyéndoselo al Director Balcarce) ha venido á mis manos por una casualidad, y parece que ha sido presentado aquí por un amigo de ese país. Aunque no tiene carácter ninguno oficial, *ni creo que produzca efecto alguno*, he pensado que siempre sería curioso y útil leerlo. Si he de decir mi opinión, creo que este gobierno no se resolvería por ahora á aparecer como *aliado*, ni como *confederado*. Quizá admitirá más bien el papel de mediador, ó también el de protector; y quizá también, comprometido su honor por un paso atrevido, *tendría que abandonar sus miramientos políticos*». La prueba de que en este episodio se trataba sólo de un artificio dirigido á poner en alarma á la legación española, es la siguiente cláusula de la carta de García á Balcarce: «A nuestro amigo Bowles dele usted siempre á entender que no le inquietan los movimientos de los portugueses, y aun *que van de acuerdo con nosotros*, de modo que entre en grandes cuidados. Yo también haré entender aquí que los ingleses ofrecen servirnos contra los portugueses siempre que se lo pidamos: de manera que aparezca con mérito la libre voluntad de ese gobierno...» ¿al entenderse con Portugal?... parece

que eso es lo que debe deducirse (8). Esta última frase, prueba por un lado que el papel anónimo que figuraba en este episodio servía de medio artificioso con que promover alarmas y resoluciones en la embajada española; y por otro, que las conferencias celebradas con esta embajada tenían por objeto decidir á Portugal á entrar en acuerdos formales con las provincias argentinas.

Por lo pronto, el comisionado argentino consiguió que el encargado de negocios español se alarmara seriamente; y así fué que el mismo día en que la expedición portuguesa salió para Santa Catalina, le escribió á García que lo visitase con urgencia. Este acudió al llamamiento, y después de los preliminares de estilo, el ministro le dijo que tenía noticias muy halagüeñas sobre las favorables disposiciones en que la corte de Madrid se hallaba ahora para con las provincias del Río de la Plata; «y le rogó que si no estaba comprometido le ayudase á desviar la tormenta que iba á descargar sobre ellas el gobierno portugués». García le objetó que de su parte sería una imprudencia muy grande mezclarse en eso *sin saber si la corte de Portugal procedía ó no de acuer-*

(8) En la copia de esta comunicación, que se halla incorporada al proceso de *Alta traición* formado en 1820, se ha eliminado con puntos suspensivos la frase que hemos subrayado.

El capitán Bowles era el jefe de la fragata inglesa *Albión*, que según se creía tenía comisión privada de su gobierno para andar metido en todos los incidentes de la política argentina y portuguesa.

do con la de Madrid, como se decía públicamente. El ministro español llegó hasta jurarle que era *falso é imposible* también semejante acuerdo: que los que repetían ese rumor estaban muy lejos de imaginar la doblez y la mala fe con que procedían los portugueses. García le observó que aún siendo así, puesto que se lo aseguraba, no le era lícito aunarse á sus reclamos contra la expedición, sin concertar antes *por escrito* las bases de una negociación y arreglo pacífico entre las provincias argentinas y el rey de España; y convinieron entonces que García le escribiría pidiéndole esas bases, y que el ministro le contestaría formulándolas en la inteligencia de que *tales como fuesen propuestas* serían transmitidas al gobierno de Buenos Aires, para que resolviera si le convenía tomarlas como punto de partida de la negociación indicada (9).

* (9) He aquí el texto de las comunicaciones:

Señor don Andrés Villalba.—Siendo tan públicos los deseos que tiene S. M. de concluir sin más derramamiento de sangre las prolongadas discordias del Río de la Plata, no extrañará V. S. me tome la licencia de suplicarle *quiera ilustrarme sobre los medios que juzgue más propios* para conseguir aquel objeto, pues deseo contribuir á él con todas mis fuerzas. Bien entendido que la contestación de V. S. servirá de fundamento á las propuestas que pienso transmitir al gobierno de Buenos Aires.—Río Janeiro, julio 18 de 1816.

CONTESTACIÓN: Son bien públicos los deseos que S. M. há tenido siempre de ver terminadas las desgracias que afligen á sus vasallos de América; é infiriendo yo de la pregunta de V. que las provincias del Río de la Plata están cansadas de los horrores y males que sufren desde que se extraviaron con su exaltada imaginación, y que

La contestación del ministro español fué, como ahí se ve, tanto más necia ó ridícula cuanto que había sido él mismo quien había solicitado la conferencia, invocando algunos peligros ó intereses de su rey. Su lectura hizo en el comisionado argentino el efecto de una de esas inocentadas dignas de lástima más bien que de enojo; así fué que al transmitir á su gobierno la cómica pieza, le decía:

desean volver al gobierno paternal de nuestro rey, debo decirle: Que el rey está dispuesto á recibirlos de nuevo en el seno de sus demás vasallos, olvidando cuanto ha pasado en ellas desde 1810; pero para disfrutar de este beneficio es menester que el gobierno de Buenos Aires circule en el acto un manifiesto, en el que mostrando la crítica situación en que se halla, los grandes peligros que lo amenazan, la imposibilidad de continuar así y la felicidad de que gozan todas las otras provincias obedientes al rey, declare: que es indispensable volver al dominio de S. M. con tiempo y voluntariamente, antes que se acerquen las tropas del rey, *pues de otro modo mudarian del todo las circunstancias*. Hecho esto, el dicho gobierno quedaría mandando como interino á nombre de nuestro soberano: las cosas volverían al estado que tenían en 1808, se enarbolaría la bandera española, quitándose la escarapela y demás símbolos de la revolución. Como consecuencia de estas medidas se enviarán diputados que imploren la protección poderosa de la augusta hermana de S. M. C. la reina de Portugal, ante el rey nuestro señor, y para que se entiendan con esta legación: la que, una vez satisfecha, les asegurará todos los beneficios indicados; y oficiará al general don Joaquín de la Pezuela que baje á ocupar á Buenos Aires y trate á sus habitantes con el cariño que el rey les tiene, en premio de su espontánea sumisión. Su Majestad está bien dispuesto, y yo bien autorizado *para recompensar dignamente á las personas que tomaren esto con empeño*, y promoviesen la sumisión voluntaria de esas provincias á su soberano.—Río Janeiro, 20 de julio de 1816.

«*La ingenuidad del ministro español me ahorra explicaciones... Pero, sea de esto lo que fuere, me creo obligado á suplicar encarecidamente á Vuestra Excelencia que por ahora no dé publicidad á este documento para que no sea objeto de sátiras y de invectivas que herirían el amor propio sin provecho alguno, y que aún harían sospechosa la lealtad de un gobierno que pusiera en luz odiosa comunicaciones fundadas en confianzas personales*» (10).

El comisionado argentino había entrado en esta conferencia con la mira de conocer cuáles eran y hasta dónde se extendían, las instrucciones que el ministro español hubiera recibido de su gobierno

(10) Tengo el honor de incluir la contestación original del Encargado de Negocios de S. M. C. Como él mismo fué el primero en abrirse tan francamente conmigo, me propuse llevar este negocio hasta el último punto posible: primero para que en ningún tiempo se pusiesen en duda los resultados que pudieran esperarse de aquella provocación amistosa: Segundo para que no apareciese desairada la interferencia que se dignaba ofrecer S. M. la reina Fidelísima; y en fin para que las provincias del Río de la Plata no tuviesen motivo de acusarme de negligencia, ó de *espíritu de sistema en mi conducta política*. La ingenuidad del ministro español me ahorra explicaciones. A V. E. le toca decidir cuál sea lo que en las circunstancias actuales prefieran por voluntad y por interés los pueblos que gobierna. Pero sea de esto lo que fuere yo me creo obligado á suplicar á V. E. que por ahora excuse dar publicidad á este documento para que no sea objeto de sátiras y de sangrientas invectivas, pues esto heriría profundamente al ministro español sin provecho alguno, y aun haría sospechosa la honradez del gobierno que diera luz odiosa á comunicaciones que aparecen fundadas sobre confianzas personales.

en vista de los nuevos sucesos y de la actitud que tomaba el gobierno portugués. Su objeto era que en Buenos Aires viesen lo que podía esperarse de España y de las vergonzosas negociaciones en que se habían comprometido los señores Belgrano y Rivadavia, y que nada de eso ofrecía las ventajas que podría dar un arreglo con Portugal. Si él defendía, pues, esta última solución, no era «por espíritu de sistema», ni por predilección personal, sino porque tenía convicción y pruebas evidentes de las favorables disposiciones del rey y de sus ministros.

Pero las noticias que le llegaron de Buenos Aires eran abrumantes. Desde Río Janeiro, el comisionado debía suponer las cosas en las angustias de los últimos momentos y de los partidos extremos: ¡disuelto el gobierno, abandonada la capital por las provincias, Santafé en poder de Artigas y Pezuela en marcha triunfal por el centro del territorio! Ese era el carácter que habían tomado los sucesos mirados desde afuera y al través de los comentarios poco caritativos que se hacen siempre en los países extranjeros. Para mayor desconsuelo, García estaba desde mayo sin comunicaciones de su gobierno: nada sabía, y todo podía suponerlo por los datos anteriores que le habían anunciado como próximo el día final de la crisis y de la catástrofe. «Desde que falte la esperanza razonable (escribía) de obtener una pretensión por justa que sea, son imprudentes y criminales los más heroicos esfuerzos, si ellos han de llevar al país al abismo de una declarada anarquía... Para salvarse se le presentan á Vuestra Excelencia dos caminos: el

rey de España con las proposiciones que hace por medio de su encargado, y el rey de Portugal *con sus amigables disposiciones...* En el estado de nuestro país creo que nada debe despreciarse, y si él ha de entregarse á discreción de un general, pueden valer esos otros partidos, ó la garantía de una soberana, que al fin es mejor que la arbitrariedad de un soldado. Esto servirá de excusa á mi procedimiento, y también la consideración de *que no he formado el más ligero compromiso*. En cuanto á Portugal «será siempre provechoso haber preparado en sus dominios *un asilo* (11) *tan seguro como*

(11) El sentido de estas palabras, que hoy pudiera parecer obscuro, era: que si la fatalidad obligaba al gobierno á someterse á Pezuela, convenía recabar la garantía de la reina de Portugal, hermana de Fernando VII; y no sacrificarlo todo (hombres y bienes) á una defensa desesperada; pues era una felicidad para *los comprometidos y sus familias* que contaran con un asilo seguro en Montevideo y en las costas Orientales bajo la bandera portuguesa; y que se salvaran así de las venganzas de España, dejando quieta á la masa popular bajo el antiguo yugo; mientras se reunían elementos y se produjeran circunstancias favorables para reaccionar desde las costas vecinas: cosa que á García le parecía próxima é indudable, porque contaba con un rompimiento entre España y Portugal. Tan cerca andaba de la verdad, que, á influjo precisamente de los mismos temores, el gobierno portugués se apresuró á marchar sobre Montevideo, procurando adelantarse á Pezuela y á las tropas que estaban por llegar de España. Ese es el sentido que todos encontrarán con claridad en las cláusulas de esas correspondencias, sobre cuyo sentido y propósitos se ha divagado bastante. El comisionado era y fué siempre consecuente: la salvación por medio de un concierto con Portugal y la ocupación inmediata de la Banda Oriental.

Vuestra Excelencia lo sabe, evitándose así que una desesperación funesta sacrifique el sosiego de la generación actual y las esperanzas de las venideras, á la defensa de determinadas personas.» Pero no bien había puesto su imaginación y reflexionado con sensatez en el caso extremo de una pérdida total, cuando su espíritu reaccionaba y creía que, después de todo, las propuestas del encargado español eran propias sólo de una pueril «ingenuidad» y tan tontas que de ser publicadas en Buenos Aires serían objeto de sátiras sangrientas y de general rechifla. Así es que en los mismos días García le escribía á Rivadavia diciéndole: «Yo he llevado mi condescendencia con Villalba hasta el extremo, y estamos convenidos en que me pondrá por escrito sus propuestas, pero no sé si no se arrepentirá. Yo le disculpo: creo que sus instrucciones son tan ambiguas que, á pesar de sus deseos, no se atreve á dar un paso sino temblando. Esos hombres (los de España) no se han puesto, ó no quieren ponerse en el punto de la dificultad: no piensan sino para el día». Aquí está, pues, reducida á su verdadera y última expresión la infundada acusación de que hubiera negociado, ó propuesto en 1816, la entrega del país al yugo metropolitano de España, al mismo tiempo que se ha ensalzado la enérgica persistencia, en sentido contrario, del señor Rivadavia, que era precisamente el que había puesto su misión en ese rumbo lamentable. Por eso García le contestaba que concebiría esperanzas de una feliz solución, si viese al rey de España adoptar un sistema liberal para el gobierno de las Colonias, que es también lo que convenía á los intereses de

la Península. «Pero si en su gobierno influye sólo la fortuna de la guerra y no abandona enteramente ese empeño de sostener á todo trance las leyes de Indias, que con furor fanático tratan de restablecer los empleados de ese rey doquier ponen su pie, entonces todo es perdido para España y para América; y *los americanos que tengamos algún honor*, debemos abstenernos de tomar parte en unas transacciones que llevarán nuestro país á la miseria... (12). Por las de usted y por *otros antecedentes*, hago á usted en Madrid. ¡Que sea para bien de todos! Pero entre tanto, séame lícito abstenerme de ilusiones que si llegan á desvanecerse me causarán mortal pesadumbre» (13).

Al principio de la misión, García pensó dirigir sus trabajos á conseguir la mediación del rey de Portugal adjudicándole la ocupación *interina* de la Banda Oriental y de sus puertos, como medio efectivo, puesto en sus manos, de garantizar el acuerdo que por su intermedio se hiciese con España. Pero, cuando descubrió «por una feliz combinación de circunstancias», como él dice, que además de los intereses portugueses en la Banda Oriental, existía ya el grave entredicho producido por la retención de Olivenza, y que era de toda probabilidad un rompimiento, sus miras tomaron un carácter mucho más audaz, y se propuso, no ya negociar una

(12) Carta de García á Rivadavia, de 7 de julio de 1816, en los mismos días en que conferenciaba con Villalba: lo que prueba también la poca importancia que él daba á esa conferencia.

(13) Confidencias de la diplomacia portuguesa sobre los pasos de Rivadavia en España.

mediación que era imposible en el estado vidrioso de los dos reinos, sino una *alianza* en toda forma, que hiciera del gobierno portugués parte beligerante en nuestra guerra de la Independencia contra España.

Fuese por prudencia, ó para rodearse de una reserva misteriosa que aumentara su prestigio, la verdad es que García nunca explicó asertivamente cómo era que se había introducido en el trato íntimo del ministro portugués conde da Barca, y en la estimación personal del rey don Juan. La cosa por otra parte no tiene importancia, pues siendo ese el hecho, es evidente que se inició con la intervención ó agencia de algún personaje de grande influjo en la corte. Esta consideración, se confirma cuando se repara que García no entró á negociar por el conducto regular y directo del despacho, sino circunvalando, diremos así, las posiciones. El primer ministro y jefe del despacho de Relaciones Exteriores era á principios de 1816 el marqués de Aguiar, y como tal, era él quien hasta entonces había estado manejando la gestión para que España devolviese la plaza de Olivenza, ó la compensara con la cesión de los territorios uruguayos. Parece, pues, que lo regular habría sido que García hubiese entablado sus gestiones ante este poderoso ministro. Pero en vez de eso, le vemos iniciarlas por ciertas relaciones excusadas y personales con el conde da Barca, ministro de Marina, cuyo ramo no era al parecer el que debía abrazar un asunto en que andaban ya envueltos los intereses más graves de la diplomacia portuguesa. Y, sin embargo, así debía ser, dadas las circunstancias que el nego-

cio tenía en su doble carácter de europeo y americano.

Fernando VII había aceptado su enlace matrimonial y el de su hermano con las princesas de Braganza, en el concepto de que formando así una misma familia, tendría en el gobierno portugués un aliado dispuesto á servirlo en el más grande de los intereses que en tiempo alguno hubiera tenido España: la restauración de su vasto imperio colonial. El gabinete portugués había dejado entrever buena disposición, esperando también en que esos enlaces le traerían, como gaje, la cesión de los territorios y puertos orientales del Río de la Plata. Pero España no podía hacer esta cesión sin arruinar sus monopolios y sin poner en continuo riesgo, según lo hemos demostrado, la quietud de su dominación en las costas occidentales. Al influjo de tan enorme dificultad se acentuaron sus resistencias poco á poco, y Portugal comenzó á retraerse de facilitar sus recursos y sus fuerzas de mar y tierra, sin que una compensación como aquella le diese un poder sólido y efectivo sobre los ríos y las costas á donde quería adelantar sus fronteras. La negociación predilecta del marqués de Aguiar andaba, pues, bastante torcida; comenzaba á prevalecer dentro del gabinete la idea mucho más práctica de obtener las mismas ventajas por medio de un acuerdo con las provincias argentinas, que de tiempo atrás era lo que prefería el conde da Barca, ministro de Marina.

El viejo y enfermizo marqués de Aguiar, era un personaje de antigua estirpe, muy honorable por cierto, pero absolutista y jerárquico á todo trance. Desde luego, era un enemigo intransigente de lo

que se tenía por espíritu del siglo, cerrado á toda idea de reforma social que desvirtuara el carácter patriarcal y autoritario de los reyes que hasta entonces habían hecho la felicidad de su país; y que como carácter moral parece que hubiera sido una dote feliz de la familia de Braganza hasta nuestros días. Todo eso tenía el viejo marqués imbuído en un odio notorio contra los intereses revolucionarios y contra la situación social de los pueblos del Río de la Plata; pero era demasiado portugués, y ciertamente muy digno de serlo, para que cerrara el oído y el corazón á las tentaciones de ensanchar los dominios del Brasil desde el Alto Uruguay hasta Montevideo; y cuando comenzó á persuadirse de que España no se lo consentiría, comprendió que su colega el de Marina tenía razón, y que era necesario cambiar de rumbo buscando aliados en los que él había querido hacer enemigos, y enemigos en los que él había querido hacer aliados. Sin embargo, declinó de comprometer su carácter, su jerarquía y sus principios de monarquista absoluto, descendiendo á oír y tratar sobre acuerdos políticos con un comisionado de republicanos rebeldes á su rey, y cedió este encargo al conde da Barca, á quien cuadraba mejor, no sólo por su índole popular y progresista, sino por las opiniones que lo autorizaban á desempeñarlo con más naturalidad y mejor éxito.

Difícil es precisar en qué días comenzaron á estrecharse las relaciones políticas y personales de García con el conde da Barca; pero no tiene duda que habían llegado á confidencias de supremo interés y de absoluta confianza en fecha muy anterior

á la segunda conferencia de García con el ministro español; y señalamos esta circunstancia para que se vea que cuando García remitía á su gobierno las propuestas de vasallaje y sometimiento á Pezuela que ese ministro le había presentado, tenía ya sólidamente establecida con el gabinete portugués una política diametralmente opuesta en los medios, y conducente precisamente á sacudir para siempre esa ridícula proposición que sólo le parecía disculpable como un acto de *ingenuidad*: «Las conversaciones que he tenido con el encargado español, y con otras personas de influjo, y aun la aseveración *bajo palabra de honor de un sujeto* del primer carácter (14), me persuaden que nada efectivamente hay arreglado con España relativamente á la Banda Oriental, y que este gobierno *se halla completamente* libre de todo compromiso... Repito que *la clave de nuestra política está aquí*;... y sé cuán inquieto anda el ministro de España con el temor de que se comprenda y se generalice esta verdad. El mismo se me ha manifestado con mucha alarma sobre las miras que le atribuye este gabinete. En Inglaterra temen también que resulten complicaciones graves. Pero los ingleses andan sin querer romper con España, quebrar con Portugal ni malquistarse con nosotros. Me parece que de buena gana se introducirían entre todos con el laudable objeto de conciliar y conservar la amistad de los interesados, sin perder las simpatías de los americanos, *que pueden serles muy útiles para después*.

(14) El conde da Barca.

aunque ahora cayésemos postrados á los pies de los vencedores» (15).

Puestas así sobre las esferas superiores, no ya de la diplomacia local de los argentinos, sino de la diplomacia general de Europa, las ideas de García se agigantaron, y concibió el proyecto más audaz y más vasto que haya entrado en la cabeza de diplomático alguno sudamericano.

Lo de expulsar á Artigas y pacificar las provincias argentinas del litoral, era ya muy poca cosa para los extensísimos fines que pensaba dar á su misión. ¡Su empresa era ahora llevar las cosas de tal modo que estallase una guerra entre España y Portugal, y que este reino, aliado así por la fuerza de las cosas con las provincias unidas *del Río de la Plata*, sirviese con sus tropas, su grande escuadra y sus recursos, no ya en los límites de un incidente local, sino en todo el desarrollo de los sucesos hasta llegar á la solución definitiva de la guerra de la Independencia!... Y por cierto que bien cerca estuvo de ver realizados esos propósitos, que llegaban ya á consumarse, cuando los esfuerzos desesperados que hizo Inglaterra para evitarlo y el miedo á las facciones democráticas y anárquicas que sobreco- gió á Pueyrredón, dejaron á García sin el apoyo del gobierno que más interesado estaba en abrazar y seguir sus aspiraciones.

Lleno ya de su formidable plan, el comisionado escribía al gobierno de Buenos Aires: «Es preciso que ustedes dejen á un lado el género declamatorio,

(15) *Doc. inéditos de don Manuel J. García*, cuàd. 2, páginas 7 á 9.

y que se reduzcan á estudiar lo substancial». Y echando una mirada compasiva sobre la grito de la prensa de Buenos Aires contra las maquinaciones y las amenazas de Portugal, observaba que «bueno sería que esos nuevos Demóstenes tuviesen presente el éxito final de las inflamadas arengas del viejo Griego, y los consejos del prudente y valeroso Foción. Lo que necesitamos es formarnos ideas *prácticas y luminosas*».

La empresa de aliar á Portugal con las provincias unidas del Río de la Plata levantaba la misión y los trabajos de García á la altura misma de la misión de Franklin en 1776, cuando consiguió que Francia y España cooperasen á la independencia de los Estados Unidos contra Inglaterra. Del mismo modo, dada la situación en que se hallaban las potencias reunidas en el Congreso de Viena, la guerra entre Portugal y España debía introducir la más completa perturbación entre ellas; y hubiera trastornado la situación reservada con que Inglaterra estaba haciendo el papel de potencia arbitral. Rusia se hubiera puesto al lado de España, y como el primer resultado de esa guerra tenía que ser la invasión del ejército español en Portugal, no le quedaba otro camino al gabinete británico que erigirse en protector de éste, y, por consecuencia, de su aliado el gobierno independiente del Río de la Plata. Y esto que quizá se tome por simples conjeturas, lo vamos á ver claro y documentado en los hechos y en los historiadores europeos más acreditados de aquel tiempo.

Precisamente la necesidad de conservar su independencia en este conflicto, y de no sufrir la pre-

sión de España ó de las demás potencias europeas del Congreso de Aix-la-Chapelle, era lo que afirmaba al rey de Portugal en la resolución de mantener su gobierno y su persona á una distancia que lo hiciera incommovible contra todas las tentativas que se le hiciesen para que se humillara á España en nombre de la paz del viejo mundo y de los intereses de la Santa Alianza. ¿Cómo alcanzar á ponerle la mano, ni cómo doblegarlo á eso, residiendo él en el Brasil?

Tanto se empeoraban por días las relaciones de Portugal con España que el gabinete de Londres se percató de que todo marchaba á un rompimiento entre los dos reinos; rompimiento que una vez producido habría perturbado completamente los conciertos europeos en que este gabinete hacía el poderoso papel de árbitro prudencial y decisivo. El único modo de allanar este embarazo era traer al rey don Juan á Lisboa y restablecerlo así en el seno de las otras potencias, sacándolo del influjo de las preocupaciones territoriales del Brasil y de la posición en que se había encastillado á este lado del Atlántico.

Coincidía con estas conveniencias de la política continental la fundada alarma con que los portugueses europeos comenzaban á mirar el abandono de Lisboa por Río Janeiro, cosa que iba ya convirtiéndose en un cambio fundamental de centros políticos y de relaciones administrativas entre una y otra capital. Los grandes portugueses diputaron al general Beresford con el encargo de informar al gobierno inglés sobre este grave temor que los afligía, y mucho más de que se les expusiese á ser in-

vadidos por España con motivo de territorios que, aunque unidos á la corona de Portugal, ya no eran parte de Portugal, sino de otro reino cuyas conveniencias podían traerles á ellos mismos conflictos, guerras y sempiternas disputas que le había traído á Inglaterra su reino alemán de Hannover.

Inglaterra accedió á la solicitud de los grandes de Portugal y mandó preparar el navío «Duncan» con la magnificencia que correspondía á la real familia que debía regresar en él. Embarcáronse allí una comisión de los grandes portugueses y una embajada especial de honor con que el príncipe Regente de Inglaterra honraba los ilustres huéspedes que la nave debía conducir.

El rey recibió á los comisionados ingleses; agradeció la demostración de aprecio que le daba su gobierno; pero con tono demasiado solemne para ser amistoso, les declaró que su regreso á Europa era un punto que resolvería á su tiempo de acuerdo con sus deberes y con el bien de sus reinos. Despedidos así, hizo venir á su presencia á los grandes portugueses y les amonestó con severidad por eso de atribuirse mayor interés por las cosas del Reino Unido que el que suponían en su real ánimo, siendo él el soberano á quien le incumbía mirar con igual amor y cuidado por el bien de sus vasallos de Europa y de América; y con esto los despidió poniendo á su servicio un buque de pabellón portugués. «Su Majestad Fidelísima (dice García) se negó á retirarse á Europa y despidió *con desaire* el navío «Duncan» preparado con tanto estrépito por Inglaterra para llevarse la familia real del Bra-

sil y *dar más fuerza* con esta expectativa á sus trabajos y opiniones en Viena...»

La estimación y la confianza que el rey y el conde da Barca dispensaban al señor García era tal, que éste no solamente se hallaba bien y cumplidamente informado en las miras y en los incidentes de la política inmediata, sino que conocía con igual extensión cuanto se trataba y se premeditaba en el seno de las grandes potencias europeas, por medio de la alta y vigilante diplomacia que la casa de Braganza mantenía entre ellas, con relación á las cosas de España y á los pueblos del Nuevo Mundo que luchaban por trozar las ligaduras del régimen ó servidumbre colonial. Con tantos y tan preciosos elementos en sus manos el comisionado argentino se persuadió de que, si su gobierno le ayudaba, podía llegar con éxito glorioso á negociar con ventajas tales, que Portugal viniese á constituirse parte beligerante en nuestra guerra de la Independencia.

En mayo de 1816 el comisionado se muestra de más en más seguro de que era en la política portuguesa donde las provincias argentinas debían buscar la solución completa de las dos dificultades que amenazaban más de cerca su suerte; y en 4 de ese mes le decía á su gobierno: «Ustedes oirán ahí (en Buenos Aires) mil especies acerca de las miras ocultas de este gabinete, de tratados secretos, de planes combinados, etc., etc.: suspenda usted su juicio sobre todo eso»; y temiendo que en previsión de la invasión portuguesa se tomara alguna medida imprudente, ó se tuviera la debilidad de contemporizar con los demagogos y aventureros que la reclamaban *para defender la patria* de los dos tiranos

europesos que venían en acuerdo contra ella, agregaba: «Por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra les suplico que no se precipiten á medida alguna decisiva. Miren ustedes que si de esta vez la erramos, nos perdemos para siempre. Yo he de enviar á ustedes mi opinión formada acerca de los movimientos hostiles de los portugueses sobre la Banda Oriental: hasta que la vean (que será muy luego) no hay que comprometerse». Al pedir así que se procediese con grande prudencia, decía también con el mismo juicio, que el gobierno portugués contaba con una escuadra muy poderosa, con diez mil veteranos concentrados en cuerpo de ejército, sin incluir milicias y otros fuertes destacamentos de fronteras. Con estas fuerzas estaba en disposición de contribuir á nuestra subyugación, si lo provocábamos á ello: «O podía proporcionarnos la única salida que nos quedaba *en la soledad y abandono universal* en que nuestro gobierno había caído. Con un paso en falso nos perdemos: ya nos queda muy poca distancia al precipicio: dejémonos de locuras y de cálculos pueriles. El mayor y último servicio que pienso hacer á mi país, es el de decirles á ustedes lo que me parece mejor en tan terrible crisis. ¡Después hagan lo que quieran! Les repito que nada hay que temer ahora de este gabinete; y quizá está en nuestra mano tener mucho que esperar. TENGO MOTIVOS MUY FUERTES PARA DECIRLO».

Palabras tan graves, y tanta confianza para emitir las muestran con toda claridad que el hábil negociador había puesto ya un pie seguro en los secretos y en las miras del gabinete portugués, y que

la generalidad con que las avanza eliminando los detalles, procede por el momento del carácter de estricta reserva con que lo habían iniciado en esos secretos del Estado portugués. Y dice por eso: «Sentiría, pues, muchísimo que esta carta cayese en manos de ciertos compatriotas míos, y que sucediese con ella lo que más de una vez ha sucedido ya; y esto no tanto por mi perjuicio particular, cuanto por *los gravísimos males que su indiscreción traería á la causa pública*».

El comisionado argentino estaba ya estrechamente ligado en efecto con el conde da Barca, que aunque no era hasta entonces serio ministro de Marina, gozaba de la amistad particular y de la predilección del rey don Juan. El ministro y el comisionado habían nacido, á lo que parece, para estimarse y comprenderse: ofrecían en su trato los rasgos del mismo carácter, igual cultura y recíproca amenidad de espíritu, gustos literarios idénticos, sal y gracia exquisita en el decir, con las mismas travesuras y malicias en el concepto, criterio político análogo sobre los hombres y los sucesos del tiempo; y todo en fin en tales términos, que á poco andar, el comisionado ya no sólo era un agente extranjero bien recibido, sino un amigo cordial y merecedor de la más completa confianza por su honorable lealtad, con quien se trataba de todo en el gabinete del rey, con anuencia del rey mismo que no pocas veces indicó que se consultase con García asuntos de pública entidad. Pero á medida que el comisionado avanzaba en el favor de la corte de Río Janeiro, las provincias argentinas parecían acercarse cada día más á su ruina. «Las cosas de

nuestro país cada día empeoran, le escribía García á Rivadavia. La nueva revolución acaecida en el mes pasado por la que han sido depuestos Alvarez y Belgrano, apareciendo Díaz-Vélez, Ereñú y el célebre Carranza como héroes, no es otra cosa que un acceso anárquico. Es preciso que el remedio vaya de fuera antes que nuestra patria se convierta en un desierto de bárbaros... Dentro de unos días saldrán las tropas portuguesas, recién llegadas de Europa, á ocupar á Montevideo, desde donde obrarán en combinación con las demás divisiones que se mueven por las fronteras» (16).

Desde el mes de junio García estaba en una completa ignorancia de lo que había acontecido en Buenos Aires. A estar á sus últimas noticias y al rumbo que traían los sucesos, él creía (como probable al menos) que Pueyrredón hubiera sido rechazado de la capital, que Güemes estuviese alzado, como Córdoba y Santafé, y que el Congreso se hubiera disuelto. No fué, pues, pequeño su júbilo cuando supo en agosto que nada de esto había sucedido y que, al contrario, parecía que el orden público estaba en camino de salvarse con los nuevos elementos de gobierno que trataban de consolidarse en la capital. Satisfecho, pues, de que la vida social hubiera reaccionado en sentido tan favorable, le escribía así al nuevo Director Supremo don Juan Martín de Pueyrredón: «Con el arribo de la escuna *Ferret* he salido de la terrible ansiedad en que me tenían los sucesos de junio. No sé si se puede felicitar á quien ocupa un puesto tan peligroso co-

(16) *Docum. y Pap. inéditos*, cuad. 2, pág. 15.

mo el de usted. Pero me he alegrado entrañablemente al ver restablecida la tranquilidad con la presencia de usted y me alegro también porque con la discreción que *no es posible exigir de hombres nuevos en los negocios*, usted hará que sean más ligeros aquellos males que no se pueden evitar, y evitará otros aprovechando las circunstancias. Los pliegos que remito en esta ocasión darán á usted alguna idea de como veo yo el estado de las cosas, y ya que tengo la satisfacción de hablar con quien me entiende, añadiré algo de aquello cuyo conocimiento puede ser importante en la situación de los negocios». El fundamento con que debía formarse un criterio acertado en esta materia, según observaba García, era el hecho de que habiendo fijado su trono en el Brasil, el rey de Portugal se había desprendido del círculo y de los influjos de los otros reyes europeos para quienes el Nuevo Mundo era simplemente tierra de servidumbre y de explotación colonial. Convirtiéndose, pues, en una potencia americana, la corte de Río Janeiro había venido á ponerse en armonía de causa y de principios nacionales con las provincias unidas del Río de la Plata. Si interés primordial era ahora mantener bien definido su carácter nacional americano, y aumentar su poder para consolidar su propia independencia, su seguridad también, lejos de grandes *vecinos europeos* mal inspirados contra ella (17).

(17) «El ministerio actual del Brasil, á cuya cabeza puede considerarse al conde da Barca (caballero Araujo). parece decidido á establecer el trono portugués de esta parte del mar, y obtener así una independencia que en las actuales circunstancias no podría tener en Portugal.

Que las ideas de García eran fundamentalmente opuestas á ese desorden vergonzoso, ó confusión de todos los elementos constructores que desde los griegos hasta nosotros se ha pretendido llamar democracia, cuando no es sino un pugilato callejero, ó el atropello tumultuario de las facciones unas con otras, es cosa que ni se debía notar siquiera: tan natural era que así fuese, en quien á pensar de ese modo era llevado por su misma distinción moral, por sus altas cualidades de hombre de gobierno, por el seno tradicional de que procedía y por la clase de los contemporáneos entre quienes debía actuar durante toda su vida. García era un eminente liberal; y porque era liberal, era un conservador bien persuadido de que el mérito absoluto y perdurable de los gobiernos dignos de este nombre, depende de su respeto á los medios orgánicos, y no de esa preocupación apasionada de los fines egoístas ó seudofilosóficos que es la que da su carácter, ya cínico, ya demoledor, á las facciones democrá-

Ha sido de conformidad con esto, y para esto, que se ha hecho la declaración del 17 de diciembre de 1815, creando el *Reino Unido del Brasil y Portugal*. Se han habilitado los puertos para todas las naciones quedando abolido aquí el régimen colonial. Se ha resuelto no renovar los tratados y la alianza *celebrados con España*, y que subsistían hasta 1807, con lo cual han quedado anulados... En los contratos matrimoniales últimamente celebrados, esta corte no ha alterado en parte alguna sus principios, sino que aprovechándose de la imbecilidad del gabinete de Madrid, ha colocado dos de sus infantas quedando perfectamente libre de todo compromiso *capaz de atravesar sus proyectos*. (*Doc. ined.*, cuad. 2, págs. 56 á 59: carta de García á Pueyrredón.)

ticas, bien sea que gobiernen con reyes despóticos, ó con multitudes y caudillos revoltosos. Pero de esto no puede deducirse que García fuera enemigo del orden *republicano constitucional*, ni que estuviese más inclinado á la anexión del país en una corona extranjera que á su independencia, cuando es por otra parte notorio que entre las grandes figuras de nuestros mayores en edad nacional, él es uno de los que menos explícitos fueron, aun en sus más ligeras insinuaciones, en verter deseos monárquicos; los mismos documentos que ha dejado como pruebas de su activo influjo en los sucesos de 1812 á 1825 prueban, por el contrario, que nunca claudicó en su empeño de asegurar y de honrar la independencia nacional (18).

(18) Para prueba bastaría tomar con un criterio desprecupado cualquiera de sus escritos ó de sus actos. Apreciándolos en su preciso momento y de acuerdo con el objeto que tenían, se vería que ese objeto fué siempre alcanzar el triunfo de la independencia, y consolidar un gobierno de orden, es decir, conservador. Y si no, tomemos aquellas palabras mismas que se han mirado como un cargo contra su patriotismo nacional y republicano. Hablando de las dificultades en que podía tropezar la negociación de alianza con Portugal, que él miraba como indispensable (y que lo fué) para exterminar á los anarquistas y cerrar el Río á las fuerzas de España, decía: «También es verdad que á las ideas de un gobierno monárquico absoluto como éste (Portugal), no pueden ser adecuados los principios puramente democráticos; pero suponiéndose, como se supone aquí, que estos principios son inconscientes con la educación y costumbres de los españoles americanos, no asustan mucho por ahora; y se espera que al fin vendrán á adoptarse aquellas formas, que sean más análogas á las suyas y que se juzguen más propias PARA ASEGURAR LA IN-

En la viveza natural de su espíritu, y conociendo á Pueyrredón como lo conocía de antemano, García comprendió que el gobierno portugués tenía que salir de las vagas reservas que aun le imponía por razones de su diplomacia europea; y que para que él acreditara sus miras y sus trabajos, era indispensable aclarar más el fondo de las negociaciones que tenían adelantadas, formulando bases formales y dignas de ser ofrecidas á un hombre de ideas propias, de voluntad firme y de sesudo criterio en los negocios públicos, como el nuevo jefe del Estado. Mas por lo mismo, y á pesar de que el cambio ofrecía grandes esperanzas con relación al orden interno, en otro sentido el receso del ministro Tagle era un contratiempo que el comisionado argentino de Río Janeiro tenía que encimar ahora con demostraciones, antecedentes y justificativos de sus anteriores pasos, pues se hallaba no sólo con dudas, sino con aprensiones de cómo pensarían los sucesores de aquel ministro travieso y resuelto con quien había estado en tan completo acuerdo. No

DEPENDENCIA». Lo único que de estas palabras se deduce es el deseo de que se constituya un gobierno de orden y de solidez permanente: cosa que se hace más clara al ver que más adelante agrega: «Ostenten ustedes principios de paz, de moralidad y de justicia, opuestos á ese frenesí de los jacobinos que tanto amenazan á las monarquías como á las repúblicas». Creía, por consiguiente, que lo esencial era el orden público: y que el orden público era tan coherente con un régimen republicano constitucional, como compatible de la buena inteligencia con una monarquía de tradiciones templadas y patriarcales. ¿A quién se le oculta hoy esta verdad? ¿No es ese un rasgo de republicanismo más bien que de monarquismo?

eran opiniones contrarias lo que García temía; bien seguro estaba de que no había otro camino de salvación que ese que él había adoptado. Lo que temía era las vacilaciones del espíritu y el influjo de la prudencia política puesta en conflicto gubernativo con la efervescencia y con los desmanes del frenesí demagógico que bullía en la capital tratando de imponer el exceso y el terror imaginario de sus alarmas.

Nada más diestro ni más mesurado que la exposición sencilla, al parecer, pero calculada á fondo, con que el comisionado trató de poner al alcance del Director Supremo los sucesos y las coincidencias que debía estudiar para resolver las arduas cuestiones que se le presentaban en la Banda Oriental, en España y en Portugal.

Cambiando el tono de su anterior confianza para hacerse más simpático y persuasivo, no con relación á los hombres del gabinete portugués que se la habían inspirado, sino por el presunto temor de que las graves complicaciones de Europa los sacasen del poder, hacía pensar sin decirlo, que al gobierno de Buenos Aires le convenía para esa eventualidad desfavorable y posible, adelantarse á formalizar cuanto antes algún acuerdo que constituyese la fuerza indisoluble de un vínculo internacional; de manera que en adelante nada se pudiese acordar entre las potencias europeas, España y Portugal, sin que las provincias argentinas entraran también con *personalidad propia* al lado de este último gobierno. Domina una calma tan expositiva y tan paciente en todas las perspectivas con que García presenta el cuadro general de los negocios

argentinos, mirados dentro del gabinete portugués, que es menester seguirlo con una atención particular para percibir el esmero y el tino con que la pieza había sido escrita (19).

(19) Apéndice III.

CAPITULO IV

LA ALIANZA CONVENCIONAL DEL REY DE PORTUGAL Y LAS PROVINCIAS ARGENTINAS CONTRA EL REY DE ESPAÑA

SUMARIO: Declaraciones amigables que el gobierno portugués hace transmitir oficialmente al de Buenos Aires.—Confianza de García.—Conveniencia de un Manifiesto dirigido á las potencias europeas.—El nuevo ministro inglés Mr. Chamberlain.—Lealtad del gabinete portugués.—Reclamación española sobre la extradición de García como súbdito rebelde.—Negativa y contestación del gabinete portugués.—El armisticio y convenio de mayo de 1812 considerado como un tratado.—Reclamación de Mr. Chamberlain con este motivo.—Contestación.—Ambigüedades de la diplomacia inglesa.—Enfado del rey de España.—Situación especial y favorable de la corte portuguesa como potencia americana.—Su interés por la independencia del Río de la Plata.—España solicita la mediación de Inglaterra con condiciones que son rechazadas por el gabinete británico.—Exigencia y amenazas del rey de España al rey del Brasil.—Los nuevos preparativos expedicionarios.—Inquietudes de Portugal.—Indicaciones sobre la negociación de un tratado de alianza defensiva.—Conveniencia de tenerlo preparado y convenido bajo la forma de *Artículos Adicionales al Convenio de 1812*.—Artículos propuestos en ese sentido por el gobierno portugués y remitidos á la aprobación del gobierno de Buenos Aires.—Evidente deseo de García por ver firmada y formalizada la alianza.—Indecisión del gobierno argentino.—Sus causas.—Procederes agresivos del gobierno argentino contra la bandera portu-
gue-

sa.—Mala inteligencia con el general Lecor, jefe de la invasión portuguesa.—Consejos prudentes de García.—Quejas graves del gobierno portugués apaciguadas por la habilidad y el influjo de García.—Reclamación de éste por el extraviado proceder de su gobierno.—Paralelo entre la amistad con Portugal y la supremacía bárbara de Artigas.—Amagos de transtornos en Buenos Aires.—Artigas y el gobierno argentino.—Muerte lamentable del conde da Barca.—El nuevo gabinete.—Favor del rey en apoyo de García.—Exigencia del nuevo ministro por celebrar cuanto antes el tratado de alianza.—Actitud bélica de Fernando VII.—*Ultimátum* presentado al rey de Portugal por el embajador español conde de Casa Flores.—Conferencia de García con el ministro portugués.—El embajador ruso.—Intromisión de Rusia en los negocios del Río de la Plata.—Nuevo conflicto con el general Lecor.—El edicto.—El bando.—Angustiosa posición del comisionado argentino en Río Janeiro.—Su triunfo diplomático en este incidente.—Incidente fatal del corsario *San Martín*.—Proceder honesto y amigable del gobierno argentino.—Apresamiento de la polacra *Augusta*.—Fernando VII concurre al Congreso de las potencias europeas reclamando contra el proceder del rey de Portugal.—Inquietud natural del gobierno portugués.—La victoria de *Chacabuco* y la debilidad real del gobierno argentino.—Insistencia de García por la aceptación de los artículos adicionales propuestos por Portugal.—El Congreso europeo y las cuestiones coloniales.—Mr. Canning y lord Wellington.—La nota conjunta de las potencias al gobierno portugués.—La contestación.—Manejos de la política inglesa, é influjo en ella de los liberales conservadores.—Dificultades internas del gabinete inglés.—La torpeza de España.—Instancia del comisionado García por celebrar el tratado de alianza.—Sus temores de que quede sin efecto por razón de las nuevas circunstancias.—Descuido del gobierno argentino.—Cambio de situación en el gobierno portugués.—Inconvenientes que opone á la decisión tardía del gobierno argentino.—Actitud leal pero independiente en que el gabinete portugués se co-

loca.—Situación ambigua de los intereses respectivos.—El mérito de los trabajos de García.

No desconoció García que el nuevo gobierno nacional, constituido por Pueyrredón, se presentaba con mayor solidez que los anteriores, tanto por su origen cuanto por la autoridad moral del estadista que le daba su nombre; y que desde luego era necesario y conveniente tomar formas más explícitas y positivas en las negociaciones que hubieran de entablarse para caracterizar la política respectiva de las dos naciones. En este concepto, pidió que el gabinete portugués le hiciese una declaración oficial de las miras con que ocupaba la Banda Oriental, no por él, que no la necesitaba, sino para aquietar el ánimo de los nuevos gobernantes de su país, y probarles con ese documento que las promesas y seguridades que antes había dado merecían todo crédito. La indicación fué acogida al momento, como era de esperar, y el conde da Barca le hizo declaraciones, que si no descubrían por el momento todo lo que entre ellos tenían en reserva según viniesen los sucesos, eran bastante satisfactorias (1).

(1) Excmo. señor. Aunque las miras del gabinete del Brasil con respecto á las provincias del Río de la Plata pueden conjeturarse con algún fundamento, *como también los motivos que por ahora le impiden explicarse oficialmente*, me resolví á exigir de este ministerio respuestas categóricas, á lo menos sobre aquellos puntos que consideré de más urgente necesidad.

«Estoy autorizado á transmitir á V. E. las siguientes formales declaraciones:

»Primera. S. M. F. al mover sus tropas sobre la Banda

García, como antes hemos dicho, era uno de esos hombres que no engañan ni pueden ser engañados. Su intimidad con los ministros portugueses y su favor con el rey don Juan lo habían puesto en aptitud de penetrar á fondo los caracteres, las costumbres, las genialidades y la índole personal de los hombres con quienes trataba. De modo que co-

Oriental del Uruguay, no tiene otra mira que la de asegurarse contra el poder anárquico del caudillo Artigas, igualmente incompatible con su quietud, que con la de los gobiernos vecinos.

»*Segunda.* No existe ninguna especie de tratado, convenio ni compromiso entre Portugal y España ú otra potencia alguna, relativamente á la América del Sud.

»*Tercera.* El gobierno de Buenos Aires puede estar en la plena seguridad, de que S. M. F. conservará la misma buena armonía que hasta aquí, y que teniendo dadas al efecto las órdenes más positivas al general Lecor, será luego desvanecida toda duda, del modo más satisfactorio.

»En seguida me preguntó el ministro si quería que me escribiese esas mismas declaraciones. Contesté que me parecían excusadas otras seguridades que las de la palabra de un rey y de un ministro que se hacen un deber de publicar que el engaño siempre daña, aún á los mismos á quienes parece aprovechar.

»El ministro se conformó, pero insistió que si V. E. pensaba de otro modo, estaba pronto á explicarse por escrito.

»He creído útil proceder con esta galantería, porque si realmente hubiera siniestras intenciones, poco valdría lo escrito, puesto que la verdadera garantía está fundada esencialmente *sobre la reciprocidad de intereses*, y juntamente sobre el carácter personal del rey y de su ministro. En cuyo caso es ventajosa esta prueba de confianza, sin traer perjuicio alguno, mucho menos cuando V. E. puede enmendarlo en el momento que quiera.

»Dios guarde á V. E.—Río Janeiro, agosto 23 de 1816.»

noía á ciencia cierta la honradez característica y bondadosa del rey, lo mismo que la noble lealtad de su primer ministro y de cuantos alrededor de ambos formaban el cuerpo de cooperadores que servía al gobierno. Escribiéndole particularmente á Pueyrredón, decía: «Cada día tengo nuevos motivos que confirman cuanto he dicho á usted en mis anteriores comunicaciones. Después de haberme impuesto de lo que ya indiqué en otra ocasión, procuré adquirir más luz, y realmente he sabido por un conducto muy seguro, que España no sólo se queja á las cortes extranjeras, sino que además les pidió su mediación con Portugal. Inglaterra aceptó, por supuesto. Créese probable que también acepte Austria; se ignora de Rusia y Prusia. El solo hecho de ocurrir Su Majestad Católica á este expediente, prueba cuánto le impone el sistema que ve ya en este gabinete, respecto de las provincias unidas. Si llega el caso de formalizarse una mediación, será esta una coyuntura favorable que está en nuestra mano aprovechar, para presentarnos delante de las potencias con toda la opinión de nuestros triunfos, y también con el favor de esta potencia vecina que será parte principal en la cuestión; y haciendo valer de tal modo nuestra justicia que las esperanzas de España queden desvanecidas, y nuestra independencia reconocida. Con este fin, me han insinuado aquí *de un modo expreso* que, para apresurar este momento, sería muy conveniente que sin pérdida de tiempo publicara ese gobierno un Manifiesto á las potencias en que se represente la imposibilidad de restablecer una autoridad, como la de España, demolida ya con el peso de siete años

de guerra horrenda y desastrosa. Hágase mérito en él con documentos de la intratable terquedad de España; del armisticio de 1811 rechazado por la regencia; del proyecto amistoso de 1813 rechazado por Vigodet; de mis tentativas aquí con la legación española; de la misión de Rivadavia, etc., etc.; y es preciso hacerlo evitando el lenguaje jacobínico, y la *reclamación de derechos abstractos* que puedan chocar con los principios de las cortes ante quienes hayamos de hacer valer nuestra justicia, pues hartos agravios directos tenemos para alegar. Con este manifiesto y *con el acta* de nuestra independencia es preciso agitar con empeño que nos reconozcan; la primera potencia que lo haga abrirá un camino fácil á las demás» (2).

La marcha de la escuadra y de las tropas portuguesas á tomar posesión de Montevideo produjo, como era consiguiente, suma agitación y violento

(2) La cuestión interna sobre la forma de gobierno pasaba siempre como un accesorio de poca entidad en las consideraciones y trabajos de García. Así es que, reflexionando sobre el contenido que debía darse á ese mismo manifiesto se preocupaba sólo de su estilo é inculcaba en que se evitase todo lo que pudiera parecer demagógico; pues al fin y al cabo eso era *tan contrario al orden monárquico como al orden republicano*: «Si hay algo pensado sobre la forma de gobierno permanente, *dense instrucciones*. Si el proyecto es tal que pueda lisonjear las ideas de los soberanos interferentes, y que interese á la misma casa reinante en España, puede tener un éxito más pronto. *Pero en este caso sólo debiera apuntarse la idea*, en el manifiesto, *como una simple hipótesis, sin puntualizar nada de positivo*; y como no han de faltar aspirantes, la corte de España se ha de alarmar más y ha de ceder de su capricho».

enojo en la Legación de España, y en la camarilla de palaciegos ilusos que rodeaban á doña Carlota (3).

Mister Chamberlain, ministro residente de Inglaterra después del retiro de lord Strangford, tenía órdenes de estar vigilante para evitar á tiempo, con su interposición, que estallase el rompimiento que se temía entre las dos cortes; y en cumplimiento de esas órdenes reclamó contra la invasión de un territorio «que de antiguo, y por derecho incuestionable pertenecía á la corona de España».

A tal punto había subido la intimidación de García en las interioridades del gabinete portugués, que podía escribir lo siguiente á su gobierno: «*He leído en esta Secretaría de Estado la nota del encargado de negocios de Su Majestad Británica pidiendo explicaciones, por encargo particular de su corte, sobre la ocupación de la Banda Oriental, é insinuando la conveniencia de evacuar ese territorio español para no ofender los derechos reconocidos de Su Majestad Católica ni perturbar las operaciones de sus tropas sobre sus vasallos rebeldes...* Puede ser que este gobierno adolezca de los mismos achaques que los demás; pero puedo asegurar á Vuestra Excelencia que sus intereses actuales, el carácter personal del rey y las ideas de su ministro, alejan toda

(3) Contucí, Juanicó, Acevedo, Covenenera, Garfías, etc., etcétera; que metidos todo el día en los aposentos de esta reina atolondrada, la tenían infatuada con las esperanzas, ó seguridades, de que por solución final era ella la que iba á ocupar el trono del Río de la Plata, como regenta á nombre de su hermano Fernando VII ó de uno de sus hijos por transacción con España.

idea de perfidia respecto de nosotros. Me consta que el punto cardinal de sus contestaciones á España y á Inglaterra es un principio conocido del derecho público, á saber: que Su Majestad Fidelísima no juzga del derecho ó legitimidad entre el gobierno de Buenos Aires y Su Majestad Católica; pero que reconoce la posesión en quien la tiene, y que en consecuencia, ha tratado con el gobierno de Buenos Aires, y tratará en adelante cuanto convenga á los intereses de su reino, sin que esto pueda agraviar razonablemente á ninguno».

Esta grande influencia del comisionado argentino había ya llamado la atención de todos los diplomáticos y ministros extranjeros acreditados ante el rey de Portugal, y tanta importancia se daba á su permanencia en la corte que se hicieron muchas y diversas tentativas para alejarlo de ella. Una fué la indicación directa de Mr. Chamberlain hecha al conde da Barca de que mantener relaciones políticas y negociaciones con un agente que representaba notoriamente los intereses de provincias rebeldes á su legítimo soberano, era atentatorio á los conciertos que desde 1813 habían impuesto una política uniforme y amigable á todas las potencias europeas. Otra fué la propuesta hecha á García mismo por el ministro español, de que fuese á Buenos Aires, con el pretexto de llevar unas propuestas conciliatorias de Carlota; y por fin, el mismo Cevallos, ministro de Estado de Fernando VII, reclamó la entrega perentoria de García (4).

El conde da Barca le contestó á Cevallos que el

(4) *Docum. inéd.*, cuad. 2, págs. 33 á 101.

armisticio de 26 de mayo de 1812, celebrado con la intervención de lord Strangford, era un convenio que, en el concepto de Su Majestad Fidelísima, producía todos los efectos de un tratado de paz con el gobierno de Buenos Aires; que en su consecuencia, los súbditos de este gobierno podían entrar y permanecer libremente en los dominios de Su Majestad Fidelísima, así como también tratar sus ministros con los agentes de Buenos Aires; debiéndose entender que Su Majestad Fidelísima por ninguna razón del mundo faltaría á sus compromisos, ni cometería una felonía como la que se le exigía... «Vuestra Excelencia debe notar (decía García) que un principio como este alegado ya por esta Corte, la prepara al reconocimiento de nuestra independencia luego que el estado de nuestras cosas no lo califique de imprudente ó prematuro».

Pero Mr. Chamberlain no se dió por satisfecho, y animado de un vivo interés en favor de España, ó más bien, de odio contra los republicanos del Río de la Plata, pues no en vano era un viejo *tory*, volvió sobre el asunto, y objetó: que puesto que se invocaba el acto de 1812 diciéndose que había sido intervenido por Inglaterra, podía reclamar como parte en ese acto, contra la nueva invasión, por cuanto era una infracción terminante de la evacuación del territorio oriental pactada en el artículo 3.º. A ese cargo contestó el conde da Barca que el tratado de 26 de mayo de 1812 había establecido varios puntos dignos ahora de atención: el 1.º era la paz y buena armonía entre el rey de Portugal y el gobierno de las provincias del Río de la Plata; el 2.º la inmunidad de los territorios respectivos. Que

Su Majestad Fidelísima había invocado el tratado en el primer sentido para mostrar que estaba obligado á rehusar al rey de España las medidas hostiles y represivas que le exigía contra el agente del gobierno de Buenos Aires. Mas, que en cuanto al segundo artículo, el señor encargado de Su Majestad Británica debía reparar que por actos solemnes de 1814, el gobierno argentino había declarado independiente y separado de sus provincias el territorio de la Banda Oriental: que con esto el gobierno portugués había perdido la garantía del orden y de la quietud que debía conservarse en sus fronteras, y había quedado en perfecta libertad para usar de un derecho propio ocupando *interinamente* un país que, abandonado también por España, servía de abrigo á facinerosos de todo género y á caudillos sin ley ni señor que ejecutaban correrías y agresiones vandálicas sobre los campos y haciendas de sus vecinos.

La política del gabinete *tory* era tan ambigua que más bien parecía hostil al gobierno republicano del Río de la Plata. Calculando que en las eventualidades de la lucha pudiera convenirle cooperar á que España recuperase sus colonias, á precio de la libertad de comercio ó de alguna parte de sus territorios, se mantenía en prudente amistad con ella. No le convenía, pues, que perturbando la paz de Europa, Portugal lo pusiese en la alternativa de obrar á remolque de los otros gobiernos sin tener los mismos intereses que ellos, ó de abandonar su reserva para oponerse á que ellos intervinieran en las cuestiones coloniales y ultramarinas, cuya resolución final había resuelto mantener bien cerrada en su mano.

España, que lo comprendía bien, y que sentía por todas partes esta presión, estaba tanto más indignada en el fondo, cuanto que no podía desahogarse contra esta respetuosa y páfida amistad, interesada en la presa, y bastante parecida, por cierto, á la intimidad de una garra con la masa que aprieta. Todo lo que parece contradictorio é inexplicable en la política inglesa respecto de la América del Sur después de la restauración de Fernando VII, depende de los fines reservados y alternativos con que se había propuesto aprovechar las eventualidades de la lucha entre España y sus colonias, hasta que le llegase la ocasión de acentuarse en el sentido de sus intereses, como lo hizo después en el de nuestra independencia.

A esto aludía García cuando escribía al gobierno de Buenos Aires que prefiriese la coalición con Portugal á las vanas esperanzas de apoyo por parte de Inglaterra. «Las relaciones de este país con Inglaterra no están muy corrientes, y cada día se conoce mejor que sólo en América puede gozar la nación portuguesa de independencia. La Gran Bretaña quizá celebraríá mucho tener una ocasión de ingerirse entre nosotros y los portugueses; *pero es preciso repetirlo mil veces, no es la independencia de América su deseo, no*; la Gran Bretaña, durante su actual ministerio á lo menos, no entrará en ninguna transacción sino sobre la base de reconocimiento y obediencia al rey de España. Inglaterra no dará auxilios á la causa de los independientes, sino para alejarlos más del término de sus afanes y trabajos. Si Inglaterra se declara abiertamente protectora de nuestra causa, y si quiere comprometerse

terse por ella, entonces esto es lo primero; pero si no es así, será preciso no pasar la plaza de cándidos en demasía, perdiéndolo todo por vanas apariencias».

Los principios que Inglaterra había sustentado en el Congreso de Viena habían sido tan contrarios á los gobiernos independientes de Sud América y tan favorables á los derechos de España, que no podía comprender (decía el comisionado argentino) cómo era que en Buenos Aires se continuaba teniendo esperanzas en la protección de una potencia que se había aliado con España, y que había prometido solemnemente por un tratado no auxiliar directa ni indirectamente á los rebeldes de la América española. ¿Y en este caso, cómo podemos pensar que los ingleses quieran proteger, ni reconocer nuestra independencia? ¿Cómo puede intervenir en ninguna transacción, que no tenga por base la obediencia al rey Fernando, y el restablecimiento del sistema colonial? (5).

(5) «Parece que subsiste aún en esa la opinión de que Inglaterra desempeñará este honorífico papel. Sea de esto lo que fuese, yo no puedo ver sino lo que está á mi alcance.

»Los principios políticos de Inglaterra en Viena relativamente á colonias son muy públicos, y no creo que quiera mudarlos tan fácilmente. Después de esto, Inglaterra ha solicitado con empeño un ventajoso tratado de comercio, empleando en esta comisión al señor Fleming, uno de los ingleses más acreditados en la península, por el entusiasmo que manifestó siempre en su favor. Ateniéndonos solamente á este hecho, parece fuera de duda, que Inglaterra, deseosa de un arreglo ventajoso de comercio, ha de dar algo á España por su parte; y concediendo gra-

«Mas, supongamos que Inglaterra mira con interés nuestra contienda, y demos por cierto que ella sólo busca un pretexto para intervenir. En tal caso, ningún estimulante más fuerte que la ocupación de la Banda Oriental del Río por los portugueses. Si esto no la mueve, crea usted que no hay coco capaz de moverla, y que son vanísimas nuestras esperanzas. Si la ocupación de la Banda Oriental por los portugueses hace mudar en efecto la actitud de Inglaterra respecto de nosotros, entonces es preciso que miremos esa ocupación como un bien muy grande, sin que la pérdida *temporánea* de esa parte de nuestro territorio haya hecho más que disminuir el poder ominoso del jefe de los anarquistas. Además de esto, el estado de fuerzas de esta nación vecina nos liberta de todo temor de nuevas empresas, y nos facilita una neutralidad de que podemos aprovecharnos para consolidar el orden interior y cargar con todas nuestras fuerzas sobre el enemigo natural; pues cualquiera que sea la combinación futura de los intereses políticos de las naciones, nuestras ventajas sobre el partido metropolitano, 'y la consistencia del gobierno, han de influir esencialmente sobre el destino de nuestra patria. Portugal tiene grande interés en asociarnos á su causa; no tiene voluntad ni poder de subyugarnos: amigo, casi nos asegura la independencia: enemigo, daría una fuerza irresistible á

tuitamente que nada de eso se le ofreciese. ratificaría siquiera lo mismo que ofreció en el tratado de alianza de 1814, por el cual se comprometió á no auxiliar ni permitir que directa ni indirectamente auxiliasen sus súbditos á los rebeldes de la América española.»

España contra nosotros. La incertidumbre de las relaciones actuales de esta corte, nueva y débil, con las de Inglaterra y España, puede darnos á nosotros la ventaja de vender cara nuestra decisión, y nos deja siempre en actitud de tomar otro partido cuando no nos contente el que se nos haga por acá. A ustedes les toca decidir». Informado de que el encargado español se había presentado también reclamando contra la marcha de las tropas portuguesas á la Banda Oriental, por los perjuicios que un proceder tan injustificado y atentatorio como ese, irrogaba á los «derechos del rey su amo, y á las operaciones militares de sus tropas...», «estuve á visitar al ministro (dice García) y me lo ha confirmado, agregándome que mucho más fuerte ha sido la reconvención hecha en Madrid al señor de Souza, ministro de Portugal. La contestación (me dijo también) será lacónica y bastante terminante para desengañar al gobierno español. *Veo, pues, acercarse el día en que este gabinete tendrá tanto interés en entenderse con nosotros, como nosotros con él, para dar consistencia á nuestra obra.* Una imprudencia de cualquiera de las dos partes tendría lamentables consecuencias» (6).

(6) «Esta es una nación americana que goza de influjo y relaciones con las potencias que constituyen el Directorio de Europa, tres de las cuales quieren abrir grandes relaciones comerciales con esta parte del mundo. Si indirectamente nos unimos con ella en cuanto al interés general del continente americano, es de su interés (y yo puedo anticiparlo sin temeridad) que sus ministros *nos introduzcan bajo mano en aquellas grandes cortes*, y presenten ellos mismos á ese gobierno, no como efímero ó de

Como se ve, los sucesos venían tomando poco á poco el giro favorable que García había previsto y preparado con la elevada mira de enlazar la cuestión de nuestra independencia, y el exterminio de Artigas, con las contingencias de la diplomacia y de la política europea, nada menos. «España (decía ya á fines de 1816) ha enviado á Londres un oficial de su Secretaría de Estado con el encargo exclusivo de tratar sobre los asuntos de América y de negociar la intervención de Inglaterra en nuestras querellas. Y como es regular que el ministerio español haya insistido con su habitual terquedad, en las mismas bases que tiene fijadas hasta aquí, el emisario ha regresado á Madrid sin resultado». El caso había sido, en efecto, que el gabinete inglés, aceptando en principio la conveniencia de una negociación pacífica con su buen deseo de intervenir, había exigido que las bases fueran tales que im-

maligna naturaleza, sino como muy capaz de desenvolver la civilización y aumentar la población, y por consiguiente el comercio, que es el *punto de vista desde el cual solamente interesamos á aquellas naciones*. Esto acelerará en alguna de ellas el reconocimiento de nuestra independencia, y al ejemplo de la primera, entrarán más fácilmente las demás. A lo menos, quedarán anulados los esfuerzos de España para desacreditarnos y alejar de nosotros toda relación de los gabinetes extranjeros. Nos proporciona otra grandísima ventaja, á saber: la de dejarnos obrar fuertemente contra los ejércitos españoles; lo cual es, no solamente de nuestro primero y más urgente interés, sino que *cada victoria* nos acerca más á nuestra independencia, y aumenta nuevos grados de poder para sostenerla contra las pretensiones de cualquiera nación. Estas consideraciones me parecen tan graves, que no puedo persuadirme las equilibre por ahora ninguna otra.»

portaran una reforma orgánica y económica del régimen colonial, no tanto por los americanos mismos de cuyos intereses no se preocupaba, cuanto porque sin eso, el gabinete inglés no podría sincerar su intervención ante el parlamento ni ante la opinión pública del país, enteramente declarado en favor de los sudamericanos (7).

Pero esperar que un vuelco tan radical en el vetusto organismo de su gobierno fuese acordado á rebeldes que lo reclamaban con las armas en la mano, por un rey que los odiaba con toda la hiel de su perverso corazón, y que acababa de castigar á sus genuinos súbditos por análogas pretensiones, con la última crueldad, era harto justo, harto sensato y propio del progreso de los tiempos para que entrase en el ánimo de Fernando VII ó en las ideas de los españoles (8). La mediación quedó, pues, sin efecto: el gabinete británico se encogió de hombros y siguió á la espera de los sucesos (9).

Desahuciado por este lado, y advertido ya de que al llevar adelante sus esfuerzos contra la Repú-

(7) Spencer Walpole, vol. II, págs. 17 y 18.

(8) Sólo uno, el ilustre don Manuel José de la Quintana fué excepción entre ellos. Los demás, víctimas de su rey y por el crimen de haber querido ser libres, se enfurecían de que quisiesen serlo los americanos; á términos de sostener, como el conde de Toreno en las Cortes, que el derecho público no regía con ellos, que no obligaba la buena fe de los convenios, y que España no tenía más regla que la de perseguir, agarrar y castigar á los criminales. Precisamente eso fué lo que hizo Fernando VII con los *rebeldes* de la península de 1814 á 1820, y de 1823 hasta su muerte.

(9) *The Times* del 10 de agosto de 1816.

blica Argentina había de encontrarse con la oposición de Portugal en las costas y puertos orientales, es decir, con una guerra inevitable y doble en América y en Europa, Fernando VII montó en ira, y procuró levantar el fatigado brazo de su nación como si tuviera sus antiguas fuerzas, y como si el régimen absoluto y sacerdotal con que la gobernaba no hubiera caído en la postración intermitente de los organismos caducos y embrutecidos. Infatuado á pesar de eso con la idea de que si amenazaba á Portugal con tono arrogante y resuelto á tomar desquite, había de amedrentarlo, ordenó al encargado de negocios de España que pidiese audiencia especial al rey de Portugal y que le entregara la vigorosa protesta que le hacía por sus procedimientos en la Banda Oriental. Don Juan VI recibió el papel con ceño adusto; pero sin faltar á las formas del caso, manifestó su real interés por la prosperidad de Su Majestad Católica y dijo que á la protesta contestaría su ministro de Estado al ministro del rey de España como era de estilo.

Decidido á ir mucho más adelante en todos sentidos, é inspirándose en la soberbia que aun le quedaba, en los recuerdos al menos de sus antiguas grandezas, Fernando VII hizo un esfuerzo convulsivo y supremo. Mandó apresurar á costa de cualquier sacrificio los preparativos de su grande expedición contra el Río de la Plata, y que se formase un cuerpo de treinta mil hombres próximo á las fronteras portuguesas (10).

(10) «Hemos recibido noticias de Madrid, decía García. La grande expedición contra esas provincias está ya de-

Comenzaba también la corte de Portugal á prever la probabilidad de que llegaran á su último extremo las consecuencias de su disidencia con el rey de España, cuando acaeció la muerte del viejo y enfermizo marqués de Aguiar que cerca de un año hacía que no atendía los negocios públicos. «Por su muerte, dice García, ha sido elevado al Ministerio de Estado el conde da Barca; y puedo asegurar á Vuestra Excelencia que, conforme á sus principios *de mejor voluntad concluirá un tratado con ese gobierno* que con la corte de Madrid» (11).

cretada, y se apronta sin ninguna duda. Va de general en jefe el conde de la Bisbal (O'Donell). De comandante de la fuerza de mar don Rudecindo Porlier y lleva por segundo á Romarate. Por el lado del dinero hay dificultades; pero el rey está tan personalmente empeñado, que por los medios violentos de que puede disponer, y por las pasiones del pueblo de Cádiz contra nosotros, sacará pronto indublemente las sumas necesarias y se apoderará á la fuerza de cuanto le venga á la mano. Asegúrase que la expedición saldrá de Cádiz allá para noviembre; quizá esto no pueda ser; pero si no hay algún accidente particular en España ó en la otra América, es probable que salga á principios del año venidero. La suerte que le espera á nuestro país es horrorosa. Resista ó sucumba, todos sus habitantes deben venir á las últimas miserias; y la peor de ellas es que la guerra no puede acabarse en este caso. Si todos se convenciesen de esta verdad, no sería dudoso el éxito, y la libertad del país estaba asegurada. Sólo la unión de intereses y de esfuerzos puede salvarnos. Es cada vez más urgente quedar claros con esta corte, apurar todos los recursos de la prudencia política, para sacar el mejor partido *de sus circunstancias* y de las *nuestras*. Yo me atrevo á recomendarlo encarecidamente porque lo creo de una importancia poco menos que decisiva del destino de nuestro país.»

(11) «Este caballero es tenido por el primer estadista

Con las medidas amenazantes del rey de España y con la elevación del conde da Barca al Ministerio de Estado, la política de alianza entre Portugal y el gobierno argentino, que tanto y con razón preocupaba á García, se hizo predominante en el gabinete portugués; y el comisionado de Buenos Aires, más conñado ahora en sus miras y completamente seguro de su terreno, redobló su anhelo por traer á su gobierno á vincular resueltamente la causa de la independendencia con Portugal, por medio de un tratado de alianza. «Nuestros intereses, y la importancia de esta parte de América, están íntimamente unidos á los intereses del trono del Brasil, igualmente contrarios hoy al estado colonial que las potencias europeas pretenden *perpetuar*. Para que esta feliz coincidencia no se malogre, es preciso propagar estas ideas de acuerdo con las oportunidades, y asegurarse de los principios políticos y de la *sincera cooperación* de esta potencia. Combinado todo lo que ocurre, ella quiere ahora dar seguridades categóricas al gobierno de Buenos Aires, sobre aquellos puntos que le son esencialmente necesarios *para calcular sus operaciones con ventaja*. Pero tiene que hacerlo con cautela y prudencia, de modo que no se alarmen antes de tiempo los gobiernos de Europa. Así es que, evitando por ahora hacer un tratado, convendría tomar como punto de partida el armisticio de 26 de mayo de 1812, que

de Portugal. Es jefe del partido que aboga por el establecimiento de la casa de Braganza en América. Sus talentos, y el feliz resultado de los tratados de alianza con la casa de Austria, que se puede considerar obra suya, le constituyen en el mayor favor é influjo.»

está consentido, y dar sobre esa base un carácter regular á todo lo que se quiera estipular de nuevo, como consecuencia ó prosecución de ese acto ya público y consagrado (12)».

(12) «Lo siguiente, por ejemplo, podría pactarse ahora en forma de *Artículos Adicionales al Tratado de 26 de mayo de 1812*:

»1.º S. M. F., y el gobierno de Buenos Aires declaran subsistir en su fuerza y vigor la buena armonía estipulada en el Armisticio de 1812.

»2.º S. M. F., restablecido el orden en la Banda Oriental del Uruguay, no permitirá pasar sus tropas al Entre-ríos, pero esta provincia se sujetará al Congreso y Gobierno de las *Provincias Unidas*, como las demás: de suerte que el dicho gobierno pueda garantizar á S. M. F. la tranquilidad de esta frontera.

»3.º S. M. F. se obliga solemnemente á no contribuir directa ó indirectamente, á que sea atacado ni invadido el territorio de las *Provincias Unidas*.

»4.º Los buques de comercio, así como los súbditos del gobierno de Buenos Aires, entrarán, saldrán y permanecerán en los puertos y dominios de S. M. F., del mismo modo que los de sus vasallos en los de las *Provincias Unidas*.

»El general Lecor será autorizado suficientemente *ad hoc* y el señor Director Supremo nombrará igualmente otra persona de su confianza, para que concluyan esta estipulación, y para hacer en consecuencia las publicaciones convenientes, á fin de evitar equivocaciones y perjuicios.

»Este es el bosquejo que quedó trazado ayer. El domingo tendremos otra conferencia para redactar los artículos en términos que sean apropiados en lo posible á los compromisos actuales de este gabinete. Se sacarán dos copias, de las cuales una se dirigirá al general Lecor, y otra tomaré yo para enviarla á V. E. por el mismo buque de guerra que conduzca aquélla, si no hay otra vía; lo que aviso para inteligencia.»

Con una mediana atención, es fácil percibirse de que el laconismo y la prudencia con que están calculados los términos y los detalles de estas bases, envolvían ya una concepción completa de todo aquello que forma el germen de un positivo y verdadero tratado de alianza entre dos gobiernos; y no es menos digno de señalarse también el especialísimo cuidado con que García limita la cordial inteligencia de su gobierno con el de Portugal, á las dos cuestiones externas que la hacían necesaria: España y Artigas; con absoluta exclusión de los enlaces y arreglos dinásticos que el Congreso deseaba también negociar como una garantía necesaria del orden interno y de la estabilidad del organismo político en que ese orden debía reposar. García, y preciso es también decirlo, el gobierno portugués, eran demasiado serios y sensatos para no alcanzar lo ridículo y efímero, á la vez que peligroso, de semejantes veleidades.

Lo que en justicia conviene observar es que tratando ambos gobiernos en igual categoría de dos poderes soberanos con perfecta posesión de sus respectivas provincias, era evidente que el vínculo con que se ligaban reposaba sobre el reconocimiento de la independencia argentina, y de la soberanía política del Congreso, cuya obediencia ambas partes invocaban é imponían á las provincias rayanas, como un deber de orden público y de quietud interna.

Harto sentía el comisionado no poder cerrar en el día esta negociación, para dejar comprometido al gobierno portugués en una alianza como esta, que provocando la guerra con España debía naturalmente ocupar todas las fuerzas de esta nación,

dejar libre de todo ataque á Buenos Aires, privar á Pezuela y á Osorio, en el Perú y en el sud de Chile, de los refuerzos militares y marítimos que se les enviaba y obligar directamente á Portugal, é indirectamente á Inglaterra, á que no pudiesen hacer la paz, ni desistir de la guerra, sin cumplir al gobierno argentino la solemne promesa de *no permitir que fuese atacado ó invadido su territorio* que se contenía en la base 3.^a: es decir, la Independencia.

Pero fuese por desconfianzas, ó porque se encontrara coartado en medio de las facciones demagógicas y patrioteras que lo amenazaban, Pueyrredón tenía al comisionado sin instrucciones, *sin noticia siquiera, hacía un año*. De modo que el hábil negociador tenía que detenerse y suspender las consecuencias de su obra ante este proceder inexplicable de su gobierno: «Me he visto obligado á diferir la formalización de esta estipulación; en primer lugar, por falta de poderes; después, *porque no sé nada de lo que ahí pasa, ni tengo instrucciones, ni carta, ni insinuaciones* siquiera de Vuestra Excelencia. En tercer lugar, porque ignoro las mudanzas que pueden sobrevenir ahí en el tiempo intermedio, y por último, por dejar que intervenga una persona *de la elección* y confianza de Vuestra Excelencia para que los de *contraria opinión* no hagan valer sus calumnias contra mí. Dios quiera darnos luz en circunstancias tan delicadas».

Razón tenía nuestro agente cuando sospechaba que Pueyrredón y los hombres que con él habían entrado al gobierno estaban sobrado indecisos para aventurarse á continuar de pura confianza la buena

voluntad con que el gobierno anterior había aceptado la idea de formar una alianza bélica con el gobierno portugués. Los rumores de la invasión habían exacerbado á tal grado el frenesí de ese conjunto anónimo é informe que en los momentos de gruesa agitación bulle con el nombre ficticio de pueblo, que el tumulto apasionado parecía dispuesto á todo contra el reciente gobierno si no acudiera con ánimo y rapidez á defender la inmunidad del territorio uruguayo. Creencia general era que el ejército portugués entraba preparando el arribo de las tropas españolas; y la verdad era que presentaba tantas dudas y problemas el propósito efectivo y final de sus marchas, que el gobierno de Buenos Aires, más por prudencia y por preocupación de los sacudimientos que podía producir la efervescencia de los espíritus intoxicados con la idea de que se estaba haciendo traición á la patria, que por mirar como realmente hostil y peligrosa la política portuguesa y sus operaciones militares contra Artigas, tomó una actitud expectante por no decir ambigua. Ciñóse deliberadamente el Supremo Director á un silencio absoluto para con García: ni aprobó ni reprobó sus negociaciones, y eximiéndose de dar la menor opinión propia, se limitó á transmitir al Congreso todas las comunicaciones y cartas de García que existían en las Secretarías, con palabras que denotaban mucha duda sobre la buena fe del gobierno portugués, y bastante temor de que nuestro mismo comisionado estuviese desgraciadamente engañado por las arterías tradicionales de esa política que todos consideraban demasiado hábil y calculadora para ser sincera. Por fortuna García

sabía bien á qué atenerse, y bien seguro de que los resultados serían el exterminio de Artigas, la clausura de los puertos orientales á las expediciones españolas, el rompimiento de Portugal con España, como consecuencia, y su alianza con las provincias argentinas, estaba resuelto á menospreciarlo todo, y seguía su ancho camino, «aunque por lo pronto lo quemaran en estatua».

Pero de improviso las noticias de Buenos Aires comenzaron á producirle serias alarmas. «Un buque inglés que salió de esa el 18 de diciembre ha traído un ejemplar de la *Crónica Argentina* en que se ve una furiosa invectiva contra la persona misma de este príncipe. Ponderarle á usted la exaltación y el júbilo con que lo han leído los españoles, es de más. Sin perder tiempo lo pusieron en manos del rey fundando ya nuevas y grandes esperanzas. No sé el resultado que esto pueda tener. Espero mucho del carácter personal del ofendido y de los principios de su actual ministro. Bueno sería que nuestros Demóstenes tuviesen presente el éxito de las inflamadas arengas del viejo Griego, y los consejos del prudente y valeroso Foción».

Poco daño habrían hecho los artículos de la *Crónica Argentina* si no se hubiese sabido al mismo tiempo, que en la necesidad de satisfacer las terribles amenazas de los partidos, el gobierno se había visto obligado á dirigir al general Lecor una conminación categórica, de aquellas que son una intimación de guerra; y que para corroborar sus amenazas parecía dispuesto á ponerse en buenos términos con Artigas. Al principio García miró esta noticia como una fábula, ó como un simple

alarde de política interior, pues no podía convenirse que fuese verdad tan monstruoso error. «Si acaso ustedes no han roto todavía hostilidades con los portugueses, sería muy conveniente que mandasen un sujeto de toda su confianza, que viniese á imponerse radicalmente aquí de lo que pasa y se hace para transmitirlo á usted y quedar al cargo de esta comisión. Así no aventurarían ustedes la suerte del país. Hace mucho tiempo que lo he prevenido, y por desgracia se han despreciado mis indicaciones (13). Pero puestos los ánimos en una

(13) «Yo sé bien cuánto se trabaja y se maniobra desde aquí para *introducir* en ésa especies que revuelvan los espíritus, y no los dejen fijarse. Este es un género de guerra muy temible y que puede darnos grandes pesadumbres. El modo de terminarla es *averiguar la verdad y publicarla*. Contra mí hay una conjuración universal, y los tiros se han de multiplicar de mil maneras. Para quitar todo pretexto, nada mejor que mandar otro hombre de quien no pueden maldecir sin que se descubra el verdadero objeto de ese gran celo aparente. Quisiera que no se perdiese tiempo. No envió noticias de Méjico y Caracas porque las verán ustedes en las Gacetas inglesas que ahí van. Hay mucha obscuridad y contradicciones en lo que pasa por allá. Lo que parece ruera de duda es que los realistas degüellan sin piedad á los prisioneros, ya en los campos de batalla, ya bajo formas legales, que es más odioso todavía. Yo me estremezco cuando considero que nuestra fatal desunión, y ese maldito espíritu de provincia, ó de ferocidad y corrupción puede llevarnos hasta caer bajo la espada de semejantes enemigos. Ese foco de anarquía que forma y conserva Artigas nos devorará sin remedio, si luego no se le extingue. Me confundo cuando observo que habiendo ahí licencia para todo, para atacar al gobierno y para hacer elogios seductores del jefe de los Orientales, no la pueda haber para presentarlo al país y al mundo con los

situación tan tirante como ésta, era ya natural que por momentos surgiese algún conflicto: que en vez de la alianza tan empeñosamente buscada por García se produjera un triste y doloroso rompimiento. El hecho fué que Pueyrredón y Lecor se cambiaron notas cuyo tono se hizo tan acre y tan hostil, que vinieron á quedar como en estado de guerra; y que el gobierno de Buenos Aires recibió delegados orientales con quienes negoció que cooperaría á la defensa de su territorio, y que enviaría inmediatamente una fuerte división de tropas á guarnecer á Montevideo.

Bien se comprende cuál debió ser la posición, en que este giro extraño de la política argentina colocó á García delante de un gobierno respetable que lo había colmado de confianzas y distinciones: «En la noche del 21 de abril he tenido una conferencia bien seria y bien desagradable... el ministro me ha hecho entender que el gobierno de las Provincias Unidas parecía resuelto á declarar la guerra á Portugal, y me anunció con grandes muestras de disgusto que todas las medidas tomadas para conservar la buena armonía, especialmente el proyecto de los artículos adicionales le parecían ilusorias, y hasta indecoroso hablar más de ellas. Recordóme que yo estaba instruído de los principios en que se fundaba el sistema de política adoptado por esta corte, entre España y las Provincias Unidas, y de su tendencia notoria en favor de éstas. Que verse

verdaderos colores que le darían los documentos y los hechos constantes. Es imposible que no haya para esto grandes causas á que el gobierno mismo tiene que ceder.»

ahora obligado á mudarlo, le era doblemente sensible, tanto por los intereses del reino del Brasil cuanto por ser como una prueba pública de que era impracticable la línea de conducta para cuya adopción se había arrostrado tantas contrariedades. Yo no pude contestar sino con reflexiones generales, esperanzas vagas y débiles conjeturas».

Pero aún así, nuestro comisionado salió airoso de tan comprometida situación, y consiguió dar al proyecto de artículos adicionales la forma definitiva de un tratado de alianza verdadero contra España, y remitirlo por medio del general Lecor al gobierno de Buenos Aires para que lo ratificase (14).

Ofendidísimo empero del modo con que se le trataba, se quejó al gobierno diciéndole: «Hace mucho tiempo que mi existencia y mi bienestar corren unidos al destino de mi patria. Yo debo conformarme con sus decretos, cuando haya agotado mis fuerzas para moderar su rigor. Sé también que mis razones serán desatendidas, ó despreciadas, y aún que mis discursos pasarán por criminales para los que estén agitados de pasiones, ó se crean mejor informados de los verdaderos intereses de nuestro país. Pero cuando yo lo veo de otro modo, ¿no tendré un derecho para decirlo? ¿No podré hablar á usted como á un amigo, como á un hombre de bien, como á un patriota?... Ni basta á persuadírmele *el silencio de un año en que se ha obstinado usted desde que he tenido el honor de escribirle como á jefe*

(14) Véase en el Apéndice este documento que como pieza diplomática es de primer orden.

del Estado; y una prueba de ello es la confianza con que interpelo á usted por la patria, y por lo que hay de más querido y de más sagrado entre los hombres, para que suspenda, á lo menos, una declaración que considero funestísima en este momento á la consolidación de nuestra independencia, y á la existencia misma de la patria. Las razones que voy á dar á usted para ello, son claras y muy sencillas. Si me engaño, compadézcame usted; si le hacen fuerza, dígalas á cuantos puedan tener influjo en la opinión y á cuantos desean sinceramente la felicidad de su país. Demos por supuesto que podamos triunfar de los portugueses, y obligarlos á evacuar la Banda Oriental. Más que eso no podemos pretender. Y pregunto ahora: ¿Habremos ganado algo en fuerza y poder? No, señor; entonces el poder de Artigas aparecerá con mayor ímpetu y será irresistible. La naturaleza de este poder es anárquica, es incompatible con la libertad y con la gloria del país: es inconciliable con los principios del gobierno de Buenos Aires y con los de todo gobierno regular. Artigas y sus bandas son una verdadera calamidad. Usted lo sabe, todos los hombres de bien lo conocen, y no pueden decir otra cosa sin desacreditarse. Conque entonces habremos gastado nuestras fuerzas, atrasado nuestras relaciones exteriores, habremos enflaquecido nuestros ataques al enemigo común, no para recobrar la Banda Oriental, sino para alimentar y robustecer á un monstruo que revolverá sus fuerzas y desgarrará las provincias para dominar sobre sus ruinas».

Inspirado por el vehemente amor de la patria, y temblando de que en manos indecisas cayese en

el abismo de su ruina, el diplomático argentino se siente conmovido por la melancólica angustia que lo entristece; y el sentimiento palpitante de su justicia, de la verdad, de la honra, lastimado por el desaire que se le hace, le arranca al fin las mismas palabras, casi, con que el cónsul romano había hecho repercutir los muros del Senado y estremecer en sus asientos á los graves patricios que lo escuchaban—*paterere consilia tua non sentis? Constrictionem jam omnium bonorum conscientia teneri conjunctionem tuam, non vides?... Senatus hæc intelligit, consul videt: hic (Artigas) tamen vivit? Vivit? imo vero in Senatum venit.*

«De manera (continúa) que si consiguiéramos el objeto de esa guerra habríamos hecho omnipotente al enemigo de nuestro orden interior sin compensar nuestros sacrificios y sin haber ganado siquiera la paz con los de afuera. ¿Y si no conseguimos triunfar?

»Fácil es conocer las consecuencias.

»Si Portugal advierte que no puede contar absolutamente con la coherencia de principios por nuestra parte; si recela que haciendo causa común con Artigas, somos igualmente peligrosos, cambiará de ideas enteramente: tratará de ponernos en impotencia de dañarlo y no le faltarán medios de hacer un tratado de alianza y límites con España. Inglaterra acudirá á esto con gusto, pues ya tiene ofrecida su mediación entre ambas potencias. Los poderes del Norte nos mirarán como gobiernos de principios inciertos ó dañados, é incapaces de los adelantamientos que les interesan; y tendremos que luchar, contra el poder de Artigas y sus ideas di-

seminadas profusamente en todas las provincias del Estado, y contra las fuerzas de Portugal y España reunidas. El valor de nuestros compatriotas es mucho, pero no podemos exigir milagros de ellos, y sus sacrificios exigen que se considere muy despacio los empeños en que se pone al Estado, y que se evite á toda costa el malograr su sangre y sus esfuerzos heroicos. Tampoco debe desconocerse que si no damos pasos muy decisivos, España puede, á lo menos, prolongar por muchos años la guerra en nuestro continente. Si Portugal se le une, tendrá el mar, lo cual aumentará infinitamente nuestros conflictos. El reino del Brasil puede poner una escuadra invencible para nosotros». Entraba en seguida á demostrar cuál sería la suerte del Río de la Plata si declarando la guerra á Portugal, hacía no sólo posible sino necesaria la reconciliación de los dos reyes, y un arreglo de intereses que produjese su alianza; y decía que no era por inspirar terror y dar ese fundamento á sus consejos sino «para que Vuestra Excelencia esté prevenido de que los portugueses han resuelto acabar con el poder de Artigas á *todo trance*, y que cuanto más fuerte y auxiliado lo vean, mayor será su empeño... Así es que si nos declaramos sus enemigos será preciso que Vuestra Excelencia prepare contra ellos más fuerzas que contra los españoles; y no por eso nos dejarán libre el mar... Y como he dicho, ni aún evacuando el territorio oriental volverá á nuestro poder, sino que quedará en manos de un caudillo que ataca los principios vitales de nuestro Estado. A su sombra no crecerá ni prosperará orden alguno regular, y por el contrario, además de la anarquía

nos traerá conflictos y enemistades funestas... El Ministerio portugués, en manos de un hombre como el conde da Barca, nos puede proporcionar tal favor y ayuda que serán de un alto precio para nosotros *que estamos hoy abandonados por todos*. Y si ustedes dudan, deténganse un momento siquiera hasta averiguar la verdad. ¿Por qué ese empeño en precipitarse? Olvídense de mí, enhorabuena, no me escriban más; pero mientras se preparan á esa guerra envíen una persona de toda su confianza que vea y que informe sobre lo que tengo dicho. La franqueza con que me explico, conociendo las mudanzas de ese país, y teniendo prendas de él que no es la primera vez que han sufrido por mí, deben probar que hablo lo que siento, pues de otro modo no aumentaría mis compromisos, ni me expondría á más desprecios, ni pediría á usted un testigo ó un fiscal de mi conducta en cualquiera que quisiese enviar con sus poderes á esta corte. La idea sólo de la exaltación con que nuestros enemigos leerán la declaración de guerra, y verán desvanecidos los nublados que tanto los asustan, esta idea, después de tantas otras, colma la amargura de mi corazón, y hace que me explique quizá con más calor que el que debiera. Entre tanto, si mis presentimientos se verifican, tendré el triste consuelo de haber hecho todo cuanto me fué dado, por apartar de mi país las calamidades que pueden sobrevenir. El cielo haga lo demás... Si declaramos ahora la guerra, ¡cuántos embarazos no vamos á poner á nuestra marcha! ¡cuántos años no vamos á retardar el término de nuestros deseos! Mírese usted mucho en ello... El ministro actual tiene muy comprometida

su opinión respecto de nosotros. Goza ahora de un alto favor. Quizá *hará más* de lo que le permite la circunspección de un estadista. *por salvar sus principios*, y desmentir á los que ya se aplauden de lo que ellos llaman sus errores políticos. Suspenda esa guerra miserabilísima: *haga usted las protestas, los convenios, las declaraciones que les parezcan para lo futuro*. Mándeme dos letras privadas siquiera, en que me manifieste coherencia con estas ideas, aunque dé quejas y presente dudas.

»Instruya usted á los generales, á los jefes militares, á todos los que pueden ser instruídos. Este sistema de neutralidad, por ahora, es compatible con todos cuantos proyectos puede haber para después. Que se acuerden de lo que discurrían el año pasado sobre coalición con los españoles, y que vean cuánto se engañaron. Portugal no se unirá contra nosotros con España, sino lo precipitamos á ello violentamente. Sabemos bien cuáles pueden ser sus pretensiones, no crea usted que se me ocultan. Aseguremos lo principal, y luego, después hablaremos con más probabilidades de suceso. Esto lo hacen todos, y parece dictarlo el sentido común». García se encontró, pues, en una situación sobrado azarosa delante del gobierno de Río Janeiro; y sólo por su extraordinaria habilidad favorecida por la confianza inagotable que el rey y sus ministros ponían en su lealtad y en sus informes, pudo dominar esa mala posición y conseguir que el gobierno portugués mirase con calma lo que pasaba entonces en Buenos Aires, y las apariencias hostiles que tomaba allí la política. García que conocía su país como pocos, que á su criterio práctico reunía una pers-

picacia que penetraba en todo con una luz excepcional; que conocía el juicio y la exquisita prudencia de Pueyrredón y de sus ministros, que los veía asaltados por una prensa apasionada, ciega, virulenta, y por un círculo audaz de facciosos decididos á ir á la revuelta; que por todo esto comprendía que el juego del gobierno era consolidar su posición para echarse después sobre los que se animaban á volcarla; que sabía además que en aquellos momentos, por mucho que el Directorio blasonara de sus fuerzas y de su voluntad de hacer esa guerra, no tenía ni cómo sujetar á Santafé ni cómo auxiliar á Artigas con medios capaces de afrontar los que Portugal poseía para dominar los ríos y el territorio que había resuelto ocupar; logró tranquilizar completamente al gobierno portugués y dejarlo convencido de que lo que lo había alarmado no pasaba de ser una simple farsa interna de la capital, porque era de todo punto imposible que pudiesen amalgamarse y entenderse el gobierno nacional de las Provincias Unidas con el partido demagógico, y con el caudillo oriental, pues al primer paso se habían de encontrar con la absoluta incompatibilidad que existía en la índole genial de las tres entidades; y logró que se le concediera un término prudencial y tranquilo (sin cambiar el estado de las cosas), dentro del cual prometía despejar completamente los tropiezos efímeros que habían venido á dificultar el arreglo final de los intereses recíprocos de ambos gobiernos (15).

(15). Por fortuna, García pudo corroborar todas estas protestas con una carta de su distinguido padre, el co-

Muy poco tiempo después, tuvo García la placentera satisfacción de que el gobierno portugués tuviese pruebas concluyentes de su buen juicio, de su lealtad y de lo acertado de sus previsiones. Había fracasado completamente la tentativa de arreglos entre el gobierno de Buenos Aires y Artigas. Este bárbaro procaz y estúpido á la vez estaba desatado en injurias contra Pueyrredón y contra los porteños. Despechado y enfurecido como una bestia de circo, lanzaba proclamas, unas tras otras, acusando de traiciones al Supremo Director y con-

ronel de ingenieros don Pedro Andrés García: «Nunca (decía este honorable viejo) he visto más cortado un gobierno para obrar con libertad y con energía según lo pidan los casos; así es que hierven los díscolos... y los sectarios de las montoneras de Artigas: á términos que las corporaciones se inclinaban ya á que se declarase la guerra; pero el gobierno que toca más de cerca las dificultades resolvió dar cuenta al Congreso; y entre tanto, acaso se ha visto precisado á manifestar que iba á mandar auxilios á los orientales, y enviar á Vedia (el general don Nicolás) en misión á Lecor, que es lo que ha dado lugar á las celebradas «Crónicas» del *Masuna Pasos* (*) sugeridas por el buen Agrelo y compañeros que dicen son *los insufladores de ese periódico* (**); y los que señalan traidores: También los antiguos cabildantes bien hallados con sus empleos, metían fuego para reelegirse y daban calor á las traiciones, que todo cuadró en aquellos momentos, y ofrecía el contraste de opiniones una turbulencia diabólica, que á poco tiempo fué calmándose; pero que no la miro extinguida, y he aquí uno de los motivos por que insta Sarratea en su

(*) *Cara de Murciélagos*. apodo con que este individuo era conocido.

(**) Véase, pues, corroborado por un competente contemporáneo lo que dijimos en la pág. 479 del volumen quinto sobre que los artículos de la *Crónica Argentina* no eran de Pasos (a) *Kanki*, sino de Moreno, Dorrego, Agrelo, etc., etc. Pasos no tenía es ilo, erudición, ni el más trivial mérito como como escritor ó periodista. V. *Resp. al Panf. de Baltimore*.

minándolo con castigarle á sangre y fuego, por no haber puesto bajo sus órdenes y á su dirección todos los recursos del país. Pueyrredón, á su vez, forzado á defender la autoridad legal y el orden público, abandonó á su suerte al miserable caudillo que lo injuriaba, y puso una mano pesada sobre los perturbadores que pretendían hacerle coro dentro de la capital, embarcándolos inmediatamente para Norte América, por un golpe de Estado doloroso pero necesario y justificado, al menos, por las circunstancias.

Cuando parecía que las cosas, á favor de estos incidentes tomarían un sesgo ventajoso á los pro-

propósito, buscando Cirineos que le auxilien, pero á mi juicio se engaña». «Según el modo de evadirse con que aquí se manejan acerca del cargo que los artiguistas hacen al gobierno y autoridades descargando *sobre ti* todo el peso del asunto, *creo que tu muerte sería inevitable, pues quieren deducir de tu última comunicación*, que opinas y que eres un apasionado de los portugueses. Esto, pues, debe servirte de gobierno, para excusar tu regreso hasta tiempos más serenos. Pero lo peor es que me parece que este remedio no les alcanza á ponerse á cubierto, porque se habla con toda libertad de que estallará en breves días una pueblada infernal, para variar el gobierno y declarar la guerra al Brasil. Se espera al Congreso de ésta, y Dios quiera que no salga por la *Puerta de los Carros*, como salió la Asamblea.

«Todo presenta un funesto cuadro, y deben esperarse de un momento á otro novedades en todos los puntos de armas, pues en todos están pendientes batallas, y su resultado aquietará ó alterará las gentes de revolución, que siempre esperan sacar partido de ellas... Se trató de enviar al Janeiro en misión especial, á don Miguel Irigoyen, el cual rehusó. En vista de su resistencia se trató de enviar á don Manuel H. Aguirre que tampoco aceptó.»

pósitos de García, cayó sobre él otro golpe tan sensible para su afecto como desfavorable para los negocios públicos que tenía entre manos. «Sería muy conveniente (le escribe al Supremo Director) que ustedes no demorasen la ratificación de los *artículos adicionales* al convenio de 26 de mayo de 1812; porque ha sobrevenido un incidente cuyas consecuencias no podemos adivinar. El señor conde da Barca ha fallecido. La causa del Nuevo Mundo ha perdido en él un amigo sincero y un defensor ardiente. El veía las inmensas consecuencias que debía producir la emancipación de nuestro continente, y era capaz de sentir las emociones que puede excitar esta perspectiva y la gloria de tener parte en tan grandes beneficios. A esto aplicaba sus talentos, en esto empleaba gustosamente los restos de una vida trabajada y ya fugitiva. Ha muerto este estadista muy mal á propósito para los intereses de su patria, cuando casi todos los hilos de este delicado negocio estaban sueltos. Nuestra pérdida también parecería enorme, si hubiera de calcularse por la exaltación con que han visto caer á este hombre, el ministro de España y sus amigos. Mas puede ser que su mal deseo los alucine en esta ocasión como en otras. El impulso está dado, y la sombra de Araujo, vagará aún muchos días por este gabinete.

«Es verdad que tenemos muchas faltas que sentir, pero quizá podremos suplirlas con un manejo más cuidadoso, y más conforme á las circunstancias que se vayan presentando... Parece que los nuevos ministros tienen, en general buenas ideas,

pero necesito tiempo para ratificar mi juicio» (16).

En la duda de cuál sería su posición con el nuevo ministerio, García se mantuvo en una digna reserva. No estando reconocida nuestra independencia carecía de carácter público diplomático para hacer visitas oficiales. Pero cinco días después volvió á establecer sus relaciones con el nuevo ministerio en el mismo pie en que las había tenido con el conde da Barca: «El día 7 del corriente (agosto) fuí convidado (decía) á una conferencia, por Su Excelencia el señor Juan Pablo Becerra: fuí recibido de una manera singularmente honorífica, siéndome sobre todo notable el lenguaje de Su Excelencia, al entrar en materia. Me informó, en primer lugar, que habiéndole pedido Su Majestad que me tratase, él se había apresurado á cumplir con los deseos de su soberano, y con los suyos mismos; que estaba muy cierto de la nobleza de mis sentimientos, y esperaba por eso que, desempeñando con ella, yo, los encargos de *mi nación*, y él los de la suya, vendríamos á perfeccionar relaciones sólidas, porque serían mutuamente útiles. Hablóme de la conveniencia de hacer algunos arreglos comerciales, tocando de paso la necesidad de tranquilizar á los neutrales en cuanto á los abusos de los corsarios; y concluyó diciendo, que aunque me creía persuadido de que Portugal no entraría en liga con

(16) El conde de la Palmella era nombrado ministro de Estado; pero como desempeñaba la embajada de Londres y la representación de su soberano en el Congreso de las potencias, debía suplirlo durante su ausencia el señor Bezerra, presidente del Real Erario. Con éste entraban Tomás Antonio de Villanova Portugal y el conde de Arcos.

España, contra la América, él me aseguraba de nuevo que lo tenía por absolutamente inverificable.

»Contesté á Su Excelencia con la debida cortesía: le aseguré que mi gobierno tendría un verdadero pesar, si se realizasen los daños que se suponían hechos á los neutrales, por abuso del pabellón de las Provincias Unidas, y que estaba cierto de que se tomarían medidas eficaces para evitarlos en adelante. Hice luego una exposición de los principios generales de nuestra política, y de la capacidad de las Provincias Unidas, para entretener ventajosas relaciones de comercio con estós reinos, y terminé mi exposición, diciendo, que un punto había fundamental, inmutable, y que no admitía alteración, á saber: *Independencia absoluta de la dominación española*. Que podía lisonjearme de que Su Majestad Fidelísima lo reconocía justo, de que no lo atacaría directa ni indirectamente, y por eso creía que podrían realizarse las ventajosas transacciones que Su Excelencia deseaba celebrar para mutua utilidad de las dos naciones vecinas. Que para mostrar á Su Excelencia el estado de la opinión de las provincias respecto de aquel punto fundamental, no podía hallar comparación más propia que la de la nación portuguesa, al tiempo de la restauración de la monarquía.

»Parecióme Su Excelencia extremadamente satisfecho: me rogó expresamente quisiese tratarlo con amistad, añadiendo que las puertas de su gabinete estarían abiertas para mí, á todas horas. Yo puse término á la visita, ofreciéndole pruebas sucesivas de cuánto apreciaba las muestras de confianza que se me daban.

»Me consta que el ministro hizo al rey una descripción muy favorable de su entrevista conmigo. Su Majestad, que fué el promovedor de ella, quedó sumamente satisfecho y confirmado en sus buenas disposiciones respecto de nosotros».

A pesar de esto, el comisionado tenía algunos temores que no carecían de importancia y que lo impelían á convencer á su gobierno de que debía *ganarle de mano á España* ligándose á Portugal con un tratado de alianza. En apoyo de sus consejos observaba que la ocupación de la Banda Oriental tenía un carácter interino; que desde luego podía considerársele tanto como una condición favorable á los intereses argentinos, cuanto como un recurso que quedaba en manos del gobierno portugués para obrar según fuesen sus intereses, en el caso que á ello se viese obligado por la poca discreción del gobierno de Buenos Aires, por la fuerza fatal de las cosas europeas ó por otros incidentes, muy posibles, que vinieran á poner en peligro sus intereses primordiales. García no temía que pudiera ser fementido un gobierno notoriamente respetable como el del rey don Juan VI y sus ministros. Pero comprendía que permaneciendo las mutuas relaciones en un estado indeciso, y aún con síntomas hostiles de parte de Buenos Aires, la desocupación de la Banda Oriental era una eventualidad peligrosísima para el orden interior, no sólo por la prepotencia en que quedaría Artigas, sino porque podía servir de base al gobierno portugués para transigir con España acatando el influjo ó las amenazas de las grandes potencias decididas á ponerlos en paz; y esto, sin contar con la creciente

agitación por el regreso del rey á Lisboa que comenzaba á hacerse sentir en las grandes ciudades de Portugal. Tan gravísimos peligros no podían apartarse sino aprovechando la reyerta de los dos reyes de la península ibérica para celebrar un convenio que inutilizase los medios políticos que tenía todavía el de España, y que estaba despreciando; de modo que cuando volviese y se viese obligado á emplearlos por sí mismo, ó con la mediación de las otras potencias, se encontrase con que el gobierno del Río de la Plata ya era aliado del de Portugal, y parte necesaria por consecuencia en los arreglos finales de la cuestión europea.

Tomando el asunto bajo este aspecto, el habílísimo diplomático le decía al gobierno: «Tal es el semblante que hoy presenta esta corte. Algunas ventajas puede proporcionarnos, pero el bien más sólido, y que más eminentemente nos importa ahora, es, si no me engaño, ganar de mano á España, para que no haga uso de los recursos políticos que tiene, y que ha despreciado hasta aquí. La fortuna suele ser tan varía en las cortes, como en las campañas militares, y suele en aquéllas castigar con igual severidad que en éstas, á los que desprecian sus favores. Esta reflexión me inquieta de continuo, y me hace desear mucho sus instrucciones, piénsese ó no en mantener esta diputación. No crea usted que estas ideas provengan de un exceso de timidez; ellas se fundan en la inestabilidad de las opiniones políticas, afectadas indistintamente por los infinitos objetos que pueden mover el corazón humano *mientras no está contenido por las leyes naturales ó por convenciones sagradas y peligrosas*

de infringir. Se fundan también, en la situación presente de esta corte» (17).

Decidido á obrar con energía, Fernando VII quiso primero interpelar á las potencias, no preci-

(17) «Las causas de temor que expliqué á usted cuando le avisé la muerte del conde da Barca, no han desaparecido aún. Las agitaciones del Portugal europeo han crecido, como verá usted por los papeles públicos de Inglaterra; y su partido aquí se enfervoriza con nuevas esperanzas. Dícese que Lisboa ha enviado al rey una vigorosa representación, firmada por más de tres mil personas, en que le hacen presentes las calamidades del reino, y la necesidad de que S. M. ó el príncipe real vuelva á su antigua metrópoli. No es fácil adivinar el resultado. Usted lo pensará, y no olvidará nunca que mis reflexiones tocan directamente al período actual. Los motivos que haya para esperar, ó para temer en lo venidero, ni se ocultan á usted, ni es prudente desmenuzarlos aquí. Bastará, me parece, ño perderlos de vista, y que en nuestras comunicaciones oficiales nos conformemos escrupulosamente al lenguaje que ha usado esta corte con nosotros y con los gabinetes europeos, para sincerar sus intenciones.

»Ha dicho que *su ejército es de mera ocupación y que ésta debe cesar con los motivos que ella misma* ha publicado.

»*Conservado cuidadosamente ese derecho, podremos reclamarlo después con justicia, ó cederlo con utilidad y ventaja, según lo hallase mejor la sabiduría de nuestros Consejos.* Entretanto, no sería bueno dejar escapar amenazas, ni deseos indiscretamente anticipados; irritarían, si hay buena fe, y si no la hay, desvanecerán demasiado pronto los fantasmas de la ambición.

»Y ciertamente que usted no hallará justo que *yo ande siempre asendereado, y sin más regla de aprobación que los resultados, en materias tan difíciles, y en tiempos tales, que una misma cosa puede, en el espacio de pocas horas, reputarse óptima, y pésima.*

»Ni la opinión sostenida del rey Fidelísimo, ni su buen

samente para que *mediasen*, sino para que *interviniesen* con su autoridad y con sus medios de acción á exigir que Portugal desalojase la Banda Oriental del Río de la Plata. De manera que restringiendo el reclamo al límite de su soberbia y de su exclusivo interés, eliminaba la cuestión de Olivenza que no quería poner en tela de juicio, *hasta que el rey de Portugal se restituyese á Lisboa, pues su permanencia en Río Janeiro perjudicaba moral y positivamente al sistema y al imperio colonial de España*. Fernando VII esperaba con esto, que si al fin tenía que hacer la guerra é invadir á Portugal, encontraría en el seno del país la adhesión de un fuerte partido portugués que ofendido por el abandono de la vieja patria, en provecho de la nueva capital sudamericana, se declarase por él reconociéndole los derechos que le venían de su tía doña María Ana de Borbón, hermana de su abuelo Carlos III, y viuda de don José I de Portugal.

Mientras ponía en juego estos y otros medios de tomar grandes desquites en el caso que no consiguiera el desalojo de la Banda Oriental, hizo marchar á Badajoz doce regimientos de infantería, cinco de caballería, y la artillería llamada de *Segovia*, bajo las órdenes de Castaños como general en jefe del *Ejército de Extremadura*, y de Elío como su segundo, con otras disposiciones militares que hacían comprender su propósito de aumentar esta base á

carácter, ni los compromisos gravísimos en que se ha puesto delante del mundo entero, ni las muestras de favor dadas por sus ministros, pueden alucinarme hasta el punto de confiar en que se harán otras iguales adquisiciones, ó que mantendré las hechas *sin que ustedes me ayuden.*»

lo necesario para ejecutar una formidable invasión en el vecino reino. Contando en seguida con el poderoso efecto moral que estas medidas debían producir entre las potencias interesadas en conservar la paz en Europa, y sobre el ánimo de los portugueses, mandó el conde de Casa Flores en misión especialísima para que presentara su *ultimátum* en Río Janeiro. «Me parece que tendremos algún lance, pero estoy dispuesto á todo», decía García al anunciar la llegada de este individuo, especie de matón deslenguado y violento, que había sido escogido precisamente para que hiciera ruidosa y amenazante la gestión (18).

Deseoso de que su gobierno conociera á fondo el estado de las cosas y de los intereses que podían afectar, en bien ó en mal, la suerte de las Provincias Unidas del Río de la Plata, García pasa una mirada llena de luz sobre la situación interna de España y sobre los estímulos ó tendencias de cada una de las otras naciones que podían ayudarla ó contrariarla en sus ofensas contra Portugal y en el empeño de reconquistar su imperio colonial. Y aunque consideraba que la situación financiera de España era de las más atrasadas y necesitadas que podían imaginarse, creía también que no era del todo imposible que pudiera hacer un esfuerzo supremo y último, que no sería por eso menos peli-

(18) Don Manuel José García había probado tener mucho valor personal como capitán del *Batallón de Cantabros*, que á las órdenes de su padre defendió la línea de *Santo Domingo* en 1807 é hizo rendir en ella á la división del general Craufurd que atacó la plaza por ese costado. Véase el vol. II, pág. 143.

groso y pesado para el gobierno de Buenos Aires, si no se contara con Portugal para contener ese golpe. Entre las potencias europeas, la más digna de tomarse en consideración era Inglaterra, porque su imperio de los mares la hacía árbitra del Atlántico. Pero era muy dudoso saber lo que se podía esperar ó temer de ella, porque aún cuando no obrase directamente, con sólo dejar hacer á las otras podía causarnos males enormes (19).

En Río Janeiro, todo el gabinete y el comisionado argentino estaban esperando con ansiedad los primeros pasos con que el conde de Casa Flores diera principio á su estrepitosa misión. Al fin rom-

(19) «Para aclarar cuanto llevo dicho, echemos una ojeada sobre las disposiciones de aquellas naciones, que más principalmente pueden dañarnos, ó favorecernos, según puede deducirse de los papeles públicos de Europa. España, en primer lugar es atormentada por sus heridas antiguas y nuevas, agravadas con el peso del despotismo, envenenada por odios fraternales y venganzas de partido, y sin medio de curarlas, por el estancamiento del comercio, por la aniquilación de la industria, y por la suma tenacidad de sus preocupaciones religiosas y políticas.

»Pero, como sus males tocan ya la raya de intolerables, y el estado de sus rentas públicas anuncia muy cercana una espantosa bancarrota, los ministros actuales según parece se han resuelto á arrostrarlo todo. El ministro de Hacienda ha propuesto un plan de que hablé á usted otra vez, y que, según las Gacetas extranjeras y cartas de Madrid, parece que es en substancia el que incluyo. No sé si me engañaré, juzgando que él es absolutamente incompatible con el atraso de España y con el ascendiente del clero sobre el pueblo y sobre el ánimo del rey Fernãdo.

»Veo que se habían pedido á Roma, bulas para allanar el privilegio eclesiástico, y muchos días después, el *Times*, refiriéndose á carta de Madrid del 23 de mayo, pre-

pióse la duda el 10 de octubre. «Ayer (escribía García) fuí llamado con urgencia, y tuve una interesante entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores. Una orden del mismo rey le había indicado que me diese conocimiento de la primera

senta el proyecto en la forma que aparece por la copia (*) cotéjelo usted con el primero; hallará usted una enorme diferencia, y que es inadecuado al objeto. La causa que ha producido estos proyectos ciertos ó falsos en el ministerio de Hacienda español, ha influido también en el de Relaciones Exteriores. España ha estado constantemente aferrada al *stato quo* de Carlos V. en América, y á no admitir la más pequeña intervención extranjera en su lucha actual con ella. Parece que empieza á sentir que es necesario sacrificar lo segundo para obtener lo primero. De aquí ese nuevo sistema de mediaciones. Apela á las grandes potencias para que medien en Portugal, y á Inglaterra para que intervenga en la causa de América; pero su conducta se resiste del vicio radical de la corte de Felipe II, y esto puede hacer sus esfuerzos tan inútiles como los demás que ha hecho.

»En cuanto á la mediación inglesa, ó más propiamente su liga con España, para subyugar la América, juzgo que simples concesiones temporáneas, acompañadas de una obstinación en el principio de que ésta sea absolutamente sujeta al despotismo religioso, civil y político de España, la harán impracticable por ahora. La popularidad inglesa, y la del continente europeo, miran con horror la tiranía de Fernando VII, y nuestros heroicos sacrificios por evitarla, les inspiran interés y estimación, al mismo paso que la

(*) Sobre el estado de la Hacienda de España en 1816, véase el volumen séptimo de la *Historia del siglo XIX.* por Gervinus, pág. 179, edición citada anteriormente. Id. volumen tercero, pág. 238. En su *Historia General de España*, volumen XXVII, La Fuente se expresa en términos idénticos á los que muchos años antes había formulado el diputado argentino, respecto á las inútiles tentativas del ministro Garay por organizar la hacienda en ese año, estrellándose con el rey, el clero, el partido absolutista y la ignorancia y preocupaciones del pueblo.

nota oficial que el conde de Casa Flores acababa de pasar.

»La he leído con atención; su estilo es el que me había figurado, pero más acrimonioso de lo que

liberalidad inherente á los nuevos estados americanos presenta esperanzas más lisonjeras y más constantes que el sistema mezquino de Fernando y sus promesas sin garantía. Todo forma una masa de opinión, que no puede arrojarse con honor ó con decencia para el gabinete de St. James. Es verdad que no sería cosa pasmosa si sucediese. A lo menos, pienso que por grande que sea la seguridad que inspiran las razones dichas, no debemos adormecernos sobre ellas, al modo que los marineros cuando calculan próximo el puerto suelen dormir menos que cuando corren en alta mar en desecho temporal.

»Aunque el ensayo que hace España en su nueva carrera sea ahora insuficiente, reconozco con todo ciertos principios que desenvueltos podrían mudar grandemente el estado de las cosas. El impulso de una necesidad irresistible, ha conmovido la primera y antigua base de la política española: ha forzado á sus ministros á pretender la intervención aborrecida, y tantas veces rechazada, de Inglaterra, y á abrirle, bien que con el encogimiento penoso de un avaro, su comercio directo con América. ¿Será, pues, tan extraño que creciendo aquel impulso de la necesidad, vayan sucesivamente extendiéndose las concesiones del gabinete español, hasta llegar á punto que lisonjeen la codicia del comercio inglés, y concilien la popularidad al ministerio británico, para un proyecto con las colonias? ¿Será imposible que el mismo ministerio, una vez decidido, haga que España, se presente menos injusta, para que no sea tan chocante su filantropía? Los principios elementales del gabinete británico, relativamente á nuevos estados trasatlánticos, no son un misterio. Hasta donde puede contarse con la moral política de Inglaterra y de las demás grandes potencias, nos lo enseña el Congreso de Viena. La popularidad inglesa, además, se maneja muy hábilmente por el ministerio: buena prueba es la suspensión indefi-

podría yo mismo esperar de una primera abertura. Está cuajada de expresiones que son verdaderos insultos, y termina con una intimación que estando al valor de las expresiones, podría pasar por ultimátum, en el que el ministro español dice: que para conservarse la paz entre ambas coronas, es preciso que Su Majestad Fidelísima conteste terminantemente, y convenga desde luego: 1.º En publicar de un modo solemne, que reconoce la sobe-

nida de la ley de *habeas corpus*. Finalmente, el Congreso de Viena, consagró una palabra *que sirve maravillosamente para cohonestar las más grandes injusticias, la legitimidad*, sucesora de la *soberanía del pueblo* que sirvió antes para santificar guerras escandalosas.

»Después de todo, no debemos olvidar el estado de la América septentrional, en donde se hacen esfuerzos parciales, y dudosos por consiguiente: y donde la falta de gobiernos regulares pueden dar pretextos á la nación británica para intervenir en la pacificación, aún conservando la neutralidad con los americanos del Sud. En este caso, la posesión quieta del virreinato en Lima, daría medios á España para prolongar la guerra de un modo eficaz, sin necesidad de hacer ruidosas expediciones desde la península, especialmente si conoce bien la importancia de las fuerzas navales.

»Según colijo de las disposiciones generales de ese gobierno, parece que Chile entra como parte esencial en el plan de nuestra defensa y ataque; aseguro á usted que esta idea me llena de satisfacción y confianza. ¡Cuánto celebraría que entrase del mismo modo en el plan de nuestras operaciones políticas! Cubiertos por los dos flancos y por el frente (Portugal) por naciones ligadas naturalmente contra los intereses de España, podríamos hacer impenetrables las fronteras del Perú y dirigir con seguridad nuestros ataques, doquier que nos conviniese. Puestos en tal situación, podríamos entregarnos sosegadamente al grande objeto: la consolidación del orden interior.»

ranía actual positiva de Su Majestad Católica sobre todos los dominios que integran la monarquía española, y especialmente sobre el territorio de la Banda Oriental. 2.º Que prometa entregar desde luego á Su Majestad las plazas y tierras que ocupa, dando para ello la garantía de alguna potencia respetable, ó la de algunas plazas fuertes en Europa. 3.º Que entre tanto España toma las medidas para recibirse de estas sus posesiones, las mandará Su Majestad Fidelísima por ella, pero enarbolando en Montevideo, y demás plazas, la bandera española, recibiendo en ellas gobernadores españoles, y despachándose todo á nombre y por la autoridad de Su Majestad Católica. Que sólo con estas condiciones podrá conservarse la paz, siendo sin ellas inevitable la guerra, de cuyos males será únicamente culpable el gobierno portugués, al cual también pueden, por otra parte, ser temibles las consecuencias.

»Propone luego, que si cumplidas exactamente las condiciones mencionadas, quiere Su Majestad Fidelísima entrar en una alianza ofensiva contra los rebeldes del Río de la Plata, está dispuesto á ello Su Majestad Católica, y que se tratará el negocio convenientemente. Concluye la nota con un cumplimiento al ministro actual, á quien supone de diferentes principios que su antecesor, que por motivos particulares ha traído las cosas á este extremo; cumplimiento, que sin obligar al ministro Bezerra, ha ofendido al rey, á quien se supone, con grosería un ser insignificante en la dirección de su gabinete.

»Vea usted, pues, el estado de las cosas. Yo he

leído dos veces la nota original, y *estoy autorizado* para decir á usted que Su Majestad Fidelísima no entra por semejante partido; que será fiel á las promesas hechas por mi conducto, y presentadas en el proyecto consabido (20), y que ésta es su inmutable resolución».

«El ministro me ha dicho que él juzga inevitable un rompimiento, y que es preciso nos entendamos. Me ha recordado la procrastinación de los artículos adicionales, cuya sanción desea muchísimo, y es muy importante. Hemos quedado en que cualesquiera diferencias ó dudas sobre esta materia, las hemos de arreglar al instante, y que no habrá embarazos por la línea de ocupación, ó de operaciones, ni por otro motivo semejante.

»Es llegado, pues, el momento de redoblar nuestras diligencias. No perdamos circunstancias tan favorables. Contésteme usted sin demora, explíquese conmigo en lo ostensible, haciéndose cargo de la actitud de España y de las potencias que parecen amenazar á Portugal; diga que Su Majestad Fidelísima tendrá en sus vecinos buenos amigos y aliados naturales que no le abandonarán con bajeza, ni venderán sus servicios, etc. Sobre todo, esos artículos adicionales, que no se entorpezcan. La diligencia es madre de la buena ventura: y usted sabe que un instante suele valer muchos siglos de gloria ó de ignominia. Mientras los españoles desahogan su natural fiereza, avancemos nosotros sobre el corazón del rey fidelísimo. Esto está en

(20) De *Artículos Adicionales* al convenio de 26 de mayo de 1812.

nuestro poder. Que cuando aquéllos vuelvan sobre sí, estén ganados de mano.»

Estaba, pues, á punto de conseguirse el objeto que el comisionado argentino había buscado con tanto talento como discreción. Las esperanzas con que había iniciado su misión estaban por decirlo así realizadas. Después de la nota y de los denuestos del conde de Casa Flores era de esperarse que estallara la guerra entre España y Portugal dando á las provincias argentinas la alianza de un respetable poder europeo puesto con su fuerte escuadra al servicio de nuestra independencia. La causa había venido á ser una misma para las dos naciones «y sus intereses estaban políticamente indentificados» como el hábil diplomático lo había previsto y prometido.

Al ver que eran vanas las amenazas y la virulencia de sus agentes, Fernando VII montó en ira y le comunicó al embajador ruso, conde de Tattischeff, su más íntimo é influyente consejero, que iba á poner en marcha inmediata sobre el territorio portugués el *Ejército de Extremadura*. Tattischeff convino en que el derecho del rey de España era incuestionable y de práctica en todos los casos como este en que un gobierno cualquiera invadía gratuitamente el territorio ó las provincias de otro rey. Pero temiendo que su gobierno lo hiciese responsable de no haber paralizado las resoluciones tempestuosas del rey de España, hasta que el emperador de Rusia meditase y resolviese sobre tan grave incidente, hizo presente lo difícil y comprometido de su situación personal, y consiguió que Fernando (sin perjuicio de poner la última mano á sus pre-

parativos de guerra en Europa y en el Río de la Plata) comunicase al emperador moscovita la resolución que había tomado, pidiéndole su apoyo, diplomático al menos, para el caso muy probable de que se opusiese Inglaterra, que era la única potencia que podía estorbárselo. Fernando VII, que sabía muy bien que ese era el lado de donde debía temer un interdicto, aceptó el consejo (21).

El czar comprendió la inmensa gravedad de la situación. Pero penetrado también de la justicia con que el rey de España representaba sus derechos tradicionales al territorio embestido por el de Portugal, y de la necesidad urgentísima que tenía de disponer de él con entera libertad de acción, creyó que podía convenirle tomar cartas en el asunto; y contestó que en último caso daría su apoyo, pero que antes de tomar desquite y prendas positivas era indispensable que el rey de España protestase enérgicamente ante la Dieta de las potencias, haciendo presente que si el rey del Brasil no era em-

(21) Aficionado á gentes de baja índole y de ruin extracción, Fernando VII había formado en su aposento una Junta de ellas que entendían en los asuntos de Estado más que los mismos ministros, designada con el nombre de *la Camarilla*. La componían el jesuita Ostalaza confesor de don Carlos, Ramírez-Arellano, el duque de Alagón, un cierto Collado conocido por Chamorro, el barbero Manillo y otros, que tenían mano en las decisiones del rey, aumentando más con su ineptitud y bajos manejos «los apuros y negrura de la situación». El enviado ruso Tattischeff, con cuya corte estaba la de España en muy amistosas relaciones, *ejercía gran influjo en la Camarilla*, y por consiguiente, *en todos los ramos de la administración*. Gebhardt, tomo VI. pág. 662-3.

plazado á desistir de la usurpación militar que había hecho de los puertos orientales del Río de la Plata, donde coartaba las operaciones de las tropas españolas contra los rebeldes, se haría justicia por su propia mano, apoderándose de Portugal en prenda, ó como conquista, según fuese la satisfacción que se le diese por el despojo y por la ofensa inferida.

Mas, cuando todo parecía concurrir así á poner en armonía la causa y los intereses de las dos naciones americanas, surgió de improviso un virulento altercado entre el general en jefe de las tropas portuguesas, y el Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Lecor había entrado en Montevideo, y la verdad sea dicha, lejos de encontrar resistencia, ó mala voluntad, el vecindario y todos aquellos habitantes afincados, de honorable familia y de intereses urbanos, lo recibieron con los brazos abiertos, porque llegaba en efecto como protector de vidas y haciendas á salvarlos de los atentados intermitentes de Artigas y de los capitanejos Otorgués, Encarnación, José Culta, el negro Casavalle y otros no menos feroces, que dentro de la plaza á veces, y merodeando siempre por los suburbios, robaban, saqueaban, mataban y saciaban de todos modos sus terribles y enérgicas pasiones. El imperio de las autoridades portuguesas llegó, pues, como la salvación en un naufragio, para aquellos infelices expuestos todos los días á los pavorosos estremecimientos del terror y del crimen. Pero estas gentes desventuradas estaban muy lejos de ser el país. De su mejor y más distinguida parte, aquellos que habían sido afectos ó que ha-

bían estado ligados con los intereses españoles, se hallaban emigrados en Río Janeiro; y los otros, que habían tomado partido por la Independencia argentina se habían afincado y refundido en el vecindario de Buenos Aires, ó seguían con honra la carrera de las armas en los ejércitos del Norte y de los *Indes*. El residuo que esta disolución interna había dejado en Montevideo y en las aldeas cercanas, era tan diminuto que ya no formaba clase con carácter político que pudiera tener valimiento ó influjo, ni siquiera como simple entidad moral. El país y la patria de los orientales estaban en otra parte: eran la campaña vasta, plegada, montuosa, habitada por indios y gauchos cerriles, que al hacer uso de su vigorosa naturaleza confundían en conciencia el derecho con el desorden, la patria con la mirada del caudillo, y la autoridad pública con el rebenque y con el *facón* que llevaba al cinto (22).

Estos eran los orientales genuínos de la lucha, los patriotas del país interesados con espontánea y primitiva pasión en la defensa de su independencia: esto es, de los hábitos y de la robusta barbarie que gozaban en los campos y selvas en que vivían. Por tradición y por comunidad de preocupaciones con sus caudillos (que por lo general tenían para ellos el mérito de ser prófugos de la ley) no respiraban sino odio á sus vecinos del Norte y del Oeste, portugueses y porteños. Mucho de *natural* había en esto por la innata ojeriza con que se miran siempre las poblaciones rayanas, pero en este caso, es menester convenir en que había mucho de *bárbaro*

(22) *Facón* era el nombre gauchesco del machete.

también, y no poco de *histórico* contra la fama y los influjos absorbentes de una ciudad capital, rica y predominante, que en la ribera occidental había sido el centro de los poderes constituídos y que como órgano de las autoridades supremas había pesado, con el brazo fuerte de la policía colonial, sobre esa *Calabria*, caos de crímenes y de vida agreste que prevalecía, hosca y huraña, en la orilla oriental. De todo esto se había condensado una masa de rencores políticos y de apasionado localismo que ya no ofrecía más solución que su tremendo triunfo ó su caída bajo la represión armada de las fuerzas extranjeras. Con la invasión la obra de Artigas estaba consumada y completa: eso había querido, eso tenía ahora á su frente. Los orientales (y ya hemos dicho quienes lo eran) levantaron su brazo como un solo hombre contra los invasores portugueses. No quedó selva, hondonada, cuchilla, ni serranía en que no apareciese la cabeza, ó no se percibiese el trote de algún grupo de patriotas medio soldados, medio bandidos, pero bravamente resueltos todos á defender la entidad nacional, si se quiere, que formaban. Temeroso de los daños que podía causarle una decisión tan unánime de toda la campaña, el general Lecor incurrió en el error imperdonable de no meditar que su autoridad sobre el país invadido era reciente, intrusa y externa; y sin tener presente que en estos casos el pueblo que brega contra el extranjero no tiene ni tiempo ni medios de regimentarse ó de tomar uniforme en líneas regulares, incurrió en el atentado de promulgar un edicto brutal de muerte, no sólo contra los prisioneros que sin uniforme y sin número de cuer-

po cayesen en sus manos, sino contra las familias de los que así anduviesen en armas, «en las cuales, dijo, que tomaría severas represalias». A un general portugués menos que á nadie le correspondía promulgar tan abominable medida, pues debió haber recordado que cuando Massena la tomó en 1810 contra los portugueses, en el mismo sentido y con iguales razones, Wellington se lo reprochó como un acto que repugnaba á la moral y á la civilización, en aquella célebre nota que es la más sublime expresión de la justicia en esta materia. «Vuestra Excelencia también aprendió la noble carrera de las armas en que tanta gloria ha obtenido, al lado de patriotas que salían de sus chozas á defender el suelo de su patria contra los invasores extranjeros sin tener tiempo de vestir uniforme cuando caían muertos ó prisioneros al frente de sus enemigos».

El edicto de Lecor causó en Buenos Aires tan violenta explosión de horror, que el gobierno, profundamente chocado de que un general europeo que servía á una potencia civilizada tuviese la insolencia de adoptar iguales procederes á los de Artigas, tomó á su vez una de esas medidas que á falta de más nobles desquites sacian por un momento la grita apasionada de los pueblos, y sirven para sacar del riesgo inminente de que sean sacrificados aquellos que sin culpa propia tienen comunidad de origen ó de ideas con los autores de los hechos, y que habitan el país ofendido. Al edicto de Lecor respondió Pueyrredón con un bando mandando internar hasta la guardia fronteriza del Luján á todos los súbditos portugueses que por sus negocios ó por vecindad vivían en Buenos Aires.

Aquí tenemos, pues, que cuando el comisionado argentino de Río Janeiro esperaba por momentos la autorización para hacer su ventajoso tratado de alianza, se encuentra con uno de los conflictos más difíciles de componer que puedan caer sobre un diplomático comprometido ya en sentido contrario. Lo peor de todo era que el gobierno no se había dignado dar aviso siquiera á su comisionado de lo que había acaecido con instrucciones para señalarle como había de proceder: «Han venido pliegos de Montevideo en que el general Lecor consulta lo que hará en vista de los oficios de Vuestra Excelencia relativos al edicto de 15 de febrero. Con este motivo fuí invitado á conferenciar con un consejero íntimo de Su Majestad por estar muy indispuerto el primer ministro. *Yo no había recibido la menor noticia*, pero por los detalles que me dió el capitán de Su Majestad Británica míster Bowles que venía de Buenos Aires, pude instruirme lo bastante para expedirme con libertad sobre la naturaleza de los artículos del edicto del general Lecor, y sobre *la necesidad en que él había puesto al gobierno de usted de hacer una demostración enérgica*».

El comisionado abundó con este motivo sobre la necesidad de que no se pusiese así al gobierno argentino en compromisos directos con las facciones internas que lo acechaban; de que se le diese tiempo á fortificar su autoridad y reconcentrar sus medios de gobierno para caer con una mano fuerte sobre los facciosos que no le permitían desempeñarse en los negocios exteriores con el tino y con el criterio tranquilo que su misma gravedad requería. Sólo después que hubiese recobrado su liber-

tad de acción, se hacía posible que el Supremo Director pudiese hacer justicia á la buena fe del rey de Portugal, y venir á entenderse con su gabinete como estaba ya planteado. Como esto era demasiado racional y coherente con el estado político de Buenos Aires, para que no fuese comprendido y aceptado por el gobierno portugués, el comisionado consiguió superar el contratiempo con un éxito completo; y tuvo la satisfacción de poder escribir á su gobierno lo siguiente: «En cuanto al edicto del general Lecor, me protestó el consejero que Su Majestad no sólo reprobaba sus términos porque eran incompatibles con sus sentimientos, sino que deseaba manifestarlo así al gobierno de Buenos Aires y á todo el mundo, con tal que se hallase un modo que no ofendiese su decoro. Yo dije que no lo dudaba y que me parecía conveniente manifestarlo. Se me pidió entonces que indicase cómo podría hacerse ésto: prometí responder al día siguiente, y propuse: 1.º Que los individuos pertenecientes á cuerpos de tropa mandados por jefes independientes, que hiciesen la guerra regularmente serían tratados conforme el derecho de las naciones; 2.º Que los que se *amotinassen* después de haber reconocido la autoridad de Su Majestad Fidelísima y en territorios ocupados por sus armas serían puestos en seguridad y responderían de los daños que hubiesen inferido, *procediéndose en forma legal y por querella de parte legítima*; 3.º Que las familias y personas inermes, serían indistintamente protegidas y amparadas por las armas de Su Majestad Fidelísima cualquiera que fuese la conducta de sus autores, parientes ó relaciones. Consultado Su Ma-

jestad se me ha asegurado que todo fué de su aprobación, y que se le ha ordenado al general Lecor que siga esas reglas».

Este triunfo diplomático hace alto elogio de García. Para apreciarlo en todo su valor es menester considerar que la deportación en masa de los súbditos portugueses era una agresión gratuita, porque cualquiera que fuese la reprobación que mereciera el edicto inicuo del general portugués, el gobierno argentino no era protector legal de los orientales, ni tenía representación tuitiva de ninguna clase para favorecer ó amparar oficialmente á los soldados ó bandoleros que obraban á las órdenes de Artigas; tal medida como ésta tomada así al tiempo mismo en que se negociaba paz y alianza con el representante público del agresor, constituía, pues, uno de los casos más difíciles de allanar entre dos naciones. Pero no sólo eso fué lo que consiguió el comisionado argentino, sino que de un quebranto que pudo producir el total derrumbe de sus trabajos sacó la inmensa ventaja de que el gabinete portugués conviniese con él en que el modo mejor de cortar para siempre estos conflictos era tomar un camino franco, y reconocer la independencia de las *Provincias Unidas del Sur*: «Cuando el ministro se mejoró lo visité, y conversamos sobre el bando de Vuestra Excelencia del 2 de marzo. En otras circunstancias este incidente hubiera dificultado mucho lo pendiente. Pero afortunadamente el gobierno portugués lo ha considerado como una medida *producida* por la necesidad del momento; y según se lo entendí en el curso de la conversación me parece que podríamos obtener que fuese recono-

cida la Independencia como existente de hecho en una forma quizá más amplia que la adoptada primero por Luis XVI respecto de los Estados Unidos. Puede ser que esta condescendencia acelere un rompimiento con España, como sucedió entonces entre Francia é Inglaterra. Esta circunstancia ú otra que puede sobrevenir, apresuraría ciertamente el cumplimiento de nuestros deseos».

Después de haber tranquilizado al gobierno portugués el comisionado esperaba que sus protestas y promesas fuesen oficialmente corroboradas por su gobierno, en vista de los esfuerzos supremos que había hecho para llevar las cosas hasta el punto en que se hallaban. Se necesitaba en efecto un patriotismo de alto temple y un carácter persistente y nada común en la fijeza y solidez de sus ideas para mantenerse con esa decisión en el camino que había adoptado, á pesar de los obstáculos que á cada paso se lo cerraban.

Aun no estaba bien recompuesta la negociación casi desbaratada por el edicto de Lecor y por el bando de Pueyrredón, y que tan favorable aspecto había ofrecido después del violento *ultimátum* del conde de Casa Flores, cuando un nuevo y gravísimo disgusto volvía á poner las relaciones en un estado muy vidrioso, y con circunstancias de mal carácter. El corsario *San Martín* había apresado con bandera argentina, á inmediaciones de Río Janeiro, los buques *Carolina* y *Gran Pará* de bandera portuguesa. Los armadores de ese corsario se habían prestado á ese inicuo atentado obedeciendo á las malignas insinuaciones de los facciosos de la

capital empeñados en producir un rompimiento que acabase por hacerse intransigible. «Así que el encargado de negocios español tuvo noticia de este apresamiento ha puesto en acción todos los resortes para reconquistar el ánimo del rey y decidirlo contra nosotros. No ha omitido ninguna especie, por falsa y maliciosa que fuere; y los desafectos á nuestra causa han levantado grande ruido y redoblado sus ataques. El rey estaba verdaderamente contristado: sentía verse convencido de error en los principios que de tan buena fe ha adoptado. Me hizo decir sus quejas; y yo, sin instrucciones ni conocimiento de nada no tenía más armas para contrarrestar á mis adversarios que la negativa de que el hecho se hubiese perpetrado por corsarios de Buenos Aires poniendo por medio mi honra personal, y la de ese gobierno con la íntima seguridad de que hombres cuya moralidad y prudencia conozco, no habían autorizado semejante crimen, prometí que si el hecho era cierto, mi gobierno lo ignoraba y daría la más completa reparación».

En esta vez el comisionado tuvo la lisonjera satisfacción de que el proceder del gobierno argentino fuera el que debía esperarse de su moralidad y del buen nombre de los que lo desempeñaban. Muy pocos días habían pasado cuando el gobierno de Buenos Aires se dirigía oficialmente al de Río Janeiro, asegurándole que miraba el hecho como un atentado, y que bajo este concepto iba á proceder contra sus autores. Se anuló la patente del barco corsario, se inhabilitó al comandante para servir con bandera argentina, y se devolvieron las presas

reconociéndoles su derecho á las debidas indemnizaciones (23).

Aunque contrariado á cada instante, el comisariado argentino seguía empujando su misión á los vastos fines con que la había concebido desde sus primeras conferencias é intimidades con el conde da

(23) Con este motivo, García le escribía á Pueyrredón: «El rey, estaba verdaderamente contristado, y sentía ser convencido de error en los principios que de buena fe había adoptado. Me hizo decir sus quejas; y yo no tenía más armas para contrarrestar á mis adversarios, que la negativa de que fuese perpetrado el hecho por corsarios de Buenos Aires—y promesas de que el gobierno daría en tal caso satisfacciones completas.—Usted lo ha cumplido todo mejor de lo que yo acerté á ofrecer.—Nuestros enemigos han quedado confundidos, y hemos ganado un triunfo que puede tener excelentes resultados.—Mas, dejarnos llevar desidiaamente de estas halagüeñas esperanzas, será una necedad semejante á la de un piloto que fiase sólo al buen viento y á las corrientes, el cuidado de su derrotero. El rey es nuestro mejor amigo entre los portugueses: él adoptó los principios de su ministro el conde da Barca, y no los ha variado. Después de la muerte de aquel ministro, ellos viven en el ministerio del Brasil; pero, transplantados de su cabeza nativa, necesitan de más esmero y cultivo, para que no se marchiten.

»Di cuenta á usted de mi primera visita al ministro de Relaciones Exteriores. Después, no ha sido posible que hablémos despacio, porque es un hombre cadavérico. Deseo amplificar algunas especies de las que dejé caer en mi conferencia. Entre otras, la más urgente á nuestro intento, era *la de complicar los intereses comerciales de este país con los de ese, para despertar la codicia, agente muy poderoso en las amalgamaciones políticas*. Aunque yo no podía expedirme en este punto, sin saber el resultado de los artículos adicionales, y sin tener algunas instrucciones de usted, con todo, no me pareció arriesgar nada, preparando

Barca. Su ardoroso y persistente conato era siempre reproducir el caso de Franklin: provocar una guerra más ó menos general entre las potencias europeas, á cuya terminación las *Provincias Unidas del Sur* sacarán triunfante y gloriosa su independencia por los mismos medios con que los *Estados Unidos del Norte* habían sacado la suya en el siglo anterior.

Verdad es que tenía á su favor la circunstancia de que era tal la decisión con que el gabinete portugués había enderezado su política en este sentido, que llegaba hasta el extremo de poner á un lado las reglas inconcusas del derecho de gentes para darle pruebas al gobierno argentino de amistad, y más que de amistad de verdadera parcialidad, como se va á ver. Al tiempo en que el corsario *San Martín* apresaba los dos buques de pabellón portugués que antes dijimos, otro corsario argentino entraba en el puerto de Montevideo trayendo apresada la polacra «Augusta» de la bandera española. El ministro español que creía que el gobierno portugués estaría en malas relaciones con el de Buenos Aires, y que tenía un derecho incuestionable de que no se diese abrigo á un acto de corso en puerto neutral, reclamó la entrega de la presa, pero sufrió el desaire de que se le negase esa justicia con razones que por sí

de lejos los ánimos, con perspectivas agradables de nuestras provincias y de Chile. Y como se sabe muy poco aquí de la capacidad de esos países, contaba siempre con los efectos de la sorpresa y de la admiración. Parece que mis insinuaciones han hecho efecto, y tengo alguna probabilidad de que se trate de ellas con calor. Veremos lo que esto da de sí, ó si se hielan en ciernes las esperanzas.»

solas constituyan mayor ofensa, y que probaban la verdad con que García aseguraba que «el gabinete de Río Janeiro estaba en la mejor disposición de celebrar una alianza formal con las provincias del Río de la Plata» (24).

Cuando todo esto ocurría á este lado del Atlántico, las cuestiones promovidas por la revolución y la independencia del Río de la Plata, envueltas con las del rey de Portugal y Fernando VII, entraban á figurar en la vasta y solemne plataforma de la diplomacia europea; y con ese motivo nuestro agente de Río Janeiro le escribía al Supremo Director: «El hecho solo de que este déspota soberbio haya ocurrido á pedir la intervención de los otros poderes en los asuntos de América, después de haber rechazado hasta las insinuaciones más benévolas y comedidas, prueba cuánto le impone el sistema que ve ya adoptado por el gabinete portugués respecto de las provincias unidas».

(24) «A las razones que tengo para asegurarlo positivamente, puedo añadir un hecho reciente que las confirma. El señor ministro de España, creyendo esta ocasión oportuna, solicitó la entrega de una polacra española apresada por los corsarios de las Provincias Unidas, y llevada al puerto de Montevideo. La contestación del ministerio ha sido que *existía entre el gobierno de las Provincias Unidas, y S. M. F., un Armisticio igual á una verdadera paz, y que teniendo S. M. grande interés en conservarla*, no podía acceder a la solicitud del señor ministro de S. M. C. Ruego, pues, á V. E., quiera tomar en consideración este grave negocio, y hacerlo presente, si así fuese necesario, al soberano Congreso de las Provincias Unidas, teniendo por cierto é indudable, que es del primer interés una pronta resolución sobre los Art. Adic.»

En efecto, ofendido y desengañado también al ver las lentitudes y ambigüedades de la política inglesa, Fernando VII le pidió la mano al poderoso emperador de Rusia para que lo apoyara en el Congreso de las Potencias (25).

Como era consiguiente, el Congreso europeo prestó una seria atención á los reclamos de Fernando VII contra el rey de Portugal. No sólo por el riesgo de que la guerra entre ambos viniese á perturbar la uniformidad de las potencias representadas en ese Congreso, de Inglaterra quizá, sino porque la recomendación y amparo que Rusia daba á esos reclamos era demasiado respetable, para que los plenipotenciarios pudieran prescindir de tomarlos en consideración. Aunque la corte de Río Janeiro estaba decidida á mantenerse en la ocupación militar de la Banda Oriental, el conflicto tomaba un carácter demasiado grave para mirarlo sin cuidado; y mucho más si alguna de las grandes po-

(25) «España ha entablado relaciones estrechísimas con Rusia. Se tiene como muy cierto que *hay Tratados en telar*, y que él rey Fernando ofrece á *Menorca* punto interesantísimo para la marina militar y comerciante de ese imperio. He tomado algunas medidas desde acá, cargando sobre mí solo la responsabilidad de ellas, y de tal manera que no se comprometa ni atraviese otro cualquier plan... Me ha parecido conveniente adelantar algunas ideas al gabinete de San Petersburgo, que harán ver nuestras cosas por diverso sentido que el de España é Inglaterra. Estoy trabajando una Memoria, que irá por el próximo paquete, solamente como un pensamiento mío. Llegará ciertamente á manos del emperador y por persona que influye mucho sobre él. Valga esta oficiosidad por lo que valiere, la aviso á usted (al director) y si tengo ocasión segura enviaré una copia.»

tencias tomaba cartas como parecía probable. Esta natural aprensión vino á ser más alarmante cuando se recibió la nota conjunta de las potencias por la que constituyéndose en tribunal arbitral, emplazaban á Portugal á que les sometiera el caso y las razones de su disidencia con España de acuerdo con los tratados vigentes. Producida, pues, una situación como esta, cuyos riesgos no era fácil prever, Portugal prescindió de agravios más ó menos disculpables; y todo lo pospuso á la ventaja de consolidar con el gobierno argentino una cordial inteligencia que en caso de peligro común fuese la base de la alianza que venía acentuándose como una necesidad para ambos. El gobierno argentino, por otra parte se había consolidado: inspiraba mayor confianza y por consiguiente el gabinete portugués tenía un interés más vivo de concertarse con él. Nuestro *ejército de los Andes* había triunfado en Chile restableciendo la comunidad política de ambas repúblicas; y aunque con eso nuestro poder militar se había debilitado intrínsecamente más bien que fortificado, pues carecíamos de ese ejército, de cuyo precioso personal y armamento no habíamos de volver á ver un solo soldado ni un solo cañón, los de afuera no lo sabían ni podían sospecharlo siquiera, con excepción de García que por lo mismo se empeñaba más que nunca en suplir esa debilidad con la alianza portuguesa, y de Tagle, cuya mirada penetrante alcanzaba bien la dura verdad de que el gobierno nacional había quedado completamente desarmado al frente de la anarquía interior ó de las invasiones españolas que pudieran aparecer por el Río.

Pero á la distancia no se veía sino las victorias de San Martín y los triunfos de Güemes, que despejando los temores al lado del Norte, aseguraban de hecho nuestra independencia, al mismo tiempo que con sus efectos morales habían dado autoridad al gobierno para reprimir con energía las tentativas de los facciosos quitándoles el incentivo y los motivos para reproducir alarmas populares (26).

De modo que si antes, cuando la suerte de las provincias argentinas parecía desesperada, Portugal había creído que una alianza con ellas le ofrecía buenas ventajas en la doble faz de expulsar á Artigas, y de «cerrar de *firme* á España la boca del Río de la Plata», como decía García, hoy que los monarcas absolutos amenazaban abrazar los intereses de Fernando VII, y que el gobierno de Buenos Aires presentaba una entidad más sana y rehecha, era natural y legítimo que el gobierno portugués exigiese las seguridades que en estos casos se dan las naciones, en vista de las contingencias que pudiera producirle su entredicho y sus controversias con España.

Es bien sabido que en aquellos momentos en

(26) «Las *Gacetas* y las cartas particulares me han dado bastante luz para conocer el estado de la opinión y de las pasiones de esta ciudad, y por ellas he venido en conocimiento de la destreza y sagacidad que usted ha necesitado para librar al país de un compromiso fatal. Lo felicito á usted. Se habla aquí de la reelección de usted por tres años más; yo me alegraré mucho, porque esto probaría que ahí se comienza á sentir que el principio de la vida social está en la unidad y firmeza de las autoridades... Creo que usted tendrá bastante entereza para asegurar el crédito nacional á despecho de sus enemigos.»

que tantos y tan contrarios intereses se debatían entre monarcas de origen bueno y de origen bastardo, legítimos unos y advenedizos otros, pretendientes aquéllos y destronados éstos, ávidos todos por tronos y por ducados, la corte de Río Janeiro tenía entre todos ellos un cuerpo diplomático hábil y respetable que seguía todos los incidentes de ese drama, muy principalmente en aquello que afectaba intereses del Río de la Plata; y como García se había captado la íntima confianza del rey y de los ministros, se hallaba informado en lo más íntimo de esos secretos y tenía la mano en todo cuanto el gabinete portugués resolvía y hacía en el sentido de su política y de los intereses comunes americanos. Preocupado de una situación en que el mundo entero, pueblos y reyes, dogmas, doctrinas, escuelas y partidos, en suma, tres siglos de movimiento y de controversia, habían venido á refundirse en el actual combate de los gigantescos intereses del pasado con los estremecimientos volcánicos del porvenir, reacción por un lado, revolución por el otro, furia y violencia por ambos, García temía que de un momento á otro se produjera alguna complicación contraria á los intereses y libertades argentinas. «El tiempo, decía, se adelanta con nuevos sucesos que hacen entrever otro orden de cosas que pudiera sernos fatal si equivocamos los principios de nuestra conducta. España ha mudado los suyos, y busca ahora, entre las potencias europeas, amigos y cooperadores, para subyugar á América; y resuelta, como parece estar, á sacrificar la integridad de sus antiguas colonias, por la conservación de una parte de ellas, tiene dado un gran paso para

la consecución de su fin. Es indudable que Rusia mantiene relaciones muy estrechas con Su Majestad Católica. Por muchos conductos se sabe que está concluído, ó á punto de concluirse, un tratado entre las cortes de San Petersburgo y de Madrid, en el cual se asegura que España cede las Californias y Menorca, á trueque de un contingente de tropas conducido á América, á costa de Rusia. Todos sabemos que ésta aspira á ser una grande potencia marítima y comercial. Nadie ignora lo importante que le es una escala en el Mediterráneo, y cuánto puede valerle la California, por su situación, mucho más, después de descubierto el paso al mar de Tartaria» (27).

(27) «La conducta pública del emperador Alejandro confirma todo esto de un modo particular, agregaba. El espíritu continental, que dió cuna á la Santa Alianza, y que ha formado un tribunal *pluscuam* soberano, para decidir de los destinos del mundo, facilita mucho las resoluciones generales, y hace de suma importancia tener partidarios entre sus miembros. Inglaterra hizo decretar en el Congreso de Viena, la abolición del tráfico de negros: y aunque la filosofía se aplaude de este precioso triunfo, no deja por eso de envolver un principio, que puede ser destructivo de la independencia de las naciones.

»Las mismas potencias, unas por interés, y otras por desocupación, tienen vueltos los ojos hacia América. La pacificación del Nuevo Mundo, puede también excitar la ambición de los pacificadores del viejo; y si no oyen más que á España, no será ciertamente muy satisfactorio para América su resultado. Un artículo de Madrid, de la Gaceta de 22 de julio, me ha dado alguna confirmación de estas ideas. Dice en suma: No está lejos el tiempo en que todas las naciones de Europa se convenzan de que, en la destrucción del realismo en América, no es sola España la que pierde, sino todas ellas. Porque si América juntase

Dando cuenta de estos importantísimos sucesos, García le decía al Supremo Director: «Como deducirá Vuestra Excelencia de la actitud que toman las potencias, y de la Nota del conde de Casa Flo-

la independencia á sus ventajas naturales, la población, la industria y las ciencias, desertarían de Europa en busca de un suelo más favorecido, y entonces esta parte del mundo, hasta ahora la primera de las demás, quedaría sujeta á una humillante dependencia.» En fin, no sólo son conjeturas; se trata seriamente sobre nuestro destino, y si no miramos por nosotros, no será extraño que aparezca una cruzada por el Occidente, igual en justicia á la que se hizo por el Oriente.

»Aunque la preponderancia de Rusia no sea del interés de Inglaterra, todos saben sus ideas respecto de la independencia de América. Y parece probable que ella las desplegaría eficazmente, en el momento que la docilidad de España y nuestras continuadas aberraciones, presentasen motivos de honra, utilidad y conveniencia, con que cubrir su marcha política, á los ojos de la popularidad. También parece cierto que España ha concluído sus diferencias con los Estados Unidos, y que les cede sus derechos á las Floridas, porque impidan eficazmente la prestación de socorros á las provincias españolas independientes.

»Muchas veces he dicho francamente mi opinión sobre la importancia de conservar la adhesión amistosa del Brasil, *durante la cuestión de nuestra independencia*. Este gabinete, ha venido ya al caso de un compromiso: tiene intereses europeos y americanos: tiene amigos poderosos en la Dieta Europea: está entre España y sus antiguas colonias: puede inclinarse á uno ú otro lado; lo está de hecho en nuestro favor; pero si le rechazamos sin miramiento, ya se ve el partido que podrá quedarle.

»Entretanto, puedo asegurar que el actual ministro de Relaciones Exteriores, me trata con singular distinción; que sus ideas son luminosas, y generosos sus sentimientos, de modo que puedo decir con toda verdad, que nunca he tenido tantos motivos de esperar la consolidación de nues-

res, es urgentísimo y de un interés supremo que se tome una resolución definitiva sobre el proyecto de los *artículos adicionales*. El señor Bezerra me ha hecho presente en los términos más expresivos que esto es de absoluta é indispensable necesidad; pues Su Majestad Fidelísima desea que se establezcan finalmente las bases de la conducta respectiva de ambos estados *para expedirse sin recelos con las potencias de Europa, y determinar con precisión lo que ha de hacerse, tanto en las circunstancias presentes como en las que haga probable el curso de*

tras relaciones amistosas, utilísima á ambos países, y que, una vez fijadas las bases de nuestra recíproca conducta, tendrán las provincias pruebas sucesivas de una amistad fundada en intereses naturales.

»Después de haber hecho cuanto es posible para alimentar el espíritu de confianza y buena inteligencia, y de haber traído la decisión contra todas las apariencias, á manos del gobierno de esas provincias, *mis medios se han agotado y no puedo pasar adelante*. Usted resolverá, y al decidir tan grave negocio, tendrá presente entre otras cosas, que en la lucha de Europa con América, está por aquélla la ventaja de la disciplina y la unidad de la acción; por ésta la extensión del territorio y las distancias, las cuales, multiplicando al infinito los puntos de ataque, hacen imposible la unidad, y atenúan las ventajas de la disciplina. Por consiguiente, cuanto mayor sea el espacio que ocupe la causa de América en su continente, tanto más ineficaces serán los esfuerzos de Europa y tanto más difícil su triunfo.

»Esta verdad es tan conocida que la adopción de un sistema fundado en semejantes principios basta quizá á desvanecer los proyectos de ataque.

»Sea de esto lo que fuere, es importantísimo que usted se sirva contestarme, con toda la brevedad que esté en su mano.»

los negocios». Estas indicaciones tenían, como es fácil que cualquiera lo vea, un alcance de la mayor importancia; iban nada menos que á puntualizar la conveniencia de hacer desde luego un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva que asegurara á Portugal una base de resistencia, no sólo en las cuestiones ya promovidas, sino en otra cualquiera en que, por un accidente imprevisto viniesen á controvertirse intereses de una ú otra nación. Por consiguiente, el reconocimiento de nuestra independencia y la cooperación del gobierno portugués á defenderla, diplomáticamente al menos, era una estipulación subentendida y evidente en ese convenio de seguridades mutuas con que aspiraban á ligarse los dos gobiernos. Si el señor Bezerra tenía ese interés tan vivo como legítimo en concertar cuanto antes el tratado, igual si no mayor debía tenerlo el comisionado argentino por afirmar la causa de su patria en un terreno en que ya no pudiera vacilar, y en el que quedaran asegurados también los principios y los fines de la Revolución de 1810. Bajo el concepto de ambos negociadores había, pues, grande urgencia en que el gobierno argentino se expidiese á la mayor brevedad sobre el proyecto de *artículos adicionales al convenio de 26 de mayo de 1812* que se le había sometido, y cuya demora en manos del Supremo Director era inexplicable. No teniendo García cómo hacer llegar á manos del Supremo Director las justas indicaciones del ministro portugués, el rey mandó que se le aprontase un buque de guerra al efecto.

La nota que el comisionado argentino dirigió á su gobierno con este motivo, es de tal importancia, que merece ser presentada con alguna extensión:

«La resolución en que está el gabinete del Brasil de persistir en sus principios pacíficos respecto de las provincias unidas del Río de la Plata, envuelve compromisos con la corte de España, y la prudencia exige evitar los peligros de una falsa posición, por medio de un precedente arreglo de las bases sobre que debe fundarse la conducta de Su Majestad Fidelísima y la de las Provincias Unidas, fijándolas de modo *que ambas partes queden perfectamente aseguradas entre sí, y libres de todo recelo para lo futuro.* Como las exigencias del gabinete de Madrid son urgentes, es preciso no perder momento, y que Su Majestad Fidelísima sepa luego, con la claridad y brevedad posible, la resolución final del gobierno de las Provincias Unidas. Esta debe caer sobre las circunstancias presentes y sobre las eventuales. En cuanto á las primeras, se considera como fundamento la realización del proyecto de los artículos adicionales y secretos al armisticio de 1812, formados en el mes de abril del presente año y pendientes hasta ahora. Se considera también como esencialmente necesario á la seguridad del reino del Brasil, la desaparición completa y absoluta del poder del jefe Artigas, en la Banda Septentrional del Paraná. Por consiguiente, Su Majestad Fidelísima quiere no sean embarazadas las operaciones de sus tropas dirigidas á ese efecto. *Sin embargo de lo que se deduce del tenor del Proyecto de los Artículos Adicionales, ya mencionados, y de las protestas hechas solemnemente al gobierno de las Provincias Unidas, para evitar toda sombra de desconfianza, y motivo aún el más leve, de siniestras interpretaciones, no duda Su Ma-*

jestad Fidelísima declarar nuevamente, que la ocupación hecha, y la que en adelante pueda hacerse de puntos militares, ó territorios en la Banda Septentrional del Paraná, en persecución del jefe Artigas no tiene otro objeto que su propia seguridad y conservación: y que no pretende deducir de semejantes actos derecho de dominio, perpetua posesión, ni mucho menos de conquista, sino que cesando aquel motivo procederá por una transacción amigable con la autoridad existente, á tratar los términos de la desocupación, y á hacer las convenciones que sean mutuamente útiles y necesarias á la futura permanente tranquilidad de ambos Estados vecinos (28).

»Resuelto como está Su Majestad Fidelísima á

(28) Como el gobierno brasileño convirtió después en *conquista y anexión* el mencionado territorio, se ha querido hacer argumento, si no de candidez, de perfidia y engaño contra el comisionado argeptino. Pero los que hacen este argumento no recuerdan ó ignoran, que el Brasil no negó jamás que la ocupación de 1816 hubiera sido *interina* en su origen, sino que eso había quedado *anulado y reformado* por la anexión, en virtud del *voto popular y oficial de los orientales mismos*, que por medio de una Comisión pública habían ido á declarar ante el gobierno brasileño (después de libertados de Artigas) que no querían ni debían volver á anexionarse jamás á las provincias argentinas, ni tenían como fundar y conservar su independencia, y que por lo tanto *era su voluntad y libre albedrío* constituirse en provincia unida al Brasil. Fundado en esto, y en los actos de 1814 que habían declarado á la Banda Oriental independiente y separada de las provincias argentinas, dedujo el Brasil en 1823, que el gobierno de Buenos Aires no tenía papel entre él y sus súbditos orientales.

conservarse neutral durante la guerra presente de las Provincias Unidas, Su Majestad Fidelísima procederá respecto á ambas potencias beligerantes, exactamente conforme á las leyes establecidas por el derecho de gentes. Así mismo, y en consecuencia del artículo 7.º de los Adicionales al Armisticio de 1812, declara Su Majestad Católica que, durante la ocupación de cualquier punto ó territorio de la Banda Septentrional del Paraná, no consentirá que las tropas de Su Majestad Católica se apoderen de ellos, ni se prevalgan de la ocupación dicha, para proceder á inquietar directa ni indirectamente, ni dañar en modo alguno á los súbditos del gobierno de las Provincias Unidas, sus posesiones ó propiedades. Declárase también, que las convenciones de los Artículos Adicionales, y sus consecuentes explicaciones, producirán el mismo efecto, y las mismas recíprocas obligaciones, que un tratado solemne de paz.

»Aunque esta conducta de Su Majestad Fidelísima sea justa y legal, es opuesta á las exigencias actuales de Su Majestad Católica, lo cual pudiera traer *un rompimiento* entre ambos soberanos. En consecuencia, el gabinete del Brasil accedería sin dificultad á una *alianza defensiva eventual, que sería publicada juntamente con el reconocimiento solemne de la independencia de las Provincias Unidas en el momento en que ese rompimiento tenga lugar.*»

Por una parte el Supremo Director vacilaba entre aceptar la dirección que García había dado á la misión de Río Janeiro, por otra, temía suspenderla y romper con el gobierno portugués. No se le ocul-

taba que lo primero era incoherente con el estado moral del país y contrario á las ideas que predominaban en él; pero comenzaba también á ver que va no podía contar con el ejército de los Andes para apoyar su autoridad en uno ó en otro caso; y que si estaba impotente contra la insurrección de las masas litorales, cuya vanguardia mostraba su cabeza con impunidad en Santafé y en Córdoba dominando á retaguardia Entreríos y Corrientes, ningún resultado práctico podía esperar tampoco poniéndose en lucha contra un gobierno limítrofe bien provisto de fuerzas terrestres y marítimas, que era por lo mismo una potencia respetable en la situación, que podía cambiar de frente para pactar con España ó con las potencias europeas ventajas más ó menos extensas, dado caso de que por este lado se hiciese causa común y nacional con la vandálica bandera de Artigas.

Algo de muy serio trataban entre tanto las potencias europeas sobre estos mismos asuntos. Protegiendo á España, el zar introdujo sus reclamaciones contra Portugal en el Congreso; y promovió la idea de que se le diese cooperación con tropas y buques para restablecer su dominación colonial. Francia se mostró inclinada á tomar parte en esos auxilios, pero indicó la necesidad de que se le señalase también una compensación en las regiones de la América del Sur. Sobre el primer punto, las potencias creyeron que no era propio proceder militarmente desde luego contra el rey de Portugal y decidieron pasar una nota conjunta para que acordara con justicia á España, ó sometiera el litigio al Congreso. Sobre lo segundo, encontraron tales

reservas y objeciones de parte de Inglaterra, sin cuyo asenso nada se podía emprender en el mar, que se pudo ya ver bien claro, que si ella dejaba andar las cosas mientras no hubiese sino proyectos, había de pronunciarse con firmeza y producirse también alguna cuestión de gabinete capaz de desorganizar la mayoría ministerial, el día en que de los proyectos se quisiese pasar á los hechos; porque ya se repetía que esa situación ambigua y prudente en que se mantenía el gabinete británico nacía de que míster Canning patrocinaba la antigua política comercial de William Pitt, enteramente favorable á la independendencia de las repúblicas sudamericanas, en contradicción con lord Wellington y lord Castlereagh, que hubieran querido dar su apoyo á España para someterlas.

García tenía siempre su vista sobre todos estos intereses; y sin cansarse ni ofenderse por el abandono en que se le dejaba, enviaba á su gobierno á cada instante preciosas indicaciones sobre los medios liberales y económicos de que debía echar mano para captarse la simpatía y el interés de las naciones comerciales y civilizadas (29).

(29) De Rusia, se dice que ha obtenido realmente la cesión de Menorca, á trueque de navíos de línea, y que pretende algún punto en el mar del Sud. Los intereses menos combinables hoy, son los de Portugal. Pero, hasta ahora conserva una posición neutral, y es preciso trabajar con empeño y sagacidad, para ganar mucho terreno, antes que una de las muchísimas casualidades que trae consigo el tiempo, llegue á mudar el semblante de las cosas el día menos pensado. Así, me parece que el arreglo de nuestro sistema de impuestos, y los tratados de comercio con

Uno de los historiadores españoles mejor informados en el origen de las cosas de su país, y más serio en su relato, nos dice hablando de esto mismo: «Entre los sucesos de este año fué muy grave la toma por los portugueses de la plaza de Montevideo, como en prenda de los territorios de Olivenza que continuaban en posesión de España. Al anunciar este hecho la *Gaceta Oficial* de Madrid decía que el sistema federativo establecido para mantener la paz de Europa, las sabias y políticas medidas de Su Majestad, y los nobles sentimientos del rey fidelísimo de Portugal darían á este negocio un término favorable. Sin embargo, no sucedió así. Las potencias aliadas de Austria, Rusia, Inglaterra, Francia y Prusia, á quienes España acudió en queja, publicaron una declaración, en la cual, elogiando el comportamiento del gabinete de Madrid, que antes de repeler la fuerza con la fuerza

esta nación vecina, y con otras, si es posible, vienen á ser una parte principal en nuestra defensa contra España.

»Muchas veces he querido hablar á usted sobre el nuevo arancel de nuestra Aduana, pero me ha detenido siempre esta reflexión: no es posible que hayan mudado los principios de economía que manifestó en el año de 1812; luego es de presumir que una fuerza insuperable lo precise á adoptar ideas que, aunque dañosísimas en sí, sean convenientes por el momento. Deseo mucho que pase este momento, y que usted pueda proceder según sus propios conocimientos en la materia. Así lograremos sin duda una popularidad interesada en este reino, la cual siempre influye en el caso de una decisión importante del ministerio. Sobre todo, asegurados bien del corazón del rey podemos contar con la cooperación del ministerio. He pintado á usted su carácter y sus sentimientos; nada, pues, añadiré, que usted no haya penetrado.»

empleaba el método de la negociación, manifestaban su sorpresa y sentimiento por la invasión verificada, y, firmemente resueltas á proteger la paz de Europa, exhortaban al portugués á desvanecer *las fundadas alarmas que su conducta había inspirado* y á satisfacer las justas reclamaciones de España al mismo tiempo que los principios de justicia que dirigían á las potencias mediadoras, *amenazándole con tomar justa satisfacción de aquel agravio* (30).

Ante estas amenazas que á lo lejos se presentaban con un aspecto sumamente serio, el rey de Portugal ínstaba al gobierno argentino por la formalización de un tratado de alianza tan necesario para la una como para la otra nación; y al mismo tiempo se servía del talento del comisionado argentino en la redacción de una respuesta victoriosa al ultimátum ó nota conjunta de las potencias, demostrándoles con firme razonamiento, que entre Portugal y España se trataba de un negocio especialísimo, ajeno á los tratados y asuntos de la competencia del Congreso europeo, en el cual las potencias nada tenían que ver. Era verdad, decía, que el entredicho partía de la insólita pretensión de Fernando VII á mantener como vigente el tratado de Badajoz con las usurpaciones del territorio portugués impuestas allí por Bonaparte, cuando precisamente la reunión de ese Congreso general había tenido por causa anular todas esas demasías y reintegrar á los gobiernos de lo que se les había arre-

(30) *Hist. Gen. de España*, por Víctor Gebhardt, volumen VI, pág. 674.

batado por la fuerza. Desde este punto de vista, era España y no Portugal quien en todo caso debería ser reo ante el Congreso; pues él tenía el deber de someter á su rey á lo que era de derecho preciso en el nuevo estado de las cosas. Pero no era de esto de lo que se trataba ahora: Portugal no había interpelado todavía á España por esa devolución ni había sometido su derecho al arbitraje de las potencias. De lo que se trataba ahora era de la ocupación de la Banda Oriental, y de saber cómo y por qué la habían ocupado las tropas portuguesas. España había sido vencida allí y expulsada de Montevideo por las tropas argentinas. Después de eso, nada había hecho por recuperar esa parte de sus colonias. De manera que todo ese territorio había quedado abandonado á sí mismo, enteramente barbarizado y en tal desorden, que más bien que provincia ó entidad social de un género cualquiera era un conjunto de bandoleros en anarquía, sin freno ni regla conocida, que hacían la guerra á todos sus vecinos, á Portugal especialmente, acometiendo, matando, robando y constituyendo en suma un peligrosísimo contagio al lado de las provincias portuguesas, cuyas vastas campañas, población numerosa y semibárbara también, no poco expuestas estaban á que prendiese en su seno la fermentación anárquica de sus vecinos. Así pues, á las causas originarias del entredicho se habían acumulado estas otras, no menos graves, que habían obligado á Su Majestad Fidelísima á ponerse de acuerdo con el gobierno culto y regular de las Provincias Unidas del Río de la Plata para ocupar y pacificar la Banda Oriental. Esto había ocasionado gastos

enormes, convenios *bonafide* y obligatorios, y otras complicaciones que el rey de Portugal estaba muy dispuesto á debatir y arreglar con el de España; porque eran asuntos peculiares de ambos, ajenos al estatuto del Congreso de las potencias, y que por consiguiente no entraban en el orden de aquellos en que él arbitraba resoluciones de un carácter litigioso puramente europeo.

Fué tan completo el buen efecto de esta nota que la misma corte de Río Janeiro se sorprendió de que hubiese bastado á contener el fervor con que los plenipotenciarios del Congreso habían aceptado los reclamos de Fernando VII: «Sus embajadores en Londres y en París (escribe García) le dicen al rey que después que llegó la nota de abril (la indicada antes) del Ministerio portugués explicando los motivos é intenciones de este gobierno en la ocupación de Montevideo, Inglaterra ha desistido enteramente de su empeño; y que las demás grandes potencias quisieran no ver suscrita por sus ministros la nota de París; y que sólo por haberse ya comprometido en ella esperaban una respuesta cualquiera de Portugal, para darse por separadas de la cuestión y dejar á España que se arregle en ella como mejor pueda. Todo esto tiene, especialmente ahora, más relación de lo que parece con nuestros intereses. Sospecho que se trabaja de nuevo, y muy hábilmente para arrancar de aquí el trono de Portugal. No quiero echarla de malicioso, y suspendo explicarme hasta ver más claro. No nos descuidemos» (31).

(31) Y en efecto así era: «Durante el calor de la contienda que se ha levantado aquí sobre la traslación de

Pero este sorprendente resultado había dependido muy principalmente de la rara situación que el gabinete británico tenía en aquel momento. Los miembros principales de la mayoría gubernativa y parlamentaria se hallaban en tal divergencia respecto á los asuntos de España y de sus colonias, que no podían tomar una actitud manifiesta en uno ó en otro sentido sin precipitar la disolución de esa mayoría y abandonar el poder. Wellington, Castlereagh y el rey, se inclinaban á mancomunarse con los monarcas absolutos en nombre de lo que ellos llamaban los *principios conservadores del orden público europeo*. Pero Canning, Wilberforce y la sección de los que profesaban ideas más modernas y más inglesas rehusaban categóricamente ponerse á remolque de gobiernos despóticos, empeñados en imponerse á los pueblos y en mantener por la fuerza principios ya caducos, en cuyo triunfo iba fatalmente vinculada la restauración de todos los mo-

la silla del gobierno portugués á Europa, se 'me había insinuado repetidas veces que *el rey deseaba conocer mi opinión*. Sugiriendo siempre consejos y pareceres convenientes, yo había cuidado mucho de no tomar parte en el asunto, sin embargo de estar tan ligado con los intereses generales de nuestro país. Al fin recibí un billete en el cual se me pedía que diese mi parecer sobre estos dos puntos:— 1.º Por qué razones podía ser preferible la residencia de la corte en el Brasil:—2.º Qué medios serían los más apropiados para conservar la unión de los dos reinos. Yo me expliqué con libertad y sencillez, preocupado siempre de nuestros intereses y de no ofender la extrema susceptibilidad del partido de oposición, que cuenta con gentes de primer orden. Parece que he sido feliz y creo haber hecho un trabajo útil.»

nopolios contrarios al desarrollo del comercio marítimo y de la riqueza general de las naciones nuevas, en que Inglaterra estaba vitalmente interesada. Embarazado, pues, en sus decisiones, el Ministerio inglés *vivoteaba* tratando de doblar las dificultades de esa situación y de sostener ante todo su influjo exterior. Para salvar su aparente cohesión y mantener compacta su mayoría parlamentaria, que bastante expuesta estaba á desgranarse entre Castle-reagh y Canning, había tratado de convencer á España de que le convenía zanjar la reyerta sangrienta que sostenía contra sus antiguas colonias, acordándoles una reforma liberal del régimen vetusto y absurdo que las había obligado á ponerse en armas. Pero no lo había conseguido; y como después de eso, hubiera venido el conflicto de España y Portugal á poner en mayor peligro la adherencia interna de sus miembros, al mismo tiempo que las otras potencias se manifestaban inclinadas á intervenir, el gabinete inglés se propuso hacer que eso se transigiese, devolviendo España las plazas de Olivenza y Jurumenha, á fin de que, desocupada la Banda Oriental por los portugueses, le quedase libre su acceso al Río de la Plata, con todas las responsabilidades y contingencias de la guerra, sobrado pesada y ruinosa, que sostenía contra los patriotas independientes. De aquí, los esfuerzos que hacía por sacar de Río Janeiro al rey don Juan, y la resistencia de este honorable monarca á mantener con firmeza su independencia política y personal en una posición en que nadie podía arrebatarla.

Era digno de notarse también que mientras Inglaterra no pudiera dar á su política un carácter

más positivo, las otras potencias tampoco podían hacer nada real en favor de España, por muy amigables y explícitas que fuesen las manifestaciones con que la lisonjearan. Porque todo cuanto en ese sentido pudieran emprender, habría tenido que efectuarse por el mar y causar, por consiguiente, no sólo el desplazamiento de la mayoría gubernativa, sino sin duda ninguna, la disolución del parlamento; es decir, lo que el gabinete inglés y los monarcas europeos trataban de evitar á toda costa.

Coartada, pues, la diplomacia de las potencias europeas en los negocios hispano-americanos, España se veía condenada á permanecer indefinidamente aislada entre el gobierno enemigo del Río de la Plata y la política, divergente al menos, del gobierno portugués. España había perdido el tiempo: si hubiera tenido habilidad y amplitud de genio político habría tenido modo de negociar una alianza con Portugal dividiendo las dos riberas del Río de la Plata. Inglaterra hubiera batido palmas con esa solución. De eso era de lo que García había temblado al principio de su misión. Pero el rey de España, siempre torpe, habiendo perdido la ocasión, veíase ahora reducido á la impotencia por su propia terquedad; el honor portugués estaba ya comprometido de este lado del Atlántico y el rey de Portugal era demasiado hombre de bien para pesar sus intereses echando en la balanza una felonía.

Entre tanto, los recursos de España se agotaban día por día, y dado el carácter que iban tomando los sucesos, la guerra de la Independencia podría ser larga, sangrienta, llena de vaivenes; pero no

había duda, estaba destinada á terminar por la postulación de España, y por la emancipación completa de las libertades y franquicias comerciales en los puertos americanos; que, al fin y al cabo, era lo que á Inglaterra le importaba, aunque esas regiones quedasen más ó menos barbarizadas por el desorden y las matanzas de una larga guerra.

Empeñado nuestro comisionado en sacar partido de tan honroso influjo como el que se había captado en el seno del gobierno de Río Janeiro, instaba y aún suplicaba que el de Buenos Aires le despachase el Proyecto de los Artículos Adicionales al convenio de mayo de 1812, para formalizar y anudar las obligaciones respectivas.

Pero, desde que había comenzado á decaer el tono altivo de las potencias europeas, el gobierno portugués se había vuelto también menos exigente por la celebración de ese acuerdo, ó alianza, con el de las Provincias Unidas. Indiferente ahora al retardo y á la poca animación que el gobierno de Buenos Aires había mostrado por formalizarlo, el de Río Janeiro comenzó también á dejar en calma el asunto, aunque sin romper con los antecedentes que traía la negociación, ni con la amistosa simpatía que se le seguía prestando al comisionado. Este preveía, sin embargo, cada día con más evidencia, que las potencias europeas acabarían por conseguir que España y Portugal transigieran en su contienda, y que la corte se trasladara definitivamente á Lisboa. Bajo el influjo de estos presentimientos, y sin el don de adivinar las contingencias del futuro, que nó es de facultades humanas, y mucho menos de diplomáticos hábiles y prácticos que deben mar-

char sobre los hechos públicos ó tendencias latentes, el comisionado temía con razón que su país volviese á quedar abandonado á los azares de la anarquía y de la formidable invasión que España preparaba con extraordinario y supremo esfuerzo, auxiliada insidiosamente por Rusia, y casi sin duda por Francia y otros gobiernos de la Santa Alianza, como lo vamos á ver. ¿Podía él contar con que el temible armamento de los generales La Bisbal y Calderón se había de sublevar en Cádiz y no había de caer sobre Buenos Aires en pleno año 1820, cuando en peores condiciones para España, acababa de ver la expedición de Morillo caer sobre Venezuela con la violencia de un huracán y llevárselo todo á sangre y fuego desde Caracas á Bogotá?

Pero, como hemos dicho, la situación política de Portugal iba cambiando radicalmente, con respecto á las potencias de la Santa Alianza, y sobre todo en el sentir de Inglaterra. Bien había escrito García á su gobierno: «Ningún estimulante puede obrar más ciertamente sobre Inglaterra que la separación de Montevideo del conjunto de los dominios españoles. Si esto no la mueve alguna vez, crea usted que *no hay coco* capaz de moverla». Este nuevo giro que tomaban los negocios debía producir consecuencias de diverso género en los intereses europeos y americanos.

Las unas, en cuyas complicaciones vino al fin Inglaterra á hacer un papel principal, fueron ulteriores procedentes de estos mismos gérmenes que acabamos de exponer y que estudiaremos en su tiempo y lugar, limitándonos ahora á señalar las que vinieron á tener un influjo inmediato para anu-

lar los efectos de las negociaciones que García había llevado hasta el instante mismo en que ya iban á producir sus más ruidosos y decisivos resultados.

En efecto, cuando el gobierno portugués se aseguró de que las amenazas de una guerra y de la inmediata invasión del reino de Portugal habían desaparecido por el desistimiento de las potencias, y por la actitud en que se mantenía Inglaterra, conoció que su conflicto con España quedaba reducido á un simple pleito ó litigio diplomático, larguísimo en sí mismo por su materia, por la lejanía y la obscuridad de los incidentes, y por el abandono del tribunal arbitral que había pretendido inmiscuirse. Desde entonces era ya evidente para él, que de una ú otra manera había de tener de su lado los intereses comerciales de las otras naciones, y que no sólo no tenía urgente necesidad en precipitar las cosas, sino que una política agresiva podía traerle reproches y consecuencias de mal carácter, si después de una terminación tan favorable para su honra y para sus intereses, se presentase ante los soberanos de Europa (siendo su rey uno de los más antiguos entre ellos) con un tratado de alianza celebrado con pueblos insurgentes sin ninguna índole política respetable, republicanos de mero título, pero enfermos de anarquía y de desorden. Su política tomó entonces un sesgo divergente del que había traído. Pero en honra suya debemos apresurarnos á decir que no dió la espalda á los compromisos que había contraído, sino que los conservó restringiendo la forma y reiterando las garantías que había ofrecido acerca de la inmunidad de las costas que mantenía ocupadas en una

expectativa de los sucesos más prudentes ahora que antes, en su sentido. García lo había previsto con tiempo, y había hecho sentir al gobierno de Buenos Aires el urgente interés que tenía en que se formalizase el tratado. Pero cuando el gobierno de Buenos Aires se decidió á autorizar su consumación, ya no era tiempo. El Congreso había hecho algunas alteraciones y reparos al texto original del acuerdo remitido por García (32). Las potencias europeas, Francia principalmente, instigada por España que sabía á qué atenerse, habían pedido declaración categórica al embajador portugués, conde de la Palmella, sobre si era cierto ó no que su gobierno hubiera celebrado un tratado de alianza con los rebeldes del Río de la Plata, y Palmella lo había negado redonda y categóricamente también. Y además, como no se había aceptado el texto acordado y remitido por el agente argentino, el gobierno portugués dijo que se consideraba libre á su vez para mirar como fracasada la negociación aunque de ninguna manera quería innovar el fondo de la situación amistosa y de común interés que lo ligaba todavía con el gobierno del Río de la Plata. A él le convenía también negarse á recibir en los puertos de la Banda Oriental las fuerzas militares de España que pretendieran tomar pie en ellos; y como en eso corría el peligro de ser atacado y de tener que repeler la fuerza con la fuerza, rehabilitó las fortalezas de Montevideo y de la *Colonia*, reforzó su guarnición y proveyó de numerosa y buena artillería los baluartes, poniéndose

(32) Véase el Apéndice.

en estado de resistir dobles ó triples fuerzas de las de mar ó de tierra que pudieran venir á atacarlas. Pero al hacer todo esto en su sentido, declaró también que si la expedición española pasaba adelante, á Buenos Aires ó sus costas, Portugal no le opondría obstáculos, según lo había ofrecido y garantido desde tiempo atrás el finado conde da Barca.

Aunque esta salvedad tuviera la apariencia de dejar á España en aptitud de atacar directamente á Buenos Aires, eso era mucho más difícil de lo que parecía. Llegar con 20 mil hombres y 60 buques á la rada de un río sin canales, ni puertos accesibles á la artillería de mar, después de seis ú ocho meses de navegación miserable, difícil y llena de contingencias como la de aquel tiempo, con tripulaciones totalmente bisoñas y medios marítimos deficientes para los desastres que habían soportado, era empresa imposible al frente de una capital, donde formaban 12,000 cívicos aguerridos y bravos, sin contar cinco mil veteranos y las innumerables partidas de jinetes que se habrían agrupado á defenderla. ¿Cómo bajar y tomar pie en sus inmediaciones? Tomar como antecedentes la sorpresa de Beresford en 1806, sería ahora un desatino; mucho más cuando con un solo año de más se había visto que los ingleses mismos no habían podido repetir su expedición sino contando con la posesión de Montevideo, sin la cual Whitelocke no hubiera podido presentarse delante de Buenos Aires inmediatamente después de su desembarco en la *Ensenada*. Así es que estorbando el desembarco de la expedición española en la Banda Oriental, Portugal hacía imposible que ella operase sobre Buenos

Aires, y ese inconveniente fué lo que principalmente la tuvo demorada en las costas de Andalucía, hasta que se disolvió en 1820 por el levantamiento liberal de Riego y de Quiroga, en los momentos en que ya iba á zarpar, contando con que el rey de Portugal regresaba á Lisboa, y con que haría desalojar á Montevideo y la Banda Oriental previa la devolución de Olivenza y territorio de Jurumenha. «Logróse al fin (dice Gebhardt, tom. IV, pág. 675) que la corte de Río Janeiro prometiese devolver á Montevideo con tal que se le reintegrase de los gastos ocasionados por su adquisición; y en este estado se señaló la ciudad de París para ventilar este asunto; pero fuese por poca destreza en el representante español, ó *plan concertado de antemano entre las potencias*, acabóse por acordar que Montevideo permaneciese en poder de Portugal provisionalmente».

El historiador español estaba perfectamente informado. Durante esta última faz de la disidencia, el ejército de las *Provincias Unidas del Sur*, que ocupaba á Chile bajo el mando del general San Martín, había ganado la decisiva batalla de MAIPÚ el 5 de abril de 1818: Güemes había destrozado literalmente en Salta y en Jujuy el ejército del Alto Perú, que mandaba el general Laserna. Nuestro ejército de Tucumán restablecido en fuerza y en rigurosa disciplina, se ponía apto para hacer una nueva y más fácil entrada por el camino de las sierras bolivianas. Piar (el heroico y desgraciado Piar) con Bolívar y Páez comenzaban á tomar superioridad sobre Morillo en Venezuela, y amenazaban al virrey de Nueva Granada. De manera que

todo este conjunto de hechos había ya convencido á las potencias, y sobre todo á Inglaterra, que reducida España al Perú y á las fuerzas con que Pezuela se mantenía allí, era de todo punto absurdo que contase con recobrar el dominio del vasto continente que ya estaba en armas y victorioso sobre ella por todas partes.

La expedición de Cádiz no era, pues, en nada más que un simple episodio en este cuadro general. Ella no podía hacer que retrogradasen los hechos consumados, ni producir otra cosa que ruinas y matanzas inútiles. En el Parlamento repercutía con frecuencia, y cada vez mejor autorizado, el eco poderoso de los reclamos del país y del comercio contra el capricho y la ruda terquedad del rey de España. Era, pues, preferible que una expedición que debía levantar un grito general de indignación en toda la Gran Bretaña no tuviese lugar; y la manera de estorbarla era llevar á la larga la evacuación de Montevideo, mientras que Inglaterra y Portugal unidos ahora en la misma intención y en los mismos intereses comerciales, insistían abiertamente, ya en el Congreso europeo de Aix-la-Chapelle, ya en España, sobre la conveniencia de reconocer la independencia del Río de la Plata para entrar á regularizar la situación política en que se había colocado el gobierno de Buenos Aires.

En los trabajos de García hay que apreciar, al lado de su valor real y del talento práctico que los distingue, los resultados inmediatos que produjeron, y el influjo permanente con que siguieron actuando hasta 1823, en la misma línea de operaciones que él dejó abierta y trazada desde 1815. Su

conferencia del 27 de enero con lord Strangford abraza ya con admirable exactitud los puntos de la célebre entrevista de Canning con lord Wellington, en que el primero declaró abiertamente que si Francia ó alguna otra potencia prestaba mano fuerte á España, Inglaterra se presentaría también con dobles fuerzas á proteger el *fair-play* entre los americanos y su vieja metrópoli (33).

El amor de la independencia y el deseo de que su triunfo fuese también el triunfo de la cultura y del orden social que caracteriza á los pueblos libres, resume, por decirlo así, en dos grandes capítulos, el sentido fundamental y precioso de los trabajos del comisionado argentino en Río Janeiro. Su tarea de arruinar á Artigas y de contener á España, llevada á cabo en su doble dirección con hábil persistencia y con espíritu varonil, hace el elogio del estadista y lo justifica en la historia. Eso fué lo que nos puso en condiciones de superar los tremendos y vergonzosos reveses del orden interno y de la bancarrota del año 1820. Sin eso, Artigas hubiera prevalecido: hubiera asolado la tierra argentina; desbaratado todo el orden civil y doméstico de nuestras ciudades; sujetándolo todo al imperio bárbaro y guerrero con que soñaba; habría reducido nuestras provincias urbanas á la vida de tribu y de aduar; y en pos de él se habría eslabonado una cadena no interrumpida de gobiernos bárbaros, con todas las eventualidades del acaso. La emancipación de Entreríos y Corrientes, el Tratado del Pi-

(33) Spencer Walpole: *The Great War*, vol. XI, página 357.

lar, la reconciliación con Santafé, la liga con Córdoba y con Cuyo, que salvó el orden público en Chile; la expulsión de Ramírez y de Carrera, la pacificación general de 1821, la reconstrucción del gobierno regular y libre, nada en fin de todo eso, hubiera sido posible... y sólo Dios sabe qué rumbo miserables pudiera haber tomado esa nacionalidad de que hoy nos enorgullecemos, para salir de aquel caos espantoso en que se hundía el país, cuando García, humilde, y solo, bajaba cual otro Colón en Río Janeiro sin más capital ni más influjo que una idea fecunda, que en sus manos debía contribuir á la salvación de su patria. «He navegado (decía en una de sus notas) en un mar proceloso é inconstante, sorteando las olas y evitando los escollos SIN PERDER MI CAMINO... Vendrá la verdad, y con la verdad la justicia y la honra para mi nombre» (34).

(34) Véase el Apéndice.

CAPITULO V

EL GOBIERNO DE PUEYRREDÓN Y LA LOGIA

LAUTARO

SUMARIO: Nueva evolución hacia el régimen unitario.—El Congreso y Pueyrredón.—Estado económico.—El numerario.—Aniquilamiento y disolución gubernativa.—Incoherencias y antagonismos locales.—Disyuntivas fatales.—Preocupaciones y angustias de los patriotas.—Los portugueses.—Insensatez de la oposición.—Dificultades del caso.—Fortaleza y serenidad del Supremo Director.—Sus condiciones personales.—Su reputación y sus cooperadores.—¿Por qué era hombre de Estado?—Equilibrio de su espíritu en la controversia de los partidos.—Las ideas constitutivas en el Congreso.—Inconveniente de la traslación del Congreso á la capital.—Lo malo y lo bueno del partido democrático.—Compromisos de la diplomacia en Europa y en Río Janeiro.—Amenazas y síntomas de subversión.—Centro revolucionario en la imprenta de la «Crónica Argentina».—La logia *Lautaro*, sus antecedentes y sus fines.—Coincidencia y armonía de ideas del Supremo Director con el general San Martín.—Incompatibilidad entre el rompimiento con Portugal y de la expedición á Chile.—El nuevo ministerio.—Medidas administrativas é intervención de la logia.—Inquietudes.—La *Junta de Observación* y su anomalía.—Alarma del sentimiento local sobre los peligros de la capital.—Representación del Cabildo y de la *Junta de Observación*.—Contestación y protesta del Supremo Director.—El general Soler y los revoltosos.—El personal de este club.—El coronel Dorrego y sus explicaciones posteriores.—Su entrevista con el Supremo Director.—Estado subversivo en

Córdoba, la Rioja y Santiago del Estero.—Deportación de Dorrego.—Rigor excesivo del acto.

Lo que fué verdaderamente inesperado es el des-
vío que tomó la violenta conmo-
ción del año anterior. A sus pri-
1816
Junio 3 meros pasos pudo temerse que
iban á quedar en escombros los
trabajos que desde 1810 se venían haciendo para
constituír el gobierno liberal concentrado, que ema-
naba del espíritu público como propio producto de
la Revolución de Mayo. Pero poco después, pa-
sando por variadísimos incidentes, y al influjo de
necesidades espontáneas, apremiantes, surge de en-
tre las ruínas, envuelto todavía en la polvareda del
derrumbe, un Congreso enfermizo, anónimo casi,
que relegado allá en una provincia pobre y lejana,
echa raíces profundas en lo más fecundo del sen-
timiento nacional, invierte los antecedentes de su
creación y acaba por restablecer, pasado apenas un
año, el orden de cosas poco antes destruído.

Con la elección de don Juan Martín Pueyrre-
dón, este cambio feliz alcanza su forma completa
en las esferas superiores del orden político. La bur-
guesía tomada en globo acepta la tendencia conser-
vadora y se adhiere á ella. Pero el rencor de las
perturbaciones anteriores, desalojado de la super-
ficie, se había precipitado como un residuo intra-
table en lo hondo de los ánimos, y seguía fermen-
tando pronto á estallar al menor descuido de la
mano que había recibido encargo de comprimirlo.

La situación era tanto más delicada cuanto que
las inquietudes de adentro y las alarmas que venían

del exterior, coincidían con las amargas privaciones de una pobreza general y tan completa, que sólo recordando sus causas podrá concebirse. Las operaciones militares en las fronteras del Alto Perú, las correrías de las partidas armadas, las levadas y el armamento en masa de los pueblos de este y de aquel lado, habían esterilizado el suelo, anulado el comercio de ganados, obstruido el de tránsito y paralizado el retorno de metales que lo alimentaba. A estas calamidades respondía otra penuria no menos pesada, que era su consecuencia; los alrogos administrativos eran tales, que obligaban al gobierno á designar capitaciones excesivas sobre determinada clase de vecinos; á imponer empréstitos forzosos y otras exacciones de detalle. Con esto, el numerario se había agotado á tal extremo que aquellos que habían salvado algunos restos preferían esconderlo en los techos ó debajo de tierra, antes que dejarlo sospechar por sus gastos y tren de vida. A excepción de algunas de las grandes figuras que servían con su persona á la causa de la independencia, los demás, sobre todo si eran *godos*, como se llamaba á los partidarios del rey, afectaban la miseria, y hasta por sus trajes raheces y envejecidos, más que propietarios parecían judíos pordioseros. Y tenían sin embargo bastante dinero, propio y depositado por otros realistas prófugos, que rara vez recibieron buena cuenta del suyo.

Al aceptar su puesto, el señor Pueyrredón sabía bien que tomaba las responsabilidades de un momento crítico. Desgajados y dispersos los medios ordinarios de gobierno no quedaba al alcance de

la vista común, camino ni rumbo en donde el poder público pudiese encontrar los resortes administrativos que era menester rehabilitar para reanimar la vida nacional y darle coherencia. Chile, Salta, el litoral uruguayo y el seno desgarrado de las otras provincias, eran cuatro problemas de tal magnitud, que bastaba con que la solución fuese desgraciada en uno solo de ellos, para que todo lo demás se perdiese y quedase consumada la ruina total de la nación.

El suelo de la capital palpitaba como si un volcán estuviese por reventar. Un conjunto incoherente de pueblos, ó mejor dicho, de tribus enemigas, aprontaba sus armas contra el poder nuevo; y los intereses anárquicos de las facciones, cerrado el oído y extraviada la conciencia en este torbellino de calamidades, producían ese delirio general que se apodera de los pueblos, en lo alto y en lo bajo, cuando se altera el equilibrio normal de los organismos. Cada una de esas facciones, invocando esos mismos peligros y zozobras que estremecían al país, pugnaba por escalar el poder á todo trance, bien convencida de que sólo ella y sus corifeos podían salvar la patria y contener la obra de la estupidez ó de las traiciones con que los otros (el gobierno sobre todo) iban á sacrificarla. Según unos, era menester levantar la muralla de la China entre Buenos Aires y las provincias: «¡Buenos Aires para Buenos Aires y para los porteños; busquen los demás como entenderse, que nada queremos de común con ellos, ni gobernarlos, ni que nos gobiernen!» Los otros no abrigaban más vivo anhelo que el de rodar sus masas sobre Buenos Aires: estran-

gularlo, exprimirlo, hollarlo, saquearlo, aventar sus escombros, y «sembrar con sal el terreno: *Hic Troia*» nos decía á nosotros mismos un legista cordobés en el acaloramiento de una disputa retrospectiva. A este exterminio, subsecuente á la conquista, á esta ejecución bárbara y de imitación helénica es á lo que ellos llamaban nacionalismo. El ejército, cuyas divisiones principales se hallaban en Mendoza, en Tucumán y en la capital, era el único elemento vital que se mantenía tranquilo esperando sus grandes días bajo la mano firme de San Martín y de Güemes.

Las cosas habían llegado á tal punto que la salvación de la independendencia ó la recaída en la tiranía reaccionaria y vengativa del gobierno español, la salvación del orden social ó el hundimiento en la barbarie, dependían sólo de sucesos eventualísimos, próximos á pronunciar su última palabra y decidir con ella la cruel alternativa en que el espíritu público, colgado á un hilo, se balanceaba sobre el abismo. Y cuidado que no hacemos una figura, sino un resumen. Se necesita haber oído á los hombres del tiempo, haberlos sentido estremecerse todavía en sus viejos años al recuerdo de aquellas horas de insomnio, iluminadas por los relámpagos fugaces de la esperanza y por la energía del patriotismo, para medir su obra y la talla con que se levantan en esos tiempos de nuestra historia. ¡Cuánta pureza! ¡cuánta hombría de bien! ¡cuántos esfuerzos de voluntad en servicio de su país, y cuánto desinterés!

Si desde lo interior quisiéramos lanzar nuestra vista sobre el anchuroso Río y preguntar qué es lo

que quería distinguir, en los lejanos horizontes, el ojo inquieto de nuestros padres, encontraríamos que se figuraban ver al través de las nieblas del Atlántico las formas gigantescas de los navíos que habían salido de Cádiz saludando con salvas y con gallardetes las naves del rey de Portugal, cuyas tropas traspasaban ya las fronteras orientales, sin que se supiese para qué ni por qué venían á situarse en las puertas de la capital argentina, llave de todos los canales interiores.

Rumores varios y contradictorios corrían en el pueblo alborotado delante de esta esfinge muda pero agresiva que contenía uno de los más grandes y misteriosos secretos de la situación. Quienes la miraban como la vanguardia de la expedición española, quienes como una invasión contra Artigas, sin otra mira que redondear los territorios del Brasil en los límites uruguayos. Pero tal era la indignación popular que la invasión portuguesa provocaba en ambos conceptos, que si bien no faltaban quienes la miraran como una garantía por el momento, nadie osaba decirlo. El pueblo no lo creía ni quería creerlo; habría puesto en la picota de los traidores á los que se lo hubieran dicho; y como el miedo es casi siempre el más fuerte factor del desorden y de la anarquía, una gritería irracional de guerra inmediata contra Portugal avasallaba todas las voces de la prudencia, y convertía en cómplices, aparentes al menos, á los hombres que creían que lo mejor era contemporizar con la opinión pronunciada del pueblo, hasta que los sucesos se caracterizasen por sí mismos y señalasen el momento preciso de intervenir en la solución.

El gobierno sabía bien que no tenía recursos para emprender nueva guerra con un poder marítimo y terrestre que dominaba las aguas de la capital. «Reflexionen (había escrito el comisionado de Río Janeiro) que para hacer guerra á Portugal, necesitan ustedes doble número de tropas, y dobles recursos de los que tienen comprometidos contra España». El Supremo Director y los hombres de buen consejo que se agrupaban en derredor suyo, atraídos por la importancia necesaria de su persona, se inclinaban decididamente á la política expectante, pero sin poder desprenderse de la alarma en que los ponía el poderoso movimiento de tropas que el rey de Portugal desplegaba en el centro del territorio oriental. Temían, como era natural, aventurarse á contenerlas cuando la insurrección vandálica era allí más violenta y más brutal que nunca; cuando la vanguardia realista pasaba ya la frontera de Jujuy, y cuando había llegado el momento de emprender la azarosísima reconquista de Chile, en que se iba jugando el todo por el todo.

Cualquiera creería que esta situación imponía á los partidos el deber de aquietarse y de dar treguas á la inconcebible exaltación de sus ataques. Todo lo contrario: esa prudencia, esa reserva probaban para ellos que el gobierno era cómplice de las fuerzas extranjeras que entraban á consumir la conspiración de los monárquicos. Para estos adversarios era llegado el momento de fraternizar con Artigas: de abandonar todas las demás atenciones para contraerse á salvar «la provincia oriental». Era forzoso darle todos los recursos de la capital contra el invasor portugués; ocupar la plaza de

Montevideo antes que sus tropas y cerrar así con nuestros propios recursos la entrada en el Río á la expedición de Cádiz. En vano era que se ignorase si Artigas aceptaría esa cooperación subordinándose como oficial argentino al gobierno de la nación. En vano que de otro modo fuese imposible de todo punto acordársela. En vano hacer presente que hasta aquel momento Artigas era un enemigo, un invasor armado y usurpador violento de las provincias argentinas, que no podía figurar como aliado. Todo era inútil: se necesitaba acumular cargos (quizá sinceros) contra las maquinaciones monárquicas que se ocultaban debajo de esa política hipócrita con que el Supremo Director, el Congreso y su partido ocultaban sus verdaderas miras.

Pocas veces se habrá visto un gobernante envuelto en una situación más compleja que la que tuvo que afrontar el señor Pueyrredón al tomar las riendas del gobierno. Pero en honra suya hay que decir que pocas veces también se habrá visto quien asumiera tantas y tan pesadas responsabilidades, con mayor confianza en sí mismo, con honradez más acrisolada, con una energía más desentendida de todo interés propio ó ajeno que no fuera el de la gloria y la honra de su país.

El nuevo Director Supremo tomó su puesto con el aire natural y sencillo de grande hombre que era uno de sus rasgos personales, y que la historia le acordará, cada día con mayor respeto, á medida que se estudie su obra y su tiempo. Por linaje, por educación y por hábitos, don Juan Martín de Pueyrredón podía pasar como una muestra perfecta del hermoso tipo meridional (que es bastante decir)

de los últimos años del siglo XVIII. Era alto y de cabeza erguida; más bien que grave, templado; el ojo vivo y observador, imperioso á veces, se velaba con esmero en las delicadas urbanidades del trato social; afable para con todos, para elevados personajes y para humildes subalternos. Franco y ameno en la intimidad, gustaba del reir ático; saboreaba con placer los chismes sociales, y no pocas veces incurría en libertades que rozaban de cerca (con ingenio y vivacidad siempre) en la sátira antigua, sin que excusemos ninguna de las crudezas que se le conocen en Juvenal ó en Suetonio. Pero al mismo tiempo era de una regularidad inquebrantable en sus costumbres privadas y modelo de carño con todos los suyos.

Subía al gobierno sin que lo impusiera la fuerza armada ni el asalto de un partido servil atraído á él por los favores del poder personal. Sus únicos medios de gobierno eran la legalidad de su mandato, el conocimiento de las necesidades del país, la conciencia luminosa de sus deberes, y la sagacidad admirable con que supo colocarse en la corriente de la opinión pública, que muy pocos quizá conocían antes que él la hubiese desembarazado de los obstáculos que la obstruían. Lo primero que preocupó su espíritu fué la necesidad de consolidar un organismo interno capaz de vigorizar la entidad política de la nación, por el país y para el país.

Y sin más artificio que la elección de sus cooperadores entre lo mejor conceptuado del país por el saber y por la honradez, infundió desde luego aquel respeto moral que acompaña siempre á las administraciones honestas, y que á la vez que ro-

bustece á los gobiernos, desanima ó contiene al menos el arrojo y los medios de los que quisieran agredirlos. Las revoluciones no triunfan sino de los gobiernos desacreditados, ó de los que han tratado de subsanar su descrédito con la fuerza, que es la evolución final y patológica de los gobiernos personales y corrompidos.

Persuadido de que sólo los principios morales dan valor histórico y propia importancia á los gobernantes, Pueyrredón tenía conciencia de que en las esferas elevadas y sanas del criterio público, se hacía honor á los suyos; y sabía que la entereza circunspecta de su carácter no sólo le captaba la deferencia de los hombres políticos que figuraban en esas esferas, sino que trascendía al sentir general de los pueblos llevándoles el respeto espontáneo con que se extiende la reputación de los hombres eminentes.

Sus esfuerzos por aquietar la capital y apaciguar las aspiraciones inquietas al freno del orden, no le enajenaban el sentimiento político y liberal del partido patricio ó vecinal de 1810, despojado en 1811, pero retemplado en 1812, agredido y destrozado en 1815, pero que recuperando de nuevo su altiva confianza al influjo del grande ciudadano que tomaba ahora las responsabilidades del gobierno, entraba gradualmente en línea, se acomodaba con los disidentes de ayer y reorganizaba su formación de combate contra España y contra la anarquía, sus dos enemigos mortales. Un recuento nominal de los hombres políticos que *conversionaban* sobre este centro bastaría á demostrarlo. Y en verdad que no es poco lo que eso hablaba en honor y gloria del

nuevo magistrado, pues su poderoso influjo entonces, así como su gloria histórica, fueron debidos á que todos sabían que su ambición no era el apetito cínico del mando por gozar en el mando con la humillación y la explotación de su patria, sino el anhelo de fundar un gobierno puro, capaz de reconcentrar todas las fuerzas sociales para lanzar por cima de los Andes el glorioso ejército cuyo triunfo había de despejar los peligros más graves del momento y poner la causa de la independencia en el camino de las victorias que la salvaron.

Sólo los que como él gobiernan con grandes fines y con medios honestos, son hombres de Estado, ó entidades históricas que se iluminan en el cuadro de su tiempo. Los demás, felices á su manera, pasan por la cumbre como aventureros del acaso, para desaparecer en el abismo del olvido, si es que por todo recuerdo no dejan el ominoso rastro de la tiranía, el de la corrupción ó de la desvergüenza propia de los medios que emplearon. Para los unos hay Plutarcos, para los otros Tácitos y Suetonios: ninguno escapa á la justicia, ni á la medida de su propia talla.

Cualesquiera que fuesen las ideas ulteriores de Puevrrredón sobre los fines de la Revolución de Mayo y sobre el sistema político en que había de encuadrarse, era demasiado sensato y recto para no ver con dolor que la propaganda de Belgrano y del elemento alti-peruano que en el Congreso seguía la voz de este iluso patriota, daba motivos háto graves y fundados para que el país creyese que se fraguaba en efecto un vasto complot contra el régimen democrático-republicano, que en el sen-

tir de los pueblos era inseparable de la idea y del nombre mismo de *la patria*. Y lo peor era que en ese sentido aparecían haciendo el primer papel los diputados alti-peruanos con los de algunas otras provincias andinas, al paso que los de Buenos Aires, poniendo el oído al espíritu popular de la suya, se habían declarado resueltamente hostiles á esa solución absurda é imposible ya en aquel momento.

Uno de los diputados más entendidos del Congreso escribía lo siguiente á un amigo suyo: «La opinión acerca de la forma de gobierno se va dejando conocer en los encapotados, por la controversia que ofrecen á este respecto nuestros periódicos; y aunque el juicio de los más ilustrados se ñja en la monarquía constitucional, se divide según comprendo en incas, portugueses, ó algún otro príncipe extranjero. Mientras se discute una materia tan espinosa en el Congreso, en las tertulias y en los papeles públicos, la esperanza de los monárquicos no se disminuye con relación al héroe que cada uno privativamente se propone alzar. Dificultades y ventajas se alegan por los prosélitos en cada secta. Las razones especiosas de unos, con los discursos sólidos de los otros, conservan un contraste que sirve para analizar los sentimientos y descubrir el sistema que arrastra en su favor mayor número de sectarios. Ese contraste, ese choque entre los mismos que piensan en la monarquía moderada, será estrepitoso desde el momento que se escuche una resolución soberana que clasifique prematuramente el gobierno. Pero en contra de los que discurren en favor del sistema monárquico, se presenta una masa enorme de federalistas que traba-

jan sobre un campo preparado, contando con el vulgo de todos los pueblos y con algunos hombres de séquito que apadrinan sus pensamientos. Las ideas de todos éstos están en oposición con las que el Congreso ha dejado entrever en sus sesiones; y no es despreciable la fuerza física y moral que obra en cada una de las provincias en apoyo de un desenfrenado republicanismo. La contradicción de principios en los diversos partidos que conspiran á constituir un gobierno nacional, amaga la disolución del Estado si la decisión del problema se precipita por el Congreso, si no se medita antes la combinación de los espíritus y no se disponen los medios para contener el furor de los que sin detenerse en ellos buscan el término feliz de sus proyectos» (1).

«Esta controversia que por acalorada que fuese dentro del Congreso no tenía por afuera ninguna importancia radical, ocasionaba sin embargo una de las incoherencias más curiosas é intrincadas del momento. El Supremo Director había entrado en la capital sorprendiendo y sujetando por su confianza la mala voluntad de los que se aprontaban á cerrarle el paso, y había tomado posesión de su terreno. Pero la cosa cambiaba de aspecto en cuanto al Congreso, pues era tal la impopularidad y el agrio localismo que sus invenciones monárquicas, y su origen provincial, alti-peruano más bien, levantaban en el ánimo de la masa republicana y atre-

(1) Carta del diputado Darragueira á don Tomás Guido en la *Revista Nacional* de don Adolfo Carranza, tomo XIV, pág. 68.

vida que tenía en bullicio á la capital, que no sólo era inoportuno, sino sumamente arriesgado, que en aquel momento viniese á funcionar, y á exhibir su personal, delante de las antipatías del pueblo porteño. Resultaba, pues, que en los hechos se constituía con rapidez un vigoroso poder ejecutivo en manos del patriciado vecinal de Buenos Aires, presidido por Pueyrredón, mientras que el Congreso, relegado á enorme distancia, continuaba siendo un parásito sin jurisdicción ni vínculos directos orgánicos, con la provincia misma en que vegetaba.

Muchos diputados de los más notables se manifestaban ya seriamente ofendidos con esta irregularidad, tan contraria á la dignidad de su carácter como de sus funciones, y nació de ahí que se hiciese moción y que se decretase la traslación á la capital en breve plazo. El Supremo Director se había esquivado varias veces ya, de pronunciarse sobre este punto; pero al saber la resolución allí tomada entró en inquietudes y se opuso á que se llevase á efecto en término tan breve. Temía no tener bastante influjo sobre el ánimo de los diputados, para que renunciasen á la idea fija en que estaban de que era menester salvarse echándose en manos de una dinastía. El terror que los dominaba al verse en la inmediación del ejército realista que amenazaba por Jujuy, los ofuscaba; y ya que no había sido posible encontrar la salvación en un monarca de Europa, ni galvanizar la ridícula resurrección de «los incas» de Belgrano, querían que el Supremo Director, á toda costa y pronto, pidiese un príncipe real á la casa de Braganza que trajera

alianzas europeas para contener á España; y algo peor se les ocurrió, que fué pedir, en último caso, una princesa á quien entroncar con la dinastía incásica».

Ahora, pues, traer esas divagaciones á la capital donde (localismo contra localismo) fermentaba la idea republicana en todos los espíritus, era dar ocasión á escándalos y á más bullicios provocando desórdenes, ataques probables á los diputados, que comprometerían al gobierno á tomar medidas represivas para protegerlos, que aunque forzosas, hubiesen quizá de ser injustas, atendiendo á las provocaciones que con todo eso habrían excitado la opinión popular.

El Director Supremo, que hartos disgustos y contrariedades tenía sobre su ánimo, y cuya firme prudencia se proponía ir venciendo con oportunidad las asperezas de la situación, en la ardua tarea de comprimir á los unos y modificar las extravagancias de los otros, se oponía con fundado motivo á que el Congreso viniese á reagravar de ese modo los peligros que el orden público corría aún en la capital. Seriamente preocupado, además, con los pasos ambiguos y amenazantes de la corte del Brasil, que unas veces parecían propicios, y otras, sacando provecho de las circunstancias para ir adelante en sus intentos, quería mantener en sus manos y en la estricta reserva de sus consejeros íntimos, todo el secreto de sus dudas y de las medidas que en último caso fuese indispensable tomar, ya para la defensa del país, ya para hacer un conveniente arreglo de los intereses del momento. El Supremo Director procedía en esto como proceden to-

dos los gobiernos, aun aquellos más libres y parlamentarios, en los grandes conflictos diplomáticos cuyo secreto puede afectar la existencia misma de una nación. Pero entre los diputados del Congreso hicieron malísimo efecto las resoluciones y las cautelas que el Supremo Director alegaba para justificar la necesidad de que tuviesen paciencia y se mantuviesen alejados de la capital, cosa que ellos miraban como una confinación ofensiva de su dignidad y de sus funciones.

Un diputado escribía:

«Excuso contraerme á contestar debidamente la apreciable última de usted por no herir en lo más vivo á los opositores de la translación del Congreso á esa capital. Sólo diré (porque no es lo mejor callarlo todo) que por mi voto no se ha de mezclar el Congreso en lo que, aunque le sea peculiar, no puede intervenir, ni examinar por sí con presencia de los conflictos y opiniones de ese gran pueblo, que da el tono á los demás. Si, pues, la distancia nos impide tomar los conocimientos necesarios sobre las últimas ocurrencias de la Banda Oriental, para poder calcular con acierto los resultados del rompimiento con el Brasil, ¿qué razón habría para que en materia de tanta gravedad é importancia nos dejemos guiar como ciegos por las luces y conceptos, buenos ó malos, que nos suministre el Director del Estado? ¿Podrá esto en ningún caso cubrir nuestro honor y responsabilidad? No, amigo, vamos claros: disuélvase más bien el Congreso porque es monstruoso y hasta ridículo el que permanezca aquí en aquellos términos.»

«Un semejante acontecimiento parecerá acaso

violento á los que tienen un interés doble en el figurón del Congreso. Pero hágase usted cargo que entre el ser ó dejar de ser, no hay medio que no sea indecoroso y eversivo absolutamente de la representación nacional. Si allí han decidido ustedes ya de un modo irrevocable la cuestión general, es decir, la incorporación de Montevideo, sin contar para nada con el Congreso, ¿á qué viene consultarle sobre la declaratoria de guerra? Puesto aquel antecedente, ¿qué arbitrio ni ulterioridad se reserva al juicio soberano? Esto se llama en claros términos querer hacernos la forzosa; lo mismo que se intentó cuando el nombramiento de Director en la persona de don Antonio Balcarce. Mas se engañan de medio á medio los que piensan darnos así la ley; porque no nos falta entereza para sostener hasta con nuestras vidas los verdaderos intereses del país, sin miedo ni temores de que *nos arrastren por las calles*. Dispense usted si me excedo, porque después que recibimos la última comunicación oficial de ese gobierno, estoy que no sé lo que pasa por mí... Poco era correr riesgos si hubiera la menor probabilidad ó esperanza de conseguir el fin que se proponen, porque para eso estamos, pero repito que lejos de ello se expone el Congreso á ser víctima de los cordobeses, (alusión á los levantamientos de Bulnes, Díaz, etc.) En fin, mi amigo, yo desespero del éxito de nuestra causa, porque sin embargo de los esfuerzos del Supremo Director, sigue haciendo estragos por todas partes el espíritu de anarquía. El simple de Belgrano, altamente resentido porque no se le ha lisonjeado con la proclamación de la dinastía de los incas, nos desacredita y prende fuego,

ayudando con sus horrorosas invectivas que hace volar á Salta á los enemigos del orden y del Congreso; de suerte que cuando éste no tuviera más razón que esa para trasladarse huyendo de aquí y de sus inmediaciones no habría hecho otra cosa que cumplir con el más sagrado de sus deberes» (2).

Si el Supremo Director no estaba entendido con el general San Martín y con Güemes para retener al Congreso en Tucumán, parece al menos que los tres, por diversos y particulares motivos, hubiesen tenido el mismo interés. De parte de Pueyrredón, ya lo conocemos: á Güemes le convenía que el poder legislativo y soberano estuviese al alcance de su voz, no sólo para prestigio personal, sino para hacerse de las facultades que necesitaba manejar en la tremenda lucha que le esperaba con los aguerridos y bravos soldados que el general Laserna, Espartero, Valdés, Canterac y otros jefes de gran cuenta habían traído de España á las fronteras de Jujuy. Y el general San Martín, desconfiando siempre de las genialidades del pueblo de Buenos Aires, temía mucho por la suerte del Supremo Director, y creía que, en un mal caso, el Congreso debía y podía constituir el punto céntrico á cuyo amparo se respaldaran las fuerzas salvadoras de la entidad política nacional, y para eso nada más conveniente que mantenerlo en Tucumán.

A la vista de todos estaba que, proclamándose democrático y republicano, el partido de oposición se deslizaba desgraciadamente, y sin sentirlo bien

(2) Cartas del señor Darregueira al señor Guido: *Revista Nacional* del señor Carranza, vol. y pág. citada.

quizá, en la pendiente fatal de la demagogia, por el efecto mismo de la lucha, de las amistades, de las pasiones y de los intereses personales que se iban desenvolviendo y caracterizando cada día más en ese sentido. Pero sería injusto también creer que todo fuera atrabiliario y antojadizo en él, cuando levantaba el grito de alarma contra «los intrigantes de la amistad particular ó política del gobierno directorial que trabajaban por cambiar en monárquico el régimen republicano».

El Director Supremo se había abstenido siempre con esmerada discreción de comprometer palabra ó acto alguno público que lo hiciera sospechoso de estar inclinado á favorecer ese cambio. Pero todos veían entre tanto que, por fantásticas y cándidas que pareciesen esas veleidades, los agentes que el gobierno sostenía en Europa se mostraban ciegamente empeñados en negociar la transformación monárquica de nuestras provincias; que entre los hombres que desde 1810 venían figurando en primera línea se había hecho como de buen tono afectar esas mismas opiniones; que fuera de ellos, quedaban poquísimos con aptitudes reconocidas y buen concepto general de quienes el Supremo Director pudiera echar mano para constituir una administración seria y respetada en el seno de la opinión pública. Resultaba así que el general Belgrano, el Congreso, Rivadavia, García, con otros, del lado de afuera, y muchos más del mismo valer por el de adentro, comprometían fatalmente la posición personal del Supremo Director, á pesar de todos los esfuerzos de habilidad y prudencia con que él evitaba todo aquello que pudiera dar mérito á justas

acusaciones por parte de los enemigos de su gobierno, que lo eran también gratuitamente de su persona, como acontece en tiempos reyueltos, en que los espíritus mediocres convierten las disidencias políticas en envidia y en odios personales.

En todo aquello que podía quedar escrito no sólo no acogía llanamente el señor Pueyrredón las oportunidades que se le presentaban de combinar su gobierno con la política y con los intereses de Portugal, sino que se manifestaba inquieto de las operaciones que esta potencia ejecutaba con sus tropas; y llegaba hasta avanzar dudas sobre la sinceridad ó el criterio diplomático del mismo señor García, para eximirse de explicaciones ó connivencias que no le parecía tiempo de asumir. Porque así como tenía las grandes cualidades, tenía también los defectos característicos de los hombres de Estado. Dejaba obrar al comisionado sin retirarlo de su puesto, sin coartarle sus trabajos, pero se abstenía de aprobarlo y aún de protegerlo de las iras y de las calumnias que cada día se levantaban más agitadas contra él. Don Pedro A. García, el venerable viejo, padre del comisionado cerca de la corte de Río Janeiro, le escribía: «Según el modo de *evadirse* acerca del cargo que los artiguistas le hacen al gobierno, y autoridades, *cargándole todo el peso* de la cuestión, creo que tu muerte sería inevitable, pues te acusan de estar entregado en cuerpo y alma á los portugueses. Que esto te sirva para tu gobierno y excusar tu regreso. Pero lo peor es que según me parece, este remedio no alcanzará á ponerlos á cubierto, *porque se habla con toda libertad de que en breves días habrá una pueblada infernal, que se va-*

riará el gobierno y acaso se declarará guerra al Brasil».

Y en efecto, había mucho de verdad en esto. El estado social estaba en situación de complot. Pudiera ser que aun no estuviese formada la conjuración, que las fuerzas del estallido no estuviesen aún confabuladas, ni vencidos los escrúpulos ó las dificultades con que tropieza el agrupamiento explosivo en estos casos; pero así como los higienistas denotan con la acepción de constitución física, atmosférica ó climatérica, un cierto estado del ambiente que determina la influencia de enfermedades típicas y, al parecer, espontáneas, así también se había pronunciado en la capital un estado atmosférico moral, dentro del que evidentemente se desenvolvían los gérmenes de un sacudimiento anárquico contra el partido unitario y los elementos conservadores que ocupaban el poder. Se señalaba la imprenta de la *Crónica Argentina* como el cuartel general de los revolucionarios que premeditaban atentar contra el orden. Aunque de una oposición vigorosa, la redacción de este periódico se mantenía todavía correcta. Pero la verdad era que la imprenta estaba convertida en un taller de anónimos y pasquines manuscritos que se hacían circular con profusión, y que se fijaban por la noche en las paredes de los templos y calles más concurridas.

Entre estas especies figuraba una (cierta por desgracia) que había comenzado á surgir como un rumor vago y lejano, pero que poco á poco iba tomando las formas amenazantes de un monstruo tanto más terrible cuanto que se le daba una guarida oculta y tenebrosa. Se decía que el Supremo

Director había constituido una LOGIA DE GOBIERNO SECRETO, servida por el espionaje, que sus miembros estaban ligados por juramentos de sangre y de obediencia ciega á sus superiores como los jesuitas; que el gobierno ostensible, los tribunales, los empleados, no eran sino instrumentos engañosos para el pueblo, del poder secreto de esa GRAN LOGIA, cuyos agentes vigilaban todos los actos dentro de las mismas oficinas, y daban parte de las opiniones, conducta y amistades, no sólo de los empleados sino de los particulares que hablaban, intervenían, servían, ó conspiraban contra el gobierno. Este rumor sobre la formación de la logia secreta, comenzó á extenderse como se extienden las primeras noticias de un flagelo, de una peste. Es sabido que cuando los rumores de esta clase son invenciones de pura maledicencia, nacen, alborotan un día y se desvanecen al otro. Pero no es lo mismo cuando en el fondo hay un hecho cierto: entonces, el mal, las perturbaciones y las provocaciones se producen y entran como las llamas del incendio en la imaginación del común, y se levantan con tanta más violencia cuanto más densas son las sombras en que se pretende ocultar el secreto. De ahí el creciente ruido de los pasquines y de las revelaciones sobre la horrible organización de un gobierno veneciano. Su mira era acabar con el espíritu republicano (que para el pueblo era sinónimo de *patria*) y crear una monarquía sometida á un príncipe portugués, español, ó al mismo Fernando VII, si en último caso no había otro medio que éste de poner fin á los extravíos de la Revolución de Mayo. Por desgracia, repetimos, era cierto que el señor Pueyrredón ha-

bía venido con el compromiso y con la resolución de crear una logia política, que fué mucho menos dañina por sus hechos reales, que por los falsos testimonios y perturbaciones del espíritu público que contribuyó á levantar.

Fuese por no conocer el país ó por estar malquisto con el giro democrático de su revolución, el general San Martín había venido de España imbuido en la desgraciada idea de que para adelantar la guerra de la Independencia, era indispensable que el gobierno ostensible reposase sobre una logia de hombres comprometidos y juramentados que resolviese en secreto los asuntos políticos, é hiciese la alta policía del orden interior, con facultades disciplinarias sobre los negocios y las personas, incluso los miembros mismos y afiliados del núcleo que fueran tachados ó culpables de infidelidad. El general no se proponía ciertamente petrificar el poder en una tiranía sombría y misteriosa; pero convencido de que en situaciones convulsionadas convenía *contraminar* las tentativas sediciosas de los facciosos y las conjuraciones de los enemigos, por los mismos medios que ellos empleaban, miraba ese organismo de gobierno secreto y policiaco como la mejor garantía del orden interior y como medio seguro de mantener compactas las fuerzas políticas y militares que debían operar contra el gobierno colonial.

No es de este momento discurrir sobre lo que tenía de erróneo y de perjudicial cavilosidad tan incongruente como esta, que causó infinitos males al país y á los hombres públicos que tuvieron la debilidad de condescender con el general, sin que sus

resultados, en lo de interés público al menos, hubiesen sido otros que aquellos que eran emergencias genuinas del movimiento moral y político que los pueblos argentinos seguían por impulso y sin necesidad de artificios de convención.

Esta manía (pues no merece otro nombre que el de manía) se había hecho de moda en España. No había joven de alguna posición civil ó militar que no fuese circundado por fervorosos propagandistas, é ingresado al fin en alguna familia de los *Hijos de la Viuda*. El movimiento llegó á su completo desarrollo en las célebres *Cortes de Cádiz*, cuando los liberales que habían organizado la defensa de su patria contra Bonaparte advirtieron que corrían peligro de que los *prebendados y serviles* del absolutismo se aprovecharan contra ellos de la victoria y del poder. Habíanse constituido estos camarines políticos de España sobre el modelo de las logias de *aprendices, maestros y caballeros Rosa-Cruces*, á reminiscencia de los templos de iniciación de la antigüedad, y de las cofradías y jurandías de la Edad Media, reorganizadas y puestas en auge por los francasones desde mediados del siglo XVIII. En el fondo, los fines prácticos de los francasones y de los camarines liberales de España eran los mismos; los primeros buscaban la emancipación de los pueblos del orbe simbolizando el poder de la Razón con la Luz del Oriente que ilumina las tinieblas. Los segundos concretaban sus miras, con el mismo simbolismo, á la victoria y consolidación de sus libertades políticas. Los dos caminos como se ve concurrían al mismo fin. Pero la francasonería política española tenía una origi-

nalidad peculiar en las tradiciones liberales de la nación. El simbolismo de los dos solsticios que los francmasones puros miran como el gran festival de la naturaleza en los dos hemisferios, se consigna bajo la advocación de un *San Juan* en el mes de junio, y de otro *San Juan* en el mes de diciembre. En España esos *dos Juanes* consignaban un simbolismo más terrenal y más revolucionario que el simbolismo solar: Juan de Padilla, Juan de Lanuza, y el dictado alegórico de los *Hijos de la Viuda* se refería á la de Padilla, cuyo heroico patriotismo había dejado la hermosa leyenda con que Martínez de la Rosa hizo palpar los teatros de la España libre de tiranos y los de la América libres de españoles.

San Martín, lo mismo que Alvear, que Zapiola, Balcarce y los demás oficiales argentinos que habían servido en España contra los franceses, se habían afiliado á las logias con más ó menos seriedad, según las genialidades de cada uno; y el primero, sobre todo, había venido á Buenos Aires convencidísimo de la necesidad de establecer el sistema por las grandes ventajas que debía dar un gobierno montado sobre esa base.

Con esa esperanza se adhirió al movimiento del 8 de octubre de 1812. Pero á poco andar, Alvear, que no era dado á ritos de convención ni á tener trabados sus pies por compromisos juramentados, se emancipó de los vínculos secretos: se dejó llevar por el movimiento público que se produjo en derredor de su persona; se desentendió de los conciliábulos de la logia (ó *establecimiento de educación*, como le llamaban) y la convirtió en un par-

tido esencialmente político y gubernativo al aire libre. No sería extraño tampoco que con la vivacidad fosfórica y natural de sus percepciones, hubiese comprendido que la índole del país, sus tradiciones de trato franco, y las condiciones de una revolución vecinal como la nuestra, hacían imposible que echara raíces ese organismo artificial de gobierno secreto en un estado de cosas esencialmente popular. Y en efecto, lo natural era que marcháramos con más desembarazo al vicio del personalismo puro, que al gobierno de iniciaciones secretas; y que en vez de tener un gobierno agente sumiso á un Consejo,uviésemos un Consejo ó una logia agente sumisa al gobierno: que, al fin y al cabo fué lo que sucedió.

Caído Alvear, el general San Martín redobló desde Mendoza su extraña insistencia por reorganizar una nueva logia gubernamental. Pero, á lo que se ve en su correspondencia, consiguió apenas la tibia deferencia de uno que otro de sus íntimos amigos, como don Tomás Guido, más dispuesto á servir al general que á la logia. Los hombres que habían reemplazado en el influjo al partido del general Alvear, eran de opiniones demasiado encontradas para poder contribuir á las miras del gobernador de Mendoza con un contingente de buenos logistas. Los Anchorenas, Aranas, Obligados, Díaz-Vélez, Sáenz, fray Cayetano, Escaladas, Aguirre, Azcuénaga, etc., etc., eran de escuelas, de caracteres y de intereses tan diversos como el personalismo de cada uno. De manera, que aun cuando hubiera quedado algún afiliado de pura condescendencia, no había ni podía haber logia verdade-

ra, es decir, fervor y propaganda, credulidad y confianza.

Las provincias y los provincianos, tomados en globo, no podían tampoco proporcionar fuerzas morales, en número y calidad, con que contribuir á una logia capaz de concentrar la acción poderosa de un gobierno secreto. Y por último, en el orden moderno, en que las sociedades, libres ó tiranizadas, viven exclusivamente de la actividad individual, sin ser como antes agregaciones ni grupos clasificados y sobrepuestos, era cosa absurda querer regularizar á cuadrante ese múltiple y libre movimiento del individualismo, por medio de un mecanismo material, secuestrado aparte y ajeno á las fuerzas mismas populares que debían darle su espíritu y su acción. Se puede conspirar, y se conspira en efecto contra el despotismo, por medio de asociaciones secretas y por juramentos de martirio; pero hoy no se puede gobernar por ese mismo medio; y es el colmo del error querer conspirar en el seno de la revolución social que se trata de dirigir y de salvar.

Podría, pues, parecer incomprensible que un hombre tan cuerdo como el general San Martín, de tan honrado criterio y de tanto genio militar, tomase tan grande empeño en comprometer su nombre y la suerte del gobierno de sus amigos, con la introducción de un artificio dañino y evidentemente innecesario, para dar cima á sus gloriosas campañas de Chile y del Perú. Però la anomalía se explica por el hombre mismo. Ese hombre cuya habilidad y aptitudes militares eran superiores á su propia reputación y á los hechos mismos en que

pudo mostrarlas, era de una timidez extraña para encarar ó afrontar el bullicio y la fermentación moral con que se agitan los pueblos trabajados por el sacudimiento febril de una revolución social. Su cordura, la moderación de sus ideas, la templanza de sus pasiones, la acrisolada honradez de sus sentimientos, su amor al orden y á la disciplina, lo desconcertaban delante de las demasías irrespetuosas y violentas de las multitudes puestas en acción. Actor y testigo en algunos sucesos terribles, conservaba impresiones amargas que nunca se borraron de su recuerdo. Era edecán del general Solano, marqués del Socorro y gobernador militar de Cádiz en 1808, cuando el pueblo brutal de ese puerto, indignado hasta la demencia por el estado calamitoso del reino, se alzó, acometió la mansión del venerable magistrado, lo sacó á las calles, lo asesinó en un arrebato de refinado vandalismo y arrastró su cadáver como trofeo de su victoria. El edecán, que en los primeros ataques de la multitud había tratado de defender á su jefe, tuvo que ceder después de herido, al torrente de la barbarie; que ocultarse á la ira con que lo perseguían, y que refugiarse en la división del general Castaños donde con el puesto correspondiente á su grado tomó parte honrosa en la batalla de Bailén. El mismo decía que, desde entonces, el odio al pueblo de Cádiz había sido una de las más tenaces preocupaciones de su espíritu, porque jamás había visto canalla más atroz, ni más baja, que la que se había presentado allí á sus ojos.

No diremos que su valor personal flaqueara en el terreno de las luchas políticas y convulsivas, por-

que su carácter no era capaz de flaquezas; pero si diremos que conociéndose sin calidades para figurar en el combate de las pasiones y de los intereses políticos, ó en el manejo directo del gobierno republicano, sin ambición de gobierno quizá por las mismas causas, huía de las responsabilidades que esos puestos imponen, y trataba de que otros gobernasen en servicio de las operaciones militares á que él reducía su competencia y su anhelo. Concentrado todo su espíritu en el vivo deseo de consolidar el triunfo de la causa nacional, de llevar á Chile las armas argentinas, y de adelantarse con ellas á libertar el Perú, no sería de extrañar tampoco que en esas grandes miras mantuviese envuelto otro propósito más personal y reservado: el de emanciparse—él también—de la insubsistencia democrática que prevalecía en las provincias argentinas, y dejarlas á merced de su propio destino para continuar él su obra, sin trabas, por las demás regiones de la América del Sur que estuviesen oprimidas aún por las tropas del rey de España.

He aquí los motivos de la insistencia del general San Martín en restablecer la logia gubernamental. Y de eso fué de lo que se trató en su mentada entrevista de Córdoba con el Supremo Director del Estado, á cuya elección acababa de contribuir con su poderoso influjo sobre una gran parte de los miembros del Congreso (3).

(3) Los cronistas chilenos malísimamente informados han avanzado especies inexactas sobre las malas relaciones en que se hallan San Martín y Pueyrredón al tiempo de ser éste electo Director Supremo del Estado. ¿A quién se le ocurre, por ejemplo, echar á vuelo en pá-

Pueyrredón era también un iniciado. Durante su viaje por España en 1806 á 1809 se había afiliado en las logias de los francmasones políticos, y oficiaba en las aras de los Tres Puntos. Ya fuese, pues, por condescender con el influjo de San Martín, ya porque creyera también que convenía á la estabilidad de un gobierno reparador organizar bajo su mano un grupo fuerte de operarios políticos juramentados, quedó acordada en esa entrevista la reorganización de la logia con el nombre de LOGIA LAUTARO, que no fué como generalmente se ha creído un título de ocasión sacado al acaso de la *Leyenda*

ginas serias la ridícula versión, por no decir otra cosa, de que en la conferencia de Córdoba, San Martín amenazara á Pueyrredón con *hacerlo asesinar por su propia escolta si no asentía á su proyecto de pasar á Chile*, con otros disparates no menos ridículos? Es preciso no tener la menor idea del carácter y de los hábitos de estos dos altos y honorables personajes para imaginar que el uno tuviera la brutal grosería de echar en la entrevista semejantes términos, y que el otro se hubiese sometido á palabras y actos de bodegón ó de ebrios. Cualquiera podría sospechar que todo el fin de semejantes mezquindades es rebajar el mérito del gobernante argentino en ese grande acto para hacerlo obra impuesta y exclusiva de un soldado brutal, cuando San Martín fué siempre modelo de moderación y de respeto hacia los hombres con quienes tuvo necesidad de tratar, y Pueyrredón mismo, en el acto lo hubiera destituido si con él hubiese cometido semejante desmán. La causa que se atribuyó á la enemistad había sido explicada en los mismos días del suceso de 1812 por San Martín en formas y palabras respetuosísimas, que Pueyrredón aceptó con el mayor comedimiento, quedando ambos unidos como francmasones y patriotas, sin que jamás se renovase entre ellos motivo alguno de disgusto. Muy al contrario, la provincia de San Luis era una dependencia de San Martín,

Araucana de Ercilla, sino una «palabra» intencionalmente *masónica* y *simbólica*, cuyo significado específico no era «guerra á España», sino *expedición á Chile*: secreto que sólo se revelaba á los iniciados al tiempo de jurar el compromiso de adherirse y consagrarse á ese fin. De otro modo habría sido trivial antojo bautizar la más grande empresa militar de los argentinos con el nombre de un indio chileno. Pero el simbolismo salvaba aquí la materialidad del lema; y el sentido recóndito de la palabra sacramental contenía el contrato solemne y juramentado de la expedición á Chile hecho con el general que explica, como vamos á verlo, muchas de las costosas y difíciles condescendencias que el gobierno de Buenos Aires se vió obligado á sopor-

governador de Cuyo, cuando Pueyrredón fué electo diputado al Congreso; y San Martín contaba también con la mayoría cuando Pueyrredón fué electo Supremo Director. Mucho antes de que tuviese lugar la entrevista de Córdoba, Pueyrredón estaba completamente decidido á fomentar la expedición á Chile. Entre muchísimos documentos que hay de eso, y que á su tiempo agruparemos en nuestras páginas, nos bastará aquí transcribir estas pocas palabras de un oficio reservado que dirigió al general Balcarce, que gobernaba interinamente en Buenos Aires: «Estoy persuadido (decía un mes antes de la entrevista) de *un modo irresistible de la preferente dedicación*, de los esfuerzos del gobierno para realizar la expedición á Chile» y con este motivo daba ya órdenes de que se remitiesen desde luego tropas y recursos de todo género al general San Martín. Esto resolvía un mes antes de la entrevista (de 14 de junio á 15 de julio). Luego es más que absurdo suponer que las «amenazas de hacerlo asesinar», hechas por San Martín, lo redujesen á esa vergonzosa obediencia.

tar, y muchos otros actos importantes que de otro modo serían casi inconcebibles.

Al tiempo de la entrevista, la expedición á Chile era una operación militar aprobada desde mucho antes, por parte del Supremo Director, no sólo sin oposición ni vacilaciones, sino muy al contrario, con su más decidida cooperación. Un mes antes de la entrevista en Córdoba el señor Pueyrredón había ya dado órdenes positivas para que se hiciese marchar á Mendoza las tropas de la capital con todo género de recursos (4).

No fué, pues, la necesidad de imponerle con

(4) En 14 de junio, escribía al general Balcarce, que como delegado gobernaba por él en Buenos Aires:—«La expedición á Chile no debe efectuarse con menos de cuatro mil hombres de línea y de toda arma, para atravesar la Cordillera. Por las últimas comunicaciones, he visto que el ejército de Mendoza no llega á mil ochocientos hombres y que *para todo septiembre* apenas podrá subir á dos mil trescientos. Es pues de necesidad reforzarlos con nuestros regimientos veteranos (la guarnición de la capital) porque el corto tiempo que queda hasta la apertura de la Cordillera no da lugar á formar nuevas tropas. Resuelta la expedición debe aprovecharse la primera estación oportuna, para no dar lugar á que desmaye la opinión pública de aquellos lugares (Chile) con cuya fuerza contamos, ni que el enemigo sacando fruto de nuestras demoras, se refuerce y afirme». Así pues, ni Pueyrredón estuvo en oposición á San Martín, ni dudó jamás del éxito y competencia del general, ni éste tuvo que amenazarlo ó imponerle sumisión, como corre con evidente inexactitud en los historiadores chilenos. Este documento, el anterior y otros de que nos valdremos después, lo tomamos del tomo IV, *Revista de Buenos Aires*, págs. 161 á 235. Correspondencia del general San Martín con don Tomás Guido, puesta allí por su hijo el señor Guido Spano.

amenazas ó argumentos un proyecto al que ya cooperaba con su propia decisión, lo que movió al general San Martín á venir á Córdoba al encuentro de Pueyrredón. No fué tampoco la necesidad de concertar el número de las tropas ni el monto de los recursos, pues un mes antes estaba convenido que á lo menos sería de cuatro mil hombres, que fué el número efectivo de soldados que llevó la expedición. Menos pudo ser el de discutir las operaciones, aunque de eso se hubiese hablado como era natural, porque el señor Pueyrredón, aunque condecorado con el grado militar por sus servicios como ciudadano armado en 1806 y como magistrado civil en las invasiones anteriores al Perú, era demasiado modesto y sensato para no conocerse, y jamás pretendió tener competencia ó iniciativa como general de ejército en operaciones de campaña, ni para hombrearse á discutir operaciones con San Martín, como esa del paso estratégico de los Andes. El único asunto especialísimo y grave de la conferencia fué la organización de la logia, la materia gubernativa y el orden interno. La opinión pública, la de los partidos militantes al menos, era en gran parte adversa á la aventurada expedición por sobre los Andes llevándose las únicas tropas sólidas con que contaba la nación. El general San Martín, que durante los años de 1815 y 1816, como veremos, había pasado grandes ansiedades temiendo á cada instante que el día menos pensado se le escapara la ocasión de hacer esa expedición, estaba nervioso, inquieto, y quería asegurarse contra las flaquezas de sus amigos, contra las veleidades del poder, contra las tentativas de los demagogos empeñados en ha-

cer concentración de fuerzas en la capital para emprenderla con Portugal y apoderarse otra vez de Montevideo, como llave de la defensa del Río de la Plata contra España. Todo esto lo ponía en ascuas á él, que estaba viendo la gloria y la salvación por encima de los Andes. Y de ahí la fascinación de la logia secreta, de la LOGIA LAUTARO que debía contener y oprimir todos esos gases maléficos mientras él daba sueltas á su vuelo. Después de la entrevista San Martín escribía: «Mi viaje á Córdoba y mi entrevista con Pueyrredón han sido del mayor interés á la causa y creo que ya se procederá en todo sin estar sujetos á *oscilaciones políticas* que tanto nos han perjudicado... Estoy bien seguro que no solamente promoverá al bien del país, *sino su base: cual es el ESTABLECIMIENTO DE EDUCACIÓN PÚBLICA* (la Logia Lautaro) (5).

El Supremo Director había convenido también con el general cuáles ministros habían de formar su Ministerio: los señores don Vicente López como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Domingo Trillo en Hacienda y el mayor coronel don Juan Florencio Terrada en Guerra y Marina eran los designados. Los dos últimos eran afiliados á la primera logia de 1813 que habían quedado rezagados después del descalabro de 1815, el uno, sirviendo como contador y tesorero con suma competencia administrativa en su ramo; el otro, que era hombre de finas maneras, de trato exquisito, de bella y arrogante persona, con un espíritu despierto

(5) Papeles publicados por C. Guido Spano en la *Revista de Buenos Aires*, ya citados.

y servicial, se había mantenido en simpática imparcialidad para con los amigos y parientes del general San Martín, y era además amigo íntimo del señor Pueyrredón desde 1806. Una de las razones que salvó al señor López de la rigurosa persecución que sufrieron los partidarios del general Alvear, fué que no figuraba como afiliado de la Gran Logia, cosa por la que siempre había tenido poco gusto y menos confianza. Sin embargo, era conocida su adhesión á la independencia y al orden; era amigo personal del señor Pueyrredón y uno de los patriotas más estimados en el país y en el círculo de la familia de Luca, de los Irigoyen, Darregueira, Guido, Patrón, Madero, Ramón Díaz, los hermanos Rojas, los hermanos Lezica y de casi todos los demás que formaban el meollo del nuevo partido y que tenían en casa de aquella culta familia su centro de amenidades sociales y su intercambio de influjos políticos. Pero era necesario que el que debía ocupar el ministerio de gobierno fuese afiliado, y los amigos del círculo, que á veces tomaba todos los caracteres de lo que hoy llamamos un club, lo llevaron á la casa en que tenían sus reuniones.

El Supremo Director recibió al señor López con especial agasajo, y entre halagos y observaciones serias sobre las necesidades del momento, lo redujeron entre todos á quedar afiliado á la logia. En seguida el primero informó á los presentes de las miras del general San Martín, y de la facilidad con que se podía recuperar á Chile y caer por mar sobre Lima. Pero para esto lo esencial era asegurar el orden interior y exigir nuevos y grandes recursos de dinero y de sangre al país. Con este motivo

les leyó una carta del general San Martín, y les manifestó que ningún patriota debía ni podía excusarse de lo que en ella recomendaba (6).

El doctor López tenía un interés capital en el triunfo de la causa de la independencia, pero su carácter era demasiado apacible y escrupuloso, para que fuese hombre adecuado á las necesidades políticas del tiempo, ó á las responsabilidades en que aquel gobierno debía envolverse. Pero, por más que hizo, no pudo vencer la resolución del Director; y sin darse bien cuenta de lo que hacía, se dejó afiliar á la logia con los juramentos que el ritual exigía, previa la explicación de que todo eso se concretaba á cooperar á la expedición sobre Chile. Su opinión era que no había en Buenos Aires sino un hombre capaz de desempeñar al lado de Pueyrredón, el difícil encargo de llevar persistentemente hasta los hechos las miras de tan dudoso carácter y de tan graves consecuencias, que el Director estaba resuelto á realizar: ese hombre era el doctor Tagle. López instó ardorosamente á Pueyrredón que preparase este cambio, resignándose á servir mientras esto pudiese tener lugar, diciéndole que necesitaba á su lado un hombre esencialmente *político*, capaz de obrar con entereza en los casos extremos que preveía. Pero el señor Pueyrredón había venido á Buenos Aires disgustado con la conducta indecisa que el doctor Tagle había observado al lado del general Balcarce. Los amigos presentes desaprobaban también la indicación, el general San Martín no estaba tampoco satisfecho y todos creían

(6) Véase el Apéndice.

que no era conveniente que el gobierno tomase desde sus primeros pasos, el tinte malicioso é insidioso que la figura del doctor Tagle daba á toda política en que fueran sensibles sus influjos.

Ligado á este funesto compromiso de encerrar en una logia secreta los resortes internos del gobierno, y mientras el Congreso por su parte se encontraba empeñado desde Tucumán en hacer converger artificialmente las fuerzas vivas del país, al plan subversivo de crear una monarquía, sueño de cabezas enfermas y desorientadas por el desorden revolucionario, Pueyrredón tomaba el gobierno dispuesto á soñenar á los díscolos que quisieran ser obstáculo á la sumisión del pueblo, ya fuera que ejerciesen algún mando militar, ya que echasen mano de la prensa, ó que tratasen de anarquizar la opinión popular por las calles, en los cafés, ó en sospechosas reuniones privadas; quedando á la Logia el encargo de hacer la policía secreta y el espionaje para atender á la *seguridad del gobierno*.

Como sucede en toda revolución popular complicada con guerras civiles, la clase de traje militar se había acrecentado rápida y desordenadamente. Infinidad de coroneles había que sin campañas ni méritos, vagando alrededor del gobierno, preferían vivir del desorden, á la dura tarea de ir á los campamentos de Salta y de Mendoza al encuentro de los realistas. Desparramados por la capital se abandonaban al juego de una manera pública en multitud de infames garitos. El Supremo Director lanzó un decreto, que hizo ejecutar con energía llevando adelante su resolución de contener estos desórdenes y de imponer la reforma radical del estado

social que el interés público pedía á gritos. Estos militares de ocasión, que además de ser muchos, contaban con algunos de ellos influyentes y audaces en materia de conmociones populares, sabían que el general San Martín era intransigente en cuanto á disciplina y decoro personal del militar, y que bajo sus órdenes no había descanso en los ejercicios tácticos, ni otro mérito que el del servicio de línea al lado de los soldados que habían de dirigir contra el enemigo.

Además de ser, pues, un peligro muy grande para la tranquilidad pública, era este uno de los inconvenientes más formidables que impedía regularizar la administración y dar un empleo prudente á las exiguas rentas con que contaba el gobierno; y lo curioso es que todos esos oficiales sin servicios, se adornaban con medallas de su propia cuenta, que nadie sabía si habían adquirido de otro modo que comprándolas á otros más necesitados, ó ganándolas en el juego. Urgentísimo era por consiguiente poner inmediato remedio á esta relajación inaudita. El Supremo Director venía resuelto á hacerlo. Pero como se habían sentido los síntomas del golpe, los numerosos intereses personales que se consideraban amenazados eran otros tantos elementos de subversión que se habían creado en esa atmósfera tormentosa en que bullían los gérmenes de una revolución armada como la que había desquiciado al gobierno de Alvear. De modo que, por días, se veía el gobierno precipitado á la necesidad de usar el poder discrecional, y de emplear el riguroso sistema de represiones, prisiones, destierros y otros castigos llevados á la última severidad en nombre de la razón de estado.

Puesto en el camino de regularizar la administración, se contrajo el gobierno á poner en claro la percepción y recaudación de los impuestos directos y de Aduana; á poner en ejercicio eficaz la policía de seguridad y de vigilancia; á dar tramitación corriente á los negocios y al despacho de las oficinas; á restablecer y mejorar los reglamentos y el horario del trabajo administrativo, que se hallaba en un lamentable descuido; y se dispuso que se entendiese retirados todos los auxilios y asignaciones militares que no fuesen en favor de inválidos, ó de los oficiales y tropas que servían en Mendoza, en Tucumán y en Salta, *cuyas familias* (decía) *inspiran al gobierno su más alto y primordial interés.*

El ánimo sereno y prudente con que el nuevo Director se había mantenido siempre al servicio de la honradez administrativa; la energía de sus actos probada en muchos otros momentos de grande peligro; la seriedad de su criterio; su habilidad para rodearse de hombres superiores en el concepto público, y su rara sagacidad para prevenirse contra las asechanzas, le granjeaban la confianza general, pero lo hacían al mismo tiempo el blanco más asestado por la ira de los facciosos ligados al desorden (7).

El Congreso creyó que, por lo mismo, era indispensable reforzar las facultades ordinarias del

(7) «Ya empezamos á sentir los efectos de la elección del Pueyrredón: los descontentos nos han escrito cartas anónimas y pasquines llenos de amenazas y desvergüenzas; al paso que otros celebran y aplauden esa elección tributando los mayores elogios al Congreso.» (*Carta de Darregueira á Guido* en el lugar citado.)

Poder Ejecutivo; y expidió un bando ó edicto poniendo la nación, y especialmente la capital, en *estado de sitio* á manera del famoso Senado-consulto que creaba la Dictadura Romana en los días del peligro de la patria:

«Fin á la revolución, principio al orden: 'reconocimiento, obediencia y respeto á la autoridad soberana de las provincias y de los pueblos, representada en el Congreso, y á sus DETERMINACIONES. Los que promoviesen la insurrección, ó atentaren contra esta autoridad y las demás constituídas: los que promovieren la discordia ó la auxiliaren, serán reputados enemigos del Estado, perturbadores del orden y de la tranquilidad pública, y castigados con todo el rigor de las penas hasta con la muerte y expatriación. No hay CLASE ni *persona residente en el territorio del Estado* exenta de la observancia y comprensión de este decreto, ninguna causa podrá exculpar su infracción. Queda libre y expedito el derecho de petición, no clamorosa ni tumultuaria, á las autoridades y al Congreso por medio de sus representantes. Comuníquese al Supremo Director del Estado para su publicación en toda la extensión de su mando.»

La prudencia para esperar el buen momento y la energía para aprovecharlo sin vacilaciones, eran dos rasgos acentuadísimos que se unían, con un admirable talento, en el carácter del Supremo Director. En la marcha serena y firme con que había entrado á Buenos Aires, imponiéndose á la respetuosa sorpresa de las facciones, que se preparaban á cerrarle el paso, había tenido la cautela de no inquietar demasiado á la JUNTA DE OBSERVACIÓN.

Era esta una anomalía orgánica y singular, que encontraba de pie, con ínfulas de poder constituyente, con su famoso *Estatuto* de 1815 en las manos, y que continuaba constituida, sin saber por qué, ni para qué, en poder tuitivo y agente directo del localismo de la capital, delante del Congreso Constituyente relegado en Tucumán y del Supremo Director del Estado. Esta anomalía chocante era un hecho grave, y que la prudencia política no permitía atacar de frente en los primeros momentos, porque se había formado en el concepto de todos la preocupación de que Buenos Aires tenía su protección natural concentrada en ese resto incalificable, pero amenazante, del movimiento popular que derrocó al gobierno de Alvear. A pesar de que era evidente que semejante JUNTA DE OBSERVACIÓN, de *vigilancia*, de *control*, de *veto*, no tenía ya función regular después de la recomposición de los poderes orgánicos, aunque hubiera de regir por lo pronto el *Estatuto Provisional* que ella había dado, subsistía respetada por el Supremo Director, y mirada por los facciosos como un elemento de seguridad contra la absorción completa de la capital en el poder del Congreso y del Ejecutivo Nacional, acusados públicamente de ser monárquicos *altiperuanos* y favorecedores de la anexión al reino de Portugal.

Bastaba la personalidad provincial, individualizada en esta corporación anómala, y su propia incoherencia dentro del organismo regular nuevamente restablecido, para que por el impulso de sus preocupaciones y de su carácter propio, se impregnase de un espíritu ajeno á las instituciones nacio-

nales, é inclinado á simpatizar con las vociferaciones de la oposición local. Llevábanla á eso los rumores de los alarmistas, de que todas las tropas de la capital tenían orden de marchar á Mendoza para maniobrar sobre Chile. Buenos Aires iba, pues, á quedar desguarnecida: al albedrío de los portugueses, que entraban por la Banda Oriental de acuerdo con el rey de España y con la facción de los monárquicos que rodeaban al Supremo Director, y que predominaban en el Congreso, cosa esta última que por desgracia era cierta. La JUNTA DE OBSERVACIÓN participaba de estas alarmas; ó si no las tomaba como fundadas, tenía interés en arrogarse la pretensión de defender la seguridad de la capital, y de mancomunar así su influjo y su existencia con el sentimiento del común de la ciudad. Decidida á obrar en ese sentido provocó una conferencia con el Ayuntamiento, que por interés personal de sus miembros y por el espíritu de su instituto estaba naturalmente inclinado también á gestionar todo cuanto pudiera interesar á la seguridad y defensa de la ciudad, y no poco alarmado por consiguiente de que se le extrajesen los tres batallones veteranos con que contaba. Los primeros pasos fueron confidenciales acerca del Director; pero como éste se mantuviera firme en la resolución de acumular las tropas en Mendoza, los miembros de una y otra corporación, que de ningún modo querían ir hasta la sedición, ni autorizarla, buscaron un término medio que, manteniéndolos en su terreno, les evitase un conflicto directo con el Supremo Director y el estallido de la situación anómala en que estaban colocados. Ese medio fué representar la

necesidad de que se garantizese la seguridad de la capital, y de que para todo evento se formase prontamente un ejército de seis mil hombres de línea *bajo condición ó compromiso público de que en ningún caso y por ningún pretexto ó motivo podría sacárseles fuera de su recinto* (8).

(8) «Siendo Buenos Aires como el baluarte de la libertad, expuesta más que otra á las *miras ambiciosas de un poder extranjero*, y la que por su situación local *debe ser el blanco de sus embates*, debe por lo mismo ponerse en un estado imponente de respetabilidad *capaz de resistirlos*. Por desgracia ha llegado la época en que los continuados esfuerzos que *ha hecho* la capital para reparar los contrastes de nuestras armas han *casi agurado* sus recursos: miles de hombres arrancados de su seno y de su campaña han compuesto las filas de sus ejércitos: se ha desprendido *generosamente* (*sic!*) de millares de brazos robustos útiles al incremento del país y necesarios á la agricultura y cultivo de su fértil territorio en los esclavos que ha redimido y demás jóvenes de que ha hecho soldados. Las fatigosas campañas de la Banda Oriental, Perú y Mendoza han sido, y lo son, sostenidas por las legiones que con repetición han salido de Buenos Aires, que empeñado en llevar á cabo la gloriosa lucha de la libertad, que proclamó la primera, no ha reparado en sacrificios y todo lo ha prodigado. YA NO TIENE QUÉ DAR NI DE QUÉ VALERSE SI NO AGOTA SUS RECURSOS, ¿Y SERÁ PRUDENTE EXPONERLOS FUERA DE SU SENO, dejándose á sí misma INDEFENSA, al riesgo de ser la PRESA de sus enemigos, y de abrir con su ABANDONO una espaciosa puerta á la SUBYUGACIÓN de las demás provincias? Estamos persuadidos que no, y que las provincias hermanas mirarían con EXECRACIÓN un descuido tan CRIMINAL: principalmente en circunstancias las más CRÍTICAS y NOTORIAS de verse la capital de Buenos Aires AMAGADA POR LA APROXIMACIÓN DE UNA FORMIDABLE FUERZA EXTRANJERA. Es, pues, preciso pensar en su propia seguridad, de la que depende la seguridad de las demás

Un miembro de la Junta y otro del Cabildo: don Felipe Arana por la primera, y don Francisco Ramos Mejía por el segundo, fueron comisionados para presentar esta petición á nombre de la ciudad al Supremo Director, y para observarle que Buenos Aires no debía ser privado de los batallones que guarnecían la plaza, ni debía ser depuesto Dorrego

provincias; porque (ojalá fuese VANA PRESUNCIÓN) es incontestable que la suerte que corra Buenos Aires debe ser, tarde ó temprano, el destino de todas las demás.»

Con estas consideraciones, que, como se ve, contienen en el fondo los mismos reproches que la oposición hacía á los planes del gobierno, se autorizaba la JUNTA DE OBSERVACIÓN y el Cabildo para «INCITAR» al Supremo Director «á fin de que por los medios que estén á su alcance y facultades, se sirva con la exigencia y prontitud que requieren las circunstancias, decretar la organización de una fuerza de línea fuerte de CUATRO MIL INFANTES, y en COMPETENTE NÚMERO de caballería, bajo la base INALTERABLE DE QUE EN NINGÚN CASO Buenos Aires debe carecer de esta fuerza veterana, ni SALIR ella de su territorio mientras dure la presente guerra por la libertad; «quedando al arbitrio del gobierno poder hacerlo (es decir: *hacer salir*) con respecto á los jefes y oficiales siempre que lo exija el bien del estado.»

El peligroso carácter de las opiniones dominantes, y de las alarmas en que se hallaba el pueblo, puede deducirse de lo que sigue, para hacerse una idea de las complicaciones desgraciadísimas que amargaban la situación: «Nos lisonjearnos de que esta sola idea facilitará la alta de estas nuevas tropas. La certeza de que jamás serán expuestas á los *padecimientos y horrores* de las campañas en *países lejanos*, será un aliciente é incentivo para toda clase de sus habitantes, que los induzca é incline á presentarse gustosos á militar en ella; y en el prest que disfruten encontrará un recurso seguro con que sostenerse y sostener sus respectivas familias sin el desconsuelo de verse precisados á separarse de ellas».

por ser general el prestigio y la confianza que inspiraba su arrojo, su decisión y sus aptitudes militares. El Director les dijo que aceptaba como cosa acertadísima la creación de una nueva guarnición de seis á ocho mil hombres de las tres armas, y debidamente dotada para la defensa de la provincia. Pero se resistió enérgicamente á tomar el compromiso de no disponer del batallón número 8, una parte del cual estaba ya en marcha á Mendoza á las órdenes del mayor García. En cuanto á Dorrego fué también insistente. Era indispensable, dijo, que marchara con ese cuerpo que debía ser elevado á regimiento, y que no sería destituido, porque el gobierno y el general San Martín estaban inspirados por un patriotismo demasiado puro para desconocer su importancia y la del general Soler en una campaña como la que iba á emprenderse. Pero el Director agregó que el gobierno deseaba meditar algún tiempo más sobre esto y que contestaría oportunamente á la Junta y al Cabildo.

Con fecha 20 de septiembre contestaba en efecto, en una forma rara que parece á la vez decreto ó nota, y decía: «Tomando en consideración las poderosas reflexiones aducidas en la nota del Excelentísimo Cabildo y Honorable Junta de Observación y coincidiendo en los mismos principios de conveniencia común de todos los pueblos, *que han impulsado á estas respetables Corporaciones á proponer el proyecto que se detalla, he venido desde luego en aprobarlo como una medida capaz de poner el país á cubierto de cualquiera agresión extraña.*»

En seguida se aprovechaba con habilidad de la instancia que las dos corporaciones provinciales le

hacían á que se armase. Eso era lo que él también quería, para tener con que imperar á su vez sobre los díscolos de adentro. Sin perder tiempo mandó que se sacasen NOVECIENTOS VEINTE hombres de los TERCIOS 1.º y 2.º de CÍVICOS, del batallón urbano de Pardos y Morenos y de los seis regimientos de las milicias de campaña que de acuerdo con los reglamentos de aquel tiempo dependían directamente del Cabildo y no del Poder Ejecutivo. Remontó así en pocos días el personal del batallón de ARTILLERÍA que mandaba el coronel Pinto, oficial de orden, de poco genio pero sensato y sumiso. Completó del mismo modo el batallón de GRANADEROS ARGENTINOS, que por el ascenso del general Soler á mayor general del ejército de los Andes, había quedado á las órdenes del comandante don Celestino Vidal, oficial seguro también por su carácter leal, y destituido de aspiraciones. Y para tener bajo su mano á los oficiales que andaban disponibles mandó formar una legión de honor que resultó muy numerosa: la hizo dotar de buenas armas, y la sujetó á severa disciplina y diarios ejercicios. Al mismo tiempo expidió un decreto mandando levantar un numeroso batallón de libertos con uno por cada tres de los esclavos que pertenecieran á los españoles ó á las iglesias, que fuesen americanos y solteros; con uno por cada seis de los que pertenecieran á hijos del país casados, exceptuando á los de viudas y de huérfanos. En el preámbulo del decreto en que daba estas órdenes hacía á los ALARMISTAS este reproche de debilidad y de cobardía: «Los peligros que sólo abaten á las almas débiles, han sido siempre los primeros agentes de la constancia y

magnanimidad de los pueblos de nuestra nación; y aunque la suerte de la patria en medio de los riesgos que la circundan parezca VACILANTE á la vista de nuestros ENEMIGOS, ella se apoya en las virtudes cívicas de los que se han consagrado á defenderla; y no hay contraste capaz de alterar el destino que nos ha concedido el Dios de la justicia, mientras exista en el corazón de cada ciudadano el amor á la libertad, y mientras cualquier sacrificio sea menor que nuestra resolución á sostener á todo trance los derechos santos que hemos proclamado».

Moralizado en la ciudad con estas medidas el influjo de la autoridad legal, el Supremo Director consideró llegado el momento de desarmar las malas inspiraciones de los sediciosos haciéndoles comprender que se creía seguro en su puesto, y que estaba resuelto á salvar el orden y la disciplina militar á toda costa.

La voz pública, como ya dijimos, señalaba la imprenta de la *Crónica Argentina* como un foco de donde partían los chismes, los pasquines, y todo cúmulo de papeles subversivos que tenían inquietas y alzadas las pasiones populares. Numerosas delaciones, motivadas quizá, aunque no estuviesen justificadas, llegaban con insistencia á los oídos del gobierno haciendo recaer sospechas muy graves sobre el general Soler, sobre el general French, sobre el coronel Dorrego y sobre otras personas de influjo y de apasionado arrojo. El general Soler era un militar de buena cabeza, ambicioso y brávo, muy severo y cumplido en los actos de su carrera, de una competencia reconocida en la organización de las tropas, pero soberbio y bastante impetuoso para

echarse en una aventura arriesgada contra el orden, sin preocuparse mucho de las malas consecuencias que pudiera tener el hecho. Aunque la gente juiciosa no tenía mucho concepto de sus condiciones políticas, ni de la seriedad moral de su carácter, lo miraban sin embargo con respeto, con miedo también, por su importancia militar. El Supremo Director, que se consideraba de una habilidad diplomática muy superior al temple y á la resistencia del general, no quiso proceder contra él antes de llamarlo á una entrevista, á la que desde el principio le dió el tono franco y fácil de una conversación amistosísima. Empezó por confiarle las dudas que le inspiraba y por quejarse de que no fuese su amigo; le llamó la atención sobre las angustias de su puesto; su anhelo exclusivo de levantar los elementos militares del país para dar grandes formas á la guerra de la Independencia y llevar las banderas argentinas en manos de sus bravos hijos por todo el continente; le hizo columbrar la gloria que á él, uno de los primeros, si no el primero entre los generales argentinos después de San Martín, le estaba reservada en la campaña de Chile y en la reconquista del Perú. ¿Qué era, al lado de esta grande perspectiva, un miserable motín ayudado de facciosos sin elevada ambición, que, al otro día de servirse de él, habían de conspirar contra su persona y envolver el país en una borrasca de calamidades que lo hundirían en su ruina final?

Lisonjeando su orgullo con destreza (y con verdad también) le hizo pasar en revista todos los militares del país para que se estimase en lo que valía, pues era el único de su grado que podía lla-

marse verdadero hombre de guerra; esa era la opinión del general San Martín, que hacía instancias de todo género para que se le mandase á Mendoza con el empleo de segundo jefe del ejército y cargo de mayor general. El resultado fué satisfactorio: Soler se entregó á los deseos halagüeños del Supremo Director; el 5 de septiembre fué nombrado CUARTEL MAESTRE Y MAYOR GENERAL *del ejército de los Andes*; y el 19 del mismo mes, alejado ya de la imprenta de la *Crónica Argentina*, iba en camino de Mendoza con asombro y grande descontento de los que habían contado con él para dar un vuelco á la situación.

De los otros indicados como comprometidos en la conjuración, había dos solamente que pudieran tenerse por peligrosos. Uno era el general Domingo French, muy señalado entonces en el movimiento político de la capital, aunque muy oscurecido después. El otro era el joven coronel del batallón número 8 de cazadores don Manuel Dorrego. El primero, agitador incansable desde los primeros días de la Gran Semana de 1810, tenía poco de suyo en la opinión pública: era mirado como un patriota aturdido y novelero. No era un militar en regla que hubiera mostrado aptitudes distinguidas en el mando, ni hecho campañas serias, ó contribuído con una personalidad acentuada á los sucesos importantes de la guerra. Agréguese á esto que su devota adhesión á la feble figura de Rondeau, á quien en 1816 nadie tomaba en cuenta para cosa que valiera, lo ponían en un punto de vista muy desfavorable, ante los mismos con quienes se había ligado, y so-

bre todo con Dorrego que les había declarado con energía que nunca consentiría en levantar de nuevo á Rondeau. Los otros personajes del grupo, como don Pedro José de Agrelo, don Manuel Moreno, Pasos Silva, eran hombres de palabras exageradas, inquietos, bulliciosos, incómodos pero incapaces de reconcentrar fuerzas de acción ó de opinión para dar con éxito un golpe de mano, sin que los encabezase un jefe capaz de imponerse por la rapidez de la ejecución y por el acierto de las medidas.

El único que por sus talentos, su audacia y su pericia militar podía ocasionar serios temores era, pues, el coronel Dorrego, señalado como el adversario más franco y descubierto del gobiernó. La ardiente sinceridad de su republicanismo, el brillo de sus ideas y la elocuencia apasionada de sus críticas, lo tenían de punta contra las veleidades monárquicas del Congreso, que con empeño raro insistía en que se recabase el apoyo del rey de Portugal para colocar uno de los príncipes ó princesas de su real familia en el trono de Buenos Aires. En muchos, debiéramos decir en los más, estos trabajos producían una duda inquietante. Pero Dorrego no dudaba: la duda no era un estado posible de su espíritu. Creía sin vacilar que la invasión portuguesa venía mancomunada con el rey de España y entendida también con la «tenebrosa logia» que tenía en sus manos el gobierno secreto del país. Si Dorrego no estaba ya comprometido á encabezar una revolución armada contra el gobierno, estaba en el camino fatal de tomar ese compromiso, como

él mismo lo reveló después de manera tan explícita que no admite la menor atenuación (9).

A lo que resulta que los documentos oficiales y de lo que sabemos por informes verbales de perso-

(9) Al regresar del destierro en 1820, el coronel Dorrego fué calumniado é insultado por Fr. Francisco Castañeda; y contestó con una hoja suelta de donde tomamos estas palabras que nos parecen de mucho interés, y muy necesaria también para juzgar con imparcialidad las cosas y los hombres de aquel tiempo: «Son bien notorias las causas con que me persiguieron Pueyrredón y los *Caballeros de la Mesa Redonda* (la logia) que maquinaban con él. Pero si el unirse los oprimidos para sacudir el yugo de unas autoridades que habían hecho la LIGA JESUÍTICA para obstruir el curso de las leyes, considerándolas, no como un depósito que debían administrar y mejorar, sino como propiedad de que podían disponer *ad libitum*; si el haber derribado las barreras de la libertad civil, que son las leyes que protegen *la libertad de censurar la conducta de los servidores del público, y la seguridad individual del ciudadano*; si el haber reducido toda la Sociedad á la situación humillante de existir, no bajo la protección de las *leyes conocidas* sino por la gracia del Supremo Director; haber expatriado patricios y arrojándolos en playas extranjeras sin más formalidad judicial que la que se usa para exportar mulas; y sembrar todo el mundo civilizado de estos monumentos de nuestro oprobio é ignominia CUANDO una PARTE DEL TERRITORIO SE MUTILABA, y el resto se ponía en pregón. Si todo esto con lo infinito más que podría agregarse no justifica la resistencia á un gobierno establecido, en el concepto de un fraile que quisiera estar todavía en posesión de las *parrillas y asador* que la civilización le ha arrancado de las manos, para tostar y asar hombres en este siglo como en los que han precedido, por eso no será menos cierto que la razón y el derecho natural autoriza á todo hombre á repeler la fuerza con la fuerza. Porque si bien hay *sublevaciones* contra la autoridad legítima, que son altamente *criminales*, en cuanto sacrifican la seguridad

nas inmediatas á los sucesos, al Supremo Director le costaba decidirse á proceder violentamente contra Dorrego, á pesar de las instigaciones y de los cargos que por no hacerlo le dirigían de todas partes y aun del seno mismo del Congreso. Muchos días había sido materia de acuerdos el determinar lo que se haría con este joven cuyo mérito era por todos reconocido. El Supremo Director lo estimaba muchísimo y repetía á cada instante: «¡que era lástima que fuese *alocado* y peligroso!» Como jefe divisionario, Dorrego estaba colocado en primera línea por todos nuestros militares de aquel tiempo; y antes de que la campaña de Chile pusiese en evi-

y el bienestar de la sociedad, á la ambición de los que las promueven, hay también REVOLUCIONES NECESARIAS Y JUSTAS y sin las cuales jamás habrían salido unos pueblos del estado de servidumbre, ni elevádose otros al grado de prosperidad y de esplendor que hoy disfrutan. La libertad de escribir, única seguridad de todos los demás derechos civiles, sin la cual todos los estatutos, reglamentos y constituciones no son más que una mofa, y que debe ser patrimonio inenajenable del patricio: esta libertad en el estado de infancia á que la había hecho retroceder la administración Congresi-Directorial, no tiene garantía más poderosa que la que resulta de los principios individuales del depositario de la autoridad pública sobre la naturaleza y valor intrínsecos de este derecho. Los principios que profesaba ANTES la persona que actualmente tiene las riendas de la administración interna, SON BIEN CONOCIDOS; y cuanto se han FORTIFICADO DESPUÉS de su expatriación filantrópica á las REGIONES FEDERALES de los Estados Unidos de América, es cosa demasiado pública.» (*Respuesta á algunas preguntas, etc., etc., que se han publicado en los papeles mordaces y sediciosos que corren con el título de «Despertador Teo-Filántropo» y «Desengañador Gauchi-Político».* Por un *protervo Barbado*. Imprenta de Foción, 1820.)

dencia á otros, ninguno había en nuestro ejército que tuviese mayor y más merecido nombre que él. A todos los que contribuían á los reservados acuerdos del gobierno se les ocurría que debía procederse con él como se había procedido con el general Soler. Pero precisamente por sus nobles cualidades se dudaba de que se aviniese á dar la espalda á los compromisos que ya hubiera contraído. El Supremo Director accedió por fin á las instancias de dos de sus secretarios—López y Obligado—y llamó al coronel Dorrego á su despacho.

Por desgracia, lamentable y enojoso fué el resultado de la entrevista. El coronel Dorrego desechó todas las insinuaciones del Supremo Director; protestó que prefería ser castigado y aun fusilado antes que obedecer á la orden de marchar con su batallón á ponerse bajo las órdenes del general San Martín; y fué por último tan rebelde á la disciplina y tan descomedido en palabras, que el Supremo Director, profundamente ofendido lo despidió, resuelto á castigarlo con el último rigor. Fué un grande dolor para los miembros del gobierno, saber este resultado y ver que era irremediable la triste suerte del joven coronel (10).

(10) En publicaciones anteriores he presentado una exposición anecdótica de la entrevista del Director con el coronel Dorrego, tal cual la he oído referir á mi padre y al doctor Tagle; que, aunque no la habían presenciado la tenían del señor Pueyrredón; el primero se la oyó referir en los días inmediatos al suceso, y el segundo pocos meses después, con motivo de unas cartas de diputados del Congreso que consideraban excesivo el proceder y el castigo. Por estas razones voy á insistir en mi anterior versión. Tomaré en cuenta papeles que me mostró después el

Además de la gravedad del incidente como acto de insubordinación, y de que había vehementísimas sospechas de estar por reventar una revolución, es menester tener presente también el sombrío y aterrante aspecto que el cuadro de la nación presentaba en esos mismos días.

Entonces era, como hemos visto, cuando Juan Pablo Bulnes y don José Javier Díaz en Córdoba, se alzaban confabulados con las insurrecciones de Caparrós en la Rioja, y de Borjes en Santiago del Estero; cuando la invasión portuguesa, los realistas triunfadores en Jujuy y en Chile, y las montoneras desmelenadas de Artigas, de Entreríos y de Santafé, hacían terrible (pero sublime) la lucha titánica de los elementos vitales del orden social contra el ímpetu animal de la anarquía y de la barbarie que estrechaban y acometían á la capital de todas partes.

En medio de este amenazante desorden, todos los que tenían algún interés en la vida culta de la sociedad argentina, el Congreso, San Martín, Belgrano, Güemes, la burguesía patricia del municipio, tenían puestos sus ojos y su confianza en Pueyrredón. Él era quien respondía del orden público; él quien respondía del poder y de la victoria de nuestros ejércitos; él quien tenía que imponer

coronel don Mariano E. Moreno, que según él creía, desautorizaban el fondo de la entrevista; pero que en todo caso desautorizarán, no mi versión de la entrevista, sino los documentos oficiales emanados del mismo Pueyrredón que van á verse. Dejo esta discusión para un *Apéndice*, porque tratarla aquí sería demasiado largo, y perturbaría la conexión del texto.

los sacrificios y que endurecer la mano á las riendas del carro en el declive violento del precipicio.

A la luz de este siniestro incendio, del tumulto de las pasiones y del desorden de intereses que se provocaban unos á otros, se hacía azarosa la situación de Belgrano en Tucumán, y difíciles de llenar las exigencias de San Martín en Mendoza, por la destemplada oposición que levantaban sus propósitos de lanzarse á Chile llevándose la única fuerza sólida con que contaba la nación. Pero estaba resuelto, y era preciso hacerlo. Sospechaba el Director, ó lo sabía por conductos secretos, que los revolucionarios esperaban la marcha de San Martín para pronunciarse. Esperando, pues, el momento favorable, trataba de aquietar la opinión haciendo protestas de su resolución á salir al encuentro de los portugueses en defensa de la Banda Oriental, y ganaba tiempo con medidas previas en este sentido. El general San Martín comunicó que á mediados de diciembre ó principios de enero de 1817, á más tardar, saldría de Mendoza en camino de Chile. Había llegado, pues, el momento de prevenirse y de dar principio á la represión de los conspiradores que amenazaban perturbar el orden.

En la tarde del 15 de noviembre el coronel Dorrego fué repentinamente reducido á prisión y embarcado en un buque que en ese momento estaba al salir para las Antillas. El Supremo Director creyó necesario justificar esta medida manifestando los motivos que lo habían forzado á tomarla, y dió además un decreto sobre el deber que el gobierno reconocía de atender á las necesidades de la familia

del coronel, en atención á los heroicos servicios que la patria argentina le debía (11).

La medida fué cruel y excesiva, no tanto en sí misma cuanto por la manera iracunda de ejecutar-

(11) El manifiesto decía: «Siendo tan criminales y escandalosos los actos de insubordinación y ALTANERÍA con que el coronel don Manuel Dorrego ha marcado sus servicios en la carrera militar, debiéndose á ellos que el señor brigadier Belgrano lo hubiese separado y confinado en 1813 del ejército auxiliar del Perú, y en 1814 hiciese igual demostración el general en jefe del ejército de Cuyo don José de San Martín, de que existen antecedentes justificados en la secretaría de guerra sin que hayan bastado á contener su genio discolo y tumultuario las *suaves* prevenciones de sus jefes, ni la seria y formal reprensión que recibió del gobierno, cuando por iguales causas se quejó el señor brigadier don Miguel Azcuénaga, siendo gobernador y comandante general de armas, de que también obran antecedentes en la Inspección general; antes bien haciendo alarde de su impunidad, ha repetido y reaggravado iguales delitos después de mi mando, reduciendo á conflictos la quietud y armonía de los pueblos hermanos, insultando oficialmente sus más respetables superiores (como me lo ha representado el señor Inspector general don José Gazcón, quien me ha pedido justamente su separación del Regimiento) (*) y lo que es más criminal, llegando al extremo *de amenazar á la misma autoridad suprema* de los pueblos de que se pasaría á la montonera, si no le otorgaba sus pretensiones: negarse al reconocimiento del Inspector General por no estarle comunicado particularmente su nombramiento, esto en audiencia pública, y á presencia del comisario general de guerra; y por último ha-

(*) Azcuénaga y Gazcón, personas muy respetables sin duda, de edad proveya los dos, y de buena posición social, eran cuanto puede haber de más ridículo como militares para los que realmente lo eran, y tenían grados ganados en campaña. Precisamente esa clase imbuída de figurones galoneados por obsequio, eran las víctimas constantes de la facundia irónica de Dorrego.

la. A un hombre de los servicios y méritos del joven coronel Dorrego no se le embarca así como si fuese un bulto despreciable, y sin más garantía ni decencia que «la recomendación hecha á un mari-

berme protestado con la mayor osadía, que consentiría primero su fusilación, que continuar sirviendo bajo las órdenes del general del ejército de Cuyo, á que estaba destinado, á más de otros gravísimos incidentes QUE RESERVO, y de que daré cuenta al Soberano Congreso Nacional: he creído pues un deber preciso de mi autoridad y *del orden sancionado* por el augusto Cuerpo, castigar ejemplarmente tan graves como públicos y justificados crímenes, EXTRAÑANDO PARA SIEMPRE á don Manuel Dorrego, como así lo extraño de estas provincias, *cuya tranquilidad, seguridad y fidelidad* (sic) forman el noble y sagrado objeto de poder, y autoridad que me han confiado los pueblos, y lo son igualmente los del Congreso de la nación en su soberano decreto de 1.º de agosto del corriente año. Con la misma fecha el decreto decía: «Si la ley imperiosa de la quietud del orden y de la salud de los pueblos, si la necesidad de castigar con imponencia actos sediciosos de insubordinación, si la urgencia de destruir en su raíz las nuevas convulsiones que preparaba contra el Estado la última conducta de don Manuel Dorrego han arrancado al gobierno la providencia dé su expatriación fuera de las Provincias Unidas, como indica el acto de esta fecha, la justicia y la ingratitud reclaman la memoria de los recomendables servicios que rindió á su país durante la gloriosa revolución en las ocasiones en que supo desviarse de los principios á que lo ha conducido la indocilidad de un genio que *ni la amistad ni el deber pudieron doblegar*: á este respecto y considerando que la esposa y la hija del citado Dorrego son dignas de la compasión y amparo de un gobierno imparcial, he acordado que sin embargo de haberse librado orden para que se le entreguen quinientos pesos *en el lugar de su relegación*, de no habérsele privado de los despachos de coronel á fin de que con ellos

nero extranjero y desconocido de que se le tratase bien». Los gobiernos no pueden abandonar el decoro y la justicia de sus actos al criterio discrecional de un agente eventual, tomado al acaso, é irresponsable como el que recibió ese encargo (12).

pueda presentarse en cualquiera de los Estados libres de América, de habersele recomendado con especialidad al comandante del buque que le conduce el mejor trato, disfrute su esposa doña Angela Baudriz y su hija doña Jabel desde la fecha del presente decreto la mitad del sueldo que por su clase obtenía el citado Dorrego, como un testimonio de la beneficencia y distinción con que la patria remunera los servicios de sus hijos aun siendo eclipsados por los mismos con los crímenes que la consternan».

(12) Dos de los secretarios se excusaron de firmar los decretos, aduciendo que tratándose de insubordinación militar ó conducta irregular de un coronel, el asunto correspondía exclusivamente al ramo de guerra. Véase el Apéndice, *Deportación del coronel Dorrego*.

CAPITULO VI

LA INVASIÓN PORTUGUESA Y LOS PARTIDOS ARGENTINOS

SUMARIO: Primeras impresiones.—El Congreso y la política portuguesa.—Aprobación de los pasos de García.—Disidencia de Pueyrredón.—Prudencia aparente y artificiosas reservas.—Mistificación hecha al Congreso.—Las instrucciones reservadas y reservadísimas.—Inquietud y angustias de la opinión.—Mala fe de las simpatías por Artigas.—Incompatibilidad de este caudillo con la intervención del gobierno argentino.—La invasión militar.—El plan de Artigas.—Su completa derrota en el *Cuarahin*.—Derrota de Rivera en *India muerta*.—Efervescencia en Buenos Aires.—Difícil posición del gobierno.—«La Crónica Argentina».—Ineficacia de las instrucciones enviadas por el Congreso.—Misión del coronel Vedia.—Pueyrredón y Lecor.—Una circular de Artigas contra Pueyrredón.—Marcha de Lecor sobre Montevideo.—Angustiosas solicitudes de las autoridades artiguistas de Montevideo pidiendo auxilio al gobierno argentino.—La Comisión.—El acuerdo.—El júbilo público.—Desconfianzas y temores de los hombres prudentes.—Un artículo anónimo de don Manuel Moreno.—Cavilaciones del supremo Director.—Conferencia con los señores López y Tagle.—Suspensión de medidas definitivas.—Indignación de Artigas contra el acuerdo celebrado por los comisionados orientales.—Vindicación concluyente de estos señores.—Virulencia excesiva de «La Crónica Argentina».—La conjuración y la resolución inminente.—Consejo privado en el gabinete.—Condiciones morales y generales de estas situaciones.—Represión y deportaciones.—Manifes-

to del Director.—Un batallón oriental al mando del coronel Bauzá deja el servicio de Artigas y se hace trasladar por los portugueses á Buenos Aires.—Los deportados contestan desde Baltimore (Estados Unidos) al manifiesto del Supremo Director.—Vindicación de éste, escrita por don Ign. Núñez.—La conjuración comprobada por confesión de los conjurados.—Ventajas que dió el restablecimiento del orden.

Este breve período, de septiembre á diciembre, se hace más dramático todavía con la intervención secreta que el Congreso tomó, desde Tucumán, en los incidentes diplomáticos de la misión en el Brasil. Los Directores interinos Alvarez-Thomas y general Balcarce, como sabemos, habían dado cuenta, y recabado también una explícita aprobación de los primeros pasos y propósitos con que el señor García se proponía adelantar las negociaciones. Pero este señor había advertido también «que no le era permitido comunicar por escrito datos sumamente reservados y de grande importancia para los intereses argentinos»; por lo cual sería muy acertado que el gobierno enviase á Río Janeiro una persona de posición y crédito, que comprobase las cosas por sí mismo, y regresara con el testimonio de sus propias indagaciones. Que además de esto, el señor Lecor, general en jefe de las tropas portuguesas, y su secretario don Nicolás Herrera (1), iban autorizados por el rey para dar todas aquellas explicaciones y hacer los acuerdos que fueran necesarios á la tranquilidad y confianza del gobierno argen-

(1) Era oriundo de Montevideo, y había sido ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del gobierno de Buenos Aires en 1814. Véase tomo IV, pág. 396.

tino; de modo que sería muy conveniente también entablar comunicación privada con ellos por medio de un agente experto y prudente que supiese mantenerlos en buenas relaciones, con el necesario influjo para que no estallase ningún compromiso que pusiese en peligro el acuerdo de ambos gobiernos en los grandes fines del momento.

El general Balcarce, su ministro el señor Tagle y el Congreso, estaban tan acordes con las ideas y propósitos de García que creyeron completamente inútil hacer la comprobación que él les pedía; y lejos de eso le escribieron: «El gobierno descansa todo en el celo y patriotismo de usted... De todos modos los pueblos están resueltos á no sufrir otra vez el yugo de fierro de los españoles, y á *no tratar con ellos de especie alguna de conciliación*. Este convencimiento debe dirigir todos los pasos de usted al estrechar sus relaciones con ese gabinete. Todas las gentes de juicio cuentan—además de los esfuerzos que nos restan por hacer en la lucha—con los principios liberales que ha manifestado Su Majestad Fidelísima el señor don Juan VI; y fundan sus esperanzas en los proyectos magnánimos que debe inspirar á Su Majestad la aproximación de nuestras provincias (2). No omita usted medio alguno de inspirar confianza á ese Ministerio sobre nuestras intenciones pacíficas y el deseo de ver terminada la guerra civil con el auxilio de un poder respetable, que no obraría contra sus propios inte-

(2) Alude á la erección del Brasil en reino independiente de Portugal, y á la abolición del régimen colonial en esa gran porción de la América del Sur.

reses cautivando nuestra gratitud... El Congreso está conforme con cuanto asegure la INDEPENDENCIA y SEGURIDAD del país; y previene á usted que obre bajo esta garantía con toda franqueza y empeño» (3).

Déjanse ver en estas palabras las miras profundamente calculadas de una cabeza fuerte, y esencialmente política como la de Tagle, que de un golpe de vista había ya comprendido todas las fases de la cuestión portuguesa, en el presente y en el porvenir, y que la caracterizaba con sus tres rasgos capitales: independencia, seguridad exterior y expulsión del caudillo de la anarquía.

Pero viene el gobierno del señor Pueyrredón, y en medio de las furias suscitadas por «la política portuguesa de Balcarce, de Tagle, de García», política que había dado en tierra con ellos, tiene que tomar una actitud prudente y expectante. Se ve obligado á maniobrar de modo que pueda suprimir primero á los facciosos, y adquirir después bastante libertad de acción para determinar con calma las resoluciones que el gobierno debía tomar en cuestión tan espinosa como esa. Deja las responsabilidades de los actos anteriores y el compromiso de la negociación sobre los hombros de García, mientras él, para no comprometer su posición, se dirige al Congreso avanzando dudas, desconfianzas, embrazos y escrúpulos (que no tenía) y que apenas eran una manera hábil y diestra de que no se le em-

(3) Comunicaciones del 4 de mayo de 1816, firmadas por el Director Interino general Balcarce y por su ministro el señor Tagle.

pujara á uno ni á otro lado del terreno resbaladizo y angosto que tenía que atravesar, hasta que llegara á ser dueño de sí mismo: «Llamo vuestra atención (decía en una proclama) á las operaciones de la nación limítrofe, que con mano armada ha penetrado en el territorio ocultando sus futuros designios, los principios en que funda su agresión, la connivencia que tenga con nuestros enemigos naturales (los españoles) afectando el tono altivo de dictar la ley á los «pueblos hermanos» á quienes imponga su yugo, y recatando acaso la intención de llevar adelante sus miras».

Que el Supremo Director no tenía estas dudas ni estos temores, y que semejante lenguaje estaba calculado nada más que para hacer efecto en las calles de la capital, es cosa que se cae de su propio peso; porque bien sabía él que García tenía mano en todo ese negocio: que al dar cuenta de esas operaciones cuyo carácter se fingía ignorar, había dicho categóricamente á lo que se dirigían y dónde se limitaban; y, después de todo, si el Supremo Director reprobaba esa política y estaba resuelto á mirarla como atentatoria y dañosa á los intereses argentinos, su primer paso debió haber sido desautorizar al comisionado que actuaba en Río Janeiro: substituirlo con un representante genuino de las ideas del gobierno. ¿Era eso imprudente porque pudiera traer un rompimiento con Portugal? ¿Por qué no aceptar entonces las indicaciones de García, y referir las indagaciones á un agente especial que las rectificase en el terreno mismo de los hechos, para traerlas al gobierno con la reserva del caso? Pero desde que el Supremo Director, lejos de pro-

ceder así, mantenía al señor García en el carácter oficial con que el gobierno anterior lo había acreditado mostraba estar bien seguro de que ese agente era un hombre incorruptible, un patriota á toda prueba, incapaz de contemporizar con nada que pudiera poner en peligro la independencia de la patria, y dotado de una habilidad consumada para llevar la negociación á los fines capitales que el mismo Director deseaba obtener de todo corazón. Así es que la aparente divergencia no era otra cosa que diversidad de posiciones personales y de compromisos inmediatos. El uno tenía que cortar el viento contrario dentro del proceloso golfo de la agitación argentina: el otro, que sacar el mejor partido de un poder extraño, movido por intereses propios; pero ambos se hacían justicia y se entendían á pesar de todo. Así es que el buen sentido público no se engañaba; y si algunos los miraban como conniventes en el mismo crimen, todos sospechaban que con miras acordes buscaban iguales resultados.

El que cayó en un error bastante gracioso, por no decir bastante desairado, fué el Congreso, que, tomando á lo serio las alarmas del Supremo Director, entró á combinar medios heroicos de que la invasión portuguesa, que tan grande amenaza se decía ser para el país, se bonificase y fuese un medio de salvación, sin más que ponerle en las manos un obsequio mucho mayor que el que ella misma apetecía, y que de seguro no ambicionaba tampoco poseer. ¡Curioso episodio por cierto!

El Supremo Director había oficiado al Congreso en 16 de agosto, enviándole las comunicaciones y cartas que García había dirigido al señor Balcarce,

en la inteligencia de que aun ocupara el gobierno, y le decía: «Hoy mismo han llegado á mis manos las últimas comunicaciones del *enviado de este gobierno* cerca de la corte del Brasil correlativas á las anteriores (4) y en los propios términos dirijo éstas en que ya parecen expresos los conceptos que indicaban las primeras (5). Así espero que á la mayor brevedad posible *me dicte* Vuestra Soberanía las reglas que yo deba observar en el caso tan próximo que se anuncia» (6). Poco después escribía bajo reserva poniendo en sospecha el criterio del señor García y hasta su probidad oficial: «Sus comunicaciones son tan misteriosas y tan poco caracterizadas que el gobierno se cree con motivos para aspirar á su mejora (7). Su empeño en interpretar constantemente como favorable un paso de suyo tan equívoco, como es la invasión de los portugueses, y de referir la sanción de los intereses de este país ante un general de ejército, *hace lugar al deseo de un nuevo género de relaciones*».

Dirigirse al Congreso en términos tan vagos, y tanto más alarmantes cuanto más reservado era el carácter que se les daba, era poner en confusión el ánimo de los diputados, harto conmovido ya por las controversias y fantasías en que se hallaban en-

(4) Pueden verse en los caps. III y IV.

(5) Véaseles en el mismo lugar.

(6) Proceso de alta traición formado en 1820 contra la administración del señor Pueyrredón y contra el Congreso, página 43.

(7) No sabremos decir si la palabra *mejora* se aplicaba á obtener mayor claridad, mejores condiciones, ó mejor proceder.

vuelos. Para hacerles justicia es menester que también nos hagamos cargo de la situación en que se hallaban, cuando el Supremo Director, mejor informado que nadie, y bien avisado de la política que había de seguir, ponía sobre ellos, que estaban ciegos como se ve en las cartas del señor Darregueira, nada menos que la responsabilidad de discutir, y de dar una sanción que resolviese las dificultades. Aislados en el Tucumán del año 1816, sumido entonces en la soledad y el desierto; ávido el oído, por un lado, al eco de las dianas del cercano ejército de Pezuela, y por el otro, al ronco bramido de la anarquía provincial brotando allí en derredor suyo, esos buenos patriotas experimentaban todas las angustias morales de la inseguridad política y de la inseguridad personal. De vez en cuando pasaba un transeunte que iba sembrando por los caminos la noticia de que Buenos Aires quedaba ardiendo en un incendio voraz. Artigas, al decir de otros, había trasladado sus hordas á las cercanías de la capital, que unidas á las bandas santafecinas la sitiaban y la tenían reducida al último apuro. Otro contaba que había aparecido en el puerto la expedición española; que el pueblo se había levantado en masa; que Pueyrredón había sido asesinado; días de prolongado silencio después. Y aunque estos rumores viniesen y pasasen sobre las alas del viento al través de las pampas, el ánimo quedaba acongojado, porque si bien la catástrofe no se había consumado, no era menos cierto para todos que ella estaba en la naturaleza de la situación y en el curso fatal que llevaban las cosas.

Creía, pues, el Congreso que el país se hallaba en el límite de su existencia, y que era llegado ya el momento de echar mano del último recurso que podría salvarlo. El Supremo Director se les presentaba fluctuando, al parecer, y sin ideas fijas. Pedía reglas para conducirse, y no sabía qué pensar de García ni del gobierno portugués. Instado así por el jefe mismo del Estado á tomar la iniciativa, el Congreso la tomó de acuerdo con sus principios y con lo que creía ser necesidad extrema del país. Siguiendo sus inspiraciones bien conocidas, bajo el honrado influjo del general Belgrano, desde luego se contrajo á formular el plan, con que debía llevarse la negociación de Río Janeiro, para interesar al rey de Portugal en una solución, que salvando la independencia argentina, fuese también gloria suya, con honra y provecho de su dinastía.

Así que le llegaron las notas del Supremo Director el Congreso formó una comisión especial encargada de estudiar el asunto y de formular un despacho.

El señor García había observado que era muy conveniente que se mandara un agente privado á Río Janeiro, y otro al cuartel general del señor Lector, con los encargos de que antes hemos hablado. Creyó, pues, la comisión que el gobierno debía empezar por ahí. En consecuencia, procedió á redactar doble serie de instrucciones, para gobierno de esos agentes, una *reservada* y la otra *reservadísima*. Nombró al coronel mayor don Florencio Terrada para que pasase con carácter público al campamento portugués, y al ciudadano don Miguel Irigoyen

para que fuese á Río Janeiro con carácter privado (8).

Según las instrucciones reservadas (que fueron sancionadas en la misma fecha en que se presentaron) el comisionado público debía comenzar por ponerse al habla con don Nicolás Herrera; saber de él las miras del gabinete brasileño, y comunicarle su autorización para tratar con el general Lecor, de buena fe y con el vivo deseo de mantener la paz, con tal que la condición indeclinable fuera *la libertad y la independencia de las provincias representadas en el Congreso*: lo que muestra á las claras que el Congreso abandonaba la Banda Oriental á su propia suerte en la contienda de Artigas con Portugal. Era esto entrar de lleno en la política de García. Pero como el Supremo Director había mostrado desconfianza sobre el particular, el nuevo comisionado debía recabar del señor Lecor y del señor Herrera datos acerca «de las transacciones celebradas por García con el gobierno del Brasil», ya fuera obteniendo los documentos, ya un relato oficial y detallado, si aquellos no existieren en el archivo del ejército; y además de esto la declaración terminante de que el único fin de la invasión sería poner en orden la Banda Oriental, y de ninguna manera ocupar á Entreríos, que era y debía

(8) El señor Irigoyen (don Miguel) sujeto honorable y de noble nacimiento, era cuñado del general Concha, y tío carnal por consiguiente de los dos generales españoles de este nombre, el marqués del Duero, y el marqués de la Habana que reclamó con justicia ante el gobierno argentino, compensación por los bienes paternos de que les privaron los gobiernos revolucionarios de nuestro país.

ser territorio de Buenos Aires. Encargábale también el Congreso que diese una idea muy lisonjera del crédito y del respeto que el Congreso y el gobierno gozaban en todo el país, «y que dijera que á pesar de la exaltación de las ideas democráticas, el Congreso, la parte sana é ilustrada de los pueblos, y aun el común de éstos, estaban dispuestos á un sistema monárquico moderado, bajo las bases de la Constitución inglesa, á fin de estrechar así sus intereses y relaciones con el Brasil hasta el punto de identificarlos en la mejor forma posible». Que con estas promesas moviese al gabinete del Brasil «á declararse protector de la libertad é independencia de estas provincias, restableciendo la casa de los Incas y enlazándola con la de Braganza, lo que hará que unidos ambos Estados se aumente tanto la importancia y el poder de este continente que pueda balancear el del viejo mundo». Esto era como se ve, un cómico comentario de la cabeza de Belgrano sobre las vistas sensatas y trascendentales que García había arrojado en sus comunicaciones acerca de la alianza de los dos países, pero que jamás habían ido hasta abrir ó iniciar la menor idea de una negociación de esta clase. El Congreso iba todavía más lejos: «Si después de los más poderosos esfuerzos para obtener lo anterior, fuese rechazado, propondrá la Coronación de un Infante del Brasil, ó la de otro cualquier Príncipe extranjero, con tal que no sea de España, para que enlazándose con alguna de las infantas del Brasil gobierne bajo la constitución que le dará el Congreso». Por inocente que la cláusula pareciese, tenía su grano de grande malicia, pues recomendaba que en caso de

aceptar Portugal algunas de estas proposiciones, «tomase á su cargo el allanar las dificultades que presentara España», encargo bastante difícil y gravoso por cierto.

Las instrucciones reservadísimas comenzaban por recomendar que el comisionado tratase de «orientarse con sigilo y circunspección de la conducta pública de Herrera y de García en el Brasil, de las intenciones y sentimientos que se les hubiese traslucido con respecto á dicha corte y á la de España, de lo cual diera noticia al Congreso por conducto del Supremo Director». Esta cláusula, indigna y absurda á la vez, era un simple resultado de las vaguedades y reservas que el Supremo Director había avanzado al dirigirse al Congreso. Y más singular es, que cuando el Congreso no tenía fundamento ninguno que pusiera á García bajo semejantes indicaciones, le encargaba al comisionado que: «Si se le exigía que estas provincias se incorporasen á la del Brasil, se opusiera; pero que si después de apurados todos los recursos se insistiese, dijese como cosa suya, que lo más á que podía llegarse sería «á que formando un Estado distinto del Brasil reconocieran por su monarca al rey de Portugal, mientras mantuviera su corte en este continente, bajo una constitución, etc., etc.»

El mes de noviembre se pasó con grandes ansiedades acerca de las miras de la invasión portuguesa. Era tal la inquietud de los ánimos, y tanto el terror que inspiraban los rumores de que Portugal venía aliado con España y con Inglaterra, que el sentimiento general del pueblo, en pugna con todos sus antecedentes, comenzaba á pronunciarse en

el sentido de un acuerdo cualquiera con Artigas, aunque fuese reconociéndole ó consagrando el poder autocrático que se atribuía en los territorios fluviales del Uruguay y del Paraná hasta Corrientes, donde una barbarie ruda imperaba, sin otra religión ni otro principio común que la licencia que cada uno de los cabecillas locales que martirizaban al país, como partidarios y agentes *libres* del protector oriental. Pero, decían en Buenos Aires, ¿qué hemos de hacer? Esas provincias están pobladas por cuarenta ó cincuenta mil bárbaros, que armados obedecen á un bárbaro como ellos; que son más valientes y arrojados; y que por lo mismo es imposible que defendamos el país sin ellos, si somos atacados como ya lo estamos viendo. No tenemos tiempo que perder: esto es urgente, y el gobierno se está haciendo criminal en alto grado con su inercia, decían unos, con su traición, decían muchos otros. La *Crónica*, dejándose extraviar por los rencores del momento, salía del terreno verdadero de la política juiciosa en que debiera haberse conservado, y emprendía una reivindicación indirecta de Artigas. Lo presentaba como una necesidad forzosa del momento, y pretendía sincerar su conducta á favor de los conflictos pasados. «El Director Posadas, decía, recibió todavía las provincias verdaderamente unidas; y los pueblos, en medio de sus justos resentimientos, *aun esperaban de la Asamblea su constitución federativa*. La misma Banda Oriental, con acuerdo del general don José Artigas, nombró sus diputados, que la *facción* de aquel señor repugnó que se incorporasen. En consecuencia de esta política se sucedieron con violencia los rom-

pimientos de las provincias y de los pueblos. Respondan ahora los autores de aquella idea: ¿cuáles han sido en la práctica sus verdaderos resultados?»

Los que esto escribían habían sido partidarios del general Alvear, miembros de la Asamblea General Constituyente de 1813 á 1815; habían sido encausados y sentenciados por su participación en aquellos sucesos, y sabían por consiguiente que al presentarlos ahora bajo la faz que les habían dado los facciosos de aquel tiempo, incurrían en falsedades á cual más indigna de la consecuencia que todo ciudadano honrado debe á sus principios morales. Falso era que la Asamblea hubiese tenido jamás por base el organismo federativo; falso que la Banda Oriental hubiese nombrado sus diputados; y por el contrario, al rechazar los agentes personales que sin más elección que la suya había querido Artigas introducir en ese augustó cuerpo, no hizo otra cosa que ponerse del lado de los ciudadanos de aquella provincia á quienes el caudillo había arrancado violentamente su derecho (9).

En cuanto á lo de la *constitución federativa* que estorbara en 1814 la «facción de Alvear» podría tomarse como un antojadizo sofisma en boca de otras personas; pero, de parte de los que ahora hacían esa referencia es algo peor que un sofisma.

No sólo habían sido parte principal en lo que ahora tachaban de criminal, sino que sabían que no hay Constitución federal posible sin concentración de vínculos interprovinciales, ó sin la unidad de

(9) Véase el vol. IV de esta obra, págs. 355 y siguientes.

administración general: y precisamente eso era lo que Artigas había repelido antes y repelía ahora. Don Manuel Moreno había ido á Montevideo como secretario del señor don Nicolás Rodríguez Peña, primer intendente y gobernador de esta plaza, después de rendida la guarnición española que la ocupaba; Agrelo, French, Pasos-Kanki, Valdenegro, etc., etc., habían sido actores, y todos ellos sabían que Artigas no era federal; que su ideal y sus pretensiones eran reanudar en sus manos todos los poderes discrecionales de un caudillo dominador y absoluto dueño de los recursos y fuerzas de la capital. Sabían que acceder á semejantes pretensiones habría sido lo mismo que reconocerlo por jefe general de la República y por mandatario efectivo de la capital, y que su dilema era «ó eso ó la guerra». La alternativa no podía ser más clara ni más forzosa; y la política del gobierno legal, delante de la invasión portuguesa no tenía otro temperamento posible que guardar abstención en esa lucha á muerte que iban á trabar á sus ojos los dos enemigos, y prepararse á obrar contra el uno, ó contra el otro, en mejores condiciones.

Poner los recursos y las fuerzas de la capital en manos del caudillo, habría sido armar al peor de los enemigos que tenía la nacionalidad argentina en ese instante; y siendo conocida por otra parte su ineptitud para manejar tropas regladas, en lucha contra tropas extranjeras, era evidente que semejante imprudencia no hubiera servido para otra cosa que para perder los escasos elementos del país, é ir de fracaso en fracaso hasta que el mismo caudillo arrojado al fin á este lado del Uruguay, vi-

niese á hacernos la guerra de vandalismo y disolución, en nuestro propio suelo y con nuestros mismos soldados. Nos habría desmoralizado y después de haber agotado todos nuestros recursos de acción y de defensa, habría justificado la alianza de Portugal con España, contra Buenos Aires y reduciéndonos al último trance. Artigas era por otra parte incompatible con la causa sagrada de nuestra Revolución. Bárbaro é intransigente, criado y enaltecido en las selvas, menospreciaba á los hombres cultos y á las leyes de la civilización, en cuanto no eran aptos para servir de instrumento á sus inicuos intereses. Simpático para con los malvados, no sólo porque él lo era, sino porque en ellos encontraba esa energía primitiva que de nada necesita, y que tanto sirve á los hombres del desierto para defender su aislamiento, era el protector nato de la impunidad de todos los delitos; y con esto atraía desde las demás las regiones litorales y conservaba siempre en sus campamentos volantes una multitud inmensa de vagos y de criminales, que de las otras provincias argentinas venían á ampararse en él, inclinados naturalmente á vivir de lo ajeno, y á violentar con las armas el derecho de los demás á favor del profundo trastorno en que se hallaba hundido el país aquel por donde vagaban sus hordas (10).

Para poder apreciar la política que el Director acabó por adoptar, es indispensable que con una mirada rápida y concisa resumamos los negocios orientales y las operaciones de Artigas. Desde el

(10) Don Pedro F. de Cavia: *Biografía de Artigas y Tabla de Sangre*.

mes de junio de 1816, se supo, como hemos visto antes, que los portugueses enviaban á Santa Catalina una división de diez mil hombres, con fuerzas marítimas, destinadas á invadir el territorio oriental del Uruguay por la provincia de Río Grande. Bien informado de esto, Artigas despachó el 27 del mismo mes expresos urgentes á Entreríos, á Corrientes y demás guardias de la frontera, para que sus tenientes reuniesen sus divisiones. Ordenó también que en Montevideo y en los demás pueblos se armasen cuerpos de infantería con todos los vecinos capaces de tomar armas, y que los dirigiesen inmediatamente al CUARAHIN frente á *Santa Ana*, á donde él mismo se dirigió con su campamento general. Puesto en este movimiento, hizo que el guerrillero Verdum fuese á situarse con las divisiones entrerrianas sobre la línea del mismo Río CUARAHIN, diez y ocho leguas más abajo de *Santa Ana*, en comunicación con el comandante Sotelo que ya ocupaba también paralelamente un punto avanzado por la parte occidental del Uruguay. Dos divisiones correntinas que pasaban de 2,500 hombres, al mando de ANDRESITO (indio guaraní á quien Artigas había dado su apellido) recibieron orden de correrse sobre el Alto Uruguay para caer de improviso y oportunamente, por el Este, sobre las MISIONES, y apoderarse del pueblo de SAN BORJA, capital de esa provincia. Artigas tenía, como se ve, la resolución de llevar la guerra al territorio enemigo, de expulsar á los portugueses del Alto Uruguay, atacar á *San Pablo* y entrar en Río Grande por la retaguardia de los invasores, para obligarlos

á retroceder en auxilio de sus propias provincias, y desocupar la Banda Oriental.

El proyecto, aunque atrevido, era absurdo en sí mismo, pues aún cuando hubiera logrado sus primeros intentos, no quedaba menos expuesto á ser batido por el ejército invasor en Río Grande que á serlo en el Estado Oriental. Desde que la fuerza que llevaba no le permitía contar con posesionarse de las provincias brasileñas, sus fuerzas tenían que quedar inutilizadas para la defensa de su país que era lo único correcto y juicioso.

Cuando Artigas supo que la expedición del general Lecor entraba en la Banda Oriental por Cerro Largo, soltó sus bandas sobre las fronteras; y había procedido con tan rara y singular reserva, que incendiaba y talaba el país enemigo sin que nadie le hubiera notado todavía por aquellos lados solitarios del Alto Uruguay (11). Los habitantes, verdaderamente sorprendidos con este brusco ataque, se retiraban despavoridos al interior; y como al fin ellos eran tan montoneros como los gauchos orientales, apelaban también á la guerra de recursos y de partidas, mientras los jefes veteranos hacían esfuerzos consiguientes para reunir fuerzas sólidas y poner en acción sus medios de defensa. El coronel Abreu logró en efecto reunir una división; al mismo tiempo el general Curado, reconcentrando las fuerzas de *Río Pardo*, venía también á situarse en *Ibirapuitan Chico* para cubrir la margen izquierda del Uruguay.

(11) *Revist. Trim. de Hist. e Geog.* N. del 26 de Julio de 1845 (periódico brasileño). Nota de la página 127, art. *Campanha de 1816*.

En los primeros encuentros, aunque puramente parciales, las divisiones de Artigas merced á la sorpresa y á su bravura habían triunfado por todas partes. Puede señalarse como reñido, glorioso y sangriento el combate de *Santa Ana*. La posición de las fuerzas portuguesas era apurada. Verdum, atravesando el *Cuarahim* se había situado en IBIRACOAY. No sólo apoyaba allí por su izquierda las fuerzas de ANDRESITO que habían entrado en Misiones y que sitiaban á *San Borja*, sino que se ponía en aptitud de flanquear por su derecha al general Curado, avanzando hasta *Santa María* para que Artigas lo embistiese por el frente. Con esta operación quedaba cortado también el coronel Abreu, que procuraba socorrer á San Borja. Pero por desgracia, Verdum, cuya posición era tan ventajosa, no supo ó no pudo impedir que una división veterana de 800 hombres de infantería y cinco cañones, al mando del brigadier Costa se incorporase con el general Curado. Y habiendo recobrado el general portugués una efectiva superioridad con esa incorporación, pudo reforzar al coronel Abreu para que cayese sobre Sotelo y en seguida marchar rápidamente sobre ANDRESITO. El uno y el otro fueron en efecto completamente deshechos. La caballería de Artigas tuvo que huir desbandada por el paso del BATUY; parte de la infantería se salvó atravesando la margen occidental del Uruguay por el frente de San Borja; y la famosa invasión de Misiones acabó así por un completo descalabro, como era natural que sucediese dadas las cabezas que habían tomado á su cargo tan arriesgada operación de guerra. A favor de estas ventajas el general Curado lanzó al

brigadier Barreto con una fuerte columna, que atacó á Verдум y consiguió destrozarlo completamente sobre el río *Ibiracoay* el 19 de octubre de 1816. Se cuenta que los portugueses ejecutaron en aquel encuentro actos atroces contra los prisioneros, y contra las mujeres que en grande cantidad seguían los grupos que Artigas llamaba enfáticamente MI EJÉRCITO. Estas montoneras eran, como se ve, de poquísimísima consistencia para invadir y ocupar un país enemigo; y esto, además de que no era posible esperar que un plan tan descabellado, que no contaba con el apoyo de un ejército verdadero y bien dirigido, para operar con solidez y conservar el terreno avanzado con movimientos estratégicos, pudiera producir otra cosa que un grande descalabro. Pero Artigas, en su absoluta ignorancia de lo que eran las operaciones de la guerra sobre una escala formal, se había figurado que lo mismo era invadir un país enemigo que *guerrear* en su propia tierra, con *grupos libres*, contra fuerzas aisladas y divisiones pequeñas, que á cada instante se veían traicionadas, sorprendidas, flanqueadas y circundadas por la vaquía y por la iniciativa propia con que cada montonero es grande estratégico en sus pagos. Y hasta tenía la ridícula pretensión de haber inventado una táctica nueva de líneas semicirculares con otras pamplinas propias de su tonta infatuación y cortos alcances.

Artigas era hombre de una terquedad intratable. No comprendía nada de lo que era superior á su ridícula vanidad; y aunque conocía que su proyecto de invasión estaba perdido por el Alto Uruguay, se obstinó en volver á reunir sus montone-

ras, ya desmoralizadas, para continuar amenazando la frontera de *Santa Ana*. Mientras tanto los portugueses, trabajando activamente restablecían el orden en aquella frontera, un momento conturbada por la invasión: organizaban con solidez un verdadero cuerpo de ejército para entrar por allí también en la Banda Oriental, y trataban de cooperar así á los movimientos que Lecor ejecutaba por el Este con la división principal. Cuando este general supo que las fronteras del lado del Uruguay habían sido embestidas y sorprendidas por Artigas, detuvo las marchas con que se dirigía á ocupar á Montevideo, para optar según fueran los sucesos. Artigas había dejado delante de las columnas de Lecor al guerrillero Fructuoso Rivera con mil y tantos hombres, y á Otorguez con otra columna de la misma fuerza más ó menos, que obraban independientemente. Uno y otro jefe oriental obtuvieron algunas ventajas de detalle. Pero cuando Lecor vió que los brasileños habían logrado restablecer su superioridad por el lado del Alto Uruguay, maniobró con firmeza sobre Rivera, lo derrotó completamente en INDIA MUERTA, y desbarató también á Otorguez poniéndose en franquía para marchar con seguridad sobre Montevideo. Este era el estado de los negocios orientales y de las operaciones de Artigas á fines de noviembre de 1816.

Al llegar estas noticias creció de punto la agitación de los espíritus de Buenos Aires, y el Supremo Director comprendió que no podía mostrarse indiferente sin incurrir en graves responsabilidades, y atraerse la animadversión del patriotismo exaltado que por todas partes prorrumpía en amar-

gas acriminaciones. La situación del gobierno era sin embargo difícil y complicada. Artigas no había solicitado auxilios ni cooperación: se mantenía en la misma soberbia, en la misma animosidad que había mostrado siempre contra los argentinos: prefería sucumbir al peso de las armas brasileñas antes que reconciliarse con la organización política que de nuevo había concentrado el poder y las armas en el Directorio Nacional. Era, pues, un enemigo; y el país donde él mandaba era en realidad una nación extraña en guerra abierta contra el gobierno de las Provincias Unidas. Mandarle tropas y auxilios en este estado, habría sido enajenar la facultad de dirigir sus propias fuerzas, de inspeccionar el uso y la administración privativa que el gobierno tenía de sus propios recursos; y esto era de todo punto imposible. Proceder á invadir, por su parte, llevando la guerra á los dos enemigos que allí luchaban, habría sido absurdo. No lo era menos ponerse en guerra con Portugal gratuitamente sin poder operar en la Banda Oriental con tropas argentinas. Pero, algo era preciso hacer, porque al pueblo se le había puesto que la causa oriental era causa argentina á pesar de Artigas.

No se le ocultaba á Artigas que era bien conocido de los mismos que lo tomaban por bandera de oposición; que eran ellos los que en 1814 lo habían declarado traidor y bandolero; que lo odiaban, y que su primer acto, si conseguían recuperar el poder y concentrarlo en sus manos, sería exigirle subordinación, proscribirlo ó abandonarlo á su destino. Tampoco ignoraba que el interés más apremiante de los argentinos era librarse de él y hacer-

lo expulsar de la Banda Oriental; que la Banda Oriental no era, ni podía ser ya «provincia argentina», como afectaban llamarla, con evidente mala fe, los partidarios de la guerra, que eran en gran parte los mismos que dos años antes la habían declarado independiente y desligada, de hecho y de derecho, de toda comunidad política con el régimen nacional argentino. A la vista de todos estaba que el gobierno portugués, demasiado sensato y positivo, limitaba el movimiento expansivo de sus tropas en las riberas del Uruguay, y que en ningún caso era capaz de cometer el desatino de atravesarlas para enfrascarse en los vastos territorios occidentales. Pero, á pesar de todo eso, Artigas era demasiado astuto para no contar con el odio tradicional que se habían tenido las dos razas, y comprendía bien que las ciegas pasiones que ese odio engendraba en las multitudes irreflexivas, unido al espíritu de partido, debían tener bastante poder para avasallar las opiniones moderadas y juiciosas de la parte culta del país y de la capital. Aun cuando él no sacase más auxilio ni más provecho que promover así un vuelco de cosas en Buenos Aires, le bastaba eso por el momento para poner en llamas las provincias, y hacerse el árbitro necesario en el general trastorno del orden que provocaba. Abstenerse y resistir á la vocinglería estrepitosa de la demagogia guerrera, era como constituirse traidor y cómplice de la invasión portuguesa: ¡abominación de las abominaciones! Muchos de los hombres que rodeaban al Director comprimidos con este temor, opinaban que la indiferencia podía llevar al colmo los furores del pueblo y del populacho, una gran

parte del cual tenía armas y pasiones políticas en el seno de los tercios cívicos. Seguir su impulso, era por otro lado echarse á una aventura desastrosa, en el momento menos adecuado para tentarla. Pero llegaba á tal punto la obcecación de los enemigos del Director, que confesando ellos mismos que por sus propios corresponsales de Río Janeiro sabían que la invasión portuguesa había provocado un conflicto grave con España, aseguraban todavía que esa era una intriga de Pueyrredón para engañar inocentes; y persistían en proclamarse adeptos de Artigas». «Las últimas noticias de la Banda Oriental, decían, que corren hace dos días, son demasiado tristes: el general Artigas ha sido batido en parte, y los invasores avanzan como á ocupar Montevideo... aún se habla de que han entrado. Las comunicaciones de Río Janeiro dicen que el ministro español ha protestado formalmente contra esta invasión en el territorio del rey su amo. Que igual declaración ha hecho á los ministros de las otras potencias, manifestándoles las instrucciones que tenía para ello. No dudamos de ellas, pues aquel ministro ha permitido que su nota circule *como en confianza* hasta verla algunos corresponsales nuestros. Esta medida, que *sagazmente* se ha tomado, es probablemente *para soportar á los incautos*, y que queden persuadidos de que no hay combinación con los españoles... Muy atrasado en política deberá estar el que lo crea; y nosotros no dudamos que esta es una duda de las muchas tramas que urden los gabinetes... Nosotros tenemos por el contrario fundamentos poderosísimos para no dudar de la coalición; y que el objeto de la in-

vasión es tomar nuestras posesiones, conquistarnos y entregarnos otra vez á nuestros antiguos dueños» (12).

Sólo conociendo la intemperancia característica de don Pedro José de Agrelo, y las pasiones tenaces de don Manuel Moreno, puede uno explicarse que se publicaran semejantes desatinos. Entre tanto, en el fondo de las clases tranquilas, aunque sofocada y tímida, existía una opinión pública uniforme; y se sabe que cuando la opinión pública es verdadera no está discorde jamás con la moral ni con los intereses de una nación libre ó en camino de ser libre. El mérito del señor Pueyrredón fué saber tenderle la mano á tiempo; sacarla del encogimiento en que se hallaba; reconstituir con ella el buen crédito del gobierno, y esquivar una guerra descabellada en la que sólo tenía interés el bárbaro que la había provocado con crímenes y tropelías de todo género.

El Supremo Director consideró como cosa inútil las famosas *instrucciones reservadas y reservadísimas* del Congreso. El tenía su opinión reservada también sobre el particular. Sabía que no había objeto en ir á investigar ni tomar datos sobre la conducta del señor García. Conocía bien sus talentos; no había dudado jamás de su patriotismo, de su honradez ni de su criterio. Lo que había escrito al Congreso era simple cautela por lo difícil de su situación, y en previsión de contratiempos más ó menos probables en el interior. Mandar investigaciones era cosa que tenía graves inconvenientes: podía

(12) *Crón. Arg.* del 20 de agosto de 1815.

perturbar los trabajos de García cuyo éxito estaba en los deseos y esperanzas secretas del Supremo Director; y después de eso, suponiendo que el agente investigador regresase convencido del acierto y habilidad con que García llevaba la negociación, él tendría que descubrirse y salir del terreno de las dudas y de las ambigüedades en que le convenía continuar embozado, lisonjeando unas veces el sentimiento apasionado del pueblo, y dejando entre tanto que los sucesos se pronunciasen, para entrar en acción de acuerdo con los intereses argentinos (13).

Pueyrredón hizo á un lado las instrucciones del Congreso como cosa de muy poca cuenta, y tomó una medida de puro aparato, más ruidosa que seria, pero mejor calculada para hacer ilusión en el ánimo inocente del pueblo, y para favorecer al mismo tiempo la prudente expectativa en que deseaba mantenerse. Esa medida fué comisionar al coronel don Nicolás Vedia, no para ir á buscar datos, sino para entregarle al general portugués una reclamación enérgica que tenía todo el carácter de un *ultimátum*, y que terminaba con estas palabras: «á fin de evitar un rompimiento *requiero* de Vuestra Ex-

(13) Desgraciadamente cuando Sarratea publicó en 1820 las cartas y oficios reservados que encontró en el archivo secreto del Congreso, el señor García se consideró tan ofendido por los conceptos que el señor Pueyrredón había vertido, que nunca más le volvió su amistad, ni quiso aceptarle explicaciones de ningún género; y según hemos oído, ni los empeños del señor Rivadavia, ni los del general Las Heras fueron bastantes á sacarlo de la resolución de no volver á mencionar en pro ni en contra el nombre del señor Pueyrredón.

celencia que disponga que el ejército de su mando suspenda sus marchas y retrograde á sus límites, etc., etc.» (14).

Con esto solo bastará para que se comprenda que la comisión del señor Vedia tenía poca importancia. El general Lecor obraba por órdenes de su rey; se le había mandado que ocupase militarmente la Banda Oriental y la plaza de Montevideo; á nadie podía, pues, ocurrírsele que había de retroceder porque se lo ordenase un gobierno extraño. El Supremo Director se desviaba notoriamente con este proceder de las reglas elementales del caso. Debió haber dirigido el ultimátum al gobierno por cuyas órdenes se hacía la ofensa, y comenzar por retirar de su intermediación al agente que estaba acreditado para mantener con él las buenas relaciones. La comisión del señor Vedia era, pues, una simple manifestación, más intencionada para los partidos de adentro, que adecuada para producir efecto alguno sobre las operaciones portuguesas.

Lo que acentuaba más el carácter meramente aparente de la comisión era el encargo de conducir y entregar otras tres notas, una para el delegado Barreiro que gobernaba en Montevideo á nombre de Artigas; la segunda para el Cabildo de la misma ciudad, y la tercera para Artigas, que no sabemos si llegó á sus manos.

Estas tres notas tenían en verdad tantas palabras como protestas de interés; pero nada, absolutamente nada más en el fondo que el aviso de que

(14) *Of. del 31 de octubre en la Gacet. Ext. de diciembre 1.º*

el coronel Vedia marchaba llevando una enérgica intimación contra el gobierno portugués. Con ese motivo se le pedía al delegado Barreiro que le procurara todos los medios indispensables para que se trasladase á los puntos indicados en la comisión, y que permitiera que la goleta de guerra «Dolores» que llevaba al señor Vedia, quedase allí hasta su regreso.

Explicándose con el Cabildo, el Supremo Director decía que si hasta entonces se había abstenido de intervenir era porque «el silencio profundo del general don José Artigas» había contribuido á mantener en misterio los pasos de los portugueses; que hasta ese momento no los había conocido el gobierno sino por vías indirectas é ineficaces para fijar su juicio; y de ahí que no se hubiese hecho antes una intimación, ni se hubiese oficiado al jefe de los orientales «por esos documentos juzgará Vuestra Excelencia el interés que este gobierno se toma en la libertad general; y la sinceridad de sus votos por la seguridad de esos recomendables habitantes. Lejos siempre de mí (decía el Supremo Director) una política suspicaz, crea Vuestra Excelencia que obraré en «tono firme» y consecuente en cuanto sea relativo á la independencia de la patria, y á la DESEADA UNIDAD QUE APETEZCO ENTRE AMBOS TERRITORIOS».

Estos conceptos demuestran acabadamente que el Supremo Director intentaba poner como condición precisa de su cooperación en la defensa de la Banda Oriental, no sólo la sumisión de Artigas á las autoridades argentinas y al orden militar que eso exigiese, sino al restablecimiento de la integri-

dad nacional que Artigas había roto. Claro era que por grande que fuese el sacrificio que hubiere de hacerse, una vez traídas las cosas á ese punto no había modo de excusar la guerra. Los actos mismos de García en Río Janeiro no obstaban á esa solución. Pero también es indudable que Portugal habría bloqueado á Montevideo y á Buenos Aires en el acto; que habría buscado un arreglo natural con España; que los auxiliares argentinos no habrían continuado en armonía con los orientales; y que el resultado habría sido fatal y funesto para la causa de nuestra independencia. No había, pues, más política sensata que la política de García; y era imposible que un hombre como Pueyrredón no lo comprendiese, á pesar de estas apariencias que no podían tener otro fin que el de ir salvando los escollos interiores hasta poner las cosas en su verdadero centro de gravitación.

El coronel Vedia fué perfectamente recibido y agasajado en el cuartel general de los portugueses. Era un caballero finamente educado; sabía conversar con fluidez, con un tono reflexivo y modesto que lo hacía sumamente simpático, aún en situaciones en que no podía transigir como era ésta en que le ponía su comisión. Así es que á nuestro modo de ver, no fué «mero cumplimiento» sino merecida justicia, la que el general Lecor le hizo al final de la nota con que respondió á la intimación del Supremo Director. «De todos modos agradeceré siempre á Vuestra Excelencia haberme dado ocasión de conocer al señor coronel don Nicolás Vedia». Pero ningún otro resultado se obtuvo.

Precisamente en esos mismos momentos, llega-

ba allí á Montevideo la noticia del descalabro de Artigas en el norte, y de la derrota completa de Rivera hacia el este, en la *India Muerta*, y como esto hacía que fuese muy peligroso para el comisionado argentino atravesar la campaña desde *Santa Teresa* hasta Montevideo, tomó camino seguro á Maldonado; y ahí se embarcó de regreso á Buenos Aires, donde llegó el 7 de diciembre, trayendo la contestación del general portugués. Este documento era perfectamente consecuente con las declaraciones que el gabinete le había hecho al señor García. «Sus operaciones, decía, no pueden inspirar desconfianzas al gobierno de Buenos Aires, desde que han de limitarse estrictamente al territorio oriental, que está declarado en absoluta independencia del gobierno occidental, y desde que sus órdenes le imponían un completo respeto al tratado de 26 de mayo de 1812 que era la base inconvencible de la amistad entre los dos países... Yo continúo mis marchas que sólo pueden ser suspendidas por orden del rey mi señor; y si fuere hostilizado tomaré medidas de precaución. En breve, y de más cerca, tendré mejor ocasión de poder manifestar á Vuestra Excelencia cuán de buena fe son mis operaciones militares».

La sagacidad de Pueyrredón tenía su horma en la sagacidad de Lecor. Moralmente hablando, podría decirse que eran dos manifestaciones de un mismo tipo. Don Juan Federico Lecor era agudo, inteligente, cortesano tan experto y consumado como lo era don Juan Martín de Pueyrredón. Ni uno ni otro, aunque generales, eran verdaderamente *hombres de guerra* como militares. Su verdadero

terreno era la diplomacia y la política. Lecor, europeo y educado bajo las doctrinas de la milicia de corte y de las tradiciones clásicas, era naturalmente más inclinado á respetar más los elementos de guerra europeos que los nuestros; debía suponer que las tropas españolas eran muy superiores á las tropas argentinas, y que la expedición á Chile sería al fin, como la expedición á MISIONES de Artigas, una farsa ó una aventura que habría de acabar por una catástrofe. Consideraba que ya por este descalabro, ya por el estado de anarquía en que veía nuestro país, ese pretendido ejército de los Andes tenía que desgranarse en medio del desorden; que el Directorio caería dejando al país entero en manos de los montoneros y de la anarquía, y que la Banda Oriental debía quedar definitivamente anexionada á la corona de Portugal, y sin más enemigo serio que el rey de España.

La verdad es que se necesitaba ser *ciego* ó ser *argentino* para que esta previsión no fuese incuestionable á los ojos de un extranjero, y sobre todo de un general ó diplomático europeo, que tan poco acertados han andado siempre para juzgarnos y comprendernos. Con estos antecedentes, Lecor deducía lógicamente que el éxito de la política portuguesa consistía en contemporizar: en dejar al Directorio y á Artigas luchando con todas las dificultades de un avenimiento, que él trataba de aumentar haciendo notorio su amistoso comedimiento para con el Supremo Director y gobierno de Buenos Aires. De manera que avivadas las sospechas de los pueblos y de los caudillos acreciesen las mutuas desconfianzas y se imposibilitase toda tentativa de

concierto. Por cierto que el general Lecor no iba desencaminado en su astuto proceder, y prueba de ello fué la conducta frenética de Artigas.

Puesto en el colmo de la rabia por las derrotas del Cuarain y de la India Muerta, lanzó el 16 de noviembre una circular propia de un loco que, no teniendo cómo desahogarse, arremete á patadas y moquetes contra las puertas y murallas que le cierran el paso. Llamaba traidor infame y gran criminal al Supremo Director porque no le había mandado tropas y recursos (y lo curioso era que no los había solicitado); hacía saber á los pueblos argentinos que muy pronto iba á castigar á ese malvado, no sólo porque estaba empeñado en arruinar á los orientales, sino por la perfidia con que mantenía relaciones diplomáticas y comerciales con el gobierno portugués. Era, pues, cómplice de la invasión extranjera, y, por consiguiente, debiendo su gobierno ser tratado como un enemigo, «hizo cerrar absolutamente todos los puertos de la Banda Oriental al tráfico de Buenos Aires y de sus pertenencias, y mandó embargar todos los buques y mercaderías argentinas que se hallasen en ellos, haciendo responsables á todos sus jefes y caudillejos de la costa por la menor infracción que se cometiese á lo mandado.

Sea que Barreiro no conociese la circular de Artigas, ó que lo creyere vencido y sin poder para estorbar la reincorporación de la Banda Oriental á la unión argentina, el hecho es que había iniciado una política de concordancia con el gobierno de Buenos Aires totalmente opuesta á la del caudillo, y animada al menos con el deseo de poner en defensa la

plaza de Montevideo sobre la cual marchaba ya el general portugués. Barreiro se dirigió al Supremo Director; pidióle con urgencia auxilios, y le aseguró que estaba resuelto á firmar el pacto de la reconciliación, reincorporándose al gobierno nacional. El Supremo Director aceptó la indicación siempre que la base fuese el reconocimiento del soberano Congreso y del Poder Ejecutivo Nacional. Sin esto le declaró el gobierno que no podía proceder á embarcar tropas, armas ni recursos; y como el caso era ya urgentísimo, se le recomendaba al delegado Barreiro que se decidiese con toda brevedad, pues de otro modo sería imposible la operación y se atribuiría el fracaso á falta de interés ó de pérfida complicidad con los portugueses (15).

Tanto más necesaria era esta precaución cuanto que no hacía sino tres meses que Artigas había cometido un acto de la más baja perfidia. Fingiéndose escasísimo de armas y municiones, al amago de la invasión portuguesa, había hecho que el Cabildo de Montevideo pidiese este auxilio al gobierno de Buenos Aires; y se cometió la debilidad de remitir á *fray Bentos* como seiscientas armas entre sables y fusiles con una gruesa cantidad de pólvora y de plomo. Mas como Artigas contaba con la revolución que se preparaba para derrocar á Pueyrredón, remitió todo ese armamento á Santafé para que los montoneros de esta provincia, coaligados con él y en rebelión armada contra el gobierno nacional,

(15) Estos documentos son parte del Archivo Secreto del Congreso de Tucumán que está depositado en el Archivo de la Cámara de diputados de la provincia de Buenos Aires.

estuvieran prontos y armados á marchar sobre la capital en apoyo de los revolucionarios, y pudiesen entre tanto interceptar y apresar los piquetes y convoyes de armas y pertrechos que el gobierno remitía á los ejércitos de los Andes, de Tucumán y de Salta. La cosa fué tan pública y tan sabida de todos, que fué materia de explicaciones entre Barreiro y Pueyrredón, entre Pueyrredón y Lecor, sin que se escapara el señor García en Río Janeiro de oír cargos y de tener que dar disculpas sobre la irregularidad del hecho.

Destrozado Artigas en el *Cuarahim*, á la extrema izquierda de su línea de defensa, y derrotado Rivera en la *India Muerta*, al extremo de la derecha, Lecor dejó las inmediaciones de *Santa Teresa* y se puso en marcha hacia Montevideo. Barreiro consideró entonces perdida la plaza si el gobierno argentino no ocurría rápidamente á guarnecerla. Llamó á consejo al Cabildo, y el día 6 de diciembre se resolvió á prescindir de notas y mandar á Buenos Aires una comisión compuesta de don Juan José Durán, alcalde de primer voto, de don Juan Francisco Giró, regidor y juez de menores, y de don José Vidal, regidor tesorero y juez de mercado, vecinos ricos los tres y de lo más respetable que en su clase tenía aquel municipio. Se les dió orden de que partiesen en el día, proveyéndolos de una credencial ó poder en que Barreiro, como delegado de Artigas decía: «Por tanto faculto AMPLIAMENTE Y SIN LIMITACIÓN NINGUNA á los dichos señores (aquí los nombres y cargos) para que en mi nombre y representación traten, estipulen y convengan con el Gobierno Supremo de las Provincias Uni-

das de la América del Sur cuanto concierna á la defensa de la plaza y de sus incidentes» (16).

Dirigiéndose en seguida al Supremo Director en igual fecha, trataba Barreiro de disculpar á «Su Xefe» (son sus palabras), y alegaba que al lanzar éste la circular de noviembre ignoraba que se hubiera comisionado al coronel Vedia y dirigido una intimación al general Lecor; «pero esta tardía medida (observaba) se ha tomado mucho después de estar consumada la invasión sin que se hubiera auxiliado con tropas al general Artigas, á pesar de las indicaciones que este Cabildo hizo para que se le remitiesen». ¡A la verdad que el argumento es curioso, y más curiosa todavía era la exigencia de que sin más que eso, se auxiliase con tropas á un enemigo armado y pérfido, y se declarase guerra á otro enemigo, sin más interés que dar gusto al primero que era el peor!... «Lo de Santafé, seguía diciendo Barreiro, fué efecto de chismes y de alarmas que le hicieron temer á mi Xefe que se trataba de avasallar aquella provincia al Congreso y al Ejecutivo de Buenos Aires (Nacional)...

«Yo le juro á usted por mi honor (!) que he sentido infinito tener que escribirle ese largo oficio. Pero como usted en el suyo me pide explicaciones sobre la circular de mi general, yo me he visto en la precisión de hacerlo. ¿Qué quiere usted? Hay la fatalidad de mil complicaciones... sucedieron los lances de Santafé, don José Artigas recibió partes que debieron exaltarlo. A usted se le dijo lo de la pólvora remitida á aquella ciudad... Se fueron fo-

(16) *Colección Lamas*, 287-288.

mentando las sospechas: la distancia agrandó los motivos... Pero la defensa común es lo que debe inspirarnos: ahoguemnos cuanto pueda influir en atrasarla. Este es el supremo interés y la suprema ley. Exija usted. TODO ESTÁ HECHO. Ahí va una diputación formal. No perdamos un instante, y que veamos de una vez garantido el fruto de tantos trabajos. Yo le ruego á usted por la voz sagrada de la patria que en un día quede todo arreglado... Juro otra vez á usted en nombre de mi Xefe, que será restablecida muy en breve la confianza y más sincera amistad, como corresponde entre hermanos; que se removerán los motivos que recientemente han turbado nuestra próxima reconciliación, y que reunidos nuestros esfuerzos *con la actividad y energía* que exige el conflicto de nuestras circunstancias, podemos contar como infalible el triunfo contra el enemigo común... Las garantías, que prometo, decía, siempre que Vuestra Excelencia se preste á hacer causa común con esta provincia contra el ejército portugués que la invade, son pruebas nada inequívocas de *cuán distante estoy de pensar en otra cosa que en la unión*». «¿Es posible, decía en seguida, que tengamos que emplear todavía tiempo en contestaciones? ¿Cómo convencerlo á usted de la sinceridad de mis pasos? La conveniencia general grita por remover todo obstáculo».

Estas grandes conveniencias del país, estos sacrosantos deberes del patriotismo y de la nacionalidad, habían nacido, en el concepto de Artigas y de Barreiro, el mismo día en que los portugueses los amenazaban. No habían existido antes—cuando Salta y Tucumán gemían y luchaban en mares de

sangre contra España cuando Chile caía, haciendo indispensable redimirlo por interés de la causa y de la propia dignidad: no habían existido cuando Buenos Aires se hacía pedazos para arrancarle á España las murallas de Montevideo y por asegurar la causa de todos arrojando sus hijos á millares en el Perú. Durante todo eso, no se trataba de la causa de Artigas ó de Barreiro y no había por consiguiente INTERÉS GENERAL para ellos. «Nuestra salvación está vinculada exactamente á la actividad, y es preciso que aprovechemos hasta los minutos». Así hablaba ahora este nuevo patriota que había felicitado oficialmente á «Su Xefe» por la derrota de los porteños en SIPE-SIPE.

Los comisionados de la Banda Oriental llegaron el día 8 de diciembre por la mañana muy temprano. Fueron recibidos y oídos inmediatamente por el Director y por el secretario de gobierno don Vicente López. El Director se mostró muy solícito por la causa de los orientales: ofreció que no cesaría de dar auxilios de armas y pertrechos, *como lo había hecho hasta entonces, siempre que Artigas los emplease contra los invasores extranjeros, y no en armar á las montoneras argentinas que guerrearán contra la autoridad legítima del Congreso, como ya lo había hecho inicuaamente, sin querer comprender los deberes y las necesidades de su difícil posición.* Pero el Director declaró también categóricamente, que no entraría de una manera oficial en la guerra, guarneciendo con tropas argentinas á Montevideo y poniendo un ejército en la campaña oriental, mientras no fuese sobre la base sòlemne de que Artigas y los orientales reconocieran al Con-

greso General y la autoridad suprema del jefe de la nación.

Los comisionados invocaron consideraciones de prudencia y de vanidad que en los primeros momentos debían tenerse presente para ir salvando los obstáculos poco á poco. Pero el Director les declaró que hablar de eso era perder el tiempo, y que nada, absolutamente nada le haría *atenuar* esta condición indeclinable, porque él no podía disponer de los recursos y de la sangre del país sino para el país mismo; que si Artigas quería ser independiente y enemigo del gobierno de las Provincias Unidas, no era justo que éstas se sacrificasen por él en semejantes momentos y en una lucha tan llena de peligros. Los comisionados hubieron de conformarse, pues sus credenciales eran *amplias y sin limitación alguna*, como se ha visto. El Director encargó á su ministro que acordara y que redactara el convenio con los comisionados, mientras se citaba al Cabildo, y á la Junta de Observación y Corporaciones, para darles cuenta de lo actuado y obtener su sanción. A las doce del día estaba hecho y sancionado el convenio cuyas cláusulas capitales son estas: *Primera*, obediencia jurada al Soberano Congreso y al Supremo Director por la Provincia Oriental, entrando ésta en la UNIÓN como una de las tantas provincias que la formaban. *Segunda*, juramento de la independencia nacional proclamada por el Congreso enarbolando el pabellón argentino y enviando inmediatamente diputados al Congreso en razón de su población. *Tercera*, envío de fuerzas y auxilios para la defensa y para la guerra. Otro convenio reservado explicaba el ar-

título tercero y determinaba que el gobierno argentino se comprometía á mandar con toda urgencia á la plaza de Montevideo un cuerpo de mil hombres, 200 quintales de pólvora, 100,000 cartuchos, 1,000 fusiles, 8 cañones de bronce de calibre mayor, y seis de tren volante, con lanchas para sacar las familias de la plaza (17).

Difícil es dar una idea del alborozo, de la expansión y de las manifestaciones de entusiasmo en que la ciudad entera prorrumpió desde que se supo el resultado de la negociación. De todos los cuarteles y de todos los cafés se levantaron al aire centenares de *cohetes voladores*. Las salvas de artillería atronaban el aire. Delante de todas las tiendas y casas particulares se arrojaban millares de *cohetes de la India*. Por todos los suburbios los cívicos hacían fuego de pólvora con sus fusiles; grupos de mozos alegres de la clase popular cuajaban las *pulperías* de mayor crédito en los barrios del *Alto*, de la Concepción, de Monserrat, de San Nicolás y del Socorro hablando ya de ir á batirse con los portugueses. En los cafés más aristocráticos y en las plazas se organizaban grupos con algunas músicas y banderas cielo-blancas, que seguidos de un pueblo inmenso recorrían las calles *viveando* á la patria, al gobierno, á los orientales, y aún al mismo Artigas. La casa del señor Riglos en que se habían alojado los comisionados orientales estaba

(17) En el mismo día 8, llenos de júbilo y satisfacción los comisionados daban cuenta á Barreiro del éxito completo de su encargo y de esa remesa que hemos copiado textualmente del oficio original, y que se inserta en la *Colección Lamas*, págs. 291 á 293.

materialmente atestada de gentes que venían á felicitarlos (18).

Ante un suceso tan inesperado y repentino, la *Crónica Argentina* no tenía más remedio que declamar al unísono del pueblo y de lo que en aquel día eran la opinión prevaleciente (19).

(18) Alguien le dijo á Pueyrredón:—¡Qué bueno sería tener ahora á Dorrego!—Realmente—contestó,—era el hombre para Artigas: el diablo se lo llevaba á uno de los dos.

(19) «Hoy ha adquirido *nueva vida* la patria, y es muy glorioso para el gobierno actual haber cortado la anarquía que irremisiblemente hubiera perdido aquellos valiosos territorios (de la Banda Oriental)... El peligro común es el mejor cáustico para cortar la gangrena política: nada hay peor que la dominación extranjera; ¡y qué dominación! ¡¡¡Portuguesa!!! Que sin duda es peor que la española, pues son sin comparación más ignorantes, más supersticiosos, más intolerantes, y *por eso se han unido* para subyugarlos, hombres que se arrodillan todavía delante de un príncipe como si fuera la Deidad; que sin embargo de estar bajo la tutoría de Inglaterra, no han podido hacer progreso alguno en la civilización y cultura de las costumbres: que son verdugos de la especie humana: díganlo los millares de esclavos, que gimen en su dominación con vergüenza de la humanidad. Este es el gobierno que ahora ha armado la guerra de la *Santa Cruzada* para hacer cesar la anarquía de la Banda Oriental, y restablecer el orden, á fin de que la revolución no cunda en los dominios de S. M. F. A la verdad que la empresa es filantrópica... pero acuérdesse el rey Fidelísimo que está en un hemisferio donde los reyes no se miran como deidades á quienes toda criatura debe adorar. Y vosotros, bravos orientales, deponed esos falsos temores que son el aliento de los espíritus turbulentos que viven de la discordia... el amor á la patria es el vínculo más fuerte de la naturaleza... Quieren entregarnos al déspota y fanático

Había, sin embargo, muchas personas de grande criterio y talento político, que miraban como un error lamentable y de funestísimas consecuencias lo que el gobierno acababa de pactar con los orientales. Para ellos (y tenían razón) Artigas era incompatible con toda política regular que propendiera á dar cohesión á las leyes y al gobierno de la República; y lamentaban el profundo trastorno de cosas y de principios que debía producir una alianza como esa, propia sólo para consagrar el imperio de los caudillos y el movimiento subversivo y brutal de las masas populares. La *Crónica* decía con este motivo: «Sería muy conveniente que *esta CLASE de hombres hiciese un paralelo entre su situación actual y la que tenían antes de los trastornos populares: entre sus esperanzas presentes y las que podían formar durante el sistema español: entre lo que el país exige para terminar la grande obra empezada, y lo que sería útil en el curso ordinario de las cosas. Pensar que la Revolución debía reducirse á que los americanos suplantasen á los peninsulares en el ejercicio de los empleos, é imitarlos en su conducta; pensar que verificado aquel trastorno trascendental al interés, al brillo y comodidades de muchas familias de que no se podía desprender el país, era dable poner un punto á la efervescencia popular que debía provenir de aquella grande mutación; es entregarse á un campo matizado de INSIGNES QUIMERAS en que no habitan la naturaleza*

Fernando, el patricida... Nuestra causa tiene muy serias consecuencias; y puesto que el honor se opone á toda humillación; no hay más que *ferro rumpenda per osten est* *vía.*»

ni el corazón humano. Tanta locura viene, pues, á ser el declamar ahora en contra de la *Revolución*, como lo es el declamar contra las enfermedades de los hombres. Después de grandes desórdenes y abusos, el cuerpo político viene á un estado convulso *que lo lleva á la SALUD, ó á la MUERTE*; y supuesta la existencia de aquellos antecedentes, *esta crisis* es natural y necesaria en uno y otro caso. Pero formar una LIGA contra los mismos elementos *que deben entrar en esta operación* política (hablamos de las VIRTUDES REPUBLICANAS) y empeñarse en aparecer *cortesanos*, importa tanto como arrebatarse al nuevo edificio de sus *cimientos*, y quererlo transportar de golpe donde no los tuviese.... (20).

«(20) Está aquí tan evidente la mano de don Manuel Moreno, que para tocarla no tenemos más que reparar las palabras que hemos subrayado y que son trasunto textual de las que su hermano don Mariano esculpía, diremos así, con *estilete* de acero en la *Gaceta* de 1810: «Algunos, transportados de alegría por ver la administración pública en manos patriotas cifran la felicidad general en la circunstancia de que los hijos del país obtengan los empleos de que antes eran excluidos. Aunque laudables estas ideas son mezquinas y el estrecho círculo que los contiene podrá alguna vez ser tan peligroso al bien público como el mismo sistema de opresión á que se oponen. El país no sería menos desgraciado por ser hijos suyos los que lo gobernasen mal etc.». Como se ve la *Crónica Argentina* es aquí el comentario de la *Gaceta* de 1810, y es sabido el profundo respeto, la veneración filial con que don Manuel Moreno reproducía siempre como texto incontrovertible cuanto había escrito ó dicho su ilustre hermano. Por lo demás, puede tenerse presente que don Pedro Andrés García, hombre competentísimo en la materia, decía que Moreno era en la *Crónica*, *insuflador del massuna Pasos* (Kanki) y el autor de la defensa de

El Supremo Director estaba también inquieto. Por momentos le venía la idea de que los sucesos y la presión popular lo había echado en una aventura peligrosísima. Cuanto más pensaba más difícil se le hacía comprender cómo podría formarse comunidad de miras y armonía de procederes, con un hombre como Artigas, dado el estado de las provincias litorales y de los partidos en todas las otras. Caviloso con estas dudas, mandó llamar á su secretario de gobierno. Eran las diez de la noche cuando éste llegó á la FORTALEZA ó casa de gobierno. El doctor López participaba de la misma situación de espíritu en que se hallaba el Director, y estaba también deseoso de oír y consultar opiniones serias que pudiesen contribuir á madurar su juicio sobre la situación. Con este motivo, hizo nuevos empeños a fin de que el Director restableciese sus relaciones con el doctor Tagle, y le consultase inmediatamente antes de comprometerse en ningún paso definitivo con Portugal; y se ofreció á ir él mismo á traer á Tagle. El Director consintió en oír al menos á este hombre que pasaba por agudo y certero en sus cálculos. Media hora después estaba el doctor Tagle con el Director, con el secretario de Gobierno, y con el secretario de la Guerra coronel

Pueyrredón contra el *Panfleto de Baltimore*. Hablando de este Pasos, dice con toda verdad: «Es un desconocido, ún pobre hombre escasísimo de talentos, y que en los periódicos que ha tenido á su cargo en Buenos Aires no ha sido más que *un cañón de calibre* que algunos artilleros cargaban á metralla por dispararlo: *quizá* en todos sus papeles no hay veinte líneas escritas por él». *Folleto de 1818*, escrito por don Ignacio Núñez.

don Juan Florencio Terrada. Tagle, con una calma prolija y con un escepticismo inflexible, declaró que Artigas no podía entrar en la unión; que lo probable era que guardaría silencio sobre el acuerdo de reconciliación, hasta que estuvieran las tropas argentinas en Montevideo y en la Banda Oriental, con todos sus pertrechos; y que teniéndolas entonces aisladas y comprometidas volvería á sus mismos procedimientos, hasta que se le rindiesen, y hombres y cosas entrasen á su servicio. Según esto, dijo, que el Director haría mal en empezar por remitir auxilios á un caudillo pérfido que había ya engañado inicualemente al gobierno: que él suspendería esos envíos en su caso, publicaría el acuerdo y mandaría una nueva misión al general portugués, comunicándole que la Banda Oriental se había reincorporado á las Provincias Unidas; que había cesado por consiguiente el motivo de la invasión, y que era llegado el caso de que tuviese toda su fuerza antigua el tratado de 1812, que el mismo gobierno portugués tomaba como vigente y obligatorio. Mientras tanto, decía el doctor Tagle, Artigas tendrá que pronunciarse sobre el acuerdo de hoy (8 de diciembre), tendrá que entregar Entreríos, Corrientes y Santafé, á los intendentes que nombre el gobierno: habremos tomado garantías de cumplimiento y obediencia antes de entrar en la guerra, y *podremos también sugerirle á Lecor*, que, como cláusula de paz y evacuación, nos pongamos de acuerdo para que Artigas salga del territorio argentino. Si Artigas se niega nos limitaremos á la neutralidad armada, y esperaremos sobre esto los resultados del general San Martín. Si Lecor se nie-

ga, mandemos una misión á Río Janeiro con las mismas instrucciones, para dar tiempo á que la campaña de Chile se desenvuelva, auxiliando con armas y dinero á los orientales mientras tratamos. Todo lo que no sea esto, es *ensartarnos* en las astas del toro, sin conservar albedrío para manejar después nuestros propios recursos ó hacer lo que nos convenga entre dos enemigos, de los cuales el peor es el que nos pide que le salvemos para sacarnos los ojos. «Esta es mi convicción, señor Director, de hace mucho tiempo».

El Director se ratificó por consiguiente en sus previsiones, y ordenó al secretario doctor López que llamase por la mañana siguiente á los comisionados orientales, que les impusiese francamente de todo lo que habían meditado y resuelto, sin mencionar al doctor Tagle porque *por ahora* era inútil. Los comisarios oyeron todo. Nadie mejor que ellos sabía las miserables condiciones de la Banda Oriental bajo la férula de Artigas; y nadie más que ellos ansiaba por verla libre de este bárbaro atroz. Convinieron en que el gobierno argentino tenía plena razón en sus temores y precauciones; pero insistieron vivamente en que al menos las armas, los pertrechos y una pequeña guarnición, se enviasen con urgencia. Se accedió á esto, y los comisionados acordaron dar cuenta al delegado. Convenido así, se formó nuevo consejo de corporaciones, para proponer la *misión diplomática previa* á la declaración de guerra y á la responsabilidad de las operaciones. «Después de nuestras últimas notas (le decían los comisionados al delegado) hemos sido convocados á nuevas sesiones con Su Excelencia el Di-

rector del Estado y principales corporaciones sobre el interesante punto de declarar la guerra á los portugueses... Se ha discutido mucho la materia... y como de hecho están abiertas las hostilidades por los auxilios y fuerzas que se proveerán, se ha resuelto que por ahora se suspenda la declaración y que se envíe una nueva legación al general Lecor instruyéndole, etc., etc..., ínterin se remite una embajada cerca de la corte del Brasil... bajo el supuesto de que esta medida sólo es adoptada por ver si se consigue aletargar al enemigo, y tomarnos tiempo para reforzar con desahogo ese punto... pues la guerra, si aquél no admite, será sobre el momento publicada del modo más solemne».

Desde este momento, como se comprenderá, el doctor Tagle había recuperado todo su valimiento en el gabinete argentino. Se le llamaba para todo. El doctor López insistía por retirarse, puesto que tenía sucesor, pero el Director insistía también en que el cambio no debía hacerse hasta que no quedase en claro si había de haber guerra ó neutralidad con los portugueses: guerra ó sumisión de parte de Artigas.

Tagle tenía razón. Comunicado el convenio del 8, y corrida la noticia de su publicación, Artigas se entregó como un demonio al enojo y á la ira; mandó que en Montevideo, en Entreríos y en todas sus dependencias fuese quemado en las plazas el documento con un bando brutalmente injurioso contra el Director y contra los *porteños*: «Ninguna contestación hemos recibido de Vuestra Excelencia en contestación á nuestros pliegos del 8 y del 9 (decían con fecha 19 de diciembre los comisionados, diri-

giendose al delegado), no obstante que somos instruidos con sorpresa de las notables ocurrencias que les subsiguieron. Vuestra Excelencia no se ha dignado aprobar el acta del 8. Sin cuestionar si esto es con razón ó sin ella, lo que toca la raya de lo increíble es que Vuestra Excelencia pretenda que los comisionados *se han excedido*. Recuerde Vuestra Excelencia el TENOR de las credenciales con que fuimos habilitados, y las INSTRUCCIONES VERBALES, y verá que no ha podido ser más ajustada nuestra conducta. Si *tan criminal imputación* hubiese de servir á la *salvación* de nuestra patria, la soportaríamos con virtud. *Pero cuando ella labra su sepulcro, excede de todo punto su invención*. El resultado de estas políticas *tramoyas* ha venido á ser: que en este mismo día destinado para el embarque de las primeras tropas (350 hombres), y en la víspera de dar la vela el convoy, se hayan recibido los pliegos de Vuestra Excelencia desaprobatorios del convenio, con otras *indicaciones* que no pudieron menos que *exaltar los ánimos*. Sobre el momento se expidieron órdenes para suspender el embarque de las tropas, y retención del convoy, y convocada nueva Junta, se oyó allí al intérprete de Vuestra Excelencia don Victorio García Zúñiga; y con ellos y con los pareceres de los vocales quedó resuelto no prestar el menor auxilio sin que antes fuese sancionado el convenio... Todo ha sufrido, pues, el mayor trastorno en un momento; y aquel placer general que reinaba en todos, y de mil modos se procuraba insinuar, se ha convertido súbitamente EN FUROR y EN UN ENCONO INAPAGABLE». Y así era en efecto: la reacción se había producido. El patrio-

tismo de los porteños, siempre instintivo y animoso, que lleno de entusiasmo había prorumpido en un grito espontáneo de guerra contra los portugueses, chasqueado ahora por la conducta enemiga é intransigente de Artigas, lo maldecía como la piedra del escándalo y de la perdición de la patria, conviniendo en que lo único prudente y ventajoso, era la neutralidad armada y la expectativa. El Supremo Director había conseguido, pues, restablecer el mérito de su política en la opinión pública, al mismo tiempo que dejaba en el mal lado á los opositores, sobre quienes podía ahora asentar la mano con dureza, seguro de que no estaban al lado del buen viento, como él. «La patria iba á recibir nueva vida (decían los comisionados al terminar), pero ésta en su misma cuna desapareció, y de nada somos responsables habiendo procedido por mera comisión». El delegado les contestaba:—«Yo he desaprobado el acta, porque he debido hacerlo. No me es posible comprender cuál de mis instrucciones, ó de los poderes conferidos hayan podido influir para entrar á firmarlos. Este indulgente Cabildo y yo *tenemos una representación subalterna*; y cualesquiera que fuesen las facultades con que hubiésemos investido á Vuestras Señorías nunca podían tener otro carácter que ese... Si Vuestras Señorías se hallan convencidos de que ese Director no procederá á auxiliarnos sin la ratificación del acta, pueden Vuestras Señorías dedicar sus esfuerzos á comprar y remitir por cuenta de esta caja 500 fusiles por lo menos y cuanta pólvora y fornituras puedan hallar, y regresar inmediatamente». En cuanto á este encargo de comprar fusiles y pólvora,

respondió la Comisión que no omitiría diligencia alguna para desempeñarlo, pero agregaba con sorna: «Para el caso de hallarlos se hace necesario que Vuestra Excelencia ordene lo conveniente para el giro de los libramientos contra la caja de esa provincia, y á donde deban dirigirse». En cuanto al regreso, los comisionados habían resuelto no ponerse al alcance de Artigas.

Los comisionados, movidos por las angustias del patriotismo, ocurrieron de nuevo al Director para que al menos les proporcionase los 500 fusiles y fornituras de que necesitaba Montevideo, y obtuvieron que á pesar de todo lo que había ocurrido, fuesen remitidos esos auxilios á la COLONIA para evitar que el enemigo los apresase; y no sólo esto hemos conseguido (dicen en su nota del 30 de diciembre), «sino que partan pasado mañana por el Río á la Purificación y de allí á donde se encuentre nuestro general, los señores don Marcos Salcedo y don Victorio García Zúñiga con el objeto de hacerle todavía proposiciones y de inclinar su ánimo á una transacción de las desavenencias sobre bases adaptables á las presentes circunstancias».

Me ha parecido necesario insistir en la transcripción de los mismos documentos oficiales para poner en toda su luz esta época oscura de nuestra historia, respecto de la cual corren, acreditados por las injustas y mezquinas pasiones del vulgo y del localismo, errores y calumnias que no pueden sostener el examen de una crítica sincera; y por lo mismo hemos cuidado en dar documentos de pura procedencia oriental, y que emanaron además de dos hombres, como Durán y Giró, superiores á todo

reproche y á toda desconfianza. Dirigiéndose ellos al mismo Artigas, le hacían presente que no eran culpables de la iniciativa en este asunto, pues todos los pasos con que se había preparado la negociación habían procedido, única y exclusivamente del delegado Barreiro: «Reposábamos tranquilos en el seno de nuestras familias... cuando instruído vuestro delegado de los desgraciados eventos de noviembre, concibió el proyecto de mandarnos en diputación á Buenos Aires... Erá cosa ardua; así es que *además de la amplitud* de nuestros poderes, quisimos recibir explicaciones *más directas de boca* del mismo delegado VUESTRO VICE-REGENTE (*¡sic!*) en Montevideo... habiendo pasado él mismo á nuestra habitación y habiéndosele objetado sobre *las dificultades del allanamiento de Vuestra Excelencia á* LOS MISMOS PACTOS QUE DESPUÉS SE ESTAMPARON en el acta del 8 del corriente, fuimos contestados de hallarse Vuestra Excelencia avenido á cualquiera partido, POR DURO QUE FUERA, con tal que redimiese la plaza de caer en poder de los portugueses, cuya pérdida se tenía por inevitable».

Los comisionados descubren aquí una faz importantísima de la situación; y es la desesperación en que Artigas tenía á los hombres de Montevideo y de los demás pueblos orientales, por el yugo atroz que hacía pesar sobre ellos. Toda la juventud, y con ella la parte culta de la clase militar, procuraban desde entonces levantarse contra el caudillo, y allanar patrióticamente con esto los obstáculos de la reincorporación argentina, como lo tentarón algún tiempo después, según lo veremos. Muchos otros vecinos, sobre todo las gentes acomodadas de

la campaña, igualmente desesperados, comenzaron á entregarse y á dar también sus servicios á los portugueses, cuyos nombres notorios se pueden hoy verificar en documentos públicos (21). Los más patriotas miraban, pues, hacia el lado de Buenos Aires, como era natural; y el mismo Barreiro había comenzado á comprender que Artigas era incompatible con la salvación de la Banda Oriental, y que era preciso librarse de él entrando en la unión argentina. Así es que los comisionados Durán y Giró, obrando con poca consideración, por no decir otra cosa, y dejándose llevar de su despecho, descubrieron en su nota las confidencias que les hiciera Barreiro mismo, diciendo: «Sin ser del caso referir ahora OTRAS EXPOSICIONES de vuestro delegado, *poco reverentes á la representación de Vuestra Excelencia*». ¿Hicieron mal?... La verdad es que con ese desahogo pusieron en riesgo la vida de Barreiro, como adelante lo veremos, pero no faltaron á la verdad, sino á la estricta lealtad que merecía lo que entre ellos había sido reservado y confidencial.

En ese mismo papel hacían los comisionados orientales otra gravísima suposición, que acaso contenía una gran verdad dada la perfidia de Barreiro y de los pícaros que actuaban con él. «Pudiera acaso decirse que al habérsenos prodigado aquellas amplias facultades no había sido con ánimo serio y formal de prestarse á lo acordado, sino una

(21) Memoria de un testigo ocular, etc., etc., sobre la guerra con los portugueses y con Buenos Aires, de 1811 á 1819.—*Colección Lamas*, págs. 332 á 334.

mera trama, ó más bien una intriga, para con ella hacer esperanzar demasiado al Director, y extraerle los auxilios de que carecía la plaza, y después de haberlo conseguido verse libre del compromiso á trueque de cualquier fruslería... Sería esta la felonía más inaudita, y la traición más remarcable contra nuestras personas, pues habiendo de ser sacrificados al último, no era dable sin depravación de las intenciones habernos ingerido en la trama sin darnos noticia para confesar sin rubor nuestra insuficiencia para manejos á que no estamos acostumbrados» (22).

La contestación que les dió Artigas merece consignarse. «Por precisos que fuesen los momentos del conflicto, por plenos que hayan sido los poderes, nunca debieron Vuestras Señorías creerse bastante á sellar los intereses de tantos pueblos sin mi consentimiento... ¿Era dable ni decente que el Supremo Director se ocupase en otro objeto (?) que el de franquear auxilios como lo exigía el apuro de los instantes?» La reflexión es verdaderamente digna de un loco. «Cualquiera otro resultado (continuaba diciendo) era impertinente á la CAUSA COMÚN... ¿Por qué se pretende acriminar la conducta de mi delegado, siendo tan RASTRERA la de ese gobierno?... El acta era nula sin las ratificaciones precisas... y la rapidez en mandarla imprimir y circular sin aquel requisito, era ostentar un triunfo que está reservado á otros afanes... Vuestras Señorías han cesado en su comisión, y si les place pueden retirarse á Montevideo. Allí podrán efectuarse

las justificaciones competentes, y ojalá que los resultados de su *comisión condigan á los de su conocida honradez*». Este final irónico era bastante significativo para los infelices comisionados. El tirano comprendía bien que era odiado; que de cerca ó de lejos, la negociación había tenido por mira mediatra substraerse á su dominio, por medio de fuerzas argentinas á cuyo alrededor pudiesen ampararse y obrar los patriotas; y esta era la causa principal de sus enojos.

A la noticia de haber fracasado la negociación, la *Crónica Argentina* levanta el grito con más furor, con más encono y con más audacia que antes. Al Supremo Director le dice que es un apóstata del patriotismo y de los juramentos con que recibió su puesto, lo llena de cargos injuriosos, y lo menos que le dice es que es cómplice de los portugueses, «esos insensatos conquistadores del siglo XIX cuyas relaciones con España y sucesivas miras sobre nuestros *pueblos occidentales* son tan manifiestas que aún los más ignorantes los conocen». Pensaba el Supremo Director hacer caso omiso de estos ataques y dejar que su propio fuego sirviese de desahogo á sus enemigos.

Creía que con la expulsión del coronel Dorrego habría quedado desarmado é impotente el partido revolucionario. Pero de pronto, sabe que el orden estaba en grande peligro, que seguían afiliados á la conjuración algunos otros hombres de cierta importancia como los coroneles Chiclana, Valdenegro y Pagola que no carecían de medios, de energía, y que estaban también en el equivocado concepto de creerse populares y poderosos en uno de los tercios

de cívicos de la capital, compuesto de mozos orilleros y «criollos» entre los cuales el viejo potriota Chiclana se tenía por patriarca. Muy pronto se impuso de que la supresión de Dorrego había sido motivo para que los demás redoblasen su actividad y apurasen todos los medios de dar el golpe con que pensaban volcar al gobierno. El comandante de los *granaderos de infantería*, don Celestino Vidal, el de artilleros don Manuel G. Pinto, el de cazadores, el teniente coronel Elizalde, y muchos otros oficiales advirtieron al Director que algunos sargentos y cabos de sus respectivos cuerpos les habían declarado que el general French y los coroneles Pagola y Valdenegro habían tratado de sobornarlos para que insurreccionasen sus cuerpos, asegurándoles que serían apoyados por el levantamiento en masa de los tercios 2.º y 3.º de cívicos, y que que por lo que á ellos hacía no tenían seguridad ninguna de su tropa, porque esas mismas delaciones podían ser maniobras subentendidas para extraviar las sospechas. Con estas advertencias coincidía el carácter agresivo é insultante que había tomado la *Crónica Argentina* desde que se había encargado de redactarla don Pedro Agrelo, habiéndose retirado, según se decía, don Manuel Moreno.

Para colmo de desastres y de alarmas, llega en esos momentos la noticia de que el ejército portugués al mando de Lecor había entrado en la plaza de Montevideo, y quedaba instalado ya en el dominio de las aguas del Plata. Tratando de aprovechar la furibunda indignación del pueblo, la *Crónica Argentina* lanzó al momento este artículo: «Miraos, traidores, en este espejo. Vosotros debéis esperar

el castigo que merecen vuestros delitos. La patria es inexorable con sus hijos pérfidos... ; Paisanos! Siete mil portugueses vienen á fecundar nuestros campos; la pólvora y la sangre son un excelente abono para la tierra; de cada bayoneta saldrán millones de aristas de trigo...» En esta causa «están unánimes todos los hombres á excepción de aquellos que viendo su propia ruina inevitable, quieren más bien perecer en el naufragio general del país que exponerse á lo que por sus delitos les espera... á estos los excluyo porque los considero como *enemigos implacables*».

El 11 de febrero, después de haber recibido en la noche anterior las últimas correspondencias del general San Martín datadas de su campamento en marcha, el Director convocó urgentemente un gran consejo secreto de gobierno. Asistieron á él, además de los secretarios, los doctores don Manuel Antonio de Castro, don José Joaquín Ruiz, cura de *San Nicolás*, dos miembros del Cabildo, Escalada y Azcuénaga, Anchorena (Juan José) y Anchoris, el tribunal de apelaciones, el Cabildo y dos miembros de la Junta de Observación, y una comisión de tres miembros del Congreso que le había traído amplias autorizaciones para proceder: es decir, lo que los ingleses llaman ley de *indemnidad*. El Director les dió cuenta de la difícil situación en que se hallaban los negocios; les dijo que en los días anteriores había tenido que hacer prender á los coroneles Pagola y Valdenegro y al capitán Mariño, porque habían sido delatados por varios sargentos de la guarnición á quienes habían visto para realizar un movimiento revolucionario, y dió lectura de

algunas piezas justificativas que complicaban gravemente á los ciudadanos Agrelo y Moreno, al general French y al coronel Chiclana. A lo que tuvimos por informes verbales posteriores, los justificativos se reducían á denuncias más ó menos afirmativas, bastante probables, y á la confirmación vaga que estas sospechas recibían de la notoria agitación y sordos rumores que corrían de uno á otro extremo de la ciudad. Se daba, pues, por hecho que estaba á punto de estallar un gran complot contra el gobierno, cuyas ramificaciones y fuerzas efectivas se ignoraba.

Todos sabemos hoy lo que son estas situaciones. El despecho de los partidos se atribuye á sí propio intenciones y medios de que carece; se jacta en secreto de su poder; derrumba á cada instante el poder cuya existencia le irrita, y se calumnia inconscientemente.

Sus enemigos, si las circunstancias son inquietantes, se alarman; el peligro es anónimo y subterráneo; se trata de adelantarse de mano á una sorpresa y de prevenir un golpe premeditado como si ya fuese un atentado que requiriese un severo castigo. Visto así el caso por la reunión, y tomados en consideración los momentos difíciles en que se hallaba el país, todos los que la componían estuvieron de acuerdo en que el Director debía prender y deportar á los acusados, con urgencia y con rigor, para desarmar y atemorizar á los cómplices ocultos ó menos importantes, que se les suponían ó que en efecto tuvieran en los cuerpos armados.

A las dos de la tarde del mismo día eran llevados á prisión y embarcados, Moreno, Agrelo, Pa-

sos-Kanki, French, Chiclana, Pagola, Valdenegro, Mariño, etc. El bergantín *Belén* los condujo á Martín García; á los dos días fueron llevados de allí á la *Punta del Indio*, donde se trasbordaron á un cutter inglés llamado *Hero* que los condujo á los Estados Unidos.

El Director publicó en la *Gaceta* del 15 otro MANIFIESTO sobre este suceso. Se lamentaba en él de la necesidad en que su posición le había puesto de adoptar medidas tan estrepitosas. Hacía mérito de los esfuerzos que había hecho por reconciliar con él á sus enemigos, de una manera preferente, «porque cabalmente á ellos era á quienes había querido dar pruebas menos equívocas de su disposición á la concordia»; pero la experiencia le había sido contraria: «En estos desgraciados tiempos es peligrosa tanta delicadeza; el odio privado encuentra placer en quitar al que aborrece hasta la ocasión de ejercitar las virtudes. El genio de la patria hace que en los países constituídos sea respetable la autoridad; pero en los pueblos agitados como el nuestro, los hábitos de insubordinación, la enemistad, la ambición, la envidia y la licencia, se revelan contra aquel mismo genio: se disfrazan con la máscara del celo, y se conjuran á minar los fundamentos del gobierno. De nada hablo QUE NO SEA NOTORIO con una grande publicidad. Cada ciudadano de los menos relacionados y mezclados en los negocios públicos, es testigo de que se espera una revolución de día en día contra el gobierno, y que en cada mañana se extraña no verla realizada. Desde la plaza pública hasta los más distantes puntos de la campaña se repite el eco de una revolución próxima:

se designan personas para víctimas, se señalan medios, se alegan causas, se proponen designios, ejecuciones y venganzas. LOS PAPELES PÚBLICOS ocultan con más ó menos sagacidad el veneno de la maledicencia, y mil agentes de la discordia y del desorden *se encargan de hacer de palabra las explicaciones odiosas* que sus autores interpretan en sentido inocente... Ellos propagan la idea de que el gobierno está complicado en planes de perfidia y traición, confabulado con los portugueses para vender el país, y que *es preciso sacrificarlo todo para destronar una administración indolente y pérfida*... El gobierno, que sabía paso por paso las maquinaciones que se fraguaban, estaba seguro de que podía contenerlas... ha esperado día por día ver abortar los más negros designios, y el pueblo no puede imaginarse cuánto trastorno ha causado semejante expectativa en la dirección del PRINCIPAL ASUNTO que ocupa hoy nuestra atención: la invasión de los portugueses». Protestaba el Director, con este motivo, contra la iniquidad que se cometía con él presentándole como un traidor pérfido á los sagrados derechos del país, y llamaba la atención pública sobre las *operaciones delicadisimas* que la cuestión portuguesa requería, imposibles de lograr si el gobierno se veía asaltado por los perturbadores del orden y privado de tranquilidad para expedirse. «Os puedo asegurar que en estos mismos días he experimentado con amargura de mi alma las *consecuencias funestas* de estos obstáculos»; y agregaba que había tenido tentaciones de abandonar el gobierno y el país, habiéndole detenido sólo los graves compromisos que pesaban sobre él.

El negocio reservado á que el Supremo Director se refería era, en efecto, de muchísima importancia entonces, en el sentido militar; y hoy la conserva en el sentido histórico, porque es el más grande y el más concluyente testimonio que podemos invocar, para justificar cuanto hemos dicho sobre la índole y las perversidades con que Artigas provocaba el odio de la clase culta y honorable de la Banda Oriental. El coronel don Rufino Bauzá, honorable militar, mandaba á la sazón un regimiento de 600 hombres llamado *Libertos* ó Cazadores de Montevideo, que Artigas había llamado á campaña y agregado á la división de Otorquez. Eran capitanes y oficiales de ese cuerpo jóvenes de la primera distinción y rango de familia de la ciudad de Montevideo: don Manuel Oribe, y su hermano don Ignacio Oribe, don Gabriel Velazco, don Carlos San Vicente, don Victorino Monjaime, don Atanasio Lapido y varios otros de igual clase, á términos que puede decirse que allí estaba la nobleza y el porvenir del Estado Oriental, como es notorio en aquel país.

«No queriendo ellos servir (son sus palabras) á las órdenes de Artigas, á quien miraban como un tirano, que si llegaba á ser vencedor reduciría su país á *la más feroz barbarie*, y que si era vencido *lo dejaría* en manos de los extranjeros, creían que ningún patriota honrado debía sujetarse á semejante hombre, antes bien echar mano del último recurso que le quedara contra él para salvar su honra y su decoro». Este último recurso que querían tentar estos oficiales, era sublevar su cuerpo y trasladarlo á Buenos Aires con todo su personal y armas. La

cosa no era posible sino de un solo modo: haciendo un convenio secreto con los portugueses que ocupaban á Montevideo para que el cuerpo de libertos fuese recibido en la plaza *bajo un solemne* compromiso de trasladarlo inmediatamente á Buenos Aires. Pueyrredón tuvo que negarse con dolor á las indicaciones que le hicieron estos oficiales para que entablase y concluyese la negociación con el general portugués. Temió que si venía cualquiera estorbo, cualquiera contingencia (y aun cuando no viniera ninguna) la oposición lo presentase bajo los feos colores de un traidor que hacía desertar los cuerpos orientales para que se refugiasen en la plaza ocupada por los enemigos. No podía tampoco rehusar el servicio que le pedían jóvenes tan patriotas y de tanta importancia para la guerra, dado caso que se hiciese indispensable, exponiéndolos á una catástrofe, y fué necesario valerse de agentes secretos cuya posición subalterna cubría las responsabilidades del gobierno para llevar á buen fin el delicado asunto. «Se puso en ejercicio la persuasión y la seducción también cuando el cuerpo se halló dentro de la plaza para que los oficiales y los soldados desistiesen de su propósito de trasladarse á Buenos Aires, quedándose en su país, ya fuese al servicio de nuestras armas (habla un brasileño), ya bien garantidos como simples particulares; pero la pertinacia de don Manuel Oribe, *mozo de un carácter imperioso y ardiente*, frustró todos los medios; y se les dió el *transporte convenido*, aunque con la pérdida de algunas plazas... Esto bien dió á conocer que entre los orientales y el gobierno de Buenos Aires había ideas futuras de restaura-

ción, pues en su ánimo todos aquellos individuos se tenían por compatriotas con los naturales de Buenos Aires».

Este era el negocio que el Supremo Director se lamentaba de no haber podido tratar con toda eficacia, pues cuando él publicaba el manifiesto que acabamos de transcribir, el resultado era todavía un problema, y el conflicto de salvar ó de dejar perdidos á los orientales del cuerpo de libertos pesaba de una manera cruel sobre el ánimo de los que estaban en tan delicado como difícil secreto. Según aseguraba el señor Pueyrredón, este asunto, y los otros muchos de su género que podrían surgir, era uno de los motivos más influyentes que lo habían decidido á suspender la libertad de imprenta y á escarmentar á los que especulaban con la idea de hacer una revolución. Estaba decidido á emprender la guerra contra los portugueses si la expedición de Chile tenía buen resultado; pero quería hacer esa guerra *sin Artigas y contra Artigas*, manobrando de manera que desengañados los orientales de *la feroz barbarie* de ese caudillo, como decían los oficiales del cuerpo de libertos, hiciesen la misma evolución que éstos, entrando en la fraternal cohesión de los grandes elementos con que el gobierno argentino creía que podría obrar, si triunfaba el general San Martín en Chile.

«El Supremo Director no carece de medios para observar y hacer observar los menores pasos de los malvados, ó ilusos que atentan contra el orden, cualesquiera que sean su origen y relaciones privadas ó públicas. Tiene acordadas todas las medidas que cree necesarias para la defensa del país;

pero se guardarán muy bien de anticiparlas á los invasores».

En su manifiesto el Supremo Director era más explícito: «Grandes peligros nos amenazan y un *vasto campo* se ofrece para emplear el valor y la constancia con GLORIA. Los portugueses no desean la guerra, quisieran que las Provincias Unidas fuesen indiferentes en medio de la agresión hecha á una parte *de su territorio*; pero la guerra será INEVITABLE SI MUY EN BREVE no satisfacen al gobierno sobre sus miras; y si la incursión de tropas extranjeras, más peligrosas que otras algunas por ser vecinas, no se demuestra *compatible* con nuestra libertad *absoluta y con NUESTRA INDEPENDENCIA*». Se ve bien que temiendo el Director el caso de algún contratiempo en Chile, quería dejar abierta una válvula de salvación contra España, por el lado del Río de la Plata, y que contaba con que los portugueses, por el interés de la conquista oriental, fuesen el primer obstáculo contra la expedición marítima que se organizaba en Cádiz. «Ningún tratado definitivo (seguía diciendo el manifiesto) se hará con los portugueses sin vuestro conocimiento. Ejército portugués ó de cualquiera otra nación *no pisará ningún punto* de esta banda sin que encuentre la más vigorosa resistencia. Se llevará la guerra á la misma Banda Oriental, se arrojará á los extranjeros de aquellos campos y de los pueblos que ocupan; y ESTO SERÁ MUY PRONTO, si no somos convencidos plenamente de que lo contrario es lo que conviene á *nuestro interés y á nuestra gloria*». Se comprende que las miradas ansiosas del gobierno estaban tendidas hacia los sucesos, ignorados toda-

vía, que estaban desenvolviéndose ya en Chile, y hacia la necesidad de procurarse contra la expedición de Cádiz un parapeto portugués, que, por odiado que fuese, era necesario en aquellos momentos de tan inquieta expectativa. «Tales son las disposiciones del gobierno, tales los motivos de su conducta pública y tales los que le han decidido á decretar la desgracia que han atraído sobre sí los más culpables de los perturbadores... El orden está restablecido... Yo ofrezco segunda vez echar un velo sobre todo lo pasado... Vamos á salvar la patria que está amenazada de inminentes peligros... Una revolución más, conduciría nuestro estado á la barbarie». Y en efecto, si la pasajera barbarie del año 1820 se hubiera adelantado cuatro años, nuestra pérdida era irremediable, si es que fuese posible hacer conjeturas racionales sobre cosas que no han sucedido. El Director aseguraba que no había tocado con su castigo sino á los *maquinadores más despechados y peligrosos*: se mostraba informadísimo y convencido de que no perdonaban ocasión *de tentar, de seducir y de corromper á los jefes y á los subalternos de la milicia, y hasta los ciudadanos particulares para ejecutar sus oscuros proyectos*. Decía también que al imponer ese castigo había cerrado los ojos sobre una infinidad de cómplices *subalternos y alucinados* «que habían entrado en este complot de hundir al Estado en los horrores de la anarquía, siguiendo el estandarte de los que hacían cabeza. Yo lo sé, y vosotros mismos sabéis que no lo ignoro... Si se levantara procesos para esclarecerlo, sería imposible evitar el cumplimiento de las leyes, y tener que perseguir con ellas á ciudadanos meritorios por sus servicios».

Al tener conocimiento de estos sucesos, el señor García escribía al señor Pueyrredón en estos términos: «Las *Gacetas* y las cartas particulares de esa me han dado bastante luz para conocer el estado de la opinión y de las pasiones en esa ciudad, y por ellas he venido igualmente en conocimiento de la destreza y sagacidad que le ha sido á usted necesaria para librar al país de un compromiso fatal. Felicito á usted por ello con todo mi corazón; pero me parece que para desarmar á los que trabajan sin cesar por novedades; que para extirpar las infernales montoneras y para convertir libremente todas las fuerzas contra el enemigo que se adelanta, es indispensable convencer al pueblo y hacerle ver con evidencia que los portugueses ro van de acuerdo con España. Piense usted en esto y exijan formalmente á esta corte las pruebas que le parezcan suficientes».

Bien lejos estaba el señor Pueyrredón de comprometerse más aceptando tan peligroso consejo. El sabía que á los partidos se les puede reprimir, ó derrocar, pero no se les puede convencer. De oírlo, él no estaba tranquilo tampoco respecto de las intenciones del gabinete portugués; ó si lo estaba, convenía á su política manifestarse alarmado, y aun adelantar dudas de la sinceridad ó del criterio del mismo señor García, para eximirse de acentuar opiniones en uno ó en otro sentido. Entre tanto, dejaba obrar libremente al comisionado sin retirarle sus poderes, sin darle instrucciones, pero sin protegerlo de las iras y de las calumnias que pesaban sobre él.

Los desterrados contestaron desde Baltimore al

manifiesto del Supremo Director. En el estado natural de su espíritu no puede extrañarse, ni reprochárseles, el tono acerbo y los conceptos destemplados en que lo hicieron. Apelaron á las injurias y á los cargos más virulentos contra la persona, el origen de la familia, el casamiento, las costumbres, los actos personales del Director, clasificándolo como un hombre excepcional en el crimen y en la tiranía con cuanto tiene el vocabulario de más apasionado y de más fuerte en los tintes del estilo. Este contramanifiesto, escrito por el abogado Agrelo, es un papel que hoy carece de valor político ó histórico; y si se prescinde de las injurias personales dirigidas al Director y á su secretario de gobierno, propias del estado de irritación, quizá justificado, en que debían hallarse los que lo escribieron, se reduce á insistir en las traiciones del Director y en las connivencias de su gobierno con la invasión portuguesa, atribuyéndole el propósito de vender el país á un déspota extranjero. Convienen, sin embargo, en que cuando fueron deportados eran miembros y centro de un complot revolucionario, que *esperan* que habrá ya estallado en el momento en que escriben: «El sabe (el Director) que su nombre es detestado en todo el país, y que jamás en ninguna otra época ha habido tanto descontento; que los pueblos corren todos los días á las armas para *derrumbar* su poder, y que en esa misma ciudad, oprimida por los soldados venales que ha ganado Buenos Aires, *circula secretamente* el justo desprecio y abominación que se merece su persona. *Era, pues, palpable, ó debía serlo, que se esperaba una revolución ó propiamente un cambio que*

trajese á ese déspota y traidor al condigno castigo de sus delitos». Pero al mismo tiempo, sin negar su participación en estos conatos, ponen toda la fuerza de su justicia en que no se habrán *encontrado pruebas* contra ellos, y en que se les ha formado causa sin descargos ni defensa, en lo que tenían sin duda evidente justicia contra la *razón de Estado* alegada por el Director. «¿Acaso somos criminales en conocer lo que él mismo conoce, que se apetecía su caída? ¿Qué delito es el nuestro si como uno de tantos y á vista de datos que sólo están al alcance de todos, hemos creído como ellos, que el gobierno estaba implicado en planes de perfidia y de traición, y que había llamado y rogado á los portugueses que invadiesen el territorio?... ¡Se esperaba una revolución!... Es cierto; y acaso en estos momentos Pueyrredón ha aparecido ya ante el tribunal incorrupto de la nación, y satisfecho con su cabeza á la venganza de las leyes, TAL EVENTO ERA ANUNCIADO POR TODOS Y NOTORIO Á TODOS;... pero esta notoriedad no basta para castigar á cualquiera si no ha sido probado que es este el autor y sentenciado como tal... *La conjuración existía, y nosotros somos inocentes ante la ley por no habérse nos vencido en juicio.* Desde el tiempo de Alvear se formó el infernal proyecto de postrar la revolución á los pies del rey del Brasil; este plan ha seguido con más ó menos descaro por las épocas sucesivas hasta el actual Pueyrredón, y ha habido concordatos y mutuas promesas entre los agentes de aquel príncipe y nuestros ministros».

Está, pues, demostrado que había una conspiración próxima á estallar, porque, como dicen los

juristas, la confesión de parte releva de más pruebas. Por consiguiente, aunque el proceder del Supremo Director hubiese sido violento y arbitrario, ó de mal carácter para servir de precedente en gobiernos libres, lo que lo justifica es que no lo empleó en servicio de su ambición ni de su predominio personal, sino para salvar á tiempo el orden público: quedar en actitud de expedicionar sobre Chile, y poder adoptar una política propia entre la barbarie oriental y la invasión portuguesa. Desde el honorable retiro en que acabó sus días, bien podría responder á sus detractores como Escipión: «En tal día como hoy salvé la patria: vamos al templo á dar gracias á los dioses».

CAPITULO VII

LOS DOS PROTAGONISTAS DE LA REVOLUCIÓN DE CHILE

SUMARIO: Sincronismo histórico de la revolución argentina con la de Chile.—Los dos protagonistas.—Nuestra manera de estudiarlos, y sus motivos.—Niñez y juventud de don José Miguel Carrera.—Su residencia en Lima.—Su viaje á España.—Su incorporación al ejército español en la guerra contra Bonaparte.—Su regreso á Chile.—Complot y usurpación del poder.—Retiro y desaliento de Marín y de O'Higgins.—Paralelo del origen y de la juventud de O'Higgins con la de Carrera.—Nacimiento de O'Higgins.—Sus padres.—Su educación y su vida en Londres.—Carácter y fortuna de su padre don Ambrosio O'Higgins, virrey del Perú.—Rehabilitación del estado civil del joven O'Higgins.—Sus primeros servicios en la revolución.—Respetabilidad y crédito de su persona.—Sus primeras disidencias con Carrera.—La primera invasión de los realistas sobre las provincias centrales de Chile.—El general Pareja.—Situación del Perú antes de emprender la reconquista de Chile.—Envío del batallón argentino *Auxiliares de los Andes*.—Naturaleza y condiciones respectivas de los beligerantes en Chile.—Entrega de la plaza de *Talcahuano* y de la ciudad de *Concepción*.—Sorpresa nocturna de *Yerbas Buenas*.—Retirada de los realistas.—Pareja postrado por el tifus y substituído por Sánchez.—Acción indecisa de *San Carlos*.—Retirada de Sánchez á *Chillán*.—Desvío de Carrera hacia Concepción.—Fortificación de *Chillán*.—Excursiones amenazantes de los realistas.—Marcha de Carrera sobre Chillán.—El sitio y su mal éxito.—Indignación pública y descrédito de Carrera.—

La Junta Gubernativa de Santiago lo destituye.—Sus intrigas.—Toma O'Higgins el mando de los restos del ejército.—Mackenna se sitúa en *Membrillar*.—Carrera y su hermano Luis caen prisioneros de los realistas.—Carácter criminal y luctuoso de su gobierno.—Arribo de nuevas tropas de realistas con el general Gainza.—Incorporación de los *Auxiliares Argentinos* á la división del *Membrillar*.—El coronel Balcarce y el sargento mayor Las Heras.—Acción de *Cuchacucha*.—Victoria gloriosa del *Membrillar*.—El comodoro inglés Hillyar.—Tratados de *Lircay*.—Separación de los argentinos.—Nueva asonada y usurpación de Carrera.—Despotismo y guerra civil.—Llegada del nuevo general realista don Mariano Ossorio con el batallón *Talaveras* y otras tropas peninsulares.—Difíciles y dudosos conciertos entre Carrera y O'Higgins.—Desastre de *Rancagua*.—Espantosa situación de Chile.—Emigración general de la burguesía con familias y niños.—Los *Auxiliares Argentinos*.—El coronel Las Heras.—Situación y soberbia de Carrera.—O'Higgins y su partido.—Abandono y terminación de la lucha por la independencia de Chile.—Retirada á Mendoza.—Fin de la época y del influjo de Carrera en Chile.—Principio de su papel en las provincias argentinas.

Los dos protagonistas de la revolución de Chile, don José Miguel Carrera y don Bernardo O'Higgins, pertenecen por entero á la historia argentina. El orden de los sucesos y la necesidad de ligar sus recursos, su suerte, sus pasiones y hasta el movimiento personal de sus partidos, en que ambos países se vieron, hizo de ellos, más que dos naciones independientes, dos partes de una misma comunidad. Y de ahí que nuestros hombres públicos, nuestros gobiernos y nuestros partidos políticos, sean una rama indispensable de la historia de Chile en aquel tiempo, como que lo sea de la nuestra, quizá con mayor razón, pero indudablemente con más

gloria, todo lo que en esa relación de hombres y de cosas acontecía al otro lado de nuestras grandes cordilleras.

Desde este punto de vista, podríamos en nuestra calidad de argentinos, hablar en nombre propio, de los protagonistas del movimiento revolucionario de Chile. Pero habríamos faltado al deber que nos hemos impuesto, de no emitir juicio alguno sobre aquellos americanos de diversa nacionalidad que el curso de las cosas haya mezclado á nuestra vida histórica, sino por el testimonio de sus propios compatriotas; y eso mismo, cuidando con estricta atención de no echar mano de más datos, ni de otros informes que los que tenemos en escritores conocidos por la severa investigación de sus estudios, por la intachable moralidad de su carácter y por el aplomo de su criterio; pues usar en estos casos de folletos, de panegíricos ó de diarios contemporáneos, corrompidos necesariamente con todas las impurezas que se engendran de suyo en los desórdenes inherentes á un profundo trastorno social, sería poco serio, poco honrado, y nada probaría tampoco ante el juicio tranquilo con que la conciencia humana busca sanas lecciones, y verdad pura, en la experiencia de los tiempos pasados, y en el influjo psicológico de las individualidades que han servido, ó contrariado, la benéfica solución de los problemas de su tiempo y de su patria.

En este caso, es más estricto que en otro nuestro deber de proceder así. O'Higgins fué un aliado leal y decidido de los influjos argentinos. Carrera, por el contrario, un enemigo intransigente, que dejó en nuestros campos el rastro terrible y san-

griente de su pasaje. De aquél podríamos hablar, pues, con entera libertad de espíritu; de éste no, sin que nuestro testimonio fuese tachable, al menos por su origen.

Mostróse Carrera desde niño excitado por los estímulos de una actividad bulliciosa y agresiva. *Señorito* de campaña en la opulenta hacienda de *San Miguel*, que pertenecía á sus padres, criábase voluntarioso y soberbio entre los humildes *huasos* del fundo, especie de siervos atados á la tierra, de padres á hijos, por el vínculo tradicional de las antiguas «encomiendas» que, si no de ley vigente, subsistía aún en Chile utilizable por la escasez del terreno, por la institución de los *mayorazgos* y por la crecidísima población de campesinos y mestizos que seguían viviendo y acrecentándose dentro de sus límites infranqueables. Muy vivaz, pero desgraciadamente muy díscolo, don José Miguel tomaba en sus solturas de la vida la costumbre de menospreciar todos los influjos morales que le parecieran contrarios á sus antojos, ó que mirara como estorbos á su soberbia, por buena posición, por aprecio general y hasta por el justo título de la edad cuyos respetos no viola hombre, ó niño ninguno nacido para el bien de los demás.

La vivacidad y el ímpetu apasionado de los sentimientos ó de las ideas, no siempre van acompañados de aquel talento que madura los propósitos con la reflexión, ó que con el rápido relámpago del genio percibe las dificultades al mismo tiempo que la manera decisiva de superarlas; y más fácil es que los hombres de la tercera y de la segunda categoría, como Bonaparte ó Alvear, como Federico ó

San Martín, se señalen como grandes guerreros ó como hombres de Estado, que el que lleguen á tener valor positivo los de la primera categoría, que por lo general luchan con dificultades superiores á sus fuerzas, y acaban como aturdidos vulgares estrellándose en los escollos que ellos mismos se buscan. Que toda la vida y las desgracias de don José Miguel Carrera se explican por el influjo de estos rasgos psicológicos de su índole, es cosa que puede comprobarse con los accidentes conocidos de su niñez, de su juventud y de toda su carrera política en su país y en el nuestro.

Don Diego Barros Arana, que á más de cronista escrupulosísimo y bien informado es hombre de una moralidad intachable y superior á toda sospecha, nos dice: «Don José Miguel había sido en sus primeros años un verdadero calavera y autor de mil travesuras que dieron grandes trabajos y angustias á su anciano padre... Naturalmente pendenciero, andaba siempre provisto con armas de filo que alguna vez usó también contra sus mismos maestros, quienes considerándolo como indómito, tuvieron que condenarle al fin en el colegio de San Carlos de Chile á un castigo severo después del cual debía ser arrojado de la casa. Pero él, fugándose por los tejados, evadió lo uno y lo otro, y vagó fugitivo por las calles de Santiago encabezando alborotos nocturnos y riñas á pedradas que lo hicieron tan notable como temido por todo el vecindario. Además de ser osado y sagacísimo, tenía ideas eminentes acerca de su nobleza, con una grande confianza en la ventajosa posición de su familia; así es que abusaba de su soberbia y de su valor

personal, para oprimir y vejar á los demás con ultrajante impunidad. Hacía gala de ser agresivo y descreído: pisoteaba las preocupaciones más arraigadas de la colonia, y se burlaba desde joven de los hombres más encumbrados, así como más tarde los había de humillar en su carrera política. A los veinte años se había dado á la vida libre: su existencia era una perpetua tempestad, y un lance desgraciado en que hubo de mezclarse la justicia, hizo que su padre tuviese que ocultarle en la hacienda de San Miguel... Otra vez tuvo un choque con un *huaso* soberbio que se negaba á complacerle. Se provocaron, sacaron puñal y se empeñó uno de esos duelos á muerte que tienen aplaudidores por padrinos: don José Miguel tuvo la dicha de salvar su vida y la desgracia de dejar en el sitio á su contendiente».

Después de esto era inevitable que la justicia pública interviniese en la indagación y castigo de los hechos. No se trataba ya de un niño sino de un hombre de veintidós años. Pero el respetable padre del matador consiguió que el oidor Irigoyen, amigo íntimo de la familia, contuviese los procedimientos judiciales, mientras él embarcaba secretamente á su hijo, y lo ponía en Lima al cargo de su tío materno don José María Verdugo, comerciante chileno de fortuna, y de grande crédito, debido á su acrisolada honradez, á sus severas costumbres y á la estricta corrección de todos sus actos. Esperaba el bondadoso padre de don José Miguel, que con estas condiciones personales, fuese su cuñado el hombre mejor indicado para reducir á su hijo á vida, si no regular, menos ruidosa por lo menos; pero á poco

tiempo, éste se hallaba ya en malísimos términos con su tío, ó por mejor decir, en completa rebelión y desorden. Acostumbrado á no respetar valla alguna que pudiera contenerlo, su carácter se había hecho más imperioso y más obstinado; y queriendo su tío evitar á su familia la mengua de otra causa criminal, obtuvo que el virrey, por *providencia privada*, lo confinase por algún tiempo en la fragata de guerra *Castor*. Arreglado este nuevo asunto por los mismos medios, don José Miguel salió del arresto; pero el tío se negó á reanudar relaciones con él; y el encargo de hacerle los suministros necesarios para vivir en Lima, pasó á otro comerciante chileno, don Francisco Javier de Ríos. A muy poco tiempo se hizo indispensable sacar de allí á don José Miguel, y se resolvió mandarlo á España para que entrase al servicio de la insurrección popular provocada por el inicuo atentado de las tropas bonapartistas. Al efectuarse la partida se produjo un grave embarazo: había de por medio un reclamo de dinero, sobre cuyo origen nos abstenemos de hablar porque no podríamos aseverar los informes meramente tradicionales que tenemos. La causa estuvo á punto de ir á los tribunales, y el padre se vió otra vez *forzado* á evitar nuevo escándalo pagando la suma y poniendo por fin á su hijo en viaje para España.

Dado el estado revolucionario y de guerra popular en que se hallaba España, las escuelas militares habían dejado de ser académicas y habían trasladado su enseñanza práctica al campo de batalla. El cambio era favorable, á no poderlo ser más, no sólo al pronto ingreso de don José Miguel

en las líneas del ejército sin los exámenes y las otras formalidades que eran antes de estilo, sino á su genio impetuoso é impaciente por vivir en acción y en movimiento perpetuo, que, como se habrá comprendido, era la necesidad enfermiza de su temperamento en lo físico y en lo moral. En medio de estos grandes defectos, don José Miguel tenía distinguidísimos accidentes de exhibición: brillante locuacidad, bellísima presencia, fisonomía animada y graciosa agilidad en todos sus movimientos. Era, no sé si diga generoso, pero la verdad es que se mostraba despreocupado en punto de intereses materiales, y que estaba pronto siempre á prodigar dinero, favores y promesas con cierta elasticidad que se imponía naturalmente á la confianza de los que tenían que contar con él.

Desde este punto de vista era *todo un gentil hombre*, y hasta por la índole de calavera arriesgado y bravo que daba el verdadero colorido genial de su persona, se hacía simpático y atrayente, siempre que su malhadada soberbia, excitada por el menor accidente, no lo ponía fuera del quicio en que sus buenas calidades podían pasar como un mérito; aunque no sé si podría decirse que todas ellas juntas constituyeran un talento verdadero para la guerra ó el gobierno, cosas que requieren ante todo, juicio reflexivo ó genial inspiración.

Llegado á Cádiz, llevaba recomendaciones que le abrieron al momento el puesto de teniente de caballería en el regimiento de *Algarves*. Poco después prefirió alistarse en *Voluntarios de Madrid*, cuerpo de mozos alegres y resueltos, que habían tomado las armas en defensa de su patria contra la usur-

pación extranjera. Entre ellos ascendió á capitán, y ya fuese por inquietud de espíritu ó genio descontentadizo, dejó también este cuerpo por el de *Húsares voluntarios de Galicia*. De cualquier modo que fuese, en todos esos cuerpos tuvo ocasión de acreditar su valor personal como oficial subalterno: se encontró en el ataque de *la Mora*, en la retirada de *Consuegra*, en la batalla de *Yevenes*, en *Talavera* y en la derrota de *Ocaña*, donde fué herido, dando en todas muestras de valor.

Hallábase en Cádiz curándose de esa herida cuando le alcanzaron las noticias de los sucesos revolucionarios de Buenos Aires y de Chile. A atenderse á sus palabras se diría que sus primeras impresiones hubiesen sido contrarias á la causa americana, pues al decir que había resuelto regresar á Chile, agregaba: «*Yendo yo por allá les haré entrar en vereda: hablan de Juntas y de Congresos porque no tienen en qué pensar, y sin saber lo que dicen*». Pero los hombres que gobernaban en Cádiz tenían muchos motivos ya para sospechar que los oficiales sudamericanos que servían en España participaban de las ideas liberales que se habían levantado contra el régimen colonial en las provincias ultramarinas; y así que supieron los alardes de Carrera lo pusieron en arresto por pronta providencia, y unos días después le dieron orden de que se incorporase á su regimiento. Mas para esto era menester ir embarcado, porque las nuevas operaciones de Bonaparte hacían impracticable el camino de tierra. Carrera se aprovechó de esto: bajó en Gibraltar, tomó pasaje en un buque inglés y llegó á Chile el 11 de julio de 1811.

En esa misma noche se puso de acuerdo con sus hermanos don Juan José y don Luis y combinó un motín que al otro día lo llevó al poder. Una ó dos semanas habían pasado apenas cuando concibió sospechas de que los partidarios que lo habían ayudado, pensaban en hacer oposición á sus desmanes; y provocó contra ellos una asonada que le permitió asociarse nuevos cooperantes. Quiso captarse otra vez la adhesión de los que había destituido á su llegada, é hizo elegir á dos personas de mérito con quienes creyó que podría tranquilizar la opinión pública que hartó alarmada estaba ya con las arbitrariedades y caprichos de un mozo audaz que en todo y por todo hacía sentir su insolencia y su soberbia. Pero los elegidos, don Gaspar Marín y don Bernardo O'Higgins, se negaron á sancionar «la escandalosa tropelía que había dado origen á su elección»; y fué preciso que los adversarios de Carrera les suplicasen en nombre del país que entrasen á la Junta para moderar los avances y tropelías de aquel caudillo que se había alzado con el poder, para que ellos se sobrepusiesen á su repugnancia y tentaran esa dudosa probabilidad de restablecer un orden de cosas menos personal y violento que el que imperaba.

Poco tiempo pasó sin que se convencieran de que era cosa imposible contener en límites convenientes los antojos, los intereses personales y la ambición de don José Miguel. Apenas reunido el Congreso que se había convocado para dar formas constitutivas á la nueva nacionalidad, Carrera creyó descubrir que germinaban en su seno síntomas contra la dominación absoluta que pretendía ejercer; y

sin consultar ni dar aviso siquiera á los otros vocales de la Junta, que eran tanto como él, echó mano de la fuerza armada y disolvió el Congreso, botando á los diputados nacionales á sus respectivas provincias. «El crimen único del Congreso era el haberse opuesto á las pretensiones de Carrera, teniendo éste el apoyo de la fuerza... O'Higgins y Marín no quisieron transigir con este atentado, y se separaron: circunstancia que vino á favorecer las miras de Carrera; pues desde que estos dos patriotas habían manifestado tener ideas propias, conveníale ahora buscar dos colegas *manejables*, que dependiesen *enteramente* de su *sola voluntad*; quería REUNIR en sus manos la SUMA DE LOS PODERES». Para hacer la elección de los nuevos vocales, Carrera hizo reunir al Cabildo *con los jefes militares de su bando*; y tan humillante debió ser el acto, que todos los que fueron llamados renunciaron, y Carrera se vió obligado á poner á su lado dos desconocidos sin reputación ni nombre de familia, uno de los cuales, un tal Manso, era además un cuitado español harto tímido y aterrado de lo que veía para ser otra cosa allí que un instrumento servil del que que imperaba.

Con este atentado estalló la guerra civil. El partido del Congreso levantó tropas en las provincias del Sud, y se puso en marcha hacia Santiago. Carrera no estaba preparado aún á defenderse con éxito. Acudió á O'Higgins y le suplicó que marchase al Sud y tratase de hacer un arreglo conveniente á todos. O'Higgins marchó en efecto y había conseguido apaciguar los ánimos, cuando Carrera, promoviendo allí una contrarrevolución, se

apoderó de los jefes de aquellas provincias, los desterró á Mendoza y quedó imperando.

Estos son los hechos de don José Miguel Carrera que registra la crónica de Chile antes de que su encumbramiento á los primeros puestos militares lo pusiese en acción y en evidencia como general en jefe contra las armas del rey de España. Y á la luz de la exposición tranquila y documentada que hace de ellos el honrado cronista de quien los tomamos, ha de notarse quizá que son lógicamente los que debían esperarse de las inclinaciones y genialidades de su primera juventud.

Ya no es Barros Arana, tachado de *ohiginista* quien hablará ahora, sino Vicuña Mackenna, el más *carrerista* de los buenos escritores chilenos: «La mano temeraria de Carrera (dice) había levantado la compuerta de las pasiones antes mudas; y á su soplo, veloz ahora, apagaríase en los pechos de los chilenos la luz del amor patrio, ardiendo en su lugar las teas de fraticida discordia, que alumbrarían su feudo de familia, sus enconos de provincia á provincia, sus combates de facciones, y á la postre su ruina y su nuevo cautiverio. Consumada esta injustificable revolución, Carrera, lanzado en la pendiente de una dictadura que no tenía más sostén que su propio genio y su novel audacia, abrió de hecho la era de las discordias, encerrando en prisiones á los más importantes de sus aliados en el movimiento precedente... El reto de la conciencia civil estaba hecho, y José Miguel Carrera era el que había tirado osadamente el guante al medio de la plaza pública de Santiago, vasalla ahora de su ley». El escritor compara en seguida á Ca-

rrera con O'Higgins, y dice con mucho acierto: «Diferente fué en todo de su émulo, don José Miguel Carrera, que quiso ser solo y único, y que cuando no pudo serlo en su patria fuélo contra ella, hasta que el mundo habitado no tuvo ya espacio á su ardiente é insaciable ambición, y fuese á las tolдерías del desierto y murió con la muerte de los parias, grande, solitario y maldito».

En efecto, si ha habido en el mundo dos hombres que hayan venido á juntarse y á chocarse en un mismo día, sobre un mismo terreno, por una misma causa, con la misma bandera, con los mismos intereses generales, con el mismo fin, y que más incompatibles hayan sido, por origen, por principios, por educación y por fortuna, son indisputablemente Carrera y O'Higgins, dos protagonistas del brillante panorama de la historia de Chile, iluminado por San Martín, que como el gigante de aquellos días calientes, reparte con sus victorias y con el ademán de su fuerte brazo, las luces y las sombras del cuadro.

Hemos visto á Carrera nacido en la opulencia de una gran familia, al lado de un padre bueno pero harto débil, que soporta cuando no autoriza y esconde, todos los desarreglos de un mozo indómito y soberbio. Libre así de estorbos á sus caprichos, este mozo crece y desenvuelve los instintos bravíos de su genio con cierta galanura de buena estirpe que le ayuda á domeñar voluntades.

Su futuro rival es el hijo desdichado de un oficial de fortuna nacido en Irlanda: es el fruto de una indigna violación del sacrosanto derecho del hospedaje y de la amistad; y nace del seno de una niña

de quince años, noble pero campesina del más apartado lugar del Sur (de Chillan), que ni voluntad ni malicia ha podido tener siquiera para medir el acto que iba á hacerla víctima y vergüenza á la vez de su honrado hogar. El seductor, don Ambrosio O'Higgins, es un hombre que con más ingeniosidad que ingeniería ha conseguido «colarse» al servicio del virrey de Lima. Por pasos lentos y sufridos ha ido mereciendo comisiones de confianza: y al tiempo de ser padre tenía más de cincuenta años y era comandante general del Sur de Chile. Honorable como empleado y como soldado, pero de hosco y egoísta carácter, pasaría hoy por un monstruo como padre y como amante, sin embargo de que en su tiempo era un padre como el común de los padres, de frío y reservado cariño, de temple duro y adusto, de aquellos que tenían por natural y necesario poner á sus hijos al yunque de las escaseces y de la subordinación absoluta; tributo de la veneración que todo lo de abajo debía pagar á lo de arriba, y mucho más al padre, que en la familia era la piedra angular del trono y del altar: padre, rey y pontífice. Además de no ser sino padre natural el viejo O'Higgins, era *padre furtivo*, porque la ley de España prohibía á sus empleados que se casasen ó tuviesen hijos, digo mal, que reconociesen hijos ó hijas en los lugares donde ejercían alguna autoridad. Don Ambrosio O'Higgins, calculador y egoísta, no era hombre de perder sus gajes y sus ascensos por una belleza de quince años y mucho menos por el amor de un hijo, que al fin y al cabo, si había de valer algo, debía abrirse paso en la vida como el padre, desde abajo, desde muy

abajo, por entre estorbos, y endureciendo el carácter con los sufrimientos de la miseria y con el poco pan que bastara para su escaso alimento. Por la honra de la familia materna, y más quizá por su propio interés, el padre toma pronto sus medidas para ocultar el hecho á los extraños que pudieran delatarlo; y apenas nacido el niño, con peligro del tétano y todo, se le entrega á un fiel soldado de *Dragones de la Frontera* que, á lomo de caballo, bajando y subiendo riscos en la noche, lo lleva á muchas leguas del lugar en que había dado el primer suspiro quien tantos otros debía dar después, antes de que su voz tronara en el fragor de los combates *pro patria*, y de que se apagase en el seno de Dios con la conciencia de haber merecido su gloria en los arduos trabajos de la independencia sudamericana.

Entre tanto, el tronco añoso, de céltica estirpe, que le ha llamado á la vida, y cuyas bastas astillas hieren al que pone la mano en ellas, sube y sube, sabe Dios cómo, hasta sentarse bajo el espléndido dosel de los virreyes del Perú; y como á medida que sube se aumenta su inquietud con el temor de que se conozca la existencia de su hijo, lo saca sigilosamente de Chile en la primera niñez y lo embarca con destino á Cádiz, al cargo de un conocido indiferente, que por orden del padre le pone á Londres en casa de unos traperos judíos, tan afanosos del provecho que encuentran todavía como esquilmarse, en mala ropa y calzado de hierro, sobre la asignación de una guinea mensual que, para su persona, fuera de escuela y comida debían suministrarle. Hambre y desnudez, olvido y desamor,

aislamiento en el mundo... todo fué soportado por aquella criatura con la fortaleza de un alma quieta que sabe hacer de la dignidad personal y de la paciencia, la ley y el consuelo de su temprana desventura. Y como no podía llevar el nombre de su padre sin poner en peligro la posición y la fortuna de que éste gozaba, creció así, hasta los veinte años, con el nombre de Bernardo Riquelme, quien había de llamarse después Bernardo O'Higgins, y hacer famoso en la historia de la libertad y del siglo XIX ese nombre que, á no ser por él, apenas hubiera sido exhumado como una rareza por algún cronista fastidioso, de las trivialidades del tiempo pasado.

Cayó al fin el viejo O'Higgins, perdiendo los favores de la corte que tanto lo habían elevado. Era extranjero, y *el virrey inglés* sucumbió á las intrigas que le minaron. El golpe le fué mortal; y cuando en el fervor de su fe, se tuvo ya por libre de otro juicio y de otra ley que la de Dios, se dió cuenta del duro y largo martirio que su pobre hijo había soportado con heroica virtud, y le dió su nombre con la herencia de los cuantiosos bienes que había acumulado. Bernardo O'Higgins llegaba, pues, á la fortuna y á la posesión de su estado civil, por el camino del trabajo y de la honra nunca mancillada ni por el más mínimo desarreglo de la primera edad. Su primer cuidado fué realzar la posición de su madre, y colmar de cariño y de favores á una hermana que ella, en un subsiguiente y honorable matrimonio, le había dado; y sin distraerse, de allí adelante por los cuidados y las tremendas peripecias de su vida pública, repartió su corazón entre el amor de su patria y el amor de estos dos seres

que fueron su única familia y el hogar de su descanso hasta su muerte.

Con la independencia personal, con el prestigio del nombre virreinal, que aunque tarde le había venido á tiempo, comenzaron á salir á la luz las condiciones morales que la naturaleza le había dado, y que la dura experiencia de la vida había templado para las cosas de su tiempo. No contaba sino veintiocho años, y era ya tenido en el Sur de Chile como un hombre de cuenta y de primera importancia. La madurez del juicio, la energía del carácter, y aquel no sé qué que condensa luces vagas en la frente de los hombres de acción, le habían ya dado una favorable aureola aun antes de que sus hechos futuros fuesen siquiera sospechados. O'Higgins era uno de esos jóvenes de quienes todos dicen «ahí hay algo» y para quien ese algo se va convirtiendo rápidamente en un verdadero capital que forma su crédito é inspira la confianza con que todos descuentan anticipos de popularidad sobre su porvenir, preparándole una grande escena y un nombre histórico en ella.

Fué ahí donde lo encontró la revolución de Chile, producto de la Revolución de Mayo en Buenos Aires; y ahí donde don José Miguel Carrera echó mano de él, como mediador de paz, mientras se tomaba tiempo para engañarlo y hacerlo instrumento de la perfidia con que logró desbaratar y dominar á sus contrarios. Ofendidísimo y descorazonado, el joven O'Higgins se retiró á su *Hacienda de las Canteras*. El inquieto dictador respetó su alejamiento de la cosa pública con la deferencia que se merecía un patriota sensato, cuyo principal ras-

go como hombre privado era la hidalguía y la franqueza. Al ver la suerte del país entregada, sin brújula ni criterio, á los antojos y capricho de un personalismo intermitente y desarreglado, O'Higgins resolvió trasladarse á Buenos Aires, donde tenía amigos que lo habían tratado en Europa, en válida posición como los coroneles Viana y Terrada. Pasó el año de 1812 haciendo el arreglo de sus intereses para cambiar de residencia. Pero, cuando á punto estaba de efectuarlo, ocurrieron importantísimos sucesos que le impusieron otros deberes de mayor cuenta.

El virrey del Perú había resuelto al fin restablecer en Chile el imperio de las autoridades españolas. Si hasta entonces no lo había emprendido, no era ciertamente por la ridícula razón «de que hubiese *temido irritar* el ánimo de los chilenos», que dan ahora algunos cronistas de esa república, y que no es sino un candoroso error, que procede de no haberse tomado en cuenta la situación especial que acababa de amenazar al virreinato del Perú.

Los hombres que manejaban los intereses de la Revolución de Mayo en Buenos Aires se habían lanzado con tal rapidez y bríos al Alto Perú, que habían ganado la batalla de *Suipacha* y ocupado todo el país desde Tupiza al Desaguadero, incluso la Paz y Cochabamba, antes de que el virrey Abascal hubiera tenido tiempo siquiera de sacudir el asombro que le habían causado las primeras noticias de los sucesos de 1810. Lejos de que pudiera pensar en echar fuerzas y recursos á la distancia en que quedaba Chile, Abascal tuvo que contraer

todos sus anhelos y sus medios á poner en defensa las fronteras interiores de su virreinato, que harto y de bien cerca estaban amenazadas por las fuerzas argentinas concentradas ya á orillas del *Titicaca* para marchar sobre el Cuzco. Nada más difícil y apurado que la situación del virrey del Perú en los días de 1811 (1).

Pero quiso su buena suerte que el ejército argentino, manejado con evidente ineptitud por sus jefes, proporcionase á los realistas la espléndida y fácil victoria de *Huacuí*. Desde luego contrájose el virrey del Perú á recuperar todas las provincias que había perdido. Aproximó su vanguardia á las fronteras argentinas, y tomó las medidas necesarias para reintegrar su autoridad en Chile. Y digo reintegrar, porque aún no la había perdido del todo, pues satisfecho don José Miguel Carrera con dominar de Santiago á Coquimbo por el norte, y hasta Concepción de Penco por el sur, había descuidado completamente las provincias extremas de Valdivia, de Arauco y de Chiloé, donde algunos jefes españoles se mantenían leales al rey, y donde la numerosa población del país, ya por el mismo sentimiento, ya por aversión local á los pueblos del Norte, estaba completamente decidida á hacer causa común con ellos.

Con este fin salió de Lima para Chiloé y Valdivia, llevando algunos cuadros de oficiales y sargentos, el brigadier don Antonio Pareja, que ayudado de los coroneles don Juan Francisco Sánchez, Elorreaga y Quintanilla, que ya le esperaban allí

(1) Véase el vol. III, cap. IV.





con bastantes recursos y tropas, se vió muy pronto á la cabeza de cinco mil hombres, con los que siguiendo las corrientes de las costas vino á desembarcar en la caleta de *San Vicente*, al lado inmediato del puerto y plaza fuerte de *Talcahuano*.

La noticia del desembarco corre por todo Chile y produce la agitación y las alarmas que eran consiguientes. Al sentirse necesario á la defensa de su patria, O'Higgins cambia de resolución: ya no piensa en alejarse, abraza á su madre y á su hermana, toma sus armas, monta á caballo y ofrece sus servicios al gobierno revolucionario (2).

A la noticia del peligro de Chile, el gobierno argentino se sintió en el deber de retribuir el generoso auxilio que
1813 le había traído en 1811 el *Bata-*
Junio 2 *llón de Penco* cuando perdida la batalla de *Huacuí*, se temió que Buenos Aires fuese atacada por Elío en combinación con el ejército portugués que mandaba don Diego de Souza (3); y dió orden al coronel don Santiago Carreras que se preparase á marchar á Chile tan pronto como pu-

(2) Cuentan sus biógrafos que en ese arranque, fuera de su patriotismo cumplía también un juramento que siendo aun muy joven le había hecho en Londres al famoso general colombiano don Francisco Miranda. La necesidad y los contratiempos habían obligado á Miranda á mantenerse dando lecciones de matemáticas en algunas escuelas; y fué en una de ellas donde conoció á O'Higgins con el nombre de Bernardo Riquelme que entonces llevaba. Bien se comprende cuáles fueron las ideas políticas que el maestro inculcó en el joven *compatriota*, harto dispuesto á servirlas con las nobles pasiones de su alma.

(3) Véase vol. III, cap. XIII.

diese con el precioso batallón de su mando, de 350 plazas que se denominó entonces *Auxiliares de los Andes* (4). Los preparativos no se efectuaron con la prontitud requerida, según parece, dando esto motivo á que se hiciese marchar al coronel don Marcos Balcarce como jefe superior de esa fuerza cuyo sargento mayor era el joven don Juan Gregorio de Las Heras, destinado á hacerse conocer en ese primer ensayo del PASO DE LOS ANDES, que con tanta gloria debía repetirse después en 1817.

Ni los *Auxiliares de los Andes*, ni su jefe el coronel Balcarce llegaron á tiempo para tomar parte en los encuentros de la primera campaña de 1813.

Con el desembarco del general Pareja y con la marcha de los realistas al centro del país, había llegado para don José Miguel Carrera la solemne ocasión de justificar la competencia que él se atribuía, y el genio militar que le suponían los demás. La partida era igual para ambos generales y para ambos ejércitos. Del lado de los realistas nada había que pudiera considerarse superior á lo que tenían los patriotas. Pareja era un general gastado y enfermo. Se contaba de él hechos honrosos como marino y como actor en los terribles contrastes que España había sufrido en los primeros años del siglo; pero no sabemos que en parte alguna se hubiese mostrado entendido en el arte de dirigir campañas y maniobras propias de un general de tie-

(4) Don Santiago Carreras era natural de Córdoba. No tenía ningún parentesco con el caudillo de Chile, de cuyo apellido se diferenciaba por la *s* final. Era oficial de mérito que ha dejado un nombre honorable por sus servicios.

rra; y si hemos de juzgarlo por lo que hizo en Chile, pudiéramos decir que pocas veces se habrá visto otro que haya dado más claras pruebas de inexperiencia y de incapacidad.

Verdad es que no contaba sino con soldados colecticios y bisoños reclutados al acaso en los apartados lugares de Valdivia y de Chiloé y con oficiales noveles, entusiastas y bravos, pero más que tácticos *baquianos*, que hacían sus primeras campañas con grados de pura convención, sin ser otra cosa que guerrilleros audaces y conocedores del terreno, como el *porteño* Baraño, el *vizcaíno* Eloreaga, los *chilenos* Urréjola y Vergara. Del lado de los patriotas era más ó menos lo mismo con la sola excepción del veterano coronel Mackenna, cuya bravura corría pareja con su competencia y con su espíritu militar; y de dos cuerpos, los *artilleros* que mandaba don Luis Carrera, y los *granaderos* formados con esmero en Santiago. Podría, pues, decirse que los elementos de don José Miguel Carrera eran superiores con mucho á los que entraban en campaña á las órdenes de Pareja.

Por lo pronto y tomando en cuenta el material y el personal con que *realistas* y *patriotas* comenzaban la guerra de la Independencia en Chile, podría decirse que era una guerra civil. *Chiloé*, *Arauco*, *Valdivia*, *Chillán*, y algunos otros distritos del sur estaban declarados por las armas del rey contra la revolución: y por la revolución campeaban *Concepción*, *Santiago* y las provincias del norte. Pareja no había traído más que un cuadro de oficiales; los soldados eran todos sacados de las po-

blaciones del sur, y sólo por acaso habría mezclados entre ellos algunos españoles europeos.

Mientras Carrera reúne reclutas y se prepara con arrogante diligencia á salir de Santiago contra los invasores, mal seguros de los ánimos de los pueblos chilenos entre la patria y el rey, entregan á Pareja, por traición según unos, por vacilaciones ó inexperiencia según otros, nada menos que la fuerte plaza de *Talcahuano* y la importantísima ciudad de *Concepción*, centro político y social de las provincias del sur. Huye de allí con gran número de parciales el coronel O'Higgins, y se presenta á Carrera en la ciudad Talca, á donde ha venido éste á toda prisa con su cuartel general, dejando órdenes de que le sigan las tropas y pertrechos con que se propone defender la línea de *Maule*, y arrojar á los realistas al otro lado del Bío-Bío.

El Maule es un río caudaloso que parte en dos regiones el centro de Chile. La región que queda al norte, se concentra política y mediterráneamente en SANTIAGO; y la que queda al sur se concentraba entonces del mismo modo en CONCEPCIÓN prolongándose detrás del Bío-Bío á las provincias australes de *Arauco*, *Valdivia* y *Chiloé*. Entre el *Maule* y el *Bio-Bio* se halla el terreno que fué teatro de la campaña de Carrera y de Pareja en 1813.

Acababa Carrera de llegar á Talca cuando se supo que algunas partidas de caballería enemiga se hacían sentir en la ribera izquierda del Maule, y que una fuerza mayor ocupaba el punto de *Yerbas Buenas*. Las indagaciones que se tomaron en seguida hicieron pensar que esa fuerza fuera la división de caballería que mandaba Elorreaga, y entre

tanto no era esta sola diviisión la que allí estaba, sino todo el ejército de Pareja. Mas como Carrera lo ignoraba, hizo preparar una sorpresa nocturna, al mando del teniente coronel Puga. La fuerza patricia se arrojó á galope tendido al centro de la aldea, y produjo por consiguiente una terrible confusión en dos cuerpos que ocupaban la plaza. Pero al momento se encontró envuelta por las otras fuerzas que acudieron de los demás campamentos en que estaban distribuídas, y los agresores tuvieron que retirarse á escape.

Con todo, fué tanto lo que sufrió el ejército realista por la desbandada de la noche, la carrera de caballos y de bueyes, que sin más que eso, Pareja retrocedió con la mira de hacerse fuerte en Chillán. Verdad es que allí pudo conocer la superioridad notoria del ejército patriota sobre el suyo en número, en material de guerra y en la calidad de algunos cuerpos de línea.

Puesto, pues, en fuerza y en aptitud de salir de Talca y adelantarse al sur, Carrera se puso en persecución de los realistas. Hallábase Pareja en esos momentos atacado de una fiebre gástrica que lo tenía postrado y en evidente peligro de muerte. Profundamente entristecido y agobiado por una prematura vejez ó agotamiento de fuerzas, era llevado en parihuelas á brazos de hombres por aquellos ásperos caminos y fangales donde se atollaban las piezas dando un enorme trabajo para ponerlas en movimiento. Viéndose forzado á hacer pie, Pareja hizo reconocer por general en jefe al coronel Sánchez y delegó en él las disposiciones indispensables del caso.

Sánchez se situó en una loma bien escogida, y
fortificó su posición con carretas,
1813 tercios, fardos y otros bultos del
Mayo 15 bagaje. «El ejército de Carrera
no tenía la disciplina necesaria

para llevar á cabo su plan de ataque, y la turbación y el más completo desorden vinieron á desconcertar sus propósitos. El comandante don Juan José Carrera, *lleno de ignorancia y de insubordinación, dice su mismo hermano don José Miguel en su «Diario Militar», apenas formó en batalla cuando mandó atacar á la bayoneta marchando á toda carrera*; pero no habían avanzado cien pasos cuando empezaron á sufrir, etc., etc. Desordenado el cuerpo de granaderos, abandonado por dos de sus capitanes, Portales y Tuñón, disparó... Para mayor confusión la artillería de la 2.^a división se inutilizó... En esos mismos instantes la caballería que había recibido orden de formar á retaguardia del enemigo, recibió algunos tiros de cañón y se dispersó... La batalla estaba concluída: el ejército insurgente se hallaba disperso y desordenado» (5).

Quedaba aún intacta la división de retaguardia mandada por el coronel Mackenna — el militar más competente del ejército — pero por desgracia, atrabancada por los bagajes y por la artillería, no había podido seguir el movimiento impetuoso y desordenado del general en jefe; y era ya la tarde cuando alcanzaba á entrar al campo de batalla. Venía casi en esqueleto, tanto por la desertión cuanto por

(5) Barros Arana: *Hist. de la Ind. de Chile*: vol. II, cap. III: § VIII, pág. 75.

la caprichosa separación de algunos cuerpos para darles otra colocación. Asimismo consiguió ponerse á retaguardia de la posición de Sánchez, y comenzó á hostilizarlo con alguna artillería y con partidas de caballería. Pero «la noche vino á poner término á tan singular jornada», y don José Miguel dió orden de que todos los cuerpos y los dispersos retrocediesen á la Villa de San Carlos, que fué la que dió su nombre á este encuentro.

Viéndose sin municiones para continuar en la posición que había defendido, Sánchez se aprovechó de la noche para seguir en precipitada retirada hacia Chillán, donde los realistas tenían su plaza de armas y de provisiones. Pero era preciso pasar el caudaloso Ñuble, y no era de suponerse que fuese tanta la ineptitud del ejército patriota, que dejase al enemigo realizar impunemente esa difícil operación.

Entre tanto, así sucedió: los realistas levantaron su campamento á las once de la noche; llegaron al Ñuble á las cinco de la madrugada del día 16 de mayo sin que nadie los hubiese sentido; pasaron al otro lado, ante todo, una buena batería que apuntaron al paso para sostenerlo; colocaron otra donde se hallaban para mantener á distancia al enemigo y proteger su retaguardia, y se hallaba casi terminada la operación á las diez de la mañana cuando algunas partidas patriotas aparecieron sobre el río. Los realistas abandonaron dos cañones y algunas carretas; pero cuando el reducido grupo que aún quedaba en la ribera del norte trató de ponerse en salvo tuvo que tirarse al río, pereciendo ahogados muchos de ellos. «Si hubieran sido inquietados, su

ruina habría sido inevitable y completa», dice Barros Arana con razón. En esa misma tarde alcanzaron los realistas á Chillán, y tuvieron tiempo, como lo vamos á ver, de hacer inexpugnable el punto mientras les llegaba la fuerte columna de tropas que había salido de Lima á las órdenes del general don Gavino Gainza, que vino á tiempo, por cierto, pues en esos mismos días fallecía ya Pareja de la fiebre inflamatoria que como ya dijimos lo había atacado.

En vez de marchar inmediatamente sobre Chillán como el coronel Mackenna se lo exigía, don José Miguel se obstinó en ir primero á ocupar á Concepción y Talcahuano, empresa fácil, por estar ambos puntos desguarnecidos, pero que en opinión de aquel competente militar importaba perder sin fruto un tiempo precioso en dos puntos lejanos, cuya ocupación no influía en manera alguna sobre la posición en que el enemigo esperaba sus refuerzos, pues le quedaban abiertas sus comunicaciones por la costa de Arauco. Menospreciando este buen consejo, Carrera bajó por la costa derecha del Ñuble hacia el *Itata* y ocupó los dos puntos indicados con escasa resistencia. O'Higgins, entre tanto, ganaba mucho crédito y popularidad, haciendo una campaña feliz en la parte alta del Bío-Bío. Cortó las relaciones de Chillán con las fronteras de Arauco, se apoderó de la plaza de los «Angeles» y engrosó su división con más de mil hombres, con catorce piezas de artillería y su servicio, y con una cantidad considerable de pertrechos de guerra.

El resultado de la ocupación de Concepción y Talcahuano justifica hasta cierto punto la empresa; pues Carrera «de ambos puntos sacó ingentes re-

cursos, bastante artillería y abundante armamento...» Pero los realistas á su vez habían sabido aprovecharse de la demora para construir fortificaciones que á la distancia parecían formidables. En Concepción se ponderaba tanto su solidez, que el general creyó indispensable el envío de artillería de grueso calibre, y hacer venir de Santiago una división de reserva de ochocientos á mil hombres.

Una vez fortificados en Chillán, los realistas comienzan á hacerse sentir á la distancia con éxito. Elorreaga ataca y rinde toda la división patriota que formaba la guardia de avanzada sobre el Ñuble, y este contratiempo obliga á Carrera á salir de prisa de Concepción, y emprender el sitio de Chillán.

El 3 de agosto se percató Sánchez de que los patriotas se concentraban sobre

1813 Chillán con ánimo de formalizar
Agosto 3 el sitio. Y en efecto, en la noche
del 2 el coronel Mackenna había

colocado oportunamente una batería sostenida por O'Higgins y por otros dos oficiales de mucho mérito, el coronel Spano, y el sargento mayor Oller, que perdió la vida en ese día. Sánchez ordenó á Elorreaga que hiciese una vigorosa salida y los atacase. El jefe realista puso en marcha su columna á paso muy rápido y levantadas las culatas de los fusiles en ademán de ir pasados. Logró con esto hacer vacilar la resolución de los patriotas y aproximarse sin las pérdidas que de otro modo habría sufrido. Pero Spano comprendió que aquello no era sino un ardid de guerra; mandó hacer un vivo fuego y contuvo por un momento á los realistas obligándolos á que cambiaran el ademán de las ar-

mas, y rectificaran sus líneas. Sánchez los vió vacilar cuando estaban ya pegados á las piezas, y lanzó á paso de trote al batallón *Valdivia*. Pero los patriotas estaban ya apercibidos, y acabaron por doblar al enemigo persiguiéndolo tan de cerca que O'Higgins y Spano entraron hasta las calles de la villa, dominaron la trinchera *Santo Domingo*, y se abrían ya camino al través de paredes y tejados, cuando *órdenes repetidas* del general en jefe los obligaron á retirarse. Con razón, ó sin ella, y como sucede casi siempre, se levantó en el ejército la voz de que O'Higgins habría tomado á Chillán si Carrera no se lo hubiera impedido por no aumentar el crédito que ya comenzaba á presentárselo como un rival afamado y peligroso de su ambiciosa soberbia. En todos estos casos germina siempre una leyenda popular que sin ser falsa produce los efectos del lente y abulta imaginativamente la proporción moral de los hechos.

Pero ya fuera que los realistas se consideraran en la necesidad de salvar su mala situación con grandes esfuerzos, ó que tuvieran conocimiento de que los patriotas no tenían cómo persistir por mucho tiempo en el asedio, hicieron en la tarde una nueva salida por diverso costado que les dió mejores resultados: arrollaron una parte de la fuerza que lo cubría, y aunque no pudieron penetrar al centro donde jugaba la artillería, lograron incendiar tres carros de pólvora y municiones, é introducir tal turbación en el campamento que comenzó á decaer el ánimo, y á preverse que aquel sitio emprendido mal y á destiempo, amenazaba tener un fin lamentable en poco tiempo.

En efecto, al día siguiente los realistas sorprendieron y destruyeron completamente un grande convoy de municiones, pertrechos y vestuarios que venía de Talca. Siguiéronse otros encuentros más ó menos desgraciados, y el hecho fué, según dice Barros Arana, «que á los tres días de estrechado el sitio, el ejército de Carrera había sufrido grandes quebrantos». Desesperando, pues, de tomar la plaza, y temiendo perderlo todo, resolvió levantar el campamento y replegarse á Concepción donde esperaba rehacerse y reponer sus pérdidas. Cuando Mackenna lo supo prorrumpió en un grande enojo. Según él, los sitiados estaban exhaustos, hacían fuerza de flaqueza, y no tendrían más remedio que capitular si se seguía estrechándolos. Con este motivo tuvo un grande altercado con el general; pero éste sin darle oídos se retiró en un estado lamentable y vergonzoso. «Tal fué (dice el mismo cronista) el principio, y tal el fin del desastroso asedio de Chillán.

Excusando detalles que no nos conciernen, nos limitaremos á decir que como estos desastres fueron atribuídos generalmente á la inexperiencia é incapacidad de Carrera, levantaron un grito general del enojo y desprecio contra él. «Cuando salió de Santiago á contener á los invasores, todo el mundo creía que la campaña duraría apenas unos pocos días... El tiempo vino en breve á probar á los patriotas de Santiago que se habían engañado grandemente. La posición de Carrera no tenía nada de halagüena, y su decantada victoria de *San Carlos* no pasaba en realidad á un triunfo dudoso y mediocre... Pero sobraron ilusos que creyeron en todas

las palabras enfáticas de los partes del general en jefe... No faltaban sin embargo, militares que impusiesen al gobierno de la realidad de lo ocurrido; pero éste tenía que someterse á la necesidad de mantener el entusiasmo, y sabía bien que esos partes contribuían á ello. El gobierno guardaba para sí un conocimiento perfecto de la marcha de la campaña, y *aglomeraba* sigilosamente *graves cargos* contra el general Carrera». Sus aptitudes no compensaron ni justificaron los vicios del hombre díscolo que no se satisfacía sino con el poder personal y despótico sobre su país, y que no había sabido defenderlo de sus enemigos. «Don José Miguel Infante le hizo el primer cargo acusándole de haber dado á sus hermanos los puestos más importantes y lucrativos del ejército, su plan de campaña fué el motivo de mil críticas, que si bien se hacían con *grande cautela y sigilo*, no eran por eso menos amargas...»

.
Carrera había desperdiciado, pues, los recursos y refuerzos que en repetidas veces le había remitido el gobierno de Santiago. *El desastroso fin del asedio de Chillán* vino á quitarle el poco prestigio que le quedaba ante los miembros de la Junta, y á desmentir el crédito que sus anunciados triunfos le habían granjeado en el vulgo. Prorrumpieron entonces las quejas y los reproches. Su ineptitud militar se hizo evidente y su despotismo levantó contra él la opinión pública.

El favor de los sueldos prodigados á su familia, las tropelías de sus deudos y sicarios cometidas con notoria impunidad, y el agotamiento de los recur-

sos públicos, pusieron el colmo á la paciencia del pueblo y minaron la base del poder omnímodo que había usurpado. Al leer la nota de un cronista contemporáneo que el señor Barros Arana hace suya en el texto de su *Historia*, podría uno creer que leía un retazo de las fechorías de Artigas, de José Culta, Encarnación, Blasito y Otorquez, con nombres de allende la Cordillera: «El saqueo de las casas, los asesinatos, las violencias á las mujeres con el simulado título de los diferentes partidos, tanto entre sí como con los realistas, ponían á todos en peligro de no tener un instante de seguridad en parte alguna». Tenían además los Carrera algunos deudos suyos empleados en las más importantes comisiones, y siendo estos unos *públicos facinerosos, conocidos por tales aún antes de la revolución*, se puede conjeturar cuáles serían ahora autorizados y defendidos por el gobierno. Esta era una de las principales causas del odio de los Carrera, y los nombres de Bartolo Araoz, con el de los Carrera de la *Viña del Mar*, y otra gran caterva de esta clase capitaneados por aquéllos, perpetuarían en Chile la memoria de la época de los delitos (6).

Aunque llamados por Carrera, y á su antojo, los vocales de la Junta Ejecutiva á quienes había dejado el gobierno de Santiago «de miraban de tiempo atrás con grande ojeriza», y tomaron ocasión de los sucesos para sacudir su yugo.

Muy pronto surgieron causas graves de disenso; la más ofensiva tuvo lugar con el her-

(6) *Hist. de la Indep. de Chile*, por don Diego Barros Arana: vol. II, cap. IX, § II, nota.

mano don Luis, hombre violento é irascible «que descubría injurias en cada queja ó cargo que les hacían los miembros del gobierno». A Barros Arana lo corrobora en esto el mismo Vicuña Mackenna: «Carrera (dice) se dejaba arrebatar por su altivez, los consejos eran desoídos, las ocasiones se malograban lastimosamente y los desaciertos se sucedían á las pasiones, ya desacordadas, y á las intenciones secretamente hostiles. El mal éxito del sitio de Chillán debido sólo á su *impericia* desunió los ánimos y trajo al suelo el crédito del general».

Instruido don José Miguel de que el vocal Infante era quien más abiertamente le acusaba y pedía su destitución, le escribió á su hermano don Luis: «Infante es un ignorante y un alma vil. Le vendría bien un bofetón y puedes dárselo en la inteligencia de que lo recibe un intruso y un villano».

La Junta Gubernativa tuvo que acceder á las exigencias de la opinión pública y destituyó á Carrera substituyendo en O'Higgins el mando del ejército. Pero fueron tales las intrigas y las resistencias que pusieron en juego, él, sus hermanos y sus parciales, que se hizo difícilísimo el cambio, y O'Higgins mismo se abstuvo por mucho tiempo de aceptarlo, por no asumir las responsabilidades de la lucha interna que preveía. En vista de esto, la Junta salió de Santiago y se trasladó á Talca, con el objeto de quedar más próxima á los sucesos. Logró al fin que Carrera entregase el mando, y O'Higgins reconcentró en Concepción la reorganización del ejército. Mas como el desastre de Chillán dejaba abierto á los realistas el camino del centro hasta Santiago, el nuevo general adelantó á la **margen** derecha

del *Itata* una división que bajo las órdenes del coronel Mackenna se situó en el *Membrillar*, con el fin de defender el camino de Talca, mientras en la capital se formaba una nueva base de tropas para defenderla. De manera que si los realistas emprendían su marcha al norte tuvieran que contar con la división del *Membrillar*, y si prescindían de esta división para seguir sobre Santiago, pudiera O'Higgins salir de Concepción, incorporarse á Mackenna, apoderarse de Chillán, que era la plaza de armas del enemigo, continuar por retaguardia sobre los realistas, y ponerlos entre Santiago por el frente y las fuerzas patriotas dueñas de todos los caminos y recursos del sur, en un país estrecho y largo donde es sumamente difícil maniobrar sobre los flancos para evitar encuentros y retroceder.

Hallábase así la situación cuando un nuevo general realista, don Gavino de Gainza, desembarcaba en la costa de Arauco con nuevas tropas venidas de Lima, y tomaba en Chillán el mando del ejército del rey. Pero al mismo tiempo llegaba también al teatro de los sucesos el coronel don Marcos Balcarce á la cabeza del batallón argentino *Auxiliares de los Andes* (número 11 después) de que era comandante don Juan Gregorio de Las Heras, y recibía orden de marchar aprisa á incorporarse á la división de Mackenna en el *Membrillar*. Llegado allí el señor Mackenna, nombraba jefe del Estado Mayor al señor Balcarce, y estrechando la merecida estimación y armonía de que ambos eran dignos, ponían todo su esmero en hacer inexpugnable la posición que habían tomado en la margen derecha del *Itata*. Por su espalda quedaban recostados

en los enormes barrancos del río que eran insalvables; al frente, es decir, al nordeste, formaron tres reductos: el del centro elevado sobre el fondo de una quebrada, cuyos fuegos rectos de fusil y cañón quedaban cruzados por los de dos lomas laterales y ásperas, donde las fuerzas que debían defender la posición quedaban bien parapetadas también y en comunicación fácil por el interior para apoyarse mutuamente.

Prescindiendo de detalles que como hemos dicho son innecesarios á la marcha de nuestra narración, bastará que digamos que Gainza, sin temor ya por Chillán, abrió su campaña en camino de Santiago, decidido á destruir y tomar la fuerza del Membrillar, conseguido lo cual, O'Higgins habría quedado perdido en *Concepción*, y expedita la marcha sobre la capital.

En efecto, O'Higgins pasaba por grandes embarazos. Además de que sus tropas estaban desmoralizadas, consistían en milicias de caballería, y la escasa infantería con que contaba parecía próxima á anarquizarse por los manejos y tentativas de todo género que don José Miguel Carrera y su hermano don Luis ponían en juego para producir un motín y recuperar el mando de ese embrionario conjunto que se llamaba ejército. Al fin fué preciso expulsarlos de Concepción y darles una escolta para que pasaran á la capital. Pero cayeron en poder de Gainza, cuyas partidas de vanguardia maniobraban sobre el Río Ñuble, y fueron llevados á Chillán. Ellos y sus partidarios acusaron á O'Higgins de haberlos entregado, lo que no estaba por cierto fuera de las sospechas racionales del caso, ni de las

condiciones morales del hombre; y muy poco después les sirvió esa ofensa de pretexto para tomar un horrible desquite en el desastre de Rancagua.

Poco hacía que Mackenna y Balcarce ocupaban la posición del *Membrillar* cuando se hicieron sentir sobre el *Itata* y el *Ñuble* dos gruesas divisiones que formaban la vanguardia de Gainza. El coronel Mackenna no tuvo calma para soportar esa cercanía, y resolvió salir de sus reductos y atacarlas. Verdad es también que llevaba el interés de recoger caballos y ganados, cosa que no había tenido tiempo de hacer antes por no haber contado con tan rápida aparición del enemigo.

La división patriota, en número de 400 á 500
hombres, salió de los reductos á
1814 las doce de la noche con el ánimo
Febrero 22 de sorprender en la madrugada
del 23 á las divisiones realistas

que se suponían acampadas en *Cucha-Cucha*. Iban á su cabeza el mismo señor Mackenna, el coronel Alcázar como segundo, y el teniente coronel Bue-
ras al mando de unos 150 caballos entre dragones y milicianos, quedando los reductos al mando del jefe de Estado Mayor Balcarce, y el comandante Las Heras sobre las armas para llevar su protección donde fuere necesario según las ocurrencias de la empresa. A la madrugada los patriotas encontraron las casas de *Cucha-Cucha* desiertas. Fuera por precaución ó por noticia del movimiento que los realistas hubieran recibido, se habían emboscado en las barrancas y arboledas del *Ñuble* en observación, y habian pedido refuerzos al cuartel general para envolver de sorpresa y rendir á los expedicionarios.

Por lo pronto no hubo sino algunas guerrillas y escaramuzas; pero á mediodía, cuando la división patriota se retiraba, encontró el camino y los flancos ocupados por fuerzas de consideración que cortaron la caballería de Bueras dificultando enormemente la retirada; y como iban llegando más y más fuerzas, habrían acabado por poner á Mackenna en dificultades algo más que serias. Viéndolo así Balcarce, y alarmadísimo con el mal sesgo que tomaba la acción, lanzó al mayor Las Heras y capitán Vargas en su auxilio. Los argentinos llevaron de frente el ataque y despejaron completamente el campo para que la división pudiese entrar salva á los reductos. «El teniente coronel Bueras hacía frente por todas partes hasta que fué auxiliado por las demás tropas y en particular por el valeroso sargento mayor de *Auxiliares de Buenos Aires* don Juan Gregorio Las Heras, que bien sostenido por el capitán Vargas, *del mismo cuerpo*, avanzó con el mayor orden sobre el enemigo, etc.»

O'Higgins se aprontaba en Concepción para marchar al norte, cuando recibió una funesta noticia: Talca acababa de caer en manos de los realistas. Su comandante el coronel Spano, con otros oficiales dignos de su jefe, como los héroes de un navío resueltos á luchar hasta hundirse, habían sacrificado su vida, salvando sólo la gloria de su nombre con un alto ejemplo que no ha olvidado ni olvidará la historia de Chile. Puestos en la alternativa de reforzar la división del Membrillar con cuanto ellos tenían para su propia defensa, se quedaron reducidos al mínimo de recursos y de fuerzas en la esperanza que de Santiago se les repusiese

pronto lo que habían mandado; pero en vano lo esperaron, y atacados por cuádruples fuerzas á las órdenes de Elorreaga, resistieron hasta ser ultimados uno á uno.

Este triste suceso puso á O'Higgins en las más dolorosas angustias... y no era para menos, pues con la pérdida de Talca quedaba franqueado el río Maule, y completamente cortadas las comunicaciones de la división del *Membrillar* al norte y al sur. No había, pues, que vacilar; y fuese como fuese, O'Higgins salió de *Concepción* por el camino del oriente, siguiendo por los cerros de la derecha con suma cautela la retaguardia y el flanco derecho del enemigo, porque no tenía fuerzas ni medios con que aventurar un combate decisivo en el camino del centro.

Cuando Gainza marchaba resueltamente á desbaratar la posición del *Membrillar*

1814 para adelantarse libremente á San-

Marzo 20 tiago, sintió sobre su flanco derecho las avanzadas de O'Higgins;

y como esto podía embarazar sus movimientos, ordenó al coronel Baraño que lo desalojase y lo hiciese retroceder al sur. El jefe patriota tuvo tiempo de tomar unas alturas inaccesibles donde pudo sostenerse con ventaja; pero se convenció también de su impotencia para bajar al terreno de la acción y dar un apoyo eficaz á la división del *Membrillar*. Bien seguro de esto, el general realista se decidió al ataque inmediato de este punto; y al amanecer del día 20 de marzo pudieron ya notarse todos los preliminares que hacen presagiar un día de sangre. Las descubiertas de los reductos patriotas comen-

zaron á batirse tenazmente con las avanzadas exploradoras de los realistas, hasta que á mediodía los unos se reconcentraban poco á poco á sus trincheras, quedando formadas de la otra parte las columnas de asalto. Una de ellas, llevando á la cabeza el estandarte real, adelantó por la quebrada á cuyo fondo estaba el reducto del centro, sufriendo el fuego nutrido que de frente le hacía la trinchera, y cuando estuvo al pie de la loma, comenzó á treparla con intrepidez; pero los reductos de los costados cruzaron entonces sus fuegos sobre ella con tal viveza y acierto que la hicieron vacilar; y se ponía ya en desorden cuando el coronel Baraña, con una gruesa reserva, trepó á su vez la loma en auxilio de los suyos y renovó el asalto con nuevos bríos. Cúpoles entonces á los soldados argentinos hacer sentir su pujanza sobre los *Chilotes* del ejército realista. Púsose á la cabeza de los *Auxiliares de los Andes* el coronel Balcarce, salió por un flanco del reducto y cargando á la bayoneta se llevó por delante toda la columna realista, haciendo un formidable estrago en ella. Desembarazada así la posición, «Balcarce volvió á las trincheras, dice un historiador chileno, trayendo fusiles, sables y muchos otros despojos», y entre ellos algunos jirones del estandarte real colgando de la lanza de que lo habían arrancado para salvarlo.

A este primer ataque, se siguió un asalto general. Los realistas avanzaron con cuatro piezas de artillería hasta ponerse á tiro de pistola, á pesar de la metralla y del fuego de 700 fusileros bien atrincherados. La acción se hizo entonces general, repitiéndose las tentativas de asalto y las maniobras

para dominar las trincheras. Todo fué inútil por más de cuatro horas. Por el favor del humo y del fogueo, una columna enemiga como de 800 hombres logró doblar por el flanco el reducto de la derecha é interponiéndose entre esa loma y el río *Itata*, abocó tres cañones á la trinchera. Defendida con la misma bravura con que era atacada, el asalto se había repetido por tres veces, cada vez con más empuje, demostrándose así que los enemigos estaban decididos á conseguir su intento á toda costa. El coronel Balcarce sacó del reducto central una culebrina, con dos compañías de *Auxiliares de los Andes*; reforzó así la guarnición del reducto amenazado, y restableció de tal modo las ventajas de su defensa, que la columna realista tuvo que abandonar su empeño y bajar en precipitada dispersión.

Entraba ya la noche y comenzaba á llover copiosamente. Los realistas se alejaron, y después de haber empleado dos días en reorganizar sus tropas, resolvieron dirigirse rápidamente sobre la capital. Aprovechándose de la victoria, O'Higgins conseguía al fin incorporarse con Mackenna; y como el movimiento del enemigo les hizo suponer que la capital corría peligro, tomaron la misma dirección por caminos paralelos, y pasaron al norte del Maule en la misma noche. Desde luego, el ejército patriota quedaba en mejores condiciones. Había obtenido una victoria, había restablecido sus comunicaciones con la capital, y podía maniobrar conservando este sólido respaldo con los numerosos recursos que allí se le preparaban. El enemigo, aunque más poderoso y compuesto de tropas más aguerridas, se hallaba en una posición más difícil; no

sólo por la distancia á que quedaba de Chillán que era su centro, sino porque siendo muy aventurado seguir marchando sobre Santiago y pasar el caudaloso Maipú al frente de fuerzas contrarias bien establecidas en las dos riberas, tenía que optar entre una batalla para ejecutar ese pasaje, ó una retirada al sur que podía serle desastrosa.

Esta era la inminente situación de las cosas cuando tuvo lugar uno de aquellos acontecimientos tan inesperados, como anormales, que sin saber cómo cambian el orden lógico de los sucesos.

La destitución de Carrera en Concepción y su caída en poder de los realistas, dió ocasión al partido conservador de Santiago de pensar en dar al gobierno una forma más concentrada, é imitando lo que se había hecho en Buenos Aires después de reunida la Asamblea General Constituyente de 1813, y nombrado el señor Posadas Director Supremo del Estado, substituyóse también en Chile la Junta Gubernativa de tres miembros por un Director Supremo, y fué puesto en este rango el coronel don Francisco de la Lastra, hombre bueno y virtuosísimo, marino de honor, pero de poquísima notoriédad en su carrera, así como de poquísima energía y consistencia para gobernar.

Vacilaba, pues, la suerte entre el ejército de O'Higgins y el de Gainza, y no era poco favorable para el primero haber conseguido ocupar la posición de Quechereguas é interponerse entre la capital y los realistas, cuando un comodoro inglés, m^{is}ter James Hillyar, metiéndose á negociador y diplomático de su sola cuenta, se presentó imperioso en Santiago haciendo valer una comisión que le

había dado el virrey de Lima señor Abascal. Abocándose con el señor Lastra, le notificó que Inglaterra se había aliado con España; que la prepotencia de Fernando VII y su incuestionable derecho sobre América habían sido reconocidos por todas las potencias; que Chile no podía contar con auxilios argentinos, no sólo porque las derrotas de Vilcapugio y Ayouma habían puesto al virrey del Perú en libertad de hacer lo que quisiera con sus tropas vencedoras, sino porque Buenos Aires y las Provincias Argentinas estaban devoradas por la anarquía, amenazadas por Portugal y en el último estado de postración. Así pues, á Chile no le quedaba más salvación que acogerse á un tratado con el virrey del Perú, en condiciones muy favorables, que él, míster Hillyar, propondría y garantizaría como almirante inglés.

El Director Lastra y los hombres de su consejo, se dejaron dominar por la petulancia incisiva del marino británico, y se pusieron materialmente en sus manos. Míster Hillyar formuló é impuso las condiciones que, á decir verdad, salvaban en gran parte los intereses del comercio marítimo libre, como á Inglaterra le convenía. En lo demás Chile declaraba que volvía al vasallaje español, que se comprometía á mandar diputados á las Cortes del reino, y que en consecuencia debía ponerse en libertad á los prisioneros de ambas partes, después de lo cual Gainza debía retirarse con su ejército á Valdivia, quedando íntegra la autoridad del gobierno de Santiago al norte del Bío-Bío hasta que el virrey reorganizase el gobierno general del país en consonancia con estas bases. Luego que míster

Hillyar redujo á Lastra á pasar por estas condiciones, salió él mismo hacia los campamentos de los dos ejércitos; reunió los comisionados de las partes, y les hizo firmar el tratado de pacificación que tomó el nombre de *Lircay*, por el lugar de donde se había concertado.

El tratado de Lircay vino á probar de una manera categórica que no sólo había sido feliz sino hábil también la campaña que Balcarce, Mackenna y O'Higgins acababan de hacer contra Gainza, pues éste, apenas firmado ese tratado, lo aprovechó para zafar de donde estaba, y retrogradó á esperar en Chillán las resoluciones del virrey de Lima. Cumplió, sin embargo, lo convenido acerca de los prisioneros poniendo en libertad á don José Miguel Carrera y á su hermano don Luis con otros de su partido.

Llegaron éstos á Santiago en momentos de agitación: el coronel Balcarce y el plenipotenciario argentino don Juan José Passo, negaban su aquiescencia al tratado de Lircay, y en consecuencia se resolvió retirar de Chile el batallón de *Auxiliares*. La opinión pública se manifestaba también unánime contra ese vergonzoso convenio, y exigía que se continuara la guerra. O'Higgins había obedecido al gobierno, pero opinaba públicamente en el otro sentido. En Lima sucedía lo mismo. La conducta de Hillyar había sorprendido y escandalizado al virrey Abascal, quien indignado por la ineptitud y credulidad de Gainza lo hizo retirar y mandó en su lugar al general don Mariano Ossorio con el afamado regimiento de los *Talaveras* que acababa de llegar de España, y que era uno de los cuerpos que

más glorias había ganado contra los franceses á las órdenes de Wellington.

Los *Auxiliares Argentinos*, conducidos por su coronel don Marcos Balcarce y acompañando al plenipotenciario, llegaban á *Santa Rosa de los Andes* para trasladarse á Mendoza, cuando un deshecho temporal de los primeros días de mayo cerró los caminos de la Cordillera é hizo imposible que el plenipotenciario y el batallón pudieran transmontarla. Pero como el coronel Balcarce tenía órdenes urgentes de pasar á Cuyo, emprendió el viaje solo y por sobre las nieves, dejando en *Santa Rosa de los Andes* al comandante Las Heras, que por su brillante comportamiento en Membrillar y en Quechereguas acababa de ser ascendido á coronel, con la orden de continuar su marcha así que pasase la estación de las nieves.

Al mismo tiempo que los *Auxiliares Argentinos* se retiraban de la escena, tenían lugar en Santiago gravísimos acontecimientos que terminaron por una catástrofe. Apenas salidos de Chillán los hermanos Carrera se introdujeron furtivamente en la capital y se pusieron á combinar una nueva asonada. Comenzóse á sentir una sorda agitación que, acentuándose de más en más, produjo una profunda alarma en todo el pueblo; hasta que en la madrugada del 23 de julio se amotinaron las tropas y milicias movilizadas, se apoderaron del Director Supremo Lastra y proclamaron un nuevo Gobierno de Junta bajo la presidencia de don José Miguel. El primer caso fué prender y expatriar á Mendoza á todas aquellas personas que Carrera supuso adversarios suyos; y entre ellos fué deportado el co-

ronel Mackenna, que por acaso se hallaba en Santiago esa noche, don Antonio José Irizarri, ministro de gobierno, con muchos otros personajes de primera nota.

Como era de creer que O'Higgins acudiera con su división á restablecer el gobierno legal, don José Miguel proclamó la ley marcial y levantó tropas con que defender la autoridad personal y absoluta que había usurpado. Siguióse, como era consiguiente, un período de anarquía y de guerra civil cuyos detalles no nos conciernen.

Ambos partidos se batieron encarnizadamente, pero sin resultado efectivo, en el llano de Maipo; y se preparaban con feroz encono á un nuevo encuentro, cuando se oyeron en el campo de O'Higgins las trompetas de un parlamentario realista, que venía trayendo en nombre del nuevo general Ossorio una intimación fulminante para que todos se le rindieran á discreción so pena de sufrir el castigo de rebeldes incorregibles.

En efecto, Ossorio marchaba ya con todo el ejército realista en dirección á Santiago. El motín de los hermanos Carrera y el desorden consiguiente habían sido causas de que nadie lo hubiera sentido aproximarse ni tratado de detenerlo en su marcha. En tan apurado trance, trató O'Higgins de ganar tiempo, y contestó al parlamentario que defería la resolución al gobierno de la capital. Al efecto escribió también á don José Miguel que renunciaba á toda pretensión política; que desde luego lo reconocía por general en jefe y por primera autoridad pública del país; que para combinar los medios de defensa con satisfacción y cooperación

de todos, le parecía que lo más acertado sería convocar un Cabildo Abierto para que el pueblo, libremente y con exclusión de todo individuo de tropa armada, eligiese un gobierno provisional. «Carrera rechazó la propuesta, sea porque no la creyese prudente, ó porque sospechase que la elección no le sería favorable», dice Barros Arana. Afligido O'Higgins con las ambigüedades y reticencias de su rival, vió claro que para éste no había más alternativa que la de someterse á su mando; y aviniéndose á eso, se puso á sus órdenes sin mirar otra cosa que la salvación de la patria; y entró á concertar lo necesario para hacer frente á los realistas reclamando solamente una posición en la vanguardia con la sacrosanta promesa de que sería protegido y reforzado á tiempo. Ardua empresa era esa por cierto visto el agotamiento de energía, el cansancio y la indiferencia humillante en que se hallaba todo el país, especialmente el pueblo bajo, para el que lo mismo eran patriotas que realistas, sin que aspirase á otra cosa que á desertar de las filas en que lo metían. Pero aún esto mismo no era lo peor; la dificultad de traer á conciliación los dos partidos era tan grande, que entre los parciales de Carrera se acariciaba la idea de que los realistas acabasen con O'Higgins, y llegó el caso de que este mismo recibiera graves y repetidos avisos de que se procuraba traicionarlo para que cayera en manos de aquéllos. Fué imposible amalgamar y concentrar las dos divisiones en un solo cuerpo de ejército. Carrera insistió en que O'Higgins tomara *con los suyos* posiciones á vanguardia; pero temiendo hacerlo más fuerte y debilitarse él, se negó

á darle tropas de las del cuerpo que él dirigía. En la imposibilidad de remediar estas incompatibilidades, O'Higgins se avino á hacer pie en un punto fortificado, comprometiéndose Carrera á maniobrar por el exterior y aprovechar las dificultades que ese punto pudiera ofrecer á la marcha del enemigo. Discutióse mucho la elección del lugar más conveniente: en la opinión de O'Higgins (y el resultado probó que tenía razón) debía ser la villa de *Rancagua*, situada sobre el paso preciso del río *Cachapual*; por lo cual, una vez ocupada y atrincherada, el enemigo tenía que estrellar en ella sus embestidas, y si, como era probable, se veía rechazado, podía ser atacado á la vez en buenas condiciones por las tropas de Carrera unidas á las de O'Higgins en una vigorosa salida. Carrera, que no pensaba del mismo modo, se empeñaba en que O'Higgins tomase su posición en una estrechez de cerros más cercana al río Maipú que se llama la *Angostura de Paine*. Pero se le observó que habiendo tres caminos perfectamente practicables por donde los enemigos podían flanquear la posición, la fuerza que allí se colocase quedaba perdida é inutilizada para contener la marcha del enemigo. Aceptóse al fin el parecer de O'Higgins; pero una gran parte de sus oficiales y de sus amigos políticos presagiaron que lejos de que Carrera pensara en darle apoyo y contribuir á la operación combinada de las dos divisiones, lo dejaría sucumbir, para ir libre de su rival, á hacer pie al norte del río Maipú, en los alrededores y suburbios de Santiago. Cuenta Barros Arana que con fecha 26 de septiembre, O'Higgins escribía á Carrera «que algunos hombres depra-

vados se empeñaban en probarle que el general en jefe trataba de perderlo, y que era por eso que le había confiado el mando de la vanguardia, pero que él no creía en chismes, y que había aceptado gustoso el delicado puesto que se le había confiado, porque iba á ser allí el primer chileno que tuviera la honra de batirse con los invasores».

Había marchado Ossorio tomando lentamente sus medidas, sin encontrar enemigos hasta las inmediaciones de Rancagua, cuando recibió por triplicado urgentísima misiva de Abascal haciéndole saber que Montevideo había caído en manos de los argentinos, y que el Perú iba á ser atacado por éstos con fuerzas imponentes; que desde luego la reconquista de Chile era una operación secundaria que debía postergarse al interés primordial de defender el virreinato donde era de absoluta necesidad que le trajese el regimiento de *Talaveras*.

Nada más difícil que cumplir esta orden: la retirada era imposible sin exponerse á enormes quebrantos. No había, pues, que vacilar, y se resolvió atacar decididamente la posición. Preparóse todo en la noche del 30 de septiembre: cinco mil veteranos pusieron cerco á la Villa; y el 1.º de octubre por la madrugada se lanzaron los *Talaveras* en una primera embestida sobre las trincheras. El asalto de estos bravos y crueles soldados fué tremendo y porfiado; muchos de ellos subieron y pelearon cuerpo á cuerpo con los defensores; nada les valió y tuvieron que retroceder enfurecidos de rabia, pero descalabrados y dejando el terreno cubierto de cadáveres. Otras y otras tentativas se repitieron con mayor saña, ya de parte de estos mismos peninsu-

lares, ya por los húsares de Barañao ó de otros cuerpos que vinieron á reforzarlos; pero tampoco consiguieron dominar la resistencia; y al caer la noche era evidente que los sitiados habían conseguido desbaratar las columnas que los habían atacado y destrozar una parte considerable del ejército enemigo.

Vacilando Ossorio entre la resistencia inesperada que había encontrado y las órdenes reiteradas del virrey, pensó en retirarse, y formó Junta de oficiales generales para oír consejo; pero acabó por resolverse que se continuase el ataque, costase lo que costase, porque una retirada en aquellas condiciones era una derrota y la pérdida total del ejército. Parece que contribuyó también á esta resolución la llegada de algunos pasados de la plaza que dieron noticia de la mala situación y escasez de municiones en que se hallaba. «Una carga de la 3.^a división que tenían bajo sus órdenes don José Miguel y don Luis Carrera habría bastado para destruir á Ossorio en aquellos momentos. Esa división numerosa y fuerte estaba acampada á dos leguas de Rancagua. *Desde allí se oían perfectamente los cañonazos de la batalla, pero el general en jefe no se movió, ni mandó una partida para socorrer ó alentar á los sitiados.* Por el contrario, á la primera noticia que tuvo de que O'Higgins se hallaba ya sitiado en Rancagua despachó á su edecán don Rafael de la Sota con orden á su hermano don Juan José (jefe de su vanguardia), que *inmediatamente se replegase á la Angostura, aun cuando fuese necesario clavar la artillería y perder las municiones,* porque en su opinión la resistencia debía organi-

zarse en otra parte». Esto era mostrar que su idea había sido abandonar á O'Higgins como se le había pronosticado á éste según hemos visto. Por fortuna, que fuese inexperiencia, ó descuido, don Juan José no pudo cumplir á tiempo lo que se le prevenía: los realistas le cortaron el camino, y no tuvo más remedio que replegarse á Rancagua.

En la noche de ese día glorioso en que Carrera podía haber cooperado á la salvación de su patria, según el historiador chileno cuyo sesudo criterio seguimos, O'Higgins le escribió un breve papel comunicándole el éxito brillante de la defensa en aquella primera jornada de la resistencia, y pidiéndole encarecidamente que se aproximase para combinar operaciones y un ataque decisivo, Carrera se adelantó hasta media legua de Rancagua. Al distinguir las cabezas de las columnas, los sitiados prorrumpieron en gritos de alegría, hicieron repicar las campanas y se prepararon á una vigorosa salida. Pero pasaba el tiempo y reparaban absortos que Carrera se mantenía inmóvil á la distancia sin amenazar siquiera al enemigo. Se le hizo una salva con nuevos repiques y elevación de banderas: ¡inútil! nada bastó para que adelantase... «Poco después, á eso de mediodía, dió orden á sus tropas de retirarse al norte con el propósito, según dice en su *Diario Militar*, de reorganizar la defensa en otra parte...» O'Higgins vió entonces con gran sorpresa suya que la 3.^a división se alejaba de Rancagua dejándolo sin medios de defensa y próximo á un desastre inevitable... Hubo un instante en que se sintió desfallecer, pero en la necesidad de arrostrarlo todo hasta el último trance, aparentóse siempre

confiado en el triunfo; montó á caballo, visitó las trincheras con aire jovial y trató de alentar á los oficiales y á la tropa, que en todo aquel día hicieron prodigios de valor resistiendo los repetidos asaltos del enemigo.

Pero á las cuatro de la tarde O'Higgins había perdido como dos tercios de su tropa; las municiones estaban tan agotadas que la mayor parte de los soldados no contaba sino con uno ó dos cartuchos por hombre; las piezas estaban sin servicio por estar heridos ó muertos los artilleros, y por carecer de oficiales; y como si esto fuese poco todavía, el enemigo se había apoderado de la boca del río que surtía de agua á la villa y había cegado los canales. No había, pues, más remedio que rendirse á discreción ó abrirse paso á todo evento por entre los enemigos. Lo primero era aceptar la humillación, la vergüenza y la muerte, porque los *Talaveras* no sólo no acordaban cuartel, no sólo no permitían que las demás tropas lo diesen, sino que usaban de la victoria saqueando y exterminando. Lo segundo, era arriesgado, había de causar pérdidas dolorosas, pero ofrecía esperanza para cada uno de salvar ó de morir en el ardor de la lucha, cuando la tensión de los nervios y del ánimo eliminan el sentimiento acerbo del dolor. Tenía O'Higgins en la plaza como doscientos caballos: no alcanzaban para todos, pero eran jinetes como son los americanos del sur, y montaron los unos en los caballos de los otros. Una vez montados y blandiendo sus armas, formaron un grupo impetuoso, tomaron en tropel la calle de mejor salida, y se abrieron paso por entre el fuego y las líneas enemigas que quisieron cerrár-

selo. Muchos cayeron, y fueron sacrificados; pero el valeroso jefe, con la mayor parte de los suyos lograron salvarse atravesando aquel campo de muerte.

Contar lo que en aquel desastre tuvo lugar en la villa sería hacer una historia infernal de crímenes y de horrores. Los *Talaveras* se mostraron dignos de su fama. Dos capitanes, entre ellos Zambruno, el de horrible recordación, y Villalobos igualmente bárbaro, espantaron con sus atrocidades á los jefes de las demás tropas, como Baraño, Elorreaga, y aún al mismo Maroto, coronel del cuerpo. En medio del saqueo y del incendio estos dos malvados arrastraban de los cabellos á las mujeres jóvenes y niñas, y las entregaban á discreción de la soldadesca recomendándole que aumentaran el número de los vasallos fieles al rey de España; mataban sin piedad ni examen á cuantos hombres jóvenes, viejos ó niños descubrían ocultos en los vericuetos de las casas; y pasaron así toda la noche en una espantosa algazara y orgía con las desdichadas mujeres de la villa que sacrificaban, á la luz del voraz incendio en que ardían los techos pajizos y los enmaderados de los edificios.

Favorecidos por las sombras de la noche, O'Higgins y sus compañeros consiguieron desconcertar á las partidas enemigas que los perseguían y entrar en Santiago. Pero viendo allí que todo era desorden y anarquía, que la plebe estaba alzada y saqueaba la ciudad al grito de ¡viva el rey! y con motivo para temer las tropelías de Carrera, que situado en los suburbios parecía próximo á entrar por la capital, los fugitivos salieron de allí en la madru-

gada siguiente, y tomaron el camino de *Santa Rosa de los Andes* con ánimo de dirigirse á Mendoza, pensando que ya los hubiese adelantado en esa dirección el coronel Las Heras con los *Auxiliares Argentinos* que comandaba.

La situación de Chile en aquellos días era espantosa. En las provincias ya caídas, el incendio, el saqueo y la barbarie de los vencedores desplegada en todas sus furias. Aterradas con el rumor de todos estos horrores, las gentes de la capital, de Valparaíso, de Aconcagua, de la costa y de todas las ricas haciendas de los valles del norte de Maipú, emigraban en masa hacia la Cordillera anhelantes por pasar á Cuyo. Todas esas gentes y familias, todos los hombres de mayor notoriedad y riqueza del país, se habían echado á esos caminos con lo puesto, ó con lo que habían podido levantar á la ligera de sus casas; y en medio de aquella pavorosa confusión arrastraban consigo á sus mujeres, sus hijos, niños en lactancia, en vehículos de cualquier clase tirados por caballos, ó mulas, ó bueyes, muchísimos á pie, y hasta en literas llevadas á mano por sirvientes y ocupadas por enfermos, ó por ancianos que trataban de escapar á la caballería de Elorreaga, próxima ya á ellos, según lo repetían todos.

Desesperado O'Higgins á la vista de tan grande desolación, y sin recursos para mitigar las lágrimas y las plegarias de los que imploraban su auxilio, creyó que lo más eficaz era correr á toda prisa detrás de Las Heras y pedirle con las súplicas de la amistad y del dolor acerbo que ahogaba su corazón, que detuviese su retirada, y que retro-

gradase á contener las avanzadas realistas y proteger á ese pobre pueblo de fugitivos. Por fortuna era falso que Las Heras hubiese desguarnecido el desfiladero de *Santa Rosa* y que estuviese en retirada para Cuyo. Por el contrario, acababa de recibir órdenes del coronel Balcarce y del general San Martín de que se incorporase al ejército de Chile, en el concepto de que O'Higgins y Carrera se hubiesen reconciliado y de que hubiesen preparado autoridades y fuerzas compactas contra la invasión. Bien claro era que ahora tenía que interpretar esas órdenes según su propio criterio, pues no sólo no había quedado autoridad ni fuerza compacta, sino que había acontecido una derrota ó catástrofe cuyas consecuencias no podía remediar con la pequeña fuerza que mandaba. Pero no había escapado á su ojo militar que, en las posiciones que tenía, y que podía tomar más adelante, podía esperar los últimos acontecimientos, y proteger á los patriotas y restos dispersos de las tropas derrotadas que viniesen á salvarse en la dirección de Cuyo.

Las Heras y Balcarce tenían malísima opinión del carácter y de las aptitudes militares de don José Miguel; y éste, que siempre los había mirado de reojo, los tenía por enemigos; creía que, aunque afectaban la imparcialidad que el deber les imponía como argentinos, eran demasiado explícitos y francos en su amistad particular, y afectuosa confianza de trato, con Mackenna, con O'Higgins y con el grupo de distinguidos militares que actuaban con estos dos jefes. Al pasar Mackenna por *Santa Rosa* tres meses antes, desterrado á Cuyo por Carrera, le había hecho á Las Heras tal pintura del desorden

en que quedaba el país, de la perversidad y de la suprema ignorancia de aquel díscolo con quien era imposible entenderse ni hacer nada de provecho, que no podía ya dudarse de la ruina de la revolución chilena; y Las Heras, que era vehemente y harto precavido, comenzó á tomar sus medidas para salvar á sus soldados, en el caso de que la catástrofe que prevenía Mackenna lo tomara antes de que la Cordillera diera fácil paso á su tropa. Ahora llegaban á su campamento los escapados de *Rancagua* hablándole á boca llena de la infame traición que les había hecho don José Miguel. Lo pintaban con todo el calor de la verdad y de la indignación, como un monstruo que había sacrificado la patria antes que contribuir al triunfo ya obtenido por sus adversarios políticos. Cierto ó no cierto, eso era lo que todos repetían en derredor del jefe de los *Auxiliares* con pruebas y demostraciones que le parecían concluyentes. Por todo lo que él mismo inquiría, hasta escarbando los informes de los amigos de Carrera que habían llegado con los demás dispersos, formaba juicio que la conducta de este caudillo era incalificable, sospechosa, criminal, y que por consiguiente su deber como jefe argentino era mantener á todo trance su libertad de acción para obrar por sí mismo según se le presentasen las cosas.

Al tiempo que O'Higgins le rogaba que hiciera una excursión hasta la cuesta de Chacabuco en protección de la emigración, recibió una orden terminante de Carrera para que bajase á la costa y guarneciera el puerto de San Antonio. En esta orden se ocultaba una nueva malignidad, una nueva perfidia, una idea de venganza para perderlo, ó una

crasa ignorancia del estado del país y de la situación cuando los realistas venían avanzando con cinco mil veteranos vencedores por el centro del territorio. De manera que de haber ido el batallón á ese punto extremo, habría quedado cortado de sus comunicaciones con la cordillera, y completamente perdido. Las Heras contestó secamente que estando facultado por las autoridades de que dependía para obrar con toda libertad de acción en medio de los sucesos que se habían producido, tenía otras operaciones más útiles que desempeñar, por lo cual prescindiría de esa orden y de las demás que se le diesen sin concordancia con sus opiniones y con sus deberes (7).

Prescindiendo, pues, de órdenes ajenas, formó una pequeña división de caballería con los dispersos que obedecían al general O'Higgins, y apoyándolos con su tropa se adelantó hasta la cuesta de *Chacabuco*, á tiempo para contener á Elorreaga, á quien hicieron ponerse en retirada, salvando así el grueso de una numerosísima emigración de familias, entre las que venía también la de don José Miguel, y su hermana la famosa doña Javiera Carrera acompañada de numerosos niños y sin más guarda que el canónigo argentino doctor Tollo que jamás la desamparaba (8).

(7) Tales son las referencias que el mismo señor Las Heras nos ha hecho personalmente en 1843.

(8) Nos decía el señor Las Heras que venía anegada de lágrimas, y que jamás había visto él figura más bella en forma de mujer. El comandante se esmeró en darle caballos y mulas que la pusieran en franquía y completa salvación.

Realizada esta operación con el éxito consiguiente, Las Heras se puso en retirada para Santa Rosa á las seis de la tarde. En esa noche supo que don José Miguel, ofendido por su negativa, había pasado por el camino sin querer verlo, ni darle la menor atención.

La noticia de que Carrera se había adelantado esa noche en el camino de Mendoza, le causó á O'Higgins una extraña inquietud. Difícil es decir si temió que con la prestancia personal y la prestigiosa palabra de que estaba dotado, pudiera torcer la verdad de los sucesos ocurridos, y ponerlo en disfavor ante las autoridades de Cuyo, ó si (lo que es más probable) quiso impedirle que cometiera actos de violencia ó de opresión contra los amigos y partidarios suyos que seguían por el mismo camino; porque Carrera iba en la inteligencia de que revestía aún, y de que seguiría revistiendo en Mendoza el carácter de general en jefe de los chilenos, y de Presidente de la Junta Soberana en quien residía, según él, la plena autoridad del gobierno de Chile. Sea lo que fuere, el hecho fué que auxiliado por Las Heras con medios fáciles de movilidad, O'Higgins penetró también en la Cordillera, y consiguió adelantarse de dos jornadas sobre su rival.

Seguro ya de poder retirarse cuando fuere necesario y le conviniera, el teniente coronel Las Heras dejó pasar la emigración y permaneció en Santa Rosa tratando de cubrir el punto al favor de las posiciones ventajosísimas que ocupaba, mientras recibía órdenes de sus jefes. En efecto, informado del desastre de Rancagua, el general San Martín le ordenó que se mantuviese allí, y que no permitiera

la entrada de los realistas mientras se considerase con fuerzas para rechazarlos.

Así terminó en la historia de Chile el período revolucionario que podríamos llamar «La Epoca de los Carrera». ¡Pluguiera al cielo que ahí se hubiese cerrado su vida política también!... Pero, por su desgracia, y por la nuestra, un destino fatal le tenía deparado más trágico papel en el drama argentino; y si la catástrofe final no fuera un pleito ventilado todavía entre las dolorosas reclamaciones de la tradición chilena y la incontrovertible justificación de las autoridades argentinas, no nos hubiéramos tomado ciertamente el ingrato trabajo de compendiar sucesos que hasta cierto punto quedaban á un lado de nuestro camino. Pero esos sucesos constituyen los antecedentes psicológicos y biográficos de un caudillo extranjero que se ingirió malignamente en los desórdenes anárquicos de nuestra revolución para caer bajo la ley de sus hechos y de su carácter. Era, pues, menester que lo estudiásemos; que lo hiciésemos conocer tal cual venía trasuntado desde su niñez, por los contemporáneos y los cronistas de su propio país. Y aun cuando no fuera sino exponiendo sencillamente lo que ellos dicen, era nuestro deber comprobar cuál había sido su índole moral, cuáles sus hechos, sus méritos ó sus defectos, sus servicios ó sus atentados. Conociéndolo, y viendo en seguida sus procedimientos en tierra argentina, se podrá juzgar el desenlace que tuvieron sus miras y su existencia. Lo que el hombre fué en Chile queda al juicio de todos: lo que fué entre nosotros resultará también de la estricta y seca verdad con que hablarán sus actos.

CAPITULO VIII

DON JOSÉ MIGUEL CARRERA EN CUYO Y EN
BUENOS AIRES

SUMARIO: Prevenciones de carrera al entrar en Cuyo.— Su jerarquía política y sus derechos como Poder Público Aliado.—Divisiones y bandos entre los emigrados.—Reserva y criterio de San Martín.—La situación de su espíritu y sus preocupaciones en Cuyo.—Incompatibilidad de su ambición con el predominio de Carrera en Chile.—Efecto natural que debió causarle el desastre de Rancagua.—San Martín y el pueblo de Mendoza.—Marcha de San Martín al encuentro de la emigración chilena.—Desórdenes de los emigrados.—Encuentro con el general O'Higgins.—Enojo y ofensas de Carrera.—Grosero proceder de éste y de sus parciales.—Explicaciones y declaraciones de San Martín.—Avenimiento transitorio y proceder de O'Higgins.—Altercados y agitaciones.—Peligros de orden público.—Informes del estado de la provincia remitidos al gobierno general.—Autorización para que San Martín procediese á la conservación del orden.—Expulsión de Carrera.—Duelo de don Luis Carrera con Mackenna.—Diligencias de don José Miguel en Buenos Aires.—Asenso momentáneo que le da el Director supremo don Carlos de Alvear.—Caída de Alvear.—Empeños de Carrera con Alvares-Thomas para que lo auxilie á invadir á Chile.—Elección del general Balcarce.—Elec-

ción de Pueyrredón.—Desengaños de Carrera.—Viaje á los Estados Unidos.

Al entrar por los Andes, Carrera llevaba el ánimo prevenido ya contra los hombres y las cosas de Cuyo. Sabía
1814
Octubre que el coronel Balcarce, espíritu correcto y amigo severo del or-

den, había regresado á Mendoza con impresiones muy desfavorables acerca de su carácter personal, de su maligna influencia en la revolución de Chile, y con un desprecio profundo de sus pretensiones militares: «Es un atolondrado que hace de general y de personaje debido sólo á la inexperiencia y á la ignorancia de aquél país en estas materias», le decía Balcarce á San Martín. Pensaba y decía lo mismo Irizarri, hombre hábil y eficiente, á quien Carrera había expatriado después de volcar el gobierno de Lastra; y en igual sentido hablaba Mackenna cuyas apreciaciones y noticias tenían gran peso por la competencia de su juicio y por la superioridad de sus méritos. No podía, pues, ocultársele que lo habían precedido malísimos informes, y que debía contar con muy pocas simpatías. La conducta del teniente coronel Las Heras era ya un indicio de ello, tanto más significativo cuanto que Carrera suponía que proviniese de órdenes recibidas de Mendoza al efecto.

En el carácter soberbio, impetuoso é impremeditado que le dan todos los historiadores y cronistas de su país,—de la sospecha al enojo, y del enojo á la ira,—no había gran trecho que digamos; y antes de tener hecho alguno concluyente que justi-

ficase sus prevenciones, iba ya iracundo contra los figurones de aldea que suponía confabulados y dispuestos á vejarlo. Pero también iba resuelto á hacerles respetar en su persona la eminente jerarquía de presidente de la Junta Gubernativa con que salía de Chile.

Los historiadores de este episodio han divagado mucho sobre su naturaleza jurídica y el carácter de las complicaciones á que dió lugar. Ninguno se ha hecho cargo del valor de los principios comprometidos en la controversia, ni de cómo fué que esos principios se alteraron en su aplicación. A fuer de imparciales vamos nosotros á restablecerlos.

Los unos han mirado como chocante infatuación, propia sólo de un insensato, la pretensión de Carrera de que le fuese respetada y mantenida, en país extraño, la jerarquía política que tenía en Chile. Los otros, sin entrar tampoco en el fondo de la cuestión, han atropellado con injurias y cargos infundados al general San Martín suponiendo falsamente que hubiera negado ó atacado aquella jerarquía del general chileno.

Ahora bien, que Carrera tenía razón y derecho á conservar su investidura en las provincias argentinas, no hay duda; como no la hay tampoco que no fué el gobernador de Cuyo quien pretendiera jamás desconocérsela.

Prescindamos de la índole desgraciada de la persona y pongámonos sin otra preocupación en el terreno de los principios.

Hasta el momento del desastre de Rancagua, las dos repúblicas eran aliadas en igual guerra contra España. La suerte que corría la una, la corría tam-

bién la otra. Carrera salía de su país dejándolo conquistado y violentado por los mismos enemigos que se preparaban á conquistar y violentar la tierra de los argentinos. Por consiguiente, el supremo magistrado y general en jefe que se amparaba con sus tropas y con sus conciudadanos en el territorio de su propio aliado, no estaba en el caso del beligerante que se salva y ampara en el territorio neutral, ni perdía como pierde éste la investidura del mando que llevaba, virtualmente consagrada en su persona y garantida por la misma alianza que unía á los dos gobiernos. Así es que ni las autoridades locales de Cuyo, ni las nacionales, podían retirarle á Carrera la jerarquía de origen chileno, nacional y propia con que entraba, y cuya doble razón de ser era la soberanía respectiva de cada uno de los Estados, y la alianza defensiva y ofensiva que los unía. Negar estos principios sería negar la parte más elemental del derecho público internacional y de las obligaciones y derechos recíprocos de los aliados.

Es verdad que la jerarquía política que Carrera se atribuía traía origen de un atentado contra el orden interno y de una usurpación; pero habían mediado acuerdos posteriores y conciliatorios entre los partidos chilenos, y, por otra parte, las autoridades argentinas no eran jueces de lo ocurrido, y tenían el deber de aceptar los hechos consumados en las condiciones mismas con que se presentaban en su territorio.

Si Carrera hubiese sido un hombre de reposo, y si su vivacidad no hubiese sido lo contrario de lo que se llama talento ó genio entre los personajes

políticos, no hubiera echado á perder jamás la situación que tenía. Pero en ninguna época de su tempestuosa vida se mostró más inepto; en ninguna menos cuerdo ni más desnudo de los méritos y de los conocimientos que sus parciales se empeñaban en concederle; pues no se le ocurrió siquiera, que si bien era innegable su derecho á la investidura electiva del gobierno aliado, la tenía ahora limitada por la soberanía del territorio en que entraba, y que por consiguiente la cuestión de orden público de regularidad en los procedimientos y en el respeto debido á las autoridades locales, era también una ley de supremo interés y necesidad para él, puesto que tenía conveniencia y deber de respetar á los que eran la única autoridad con misión y poder para hacerlo respetar á él. Por otra parte se olvidó de que no era un monarca de derecho divino asilado y protegido por su aliado, sino un magistrado electivo cuyo carácter político y magistratura dependía de que se mantuviese compacto y unísono el sentir de los conciudadanos y tropas que le daban su apoyo y su asentimiento.

Veamos ahora cómo se produjeron los hechos y cómo se justificaron los procederés á que esos hechos dieron lugar.

Que la emigración y los derrotados de Chile venían divididos en dos bandos enfurecidos é intransigentes, es cosa que no tenemos que repetir; y como era consiguiente uno de esos dos bandos, desconocía la autoridad del jefe del bando contrario: los unos venían por Carrera deseando arruinar á O'Higgins; los otros por O'Higgins resueltos á no obedecer á Carrera.

El general San Martín sabía perfectamente á qué atenerse en su juicio y en su próximo contacto con don José Miguel Carrera. Pero discreto, paciente y reservado como pocos, sabía callar y disimular hasta el momento oportuno de poner la razón y el éxito de su lado; y nadie le había oído jamás la menor alusión desfavorable ó irrespetuosa á la persona ó hechos del presidente de la Junta Gubernativa de Chile.

Sin embargo, el influjo y la supremacía de Carrera al otro lado de los Andes había sido la más grande contrariedad, y el tormento secreto de la ambición militar de San Martín, desde su llegada á Mendoza.

Los que suponen que había solicitado el gobierno de esta provincia con la mira de expedicionar á Chile, saltan por encima del tiempo y de las cosas sin reflexionar que á un hombre tan cuerdo y correcto no pudo ocurrírsele esto jamás. Antes del desastre de Rancagua, Chile tenía su gobierno soberano y medios de propia defensa al mando de los oficiales del país. A San Martín no le era, pues, permitido abrigar sino uno de estos dos propósitos: ó tomar servicio en Chile, ya que el gobierno argentino, bajo el influjo de Alvear no le ofrecía campo á sus grandes aptitudes, ó conseguir el mando de la división auxiliar argentina convenientemente reforzada con tres ó cuatro batallones y un escuadrón para concurrir á la defensa de Chile, y combinar una expedición de fuerzas aliadas sobre el Perú por las costas del Pacífico. Si esta era la mejor de sus ideas, la verdad es que no pasaba de ser una idea totalmente irrealizable é ilusoria.

En efecto, ¿cómo llegar á ese resultado imponiendo en Chile un hombre como don José Miguel Carrera? ¿cómo conseguir de él fuerzas y medios cuando todo le era poco para afianzar su poder personal y dominar de un modo absoluto en su país? ¿Cómo traerlo á consentir en que dejara entrar á Chile una fuerza argentina preponderante, respetable al menos, con propósitos que de uno ó de otro modo habrían de complicarse con las cuestiones y con los partidos internos del país, y todo esto sin contar las consecuencias del desorden, los caprichos, las persecuciones, los recelos, las rivalidades, el desquiciamiento interior, y las arbitrariedades de un gobernante soberbio, intratable y pueril también en medio de su misma malignidad? (1).

Apenas llegado á Mendoza (supongamos que con ilusiones), San Martín había palpado día por día y con profundo desaliento, todos estos inconvenientes. Debió conocer que eran el escollo insuperable de sus grandiosas miras, y que su ambición militar estaba condenada por ellos á vegetar entre Carrera, que le cerraba los horizontes del Pacífico, y Alvear, vencedor de Montevideo, que victoreado por un partido ilustre y brillante se consideraba ya en marcha triunfal sobre Lima (2).

Por discreto y moderado que sea el disimulo de

(1) Aquí es el caso de repetir que ninguno de estos epítetos ó calificativos es nuestro, sino tomados al pie de la letra de los señores Barros Arana y Vicuña Mackenna.

(2) No solamente era la opinión del país, sino la de los hombres más competentes para formularla; entre ellos el general Paz, como se ve en sus *Memorias*, vol. I, página 190. Véase vol. V, pág. 150 de esta obra.

un grande hombre, no es posible que su ánimo se desentienda de sus más caros intereses ó de las prevenciones que dejen en él aquellos que le han dañado. De manera que San Martín, espectador interesado y paciente de las tropelías y maldades del caudillo de Chile, venía necesariamente predispuesto, por sus propios intereses, á mirarlo como el más grande de los estorbos que le impedían tomar su vuelo, al paso que los amigos de O'Higgins y de Mackenna, deseosos de sacudir un yugo insostenible, le brindaban amistad y cordial inteligencia, aun antes de que los sucesos hubieran tomado dirección y carácter en este sentido; porque lo que está en la naturaleza de las cosas tiene que dar al cabo sus resultados necesarios; y nadie menos capaz que Carrera, intransigente é indómito por hábito, por tradición y por genio, de volver en amistad y concordia los antecedentes y las incompatibilidades que le precedían al entrar en la provincia de Cuyo.

Desde este punto de vista, es presumible que el desastre chileno de Rancagua no fuera para el general San Martín un contratiempo lamentable, sino un suceso feliz, que, quitándole estorbos, le ofrecía desde luego la perspectiva halagüeña de convertir en grandes hechos su soñado propósito de hacer la guerra en Chile y de trasladar al Pacífico el glorioso problema de la independencia general de la América del Sur. Así es que por más que se reservara, ó que disimulase su verdadero sentir por el cambio de posiciones, favorable para él, que aquel desastre había producido, es el caso de repetir con Terencio: «*Nihil alienum...*» y de convenir en que

estaba en lo más caro de sus intereses, y en lo más profundo de sus miras, suprimir la figura de Carrera en los subsiguientes sucesos de Chile, durante el tiempo, al menos, que se necesitara para unificar la liga de los dos países y llevar unidas sus fuerzas militares al Perú y á Quito; pues no hay duda de que callado é impenetrable en la provincia argentina más austral, más ladeada hacia los fríos del polo, San Martín tenía ya clavada su vista con anhelo en los resplandores del trópico y del Ecuador.

La llegada de los seis ú ocho fugitivos que fueron los primeros en entrar propagando en Mendoza la caída de Chile en poder de los realistas, debió resonar en el ánimo del gobernador de Cuyo como el eco de las trompetas que despertaron á Josué en el desierto para señalarle bajo un rayo de luz la tierra de Canaán. Abierto se le presentaba ahora el campo de acción :

Limina perrumpit.
. et ingentem lato dedit ore fenestram

Así pues, ¡cuánto anhelo, cuántas inquietudes y cuántas alarmas, producidas por el temor de que pudiera írsele de las manos aquella ocasión de echarse por ahí á tomar posesión del porvenir!

Lo primero que comprende con su habitual sagacidad es la indispensable necesidad de que los mendocinos hagan causa común con él é interesen su orgullo en la honra de ilustrar, al otro lado de los andes, el nombre y la pujanza de su provincia. Todo lo pone en juego con ese fin : estímulos, lison-

jas, prestigio personal, trabajo asiduo, promesas de todo género, insistencia en hacerse amar y admirar; todo hasta quedar seguro de que *ha hecho suyo el terreno*, y de que tiene allí el punto aquel de apoyo que pedía Arquímedes para mover el mundo. En Buenos Aires pueden caer y subir gobernantes: San Martín debe ser inmovible en Mendoza por el sentimiento apasionado y por la adhesión unánime y personal de toda la provincia. Tratar de sacarlo de en medio *de su pueblo* sería un crimen de lesa patria. Si un Director Supremo le dió el puesto, la soberanía de Mendoza se lo ha consagrado á perpetuidad, y no hay ya Supremo Director que pueda arrancarlo al amor filial de los que lo han adoptado por padre y por jefe.

Chile ha caído, ¡generosos hijos de Cuyo! sus habitantes, sus familias enteras con ancianos, mujeres y niños vienen por las ásperas cordilleras buscando en vuestros brazos como salvarse de la saña y de la barbarie de los enemigos de la independencia argentina: venid conmigo y corramos á darles el auxilio de la hospitalidad, mientras nos armamos y les llevamos el de nuestros soldados para reponerlos en la posesión del suelo de que los tiranos extranjeros pretenden despojarlos; ¡sea esa la gloria de Cuyo!

A la voz de su gobernador Mendoza entera se conmueve: antes de veinticuatro horas parten por el camino de

1814 *Ushpallacta* mil trescientas mu-
Octubre II las, ciento ochenta cabezas de ga-
nado, doscientos líos de cecina (*charqui*), frutas secas, vino, aguardiente, y otros diversos comes-

tibles de los que se tienen por apropiados para las alturas de la cordillera; ropas, que las familias han traído en grande cantidad; y todo va de prisa á encontrar á los menesterosos que vienen atravesando las cumbres con todo el peso de la desgracia y de la miseria. Antes de partir él también á los lugares donde se hace necesaria su presencia, nombra una comisión de vecinos que prepare alojamiento y cuarteles para la emigración y para los soldados.

En el camino le llegan dos noticias desagradables: le dicen los dispersos que el teniente coronel Las Heras ha abandonado los boquetes occidentales de la cordillera, y que los realistas entran por ellos dando caza á los prófugos y á los cargueros que traían el dinero de las arcas públicas de Chile. Esto último era cierto, pero no era Las Heras sino Carrera quien se las había dejado arrebatadas en el camino en que él las traía. Las Heras permanecía en su puesto, y la orden de San Martín de que allí se conservase hasta que más no pudiese lo encontró cumpliendo su deber. La otra noticia era que los víveres y auxilios remitidos el día antes habían sido asaltados, robados ó arrebatados en medio del desorden por la soldadesca chilena que venía en tumulto y sin gobierno bajando los desfiladeros de la cordillera. Junto con estos avisos lo rodea multitud de vecinos de la campaña que vienen á darle clamorosas quejas de que sus casas han sido invadidas, robadas y ultrajadas por los dispersos y por la gentuza que viene emigrando. La cosa era en sí misma natural, y nadie podía tomarle de sorpresa. Pero lo que impresionó muy mal el ánimo del gobernador de Cuyo, fué que los jefes chilenos que entra-

ban en su provincia, no hubiesen tratado de regularizar ese conjunto de hombres dispersos, para que no se presentase, en el país aliado que los recibía, como una banda de salteadores (3).

Trató, pues, de adelantarse á poner pronto remedio á tamaño desorden, cuando á poco trecho se encontró con el general O'Higgins, coronel Alcázar, Freyre y otros jefes de ese partido seguidos de algunos hombres de su inmediato servicio. Quejóse á ellos de lo que pasaba, les hizo oír las reclamaciones de los vecinos que habían ocurrido á él, y confirmó mando absoluto á O'Higgins para que reuniese los dispersos chilenos y los sometiese al orden castigándolos si era necesario, á cuyo efecto le dió una partida de milicianos mendocinos. Entre los dispersos chilenos habían alcanzado ya al mismo lugar algunos oficiales del partido contrario que rehusando prestar obediencia á O'Higgins retrocedieron á encontrar á Carrera con el chisme de que San Martín había conferido el mando del «ejército chileno» á O'Higgins destituyéndolo á él que además de presidente de la Junta Gubernativa era el general de ese ejército.

Fácil es concebir la ira que se levantó en esa alma soberbia al sentirse ajado por un acto que venía á probarle, una vez más que el ínfimo gobernador de Cuyo se atrevía á ponerle la mano con fabulado ya con sus enemigos políticos Mackenna, Irizarri, O'Higgins y Balcarce. Completamente ajeno

(3) «San Martín supo en el camino que los soldados emigrados cometían mil excesos: que robaban cuanto veían en las habitaciones de su tránsito, sin obedecer á nadie». Barros Arana, *Hist. de Chile*, vol. III, pág. 97.

San Martín al enojo que había provocado con una simple comisión del momento, eventualísima, y que estaba muy lejos de tener el sentido y los efectos que Carrera le daba, siguió adelantándose al encuentro de éste para prestarle toda la obsecuencia y galante recibimiento que su categoría política y militar hacía de estricto deber.

Había andado una legua escasa y penetrado en un desfiladero, cuando sus acompañantes, en una vuelta repentina del camino, le señalaron la presencia de don José Miguel que cabalgaba acompañado de sus hermanos don Luis y don Juan José, del coronel Benavente y de su hermano don Diego con otros muchos de sus más adictos secuaces. San Martín se hizo con su comitiva á un lado del camino suponiendo que allí se haría con toda naturalidad el primer encuentro y las primeras comunicaciones que requería la situación. Pero puede calcularse cuál sería su sorpresa al ver que Carrera, sus hermanos y demás jefes ó subalternos que lo acompañaban afectaban no haber reparado en él, y pasaban adelante sin el menor ademán á saludarlo siquiera (4).

La indignación del grupo argentino y de los chilenos oficiosos que acompañaban al gobernador de Cuyo, fué profunda: muchas veces se levantaron contra tan grosera insolencia; pero San Martín, más asombrado y reflexivo que ofendido, aunque sin saber á qué atribuir aquella torpeza, disi-

(4) ...«Pero don José Miguel, que pasó en frente de ellos ni aun se dignó tocarse el sombrero delante del jefe superior del territorio en que buscaba asilo». *Hist. de Chile*, por Barros Arana, vol. III, pág. 97.

muló sus impresiones, evitó la menor alusión al incidente y afectó un aire festivo y despreocupado hablando sólo de «castigar en breve á los godos»; y después de un corto descanso tomó el camino de regreso para Mendoza detrás de Carrera.

No siendo posible llegar á la ciudad en la misma tarde, tomaron diversos alojamientos para pasar la noche, y acababa de desmontarse San Martín en el suyo cuando un oficial subalterno vino á decirle «que el general en jefe quería hablar con él». Dígame usted que voy para allá—contestó San Martín con el tono más comedido del mundo (5).

El objeto de la cita era reclamar por el desacato que el gobernador de Cuyo había cometido permitiéndose dar el mando de los soldados chilenos á un jefe de su elección con mengua de los principios y de la obsecuencia que las autoridades argentinas debían guardar con las que venían de Chile en el concepto de que entraban en país aliado. Don José Miguel estuvo soberbio é imperioso como siempre.

El gobernador de Cuyo era demasiado discreto y hábil para dar á la conferencia el estallido de un rompimiento prematuro. Se mostró bien informado de los principios y del deber en que estaba de cumplir con ellos evitando agraviar en lo más mínimo la jerarquía de carácter chileno que traía Carrera. Pero á su vez reclamó moderadamente la suya, sosteniendo que el orden policiaco y la seguridad per-

(5) Me lo ha referido así el licenciado mendocino don N. Vargas que se daba por acompañante y confidente de San Martín en ese momento; y cuyo trato frecuente y amistoso con él es históricamente notorio en efecto. Lo reza también el cronista chileno que antes hemos citado.

sonal de los habitantes de su provincia, así como el inviolable respeto de las propiedades particulares, era una atribución de su propia y exclusiva competencia. Que á él era á quien le concernía el deber y el poder de no permitir desafueros y turbulencias en nombre de partidos ó de autoridades extrañas al gobierno y á la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata; que al dar esa comisión eventualísima al señor O'Higgins, para que contuviera los desmanes de una tropa que marchaba desbandada, haciendo daño y destruyendo los mismos víveres, acémilas y demás auxilios recogidos para el común de la emigración, no había pensado que pudiera ofender á nadie, porque el señor general Carrera venía todavía muy atrás para poder poner orden en eso, y allí no había encontrado más jefe superior chileno que al señor O'Higgins, que habría sido ó no en su país de un partido contrario al del señor general en jefe, pero que era de notoriedad un jefe superior chileno; de manera que al darle esa comisión momentánea, estaba tan lejos de haber faltado á sus deberes como autoridad en el país aliado, que creía más bien haberle prestado la más completa deferencia. Pero que puesto que con eso había agraviado al señor general en jefe, podía contar con qué había cesado la comisión del señor O'Higgins; y quedar en la inteligencia de que el señor Carrera se hallaba en la completa posesión de su carácter público en todo lo que concerniese á sus soldados y subalternos; pero por lo mismo, todo lo que fuere de orden interno y de tranquilidad pública en la provincia, era y sería del resorte único de su gobernador y de las autoridades loca-

les, sin que hubiese de reconocer fuero de oficiales ó de soldados extranjeros, en esa materia.

La soberbia imperante de Carrera tuvo, pues, que estrellarse en la firmeza moderada del gobernador de Cuyo. Pero quedó indignado y apercebido ya de que aquel era el principio de una lucha implacable entre ambos.

San Martín comunicó en el acto á O'Higgins que el general en jefe del ejército chileno había encontrado irregular la comisión de reunir dispersos y de regularizar la marcha que le había conferido; que en consecuencia pusiera á las órdenes inmediatas de dicho general los soldados y oficiales que hubiese reunido. O'Higgins cumplió esta resolución en la madrugada del día siguiente. Pero he ahí que estalla el tumulto y la confusión entre los dos bandos. Los unos se niegan á ponerse bajo las órdenes del «traidor de Rancagua», según gritan á voz en cuello. Los otros pretenden reducirlos á la obediencia y arrastrarlos al campamento del general. Toman las armas y llega un momento en que ya van á reñir. El gobernador de Mendoza no tiene sino un corto grupo de milicianos; el batallón de Las Heras ha quedado guardando los boquetes al otro lado de la cordillera; ni á su lado ni en toda la provincia tiene una compañía veterana siquiera con que imponer el respeto de su autoridad, y no le queda más papel que el de presenciar indiferente aquel escándalo que sabè Dios hasta qué excesos habría llegado, si O'Higgins no se hubiera interpuesto y logrado, con un grande esfuerzo, traer á sus amigos á que reflexionaran en las bochornosas y graves consecuencias de lo que sucedía; les declaró que no

era ni quería ser jefe de nadie, y se marchó á Mendoza (6).

Con esto, los oficiales tomaron situaciones individuales según su gusto ó su necesidad; una parte de los soldados, no teniendo como mantenerse, se acogió á las raciones de alimentos que el gobernador le pasaba al general chileno, y otros se desgranaron siguiendo particularmente á sus oficiales. Carrera, á la cabeza de unos cuatrocientos hombres más ó menos, reorganizados bajo el mando del coronel Benavente, pero no bien armados, entró en la ciudad y ocupó un vasto corralón que debía servirle de cuartel.

Comenzó allí una serie de disgustos y de altercados sin término entre el gobernador y el general chileno. Este, conociéndose con mayor fuerza efectiva, se dió á echarla de soberbio y de indiscreto sin ton ni son.

Un subdelegado de la Aduana Nacional, sin que San Martín tuviera arte ni parte, quiso registrar equipajes, cumpliendo ciegamente con la ley, aunque sin el tino práctico del momento. Apenas lo supo Carrera, le dirigió una nota agria é imperiosa. El oficial que la conducía, entró en el gabinete del despacho sin quitarse el sombrero, y con alarde de insolencia la alargó al gobernador. Era la segunda vez que el mismo oficial cometía el mis-

(6) «Trabóse con este motivo un serio altercado que habría terminado por un encuentro formal si O'Higgins no hubiese tenido la prudencia^a de ceder el mando de las tropas que entraban á su lado para seguir su marcha á Mendoza».—B. Arana, *Hist. de Chile*, vol. III,^a página 99.

mo desacato; y San Martín, sin poder contenerse, se levanta, de un puñetazo arroja el sombrero de la cabeza en que estaba, empuña al oficial por el cuello, lo arrastra hasta la puerta y lo pone en el patio. Lo más irritante era «que la mayor parte de los oficiales hacían esto mismo en las calles, á términos de poderse sospechar que estaban autorizados para este y otros ademanes de burla ó de menosprecio» (7). Otra vez, unos soldados del cuartel chileno asaltaron y robaron á mediodía una pulpería. La policía pudo alcanzarlos, desarmarlos y ponerlos en el camino de la cárcel. Llega la noticia á don José Miguel, y éste hace salir una gruesa partida bien armada que corre á los policías y rescata los presos, hospedándolos en su cuartel. Sería nunca acabar, detallar los otros mil incidentes del mismo género que se sucedían el uno al otro. El vecindario de Mendoza estaba excitado, inquieto y sumamente alarmado con estos desórdenes y riñas de cada momento.

Era menester que todo esto tuviese un término, y el gobernador, contenido siempre en la suma prudencia que le era característica, mandó decir al teniente coronel Las Heras que regresase á Mendoza, y despachó con urgencia á Buenos Aires al coronel Mackenna, al señor Irizarri y al sargento mayor don Pablo Bargas para que instruyesen circunstancialmente al Director Supremo don Gervasio Posadas y al ministro de la Guerra don Francisco Javier de Viana, de lo que pasaba en Mendoza. Sospechó Carrera el fin de esa misión, y despachó

(7) B. Arana, lugar citado.

él á su vez á su hermano don Luis y al coronel Benavente para que expresasen los agravios que se le hacían. Del encuentro de don Luis con Mackenna en Buenos Aires resultó un duelo y la muerte del segundo, que fué sumamente lamentada sobre todo por el ministro Viana, antiguo y buen amigo suyo.

Posadas y el ministro no necesitaron de mucho para comprender que la justicia y el orden público les imponía el deber de sostener la autoridad del gobernador de Cuyo, y lo autorizaron con toda amplitud para restablecer el orden y la quietud de su gobernación.

La noche antes de recibir esta autorización había llegado á Mendoza Las Heras con su batallón. San Martín hubiera procedido como autoridad local sin el menor cuidado; pero creyó más conveniente que la represión misma tomase carácter chileno para mantener sin menoscabo las formas substanciales de la alianza.

El caso de don José Miguel Carrera no era el que habría tenido un monarca de derecho dinástico en el territorio de su aliado: no era, pues, sino un magistrado electivo que habiendo perdido el territorio de su país no tenía ya el derecho de imponer su imperio personal á los que habían salido con él, ni podía darse jerarquía nacional sin más base que la de un bando de partidarios contra otro. Apareció en esto una acta firmada por un número considerable de chilenos pidiéndole al gobernador de Cuyo que expulsase de Mendoza al general Carrera.

Invocando, pues, la necesidad de mantener el orden público y el imperio exclusivo de las autori-

dades locales para desempeñar ese servicio, el general San Martín le pasó una nota á Carrera ordenándole categóricamente que diese á reconocer en su cuartel al coronel don Marcos Balcarce como comandante general de armas de la provincia. Carrera no contestó ni cumplió la orden, y con fecha 28 de octubre, participó que había resuelto invadir á Chile por Coquimbo á la cabeza de las fuerzas que tenía en su cuartel. San Martín le envió al momento la licencia para que se pudiese en marcha. Pero como esto no era sino una farsa destinada á ganar tiempo con la esperanza de que el gobierno de la capital lo apoyase, pues ignoraba todavía lo que ya se había resuelto y comunicado, Carrera se dejó estar en el cuartel sin fingir siquiera preparativos para el intento.

En la mañana del 30 de octubre, el coronel Balcarce se puso á la cabeza del batallón de Las Heras, de cuatro
1814
Octubre 30 piezas de artillería y de un grupo de doscientos y tantos dragones chilenos que habían reunido bajo sus órdenes el coronel Alcázar, el teniente coronel Freire y otros oficiales subalternos. El gobernador San Martín, con las milicias de la ciudad tomó el puesto de reserva. Circunvalado convenientemente el corralón que servía de cuartel á los *carrerinos*, se le pasó á su jefe una nota diciéndole que pusiese toda su fuerza á las órdenes del señor Balcarce, en la inteligencia de que habiendo caducado las autoridades de Chile, los soldados y oficiales que habían emigrado quedaban libres y dueños absolutos de su situación personal. «Se le previene á Vuestra Señoría que

cumpla esta orden en el término de diez minutos, pues de otro modo se le tomará como enemigo é infractor de las leyes del país».

No había qué decir, y la orden se cumplió estrictamente. Las Heras volvió á guarnecer los desfiladeros de la cordillera; Carrera y los principales de sus parciales fueron mantenidos en prisión hasta que todo se aquietó y pudo dejárseles en libertad de irse á Buenos Aires. «San Martín (dice Barros Arana) no quiso tomar á su servicio los soldados de Carrera, y contestó al Supremo Director, que era mejor que se fuesen á otra provincia ó dejarlos que se buscasen medios de vivir, porque él no quería tomar á sus órdenes «soldados que servían á un caudillo mejor que á la patria».

Cuando don José Miguel llegó á Buenos Aires se encontró con que su hermano don Luis estaba preso y criminalmente encausado por la muerte del coronel Mackenna. Había en esto una verdadera injusticia. Los duelistas eran dos oficiales del ejército chileno y de alta graduación. El lance había tenido lugar con todas las reglas del caso: los padrinos habían sido hombres conocidos y militares de honor; las armas habían sido de fuego, porque en ese tiempo esas eran las que se usaban entre caballeros y entre militares, porque excluían toda superioridad de arte é igualaban mejor el acaso de la suerte y de la desgracia; y sabido era que el duelo entre militares no era entonces, ni ahora, un crimen, como lo es entre personas civiles. Sin embargo, costóle mucho á don José Miguel sacar de prisión y en libertad á su hermano.

Su grande empeño fué ahora que se le permi-

tiera organizar una expedición combinada para reconquistar á Chile. Posadas, con su trato hábil é insinuante, pero poco ingenuo, lo mantenía entre esperanzas y dudas; pero en lo que menos pensaba era en darle comisión ninguna que lo pusiera en contacto con el gobernador de Cuyo. Carrera insistía, y aún había presentado al gobierno una *Memoria de la manera* práctica de caer por las Cordilleras sobre Chile, con grandes resultados de la empresa, cuando el ejército de Rondeau se sublevaba en Jujuy, renunciaba Posadas, y se hacía cargo de aquella mala situación el general Alvear. Carrera lo había ya conocido y tratado con intimidad y soltura en España. Aunque mucho más decente y más cuidado en sus gustos y en sus hábitos, Alvear tenía también accidentes de calavera gentil y audaz, que concordaban en parte con los de Carrera. Por cierto que éste no tenía la chispa del genio militar, ni aquel golpe de vista, ó genial rapidez en la ejecución, que realzaban tanto la importancia del vencedor de Ituzaingó. Pero en la parte superficial de las ideas, en el brillante colorido de la conversación, en la rapidez de los conceptos, había mucho que los acercaba y que podía vincularlos en las alternativas de la vida.

Desde el primer momento Carrera procuró ganarse el ánimo de Alvear para conseguir que favoreciese su expedición á Chile. Pero Alvear había estado hasta entonces tan preocupado con los incómodos sucesos de la Banda Oriental y con los grandes prestigios de su expedición al Alto Perú, que no había dado mucha atención ni importancia á los sucesos de Chile. En su opinión la cuestión de

Chile era muy subalterna para influir en las soluciones que requería la guerra de la Independencia. Que estuviese ó no estuviese en poder de los realistas, nada podía influir sobre la suerte de la guerra, cuyo principal problema era apoderarse del Cuzco y de las sierras que dominan el resto del país. En su opinión la invasión por las costas del Pacífico era una operación desacertada é ineficaz para dar resultados definitivos (8).

Alvear acogió al principio con mucha frialdad las sugerencias y las instancias de Carrera; pero como se veía coartado por el lado del Alto Perú, y como deseaba continuar figurando, se dejó ganar al fin, con la idea de trasladarse á Cuyo con Carrera y de organizar allí una expedición sobre Chile de cinco ó seis mil hombres. Lo primero para esto era separar á San Martín, cuyo puesto era puramente

(8) A él mismo le hemos oído estas ideas en 1837 conversando en nuestra casa con nuestro padre. Y sea que fuesen reflejo de lo que había demostrado la expedición del general San Martín en 1820 ó que fuese verdad que ya las tenía de antes, sucedió que transmitiéndoselas nosotros al general Las Heras, en cuya mesa familiar comía también ese día el general don Mariano Necochea, decían los dos que aunque las creían formadas después de aquella experiencia, tenía razón; pues la campaña de Sucre de 1824 no hubiera terminado por la victoria de Ayacucho, ó no hubiera esta victoria terminado la guerra, á no haber existido la guerra civil entre la Serna y Olañeta, que privó al uno y al otro de la unidad de acción y de fuerzas. Después de esto, en la última guerra del Pacífico se ha visto que un ejército de cerca de 60 mil chilenos, no ha podido acabar con el general Cáceres, y ha tenido que desistir, dejándolo dueño de la situación interna del país.

administrativo, y podía serle legalmente retirado á voluntad y juicio del Poder Ejecutivo. Fué nombrado al efecto intendente gobernador de Cuyo el coronel don Gregorio Perdriel, que muy poco significaba como entidad política ó militar y que podía ser separado sin estrépito cualquier día. Pero la provincia entera de Mendoza se alzó á resistir el cambio. San Martín aparentó una completa sujeción á su deber; suplicó y aconsejó que se obedeciese al gobierno nacional; fué en vano; el vecindario, llamado á Cabildo abierto, se reunió en la plaza con grande excitación de los ánimos. San Martín quiso hablar, pero se le hizo presente que allí estaba de más, porque se trataba de asuntos que le concernían personalmente, y hubo de retirarse. Se resolvió al fin que el coronel Perdriel fuese rechazado; que se abstuviese de pasar de San Luis; y salió para Buenos Aires en comisión de la provincia, el licenciado don Juan de la Cruz Vargas, á reclamar y solicitar que el Supremo Director continuase al general San Martín en el gobierno de Mendoza.

Llegó el comisionado á la capital en momentos tan aciagos para el general Alvear, que á los pocos días fué volcado del poder por el sacudimiento del 15 de abril de 1815.

El contratiempo fué grande y fatal para Carrera; pero no perdió el ánimo. Se buscó gentes de influjo que le franquearon el trato confidencial del Director Alvarez Thomas. No tenía éste ni influjo, ni valimiento, ni voluntad tampoco como para cometer acto alguno contra la persona y el puesto del general San Martín, y se limitó á pasarle en con-

sulta la *Memoria ilustrativa* que había escrito Carrera y que cada día ampliaba y completaba con nuevos datos y nuevas vistas. San Martín la devolvió con observaciones que no dejaban la menor duda sobre lo ilusorio de toda empresa sobre Chile, que no tuviese por base la marcha de un ejército formal de cuatro mil hombres á lo menos, habilitado con todo lo necesario para tomar pie de un modo firme y para batirse en regla con las tropas veteranas y harto fuertes que ocupaban á Chile. Desde luego con esta base, con esta condición era claro que á la cabeza de ese ejército había de ir un general argentino, y no don José Miguel cuyo crédito de general andaba por los suelos, puesto ahí por sus propios compatriotas.

A Alvarez Thomas le sucedió el general don Antonio Balcarce hermano, estrechamente ligado por aprecio y cariño, del coronel don Marcos. De éstos no podía esperar Carrera nada favorable. Por el contrario, fué llamado O'Higgins y se le pidió una *Memoria* sobre la población de Chile, su territorio, sus entradas, las opiniones predominantes, etc., etc., que según parece salió de manos del autor en una forma poco adecuada al prestigio que se trataba de dar á la idea en la opinión pública; y se comisionó entonces al oficial mayor del Ministerio de la Guerra, don Tomás Guido, hombre hábil y diestro en el manejo de las formas literarias, la tarea de recoger todos esos antecedentes, y los informes del general San Martín, para darles la vida necesaria en una *Memoria* fácil de comprender, de amplias miras, que viniese á servir de base justificada á los propósitos del gobierno permanen-

te, de cuya elección se ocupaba ya el Congreso de Tucumán. Vino en seguida el gobierno de Pueyrredón, y se consolidó el predominio absoluto, el favor y el influjo del general San Martín.

Carrera comprendió entonces que nada tenía que esperar en tierra argentina; pero no desistió de su idea de reconquistar á Chile por sus propios medios. Si su genio político y militar hubiera estado á la altura de la consistencia y de la terquedad de su ánimo, hubiera alcanzado indudablemente á ser un grande hombre. Pero ¡cuánta distancia entre esos dos elementos de la superioridad humana! Reunió entre lo suyo, lo de sus hermanos y sus amigos unos treinta ó cuarenta mil pesos, y partió á los Estados Unidos con la mira de armar algunos buques, de reclutar un número conveniente de aventureros, de venir al puerto de Buenos Aires, levantar á los demás emigrados chilenos, y bajar en las costas del Sur de Chile.

Lo probable es que si hubiera podido realizar esa empresa hubiera tenido malísima suerte. Los realistas contaban entonces con algo más de siete mil hombres, disciplinados y aguerridos, al mando de oficiales hechos, bravos y expertos. Contar con el alzamiento de las masas, era más que aventurado, porque como lo revelan y repiten los mismos historiadores chilenos, esas masas estaban inertes, humilladas, y tanto vociferaban *¡viva la patria!* cuando dominaban los patriotas, como vociferaban *¡viva el rey!* cuando dominaban los realistas. Pero eso no quita el mérito de los esfuerzos y de la heroica persistencia que en este caso mostró el caudillo chileno.

Hemos procurado exponer en este episodio los antecedentes y las causas que arrastraron á los argentinos á tomar una parte activa en la historia militar y política de Chile. Veamos ahora en qué perspectiva se presentaban al mismo tiempo los otros sucesos, que en concurrencia con éstos formaban parte de la tremenda lucha que la República Argentina sostenía contra España, en defensa de su independencia y de sus libertades.

CAPITULO IX

LA RESISTENCIA POPULAR DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS DEL ALTO PERÚ

SUMARIO: Propósitos del gobierno argentino y previsiones de Pezuela.—La importancia y las consecuencias de la victoria de los realistas en Viluma.—El ejército de invasión.—Insurrección de las provincias alti-peruanas. El coronel Lavín.—El patriota Padilla.—Su consorte doña Juana Azurduy.—Ataque de Chuquisaca.—Expedición de los realistas al Este.—El coronel Herrera.—Acción de la *Hacienda del Villar*.—Muerte de Herrera.—Retirada de Las Heras.—Entrada de Tacón.—Muerte de Padilla.—El patriota Camargo.—Sus correrías felices.—Expedición de una división del ejército de Tucumán al mando de Lamadrid.—Sus primeros triunfos.—Su derrota.—Asesinato de Camargo.—Disolución de las guerrillas patriotas en el Alto Perú.—Aprestos para invadir á Salta.

El gobierno de Buenos Aires y el general San Martín habían consagrado enormes esfuerzos, de 1815 á 1816, para formar el ejército de los Andes. Pero la concentración de esa fuerza relativamente considerable en Mendoza, había llamado también la atención del activo virrey del Perú; y no le habían faltado avisos de que se trataba de reconquistar á Chile, y de amenazar á Lima por el Pacífico, para dividir y debilitar las fuerzas realistas que se preparaban á operar contra Jujuy y Salta. El general Pezuela, que en este momento iba á ser el

sucesor de Abascal y que era, sin duda, el militar de mayor fama que España tenía en la América del Sur, comprendió que no podía dejar á su ejército de Chile entregado á una guerra puramente defensiva, desfavorable siempre en un país conquistado y oprimido; y que la operación decisiva para hacer fracasar los propósitos del ejército de los Andes, era invadir cuanto antes por el norte, flanquear la posición de San Martín en Mendoza y obligarlo á replegarse al centro para cubrir la capital, mientras el ejército de Chile, sin ningún enemigo al paso, venía á situarse en Cuyo.

La combinación debió parecerle á Pezuela tanto más práctica cuanto que hacía poco más de un año que él mismo había ocupado á Salta, y si se había retirado había sido sólo porque la rendición de Montevideo y la grande sublevación del Cuzco habían comprometido su situación, y puesto en disposición de venir contra él, al poderoso y brillante ejército que Rondeau perdió después en *Sipe-Sipe*. Ahora no había que temer nada de eso: Buenos Aires no tenía más ejército que el que se hallaba concentrado en Cuyo, y el esqueleto del que á grandes esfuerzos se reorganizaba en Tucumán era una sombra incapaz de sostener el terreno. No dudaba, pues, el nuevo virrey de que podía entrar por Jujuy y marchar hasta Córdoba casi sin resistencias.

Los vencedores de *Sipe-Sipe* se preparaban á bajar de las sierras alti-peruanas para recoger los frutos de su espléndida victoria, y lavar en sangre de rebeldes argentinos las manchas que habían caído sobre las banderas españolas en las jornadas de TUCUMÁN, de SALTA y de MONTEVIDEO. El nuevo

ejército de los realistas se componía ahora de los bravos veteranos que habían triunfado sobre las tropas francesas. A la cabeza de sus formidables columnas venían La Serna y Espartero (el famoso Regente de España años después), Valdés, Canterac, Tacón, Carratalá, Sardina y cien otros justamente enorgullecidos de sus hechos militares y de la brillante carrera que habían hecho en la escuela de Wellington, de Beresford y de Castaños.

En aquellos aciagos momentos, de 1815 y 1816, que debían pasar con tanta gloria para nosotros, todo á excepción de las Provincias Argentinas había sucumbido al empuje de la reacción realista, de un extremo á otro de la América del Sur.

En todos los otros virreinos, las tropas españolas habían restablecido el yugo colonial como resultado inmediato de las batallas campales que habían ganado. En Chile después de *Rancagua*, en el Alto Perú después de *Huacuy* y de *Ayoyuma*, en el Cuzco, en Nueva Granada, en Venezuela, la reacción había triunfado, y en 1815 la América del Sur crujía bajo la planta de sus opresores. Después de SIPE-SIPE, los españoles debieron creer que no les quedaba más por hacer que reorganizar sus columnas, marchar hasta Córdoba, para reunirse en el corazón de la República Argentina con el ejército de Chile, y ahogar en las aguas del Plata la Comuna audaz que había osado desafiar, sola, todo el poderío del monarca católico y de sus cuatro siglos de glorias y de poder imperial.

La derrota de los argentinos en aquella funesta batalla había sido para las tropas del rey una espléndida victoria. ¿Quién podía dudarlo? Era un

suceso definitivo que había coronado la buena fortuna de las banderas españolas con resultados más evidentes que cualquiera de los otros desastres que la causa argentina había sufrido hasta entonces.

Con razón, pues, y con justicia el rey de España había ordenado que la famosa victoria de *Viluma* (1) fuese bulliciosamente festejada en todos sus dominios. Las salvas de artillería, los cánticos de las iglesias arzobispales, las campanas de todas las catedrales y de todos los conventos, habían atronado los aires y envuelto las banderas españolas en el humo y en los festejos de la gloria, desde los Pirineos al Tajo, desde Ceuta hasta Manila; y no era extraño que su poderoso primo el monarca de París hubiera *felicitado cordialmente á Fernando VII* por el próspero suceso que le volvía íntegro el trono de todas las Indias. «El monarca español había querido que Europa entera admirase las hazañas de su grande y fiel súbdito el general Pezuela, que *había humillado* por fin á los indómitos porteños; y dió la mayor publicidad á tan ilustres hechos, mandando con fecha 2 de abril de 1816, lo que hasta entonces no se había visto sino con rarísimas excepciones desde *San Quintín*, á saber, que se cantase un solemne *Te-Deum* en todas las iglesias de la monarquía» (2). ¿Qué faltaba, pues, para consumir la obra? Nada más que marchar; que marchar con tanta mayor confianza, cuanto que las Provincias Argentinas tenían el seno desgarrado por

(1) Este era el nombre que los españoles dieron á nuestra derrota de *Sipe-Sipe*.

(2) Torrente: *Historia de la Revolución Hispanoamericana*.

Artigas y por la guerra civil, estando su ejército en Jujuy, reducido á un esqueleto de 1,000 hombres escasos. Pezuela, por supuesto no contaba encontrar en su camino los pueblos argentinos del norte ni á Güemes en ellos.

A principios de 1816, el ejército realista estaba reorganizado y había sido remontado con los batallones *Gerona*, *Extremadura*, *Albuera*, *General* y otros no menos acreditados. Sardina, Canterac y muchos oficiales de un mérito sólido y de talentos muy distinguidos, habían venido con planteles de sargentos y cabos instructores para dar á la caballería realista una organización moderna que la hacía ahora fuerte é irresistible. Todo el armamento había sido renovado con lo llegado en el gran convoy de Panamá. Excelentes baterías de campaña, dinero y aprestos completos, todo lo había acumulado el general vencedor cuando movió su campò para *Cotagaita* con la mira de embestir la frontera argentina.

Para emprender sus operaciones, Pezuela empezó por ordenar al general Olañeta, jefe de la vanguardia, que desalojase de Tupiza al general argentino don Martín Rodríguez, que como gobernador de aquel punto seguía ocupándolo con algunos piquetes de tropa. Cumplida la orden, se aprontaba el general en jefe á invadir, cuando supo que las guerrillas de los patriotas que se habían guarecido en los bosques del Este que orilleaban el Gran Chaco, desde *Tarija* hasta *Cochabamba*, tenían una importancia que él no les había supuesto, ni por el número ni por la hábil dirección con que se manejaban sus jefes ó caudillos. Don Manuel Ásen-

sio Padilla, operaba sobre *Chuquisaca* con cerca de cuatro mil hombres. Don Vicente Camargo se había apoderado de las escabrosidades y de los bosques de Cinti; y no sólo tocaba, por decirlo así, en el flanco izquierdo del cuartel general de Cotagaita, sino que daba atrevidísimos golpes sobre las guarniciones realistas de esa frontera. Y Warnes, el famoso gobernador intendente de *Santa Cruz de la Sierra*, más temible y más capaz que todos los otros se había hecho el ROBIN-HOOD de los montes y de las sierras de COCHABAMBA (3).

Al concentrar sus fuerzas en Cotagaita, Pezuela había distribuído el cuidado de cubrir toda esa línea inmensa que formaba su flanco izquierdo desde *Tarija* hasta *Mizque*, entre los coroneles Lahera y Lavin. Lahera, gobernador de Charcas, era un oficial de mérito é instrucción entre los que se llamaron *Ayacuchos*, que ascendió después á mariscal de campo. Lavin era argentino, había nacido en Entreríos y había salido de su provincia á principios de 1810 trabajado por dos influencias que le fueron fatales: la de su padre que era *godo* reacio, y la del provincialismo. De modo que estas cir-

(3) Warnes era porteño. Su abuelo había sido una de los ingleses *empleados en el Registro*, que habían venido á Buenos Aires por el tratado de Utrech. Casado con una *porteña* de distinción, formó una familia muy honorable, de la que descienden los Ballesteros y en Chile los hijos del general Prieto. Warnes se había distinguido mucho en la *Defensa* contra los ingleses como teniente de patricios. Nombrado en 1813 gobernador de *Santa Cruz de la Sierra* supo sostenerse con un valor inpertérrito después de Vilcapugio y Ayouma. La derrota de Sipe-Sipe lo encontró en su puesto.

cunstancias, unidas á su carácter violento y apasionado, y á una inteligencia vivaz y bien dotada, lo habían hecho un muchacho atrevido y entusiasta contra los propósitos y contra los hombres de la Comuna de Buenos Aires. Al mandarlo al Alto Perú, no había sido el propósito de su padre que tomase servicio militar, sino que estudiase derecho para que aprovechase de sus precoces talentos, substrayéndole al contagio de las influencias *inmorales* y *subversivas* de la revolución. Pero Lavín había nacido con el oído músico para los clarines y para el estruendo de los cañones: tenía diez y siete años cuando Goyeneche derrotó al general don Antonio Balcarce en *Huaqui*, y entusiasmado con la victoria de los suyos había corrido á tomar una espada *contra los porteños* en defensa del rey. Señalado muy pronto por hechos asombrosos, no sólo de arrojo sino de sagacidad estratégica, había ascendido rápidamente. A los veintitrés años era uno de los coroneles más acreditados del ejército realista; y los mismos jefes que habían venido de la Península, después de la guerra de los franceses, le habían reconocido cualidades y colmándolo de honrosas distinciones (4).

(4) Después de la batalla de *Maypú*, y por el trato íntimo que formó con los *jefes liberales* ó francmasones del ejército español, Lavín empezó á comprender que había equivocado su verdadera bandera, y como el malogrado coronel Castro, entró en un complot para declararse por los independientes contra la tropa que mandaba. Estaba pronto á estallar el movimiento, cuando Olañeta lo supo. Inmediatamente se entró en el cuartel de Lavín, estando este ausente, y apoderado de la tropa con oficiales seguros, esperó á que Lavín se presentase en la puerta. Al llegar,

Lahera y Pezuela ignoraban que el patriota don Asensio Padilla, en combinación con el coronel Warnes, hubiese reunido una fuerza tan considerable como la que tenía. Verdad es que, aislados y desprovistos de toda vía de comunicación militar con Buenos Aires, estaban tan mal armados que la mayor parte no llevaban sino chuzos con puntas de piedra ó de huesos aguzados, *macanas* y *hondas*; los pocos fusiles y espadas de que podían disponer se hallaban en manos de los hombres escogidos y de los oficiales que se habían agrupado alrededor de aquellos dos caudillos emprendedores y prestigiosos. Warnes había encargado á Padilla que dirigiese sus ataques sobre Chuquisaca por la derecha de las vertientes del Pilcomayo; al comandante Camargo le había ordenado que se abrigase en *Cinti* y que tuviese en incesante alarma las fuerzas realistas, que colocadas en Tarija y en las picadas del río *San Juan* cubrían los flancos del cuartel general de Cotagaita; y él mismo se había reservado dirigir sus empresas sobre Cochabamba y Mizque que formaban los puntos extremos de la línea de ocupación, y la retaguardia del terreno que tenían que defender los realistas. Lahera, que ignoraba los aprestos y propósitos de Warnes y de sus dos tenientes, descansaba en la seguridad de que con el batallón y el piquete de caballería veteranos que tenía á sus órdenes, podía en el momento en que

la guardia le hizo una descarga, dejándolo atravesado por infinidad de balas y bañado en sangre. Lavín tenía el defecto de ser cruel y frío en medio de su carácter impetuoso.

se levantase una montonera, acosarla y perseguirla hasta exterminarla; y como Pezuela estaba en la idea de que lo mismo podían hacer Lavin en *Tarija*, y Aguilera en *Cochabamba*, concretaba sus afanes con un empeñoso celo á acelerar los momentos de invadir el suelo argentino, á cuyo fin reunía todos sus elementos sobre la frontera de Jujuy.

Apuntaba apenas el alba del 10 de febrero de

1816 cuando un rumor lejano y

1816 sordo despertó sobresaltado al co-

Febrero 10 ronel Lahera. Unos momentos

después ese rumor era un tremen-

do alboroto y gritería que vagaba por todas las calles de Chuquisaca. Por fortuna suya, Lahera, que era un hombre de guerra experimentado y sagaz, mantenía siempre su tropa como en campaña haciéndola vivaquear todas las noches en la plaza central, cuyas bocacalles defendía con un pequeño tren volante, desde que caía la tarde, hubiese ó no peligro inmediato. Sin esto, no se salva uno solo de sus soldados en este momento supremo en que Padilla con tres mil setecientos hombres, y ayudado además de la plebe de la ciudad, entraba con muchedumbres que parecían un mar desatado por todas sus calles. Rodeado y casi sorprendido, Lahera se puso á la cabeza de sus fusileros, y apoyados por los fuegos de la artillería comenzó á despejar las calles más cercanas, hasta establecer cantones que le diesen un radio de acción algo más extenso que la plaza misma. Pero eran tantas las multitudes que lo atacaban, saqueando tiendas y pegando fuego á muchas casas, que no podía aventurarse sino en las proyecciones estrictas del fuego de sus cañones: y

como empezara á perder algunos hombres, preciosos para él en aquel conflicto, prefirió mantenerse á la defensiva.

Lo que más llamaba la atención de los realistas era una mujer de gallardo ademán, á la distancia, que montaba un caballo brioso. Recorría las calles armada de espada con pistolas y cubierta la cabeza con un gorro rojo: envuelto un chal celeste del hombro á la cintura y parecía jefe de las turbas invasoras que la seguían con un entusiasmo atroz y con un brío que desafiaba la muerte hasta la inmediación de los cañones. Presentándose unas veces ya por una calle, ya por otras, impartía órdenes que eran al punto obedecidas. El ataque duró todo el día 10 y todo el día 11. Pero á la tarde, aquella extraña *amazona* se puso á la cabeza de una embestida nueva y formidable contra las trincheras como si se tratase de un esfuerzo supremo y definitivo. Al principio los soldados realistas habían tenido escrúpulos de hacer puntería sobre tan arrogante mujer que venía con tal arrojo á ponerse en la boca de los fusiles. Dentro y fuera se oía llamarla á voces *doña Juana*. Los oficiales mismos habían tenido la galantería de recomendar que se le guardase aquel miramiento. Pero cansados al fin de los actos de audacia que ella cometía, y viendo que su presencia era el mayor peligro del caso, por el empuje animoso que inspiraba á los asaltantes, el coronel don Pedro de Herrera tomó un fusil y comenzó á hacerle algunos tiros. Rayaba ya el crepúsculo de la noche, cuando se la vió caer derribándose también el caballo que montaba. En el momento la rodearon sus partidarios, y entre gritos que ya pare-

cían lamentos, ya felicitaciones de júbilo, sacaron su cuerpo del lugar del peligro, cesando el combate en todos los alrededores de la plaza. Esta extraña guerrera era en efecto doña Juana Azurduy de Padilla, la consorte misma del caudillo; señora de un trato y de una educación nada común y especie de Semíramis en las comarcas fronterizas del Chaco. Estaba acostumbrada á gobernar los intereses de su marido, á dirigir los negocios de todas aquellas *reducciones*; y era venerada como una providencia ó genio superior entre todas aquellas gentes, por su beneficencia y por la solicitud con que se ocupaba de sus intereses. Tan cabal era la repartición que ella hacía de su amor entre su marido y la patria, que muchos creían que amaba á la patria, por seguir las pasiones de su marido, mientras que muchos otros aseguraban que lo que más amaba en su marido era su grande patriotismo.

La bala que la había derribado no la había muerto ni la había herido. Era sólo su caballo el que quedaba postrado en el campo de batalla. Sin embargo, en esa misma noche los montoneros desaparecieron de la ciudad de Chuquisaca como por encanto: que si persisten, el jefe realista habría tenido que rendirse por hambre y sed. Pero por fortuna suya, una guardia de caballería avanzada en *Tarabuco* había descubierto el día 7 por la noche la marcha de Padilla sobre Chuquisaca, y había huído llevando inmediatamente hasta *Cotagaita* la noticia de aquella grande invasión. Justamente alarmado con tan grave ocurrencia, é informado al mismo tiempo de que Warnes estaba dominando en *Santa Cruz* y de que el comandante Camargo había suble-

vado todo el distrito de *Cinti* (hoy departamento de *Camargo*), Pezuela hizo salir inmediatamente una vanguardia ligera en auxilio de Chuquisaca, haciéndola seguir de cerca por una división de las tres armas al mando del mayor general Tacón. Viendo, pues, que las montoneras eran dueñas de todo su flanco izquierdo y retaguardia, tuvo que aplazar el anhelo de invadir el territorio argentino, y se vió forzado á estacionarse en la frontera mientras diseminaba sus divisiones en la inmensa línea del Chaco para exterminar aquellos grupos poderosos que podían poner en grave peligro sus fuerzas si no los destinan antes de marchar hacia el país de abajo.

Así que Lahera se vió reforzado por la división de Tacón, salió en busca de Padilla con dirección al Pilcomayo llevando 760 veteranos; Tacón quedó en Chuquisaca con una fuerza de 1,600 á 1,800 hombres, con la que debía pasar á Cochabamba después que Lahera exterminase las montoneras del Pilcomayo, para batir á Warnes. Desempeñaban Olañeta y Lavin igual operación en Cinti y Tarija contra Camargo, y se esperaba con esto dejar asegurada la retaguardia y el flanco izquierdo. Lahera marchó con los batallones *Fernando VII*, *General* y *Gerona*, tres piezas de campaña y 170 *Dragones del Rey*, y encomendó la vanguardia al coronel don Pedro de Herrera, oficial bravo y entendido que se había ganado una notoria reputación de hombre cruel haciendo la *guerra á muerte* y sin cuartel contra los cuerpos francos de los patriotas. En todas partes se sabía que él era quien había apuntado su fusil á doña Juana y derribádola del caballo.

Padilla, por su parte había previsto, al retirarse de Chuquisaca, que descubierta por los realistas la importancia de sus fuerzas, habían de venir inmediatamente á buscarlo en los lugares de su abrigo. Para esperarlos había despachado á su mujer por delante con el encargo de formar un punto de parada y de resistencia en su hacienda del *Villar* (hoy distrito de *Padilla*) situada entre los afluentes del Pilcomayo y del *Río Grande* ó *Guapei*: y había dejado también en los puntos intermedios de *Tarabuco* y de *Supaichiu* tres tenientes suyos con una fuerza de mil y tantos hombres para observar á los realistas y replegarse escaramuceando al centro de los bosques, donde esperaba sorprenderlos con seis mil ó más hombres que, para reunirlos prontamente, se había ido él mismo á toda prisa á los pueblos y *reducciones* de *Pumabamba* á fin de arreglar ciertas disidencias que tenían entre ellos, y traerlos al campo de la lucha con otros tres mil combatientes, á lo menos, de flecha, honda y macana que lo seguían.

Estaba Padilla en esta tarea cuando recibió un *chasqui* urgente de su mujer diciéndole que los españoles avanzaban con una fuerte división, resueltos al parecer á internarse *tierra adentro*. Apresura entonces la marcha de los refuerzos que había ido á buscar, y ocurre al lugar del peligro, bastante inquieto, porque preveía que los indios que había dejado en el camino de los realistas no se habían de sostener si no le veían á su frente, á él ó á su mujer. Pero no pudo alcanzar á tiempo. Sus divisiones de *Tarabuco* y de *Supaichiu* se habían dispersado en la mayor confusión al simple amago de

los realistas, con una cobardía de que él culpa en sus partes á los jefes que los mandaban. Sin embargo, reuniendo con éxito muchas de las partidas que se fugaban dispersas por entre los montes y cerrillos, vino al frente de los realistas con gruesos grupos cuya moral se había restablecido con su presencia; y escaramuceando con aquella destreza peculiar de los montoneros, logró hacerse seguir hasta el puesto del *Villar* defendido por su valiente compañera. Cuando Herrera dió con este puesto, creyó que eran las mismas partidas que habían venido persiguiendo las que se paraban allí á hacerle frente, y no titubeó en lanzarse sobre ellas con los *cazadores* y el escuadrón de *dragones*. Pero la heroína encargada de recibirlo había hecho zanjas y cercos de ramajes y palos espinosos detrás de los cuales tenía 60 fusileros, contando con que su marido, oculto en los bosques inmediatos, iba á caer por todos lados sobre los realistas en el momento que empeñaran el ataque. Asimismo sucedió; de modo que rodeada la vanguardia española y sofocada, diremos así, entre centenares de asaltantes entusiasmados, fué acribillada á golpes en un instante y destruída antes que Lahera con el cuerpo principal tuviese tiempo de impedir el desastre. El coronel Herrera, comprendiendo tarde el conflicto, tomó la bandera realista para animar á la tropa y evitar el primer espanto de los soldados hasta formarlos en cuadro. Pero doña Juana misma lo acometió; le arrancó la bandera, lo derribó en tierra, y lo hizo matar con sus prosélitos. El triunfo no podía ser más completo: la caballería se había desbandado, y muy pocos soldados ó caballos esca-

paron de los indios que los perseguían y agarraban por el monte.

Con este contratiempo inesperado, Lahera se encontró inhabilitado para continuar su operación, y deteniendo su marcha se concretó á rechazar los ataques repetidos que le traían los vencedores; «se puso en fuga vergonzosa desde la *Laguna* (dice Padilla en su parte), á media noche, persiguiéndolo yo con un continuado fuego hasta los suburbios de Chuquisaca, sin permitirles descanso ni alimento, y quitándoles la *presa de mayor estimación* que es la bandera reconquistadora de las ciudades de la Paz, Puno, Arequipa y el Cuzco... Se me da parte ahora que el TIRANO TACÓN procura atacarme con dos mil hombres y cinco cañones, según consta de los pliegos que se le han interceptado, y procuro ahora mismo disponer el campo del ataque con los planes más correspondientes».

Al remitir este parte, el general Belgrano, que acababa de substituir á Rondeau, le decía al gobierno de Buenos Aires: «Paso á manos de Vuestra Excelencia el diseño de la bandera que la amazona doña Juana Azurduy tomó en el cerro de la Plata, como once leguas al este de Chuquisaca. El comandante Padilla calla que esta gloria pertenece á la predicha su esposa, por moderación; pero por conductos fidedignos me consta que ella misma arrancó de las manos del abanderado ese signo de la tiranía á *esfuerzos de su valor y de sus conocimientos en la milicia*».

No es nuestro ánimo ni corresponde á la naturaleza de nuestro trabajo el entrar en detalles prolijos sobre esta azarosa y sangrienta epopeya de la

guerra popular entre los cuerpos francos del Chaco y los realistas; lo único que nos hemos propuesto es poner en relieve su fisonomía y la situación general de las cosas, por medio de algunos hechos señalados como este, para que se comprendan las dificultades con que los españoles tuvieron que luchar en su propósito de sacar pronto el fruto definitivo que según ellos debía darles su famosa victoria de SIPE-SIPE.

Habla Torrente, el apasionado historiador de los realistas, y dice: «Las tropas del rey *debieron renunciar por entonces* á operaciones arriesgadas, y ceñirse á la defensiva. El general en jefe mandó entonces que el batallón de *Granaderos* que estaba en marcha para el cuartel general, retrocediese á la villa de Potosí, con encargo de *salir prontamente* á las órdenes del mayor general Tacón hacia Chuquisaca, á fin de poner aquella ciudad en estado de respeto y de *proteger la división de Lahera*. Al mismo tiempo que el señor Pezuela disponía esta expedición sobre Chuquisaca, trataba de situar su ejército en Moraya y la vanguardia en Yavi, *hasta que recibiese refuerzos* que debían llegarle muy pronto de la Península, *sin los cuales era muy arriesgado extender sus operaciones*, tanto por los nuevos é *inesperados* celos que ofrecían las provincias por la espalda, como por haber recibido ya Rondeau (era el general Belgrano) otros dos mil hombres con muchas armas y municiones».

A medida que se hacía seria para Pezuela la resistencia que le oponían las montoneras que quedaban á su espalda, se hacía también inminente la ruina de los principales cuerpos que la sostenían,

pues empezaban á marchar sobre ellos las divisiones más fuertes del ejército realista. Los patriotas estaban aislados en medio de soledades desprovistas de todo y sin puntos de comunicación militar con las Provincias Argentinas de *Abajo*. Carecían por consiguiente de armas de fuego, de artillería y de todos aquellos medios de acción campal de que necesitaban para contener el empuje de columnas veteranas y perfectamente armadas como las del ejército realista. Padilla tenía apenas 150 fusiles repartidos entre masas de tres á cuatro mil hombres, y era imposible que á la larga pudiese resistir. El mayor general Tacón era sin disputa un militar de capacidad, aunque brutal y destemplado en la crueldad de sus procederés. Había declarado que los realistas tenían el derecho de hacer la *guerra á muerte* contra los insurgentes, y lo iba á cumplir con sus tropas al pie de la letra (5). Estaban en su derecho. Las guerrillas patriotas levantaron también la bandera de las represalias, y no se daba ni se recibía cuartel entre los de uno y otro bando. Pero ya veremos á su tiempo como los *salteños* doblaron esa tiesura de estos esbirros, haciéndoles levantar el grito de la angustia y obligándolos á clamar por la clemencia y por la mansedumbre propias de una guerra civilizada.

Establecido Tacón en Chuquisaca, y reunido otra vez con Lahera, hicieron venir más tropas, y

(5) Tacón fué en 1838 capitán general de Cuba. Se hizo notar por su genio tétrico y por su despotismo taciturno. Dícese que aun entonces llamaba *porteños* á los liberales de Cuba, donde fué un azote de todo lo que era liberal y progresista.

formaron un cuerpo expedicionario contra Padilla á las órdenes del coronel Aguilera. Atacado el jefe patriota en los últimos puestos donde tenía su centro de acción, se sostuvo desesperadamente durante algunos meses; pero estrechado y diezmado al fin, sus parciales fueron exterminados en dos días de duro combate, el 13 y 14 de septiembre de 1816. Perseguido él mismo entre los bosques del Pilcomayo, cayó muerto en la última refriega. El jefe realista le hizo cortar la cabeza, y mandó que fuese enastada á una pica en la plaza principal de Chuquisaca. Hoy se llama pueblo de *Padilla* el lugarejo que entonces se llamaba el *Villar*; y es menester que conservemos ese nombre glorioso como una santa reliquia, hasta el día en que los silbatos de las *locomotoras* puedan anunciar á sus futuros viajeros que han llegado á la estación donde habrán de ser eternos estos patrios recuerdos. La esposa del héroe se salvó entre las tribus del Chaco, hasta que recogida por los capitanes de Güemes vino á morir en Jujuy celebrando las victorias de la patria en su vejez.

El coronel de las milicias de *Cinti*, don Vicente Camargo, no fué menos glorioso é importante que don Manuel Asensio Padilla, en esta terrible lucha; y su nombre ha quedado también grabado en la nueva geografía de Sud América, que hoy llama CINTI DE CAMARGO al lugar de sus proezas. No bien comenzaron á concentrarse en Cotagaita las fuerzas de Puzuela, cuando empezaron á sufrir otra vez sorpresas y golpes bastante serios de parte de las montoneras de Camargo. COTAGAITA está situado en las márgenes de un río que corre en la misma direc-

ción que las fronteras pertenecientes entonces á Jujuy, es decir, de oeste á este, formando un recodo al derramarse en el río de *Tola-Pampa* que viene á cortarlo verticalmente. Al otro lado de este vasto recodo, es decir, al este, quedan la sierra y los valles de CINTI donde Camargo tenía su abrigo. Pezuela había puesto una fuerte guardia de observación en Vichacta y otra en Quiraipú, puntos convenientes para conservar y reponer las caballadas. Pero en una noche, Camargo hizo con los realistas lo que había hecho Aníbal con los romanos. Juntó yeguas, les ató á las colas grandes manojos de rama y paja, prendiéndoles fuego, y las echó sobre las caballadas, poniendo todo aquello en confusión y pasando á degüello la guardia de Vichacta. Algunas otras sorpresas que supo aprovechar con ingenio siempre fecundo y audaz, le dieron en poco tiempo grande nombradía; de manera que comprendiendo el general Belgrano la importancia que tenía este caudillo para privar á los españoles de que intentaran nada en serio sobre el territorio argentino, mientras nuestro ejército se remontaba y se moralizaba de nuevo para poder operar, despachó á Cinti al comandante don Gregorio Araoz de Lamadrid con trescientos infantes del número 12 y ciento cincuenta dragones, á fin de que unido con Camargo se continuasen con mayor extensión las felices operaciones con que éste se había acreditado.

Lamadrid no era el oficial más á propósito para esta confianza. Brillante y arrojado en sus cargas, carecía de prudencia y de talentos estratégicos. Era bravo pero inocente y aturdido; y sus empresas ad-

mirablemente iniciadas acababan siempre por ruinosos descalabros. Lamadrid emprendió su marcha por *la costa*, es decir, partiendo de Guacalera, que es el principio de la Quebrada de Humahuacac, costeó por el poniente de la sierra de *Zenta*, vadeó las vertientes del Bermejo, atravesó el *Tarija* por Guadalupe y, pasando por el este de la ciudad de este nombre, se reunió con Camargo en un punto de la Sierra de Santa Elena (ó *Tacúa Racca*) denominado *Culpina*. Era tal la felicidad y la rapidez con que había hecho esta marcha por entre terrenos difíciles y despoblados, que los realistas ignoraban completamente que Camargo hubiese recibido tan importante contingente de tropas y de armas.

Sin embargo, suponiendo Pezuela que aquellas montoneras fuesen muy numerosas, por la audacia de las embestidas y correrías que hacían sobre su flanco, envió al brigadier don Antonio María Alvarez con el regimiento de infantería *Primer Real* de Lima, compuesto de 500 plazas veteranas y europeas, y con alguna caballería para que traquease aquellos incómodos vecinos hasta concluirlos. Apenas entraron los realistas en las mesetas de Cinti comenzaron á sufrir sorpresas y contrariedades de detalle. Al desfilar por los bosques los patriotas les enlazaban los hombres rezagados ó les cortaban las filas de retaguardia haciendo pesada y peligrosa la marcha por los desfiladeros; otras veces les hacían rodar por encima enormes piedras. Entre tanto, Lamadrid y Camargo lo esperaban en *Inguahuasi* y *Culpina*, dentro de la sierra de Santa Elena, resueltos á batirle. Tuvieron en efecto un choque. El regimiento español fué batido, y el piquete de ca-

ballería completamente deshecho y tomado. Como ciento ochenta infantes que se salvaron pudieron abrigarse en la sierra, y poniéndose en retirada alcanzaron á llegar á Cotagaita perseguidos y perjudicados de muy cerca por los vencedores. «La pérdida fué horrorosa para ellos en tan trabajosas jornadas, pues los naturales al mando del digno comandante Camargo, trepando del uno al otro cerro de los costados por cuyo pie debían pasar precisamente, descolgaban galgas sobre ellos, derrumbaban peñascos, los alcanzaban con sus hondas y aseguraban todos sus golpes en los despeñaderos ásperos y peligrosos, en tanto que nuestra caballería, picándoles la retaguardia, los sableaba á discreción impunemente» (6).

El desastre debió ser de mucha consideración en efecto para que Torrente refiriese el suceso con estas palabras: «El primer regimiento (*Real de Lima*) que al mando de su coronel el brigadier don Antonio María Alvarez, hoy mariscal, había salido de Potosí para Tupiza con órdenes de que recorriese de paso el partido de *Cinti*, tropezó en los primeros días de marzo con *aquellas* gavillas, por las que se vió estrechado y en la necesidad de retirarse con alguna pérdida: este *contraste*, si bien fué de poca consideración, dió sin embargo nuevo pábulo á la *insolencia* y altivez de los citados caudillos. Conociendo el general en jefe las *fatales* consecuencias que podía tener aquel *infundado engreimiento*, tomó las más activas disposiciones *para que otra división* compuesta de un batallón y de un es-

(6) Parte oficial en la *Gaceta* del 9 de marzo de 1816.

cuadrón al mando del coronel don Buenaventura Centeno, saliera inmediatamente contra ellos». Pezuela sabía que esta fuerza no era bastante, así es que le ordenó á Olañeta que guarneciese la costa del río San Juan para cortarle á Camargo su retirada á la provincia de Jujuy, y que mandase 350 fusileros más con 140 caballos para apoyar por la derecha las operaciones de Centeno.

Después de muchas y variadas peripecias, más ó menos pintorescas en medio de aquellas escenas de sangre y de enconada lucha, Lamadrid fué completamente derrotado cerca de Tarija, pudiendo salvar su persona y llegar al cuartel general del general Belgrano con una cierta aureola romanesca, que á pesar de su derrota le habían dado los ecos de las correrías que había realizado en aquellos terrenos emboscados y montañosos, que parecían (y eran verdaderamente), como partes agrestes y separadas del mundo. Pero Camargo continuó abrigado en Cinti y siempre activo en la lucha. «El general Pezuela, dice Torrente, buscaba con anhelo los medios de sacar al ejército de sus apuros y de hallar los fondos necesarios para continuar aquella campaña que *se hacía cada vez más penosa por las gavillas que infestaban el país y por la predisposición de sus habitantes á proteger sus correrías...* Era, pues, de la mayor *urgencia* dar un golpe decisivo á Camargo, que iba fomentando su partido con su artificiosa seducción».

Conociendo el jefe patriota que no era prudente resistir á la fuerza de Centeno antes de haberla quebrantado con ataques y sorpresas parciales, la dejó entrar en el pueblo de Cinti, limitándose á zaran-

dearla en un continuo movimiento y vigilancia. Cuando creyó agotado y perdido el brío de la tropa enemiga, reunió todos sus tenientes y concentró una fuerza de tres mil y pico de hombres sobre Centeno, que tuvo que encerrarse en el pueblo de Cinti sin otra esperanza de salvación que la de algún auxilio que pudiera mandarle Pezuela. Si Lamadrid, obrando con su genial impresión, no hubiera comprometido y perdido su división veterana en marchas de pura fantasía, por la falta de quietud y de paciencia que lo echaba genialmente en un movimiento continuo por buscar al enemigo aunque fuese desatinado, aquel habría sido el momento de haber dado un golpe irreparable sobre las mejores fuerzas españolas; y Pezuela se hubiera visto forzado á comprometer todo su ejército en la campaña sobre Cinti. Pero la falta de 500 soldados de buena infantería y de un centenar de caballos sólidos, era una fatal contrariedad para Camargo, porque le impedía hacer frente á las columnas íntegras y vigorosas que el general realista echaba sobre él.

Inmediatamente que Pezuela supo el peligro de Centeno envió en su auxilio al coronel Olarría con un escuadrón y 300 infantes del batallón *Extremadura* compuesto de los guerreros más antiguos de la Península. Camargo tuvo que levantar el sitio de Cinti y replegarse á Culpina sobre las sierras de Santa Elena. Los dos jefes españoles, ansiosos por exterminarlo salieron tras de él; pero el caudillo patriota había subdividido toda su gente en pequeñas partidas; y cuando los españoles lo buscaban por la sierra, él se hacía sentir á su retaguardia por los valles que ellos acababan de abandonar. «Estos

movimientos, dice Torrente, si bien ejecutados por los jefes realistas con el mayor celo é inteligencia no produjeron los felices resultados que se «habían prometido á causa de lo encontrado» de las marchas de los rebeldes».

Pezuela hubo de desesperar de su poder militar contra este bravo campesino; y temiendo con razón el arruinamiento parcial en que ya caminaban las preciosas divisiones de Centeno y de Olarría, por tantas marchas y contramarchas inútiles y fatigosas, buscó otro medio que en efecto le dió mejor resultado. A precio de oro encontró dos traidores que condujeron á Centeno hasta una quebrada donde Camargo descansaba con una corta partida. Sorprendido allí en una noche de luna, tuvo que defenderse á pie con admirable bravura, hasta que rota la pierna derecha por una bala, cayó al suelo donde fué degollado «por el mismo comandante realista», dice Torrente, para que su cabeza sirviera de escarmiento en el precioso valle que hoy lleva su nombre como un timbre de gloria y patriotismo.

Sólo el coronel Warnes, gobernador intendente de *Santa Cruz* de la Sierra, era el que quedaba en armas á espaldas de los realistas. Pero aunque solo, Warnes era famoso y temible también entre estos precursores de Güemes. Las campañas de Warnes sobre Cochabamba, seguido por las masas que lo adoraban, y sus operaciones en Santa Cruz y en el Chaco cuando los realistas lo acosaron, tendrían hoy, como la guerra social del *Morbidan* y de la *Vendéc*, los prestigios de la leyenda, si no fuera que la lejanía remota de los lugares, el alboroto y las preocupaciones urgentes de aquel tiempo, nos

han dejado sin menudos datos ni crónicas circunstanciadas con que seguirlas. «EL FORMIDABLE BARNES exhaló el postrer aliento (decía el virrey de Lima en el parte que dirigió á España) entre montones de cadáveres: nueve cañones, una porción considerable de fusiles y lanzas y cuanto poseían aquellas HORDAS DESALMADAS, cayeron en poder del vencedor, quien en medio del puro GOZO de que *rebosaba* su alma por tan *distinguida* victoria, sufrió no poca aflicción al tender la vista sobre los *descalabros sufridos por sus valientes soldados*» (7).

Pezuela, que después de SIPE-SIPE había creído poder invadir inmediatamente las provincias argentinas, y tomarlas en el estupor de tan seria derrota, había tenido, pues, que emplear casi un año en guerrear contra Warnes, Padilla y Camargo, sin contar con otras montoneras que siguieron dándole trabajo. Es verdad que al fin había conseguido su objeto. Tenía asegurada su retaguardia, y todo su flanco izquierdo desde Tarija hasta Mizque estaba libre de partidas. Podía invadir ahora las Provincias Argentinas. Pero ese año perdido era el año de 1816, aciago al principio, laborioso é ilustre después por todo lo que los argentinos supieron hacer y preparar en él. El Congreso había declarado la Independencia, y se había trasladado á la capital para reconcentrar otra vez el gobierno y el poder eficaz del Ejecutivo. La diplomacia manejada por don Manuel José García y por Tagle, había asegurado las entradas del Río de la Plata. San Martín

(7) Palabras del parte citado que Torrente insertó en su texto.

tenía pronto y pertrechado ya su precioso ejército para descolgarse sobre Chile. La flotilla argentina al mando de Brown, había devastado y aterrado el Callao y las costas del Pacífico hasta Guayaquil y Nueva Granada. El general Belgrano había rehecho el plantel de un nuevo ejército en Tucumán, con jefes de cuerpo jóvenes, como Paz, Heredia, Bustos, Lamadrid y otros, habituados á la disciplina y al servicio regular de línea. Por último, GÜEMES, el ínclito gobernador de Salta y jefe de la vanguardia del norte, unido á Belgrano por los vínculos de un patriotismo puro y de un respeto casi filial, tenía prontos sus GAUCHOS á repetir y superar los gloriosos ejemplos que le dejaban los mártires que acababan de sucumbir.

En efecto: Warnes, Padilla y Camargo, eran los gloriosos precursores cuyas hazañas iba Güemes á superar por la amplitud del teatro, por la porfía de la lucha y por la gloria del éxito. Si bien estaba fatalmente destinado, como aquéllos á rendir el aliento herido por el plomo enemigo, debía tener el consuelo de caer en los brazos de sus soldados victoriosos, y después de haber oído el eco de la entrada triunfal de San Martín en Lima, á la que poderosamente había contribuído barreando al enemigo las entradas del Santuario Argentino. Sin él no habría habido ejército de los Andes para emancipar á la América del Sur. Bolívar no habría podido triunfar definitivamente en Colombia, si San Martín no hubiese arrancado el Perú y el Pacífico á las garras del León de Castilla. Por eso, la gloria y los servicios de la provincia de SALTA y de GÜEMES, donde el enemigo fué detenido á costa de inmen-

esos sacrificios, para dar tiempo á que todos esos elementos se preparasen y pudiesen obrar, son admirables «á pesar de que todavía no hayan sido bien apreciados ni bien agradecidos en la historia americana», decíamos nosotros en 1872» (8).

Cuando los vencedores de SIPE-SIPE marchaban, pues, al territorio argentino á recoger los frutos de la victoria, la suerte estaba ya echada contra ellos; iban á ser irremisiblemente vencidos. La espada que debía herirlos en el corazón brillaba ya en MENDOZA: la barrera que debía quebrantar y doblar el empuje de sus columnas, estaba en SALTA. Y entre estos dos guardianes de sus fueros soberanos, la vigorosa Comuna de 1810, sola en todo el vasto continente, era la que quedaba en pie, apoyándose en su río majestuoso, con la frente siempre ceñida de luces y el brazo armado para defender su territorio y escalar vencedora los Andes.

Los mismos realistas eran los que hacían notar con asombro y con despecho esta situación única de las Provincias Argentinas. El brigadier Cossio escribía desde Lima á otro militar en 1816, y le decía: «Lo cierto es, amigo mío, que mientras el infame y pestilencial árbol de Buenos Aires se MANTENGA PARADO, sus ramas extendidas en estos reinos han de conservar su verdor y lozanía. Así es que estoy decidido á mantenerme en esta capital hasta que caiga de raíz. Sólo cuando se verifique la disolución de aquel inicuo gobierno, principio de todos nuestros males, podemos persuadirnos que al menos se amortiguarían las ramas tan extendidas que

(8) Véase la *Rev. del Río de la Plata*.

ha echado, y acaso se secarán y morirán las esperanzas que producen tan mortíferos frutos». Una pluma argentina le respondía con este verso de Marcial:

Ecce rubet quidam, pallet, stupet, oscilat, odit;
Hoc volo: nunc nobis carmina nostra placent.

Esa rabia, ese despecho, eran el efecto natural provocado por el espíritu invasor con que las armas argentinas abrían la entrada del vasto continente á los principios fecundos y liberales que eran la fuerza y el carácter propio de la Revolución de Mayo de 1810.

CAPITULO X

CAMPAÑA DEFENSIVA DEL CORONEL GÜEMES EN SALTA

SUMARIO: Rasgos peculiares del terreno y de las operaciones.—Güemes física y moralmente estudiado.—Estado del país cuando Güemes salió al encuentro de la invasión.—Pezuela.—Los nuevos jefes del ejército realista.—Los sucesos iniciales de la invasión.—El campo de acción y la disposición de las fuerzas beligerantes.—Campana de Olañeta y Marquiegui sobre Orán.—Operaciones de los jefes patriotas Rojas y Uriondo sobre ese flanco izquierdo de los invasores.—Entrada de éstos por Humahuaca.—Descalabro del marqués del Tojo.—Desarrollo de las operaciones defensivas de Güemes por el frente y por su flanco derecho.—Ocupación de Jujuy.—Glorioso encuentro de los *Infernales* de Salta con el regimiento español *Extremadura*.—Mala situación de Marquiegui y de Olañeta en Orán.—Marcha del general Valdés en auxilio de ellos.—Triunfo de Arias sobre los reductos de los realistas en Humahuaca.—Dificultades enormes de Laserna.—Obcecación de Pezuela.—Derrota y aprisionamiento del teniente coronel realista don Antonio Martínez.—Cae prisionero el coronel realista Seoane.—Conducta noble y humana de Güemes.—Reconocimiento y gratitud de La Serna.—Operaciones del comandante Lamadrid, á retaguardia de los realistas.—Entrada en Salta de los realistas.—Operación y muerte del famoso coronel español don José Sardina.—Batalla campal del *Bañado* y de los *Cerrillos*.—Mala situación de Laserna en Salta.—Su retroceso á Jujuy.—Disidencias política entre los jefes realistas.—Los *liberales* y los *absolutistas*.—Apuros de Laserna en Jujuy.—Descalabro del batallón *Gerona*.—Retirada definitiva de Laserna.—Opi-

niones y transcripciones tomadas de los escritores españoles sobre el mérito de Güemes y sobre la calidad de sus tropas.—Narraciones del general realista García Camba.—Resumen sobre el mérito de Güemes.—Su leal adhesión al régimen nacional en unidad de régimen político y administrativo.—Artigas.—Carrera.

La gloriosa campaña de 1816 en que el coronel don Martín Güemes rechazó al ejército *español* (1) que al mando del general Laserna había invadido victorioso la provincia de Salta, presenta tan vivo interés por los caracteres y los hechos, tanto movimiento por los actores, tal colorido y originalidad en los tipos, en el paisaje y en la novedad de los medios, que uno se figura estar dentro de un cuadro vivo y fantástico, agitado y bullicioso, en que el tiroteo de las armas repercute por los ámbitos oscuros del bosque, en que los caballos y los jinetes corren, se atropellan y se matan con el rostro enfurecido por la pasión de la guerra, lanzando gritos de agonía y de fiera que todavía parecen herir nuestros oídos como si estuviésemos en el campo empapado en la sangre de la lucha.

Los vencedores que desde *Bailén* hasta *Vittoria* habían llegado al fin á salvar su patria del yugo extranjero en largos y gloriosos años de combates, cargados ahora de regias condecoraciones y de experiencia militar, venían al frente de sus importantes columnas á estrellarse contra el brío de nuestros gauchos, en un duelo á muerte en que los unos y los otros entraban declarando que no daban ni pe-

(1) Le llamamos *español* porque todo él se componía de tropas y de oficiales peninsulares.

dían cuartel. Armados los unos con el texto de la ley vieja, se consideraban los justicieros de su rey, con derecho á sacrificar sin piedad á los que habían levantado el grito de la independencia nacional, buscando libertades. Estos, armados con la doctrina de la evolución social y progresiva de los pueblos modernos, declaraban verdugos sanguinarios á los invasores: morían cuando caían, pero cuando vencían sacrificaban con igual rencor á los asesinos de sus hermanos y de sus padres, decididos á no ceder hasta que el terror y el miedo aconsejasen una política más humana á los que habían comenzado por querer castigar el patriotismo de los hijos de la tierra.

Si los realistas con el pomposo aparato de sus tribunales militares ejecutaban algún desertor americano ó algunos soldados milicianos de las partidas patriotas, Güemes ordenaba á sus gauchos que en la misma noche acometiesen dos ó tres guardias españolas, que tomasen *á lazo*, costase lo que costase, dos ó tres oficiales realistas, que al otro día amanecían colgados en los árboles del bosque frente á frente del puesto de donde habían sido arrebatados (2). Empecinado y rencoroso, Pezuela no quería ceder de su rigor á pesar del terror con que sus tropas habían empezado á temblar al nombre solo de los GAUCHOS (3). Güemes tampoco cedía. Sus milicianos estaban de más en más animados por el espíritu de la venganza; y no pasaba un día sin que estas tremendas represalias de la frontera

(2) Torrente: *Hist. de la Rev. Hisp. Amer.*

(3) Nombre oficial de las milicias de Salta.

fuesen el terrible preludio de los horrores que debían desatarse sobre los unos y los otros, cuando las columnas realistas rompiesen decididamente su movimiento de invasión en el suelo argentino.

La campaña defensiva de Güemes que voy á escribir, es en mi concepto un modelo en su género como plan estratégico y como ejecución consumada. No faltó en ella una sola previsión; no hubo que lamentar un solo descuido; y todas aquellas milicias movidas y electrizadas por el jefe de la provincia invadida, obedecieron directamente á su sola voz con la regularidad del ejército veterano más prolijamente preparado para las operaciones estratégicas de una guerra estrictamente campal. Si exceptuamos la famosa campaña de San Martín sobre Chile, las mayores luces de la escena, y la imponente solemnidad de las batallas que le dan tantos prestigios, no hay entre las guerras de nuestra Revolución ninguna otra, que, como la de Güemes en Salta, ofrezca un modelo más acabado de regularidad en el plan y en los resultados. Y ella se realizó, no como creen y dicen algunos, con correrías de grupos independientes y francos, á la manera de las bandas bárbaras de Artigas ó del empecinado de España, sino con milicias regladas, y oficiales cultos como Rojas, Arias, Ruiz-de-los-Llanos, Alvarez-Prado, y como tantos otros hijos de las mejores familias de Salta y de Jujuy que operaron á la cabeza de cuerpos sometidos á una voluntad superior y bajo un plan estratégico en toda forma. Llegado el momento, Güemes dió dos grandes combates en campo abierto que pueden considerarse como verdaderas batallas campales; en ellas mostró

que su pericia y sus soldados no eran inferiores á los guerreros tan justamente preciados contra quienes combatían. Y de ahí que la célebre campaña de Salta forme el cuadro más vivo y más romanesco que sea posible encontrar en las luchas sangrientas que las masas humanas hayan sostenido alguna vez, las unas contra las otras, cualquiera que sea el país donde se tomen ejemplos (4).

Hasta por su figura parecía Güemes haber nacido para el papel que debía desempeñar en la guerra de nuestra independencia. Diestrísimo jinete si es que hubo alguno que le igualara en aquella provincia, que fama de serlo más tiene entre las nuestras, todo contribuía á realzar en la suya el tipo perfecto de un hombre ágil, tan flexible como liviano para volar en alas del brioso potro, como un pájaro, por entre las sinuosidades del enmarañado bosque y de la áspera montaña. Difícil es que nadie, sin haberlo visto, se haga cargo de lo que son los bosques de Salta y de Jujuy: de lo que son sus serranías. No es sólo el árbol espinoso y garabato, apiñadísimo en un desorden salvaje y sombrío, el que ocupa por leguas de leguas el terreno, levantándose en el llano y en la sierra á treinta metros de altura, sino la robusta maleza que crece, que se prende por los troncos hasta las copas, ligándolo todo con sus múltiples agarraderas en una extensión sin término. Allí la *vaquía* es instinto, ojo, *vistazo* rápido como el relámpago, para dar á ca-

(4) Le llamamos *célebre* porque como tal la han clasificado y estudiado todos los historiadores militares españoles que actuaron en ella.

rrera tendida en la entrada y en la salida del laberinto, sin quedar trenzado entre las *lianas* ó clavado en las formidables espinas que como punta de puñales rozan al jinete que cruza, que escapa, ó que ataca por las aberturas que caen á la senda por donde pasa el enemigo.

Güemes era de una familia principal del vecindario de Salta, que, como se sabe, tenía título de ilustre y noble Cabildo en la época colonial. Había hecho su aprendizaje de jinete desde niño, pero nunca había dejado de ser culto ni se había hecho gaucho bárbaro y montaraz como Artigas. Se puede decir que Güemes había nacido *caballero* de estirpe y de instinto, y que su destreza admirable sobre el caballo, era una de esas aptitudes que Dios reparte con la estrella misteriosa que ilumina la vida y la carrera de cada uno de los que sobresalen entre los hombres. Su talla alta y delgada se encorvaba algo hacia adelante con ese movimiento agraciado y ondulante del mimbres que el hábito del caballo da á la peculiar manera con que nuestros *gauchos* lo montan y lo manejan. Tenía la fisonomía vivaz, la nariz aguileña, poca barba como los hombres de temperamento bilioso, el ojo centelleante y maneras adaptadas ya fuese que tratase con gentes cultas, con damas sobre todo, con las que era asaz cumplido, ya que se abandonase á la familiar originalidad con que sabía encantar y entusiasmar á los gauchos de Salta. Si hubiera de buscarse una prueba de su cultura y de su elevado mérito en todos sentidos, bastaría recordar que no sólo fué el amigo íntimo del virtuoso y venerable general Belgrano, sino que el general San Martín, que en

cuanto á conocimiento de hombres jamás se equivocaba, miró siempre á Güemes con verdadero afecto y con tanta estimación, que fué uno de los primeros á quienes le escribió de su propia mano notificándole su grande victoria del llano de Maipú. Retrogrademos.

Cuando el general Belgrano vió cuál era el estado lastimoso de los restos del *Ejército Auxiliar del Perú* que dejaba Rondeau después de su vergonzosa campaña de 1815, se convenció de que nada podía emprenderse con él, ni la defensa siquiera de las provincias amenazadas por los realistas; y que no quedaba más alternativa que retirarlo á donde no pudiera ser alcanzado por el enemigo. Todo en él era desquiciamiento: la disciplina estaba completamente perdida y la moral relajada; los batallones eran apenas compañías; no había administración, ni podía comprenderse cómo era que Rondeau había podido dejar caer en semejante disolución un ejército que San Martín le había dado con excelentes principios de organización, y que había sido remontado después por los brillantes cuerpos que habían servido con el general Alvear.

Por fortuna las milicias salteñas que había organizado Güemes mostraban todas las aptitudes necesarias para substituir á los veteranos en la defensa de su provincia, y el general Belgrano pudo esperar que ellas bastarían á contener al enemigo, mientras que él retrogradaba á Tucumán, y se ponía á cubierto, en el tiempo necesario para reorganizarlo y hacerlo digno de servir sus banderas. Tal era la situación de las cosas por parte de los argentinos.

Por parte de los realistas, Pezuela trabajaba con una actividad incesante en aglomerar todos los medios de la invasión pronto y de manera á no dar tiempo de que el ejército patriota se remontase y reorganizase. Pero cuando más empeñado estaba en esta tarea, un decreto real vino á elevarlo al virreinato del Perú, separando al señor Abascal, marqués de la Concordia; y el mando del ejército real pasó al general don José de Laserna, militar de la nueva escuela, dotado de calidades serias, de pasiones templadas, de un criterio maduro, y que tenía una experiencia de la guerra campal muy superior á la de Pezuela y á la de los hombres como Olañeta formados en la escuela tumultuaria de los sucesos diarios.

No bien se posesionó Pezuela del virreinato del Perú cuando comprendió toda la seriedad del peligro en que se hallaba Chile, si San Martín lograba pisar al otro lado de las Cordilleras; y como todos los datos que recibía le convencían de que era incuestionable que el general argentino se aprontaba á emprender ese pasaje á fines de año, Pezuela expidió órdenes terminantes y urgentes á Laserna de que á toda costa entrase en las Provincias Argentinas. Creía el virrey que atacadas por un ejército veterano de la importancia que tenía el nuevo ejército realista, San Martín tendría que ocurrir á reforzar la línea de Tucumán y de Salta, y que entonces quedaría paso para que cuatro mil hombres del de Chile cayesen sobre Mendoza.

Para comprender bien los sucesos y los grandes intereses que se iban á jugar al Norte, en este terrible drama del año 1816, oigamos al mismo Pe-

zuela que, dirigiéndose á Marcó del Pont, presidente y gobernador del reino de Chile, le decía: «He escrito al general Laserna acompañándole copia de todos los papeles de Vuestra Señoría. Le reitero al mismo tiempo como medida indicada por todos los antecedentes, que sin pérdida de momentos *se ponga en marcha para ponerse en Tucumán*, y se detenga allí sin pasar adelante hasta observar los movimientos de los insurgentes en todos los puntos que ocupan y cerciorarse bien de sus positivas intenciones; de manera que no pueda caberle la menor duda acerca de éstas, ni recelo de ser engañado por ellos mismos, *ni por los portugueses, si vienen de mala fe, como lo teme el encargado* (5). Esta marcha hasta Tucumán y Santiago del Estero *ejecutada con celeridad*, es el medio *infallible* para *desbaratar* los proyectos de San Martín sobre Chile, si fuese cierto que piensa seriamente en invadirle; porque noticiosos los caudillos de la aproximación de Laserna, es *más natural* que se reúnan para *resistirle* que el exponerse si la emprenden por la Cordillera á ser batidos por frente y espalda. Gradúo, pues, que dentro de dos meses de la fecha estará Vuestra Señoría libre por esta parte de las amenazas de San Martín, y convendrá que Vuestra Señoría se mantenga en observación de esto, para que en el caso que él se repliegue sobre Tucumán *contra* Laserna haga Vuestra Señoría un movimiento sobre Mendoza que atraiga su atención» (6). El historiador Torrente, que ha

(5) Se refiere al brigadier don Juan Bautista Esteller, comisionado militar de España en Río Janeiro.

(6) Oficio de 4 de noviembre de 1816.

escrito como se sabe con una completa posesión de los datos oficiales y archivos españoles, dice también: «Cuando el general Pezuela, libre ya de los graves peligros que amenazaban á sus divisiones ambulantes se preparaba á emprender operaciones mayores, y cuando sólo esperaba la reunión de los batallones de Extremadura y demás fuerzas que se le había prometido para caer sobre el ejército de Rondeau, ocupar las provincias de Salta y de Tucumán, y los valles de Catamarca y la Rioja, entrar en comunicación directa con el reino de Chile, y obrar en combinación con las fuerzas que aquel presidente hiciese salir para Mendoza, se recibió la real orden de 14 de octubre del año anterior por la que había sido nombrado virrey del Perú, etcétera, etc.»

El general Laserná era un militar muy superior á Pezuela. Tenía un carácter bastante reflexivo, y era poco inclinado á operaciones atropelladas que no hubiesen sido preparadas con seriedad en los propósitos y con seguridad en los medios de ejecución. Verdad es que él, como todos sus compañeros, había llegado á América tan convencido de la superioridad de los soldados europeos, que pensaba que las nuevas tropas de su mando poco más tendrían que hacer que marchar adelante, para ir arrollando indios y criollos pusilámines, entecos y destituidos de aptitudes militares, que quedarían sometidos con unos cuantos sablazos y con dos ó tres horcas en cada pueblo. Pero todo lo que veía y oía ahora, en el teatro de los sucesos, le hacía pensar de otra manera, y había comenzado á comprender que al entrar en el suelo argentino era de

creer que no sólo había de encontrar tropas firmes y expertas, sino masas populares llenas de ardor y resueltas á todo con un brío y con una tenacidad esencialmente *española* (7).

A los pocos días de haber llegado á su cuartel general, Laserna tuvo ya un ejemplo bastante serio que debió darle mucho que pensar sobre la guerra que emprendía. Entre los oficiales que habían venido con él, era uno de los más gallardos y bravos el teniente coronel de fusileros don Pedro Zavala. Confiando mucho el general en los datos é informes que pudiera darle este jefe, lo hizo adelantar por la Quebrada de Sococha para que inclinándose á la derecha de Yavi se situase con ciento y tantos hombres en Colpayo y cubriese el flanco derecho de otras fuerzas con que el general realista se proponía explorar por su frente las entradas de la Quebrada de Uma-Huackac (8). Güemes había encar-

(7) Hasta ahora la nuestra es la raza que en España y en América ha tenido energía más indomable contra los invasores extraños.

(8) Esta denominación ofrece una alternativa curiosa. A mi convicción de que contiene una leyenda ó un rito antiguo y precolombiano, se ha pretendido objetar que como los indios no dicen *Vaca* sino *Huaca* ó *Waca*, el nombre de la Quebrada significa puramente *Cabeza de Vaca*. La dirección sería contraria á la gramática del quichúa, según el cual el genitivo precede y se antepone al sustantivo, en cuyo caso el nombre sería *Vaca de Cabeza*: lo que es absurdo. Yo he sostenido siempre que *Uma Unacak* equivalía á *oráculo*, *cabeza que habla*: *caput loquens*, ó bien casa ó templo de adivinaciones. En estos últimos meses he tenido ocasión de conversar de esto con mi respetable amigo el señor E. Caballero, jurisconsulto boliviano de reputación y de grande saber, que ha desempeñado

gado al coronel Campero, *marqués de Yavi y del Tojo*, la vigilancia de esos puntos que constituían el flanco izquierdo de la línea en que se proponía operar; y el marqués á quien llamaremos coronel Campero en adelante había encargado sus avanzadas al comandante don Bonifacio Ruiz-Llanos, oficial activo y emprendedor, que había hecho las anteriores campañas del general Belgrano. No bien supo este oficial la posición que ocupaba el jefe realista, cuando hizo aproximar sobre él una partida de noventa hombres compuesta de treinta *dragones infernales*, veinte milicianos ó gauchos y treinta indios baquianos de macana. Era la media noche cuando los patriotas llegaron al lugar de la escena; y pasando á retaguardia del enemigo esperaron á que saliera la luna para dar la sorpresa. El capitán Rivera y el teniente González echaron pie á tierra con veinte *infernales* y veinte *gauchos* y atacaron de frente al piquete enemigo mientras el resto caía á caballo sobre las caballadas. Los realistas tuvieron tiempo, sin embargo, de tomar sus armas y de agruparse en una pequeña elevación que estaba

altos destinos diplomáticos en el Brasil y en el Paraguay; y á pedido mío me ha dirigido una carta siguiente que comprueba plenamente las deducciones que yo había sacado de la observación de la lengua misma: «Contestando á la pregunta que usted me hace sobre el origen de la palabra *Humaguaca*, nombre de un departamento de la provincia de Jujuy, le diré que en el mismo pueblo he oído que existe una tradición, según la cual, había en tiempo remoto una calavera célebre, por cuanto los moradores creían que este cráneo se lamentaba por las noches: de allí viene el nombre de *humaguacac*, cabeza que llora. Buenos Aires, enero 8 de 1888.—*Eugenio Caballero*».

inmediata, donde trataron de defenderse ; pero fueron al fin literalmente exterminados con su jefe, *quien no queriendo rendirse* (dice el parte), murió á manos del capitán Rivera.

Este hecho, que fué muy sonado entre los realistas con algunos otros del mismo género, les daban ya ideas muy diversas de las que habían traído sobre la calidad de nuestros soldados y de las milicias con quienes venían á batirse. No pocas veces habían visto también con asombro que nuestras partidas de caballería no se limitaban á simples correrías y sorpresas, sino que cuando la ocasión se les presentaba favorable ó necesaria daban cargas admirables y correctas como las mejores tropas de línea, ó echaban pie á tierra, como dragones, con un brío y con una fiereza indomable, en los buenos lo mismo que en los malos trances.

Con estos hechos preliminares, Laserna y Valdés comenzaron á comprender cómo era que los realistas habían podido ser vencidos en las invasiones anteriores sin haber logrado hasta entonces sacar ningún resultado definitivo de sus esfuerzos ni aún de sus victorias ; y bajo el influjo de estas impresiones poco lisonjeras, el general en jefe hizo presente al virrey Pezuela los graves temores y las dudas que le asaltaban en cuanto al éxito de una invasión para la cual no se creía con medios suficientes contra enemigos de una bravura notoria y acostumbrados ya á vivir combatiendo con ánimo de no ceder. Según las ideas de Laserna se necesitaban dos ejércitos como el que mandaba para esta campaña ; uno para mantener su línea de comunicaciones y parques de reserva, y otro para operar en

sus flancos mientras el del centro marchase sobre Tucumán y Córdoba. El brigadier Olañeta y su cuñado el coronel Marquiegui, que eran hombres apasionados y de otra escuela, se reían de las preocupaciones clásicas de Laserna; y como eran de los jefes más antiguos de aquel ejército, miraban de reojo, y como á clasicones de cotufa, á los nuevos oficiales que habían venido de Europa. Para ellos todo consistía en atacar pronto, bravamente, y en este sentido le habían escrito á Pezuela criticando la poca resolución del nuevo general (9).

Pezuela recibió mal, por consiguiente, las indicaciones de su sucesor, é insistió en que era preciso atacar de punta por el frente arrollando los gauchos hasta ocupar á Tucumán para desembarazar pronto á Chile del peligro en que estaba; insistió en que con pequeñas divisiones de soldados aguerridos como los que Laserna tenía, era fácil cortar y destruir las guerrillas que lo incomodaran por los flancos. «El infatigable Pezuela (10) acudía á cuantos puntos era llamada su atención. Potosí se vió muy pronto surtido de una cantidad mayor de municiones y pertrechos de guerra de la que tenía antes de su incendio; fueron enviados al mismo tiempo algunos buques á Chile con tropas, armamento y auxilios pecuniarios. Se remitieron igualmente al Alto Perú grandes sumas de dinero, *refuerzos de tropas* y todo lo que podía necesitarse para llevar á cabo la expedición sobre Tucumán. Eran tan vivos

(9) García Camba. *Memoria sobre las guerras de América*, vol. I, pág. 225.

(10) Copiamos á Torrente.

los deseos de Pezuela de ver realizados sus proyectos sobre este punto, que *no había corren en el que no inculcase* al nuevo general esta idea que formaba el objeto principal de sus desvelos. Grande repugnancia tenía Laserna para emprender esta marcha. Conocía las dificultades que se oponían á su buen resultado, le faltaba un cuerpo de reserva que al paso que mantuyese en sujeción las provincias del Alto Perú le sirviera de centro para recibir de él nuevos recursos, si llegaba á necesitarlos ó para hallar un punto de apoyo seguro en caso de algun imprevisto contratiempo, pero se determinó á dar cumplimiento á las órdenes superiores, para que *en ningún tiempo* pudieran ser interpretados sus reparos como falta de subordinación ó como flojedad de ánimo. ¡Así pues, había empleado los últimos meses del año de 1816 en organizar su ejército, en proveerse de toda clase de pertrechos de guerra y en proporcionarse acémilas para principiar aquella importante operación!... Mas el pomposo aparato de los europeos y su táctica no bastaban para hacer la guerra en América. Se necesitaban soldados acostumbrados á aquel clima y que conociesen particularmente al enemigo que iban á combatir, su carácter, sus inclinaciones, sus astucias y sus ardidés», dice Torrente.

Se preparaba como se ve un drama ardiente y terrible en la provincia de Salta. Para pasar á Chile era preciso que San Martín y el país descansasen en la confianza de que Güemes defendería palmo á palmo el suelo de la patria, contra la invasión de un ejército que era sin disputa el mejor que había pisado en la América del Sur después de los ingleses de Whitelocke.

Cuando el éxito ha consagrado los resultados de un problema político ó de un problema de guerra, es muy fácil mirarlo como un efecto natural de las cosas, y tomar en menos la parte del esfuerzo individual y del de conjunto que ha costado, es decir, del genio y de la abnegación con que se ha conseguido. Pero si se compara el fracaso miserable de Carrera en la defensa de Chile, el de Artigas en la defensa de la Banda Oriental contra el ejército portugués, y si se toma en cuenta la inmensa diferencia que separaba las tropas de Laserna, de las tropas de Gainza ó de Lecor, sobre todo, si se reflexiona en la superioridad y en la competencia de los jefes y de la oficialidad que acompañaban al primero, se comprenderá bien cuánto más serio era el conflicto en que iba á operar Güemes y cuánto más grande fué la victoria que obtuvo, cuando después de haber bazuqueado y estropeado en cien encuentros parciales, á los vencedores de *Bailén* y de *Talavera*, acabó por humillar el orgullo de sus líneas veteranas en dos grandes combates, que fueron más bien dos gloriosas batallas, obligándolos á una retirada precipitadísima sin la que no se hubieran salvado de la vergüenza de una capitulación, que cada día se hacía más inminente para ellos. Este precioso resultado fué la obra de una campaña preparada por el jefe patriota con suma previsión y con un método admirable, que puso en relieve la energía de las provincias argentinas cuyos habitantes se mostraron soldados con una bravura que no ha sido superada en ninguna otra parte del mundo. Nuestra historia debe, pues, realzar con esmero esta página gloriosa donde brillan tanto los rasgos acen tuados de nuestro país.

Por más que el general San Martín hubiera procurado ocultar sus preparativos, Pezuela tenía datos fehacientes para suponer que su propósito era moverse sobre Chile, de octubre á diciembre de 1816; así es que para impedirlo ordenó categóricamente á Laserna que se pusiese en marcha sobre nuestras fronteras y que invadiese á Salta en el mes de septiembre á más tardar.

En ese tiempo, Güemes estaba ya pronto para recibir á los enemigos que venían á buscarlo. Había dispuesto sus fuerzas con habilidad, no sólo por los puntos en que las había situado, sino por las aglomeraciones proporcionadas con que había distribuído su número para que tuviesen consistencia y empuje propio cada una en su terreno. Así es que cuando el general Belgrano le escribía inquieto, avisándole que, según sus informes, de un momento á otro debía ser invadida la provincia de Salta y que activase sus medidas para recibir al enemigo, Güemes le contestaba: «Seguramente intentan incomodarnos con falsos amagos... pero se engañan. Tiempo ha que *todo está dispuesto* de un modo, que, á mi primera voz, se presentarán los bravos que les han de hacer sentir todo el peso del rigor, sin que sea necesario mientras llega ese dichoso día *que se separen de sus labores y talleres ni del lado de sus familias*» (11). He aquí la clase de soldados con que Güemes se proponía contener á los discípulos de Wellington y de Castaños que venían de vencer á Dupont y á Junot, á Víctor, á Soul y á Suchet.

(11) Oficio de Güemes del 30 de diciembre de 1816.

Entre el Alto Perú y las Provincias Argentinas no hay sino un camino estratégico por donde un ejército invasor pueda operar de frente con todo su material. Ese camino es el de la *Quebrada de Huma-Huackac*, angostura estrechada por masas ásperas de montañas al uno y al otro lado. Por el lado del norte, esta angostura ó *Quebrada* comienza en las haciendas de *Yavi* (12), y del *Tojo*, terminando por el lado del sur en *Huc-Kya* y *Till-Kara* (13). Las sierras en que se encajona este trayecto forman un laberinto de rajaduras que producen algunos desfiladeros por donde se puede pasar á *Tarija* y *Orán* (14) tomando al naciente, y al *Despoblado* tomando al poniente. Hacia el lado de *Tarija* las montañas comienzan á descender en la dirección del río Bermejo, formando valles y depresiones onduladas llenas de grandes selvas y campos pastosos, que se unen en una sola región con *Orán* y con el *Chacu-Huallampa*, al oriente de *Jujuy* y de *Salta*. El *Despoblado* es una aglomeración de *mesetas* (*plateaux*) situadas dentro de las cumbres, que unen la provincia de *Jujuy* con las ramificaciones fundamentales de los Andes por el lado de poniente, donde pacían los rebaños y ganados de las pingües haciendas de *Cuchin-Hucka* (15), de la *Rinconada*, del *Puesto* y del *Toro*, pertenecientes todas á la ilus-

(12) Palabra española corrompida por *llave* ó *entrada*.

(13) *Huc-Kia*: la Bajada angosta—*Tilla* ó *Till-cara*: los bárbaros.

(14) *Tarik*: Los valles—*Oran* ó (*Uran*) las tierras llanas y bajas.

(15) El Bajo de los Chanchos que generalmente pronuncian *Cuchinoca*.

tre familia de Campero Pérez de Uriondo, cuyo primogénito, inmensamente rico, gozaba del título de marqués de Yavi y del Tojo. Y hago notar estos detalles por la relación indispensable que tienen con los graves acontecimientos que voy á referir.

Así pues, para entrar en el territorio argentino, el ejército realista estaba obligado á bajar forzosamente por la *Quebrada de Huma-Huackac* dejando á su flanco izquierdo los desfiladeros intrincados y portezuelos de Tarija y de Orán, y á su flanco derecho las mesetas y las abras del Despoblado. Fuera del camino del centro de la Quebrada es imposible bajar estratégicamente del Alto Perú á los territorios argentinos. La dificultad, pues, que esta campaña ofrecía á los realistas, era que no podían desembocar en la provincia de Jujuy sin exponer sus flancos y su retaguardia á las fuerzas argentinas que operasen contra ellos por el lado de Orán y del Bermejo.

Güemes había dispuesto su plan de defensa en esta forma. Sus fuerzas se proyectaban en dos líneas oblicuas, á manera de un abanico cuyo ángulo se cerraba en la ciudad de Salta, donde tenía su cuartel general. La línea de la derecha oblicuaba sobre Orán, que era el punto de apoyo de las divisiones avanzadas que debían cubrir los valles intermedios hasta Tarija. La línea de la izquierda oblicuaba hasta la *Rinconada*, una de las haciendas del marqués del Tojo situada en el extremo noroeste del *Despoblado*, con avanzadas sobre *Cuchin-Hucka* y sobre *Abra-Pampa*, dos puntos tangentes con los desfiladeros de la Quebrada, que es como una espina dorsal en el centro.

La línea de la derecha estaba á cargo de dos hombres sólidos y de una actividad incesante. Mandaba las fuerzas de Orán, donde como hemos dicho estaba la base del flanco derecho, el teniente coronel don Manuel Eduardo Arias, y el cuerpo avanzado sobre Tarija estaba á las órdenes de Pérez de Uriondo, pariente del marqués de Yavi y amigo personal de Güemes desde la infancia. Entre las dos divisiones componían un total de mil doscientos hombres de milicia bien organizada, con un piquete veterano de cien *Dragones Infernales* (16) al mando del mayor don Francisco Gorriti, conocido con el nombre de *Pachi*. Estas fuerzas, así como todas las otras que obedecían las órdenes de Güemes, estaban armadas con sable, con fusil, con boleadoras y con *lazo*, y usaban generalmente *guardamontes* de cuero, lo que no sólo les daba mucha superioridad para maniobrar dentro de las selvas, sino que les servía para azorar al enemigo por el estrépito de sus cargas, haciendo aparecer cada partida con triple número del que realmente tenía.

La línea de la izquierda estaba aparentemente al cargo del marqués de Yavi, que habiéndose declarado patriota decidido, se había dado (él mismo) el grado de coronel mayor. Aunque el marqués era hombre inepto para la milicia, ofrecía la ventaja de ser muy rico y de sostener sus fuerzas con los numerosos arrendatarios ó siervos de sus campos del Despoblado y había sido indispensable contemporizar con el título y con el mando que había asumido; pero quien realmente dirigía todas esas tio-

(16) Cuerpo veterano de dragones.

pas era el teniente coronel don Juan José Quesada, militar de línea á quien se le suponían aptitudes, y que habiendo desertado poco antes del ejército de Rondeau, había tomado servicio con Güemes y pasado de allí á asesorar y dirigir al marqués. Esta línea constaba de novecientos hombres.

En la línea del centro, que era la que debía formar el eje de las fuerzas que operaban en las dos líneas oblicuas que he descrito, mandaba el mismo Güemes: tenía su cuartel general en Salta, que era por consiguiente el punto de apoyo, con fuerzas avanzadas en la proyección de la Quebrada, que entraban ó se replegaban de frente según las circunstancias, á las órdenes del coronel Urdininea y del teniente coronel don Juan Antonio Rojas, que era en quien confiaba Güemes el éxito de las operaciones de esta parte.

El plan de Güemes era hacer que sus divisiones de la derecha y de la izquierda convergiesen sobre los flancos de la línea vertical que formaba la Quebrada, á medida que los realistas entrasen por ella, de manera que cuando éstos saliesen á los valles abiertos de Salta, encontrasen obstruída su comunicación con sus puntos de apoyo y con todos los puestos de su retaguardia, ó bien tuviesen que diseminar gruesas divisiones á derecha é izquierda, debilitando el centro de su marcha ó estacionándola mientras operaban por desembarazar sus flancos. Dueño él entonces de ocurrir á donde fuera necesario aglomerar mayores fuerzas, creía poder batir al enemigo en cualquiera de estas hipótesis, plegando, por decirlo así, las partes movibles del abanico en cualquiera de sus tres puntos cardinales,

para ser allí el más fuerte, mientras que los realistas estaban en imposibilidad de concentrarse á uno ó á otro lado con la misma precisión. La base de las fuerzas del centro era el regimiento de *Dragones Internales* apoyado por la población campesina de las inmediaciones de la ciudad, cuya bravura y decisión podía ponerse á toda prueba sin riesgo alguno de que flaquease.

Para que una campaña defensiva pueda dar resultados y hacer retrogradar al enemigo, es menester que en el sistema de movimientos que se coordinen haya un punto movable cuya fuerza pueda tener iniciativa y acción propia para *ofender* al invasor, al mismo tiempo que todo el resto de los esfuerzos se concretan á la defensiva. Güemes no podía llevar esta iniciativa ofensiva por el lado de Orán, pues estando descubierto su flanco por ese costado tenía que aglomerar en él medios defensivos que cubriesen á Salta. Por el centro tampoco podía contener á tropas como las del ejército realista, poniéndose frente á frente con ellas antes de bazuquearlas. Pero, como su costado izquierdo estaba cubierto por el Despoblado y por las ramificaciones de los Andes, que caen por ahí, podía disminuir allí las fuerzas defensivas, poniendo puramente fuerzas flanqueadoras que, abrigadas en las Punas, incomodasen y pusiesen en conflicto al enemigo obligado á guardar sus puestos de retirada y de retaguardia. Esta parte de la obra era la que estaba encomendada al marqués de Yavi.

Ni el general realista don José de Laserna, ni los otros jefes que lo acompañaban, eran hombres á quienes pudiera esconderse la base estratégica de

la defensa tomada así en general. La naturaleza del terreno en que iban á operar, y los primeros encuentros que tuvieron con las guerrillas de avanzadas, bastaron á convencerlos de que Güemes se proponía obrar vigorosamente por los flancos antes de ofrecerles oposición verdadera por el frente. Suponiendo también, como era natural, que sus principales masas estuvieran aglomeradas entre Orán y Tarija, Laserna formó dos fuertes columnas: puso una de ellas al mando del coronel Marquiegui para que corriéndose sobre su izquierda fuese á ocupar sólidamente á Tarija; mientras la otra, á las órdenes de Olañeta, iba á colocarse en Yavi para despejar la Quebrada y mantener por su izquierda las comunicaciones con la otra columna de modo que llegado el caso pudieran ambas combinarse. No bien se inició el movimiento cuando las guerrillas descubridoras de los patriotas comenzaron á recorrer con grande actividad los puntos inmediatos, molestando vivamente á las guardias realistas; y á medida que la ocupación de Tarija se revelaba como una operación sólida y determinada, las masas de los patriotas se aglomeraban también de día en día hacia ese costado, de modo que Marquiegui se abstuvo de pasar adelante sobre Orán, é informó á Laserna de que siendo serias y numerosas las fuerzas que tenía á su frente, no consideraba prudente dejar á los llanos y comprometerse en una marcha sobre Orán con peligro de ser envuelto y de tener que retirarse en malas condiciones; y hacía notar la conveniencia de que todo el ejército operase sobre la Quebrada para desahogar su división.

La columna de Olañeta tenía también compro-

metida su derecha; pues desde que había amagado entrar á la Quebrada, Güemes había reforzado la división del marqués (17) para que operase vivamente sobre el flanco enemigo y sobre la retaguardia, si es que esa columna se aventuraba á meterse en la angostura. Era claro que para hacerlo, el jefe enemigo tenía que fraccionarse y diseminar piquetes á su espalda y por sus costados; de modo que Güemes contaba con destrozárselos en detalle y por sorpresas, hasta obligarlo á retrogradar para ponerse fuera de su alcance.

El precioso y pronto resultado que dió esta combinación de operaciones fué tan rápido que á todos les pareció muy natural. Para toda la línea patriota, de Tarija al Despoblado, había venido á ser evidente que los realistas tenían que retirarse, por la superioridad de las fuerzas que los iba envolviendo por cada uno de los flancos y por el centro donde el comandante Rojas y los *Infernales* comenzaban á ganar una terrible nombradía. El teniente coronel Uriondo desde Tarija, el marqués desde el Despoblado, y todas las otras divisiones estaban, pues, convencidas que de un momento á otro los realistas tenían que pronunciarse en retirada. Y en efecto: tanto Marquiegui como Olañeta se veían imposibilitados de adelantar y de mantenerse en aquella situación. Así es que las dos columnas retrogradaron repentinamente: la de Marquiegui hacia LIVI-LIVI, y la de Olañeta por la quebrada de *Sococha* hacia Suipacha, alejándose con precipitación de las fronteras argentinas. Era tan natural y

(17) Parte oficial de 24 de septiembre de 1816.

tan esperado este movimiento, que todos los jefes de las avanzadas, Uriondo desde la derecha, el marqués desde la izquierda, y Rojas al centro, le comunicaron á Güemes simultáneamente la retirada del enemigo, diciéndole que ellos lo seguían tomándole prisioneros, armas y parte de los pertrechos que iba dejando. «Nada tiene de extraño (le decía Güemes al general Belgrano) que el enemigo engañado, seducido ó mal aconsejado hubiese avanzado hasta la angostura de HUACKA-LERA, como he dicho á Vuestra Excelencia en mis anteriores notas, creyendo que acaso penetraría hasta el pueblo de Jujuy. Pero seguramente allí se desengañó de su loca temeridad, tal vez por noticia privada que tuvo de mis ejecutivas medidas de defensa, y ha retrocedido con tal precipitación que en un día ha perdido el terreno que había ganado en tres... Huyen ahora desengañados por su propia experiencia de que jamás serán capaces de atentar contra los sagrados derechos de los pueblos que han jurado ser libres, y que la digna provincia de mi mando es y será LA BARRERA INEXPUGNABLE *que pondrá término á sus agresiones*».

Como Güemes al saber que los realistas bajaban por Huma-Huackac había movilizado las milicias y las fuerzas del centro, esto es, de los suburbios y distritos rurales de la ciudad de Salta, mandó licenciarlas al ver que aquéllos se retiraban echándoles ó repartiendo una proclama un tanto jactanciosa y patriotera como era de moda; y comprendiendo la importancia que tenía la fuerza del marqués ahora que se trataba de posesionarse de Yavi y de seguir mordiendo en los flancos del ene-

migo, le dice al general Belgrano con la misma fecha: «Hoy mismo salen dos cargas de municiones al *Toro* para habilitar 500 hombres que de *los Valles* he mandado salir en auxilio del marqués, los que estarán con él dentro de tres días».

Entre las cosas que los realistas abandonaron en la retirada quedó el equipaje de un oficial en el que se tomó una carta del coronel Ostria, de la que voy á insertar un fragmento característico para mostrar los cuidados que los nuestros inspiraban á los enemigos: «Nosotros vamos á salir á hacer lo mismo con los caudillos Urdininea, Rojas, Aparicio y una gavilla de h... d... p... *que andan por acá* con Dragones Infernales y gauchos queriéndonos atacar... El señor general ha venido á la vanguardia, ha habido junta de jefes y se ha determinado que la vanguardia baje á Humahuaca para donde vamos á salir».

Sin embargo, Güemes no estaba del todo convencido que la retirada enemiga no encubriese algún proyecto disimulado para conseguir una sorpresa; así es que en otra comunicación que dirigía al general Belgrano mostraba toda la sagacidad de sus previsiones y la habilidad estratégica de sus medidas. «El enemigo no nos ha permitido poner en ejecución los planes concertados con Vuestra Excelencia, pues esa retirada tan indecorosa y tan perjudicial para ellos, la han hecho sin más motivo que el haber sabido que yo me movía; de modo que no solamente se han fugado los de Yavi dejando muchas cosas, y tomando el peor camino, sino que quedan desconcertados sus planes». Sin embargo de esto, Güemes agregaba que no estaba lejos de

sospechar que esta retirada fuese «una combinación» para cortar las fuerzas del marqués, y mandó inmediatamente que el jefe de vanguardia con «los Infernales y Gauchos» avanzase por la Quebrada hasta Cangrejos y que el comandante Arias viniese también rápidamente desde la derecha hasta Corral Blanco.

Esta previsión fué sumamente feliz, porque lo que él preveía era precisamente lo que había sucedido. Los comandantes Rojas y Ruiz Llanos ocuparon á Yavi el 11 de noviembre: el marqués ocupó el *Puesto*, punto que queda á la izquierda de Yavi, Arias ocupó el 14 el Corral Blanco á la derecha, y Urdininea se situó en Cangrejos. Entre tanto Olañeta y Marquiegui, reuniéndose en la *Marquina*, desanduvieron rápidamente la Quebrada de Sococha y, cayendo el día 15 sobre el marqués, que estaba situado en el *Puesto*, lo destrozaron completamente tomándolo prisionero á él y á Quesada, y haciendo una matanza considerable de soldados y oficiales. Pero cuando quisieron cruzar sobre su izquierda para cortar á Ruiz Llanos y á Rojas que ocupaban el centro de la línea de agresión, se encontraron con la fuerza que Güemes había avanzado á Cangrejos, y no pudieron ni sorprenderla ni evitar que la vanguardia se replegase sobre Corral Blanco desenredándose del conflicto.

Güemes recibía en esto el castigo de la condescendencia que había tenido permitiéndole al marqués del Tojo que se tomase el mando de un punto tan interesante como aquel, punto que si bien no era en rigor la base de la defensa, era por lo menos la línea ofensiva más eficaz que podía llevarse so-

bre el flanco y la retaguardia del enemigo. El general Paz, que no ha creído propio de sus *Memorias* estudiar con precisión las operaciones ni el plan general de campaña seguido por Güemes, suelta de paso y como para mero adorno pintoresco algunas noticias burlescas sobre la malhadada campaña del marqués y sobre su grotesca figura militar. Dice que impartía sus órdenes, que firmaba sus notas y daba sus partes con el título teatral de: *Don Juan José Fernández Campero, Maturena del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza, Marqués del Valle del Tojo, Vizconde de San Mateo, Comandante General de la Puna, y Coronel del primer Regimiento Peruano, etc., etc.* En las *Gacetas* del tiempo encontramos muchos partes y notas del marqués, pero su nombre no figura con título alguno aristocrático, sino simplemente Fernández Campero, coronel mayor. Verdad es que ya Güemes, ya otros, y aún las mismas *Gacetas*, lo designan corrientemente con el nombre *del Marqués*. Según el mismo general Paz, el marqués hizo una ridícula figura en la derrota; aunque sorprendido, pudo haber escapado, pues sus criados y dependientes le montaron á tiempo en un buen caballo, pero agrega que era tal el susto que se había apoderado de su ánimo, que apenas quería andar se resbalaba y caía pesadamente por uno de los dos lados; de modo que en este empeño inútil por hacerlo cabalgar llegaron algunas partidas enemigas que se apoderaron de él. No es exacto, sin embargo, lo que dice este mismo cronista, que el coronel don Juan José Quesada, alma y voluntad de aquella fuerza, hubiese huído y escapado de los vencedores á uña de

caballo, abandonando á su jefe titular: el coronel Quesada, que si tenía defectos de carácter no era por cierto un cobarde, cayó también prisionero (18) al hacer esfuerzos por reunir alguna tropa, y fué llevado á los Castillos del Callao (19).

De todos modos el desgraciado marqués era un patriota de mérito. En los primeros días de la Revolución se había declarado partidario del rey; pero reaccionó en 1813, y se puso al servicio de la independencia no sólo con su dinero, sino con el de los miembros de su familia y con la numerosa servidumbre de quichúas y criollos que vivía en sus haciendas. En el fondo, según me han dicho, no era otra cosa que un buen hombre, inocentón, rollizo y *cotudo* también según he oído, cuyo espíritu estaba probablemente en el siglo XVI, todo lo cual hacía mucho más meritoria la cooperación sincera con que se había adherido á la causa de la independencia hasta sacrificarse por ella como se ve.

De todos modos, este triunfo de los realistas era

(18) *Gaceta de B. A.* del 4 de enero de 1817.

(19) El general Paz confunde las fechas de estos sucesos; pues cuando tuvieron lugar, él no estaba ya en Huma-Huackac, como dice, sino en los Lules de Tucumán: véase la *Gaceta de B. A.* del 7 de diciembre. A esa fecha, el general Belgrano había ya retirado de Jujuy todo el ejército; y el cuerpo del señor Paz había contramarchado con los demás. No fueron tampoco las miserables partidas con que el marqués empezó sus correrías lo que detuvo á los realistas, como dice el general, sino la necesidad de limpiar su flanco izquierdo donde operaban Padilla y Camargo. El marqués no tenía fuerzas entonces ni estaba en movimiento como se puso después cuando Güemes tomó el mando.

importante; pues aunque no por haberlo obtenido podían invadir por el lado del Despoblado, sin embargo, echando una división fuerte sobre Tarija para cubrir su izquierda, podían entrar ahora por Huma-Huackac, y desembocar en Jujuy, sin peligro ninguno por su flanco derecho, lo que ya era en sí mismo una grande ventaja para tropas que, por su frente, se reputaban con razón muy superiores al enemigo con quien iban á combatir.

Comprendiendo que los vencedores de Yavi tratarían de aprovecharse con rapidez de la ventaja que habían obtenido, Güemes, con su sagacidad natural, aglomeró pronto fuerzas considerables sobre el flanco izquierdo de los realistas, movilizandó una masa como de 2,500 hombres que escalonó con todas sus divisiones en la línea oblicua que forma el terreno, por las pendientes de los Cerros, desde Salta á Orán, apoyando su espalda en Bermejo y manteniendo al coronel Uriondo con un grueso cuerpo de guerrillas sobre Tarija para contener á Marquiegui. De esta manera, Güemes obligaba otra vez á los realistas á que fraccionaran sus fuerzas del centro, con expediciones parciales sobre su izquierda por terrenos en que la infantería no sólo perdía todas sus ventajas, sino que la caballería misma quedaba sin movimientos de conjunto. Si el enemigo tomaba, pues, este partido, su cuerpo principal de invasión tenía que estacionarse para esperar el resultado de las operaciones de detalle de la izquierda, mientras que Güemes podía maniobrar en toda la línea concentrando sus fuerzas en cada uno de sus puntos sobre cuerpos fragmentados y relativamente más débiles. Pero si en vez de esto,

los realistas preferían marchar compactos sobre la ciudad de Salta, Güemes quedaba libre entonces para plegar gradualmente sus dos líneas oblicuas y concentrar todas sus fuerzas sobre la retaguardia y el flanco izquierdo del enemigo, cortándolo y poniéndolo por consiguiente en una situación desesperada, que podía obligarlo á dar otra vez su frente á los puntos por donde había invadido; y en este caso los cuerpos nuevos y reorganizados con que ya contaba el general Belgrano podían en Tucumán (20) entrar en movimiento, de modo que los invasores tendrían que retirarse en derrota hasta Tupiza ó capitular en Salta como en el año 1812.

Los generales Laserna y Valdés comprendían las dificultades de la campaña y trataban de proceder con pulso, operando poco á poco sobre su izquierda antes de comprometer la invasión: y habían hecho que Marquiegui se estableciese firmemente en Tarija y en los valles de la Concepción, desde donde ellos suponían que podía adelantar gradualmente hasta dominar la línea de Orán. Pero mientras preparaban estos trabajos, el virrey Pezuela, bien informado de que de un momento á otro pasaba los Andes San Martín, y queriendo evitarlo con un ataque brusco hasta Córdoba, expidió órdenes categóricas á Laserna de que invadiese inmediatamente por el centro, sin ninguna clase de demora. La vanguardia del ejército realista entró, pues, en la Quebrada de Huma-Huackac arrollando las avanzadas argentinas, y ocupó á Jujuy des-

(20) El número 2 mandado por Bustos, el 7 por Luzuriaga, el 10 por Pinto y los dragones por Zelaya.

pués de algunos encuentros de detalle que fueron mucho más sangrientos de lo que debieron haberlo sido en un movimiento de frente en que no era posible contener al invasor. Pero tal era el encarnizamiento y el entusiasmo de los gauchos, que en cada angostura hacían pie luchando hasta el último trance, en términos que los realistas mismos tenían que preconizar la gloria que según ellos ganaban, cuando venciendo estas resistencias daban un paso adelante y hacían retrogradar á Gorriti, á Ruiz Llanos y á otros de los comandantes de la vanguardia.

La vanguardia realista ocupó á Jujuy como era de esperarse, Marquiegui se adelantó entonces sobre Orán donde también entró; de modo que los generales Laserna y Valdés, con el cuerpo del ejército, pudieron entrar francamente en la Quebrada. Para adelantarse fortificaron el cementerio de Humahuackac demoliendo la capilla y construyendo en ella un buen reducto con artillería, donde dejaron una guarnición.

Entre tanto, establecidos ya en Jujuy, tenían que sostener combates diarios para procurarse forrajes y víveres frescos; y eran tan bravas las partidas que recorrían todo el terreno, que para proporcionarse esos recursos indispensables tenían que salir regimientos enteros para poder hacer resistencia sólida, mientras los colectores trabajaban de prisa, porque cada encuentro era terriblemente sangriento y muy disputado como hemos dicho.

El día 6 de febrero (1817) el escuadrón de los *Extremeños*, que eran los mejores soldados de caballería que traían los realistas, salió de Jujuy á forrajear en los potreros de alfalfa de San Pedrito.

Mientras los cortadores del pasto desempeñaban su trabajo, el escuadrón referido ocupaba uno de los cercos del potrero, y había colocado sus partidas de observación en el *Carril* y en otros puntos sospechosos. Luego que fué informado de esto el comandante don Juan Antonio Rojas, tomó cien hombres de *Infernales* con un escuadrón de gauchos, y adelantó sus *bomberos* para conocer bien la posición que ocupaba el enemigo. «Eran (dice él mismo) los mejores y más valientes soldados que he visto en el ejército del rey; pero trayendo á la memoria las órdenes terminantes que Vuestra Señoría me dió cuando me arranqué de su cuartel general, me resolví á atacar á los *Extremeños*». Agrega en seguida que dividió su columna en tres grupos para atacar por los flancos; pero como los enemigos lo habían sentido, tuvo que reconcentrar de nuevo á los suyos y los echó en guerrillas. Los enemigos se dirigieron entonces á la salida del potrero para poder maniobrar, y queriendo impedirlo los argentinos cargaron con un denuedo tal que aún cuando recibieron «dos formidables descargas á boca-jarro» al atravesar los cercos del potrero, cayeron sobre el enemigo «como unos leones: desbarataron su línea y los pasaron á cuchillo concluyendo á casi todos los tiranos extremeños, de los cuales por MILAGRO EXTRAORDINARIO se salvaron siete que tomamos prisioneros... Cuando con este triunfo me consideraba ya sin enemigos, se me presentó una partida de quince oficiales muy bien vestidos. Me figuré que venían con otra fuerza mayor, y salí en retirada después de reunir la mía; pero habiéndome desengañado prontamente, formé el pelotón de inferna-

les y cargué rápidamente; y á pesar de que eran unos hombres que asustaban, *di en tierra* con ellos á excepción de tres que escaparon. La contienda duró dos horas; y como salió de Jujuy todo el ejército con mucha artillería, me retiré á este punto (El Bordo) donde permaneceré esperando las órdenes de Vuestra Señoría. Mis soldados han regresado vestidos con muchas batas, charreteras y levitas. Se han tomado como setenta y tantas armas de fuego y otros tantos sables».

Esto decía el parte del comandante Rojas; y debe creerse que el descalabro fué mucho más grave para los enemigos que lo que resulta de sus palabras, cuando Torrente refiere en globo el suceso de San Pedrito con estas circunstancias: «Los coroneles Olarria, Centeno, Carratalá, Seoane, Becerra *se cubrieron de gloria* en varios encuentros que tuvieron con los gauchos y con el regimiento insurgente llamado de Dragones Infernales, en las inmediaciones de Jujuy: si bien *el fruto de estas ventajas se perdió* en gran parte en una sorpresa dada por los rebeldes en las mismas puertas de la ciudad á los forrajeadores de la división de Olañeta, cuyo *golpe funesto* causó la muerte de *40 europeos y 70 americanos* con dos oficiales de los más valientes» (21).

Por el lado de Orán, Marquiegui se encontraba también sumamente apurado. Un número considerable de fuerzas le hostilizaba con la misma bra-

(21) Torrente altera siempre una parte de los detalles, ya sea para deprimir nuestros triunfos ya para agrandar los de los realistas; y sobre todo los de los *europeos*.

vura, y no sólo se había visto contenido dentro del pueblo sin atreverse á adelantarse sobre Salta, sino que los gauchos recorrían por su espalda todos los portezuelos de la Sierra de *Santa Victoria* y *Zenta*, cortándole sus comunicaciones con Huma-Huackac que era la base de ellas y con el cuartel general de Jujuy. El coronel realista conocía, sin embargo, que no podía ceder en aquel punto sin descubrir todo el flanco izquierdo del ejército invasor, y hacer indispensable su retirada de Jujuy; así es que, determinado á todo sacrificio, había pedido que le reforzaran prontamente, porque de otro modo no podía cerrar al enemigo sus correrías en el terreno intermedio hasta Huma-Huackac.

En efecto: el bravo comandante don Manuel Eduardo Arias había dejado al comandante Uriondo sobre Marquigui; y corriéndose él á su izquierda por los desfiladeros de Zenta, se había situado con una fuerza considerable sobre la posición enemiga de Huma-Huackac, sin ser sentido de nadie; y se preparaba allí á dar el golpe decisivo que debía poner en evidencia la perfecta habilidad y precisión del plan de campaña de Güemes. Colocado en esta posición, Arias le comunicó á Güemes que por sus bomberos había sabido que la vanguardia enemiga era como de dos mil hombres muy bien armados, muy *buena mozada*, con seis piezas de cañón y una caballería regularmente montada; que el cuerpo principal del ejército con el cuartel general, se componía de igual número poco más ó menos, con ocho piezas y la escolta del general bien montada; que la reserva constaba de ochocientos hombres, los que en aquel momento estaban pa-

sando por la Quebrada; que habían atrincherado la villa, volteado la capilla de Santa Bárbara, de cuyo desbarranco habían formado un reducto ó batería con artillería; y concluye diciendo estas hermosas y sencillas palabras, que prueban el espíritu de que estaban animados los *salteños* en aquella ardiente lucha: «Yo veo que se me proporcionan mil lances lisonjeros para operar á mi satisfacción en casos ventajosos». En efecto, Torrente dice: «Al llegar el general en jefe á Huma-Huackac expidió proclamas, y como hubiera elegido este punto para *depósito militar* de retaguardia, y como un medio de mantener expeditas sus comunicaciones, mandó que fueran construídos parapetos en la iglesia y en el cementerio, á fin de que las tropas que debían quedar de guarnición tuvieran todos los medios de rechazar victoriosamente los ataques de los gauchos y demás cuerpos francos, luego que el ejército se hubiera alejado».

El 27 de febrero cerca de oraciones, y bajo una tormenta deshecha, movió Arias su campo y marchó á reunirse con sus avanzadas. Luego que incorporó toda la fuerza, se adelantó con su escolta, que era un piquete de treinta *Infernales*, y ordenó que le siguiese en silencio el resto de la división. Caminó así todo el día hasta entrada la noche del 28, y el 29, á las tres de la mañana, estaba á una legua de Huma-Huackac disponiendo la atrevida sorpresa que procuraba dar sobre el reducto y las trincheras del enemigo. Su tropa alcanzaba á 200 hombres, ó muy poco más; Arias la dividió en tres trozos: el primero á las órdenes del capitán Rodríguez debía dejar sus cabalgaduras en una quebra-

da inmediata para acometer á pie la batería; el otro á las órdenes del capitán Portal debía entrar *á sangre y fuego* en la casa del cura que servía de cuartel á los fusileros del rey; y Arias con el tercero debía proteger los movimientos de uno ú otro situándose en la casa de la Posta. «Combinados así, nos aproximamos á los puntos señalados con un silencio y orden admirables, con el objeto de esperar á que amaneciese, y yo personalmente (dice) no dejé por reconocer tapial, zanja, ni escondrijo alguno del campo... Llegó la hora, y cuando con la más impaciente ansiedad aguardaba yo que obra-se la primera división, oigo una descarga tan ordenada y completa que me pareció un cañonazo, y un VIVA LA PATRIA de los bravos de Rodríguez que acababan de ganar la batería. Lo singular fué que penetraron hasta ella sin que los repetidos alertas de los enemigos hiciesen convertir la atención hacia los que daban el asalto, en términos de apoderarse de los cañones antes que fuesen sentidos. El *viva la patria* de nuestros bravos fué contestado con un *viva el rey* por un ayudante de artillería que pudo escapar de la batería, pero no á tanta distancia que no le alcanzase una bala de fusil disparada por un cabo de mi tropa, que le dejó en el sitio. Al oír la descarga, Portal se dirigió al cuartel que debía rendir, y yo á ganar el depósito de la pólvora». Arias experimentó resistencia: el fuego era vivo, y habiendo caído algunos de sus soldados, los demás hicieron un esfuerzo de bravura, cargaron la guardia de la pólvora y la rindieron al momento. «El oficial realista que mandaba, escapaba como un gamo hacia el cuar-

tel. Pero las alas del miedo no pudieron ponerle á cubierto de la diligencia de la tropa, que vengó en su cabeza las ilustres vidas de los compañeros perdidos. Mi gente era poca y los peligros llamaban mi atención á todas partes. La actividad y el valor debían suplir el número; dejé la pólvora con una pequeña custodia y corrí en auxilio de Portal que hallaba en el asalto una resistencia insuperable». A las cinco de la mañana, los realistas pudieron retirarse á la torre de la capilla donde se sostuvieron haciendo un fuego porfiado; pero al fin tuvieron que rendirse al ver que los asaltantes habían echado abajo las puertas y los iban á pasar á degüello. Los realistas perdieron siete piezas hermosas de cañón, gran cantidad de fusiles, cargas numerosas de municiones, muchos equipajes; 200 ovejas, 80 vacas, 60 mulas; la bandera del cuerpo de artillería; 96 prisioneros, 7 oficiales y el comandante don Juan Antonio Pardo entre éstos (22).

La destrucción de este punto capital de la línea de reserva, fué un golpe mortal para el ejército invasor, y decidió como vamos á ver de toda la campaña, porque Laserna se vió obligado á operar como Güemes quería, es decir, fraccionando su ejército. Comprendiendo Laserna la mala posición que le quedaba á Marquiegui en Orán á causa de este desastre, puesto que podía ser cortado y rendido,

(22) Torrente dice: «Atacados por el caudillo Arias, muerto el capitán de artillería don Félix de la Rosa, fugados don Narciso Martínez y don Juan Santa-Cruz al ver el desaliento de sus compañeros de armas, los demás fueron hechos prisioneros con *toda* la tropa, seis cañones, 500 fusiles y otros varios pertrechos.

le avisó inmediatamente el suceso; con lo que el coronel realista se puso en una retirada precipitadísima hasta Tarija que fué una verdadera derrota. Laserna se proponía reforzarlo allí prontamente enviando la famosa división de Olañeta. Pero como Uriondo estaba sobre él, al retirarse perdió como 280 hombres de tropa, muchos bagajes, ganados y municiones que no podía arrastrar por la precipitación de su movimiento y por lo áspero de los caminos que tuvo que elegir.

El general Laserna había hecho todos los esfuerzos imaginables por no dividir sus tropas, porque después que había comenzado á conocer el temple y la disciplina que Güemes había dado á las milicias de Salta, estaba convencido que todo su éxito dependía de que pudiera llevar compacto su ejército hasta Tucumán, darle una batalla campal á Belgrano, y sucumbir, ó vencer para correrse hasta Córdoba. Cuando empezó á ver que las dificultades eran más graves aún de lo que había creído, le había escrito al virrey Pezuela asegurándole que *los tiempos habían cambiado*: que á cada paso se encontraba con oficiales patriotas llenos de brío y con cuerpos que hacían frente con un denuedo igual al de los realistas; y que se convenciese de que treinta mil hombres eran absolutamente indispensables para hacer una campaña que pudiese dar el resultado apetecido de las Provincias Argentinas. El virrey estaba obcecado: la situación de Chile, la seguridad de que San Martín maniobraba de un momento á otro, lo tenían angustiado y nervioso (23).

(23) Cuando Laserna estaba en Jujuy, San Martín estaba ya en Santiago.

Era preciso, costase lo que costase, y á todo trance, entrar hasta Tucumán, y dominar á Córdoba. Si para ello era indispensable hacer milagros, no había remedio. Laserna tenía que hacerlos y dejar airoso al virrey.

Restablecida la prepotencia de Güemes en todo el flanco izquierdo y en la retaguardia de los realistas, desde Salta hasta Orán, no le quedaba á Laserna otro remedio que retirarse de Jujuy, ó reponer con doble fuerza el punto de apoyo de Humahuackac, enviando sobre Orán una división de mucha fuerza para que desde allí operase sólidamente con Marquiegui arrollando las fuerzas patriotas hacia Salta, para despejar el flanco de la marcha que él mismo debía hacer de frente; y aunque esto debilitaba mucho su columna, las órdenes del virrey no le dejaban, como se ve, otra alternativa. «Sorprendido el general en jefe con este infausto suceso (dice Torrente) dispuso al momento saliese el brigadier Olañeta con una brillante columna sobre Orán, á donde se dirigían los rebeldes, para que *obrando en combinación con otra*, á toda costa *recuperasen* la presa cogida en Humaguaca». Torrente pretende que Olañeta alcanzó á Arias, que le mató mucha gente y que descubrió el armamento y la artillería escondida en unos montes volviendo á recuperarla: todo lo cual no pasa de ser un ridículo cuento que él mismo forja ó que otros le han hecho. Los primeros partes de Olañeta, según se ve en la *Gaceta de Lima*, se reducían á decir que había *dispersado* y *corrido* en todos sentidos á los grupos de Arias, haciéndole muchos prisioneros, y con ellos gran parte de las armas que habían to-

mado en Huma-Huackac; pero la verdad es que la artillería quedó oculta en los montes de Ledesma, y que después de la retirada final de Laserna, Güemes la hizo recoger y conducir á Salta; porque, aún cuando Olañeta despejara como despejó en efecto, los caminos por donde marchaba, hasta reunirse con Marquiegui, las numerosísimas guerrillas de Arias y de Uriondo le hostilizaban y envolvían de tal suerte, que poco tiempo tardaron en verse ambos tan impotentes y perdidos, que Laserna tuvo que mandar para desenredarlos la mejor parte de su ejército, á las órdenes del general Valdés, como lo vamos á ver, sin que al volverse pudiesen traer trenes ni hacer otra cosa que regresar á Jujuy á incorporarse todos en un solo cuerpo de ejército.

La expedición de Olañeta y de Centeno dejó al ejército en Jujuy sumamente enflaquecido, como Güemes lo había previsto; así es que echando sobre él infinitas guerrillas para privarlo de víveres, le cortó todas sus comunicaciones con aquellos dos jefes, y lo redujo de día en día á mayor estrechez, sobre todo de forrajes y cabalgaduras, por medio de sorpresas ejecutadas con denuedo en las quintas y potreros á donde tenían que sacar á pacer sus bestias.

El general Laserna empezaba á estar seriamente alarmado, al verse obligado á diseminar sus fuerzas en grupos de detalle que perdían todas las ventajas de su disciplina y de su escuela militar. «Como el ejército se veía acosado (dice Torrente) en todas direcciones por los gauchos durante la expedición del brigadier Olañeta, tuvieron que salir varias columnas con la idea de despejar el camino.

Una de ellas fué confiada al coronel Sanjuanena con 200 hombres del regimiento GERONA; pero *atacado* este valiente jefe por *fuerzas muy superiores* de la facción de Güemes, fué preciso *enviar* en su auxilio al bizarro jefe del Estado Mayor general, don Gerónimo Valdés, con cuyo oportuno auxilio fueron completamente derrotados los enemigos y perseguidos por el espacio de tres leguas». El general Valdés volvió á Jujuy dejando al coronel Sanjuanena fortificado con una fuerte columna en la casa de los *Alisos*, á tres leguas de Jujuy, para que cubriese la costa del río de este nombre y de los alfalfares del derredor del pueblo que eran indispensables para el ejército; pero atacado y sorprendido el 13 y el 25 de marzo por los comandantes Maurin y Gorriti, fué muerto, y su tropa pudo retirarse á duras penas replegándose á la escolta de Laserna y á dos batallones más que salieron del pueblo á salvarla; aún así los gauchos esforzaron el ataque, y lograron desbaratar la escolta real de caballería, tomando prisionero á su jefe el sargento mayor don Antonio Martínez.

Con este motivo hubo un cambio de notas y civilidades entre Güemes y Laserna que merece darse á conocer. Gorriti, como hombre decente y de buena familia, procuró salvar y salvó en efecto la vida del jefe enemigo, que había caído herido y que iba á ser sacrificado por los soldados. Después que lo recogió, trató de hacerle curar sus heridas, y supo entonces por el mismo prisionero que era sobrino carnal del general Laserna y jefe de su escolta. En el acto lo hizo poner con la comodidad posible y lo remitió á Salta. Güemes se creyó obligado á diri-

girse á Laserna participándole que el joven oficial estaba vivo y mejorado; y el general le contestó con una carta de la que vamos á extractar algunos pasajes: «Por la de usted que me ha entregado el teniente Calero, veo que el capitán del escuadrón de mi guardia don Antonio Martínez fué herido y prisionero de guerra en la tarde del día 15. Su valor lo precipitó, y el poco conocimiento del terreno fué causa de la pérdida de este valiente oficial y *de los bravos que lo acompañaban*. Siento como debo la pérdida de tan dignos compañeros de armas, pero al mismo tiempo me ha servido de satisfacción, el saber que se ha dispuesto que se le asista al capitán como al lancero que igualmente se halla herido, etc., etc. *No esperaba menos de un sujeto de las circunstancias de usted*, y no dudo que en todos los casos procurará *se trate al desgraciado con la humanidad* que el derecho de gentes exige, así como debe estar seguro de que *por mi parte trataré al prisionero con la hospitalidad y dulzura que es justo*». Aunque este proceder era consecuente con el carácter y con la nobleza de los sentimientos del general Laserna, es preciso observar que este cambio de política después de las matanzas perpetradas contra Padilla, Camaró y Warnes, era debido también al terror que la bravura de los salteños había inspirado á los enemigos haciéndoles comprender el interés personal que les iba en ello. «Debo decir á usted (decía Laserna) que si los gauchos continúan quemando las chacaras de aquellos que han tomado el partido contrario al que ellos siguen, me veré en la *dura* precisión de hacer otro tanto á pesar de que me sea muy repugnante, pues com-

prendo que toda especie de guerra debe hacerse según lo exige el derecho de gentes y la civilización del siglo en que vivimos». El general terminaba proponiendo el canje del capitán graduado de mayor don Antonio Martínez y de los soldados de la escolta, por prisioneros patriotas de igual clase, en la *suposición de que Güemes*, como comandante general y gobernador de Salta, *tuviese autoridad para ello*.

Es de notar en esta nota la intención con que el general realista le quita á Güemes el tratamiento de Su Excelencia que oficialmente le correspondía; así es que tomando éste el mismo tono, le contestó: «Con la nota de usted se han recibido los 125 pesos remitidos al prisionero capitán Martínez á quien se han entregado. Se halla muy mejorado y casi fuera de peligro... Será igual mi proceder con éste y con cuantos tengan la misma suerte; y sólo en los casos de *justa represalia* se cambiarán (aunque sea con dolor) mis honrados sentimientos... Antes de ahora he librado órdenes para que las propiedades de enemigos que sirven la causa *que llaman del rey* sean respetadas. Pero si alguna vez sucede lo contrario, es efecto de la justa indignación contra esos desnaturalizados que huyen del bien para verse envueltos en la antigua servidumbre. Y es también lección que han aprendido de las tropas que usted manda, pues quemaron el *Perchel*, las sementeras y los ranchos del *Perico*; degollaron al maestro de postas de la torre, hombre anciano é indefenso, y han cometido escándalos y desórdenes, *cuando yo ni aún á convictos y confesos espías* he sacrificado como podía y como debía. Estoy

satisfecho de la humanidad y lenidad de usted, pero no así de la de sus subalternos Centeno y otros, autores de mil excesos, etc., etc.»

Torrente mismo confiesa que este y otros contratiempos fueron fruto de la desmembración en que había quedado el ejército realista por la expedición de Olañeta y de Centeno sobre Orán.

Estos jefes habían marchado arrollando al principio las guerrillas patriotas; pero desde que llegaron á Orán y se reunieron con Marquiegui quedaron incomunicados y envueltos por ellas. En unas cuantas sorpresas felices, los comandantes Arias, Uriondo, Mendieta, Benavides y Corte, les arrebataron y destruyeron las caballadas, tomándoles también muchos prisioneros. Con esto su posición comenzó á ser tan crítica que no sabiéndose nada de ellos en más de veinte días, Laserna los juzgó en inminente peligro, como en efecto estaban; y se apresuró á mandar al mayor general don Jerónimo Valdés con setecientos infantes, ciento treinta jinetes y tres piezas de artillería contra el comandante Corte que era el que interceptaba las comunicaciones entre Jujuy y Orán. Hecho esto, el general Valdés llevaba órdenes de internarse al naciente para retirar á Olañeta y Marquiegui si los encontraba en apuros, pues Laserna había resuelto prescindir de los flancos, donde ya veía que no podía operar con ventaja, para echarse desesperadamente sobre Salta y Tucumán con todas sus tropas. Valdés logró sorprender al comandante Corte, le dispersó la tropa y le mató bastante gente. Se adelantó después hasta Sapla, y de Sapla hasta Ormenta donde encontró los cuerpos de Olañeta y

Marquiegui, que habiendo tenido que abandonar á Orán regresaban á Jujuy sumamente apurados por Arias y por los demás comandantes patriotas de aquella parte, cuyas fuerzas traían envueltas á las columnas realistas persiguiéndolas con tesón. En uno de los innumerables combates que se venían dando, fué deshecho el cuerpo realista de Centeno, cayendo prisionero el acreditado coronel Seoane, que era el jefe del Estado Mayor de toda la columna, siete oficiales de graduación y toda la escolta. Este desastre habría sido definitivo para los españoles si no hubiese sido por el oportuno apoyo que les trajo la columna del general Valdés.

«Como la situación de Laserna se hacía más difícil cada día en Jujuy», dice Torrente, se hicieron venir cuatro batallones y dos escuadrones más que habían quedado guarneciendo á Potosí y á Chuquisaca, entre los cuales venía el *Imperial* que los españoles reputaban por eximio. Güemes se lo avisó en el acto al general Belgrano, indicándole que este era el momento oportuno para que mandase por la costa del Bermejo una división de caballería con algunos infantes montados, que, cayendo sobre Tarija, pasasen á ocupar á Potosí y Chuquisaca, que eran los dos depósitos (ahora desguarnecidos) donde el enemigo tenía sus parques, y levantasen las masas que en todos aquellos lugares estaban prontas á tomar otra vez las armas desde que fueran apoyadas. El general Belgrano ordenó al comandante Lamadrid que marchara inmediatamente en aquella dirección dándole 280 hombres de caballería escogidos entre los *Húsares* y los *Dragones*, con cien infantes y dos piezas de montaña, á los que co-

mo voluntarios se unieron muchos emigrados, componiendo entre todos un número útil de 450 á 500 hombres.

Güemes, que tenía muy poca opinión de Lamadrid, indicó al general que sería mejor enviar á Bustos ó á otro jefe de *más juicio y combinación*. Pero el general, pensaba que para esta empresa se requería cierto genio aventurado y poco reflexivo, é insistió en la elección que había hecho, contribuyendo no poco quizás el afecto personal con que miraba al joven oficial. La verdad es que si la expedición hubiera sido encargada al comandante Paz (general después) habría tenido otra clase de resultados; pero tal vez el general Belgrano no había advertido las calidades superiores que Paz había recibido de la naturaleza para mandar y combinar con acierto los movimientos militares. Basta leer lo que el mismo Paz dice en sus *Memorias* sobre este incidente, para conocer la noble envidia que sintió al ver á Lamadrid designado para una operación que evidentemente habría deseado que le hubiera sido confiada. La verdad es que ni Lamadrid ni Bustos servían para el caso.

Desde que llegaron al cuartel general las guarniciones de Potosí y de Chuquisaca, quedando también repuesto el parque con el abundante convoy que se había hecho bajar con ellas, el general Laserna se decidió á cumplir las órdenes del virrey Pezuela; y como la división de Olañeta hubiera quedado descalabrada después de la campaña de Orán, y poco apta por consiguiente para acompañar al ejército en tan laboriosa marcha, el general la dejó guarneciendo la plaza de Jujuy y se movió

de frente sobre Salta. Las tropas españolas eran magníficas; pero era tal la bravura, la decisión y el excelente estado de disciplina que las milicias de Salta desplegaban al frente del enemigo, que el general Laserna emprendía la campaña visiblemente preocupado con dudas amargas, y sin otra esperanza que la de algún golpe de fortuna.

Al ver el movimiento del ejército del rey, Güemes se resistía á creer que se dirigiese sobre Salta, porque no podía comprender que los españoles cometieran semejante desatino. Pero cuando el propósito se hizo manifiesto sin que pudiese ya dudarse de él, se encontró bastante embarazado para sincerarse con el general Belgrano (24); porque éste le había estado haciendo indicaciones continuas sobre la probabilidad de esta embestida, á las que Güemes (bien informado como estaba del estado de las cosas) había contestado siempre que semejante temor era ilusorio, puesto que el enemigo no podía cometer un error tan craso y tan inútil, para perderse en pocos días si se empeñase en ello. Realizado el hecho, no había más que aceptarlo y que operar en consecuencia; pero el general Belgrano entró en una agitación tanto más natural cuanto que su ejército no estaba pronto para operar, y que habiendo pasado el general San Martín á Chile, era natural temer que á pesar de la bravura y decisión de los salteños, las columnas enemigas pudiesen penetrar hasta el corazón de nuestras pro-

(24) Consúltense los partes oficiales y notas cambiadas entre ellos que se hallan en la *Gaceta de B. A.* del mes de enero á abril.

vincias en busca de una batalla campal con el ejército de Tucumán. Para todo evento, comenzó, pues, á mover los batallones de Bustos y de Pinto con dos cuerpos pequeños de caballería en dirección á los *Cerrillos* por el camino de las *Trancas*.

Al amago de los *Maturrangos* (25), la provincia de Salta toda entera se levantó como un solo hombre: todos los habitantes de la ciudad que podían montar á caballo y tomar armas salieron á incorporarse á las divisiones que operaban en la campaña. Las fuerzas del flanco derecho convergieron rápidamente sobre la retaguardia y los flancos del enemigo á medida que sus columnas iban adelantando sobre la capital de la provincia; de modo que estas columnas tenían que sostener á cada instante repetidos y terribles combates de flanco y de retaguardia para desembarazar la marcha de sus divisiones, de su convoy, de su parque, de las caballadas y de las mulas, que tenía que traer consigo y que defender como un tesoro inapreciable (26). Fué entonces, como lo confiesa Torrente mismo, cuando el *lazo* y las *boleadoras* (libes) (27) comenzaron á desempeñar un servicio aterrante entre

(25) Maturrango llamaban nuestros gauchos á todos los hombres incapaces de manejar el caballo como ellos, y designaban directamente con él, á los españoles en el idioma popular. Un *maturrango* era un *enemigo* en los tiempos de la revolución.

(26) Véanse los partes oficiales en las *Gacetas* citadas.

(27) *Libi* es el nombre indígena con que se llama á las boleadoras en nuestras provincias montañosas, y viene de la palabra quichúa *Llick*, enredar, entrapar. *Llicpi* quiere, pues, decir las enredadoras.

las armas de los argentinos. A cada encuentro, seis ó más hombres, oficiales sobre todo, salían arrebatados de los entreveros y de las filas realistas, á parecer espantosamente arrastrados y deshechos al correr tendido de los caballos. Los gauchos caían también por centenares á cada descarga de los batallones realistas. Pero ¡qué importaba!... Enardecido el entusiasmo popular, sus pelotones pululaban cada vez con mayor número de combatientes, que siempre ágiles y arrojados para el ataque y para la fuga, como los enjambres de golondrinas cuando persiguen al gavilán, iban tenaces de día y de noche sobre los costados de la columna enemiga, hasta que mezclados unos con otros entraron batiéndose por las calles de la ciudad de Salta y sembrándolas de cadáveres, el 15 de abril de 1817.

En aquel estado era imposible que el enemigo pudiese continuar inmediatamente su marcha sobre Tucumán sin exponerse á verse materialmente rodeado y obligado á perecer en campo raso por hambre y sin movimiento. Todos los ganados y las caballadas habían sido retirados á puntos remotos y ocultos. Los españoles no tenían más remedio que hacer de la ciudad su punto de apoyo para operar con paciencia y labor sobre la campaña, hasta reducir por las armas y el rigor esta infernal resistencia que el país entero les oponía. Convencido en muy pocos días de que la guerra de detalle lo arruinaba, el general Laserna tomó informes fidedignos acerca de un depósito de ganados y caballos que los patriotas habían acumulado en un punto denominado el *Bañado*, al sudoeste de la ciudad; y como la escasez de alimentos comenzara á poner en se-

rios conflictos al ejército realista, aquel general hizo formar una columna de 800 hombres de infantería con 200 de caballería, y una pieza volante y la hizo salir el 21 de abril á las órdenes del afamado coronel don José Sardina, comandante general de la caballería española, para que marchando con toda rapidez sobre el lugar indicado se apoderase de todos aquellos recursos. El jefe español, que era reputado como *lo mejor que había venido á América, en su arma* (28) procuró disimular su rumbo hasta poder colocarse en un punto favorable desde el cual pudiera correrse directa y rápidamente sobre el *Bañado*, antes que los patriotas hubieran podido traslucir sus intenciones. Las partidas de Güemes se replegaban delante de la columna enemiga; pero mientras las unas se condensaban sobre los flancos, las otras tomaban lugares favorables para resistir y para poner emboscadas. Lo crudo del combate comenzó en los *Cerrillos* con las fuerzas de los comandantes patriotas Burela, Ruiz-Llanos y don Pedro Zavala. Guerrilleando duramente, estos bravos oficiales atrajeron á los realistas hasta *Gauna*, donde favorecidos por el terreno habían puesto una emboscada considerable. Al dar en ella la cabeza de la columna realista sufrió un enorme daño conturbándose bastante toda ella. Pero repuesto en pocos momentos el orden de marcha, y dirigidos por un famoso *baquiano* llamado Urbida, español y antiquísimo vecino de aquella campaña, los realistas

(28) Más adelante se verá que no exageramos. Consúltese á Torrente y la *Gaceta de Buenos Aires*, mayo de 1817.

continuaron hacia el sudoeste desplegando una energía que ocasionaba grandes pérdidas en las filas salteñas, hasta que dieron en el *Rosario* con todas las fuerzas de Güemes, trabándose un combate general y sangriento que duró hasta la noche. La última refriega sobre todo tuvo lugar á las cuatro de la tarde y fué tan sostenida, que el general Sardina tuvo que poner en acción toda su línea, y hacer un bravo esfuerzo para desembarazar la cabeza de la columna comprometida con las divisiones de los comandantes don Pablo Latorre y de don Juan Antonio Rojas. Considerando grave el conflicto, Sardina resolvió entonces ponerse en retirada; pero no teniendo tiempo para guarecerse rectamente en Salta, prefirió dirigirse á los Cerros de *Chicuana*, y tomó la ribera del río de *Pulares* para parapetar sus flancos y su retaguardia; y así pernoctó allí *sin atreverse á encender fuego, á pesar de que en todo el día sus tropas no habían podido tomar ningún alimento.*

Apenas amaneció el 22, empezó el fuego otra vez y con mayor encarnizamiento. Para evitar las cargas de las guerrillas, el general español tomó la costa de *La Viña* y trató de escarmentarlas lanzando contra ellos todas sus fuerzas en orden de cazadores apoyados por la caballería. Los gauchos desenvolvieron entonces sus maniobras. Montados á la grupa los unos por los otros venían á carrera tendida por dentro del monte sobre los cazadores enemigos y echando pie á tierra en medio de ellos, operaban unos como infantería, mientras otros les tenían los caballos y los demás entraban haciendo fuego y sableando sin desmontarse. Como nada de

esto podía hacerse sino con un arrojo diabólico de que parecía animado cada hombre, el asombro de los realistas comenzó pronto á tomar todas las apariencias del terror. La batalla se hizo general, y en un momento de confusión, el coronel Sardina recibió un sablazo profundo en el cuello, y casi al mismo tiempo un balazo que le dañó el pulmón. Hubo de creérsele perdido al verlo cortado entre los gauchos. Pero los suyos le pudieron rescatar y tomó el mando el coronel don Bernardo de la Torre, guerrero también de reputación establecida. Aunque éste hubo de ver que el movimiento no ofrecía ya ningún fruto, no se atrevió á tomar directamente el camino de la ciudad y continuó parapetándose hacia el *Carril*. Pero al llegar á este punto, la columna chocó fuertemente con las emboscadas que le había puesto el comandante Burela; fué mal herido también el coronel de La Torre, muertos y prisioneros algunos oficiales, con setenta y seis soldados del afamado batallón *Gerona*; perdieron una pieza de artillería, muchos fusiles, y bastantes caballos. La columna realista pudo ganar á Salta á las nueve de la noche, tan perjudicada que llegaba deshecha, y á las diez murió el coronel Sardina.

La muerte de tan afamado militar causó en todo el ejército español un estupor profundo. Los que habían conocido la bizarra arrogancia y el enérgico ademán de su figura, no podían convencerse de que la vigorosa existencia de un jefe tal, á quien tenían por el más bravo y entendido del ejército en su arma, hubiese terminado en tal fracaso. Al dar parte de este suceso al general Belgrano, Güemes le decía: «Seguramente, Sardina era el *mejor* jefe de

aquel ejército, según *me lo ponderó* el prisionero coronel don Antonio Seoane que marchó á disposición de Vuestra Excelencia (29); y se confirma la importancia de Sardina por el general sentimiento según me consta que ha habido en todo el ejército enemigo» (30).

El general Cruz, mayor general del ejército de Tucumán, dándole parte del mismo suceso al Supremo Director Pueyrredón, decía: «Han tenido ciento y cincuenta muertos y entre ellos el comandante general de caballería don José Sardina, un comandante de división, y sesenta heridos... fué grande el luto que causó la muerte de Sardina, quien tenía gran concepto de buen militar, etc.»

Por mucho, pues, que hubiera lucido, como realmente lució, la bravura y el continente de aquellas tropas europeas, sus propios jefes tuvieron que reconocer que el resultado de tan sangrienta jornada había sido para ellos un desastre evidente, que les quitaba toda ilusión acerca de la posibilidad de avanzar hasta Tucumán, ó de persistir en Salta sin riesgo de tener muy pronto que capitular. Y en efecto: reunida una Junta de Guerra con los generales Valdés, Carratalá, Espartero, La Torre y demás jefes de cuerpo, todos ellos declararon que la prueba había sido decisiva, y que era forzoso salvar el ejército del rey poniéndose en inmediata retirada hasta Tupiza... *y quizás más adentro todavía.*

Por otra parte, el general Laserna acababa de saber oficialmente las victorias de San Martín en

(29) Véase pág. 223 del mismo.

(30) *Gacetas* del 17 y del 21 de mayo.

Chile, y la toma inesperada de Tarija con toda su guarnición, que acababa de hacer el coronel Lamadrid. No había, pues, cómo persistir; y aun cuando Laserna comprendía el despecho y la rabia de Pezuela, ahí estaba todo su ejército, todos sus mejores oficiales, sus mismos parciales Olañeta, Marquiegui, Olarria, Centeno, que daban testimonio de que no se había cometido una sola falta, un solo descuido; que todo se había ensayado; pero que no habían tenido suficientes medios para obtener el resultado que se les pedía; porque si bien habían bastado cuatro ó seis mil hombres para someter los otros virreinos de Sud América, no era posible (declaraba Valdés, el jefe del Estado Mayor General) pensar en dominar la resistencia excepcional del de Buenos Aires, y llegar á la brava capital, sin treinta mil hombres sólidos á lo menos... ¿De dónde sacarlos?

Entre tanto, para emprender la marcha retrógrada desde Salta era indispensable hacerse de algún ganado y acémilas; y no pasaba un día sin que el ejército realista tuviese que hacer para ello alguna tentativa angustiosa, que le costaba enormes pérdidas, derramándose siempre sangre preciosa en tantos y tan terribles encuentros como los que tenían á cada instante con las fuerzas nacionales. Güemes mismo se había quedado escasísimo de caballos, y por más que *clamaba que se los mandasen pronto*, el general Belgrano no podía suministrarle todos los que eran necesarios para mantener tan ferviente movilidad como la que estaban desplegando las fuerzas de Salta. Los comisionados de este general recorrían todas las provincias inmediatas, so-

licitando é implorando el favor público. El vecindario respondía bien; pero los que había eran pocos para lo que se necesitaba, y no bien se recibía una partida ya se necesitaban otras y otras, aumentándose la escasez como era consiguiente. Esta circunstancia, aunque desfavorable para la movilidad de los patriotas, no redundaba tampoco en ventaja de los realistas, que, encerrados en Salta, quedaban igualmente expuestos á perecer de hambre cuando menos. Desesperado el general Laserna, salió él mismo en persona el 29 de abril á la cabeza de mil y cuatro cientos hombres de las tres armas. Había tenido noticia, por un espía, que en una rinconada oculta de la *Villeta* existía una cierta cantidad de ganado, algunas mulas y muchos burros en los que se podría cargar el parque y llevar montada alguna infantería con bagajes. Salió y logró en efecto tomar sesenta cabezas de ganado, las mulas y los burros que encontró, porque, como dice Güemes, él mismo ignoraba que existiesen allí, porque las había escondido *un indio rico emigrado de Charcas* contando salvarlas de los dos beligerantes. Con este elemento, aunque tan escaso, el ejército abandonó á Salta con grande sigilo en la noche del 4 de mayo; y haciendo marchas forzadísimas de día y de noche, bajo una persecución tenaz, logró asilarse en Jujuy, donde Olañeta, apercibido del peligro, había hecho esfuerzos desesperados por reunir algunas cabezas de ganado y poca caballada con que se llenaron los primeros apuros.

El virrey Pezuela había seguido con ansiedad y dolor las vicisitudes de la invasión, que día por día le comunicaba Olañeta confidencialmente. Olañeta,

Marquiegui y los otros jefes del tiempo de Abascal que habían militado con Pezuela en los combates de *Vilcapugio* (*Wilka-Puckyu*) y de *Sipe-Sipe* se habían puesto en pugna abierta con los nuevos oficiales que estaban llegando de la Península Ibérica después de caído Bonaparte. Había comenzado esta malquerencia por la tradición local de los unos en los hechos anteriores, y por la altivez que los recientemente venidos fundaban en sus campañas europeas y sobre todo en el menosprecio que á ellos, hombres de la nueva escuela militar, les inspiraban los resabios y las rutinas de los tiempos de Goyeneche y de Tristán continuados por Pezuela. Olañeta, que indudablemente tenía grandes condiciones para el género de guerra, con sorpresas y retiradas, embestidas, disoluciones y recomposiciones de la tropa recogida en los lugares mismos, era el que se había montado en mayor soberbia contra las infatuaciones de los nuevos; y aunque estaba muy lejos de ser un general, era un guerrillero que, como jefe de cazadores en los ásperos terrenos del país, no tenía igual en el ejército del rey.

A estos motivos de antipatías y de mala voluntad se habían unido otras causas de más grave influjo. La hostilidad de las ideas liberales que había en el ejército y en la juventud ilustrada, la famosa tradición de las Cortes de 1812, contra la resurrección de la monarquía absoluta restablecida por Fernando VII, é impuesta con todos los horrores, persecuciones y sangre de su atroz tiranía, eran causas que habían transportado al suelo americano el antagonismo entre *absolutistas ó serviles, y liberales*

ó *revolucionarios*, según titulaban los unos su partido y el de los otros.

El régimen de espionaje y de terror establecido por el *rey absoluto* hacía que no sólo fuera criminal sino peligroso profesar en España los principios liberales. Sus adeptos los cultivaban por eso sigilosamente en Logias Masónicas, como ya dijimos. Pero no era lo mismo en América. La distancia, el nuevo teatro, el ambiente libre que corría por el país, y la importancia personal de jefes, que aunque liberales, servían con honra y con lealtad los intereses coloniales de su nación y de su bandera, eran para ellos garantías de una perfecta independencia personal; y como constituían un partido poderoso, con raíces y con expansión propia en el ejército, y aun entre los funcionarios del régimen que defendían, no sólo eran impotentes contra ellos los virreyes, sino que el rey mismo habría arruinado su causa y sus esfuerzos por reconquistar su perdido imperio colonial, si hubiese pretendido perseguir y castigar por el espionaje y por el terror ese nuevo elemento que actuaba en el suelo americano, y que era lealmente español.

Pero, si el interés común de los realistas hacía que el uno y el otro partido en que estaban divididos se soportasen, no por eso se odiaban menos entre sí. Los *absolutistas*, que se miraban como los representantes genuinos y puros del régimen colonial, odiaban á los *francmasones*; los tenían por rebeldes disimulados y secuaces de las mismas ideas abominables y pestilentes con que los revolucionarios de Buenos Aires habían subvertido el orden político y religioso en toda la América del Sur. Las

famosas *Logias de San Juan*, no eran á sus ojos otra cosa que un escándalo, que conciliábulo diabólicos donde se conspiraba contra el rey y contra el altar.

Enemistados así, era indispensable que la guerra civil estallara también, más ó menos tarde entre los jefes del ejército realista. Mas, por fortuna ahora de los liberales, Olañeta y Marquiegui, caudillos en cuyas banderas se veía siempre el lema *Rey y Fe*, que los otros cuerpos no habían querido agregar á la suya, habían tenido la peor parte en la campaña de Salta. De ellos había dependido todo el éxito. Si hubieran asegurado la línea del flanco izquierdo, que era en la que consistía toda la fuerza y el éxito de la invasión, era indudable (decían ellos) que Güemes y sus gauchos hubiesen sido arrollados hasta Tucumán, y dueño el ejército realista de los campos de Salta, se hubiera creado, por el terror y por la política, preciosos y grandes recursos. Estos jefes no podían tampoco quejarse de la solicitud del general, puesto que él los había salvado á tiempo por medio de la expedición de su *amigo y correligionario* el general Valdés. Pero á pesar de todo esto, como sucede siempre en los descalabros militares, el ejército realista estaba profundamente carcomido por estas disputas y recíprocas acriminaciones, que cuando una vez comienzan se hacen muy pronto irremediables.

Como Pezuela veía justificada por el descalabro la mala gana con que Laserna se había resignado á la expedición de Salta, preveía también que éste iba á retirarse; y anheloso siempre por defender á Chile, ó por volver á ganarlo en otro azar, ordenó

que el ejército *se hiciera fuerte en Jujuy* á toda costa, mientras él hacía diligencias por mandarle nuevos refuerzos, más dinero y toda clase de recursos. Pero esto mismo era ya imposible; Tarija había caído en poder de Lamadrid, y con este suceso se había vuelto á levantar todo el valle de Cinti. Laserna estaba, pues, confinado en Jujuy, rodeado por todas las fuerzas de Güemes, privado de víveres y sin movilidad ni acción decisiva sobre su frente, descubierto á sus dos flancos, cortada su retaguardia por Lamadrid, que amenazaba á Potosí y Chuquisaca, y sin comunicación ni medios de abrirla por su espalda, estaba viendo por horas que era de todo punto imposible permanecer así, y de todo punto indispensable replegarse hasta Cotagaita y Tupiza.

Todas las fuerzas de Salta operaban concentradas sobre Jujuy y formaban, como es fácil comprenderlo, un formidable ejército de caballería alrededor del ejército realista, que estaba materialmente bazuqueado á cada momento, de todos lados, con tanta mayor energía cuanto que los patriotas se tenían por vencedores que perseguían, y los realistas por obligados á buscar su salvación en la defensiva y en la retirada. Los comandantes don Apolinario Saravia y don Juan Antonio Rojas al mando de mil hombres, les picaban vivamente la retaguardia sin darles descanso. Arias los incomodaba por toda su línea de retirada y por el flanco izquierdo. Gorriti, Corte, Alvarez-Prado, Ruiz Llanos, cuya conducta encomian sin cesar los partes del general Belgrano y de Güemes, seguían por los boquetes del Despoblado la retirada de los espa-

ñoses, y se extendían hasta Abra-Pampa y Yavi retirando todos los recursos, cortando los convoyes, haciéndoles prisioneros y otros daños considerables á cada momento.

Güemes se desesperaba por caballos: veía que si los tuviera tendría también la gloria de hacer capitular en Jujuy al ejército del rey. «Me faltan expresiones (le decía al general Belgrano) para significar á Vuestra Excelencia mi gratitud por los 300 caballos que se sirve remitirme. Ahora verá Vuestra Excelencia el empeño de mi provincia en viéndose bien montada... Los *Decididos* por quienes pregunta Vuestra Excelencia se hallan sirviendo con el empeño que el resto de las tropas: unos en clase de oficiales de mis gauchos, otros en comisiones; y cada uno en lo que puede; pero *entre ellos no encuentro ninguno que me desempeñe en clase de jefe*. Doy á Vuestra Excelencia las más expresivas gracias por el auxilio de cuarenta fusiles que se ha dignado remitirme, porque es lo que mi gente necesita más». En otra ocasión decía: «Estoy tan escaso de oficiales y jefes, que tengo yo que hacer de jefe de división, de general, de oficial y de todo, y hallarme tan pronto á vanguardia como á retaguardia y flancos. Tengo que atender á ordenar, á ejecutar y á dirigir; y en fin á tantas atenciones como Vuestra Excelencia no puede figurarse. Séame, pues, disculpado el no haber contestado, etc.» El mismo en persona iba dirigiendo la persecución contra los realistas (31).

(31) La historia debe mencionar con honra el nombre de don Tadeo Tedín, modesto y habilísimo administra-

Replegados éstos á Jujuy, necesitaron ante todo despejar las quintas y terrenos adyacentes, para que pudieran pastar sus acémilas y las puntas escasas del ganado que conservaban para alimentarse; pero fueron desgraciados. «El comandante Rojas, á mi vista, dice Güemes, ha hecho triunfar las armas de la patria». La fuerza que había salido pertenecía al batallón *Gerona*; pero fué batida, quedando prisionero su jefe el mayor Barreyra; y el suceso debió ser de consideración porque precipitó el desalojo de Jujuy.

Marquiegui, el batallón de *Chilotes*, los *Cazadores*, los *Partidarios*, los *Húsares* y los *Dragones* ocuparon la Quebrada de Huma-Huackac para retirar todo el convoy y los bagajes, quedando en Jujuy, para proteger este movimiento retrógrado, dos batallones del *Gerona* y otros dos del *Extremadura*. El 21 de mayo fué desalojado Jujuy. Los patriotas continuaron persiguiendo al enemigo hasta las calles de Tupiza aunque exhaustos de caballadas. «Haciendo los últimos esfuerzos (decía Güemes) he podido montar 300 hombres, que armados y municionados marcharon ayer mismo sobre ellos. Los seguirán y perseguirán hasta donde más no puedan los caballos, pues el mal estado de éstos hace que mis medidas no tengan la eficacia que debían. ¡Creo que *al mejor tiempo me van á faltar!* y siento sobre mi corazón que por esta causa no se le hagan más daños al enemigo, y que regrese el general Laserna

ador que era el jefe y el alma de la secretaría de Güemes, y que fué también el honorable consejero de la política conciliadora y justa con que este caudillo supo realzar el gran mérito de sus servicios militares.

cuando debió ser presa de mis armas. El estado en que se hallan es tan malo que toda ponderación es ninguna. El hambre y todo género de miserias les rodea: han quemado fusiles, vestuarios, municiones, cureñas y mil artículos de guerra. En la persecución han perdido gente, equipajes, cargas de paños, etc., etc.; es verdad que *se ha apurado el arte de la industria* para redoblar la hostilidad... ¡Vengan 300 caballos!... ¡y por su defecto mulas siquiera!»

Al entrar en la quebrada, la retaguardia realista fué sorprendida por el infatigable Arias unido con don Manuel Alvarez-Prado, quienes lograron arrebatarles setenta caballos y algunos prisioneros, continuando la persecución hasta Tilcara, Abrapampa y quebrada de *Sococha*, mientras las fuerzas de Uriondo, por la derecha, entraban hasta Tupiza y sorprendían las primeras divisiones realistas que acababan de establecerse en este punto remoto.

He aquí la gloriosa campaña de Salta. Si sus prestigios no igualan á los de la campaña de Chile, ella tiene un mérito grande y mucha honra para el pueblo heroico que la llevó á cabo y para el jefe que dirigió sus esfuerzos. Ninguna otra en las guerras de Sud América puede rivalizar con ella como éxito ni como campaña *defensiva*, estratégicamente hablando. Dirigida por un plan riguroso y por una voluntad que reanudaba todo el conjunto de las operaciones, cada resultado fué el efecto de la causa preconcebida para obtenerlo (32). El mérito de

(32) El general don Mariano Nacocha me decía en 1842 que el general San Martín era quien había trazado

Güemes como hábil general y como grande patriota está reconocido y puesto como de primera importancia por los mismos guerreros realistas que se tuvieron entonces, y después, por los mejores militares del ejército español; y si Bolívar y Sucre cuentan los buenos quilates de su gloria por haber vencido á Laserna, á Valdés y á Espartero, esos precisamente fueron los generales y los jefes á quienes Güemes arrojó vencidos de su provincia, y esas las tropas que mandaban, las primeras venidas de España, cuyos restos sucumbieron en *Ayacucho*. No seríamos los escritores argentinos los que podríamos hacer inconcusos estos honrosos recuerdos de nuestra historia, porque seríamos tachados de jactanciosos. Pero con mayor autoridad para el caso los abonan los escritores españoles, y entre ellos el honrado cronista y general García Camba, que después de haber sido uno de los conspicuos actores en los sucesos mismos, tomó la pluma para escribirlos con una verdad fundamental que apenas, y pocas veces, se atenúa en los detalles inferiores ó en las causas con que explica y disculpa los desastres de las tropas realistas en cuyas filas era él una figura de importancia.

Hablando de los *gauchos* ó milicias de caballería de Salta, dice: «Los *gauchos* eran hombres del

á Güemes el plan y el método de todas las operaciones: «Yo mismo, me decía, he acompañado á *don José* como jefe de su escolta en una exploración que hizo con Güemes desde Salta hasta Oran, con el objeto de determinar y fijar lo que convenía. Así es que no debe extrañarse de que Güemes, que era *muy vivo y vaqueano*, haya comprendido bien y realizado todas las ideas del general».

campo bien montados y armados de machete ó sable, fusil ó rifle, de los que se servían *alternativamente* sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose á las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría, que admiraban á los militares europeos aquellos hombres extraordinarios á caballo cuyas disposiciones tuvieron repetidas ocasiones de comprobar (33).

»Son individualmente muy bravos, tan diestros á caballo, que igualan, *si no exceden*, á cuanto se dice de los célebres *mamelucos* y de los famosos *cosacos*. Tuvieron en continua alarma el cuartel general y sus puestos avanzados sosteniendo diarios combates, sin que los españoles pudiésemos jamás poder darles un golpe decisivo, manteniendo á veces desde sus caballos un vivo fuego, y otras echando pie á tierra y cubriéndose como una buena infantería» (34).

Describe en seguida el honrado historiador los sucesos todos de que nos hemos ocupado en este capítulo, corroborándolos uno á uno sin discrepar de lo que hemos dicho; y dice: «La resistencia se aumentaba á proporción que las columnas españolas se acercaban á Salta... La situación de las tropas españolas en medio de una campaña tan activa y fatigosa como llevamos indicado, empeoraba por momentos; el número de heridos era grande y la escasez de transportes muy embarazosa. Los enemigos habían llevado su osadía *al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos, las centinelas sobre*

(33) García Camba, *Memorias*, etc., vol. I, pág. 231.

(34) Id., pág. 240.

sus mismos cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender causó singular horror... El forraje se había hecho tan difícil que para protegerlo era preciso emplear grandes precauciones y fuertes escoltas... El estado en que se veía el general La Serna era angustioso (35).

»En una de esas noches los enemigos atacaron el campo español de un modo tan nuevo y extraño que hubiera producido las más fatales consecuencias si la posición no hubiese estado resguardada por un pequeño barranco: reunieron un considerable número de yeguas cerriles, de que abundan aquellos campos, y con la habilidad peculiar con que ellos saben dirigir las, las lanzaron en tropel á media noche sobre el campamento con horrible algarazara, al mismo tiempo que 400 *gauchos* hacían fuego en distintas direcciones sobre las mismas yeguas y sobre el campamento. Este inexplicable tumulto, del que sin haberlo presenciado nadie se formará un cabal juicio, tomó todas las apariencias de un ataque general y decidido... Las mismas poderosas razones que nos habían obligado al abandono de Salta, nos impedían hacer pie en Jujuy (36).

»Las penalidades, los sufrimientos y las pérdidas que experimentó el ejército real en esta campaña y retirada, ni fuera fácil describirlas con puntualidad, ni á ser posible, se creyeran tal vez, por lo singular y extraordinario de sus pormenores... Las tropas llevaban algunas ventajas á las euro-

(35) Id., pág. 253.

(36) Id., pág. 255.

peas, por la práctica que habían adquirido, por el hábito del clima, y aún por su inapoderable sobriedad» (37).

La situación de las cosas no se presentaba nada bien para los realistas en la provincia de Charcas ni en las demás del Alto Perú, donde las masas comenzaban á levantarse otra vez á la espalda del ejército realista. Todas las milicias de Salta nuevamente reorganizadas acudían por grandes grupos sobre Jujuy tratando de cortar las comunicaciones y de encerrar al enemigo dentro del pueblo. Los regimientos número 2 y número 9 de infantería mandados el primero por el coronel Juan Bautista Bustos, y el segundo por el coronel León Domínguez, con dos escuadrones, el de *Húsares* á las órdenes de A. Heredia y el de *Dragones* á las de J. M. Paz, habían salido del campamento de los Lules para incorporarse á Güemes al mando del bravo coronel Zelaya. Por todo el país se recogían caballos y mulas con rigor y asidua diligencia, para extremar la persecución y ver si era posible hacer capitular en Jujuy al ejército español. Con estas esperanzas se aumentaba la audacia y la energía de las milicias salteñas, que no se contentaban ya con impedir á los enemigos que se proveyesen de medios de subsistencia en la campaña, sino que los buscaban en las mismas calles del pueblo, donde dieron tres asaltos de sorpresa que hicieron profunda impresión en el ánimo de los jefes realistas.

Laserna resolvió por fin retirarse precipitada-

(37) Id., pág. 258.

mente. Su ejército estaba, en efecto, expuestísimo á sucumbir, si no retrocedía velozmente al centro de sus recursos. Se puso, pues, en retirada con un sigilo humilde y con el convencimiento de que las Provincias Argentinas eran inexpugnables; de que el ejército realista había hecho su *última tentativa* de agresión por aquel camino, y de que en adelante debía limitarse á operaciones defensivas, con el fin único de pacificar el Alto Perú, donde él creía que tomándose tiempo podía reorganizarse un buen ejército de 15 ó 20 mil hombres con que defender los dominios que quedaban todavía en poder de España.

Algunos han tributado grandes elogios á Güemes por haber rechazado con indignación y con burla también, las opulentas ofertas y premios que los españoles le hacían si se declaraba de su partido. Pero elogiar á un hombre como Güemes por no haberse hecho el instrumento del vasallaje de su patria á España y por no haber aceptado condecoraciones de *carachás* y honores personales á trueque de ser traidor, nos parece, francamente, que es no comprender la naturaleza de su alma ni las aspiraciones políticas que lo animaban. El comandante Uriondo rechazó también iguales tentaciones, y esa nobleza es más bella aún en él, por la humildad relativa de la posición que ocupaba.

Si Güemes resulta, pues, grande como militar y como patriota, depende de sus hechos, de las virtudes y del heroísmo que puso al servicio de la independencia sudamericana. Los historiadores enemigos, los que combatieron contra él, los que po-

dían dar el testimonio verdadero de sus talentos y de su indomable energía, son los que corroboran hoy cuanto podríamos decir en elogio suyo los escritores argentinos, gratos á los inmensos servicios que hizo á la patria. Su fama no es hija de los ecos interesados del espíritu de partido, ni del puntillo local ó de las pasiones fraticidas que han forjado otras leyendas y vaciado en mal bronce, ó inerte piedra, otras estatuas, sino de la pujanza con que hizo franqueable la raya que no habían de volver á pasar los antiguos dominadores que pretendían volvernos al vasallaje de un rey europeo.

Si del campo de batalla lo traemos al terreno del organismo nacional, culto y liberal, le veremos jurar entre los primeros el pacto de la fraternidad y de la abnegación de los salteños con los demás pueblos argentinos; reconocer y obedecer con un respeto honrado la autoridad militar y legítima de San Martín y de Belgrano; recibir sus órdenes, comunicarles sus medidas, y vencedor, presentarse digno de la gratitud de la nación en las páginas imperecederas con que enriqueció las glorias argentinas. Y esto sin contar, como lo veremos después, con el noble ejemplo de amor al orden nacional, en unión del régimen político, que dió cuando le contestó á Ramírez, el caudillo anarquista de Entre-ríos, que lo solicitaba á entrar en un acuerdo de guerra contra Buenos Aires: «que para él, allí, en esa capital, era donde estaba el centro de la vida, del porvenir y del progreso de los pueblos argentinos, y que si en algo estimaba su opinión y su amistad, volviese sobre sus pasos y contribuyese á

la convocación de un Congreso Nacional que estableciese la unidad de los pueblos argentinos bajo el régimen de una ley común y libre».

Artigas y Carrera... ¡Bah! Hablemos de cosas más encumbradas.

CAPITULO XI

LOS ARGENTINOS PASAN LOS ANDES Y LIBERTAN Á CHILE

SUMARIO: Güemes y San Martín.—Los dos problemas estratégicos del momento.—Por el Alto Perú, ó por Chile.—Previsiones y predisposiciones del general San Martín.—El resultado de su plan.—Sus trabajos preparatorios.—Su inmensa popularidad en Cuyo.—El ejército realista en Chile.—Artificios y maniobras de San Martín para desorientar al enemigo.—Su conferencia ó gran parlamento con los caciques del Sur.—El terreno de sus operaciones.—El Pico de *Ackon-Kahuac*.—Las laderas. El ejército y su material de guerra.—Los dos caminos.—Las instrucciones.—Combate de la *Guardia*.—El general Soler y ocupación de *Putando*.—Acción de las *Coimas*.—Ocupación de la provincia de *Ackon-Kahuac*.—Correspondencia del general en jefe con el coronel Las Heras.—Grandes ventajas de la ocupación de *San Felipe de Ackon-Kahuac*.—Confianza y satisfacción de San Martín.—La situación de *Santiago* y de los realistas.—Trastorno completo de sus previsiones.—El general Maroto y la cuesta de *Chacabuco*.—Plan de San Martín.—Marcha de las divisiones.—Primer encuentro sobre la Cuesta.—Descenso é imprudencia de O'Higgins.—El éxito de la batalla comprometido por su falta de criterio.—Aparición oportuna y decisiva del general Soler.—La victoria.—Incidente y rompimiento entre Soler y O'Higgins.—Ocupación de la capital.—Ejecución de los facinerosos Zambruno y Villalobos.—Apresamiento del presidente y gobernador de Chile el mariscal Marcó del Pont.—Su confinamiento en la provincia argentina de San Luis.—

O'Higgins Supremo Director de Chile.—Separación del general Soler.

Cuando el general Laserna iniciaba por *Huma-Huackac* la formidable invasión
1816 que el general Güemes destruyó en
Diciembre 24 los heroicos combates que hemos
narrado, era también cuando el
general San Martín daba la última mano á su laboriosa organización del *Ejército de los Andes*, y le comunicaba al Supremo Director que en pocos días más estaría ya sobre las enormes Cordilleras para caer sobre los realistas que ocupaban á Chile con cerca de diez mil hombres.

Una de dos: ó el general tenía una ciega y honrosísima confianza en los talentos y en la popularidad de Güemes, al confiarle así la defensa de las Provincias Argentinas, ó contaba por más apoderarse de Chile, que defenderlas él mismo. De todos modos, ese es el hecho; siendo de notar que, desde entonces, el general San Martín estaba constituido en dueño absoluto de ese ejército, y que era su voluntad sola la que imperaba y la que debía seguir imperando en él. Mayor es, por lo mismo, la honra y la gloria con que Güemes desempeñó el puesto que se le dejaba.

Dos eran, y á cual más importante, las operaciones que se ofrecían al talento y á la energía militar del general en jefe del ejército de los Andes. En los últimos días del año de 1816, su ejército estaba pronto y pertrechado para una larga y laboriosa marcha en cualquier sentido en que hubiera querido emprenderla. El general lo había preparado

para subir á las Cordilleras y caer en Chile como el cóndor que haciendo flecha de sus alas, descien- de sobre el lomo de su presa con la rapidez del me- teoro. De manera que si podía transmontar esas se- rranías, á cuyo lado son pigmeos los Alpes cuyo paso cuenta entre las grandes hazañas de Aníbal y de Bonaparte, el general San Martín podía con mayor rapidez correrse por el *Jachal* y *Valle Fértil* para aparecer por retaguardia del general Laserna, al tiempo que sacudido y desgarrado por Güemes no tenía ya más salvación que una retirada desas- troso. Traído á ese terreno, el ejército de los An- des habría consumado la pérdida total de los rea- listas. Todo habría quedado en su poder, y ese todo contenía nada menos que los famosos y bravos re- gimientos que habían venido de la península ibé- rica: el *Gerona*, el *Extremadura*, el *Imperial Ale- jandro*, el *Real de Lima*, el *Burgos*, los *Húsares* de Sardina, un magnífico tren de artillería, con un cúmulo de jefes que rayaban en lo más alto de la jerarquía militar: Laserna, Valdés, Canterac, Es- partero, Carratalá, Tacón... ¿á qué contarlos? Eu- ropa entera los conoce.

En esa marcha triunfal cuyo camino le había abierto Güemes, el general San Martín hubiera in- corporado á su efectivo de 4,000 hombres, tres mil con excelentes oficiales que tenía á la mano el ge- neral Belgrano, y otros tres mil á lo menos que Güemes tenía ya en campaña. Su marcha con diez mil soldados de primera clase, al través del Alto Perú hasta el Cuzco y las sierras que dominan y proveen de todo á la región marítima del país, ha- bría sido asunto de veinte días á lo más, porque

nadie podía haberle opuesto en todo ese trayecto un cuerpo de dos mil hombres siquiera reunidos y en aptitud de hacerle frente.

El general optó por lo primero; pero los resultados se encargaron de demostrarle que había cometido un error irreparable. Sus operaciones no pudieron desenvolverse y fracasaron sus esperanzas de terminar en Lima la emancipación de la América del Sur.

Dos fueron las causas que lo indujeron á dejar el camino del Cuzco y preferir el de Chile. La una enteramente personal: el general tenía ansia de emanciparse de la política argentina y de dar la espalda á la inquieta y vacilante situación de esa sociabilidad democrática y anárquica que cuando suelta dominaba en el gobierno, y cuando comprimida mantenía un estado insoportable de alarmas y de violentas represiones. Creía que transportado á Chile con su ejército comenzaba á ser él mismo, á tener é imponer una voluntad propia desde un centro, ó «un baluarte», como él mismo decía, en donde nadie podía dominarlo ni nombrarle sucesor; el camino del Cuzco no le daba la misma independencia ni le permitía la misma libertad de acción respecto de los gobiernos de Buenos Aires, que tanto habían pesado sobre su suerte. Pero además de esta causa influyó otra también, que fué el concepto equivocado en que se hallaba sobre el valor estratégico de las posiciones que pensaba ocupar. Creía que todo el secreto de la guerra por la emancipación sudamericana consistía en ocupar á Lima; que allí comenzaba y acababa todo, y no se daba cuenta de que la posesión militar y política del Pe-

rú no dependía de Lima, sino del Cuzco y de las Sierras que forman el contrafuerte oriental de la región marítima que, estéril, malsana y poco poblada, no podía vivir de sí propia ni servir de centro á poderosas fuerzas militares.

«San Martín me anima á que tengamos paciencia (le escribía el general Belgrano á Güemes); me dice que nada puede emprenderse antes de que tenga pronta su marítima para mandar una expedición á desembarcar en Lima, su objeto es *atacar el foco de los recursos del virrey, porque si esa capital cae el resto caerá también de suyo*» (1).

(1) Carta del general Belgrano al general Güemes que concuerda con la que se transcribe en el tomo III de la *Rev. Chilena*, pág. 608. «He aquí el error cuyas tristes consecuencias se hicieron sentir muy pronto en el éxito de la expedición al Perú. Apenas puesto en las costas del Pacífico, el general comprendió que las dificultades de la empresa eran insuperables; que la había acometido con fuerzas insuficientes; que el Perú y su configuración topográfica no respondían á sus presunciones: que aquellos sólidos tercios que había organizado en Cuyo iban ya próximos, por esto mismo, á vacilar en su antigua moral por la agitación y la premura con que se había lanzado á esta nueva campaña que hubo de terminar con una tremenda catástrofe, aplazada apenas por el precipitado abandono que tuvo que hacer de la escena á pesar de que nunca había lucido como entonces la fecundidad de sus talentos militares. Dos tentativas hizo el general San Martín para tomar pie en la *Sierra del Perú*, y las dos fracasaron: la primera á pesar de la honrosísima victoria de *Pasco*, y la segunda, por una retirada felizmente hecha á tiempo aunque no sin sacrificios». (Véase la *Campaña del general don J. A. A. de Arenales* en 1821, escrita por su hijo el coronel de artillería don José de Arenales; y los *Apuntes* sobre lo mismo del general don Toribio de Luzuriaga, insertos en el tom. V de la *Revista de Buenos Aires*, 1860.)

Obedeciendo á estos dos motivos, y sinceramente convencido del éxito infalible que la ocupación de Chile debía tener en la caída de Lima y en la destrucción del poder español en el Perú, había el ge-

El ejército comenzó pronto á padecer enfermedades y penurias que poco á poco lo consumían sin tener cómo ni dónde, reponerse de lo que perdía. Los habilísimos movimientos que el general hizo por penetrar en el país y apoderarse de Lima, le convencieron de que, aun consiguiendo esto último, el resto, donde estaba la fuente de los recursos y el respaldar del enemigo, no sólo no quedaría dominado como él se lo había imaginado, sino que los españoles reconcentrándose en Cuzco, se harían mucho más fuertes y le obligarían á regresar á las costas de Chile con los restos desgraciados del gigante en cuyos robustos brazos había atravesado las Cordilleras de la patria.

Tanto y tan pronto conoció su error el eminente general, aunque por desgracia tarde para remediarlo, que entre los dos ó tres fines serios con que entabló la *Negociación de Miraflores*, sus representantes, los señores Guido y García del Río recibieron encargo especial de proponer á los señores Unanue y Villar de Fuentes, representantes del virrey Pezuela, entre varias condiciones de arreglo, una que presentaban como muy favorable á los realistas, por la cual el general San Martín se obligaría á «abandonar las costas y el apoyo de la escuadra que mandaba Cochrane, y transportarse con su ejército al Sur del Alto Perú, es decir á la frontera argentina. En el transcurso de estas negociaciones que nos da el señor don Mariano F. Paz Soldán, que es el escritor clásico é irreprochable en esta materia, nos dice en su *Historia del Perú Independiente* (tom. I, pág. 70): «Los comisionados de San Martín, revisiéndose de toda moderación y deseando buscar el medio de terminar la guerra, propusieron que el ejército libertador se trasladaría al otro lado del Desaguadero; que las tropas del rey desocuparían las provincias del Alto Perú replegándose á este lado del *Desaguadero* (es decir al norte)». Pezuela no tenía un pelo de tonto, conocía á palmos el

neral San Martín preparado su ejército con una menudencia tal de detalles y con una atención tan prolija al lleno de cada necesidad que pudiera ofrecer, no sólo el conjunto de su movimiento, sino

suelo de su mando y sabía bien que con ese cambio la posición y la fuerza del ejército argentino habría mejorado radicalmente; y á pesar de la destreza y del disimulo de la proposición, la rehusó redondamente. El resultado fué que abandonada la capital por los realistas, el general San Martín se vió delante de una situación insostenible, sin libertad de movimiento, ni objetivo á donde llevar su acción. Comprendió que no había llegado por el buen camino; y se acercaba á la dura alternativa de desistir de su empresa, cuando vino á tomarla Bolívar mejor servido por el acaso de circunstancias que no habían sido de prever. Si la negociación de *Miraflores* es una prueba incontestable de su error dada por el general mismo, no lo es de menos valor la opinión de otro de los mejores estrategas del ejército español que actuaba en la misma campaña. El general García Camba, honradísimo y verídico historiador á la vez, juzga así la difícil situación en que se colocó el general San Martín: «Bien cara costó á los independientes su arrogante confianza. Las tropas del ufano San Martín no tardaron en experimentar graves enfermedades, derrotas y humillaciones (*) viéndose al fin obligado á abandonar la empresa comenzada bajo tan felices auspicios, y dejar al dichoso caudillo de Colombia la tarea de proseguirla y la gloria de llevarla á venturosa cima, más por efecto de nuestras tristes disensiones (insurrección de Olafñeta) que por la superioridad de sus armas» (cap. XVII, pág. 302). Y la verdad es que sin la sublevación de Olafñeta que privó al virrey de todas las provincias meridionales del *Desaguadero* á *Tupiza* y de una división de

(*) Suponemos que se refiera á *Torata* y *Moquehua*, á pesar de que San Martín había abandonado en esos días el Perú: quizá también á la impugne operación de Canterac sobre el Callao.

cada cuerpo, cada arma y cada soldado, que nada había dejado pendiente al acaso ó á lo imprevisto.

La manera de transportar los cañones y las cureñas al través de las rápidas y estrechas *laderas* de la Cordillera; el forraje y los aparejos para las mulas, apropiados á cada caso y á cada género de carga; el abrigo de cada soldado, los cueros indispensables para que salvaran el pie de las asperezas del suelo de la nieve y de las demás contingencias de la marcha; los alimentos para neutralizar la asfixia que producen aquellas alturas; el cuidado y la distribución de los caballos; los herradores, el inmenso tráfico del parque, de las municiones; la manera de descender al terreno enemigo, de montar la artillería, de ejecutar las primeras sorpresas, de apoderarse de los mejores recursos, de montar y de poner en movimiento sus vanguardias, de ocupar los flancos y de tomar en detalle las fuerzas enemigas con su ejército compacto y reconcentrado á un punto, de las diversas direcciones con que en un

cinco mil veteranos que mandaba este caudillo realista, el general Sucre no habría cometido la locura de operar sobre la Sierra con 5,000 hombres escasos, ni habría aventurado la batalla de *Ayacucho*, que harto dudosa estuvo. El mismo general San Martín lo creía así, como consta en la famosa carta que al retirarse del Perú escribió á Bolívar en 1822. El asunto es de suyo interesante y digno del desenvolvimiento necesario que quizá le daremos á su tiempo en un Apéndice especial. Por ahora nuestro objeto se ha limitado á juzgar, en su momento inicial, el carácter militar y respectivo de las dos operaciones que á fines de 1816 se le ofrecía al general San Martín: atacar al enemigo en Chile, ó seguir los triunfos de Güemes y llevar hasta el Cuzco las armas de la patria.

día debían llegar sus divisiones á ese punto; todo este cúmulo maravilloso de previsiones que no puede formarse y tomar vida sino en una gran cabeza militar y administrativa, fué obra del general San Martín en Cuyo llevada á cabo con una deficiencia de medios y de recursos que hace más asombroso el poderoso trabajo de ingenio que tuvo que consagrarle; porque fuera de él ningún hombre superior tenía á su lado que le supliese, sino afanosos cooperadores que ponían todo su saber en hacer ejecutar lo que él les detallaba, les formulaba ó les sugería.

Es ahí donde está todo entero, y en su mayor grandeza, el general San Martín. Sus grandes victorias fueron la consecuencia de esta ardua combinación de los elementos con que supo prepararlas. Verdad es que Buenos Aires y Pueyrredón se redujeron á extrema flaqueza por robustecerlo, y que Cuyo le entregó cuanto tenía, no diré la provincia, que eso sería nada, sino cuanto tenía cada vecino: ropa, mulas, caballos, peones, alimentos, charqui, enseres y hasta trebejos, porque nada quedó en las casas de aquellos sobre que el general echaba el ojo con alguna idea de utilizarlo, que al momento no le fuera entregado con buena voluntad exquisita que rayaba en el entusiasmo. Su gran secreto había sido enardecer el patriotismo de los cuyanos y hacerles sentir toda la gloria que debía enaltecerlos en la conquista de Chile.

El ejército realista que había vencido en Rancagua no se hallaba todavía en aptitud de aprovechar el verano (1814-15) para pasar la Cordillera y operar en Cuyo. Pero, si en ese ejército hubiese

habido un hombre de genio, capaz de «preparar y de ejecutar» el paso de la Cordillera, magnífica ocasión se le hubiera presentado en el verano siguiente (1815-16), pues fué entonces precisamente cuando Rondeau perdía en Sipe-Sipe el único ejército organizado de la República, y cuando, como antes vimos, el movimiento social ofrecía el caos sombrío de una borrasca que parecía final. Felizmente pasó ese momento sin que el enemigo hubiese hecho nada serio para sacar el provecho con que le brindaba esa ocasión. En la primavera de 1816, Pezuela se preparaba á invadir primero por Salta, para despejar la bajada sobre Cuyo del ejército de Chile é incorporarse con él en Córdoba. Pero San Martín, á su vez, tenía ya organizado el suyo; y el ejército de Chile estaba más temeroso de ser atacado, que pronto á concentrar la extensa línea de sus cuidados para ejecutar una invasión compacta y poderosa al través de la Cordillera.

Maestro en el arte de desorientar al enemigo con noticias ó avisos traviosos y bien combinados, San Martín no separaba su vista de Chile ni por un instante. Fértil y oportuno en el empleo de expedientes, el general supo ocultar á la penetración de los realistas, no sólo sus miras sino las fuerzas, los recursos y los conocimientos que había aglomerado y adquirido durante dos años de asiduos estudios. Tenía planos y croquis de toda la zona de la cordillera por donde se proponía pasar. No había una garganta, una estrechura, ladera, precipicio ó río cuyas proporciones y circunstancias no conociese en todos sus detalles. Había medido todas las distancias, estudiado con esmero todos los inconve-

nientes y preparado los medios de vencer cada dificultad en su lugar mismo con relación al tránsito de la tropa y al transporte de todo su material. Bien previsto y dominado en su mente el conjunto de los medios, había formado el plan general de la invasión, el número, la fuerza, y la distribución de sus divisiones; de manera que en un momento dado y preciso, bajando por distintos boquetes convergiesen todas al punto en que había determinado dar la primer batalla y ganar la victoria decisiva de la campaña.

En todo este tiempo había obrado el general con tal destreza, que los realistas de Chile, menuda y asiduamente informados por los espías y correspondientes secretos que tenían en Mendoza, estaban convencidísimos de que la invasión en caso de ser intentada se haría sentir por alguno de los boquetes que caen á Chillán, es decir, del sur al norte, cosa que parecía entonces lo único racional, porque el vulgo nunca alcanza á comprender los secretos misteriosos que dan luz á las previsiones del genio. Verdad es que no puede darse mayor astucia que la que San Martín empleó para imbuir á los enemigos en este error, al paso que su mira era caer de sorpresa en el centro mismo de las líneas españolas, partirlas y desbaratarlas en detalle sobre la misma capital, y apoderarse de ella como por encanto.

Excusando mínimos detalles, nos limitaremos á narrar uno que otro de los hábiles artificios de que usó para ello. Ante todo es preciso convenir en que la destreza del general argentino para ocultar su plan de ataque tenía por cómplice la naturaleza misma de las serranías y de las breñas que se pro-

ponía atravesar. Los realistas y los patriotas sabían que una ú otra partida, ligeramente armada, podía aprovecharse de la silenciosa soledad que reina solemne en esas altas y extensas asperezas que separan á Mendoza de Chile, ejecutar una rápida correría, asaltar alguna guardia avanzada y matar diez ó doce soldados, á este ó al otro lado. El hecho se había repetido algunas veces sin que pudiera ser otra cosa que un simple pasatiempo en la vida monótona que llevaban los piquetes aislados en las cumbres desnudas de ese puntiagudo desierto de piedra. Pero lo que á nadie se le había ocurrido, lo que nadie creía posible, era que un ejército, pobre y menesteroso como todos los de aquel tiempo en la América del Sur, que entre soldados y cooperadores contaba más de cinco mil hombres, con artillería, bagajes, parques, acémilas, víveres, máquinas, fraguas y todo un material completo de guerra, pudiese atravesar las cordilleras de *Ushu-Pallacta* y de los *Patos* en aptitud de batirse con ventaja en batalla campal y en el centro mismo de los recursos y del poder enemigo.

Por consiguiente, el convencimiento en que el vulgo estaba de esta imposibilidad, fué el primer cómplice que el genio militar de San Martín tuvo para ejecutar la maravillosa operación que el enemigo no sospechó siquiera. Pero astuto, prevenido y avisado en todo, el general no sólo no se abandonó á esta material seguridad, sino que puso en juego toda la fertilidad de su genio para mantener en su error á los realistas. Tomando precauciones inauditas de reserva y de misterio, mandó á las tribus araucanas de las cadenas del *Negro* y del *Li-*

may algunos emisarios conocidos entre ellos, buenos *lenguaraces*, de cuya fidelidad estaba él bien seguro por sus afinidades con los hacendados del Sur de Mendoza. Llevaban comisión de hacer grandes promesas de regalos á ciertos caciques de gran nombre en las fronteras, tanto de las pampas argentinas como de la otra banda, cuyas relaciones con los realistas de Valdivia y de Arauco eran muy conocidas. Haciéndose el que lo ignoraba, y aparentando confianza en que servirían á *los del país* contra los españoles, San Martín les rogaba que viniesen al Fortín de *San Rafael* con los caciquillos y familias de su dependencia á celebrar un gran *parlamento*. Para halagarlos les hizo ofrecer muchos regalos, banquetes, bebidas y festejos según la usanza, donde se habían de pronunciar solemnes discursos con motivo de la alianza que se les propondría. Pero todo á condición de que guardasen la mayor reserva á fin de que las autoridades de Chile nada sospechasen y pudiesen ser sorprendidas con la entrada del ejército argentino por las tierras de los araucanos.

Entre los grandes encantos que podía procurarse á las tribus del Sur, ninguno había más halagüeño que el de abrirles un parlamento y la ocasión de hacer en él inacabables discursos. Todo entraba en la facundia natural de su índole. Sentados en cuclillas unos al lado de los otros, y formando un ancho círculo en cuyo remate estaba el cacique general con sus huéspedes, se daban á hablar de los héroes legendarios de su raza, de las hazañas y matanzas de cristianos, de fieras ó de otros enemigos que habían ejecutado, de los potros indómitos con

que entraban en batalla, de las hermosísimas mujeres que habían cautivado por la fuerza de su brazo primero, y por los encantos del amor después, que le habían llenado su toldo de lindísimos hijos blancos como la nieve de las cúspides andinas. Contaban de un tirón todas sus tradiciones, y á la manera de los héroes de Homero, ya lloraban á lágrima viva por sus ilustres muertos, por sus madres ó mujeres ó hijos exterminados por el feroz cristiano (enemigo siempre del huésped presente, que era un dechado de *buen amigo*), ya enardecidos con el despojo de los campos que antes fueron suyos, y con el recuerdo de las venganzas que habían tomado, iba la exaltación subiendo hasta el tono del furor épico y sonoro, propio de la vida y del colorido grandioso que siempre toma la palabra apasionada del salvaje cuando se siente libre y fuerte en la vasta región de su poder. Eso es lo que nunca olvida; y por eso es siempre pérfido en sus tratos. Inútil es decir que los huéspedes que han venido al parlamento no entienden una palabra; pero el secretario y lenguaraz del cacique sigue el discurso traduciéndolo con tono enfático y oficial, y en un castellano que, aunque extravagante, asume toda la bárbara y poética energía del original. Después del jefe de las tribus congregadas cada cacique feudatario hace también su arenga para hacer sentir su importancia y su derecho al reparto de los regalos con que ha de sellarse el arreglo ó la alianza.

San Martín sabía perfectamente que apenas propusiera la alianza, los caciques del Río Negro y del Limay habían de aceptar al momento y venir de prisa á la cita; pero que, por lo mismo que les ha-

bía hecho jurar la obligación de guardar reserva con grande aparato y misterio, habían de apresurarse á informar á los españoles de la grande novedad, para ponerse en condiciones de sacar partido de lo que más les conviniera, que seguramente sería extravíarlo en los pliegues oscuros del desierto, dejarlo á pie, exterminarlo y hacer botín de todo. Sin embargo, tan penetrados estaban todos de que ese era el único camino por donde se podía maniobrar, y tanta confianza tenían los patriotas, como temor los realistas de su habilidad, que los unos esperaban y los otros tenían que arriesgar por ahí su grande aventura.

En ese sentido, la imposición del silencio y de la reserva se llevó adelante en Mendoza con los más menudos requisitos del caso. Se prohibió bajo severas penas que nadie hablase ó escribiese noticia alguna del viaje de San Martín al Sur, y entre tanto se hacía circular la noticia y el objeto, de labio en labio, y como si se tratase de un secreto de estado peligrosísimo. Los espías realistas que el general conocía y dejaba vivir en Mendoza, comunicaron el asunto al gobierno de Chile; y con eso se conseguía el fin verdadero del artificio.

El 6 de septiembre partió San Martín para el Fuerte San Rafael llevando por escolta un piquete de granaderos á caballo y como 150 milicianos, precaución así para su seguridad como para el boato regio de la entrevista. Con anticipación había remitido á ese fortín grandes cantidades de bebidas, trajes vistosos, telas, abalorios, plumas y cuentas de color, con muchas otras cosas que eran del gusto especial de los salvajes de esa región. El general

estuvo ocho días entre ellos: los halagó de todos modos; les demostró una credulidad llena de candor y de cariño; cada día les repartía una parte de los regalos y buena cantidad de bebidas; y cuando hicieron y juraron el concierto de alianza para invadir juntos á Chile por los boquetes que ellos dominaban y conocían, el general nombró general al cacique Yanquetruz (si mal no recuerdo), lo condecoró con uniforme, galones dorados y charreteras de general; le regaló algún dinero, espada, lanza y apero completo. Con los demás caciques hizo parecidas demostraciones, reconociendo á unos como coroneles, como capitanes ó tenientes á otros, según su importancia, con los sueldos correspondientes á su grado desde que se abriese la campaña. Después se arregló el detalle de las marchas, el lugar de la reunión y la manera de verificar el pasaje á Chile. Para esto recogió con toda seriedad nimios y cuidadosos detalles sobre el país y lugar del tránsito; y trazó croquis y distribuyó instrucciones precisas de acuerdo con los datos evidentemente pérfidos que le daban los indios. Se juró con solemne gravedad todo lo convenido, sin que se olvidase nada de aquello que sirviese para dejar engañados á los caciques. Y después de señalada la fecha del 15 al 20 de diciembre (1816) para la unión de todas las fuerzas, se procedió al reparto de víveres y bebidas; y comenzó el período de los banquetes con la general borrachera y báquico furor en que todos ellos toman parte en conjunto, mezclados los machos con las hembras, los niños con los viejos, en una colosal orgía en que los unos sobre los otros se echan sobre los cascos del licor hasta los últimos extre-

mos y quedar tendidos sobre el campo, para volver á saturarse de aguardiente apenas recobran fuerzas para arrastrarse hasta los barriles (2).

Fué tanta la serenidad y la aparente reserva con que San Martín llevó adelante esta famosa farsa, que aun las personas más allegadas á su trato creían en ella. Pero apenas regresó á Mendoza prendió repentinamente y puso incomunicados á los espías del gobierno de Chile; cerró de una manera absoluta las salidas de modo que nada de lo que pasaba en Mendoza pudiera llegar á saberse del otro lado de la Cordillera; y con las pruebas patentes del espionaje y de la traición, interceptadas á tiempo, aterrorizó á los criminales, haciéndoles ver que tenían delito de muerte. Les presentó entonces una serie de borradores de cartas trazadas por él mismo, para que de su puño y letra las escribiesen y firmasen, y las hizo pasar como genuinas á manos del presidente de Chile, mariscal Marcó del Pont, valiéndose de arbitrios tan eficaces, que quedó completamente seguro de que los vencedores de Rancagua estaban á obscuras y completamente engañados acerca del plan, del terreno y de los medios con que iba á batirlos en pocos días más.

Para dar una idea del acierto con que el general San Martín había preparado el buen éxito de la operación trazaremos á grandes rasgos la fisono-

(2) Informes y noticias dadas al autor por el honrado ciudadano y respetable patriota don Juan Godoy, que concurrió al referido parlamento en el piquete de milicianos que formaba parte de la escolta del general. Iguales noticias me ha dado también el licenciado mendocino señor Videla.

mía y distribución topográfica del terreno en que iba á ejecutarla. Al otro lado de la Cordillera, en línea gráficamente paralela con Mendoza, se halla la provincia de San Felipe de Ackon-Kahuac (3) que forma un recodo extenso de terrenos fértiles y abundantes, limitado al naciente por las cordilleras del límite argentino; por la cuesta ó cerrillada de Chacabuco al Sur; por las ásperas montañas de Coquimbo al Norte, y por los intrincados y desnudos ramales que van á caer exabrupto en el mar por el Oeste. El general consideraba con razón que si lograba ocupar esta provincia y concentrar en ella sus fuerzas antes que el enemigo hubiera conocido su marcha, se haría dueño de Santiago y podría arrojar hacia el sur las fuerzas realistas que en la sorpresa quisieran venir á contenerlo.

Dos caminos (si es que aquel estrecho laberinto puede llamarse camino) podía tomar el general para caer en el valle de *San Felipe*: el de *Ushupa-Llacta* que va rectamente á las faldas de la Cordillera, y el de los *Patos* que entra á tres ó cuatro leguas al norte del mismo punto de partida. El camino de *Ushupa-Llacta* va siguiendo en subida los innumerables accidentes del contrafuerte volcánico que toma su nombre del Pico de *Ackon-Kahuac*, el Centinela de Piedra (4). Lo que se llama camino

(3) Véase la nota siguiente.

(4) *Ackon* (peñasco) *Kauhac* (vigía ó mirador, el que mira). En el idioma se consigna también la tradición del tiempo en que el *Aconcagua* de ahora era un volcán en ignición, porque la palabra compuesta *Ushupa-Llacta* (*Uspallata*) significa *Región de Cenizas*, ó lava volcánica; á lo que la *Provincia de Aconcagua* debe indudablemente su mentada feracidad.

es una senda estrechísima que se va trazando en el costado de la serranía al ras del paredón colosal que la domina, cortado á pique, al otro lado, por abismos á cuyo fondo se precipitan violentos torrentes que arrastran enormes peñascos desprendidos de aquellas «inquietas masas de granito», como dice Humboldt. Esa senda es tan estrecha y pedregosa que en su mayor extensión no permite marchar á más de dos hombres juntos.

El otro camino, llamado de *los Patos* es menos cortado por *laderas* ó precipicios; pero era (y es todavía) mucho menos frecuentado por viajeros y correos, porque ofrecía otros peligros. La senda es mucho más elevada; el aire, mucho más enrarecido, produce una clase de asfixia llamada *puna* ó *sorocho* que ataca á los viajeros con frecuencia y que debía temerse tuviese fatal influjo sobre los soldados argentinos, hombres de tierras bajas y sin ningún hábito ó predisposición natural á respirar en tamañas alturas. El frío de la noche es allí cruel, y á eso se agrega el serio peligro de las continuas nevazones que suelen caer aún en verano. Así es que, en previsión de todo esto, las precauciones y los cuidados del general San Martín habían llegado hasta los últimos detalles de una solicitud paternal, no sólo en la limitación de las jornadas para evitar el cansancio, en el fuerte abrigo contra las intemperies, sino en la mejor calidad de los alimentos, de su condimentación con los ingredientes tónicos y estimulantes adaptados, con vinos y aguardientes de exquisita fabricación y bien escogidos en las bodegas de Cuyo.

Había llegado, pues, el gran momento; el ejército estaba pronto á emprender el
1817 paso de los Andes. Constaba de
Enero 18 cuatro batallones de infantería, á
 saber: El número 11 (antes *Au-*
xiliares) al mando del comandante Las Heras; el
7.º, al del comandante don Pedro Conde; el 8.º, al
de igual clase Clamer; y el de cazadores (núme-
ro 1.º) al de don Rudecindo Alvarado: tres mil
doscientos soldados en todo. Formaban la caballe-
ría, cuatro escuadrones de *granaderos á caballo* en
número de seiscientos cuarenta jinetes al mando de
los comandantes Necochea (don Mariano) Melian
(don José), Medina y Escalada (don Manuel) re-
unidos en un solo cuerpo á las órdenes del coronel
don Matías Zapiola. La artillería constaba de 10 ca-
ñones de á 6, 2 obuses y 4 piezas de montaña de á
4 con 400 artilleros á las órdenes del comandante
don Pedro Regalado de la Plaza. El ejército en su
total ascendía á poco más de cuatro mil doscientos
hombres; pero llevaba además mil doscientos mi-
licianos de caballería para el cuidado y servicio de
10,000 mulas de silla y de carga, de 1,600 caballos,
de 600 cabezas de ganado, provisiones para quince
días, puentes portátiles, hospitales de campaña, y
parque con el número conveniente de municiones,
herramientas, armas de repuesto, y todo cuanto ha-
bía podido prever la incesante actividad y solicitud
del general. El cuerpo de ingenieros y zapadores,
aunque modesto, estaba organizado bajo la direc-
ción del *padre* don Luis Beltrán y de don José An-
tonio Alvarez Condarco. El primero se había for-
mado poco á poco por una afición decidida, desde

la niñez, á los artificios de la pirotécnica, y había llegado á tener una verdadera competencia científica en todos los ramos de la materia. Del convento de Franciscanos había pasado al cuartel de artillería, y tomado rango de jefe especial é irremplazable en ese puesto.

Bien se comprende, no diremos las dificultades, sino los arduos trabajos y los infinitos detalles que exigía el *Paso de los Andes* con un material de guerra y abastecimientos de tanta magnitud, y con la certidumbre de tener que batirse en batalla campal apenas descendieran las tropas de las alturas que tenían que atravesar. Inútil es hablar del enorme tráfago que conducían, de las mulas, de los caballos obligados á andar con orden al través de aquel erizadísimo desierto cuyas puntas siniestras cubiertas eternamente de sus nieves semejan un vasto cementerio de gigantes inmóviles y fatídicos.

El general había dividido el grueso de su ejército en tres cuerpos principales. Uno de ellos al mando del teniente coronel Las Heras debía entrar por *Ushupa-Llacta* y maniobrar sobre *Santa Rosa de los Andes*, llevando á retaguardia el parque y todo su servicio. La vanguardia al mando del mayor general Soler, debía tomar el camino de *los Patos*, siguiéndole á cortas jornadas la segunda división y el cuartel general.

Todo estaba calculado de modo que cuando la división del teniente coronel Las Heras se hiciese sentir en Santa Rosa, al sudoeste del semicírculo que forma la provincia de *Ackon-Kahuac*, y llamase por allí la atención de los realistas que la guardaban, se hiciese también sentir la vanguardia So-

ler al noroeste del mismo ámbito, de modo que en cualquier sentido en que los enemigos diesen su frente se sintiesen flanqueados, y tuviesen que replegarse abandonando el valle de *Putando*, que era sin duda el más rico y mejor situado en toda esa parte de Chile para tomar pie.

La operación era sumamente delicada; y como á primera vista se comprende, el movimiento más oportuno y estratégico era el que se había encargado á Las Heras, pues de él dependía que la tropa enemiga retrocediese de *Putando* á dar frente á *Santa Rosa*, y que desocupase por consiguiente ese valle sobre el que San Martín hacía girar todo el éxito de su empresa. Era menester, pues, que la división de la izquierda ejecutase su marcha con una precisión suma, y que realizara un prodigio de regularidad á día cierto para que no fallase la combinación de sus movimientos con los de la vanguardia. Ambas comisiones requerían en alto grado jefes de ánimo firme, de arrojo y de rapidez para aprovechar los momentos oportunos, de estricta regularidad en la ejecución y de una suma prudencia para no precipitar irreflexivamente detalle alguno que pudiera dañar la armonía general del plan. Para tan difícil desempeño, el general San Martín no tenía á la mano sino los dos jefes á quienes lo había encargado: SOLER y LAS HERAS (5).

(5) Verdad es que marchaba también en el ejército el general O'Higgins, pero aunque muy estimado, carecía de los dotes que constituyen un buen general en jefe ó de división, y no tenía crédito de tal, como lo vamos á ver más adelante, ni aun en el concepto de sus mejores amigos como Pueyrredón y el mismo San Martín.

El 18 de enero comenzaron las tropas á moverse sin que nadie se hubiese percatado en Mendoza de esto, ni de la dirección que habían tomado. Por más de tres días se estuvo creyendo que estaban aún en el campamento, donde vivaqueaba en efecto un cuerpo numeroso de milicias, en completa incomunicación con el exterior. Ese día, antes de la madrugada, entró Las Heras en los desfiladeros de *Ushupa-Llacta*. Componíase su división del antiguo batallón de *Auxiliares de los Andes*, elevado ahora á regimiento con el número 11 y 728 plazas, de un piquete de 40 *granaderos á caballo*, y dos piezas de montaña de á cuatro con 30 artilleros. Sus instrucciones le ordenaban que el día 4 de febrero cayese sobre el puesto de la *guardia* que los realistas tenían avanzado por su lado para observar los boquetes que bajan á *Santa Rosa*. Debía atacarlo ese día con vigor, pero sin precipitarse á los valles, contentándose con haberse hecho sentir hasta el 8 en que debía ocupar resueltamente al pueblo de *Santa Rosa* y manifestarse en actitud de invadir á *San Felipe de Ackon-Kahuac* por ese costado.

Al día siguiente (19 de enero) se movió el resto del ejército y tomó el camino de los Patos. La división de vanguardia al mando del general Soler se componía del regimiento de cazadores con 600 plazas, de las compañías de granaderos y cazadores del 7 y del 8 (340 hombres), de la escolta del general, de los escuadrones 3 y 4 de *granaderos á caballo* al mando del comandante don Mariano Necochea, y de cinco piezas de montaña, haciendo un total de 1,550 soldados. Por delante de la vanguardia marchaba en el mismo camino una partida explo-

radora de 200 hombres al mando del sargento mayor de ingenjeros don Antonio de Arcos, oficial español muy ligado con San Martín desde la escuela militar y en las campañas contra los franceses. Esta partida debía entrar por *Valle Hermoso* y atacar las guardias del *Ciénago* y de las *Achupallas* por los boquetes que quedaban un poco á la derecha, á fin de que los realistas, alarmados por estos boquetes, y por el lado de *Santa Rosa* no descubrieran la entrada de la vanguardia ni la de la segunda división que bajaba sobre *Putando* por los cerros *Pinquenes* á las órdenes de O'Higgins, con el cuartel general. Esta segunda división, con una fuerza más ó menos igual á la de la vanguardia, se componía del grueso de los batallones 7 y 8, del 1.º y 2.º escuadrones de *granaderos montados*, del cuadro de oficiales y de la brigada de artillería que debía tomar sus cañones en *San Felipe* cuando la división de Las Heras bajase con el parque, que le seguía como hemos dicho.

Grata la tropa al prolijo esmero con que se le atendía marchaba contenta, confiada en el genio protector que la dirigía, y excitada también con la grandeza sublime del espectáculo que llevaba delante de los ojos: «Yo había ordenado (contaba el general en Buenos Aires) que en cada descanso las músicas tocasen *nuestro himno*; y era de ver como oficiales y soldados, llenos de alegría lo entonaban también como si estuviesen en las fiestas de la plaza (de la Victoria)».

Las Heras conocía perfectamente el terreno que llevaba, pues, como vimos antes, había estado acampado y había operado en él todo el invierno

de 1814 y parte del verano de 1815. Presumía, pues, que los realistas tendrían ocupado el punto avanzado de la *guardia vieja*, y tenía grande interés en apoderarse de toda la guarnición que hubiese allí para que no diesen noticia anticipada de su aparición. Pero ignoraba el número y la calidad de la fuerza enemiga que guardaba el punto; y se aproximaba con infinitas precauciones, para que todos los momentos de su marcha concordaran con sus instrucciones.

En la noche del 2 de febrero, la avanzada del número 11 que mandaba el teniente don Román Deheza, le trajo una mujer como de veinticinco años que acababa de introducirse en esa avanzada sin saberse cómo y que parecía lunática ó loca por la extravagancia de sus miradas y de las señas con que parecía querer indicar un peligro cercano, ó la dirección preferente de los caminos que señalaba. La primera sospecha fué de que era espía del enemigo; y se tomaron todas las precauciones del caso. Pero puesta ella en presencia del principal guía de la división don Justo Estay (un chileno del Sur) expertísimo baquiano de las cordilleras y de Chile, se arrojó á sus brazos con extremos que revelaban una naturaleza delirante, y fué reconocida como perteneciente á una familia de Rancagua, que había sufrido todos los horrores del asalto y que se había enloquecido por el exceso del espanto y de las tropelías que había sufrido. Estay habló largamente con ella, y aún cuando divagaba en lo que á ella se le ocurría, contestaba asertivamente y con excelentes detalles á las preguntas que se le hacían; de manera que Las Heras y los baquianos pudieron

fiar bien sus ideas, para sorprender la fuerza enemiga que custodiaba el punto (6).

Los realistas habían fortificado el puesto con bastante esmero, pero como no
 1817 pensaran, ó no supieran que po-
 Febrero 4 día practicarse una áspera cerri-
 llada que formaba una espalda á
 su derecha, no habían previsto que pudiera venir-

(6) Aunque desde mucho tiempo antes conocía yo por las narraciones de mi íntimo amigo el general Dehesa esta anécdota, que me había confirmado también el general Las Heras, no me había atrevido á darle carácter histórico por no haber tenido el cuidado de haber recogido una carta ó noticia comprobante. Pero una singular casualidad me ha servido para tenerla. Una broma de sociedad y una apuesta, me echó en la divertida necesidad de improvisar un romance, y tomé por tema la anécdota de *La Loca de la Guardia* que publiqué en 1883 en el folletín del *Nacional*, sin mi firma, pero prometiéndome firmarla así que tuviese tiempo de rehacer el ligero esbozo *que día á día había mandado á esc. diario, á medida* que lo escribía, y de darle una forma literaria más acabada. Me encontré entonces casualmente con el respetable anciano don Félix Pico, uno de los hombres que goza de mayor aprecio en nuestro país y cuya palabra vale en todo como escritura pública, y me dijo: «He leído con mucho gusto el folletín de la *Loca de la Guardia*, que según me han dicho, es de su hijo de usted, don Lucio Vicente: y dígame que yo también sé mucho de esa mujer por los oficiales del ejército de los Andes que conocí en la campaña del Brasil». Después de algún tiempo me pareció interesante recoger su testimonio, y se lo pedí por intermedio de su nieto el capitán de la Armada Nacional don Félix Ponsatí. He aquí su contestación: «Señor don Vicente F. López.—Casa de usted, Santa Fe, núm. 1060. Noviembre 21 de 1887. Muy estimado señor: Mi nieto Félix Ponsatí me ha dicho que se ha empeñado usted en que le

les un ataque por ese lado. El día 7 hizo Las Heras que el sargento mayor don Enrique Martínez con 30 granaderos á caballo y 50 fusileros atacase de improviso la guardia vieja por uno de los puntos en que era accesible; pero tomando en cuenta los

comentarios lo que sepa yo de la famosa *Loca de la Guardia* que hizo servicios distinguidos á las tropas argentinas que invadieron á Chile. Yo no sé más que lo que me contaba el coronel don Ramón Dehesa, jefe de la Prenta en nuestro ejército que invadió el Brasil á fin de año de 1826, siendo yo ayudante mayor del Regimiento de Artillería, muchacho de 16 años y el mencionado coronel jefe de Estado Mayor del ejército argentino. Nos contaba que aquella loca vivía en las breñas de la Cordillera de los Andes, y que ellos ni sabían sus guaridas; pero siempre que partidas españolas venían por los Andes, á batir, ó sorprender á los patriotas, la loca era la primera que se presentaba á avisar á éstos la venida de los... daba un nombre clásico á los españoles que francamente no puedo recordar, pues hace la friolera de 60 años que Dehesa nos contaba esta aventura. Era una mujer singular, patriota exaltada, pues su extravío mental procedía de malos tratamientos de los españoles á ella. Jamás dejó de presentarse en esas emboscadas y acompañar las partidas patriotas aun en los tiroteos; extraviada su mente en todo, menos en las cosas de la patria. Era muy estimada y protegida por los oficiales y soldados patriotas, pues les hacía remarcables servicios. Creo recordar que cuando el ejército pasó los Andes, también se presentó y siguió al ejército. Por la noche nadie sabía dónde estaba, pero cuando venía que comenzar algo á los patriotas se presentaba antes de diana á avisarles. Todos la respetaban. Esto es, señor doctor López, lo único que sé de esta benemérita mujer. Saludo á usted con mi consideración distinguida — ¡Viva Por siempre! Acreditado con este testimonio que acredita las noticias que á mí también me habían referido los generales Dehesa y Las Heras, las he puesto en las páginas á cuyo pie va esta nota.

datos que les había dado *la Loca*, corroborados por tres prisioneros que había sorprendido y tomado á la distancia cuando andaban recogiendo leña, mandó 20 infantes del número 11, al mando del teniente don Juan Apóstol Martínez, dirigidos por el baquiano Antonio Cruz y por *la Loca*. Esta (7) dirigió la partida con una destreza notable, inclinándose á la izquierda. Iban en marcha cuando el nutrido tiroteo que sintieron á la derecha les hizo conocer que había comenzado el ataque; por más que apresuraron el paso no pudieron aproximarse sino después de largo tiempo; pero entonces se dejaron ver sobre una eminencia desde donde podían hacer un fuego mortífero sobre el centro del reducto; de modo que los realistas atacados y diezmados por el frente y por los fusileros que dominaban el barranco, se vieron forzados á buscar abrigo en las paredes de las habitaciones y de los ranchos. Los argentinos saltaron entonces, unos por las trincheras, y otros descolgándose por ese barranco, y se hicieron dueños de todo antes de anochecer (8).

El mismo día 4 el mayor Arcos sorprendía también la guardia de *Achupallas*, con mucha menos resistencia. Con esto quedaba franqueada la bajada

(7) Según la narración del señor Dehesa.

(8) Sin hablar de muertos y heridos quedaron 49 realistas prisioneros, dos oficiales, 3,000 cartuchos, 57 fusiles, 10 tercerolas y grande acopio de víveres. Cuando concluyó la acción fué en vano buscar á *la Loca*, y como no estaba entre los cadáveres, á pesar de que la habían visto en medio de la refriega se creyó que había desaparecido; y en efecto no se la volvió á ver en los días inmediatos.

por *Piuquenes* y el bravo é impetuoso general Soler, tomando entonces la escolta del general en jefe y dos escuadrones de *granaderos*, se adelantó dando orden á la infantería que lo siguiese de prisa, y se situó en las bocas del valle *Putando*, el día 6 de febrero á las nueve de la mañana.

Dos horas después, reunida allí toda la vanguardia, montó cinco piezas de montaña con una actividad asombrosa; tomó posiciones en la hacienda del *Tártaro*; reunió como 300 caballos, y con ellos hizo avanzar los dos escuadrones de *granaderos*, uno á las órdenes del comandante Melian que fué á ocupar la villa de *San Antonio de Putando*, y el otro, á las del comandante Necochea, que adelantó hacia *San Felipe de Ackon-Kahuac*, capital de la provincia, por el camino de las *Coimas*. Los informes de la invasión que le venían de todos lados al gobernador de la provincia coronel Atero, eran tales que lo ponían en confusión sobre el punto que más le convenía defender. Algunos de los fugitivos de la *guardia vieja* llegaron á *Santa Rosa* al día siguiente introduciendo una profunda alarma, cuyos ecos llegaron á oídos de Atero en la mañana del día 6. Se preparaba á salir con su fuerza en la dirección de *Santa Rosa* cuando llegaron á *San Felipe* los fugitivos de *Achupallas* y los del *Valle de Putando*, que lo daban ya como ocupado por los argentinos. Pero en ese mismo momento, llegaba uno de los prisioneros de la *guardia*, trayéndole una nota del coronel Las Heras en que le proponía el canje de los prisioneros que acababa de hacer por algunos soldados del número 11, que los realistas le habían tomado en una escaramuza an-

terior, y señalándole para la entrega y recibo de unos y otros el punto de *Picheuta*, que quedaba muy adentro de la Cordillera y que hacía suponer una retirada. En efecto, al remitir y despachar al prisionero, Las Heras había simulado los movimientos de un retroceso. Pero á un intervalo conveniente volvió á tomar la dirección de *Santa Rosa* para estar sobre el punto el día 8 como se le tenía indicado. Al recibir la nota de Las Heras y la noticia de la retirada, Atero supuso que aquel ataque no hubiera tenido más objeto que llamar su atención por aquel lado; y como creyera que el peligro más grande aparecía en *Putando* se adelantó con su fuerza hasta las Coimas. El día 7 por la mañana se puso á la vista de Necochea; éste comenzó á replegarse á Putando, procurando tomar poco á poco el camino del valle y su llanura; el otro, dejando su infantería en los cerros sacó su caballería y comenzó á picar vivamente la marcha de los patriotas hasta que en el momento oportuno dieron éstos frente y sablearon de tal manera á los enemigos que quedó fama de la tremenda carga con que los exterminaron. Se distinguieron mucho en este bizarro encuentro los capitanes don Manuel Soler, hermano del mayor general, y don Angel Pacheco, que dirigieron las dos alas de la carga (9). La infantería

(9) Dice Barros Arana (sin que tengamos nosotros como abonarlo) que los derrotados de las Coimas llegaron á San Felipe á las 11 del día 7. Atemorizados todavía por los estragos de la derrota, contaban que habían sido atacados por una numerosa columna de jinetes armados de unos sables tan largos y afilados que era imposible poderles resistir. Según ellos, toda la caballería realista de Chile

enemiga se mantuvo inmóvil en los cerros. Pero pasado mediodía se le vió ponerse en retirada. Aterro cargó con todo lo que podía arrastrar, abandonó la provincia y tomó como á escape el camino de Santiago. Era que acababa de saber que la gruesa división de Las Heras amenazaba seriamente el camino de *Santa Rosa*, poniéndole en riesgo de que se corriese á la cuesta de Chacabuco y le dejase cortado sin otra alternativa que capitular ó rendirse. Ocupada la provincia de *Ackon-Kahuac* por el general Soler, llegó al día siguiente la segunda división al mando de O'Higgins, y el cuartel general. Pero el general no tenía noticias de Las Heras, que esperaba absolutamente necesarias para marchar inmediatamente á la cuesta de Chacabuco, que era su gran deseo en este momento. «Mi amigo: todo el ejército está en esta (le escribía) y sólo faltan las noticias de usted. Ahora mismo salen las partidas á Chacabuco: deme noticias de usted, pues esta noche nos movemos para el dicho Chacabuco, pero venga una relación sucinta y pronto de todo. Su amigo, *San Martín*».

Inmediatamente le contestaba Las Heras: «Mi general: Su amigo entró hoy en esta poco antes de recibir la suya. Martínez anda ya tiroteando á los enemigos de Chacabuco. Mi tropa está á pie y cansada; pero diga usted lo que quiera y marchare-

no habría bastado para contener el ímpetu de los granaderos insurgentes», vol. III, p. 407. La carga fué brillante y tuvo fama en efecto, pero no podemos admitir que ningún militar español haya incurrido en esas exageraciones, ni salido, en todo caso, de aquellos límites que son permitidos aún en el caso de elogiar á los enemigos que lo merecieran.

mos». A las siete de la tarde del mismo día 8 volvía Las Heras á escribirle al general y le decía: «Mi segundo el mayor Enrique Martínez acaba de retirarse de media falda de la cuesta de Chacabuco donde ha batido y deshecho una guerrilla enemiga». Además de esto Las Heras había tomado en *Santa Rosa* seis mil cartuchos de fusil, sesenta caballos, un pequeño parque con bastantes municiones y grande acopio de víveres. De modo que en el mismo día y hora en que la vanguardia, la segunda división y el cuartel general entraban en *San Felipe*, el coronel Las Heras ocupaba con la suya á *Santa Rosa* cubriendo así el flanco izquierdo del cuerpo principal. Todo había marchado, pues, admirablemente bien; y en el mismo día y en las mismas horas, se había cumplido el plan del general San Martín en sus más ínfimos detalles y previsiones.

El general, y con razón, consideró este resultado como una espléndida victoria. Nada tenía ya que temer sino la suerte de la batalla próxima en que las probabilidades y las ventajas estaban ya de su parte. El enemigo había sido completamente sorprendido, y todos sus aprestos de resistencia debían naturalmente resentirse de la falta de cohesión en sus movimientos y del aturdimiento completo en que tenía que ocurrir á contener al invasor. Así fué que desde allí dató San Martín sus primeras comunicaciones al Supremo Director de Buenos Aires. «El tránsito sólo de la sierra ha sido un triunfo. Dígnese Vuestra Excelencia figurarse la mole de un ejército moviéndose con el embarazoso bagaje de subsistencias para un mes, armamento, municiones y demás adherencias por un camino de cien le-

guas y cortado por cuatro cordilleras». Después encomia la intrepidez de Necochea cuyo *mérito especial* recomienda diciendo: «Cargó sable en mano y todo lo desbarató por su frente, abriendo la provincia entera delante del ejército». Grandes elogios hace de la *distinguida cooperación*, del acierto y de la competencia del general Soler. «El ejército (dice) ha descendido á pie. Los 1,200 caballos que traía para maniobrar, no obstante las herraduras y otras mil precauciones, han quedado inutilizados. Mañana (9 de febrero) salgo á cubrir la Sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santiago» (10).

En efecto, después de un breve descanso, la división Las Heras bajó de *Santa Rosa* y se incorporó al cuerpo principal en San Felipe en esa misma noche del 9. Allí entregó el parque, los cañones, las cureñas y todo el material de su servicio que había traído por retaguardia á lomo de mula; y como ese camino era el que debía servir para la retirada del ejército en caso de un contratiempo, había dejado en él paraderos bien distribuidos, con víveres, abrigos, municiones y armas que aseguraban una perfecta defensa. Horas de febril actividad fueron aquellas; pero todo se hizo, y todo quedó bien hecho. Se puso la artillería en sus montajes, se montó la caballería en excelentes caballos tomados en el terreno mismo, y se proveyó al soldado de cuanto era indispensable para marchar y dar la primera batalla.

Reinaba por supuesto grande alarma con los apuros consiguientes en Santiago. Los realistas no

(10) *Gaceta Ext.* del 20 de febrero de 1817.

habían supuesto jamás que San Martín hubiese de tentar siquiera su paso por sobre el macizo ó contrafuerte de *Ackon-Kahuac* y amenazar la capital con un ejército en forma. Antes de verlo, nadie hubiera presumido ni tomado á lo serio semejante desatino; y como lo natural, lo único posible, según ellos, era que en caso de invadir entrara por el sur, habían escalonado sus tropas en ese sentido con bastante acierto y previsión. En Santiago, y en sus inmediaciones, habían concentrado una fuerte reserva de 2,000 á 2,500 hombres, compuesta de sus mejores cuerpos. Valióles eso: que si no, no habrían podido ocurrir á la defensa de la cuesta de *Chacabuco*. Esta reserva debía servir de punto de concentración avanzando al sur é incorporando los demás cuerpos, escalonados desde *San Fernando* á *Talca*, á medida que la supuesta invasión por los boquetes de ese extremo se internase en el país. Ahora era indispensable trastornar de pronto y completamente ese orden de cosas: dar vuelta el frente al lado contrario; y lo que antes se había hecho retrocediendo estratégicamente hasta el punto de la concentración general, era menester hacerlo ahora con una marcha precipitada y confusa en sentido contrario, sin más combinación que á quien llegue primero, y con el grave inconveniente de que los cuerpos más cercanos, en los apuros del movimiento, gastasen sin orden los medios de movilidad de que iban á necesitar los más lejanos para llegar oportunamente al punto del peligro. La invasión se había ejecutado, pues, sobre la retaguardia de las columnas, descargando su golpe sobre la capital, centro de todos los recursos del enemigo; y ro-

to el plan primitivo, es fácil hacerse una idea del conflicto en que se hallaba Santiago y del apuro con que la guarnición debió salir á toda prisa á defender la cuesta de *Chacabuco*, que era ya el único punto de importancia que el ejército argentino tenía que dominar para hacerse dueño de la capital, y con ella el resto del país hasta las márgenes del Bío-Bío.

La derrota de las COIMAS y la pujanza de los *granaderos* de Necochea había hecho tal impresión, que el mismo presidente Marcó del Pont con otros muchos de sus más allegados cortesanos dieron todo por perdido, y comenzaron á remitir sus equipajes á Valparaíso con orden de embarcarlos en el *Justiniano*, buque de la real hacienda anclado á la sazón en ese puerto.

Este vergonzoso apuro por huir mostraba bien el grado de sorpresa y de miedo en que había caído el gobierno de Chile. Pero, como algo era preciso hacer, Marcó del Pont nombró comandante general de las fuerzas realistas al general Maroto, coronel titular del regimiento de *Talaveras*; y las tropas que pudieron reunirse en la capital salieron á sus órdenes á cerrar el paso á los argentinos, dejando órdenes apremiantes de que los cuerpos que quedaban escalonados hacia el Sur retrocediesen á toda prisa á concentrarse en el punto amenazado (11). Se logró así oponer á los invasores lo mejor de las tropas de ocupación, con la única excepción del coronel

(11) El general Maroto era el mismo que mandaba en jefe el ejército de *don Carlos* en las provincias Vascongadas, y que hizo el famoso *Convenio* de Vergara con los cristinos.

don Manuel Baraño, porteño renegado que no pudo llegar á tiempo (12). Pero se pusieron en línea con excelentes y aguerridos soldados, Elorreaga, Marqueli, Sánchez, Quintanilla, Morgado, Calvo, y otros al mando de los *carabineros* de *Abascal*, de los *Talaveras* del *Chiloe*, del *Valdivia*, de los *Dragones*, en número de 2,400 á 2,600 soldados. El general Maroto salió de Santiago el día 11: llegó á la hacienda de Chacabuco en la tarde y trató de disponer sus fuerzas con la idea de subir á coronarla en la mañana siguiente, pero comprendiendo la importancia de asegurarse de la altura, mandó que los *Talaveras* se colocasen inmediatamente en ella.

Por su parte, el general San Martín tenía la misma intención y grande interés en no dejarse ganar de mano. Bien informado de la topografía de aquella región, dividió el ejército en dos cuerpos: combinando un hábil movimiento de flanco con el uno, y de frente con el otro, que siendo ejecutados con precisión y con armonía debían darle una victoria segura. Puso la división del ataque por el frente á las órdenes de O'Higgins, recomendándole seriamente que no comprometiese á fondo sus armas hasta no tener evidencia de que el flanco izquierdo de la línea enemiga se hallaba amenazado por la otra división que debía marchar circunvalando los cerros de su derecha para caer sobre ese flanco del enemigo.

(12) Don Manuel Baraño era nacido en el pueblo de las *Conchas*, y ardiente partidario de la causa del rey. Se había hecho el más temible y emprendedor de los coroneles del ejército realista de Chile.

Esta división, que llamaremos la *división flanqueadora*, fué puesta á las órdenes del general Soler y del coronel Las Heras—los mejores y más expertos jefes con que contaba el ejército,—por ser ella la que iba á desempeñar el movimiento capital de la jornada. El general en jefe quedó á la cabeza de la reserva, en aptitud de ocurrir á donde su presencia se hiciera indispensable para el cumplimiento de las órdenes é instrucciones que había repartido.

El general Soler debía iniciar su movimiento por la derecha, dos horas antes que el cuerpo del centro acentuase el suyo por el frente. Llegando á colocarse al flanco izquierdo del enemigo debía converger á su izquierda y flanquear la cuesta, donde se suponía que el enemigo tendría su línea de defensa. Pero, si en vez de esto descubría que el enemigo estuviese sólidamente establecido en el caserío de la hacienda y con la mira de defender la estrecha garganta que da entrada á los valles de la capital, debía el general Soler continuar su marcha por los cerros del mismo costado y ejecutar la misma operación descendiendo sobre el flanco de los realistas para que la división del centro al mando de O'Higgins formalizase entonces el ataque de frente.

La división del general O'Higgins se componía de los regimientos número 7 y 8, dos piezas de montaña y tres escuadrones de *granaderos á caballo* al mando del coronel don Matías Zapiola. La división flanqueadora llevaba el número 1 (*cazadores de los Andes*), á vanguardia al mando del comandante R. Alvarado; el número 11 (los antiguos

Auxiliares), las compañías de cazadores del 7 y del 8, siete piezas de montaña, y el 4.º escuadrón de *granaderos á caballo* al mando de don Mariano Necoechea. Por la clase y por el número de su fuerza se ve bien que en ella estribaba toda la importancia estratégica de la batalla, y que la del centro debía influir solamente como amenaza apremiante para disfrazar el gran movimiento de flanco que era el decisivo. Esta habilísima combinación del general en jefe estuvo á punto de fracasar por la poca inteligencia y excesivo ardimiento del general O'Higgins. Entrada ya la noche del día 11 de febrero, el ejército argentino vino á acampar al pie de la cuesta, sin que los enemigos hubiesen podido descubrir en la tarde la posición que ocupaba. Sin saber cómo, y á pesar de toda la vigilancia que se observa en estos casos, apareció en medio de los soldados del número 11 la singular mujer que tanto los había servido en el ataque de la *guardia*. Las Heras informó al general Soler de sus antecedentes, y éste la envió escoltada al general San Martín. Súpose por ella, ó por lo menos corroboráronse las noticias que ya se tenían de que los realistas se habían fortificado en la angostura donde estaba el caserío de la hacienda, y que sólo tenían avanzado en la cuesta el regimiento de *Talaveras*. Contestó á cuanto se le preguntaba sobre los caminos que podían practicarse, y tanto el general O'Higgins como los guías y otros oficiales chilenos abonaron sus informes. El general en jefe la devolvió á la división Soler, y éste la mandó á vanguardia con los guías y orden de *observarla* (13). A la una de la

(13) Estos informes son los que nos ha dado el general Dehesa, capitán entonces en el núm. 11, y nos agre-

noche (a. m.) se dió orden de comenzar los movimientos. Los soldados dejaron las mochilas al pie de la cuesta sin llevar peso ninguno que pudiese fatigarlos. La división Soler entró á esa hora por los cerros de la derecha; y á las tres y media (a. m.) la división de O'Higgins emprendió paulatinamente la ascensión de la cuesta. El camino de la primera era difícil y de una marcha muy embarazosa; pero así que el número 8, mandado por el comandante Cramer comenzó por el frente el fuego de guerrillas sobre los *Talaveras*, asomaron por la izquierda de éstos las cabezas de las columnas del número 1.º y del 11; y los *Talaveras*, en peligro de ser cortados, se plegaron á la posición que tenían los suyos en el bajo de la hacienda. Perdió entonces el general O'Higgins el tino del mando que debía haber observado, y, sin recordar las órdenes del general en jefe (ó violándolas de su cuenta), hizo ascender toda su columna en prosecución de la marcha que había hecho el número 8. Esto mismo no hubiera sido tan censurable, si se hubiese limitado á ocupar la cuesta y hacer movimientos de descubierta para conocer bien la posición enemiga. Pero él, sin esta indispensable precaución, sin esperar los movimientos de la división flanqueadora y temiendo sólo que otro le arrebatase un triunfo que creía fácil con sólo atropellar, descendió la cuesta como un torrente y fué á estrellarse contra los cuerpos realistas, harto fuertes y expertos para que

gaba que la presencia de la *Loca de la Guardia* había causado indecible júbilo y confianza en las tropas de su regimiento.

así no más se dejasen llevar de frente por un ataque imprudente y temerario.

En efecto, Maroto había formado su línea con una discreción verdaderamente militar. Al principio había pensado hacerse fuerte en la cuesta; pero observó que podía ser flanqueado, y que las salidas á Santiago podían serle tomadas por los patriotas circunvalando la posición. Resolvió entonces establecerse en el descenso de la cuesta, ocupando el declive de un cerro que se cerraba en una angostura por su derecha; en ese barranco colocó su artillería y apoyó su izquierda en los cordones intran-sitables que se engranan con la cuesta y que creían inaccesibles, cubriendo su retaguardia por los dragones del coronel Morgado y carabineros de Abascal que mandaba el coronel Quintanilla.

O'Higgins sintió muy pronto el desgraciado error que había cometido comprometiendo así la batalla. Los realistas lo rechazaron causándole enormes pérdidas, y lanzaron sobre él dos cuerpos de infantería. El 7 y el 8 se cruzaron con ellos á la bayoneta, y consiguieron hacerlos retroceder á su línea, pero estropeados también no estaban ya en estado de repetir el ataque ni de arrostrar los fuegos de la artillería enemiga que les causaba un daño considerable.

San Martín, en el colmo de la angustia creyó por un momento que la jornada estaba perdida, y desde la cuesta trajo la reserva al campo de batalla. Nada sabía de la división Soler, no alcanzaba siquiera á percibir la cabeza de sus columnas, y le despachaba avisos sobre avisos para que bajase cuanto antes por el flanco enemigo; porque aunque

los cuerpos de Cramer y de Conde (8 y 7) se sostenían con prodigios de bravura, los *granaderos á caballo* no habían podido operar sobre la línea de Maroto, y habían sido desgraciados en las dos tentativas que habían hecho, á causa del terreno impracticable en que O'Higgins los había comprometido.

Al oír el nutrido tiroteo, las descargas y el fuego de la artillería que tenía lugar sobre su izquierda, el general Soler veía con una profunda ansiedad que la batalla se había comprometido á des-tiempo; y que el éxito dependía de que él pudiera llegar cuanto antes sobre el flanco enemigo; así es que puesto á la cabeza de la columna, no cesaba de repetir sus voces: *¡Al fuego, muchachos! ¡Al fuego!*, avanzando al trote de su caballo, seguido de los batallones que á toda prisa corrían también en la misma dirección por entre barrancos y precipicios.

De improviso se encuentran en una quebrada sin salida; el comandante Alvarado avisa que no puede pasar. Acude el general y se indigna con los guías. Estos se excusan por la premura en que los habían puesto y vacilan... ¿y la Loca?... la Loca de pie en una eminencia cercana gritaba *¡por aquí! ¡por aquí!*... Siguen sus indicaciones y pasan las columnas convergiendo sobre el campo de batalla. Sube el general Soler á una meseta de donde domina el flanco izquierdo de la posición de Maroto. Una sola ojeada le basta para hacerse cargo de lo crítico del momento, é indignado de que el general O'Higgins hubiese procedido sin tenerlo en consideración trata de reparar la falta cometida.

Llevaba la cabeza de la columna el batallón de cazadores á las órdenes de Alvarado, y en el momento el capitán de la primera compañía, don Lucio Salvadores, recibe orden de descolgarse sobre el flanco de los realistas, siguiéndolo por allí las demás fuerzas de infantería, al mismo tiempo que por debajo de la pendiente entraba en acción, sobre el mismo flanco, el coronel don Mariano Necochea—el Murat argentino—á la cabeza de sus *granaderos á caballo*.

La acción toma en el instante otro carácter. El enemigo abre su flanco derecho por la turbación que sufría su línea en el izquierdo. El coronel Zapiola penetra por allí con otros tres escuadrones de granaderos á caballo; acuchilla la caballería realista y ocupa la retaguardia del caserío, al mismo tiempo que la columna de O'Higgins, bajo las órdenes ahora del general San Martín, y reforzada por la reserva, acomete de frente llevándose todo por delante.

La persecución fué tan tenaz que no salvó absolutamente cuerpo ninguno de las fuerzas del general Maroto que no quedase deshecho ó prisionero; y de todas ellas no pudo rehacerse ni una compañía siquiera que consiguiese incorporarse organizada á las fuerzas que venían del Sur á toda prisa para defender la capital.

Decidida y terminada la batalla á eso de la una del día, el general San Martín, sentado en un tosco madero á la sombra de una frondosa y soberbia *patagua*, descansaba de la fatiga y conversaba con Arcos, con Alvarez Condarco, sus edecanes, y otros muchos oficiales que venían á saludarlo. Al reci-

birlos con la jovialidad que le era natural en estos casos, notó con sumo disgusto que algo muy grave pasaba entre los generales Soler y O'Higgins. El primero traía el rostro visiblemente enfadado y siniestro. Dió la mano á todos los compañeros que se apresuraron á felicitarlo por su oportuna aparición en el campo de batalla, menos á O'Higgins, marcando bien la voluntad que tenía de ofenderlo con este desaire.

O'Higgins lo notó también, produciéndose con esto un incidente que aunque mudo y contenido perturbó visiblemente la cordialidad de la reunión. San Martín se puso de pie, levantó una copa de vino y dijo:

—¡Señores: á los bravos de la derecha, y á los bravos del frente!—Todos aplaudieron; y sin dar tiempo á más, con aquella sagacidad y viveza de percepción con que sabía obrar en los momentos difíciles, agregó tomando el tono oficial del mando:

—General Soler: póngase Vuestra Señoría al mando de la vanguardia con toda su división, incorporando los cuatro escuadrones de granaderos á caballo; y ordene Vuestra Señoría que la persecución no pase del portezuelo de *Colina*, porque es muy probable que las fuerzas enemigas que quedan al Sur, estén concentrándose ahora en Santiago, para presentarnos otra batalla.

—¿Otra batalla, señor general?—dijo O'Higgins.

—Es natural: Abandonarnos la capital quedándonos todavía intactas las fuerzas que tienen al Sur —los tres escuadrones de Barañao, los batallones de Chiloe y de Chillán, el de la Palma, y quince ca-

ñones que pueden mover con 300 artilleros,—me parece que sería el colmo de la imbecilidad. Han de aventurar otra batalla, porque si se retiran ahora tendrían que replegarse á Concepción; todo quedaría perdido para ellos y tendríamos el país entero con nosotros.

—General, Vuestra Excelencia no los conoce...

Los jefes presentes se sorprendieron al oír esta observación que les pareció impertinente.

—Creo, señor general—agregó O'Higgins,—que estamos hablando entre amigos, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto!—contestó San Martín dando una forma llana y fácil á sus palabras.

—Pues en este caso me permito insistir en que no hemos de tener otra batalla... Si Vuestra Excelencia quiere, me comprometo á marchar sobre Santiago y ocuparlo mañana al amanecer.

—Puesto que la conversación es amistosa, señor general—dijo Soler,—yo me permitiré opinar como Vuestra Señoría y decirle que si Vuestra Excelencia me retira el honroso puesto de dirigir la vanguardia para encargárselo al señor general O'Higgins, que parece desearlo, cuide Vuestra Excelencia de que una fuerte división pueda operar de flanco en el momento oportuno y bien apercibida de lo que pueda ocurrir en esta noche.

—¡Señor general Soler!—dijo O'Higgins.—¡Explique Vuestra Señoría si esas palabras tienen doble sentido!

—Tienen, señor general O'Higgins, el que Vuestra Señoría les ha dado.

—¡General!—dijo San Martín incorporándose con ademán supremo.—¡Vuestra Señoría acaba de

recibir una orden perentoria y urgente! Marche Vuestra Señoría á cumplirla. Los momentos son preciosos; y ya que Vuestra Señoría sabe lo que preveo, obre del modo conveniente para que el enemigo no lo encuentre desprevenido.

Soler era entonces un hombre de treinta años á lo más. Era el oficial de una talla más elevada y más arrogante del ejército argentino. Derecho y esbelto como un álamo, militar consumado en su andar, en la severidad de su gesto y en la cortesía reservada de sus modales, pasaba por ser el más entendido de los jefes de división que tenía entonces nuestro ejército; y en la reciente campaña había desempeñado la importante parte que le había encargado el general en jefe con una habilidad notoria y con una competencia de primera clase.

El rompimiento del general Soler con el general O'Higgins, la intransigente soberbia de su carácter, y la idea que el primero se había formado de la poca capacidad militar del segundo, iban á ser causa de su separación del ejército de los Andes en cuanto O'Higgins ocupase en Chile el puesto de SUPREMO DIRECTOR DEL ESTADO, que le estaba destinado por los propósitos políticos y necesarios del general San Martín. Ambos jefes eran ya incompatibles en el *Ejército de los Andes*.

Entre tanto, era cierto que cuando el general San Martín preveía con buen juicio una nueva batalla, y se preparaba á ganarla, el coronel Barañao, recién llegado á Santiago, promovía la necesidad de tentar ese nuevo ataque y de caer esa misma noche sobre los argentinos. Juntóse sobre eso consejo de jefes, pero prevaleció el parecer de que la ope-

ración era aventurada, porque no podía suponerse que se tomaran desprevenidos á jefes de tanta importancia y experiencia como los que habían ejecutado la invasión y ganado la batalla de la cuesta de Chacabuco.

La escena anterior puso preocupado al general San Martín; y aunque procuraban disimularlo, todos estaban también más ó menos afectados por el sinsabor que causan siempre los incidentes de este género.

—¡Las Heras!—dijo el general, sentándose de nuevo.—Téngame al corriente de lo que pase entre O'Higgins y Soler y trate de aquietarlo hasta que entremos á Santiago.

—¿Me permite Vuestra Excelencia una simple observación?

—¿Cómo no?

—Entonces suplicaré á Vuestra Excelencia que no me encargue ese cuidado. No tengo ninguna intimidad con el señor general Soler, y no deseo rozarme con él sino en cosas del servicio. Por lo demás, estoy cierto que el señor general Soler no se ocupará por ahora de otra cosa que de cumplir las órdenes que Vuestra Excelencia le ha dado.

En la tarde del 12 de febrero, que tan glorioso día había sido para el ejército argentino, el general Soler ocupaba el portezuelo de *Colina*. Establecido allí sólidamente con toda la vanguardia, hizo replegar al coronel Necochea, que había llevado una tenaz persecución hasta dos leguas más adelante.

Esta persecución había sido terrible para los vencidos. Porque, como recordará el lector, la caballería argentina, al mando de Zapiola por la iz-

quierda, y de Necochea por la derecha, había penetrado hasta tomar posesión de la retaguardia realista, al mismo tiempo que Soler doblaba el flanco izquierdo del enemigo, y que la división de O'Higgins, dirigida por el general en jefe, rehacía sus columnas al favor de esos movimientos y lo arrollaba por el frente. Con esto los enemigos habían perdido su formación y se habían declarado en una derrota espantosa. Pero al huir hacia la ciudad, en el más completo desorden y confusión, habían encontrado que los granaderos á caballo les cerraban el paso; y como les faltara ya la disciplina, al marchar así revueltos en grandes grupos se permitían algunos la imprudencia de hacer fuego, para abrirse camino; de modo que los granaderos á caballo, lanzados á fondo, los sablearon por más de cuatro leguas en los callejones de la vía, dejando detrás de sí una enorme cantidad de enemigos muertos, heridos y prisioneros, sin que alcanzaran á salvarse sino algunos pocos fugitivos, que, trepándose á los cerros, ó escondiéndose en las asperezas, lograron substraerse por el momento al sable de los vencedores, pero no salvarse de caer en sus manos, hora más ú hora menos.

Serían ya como las ocho de la tarde, cuando el general Soler avisó que quedaba en posición de contener cualquiera tentativa que el enemigo pretendiese hacer en esa noche; y que, habiendo sido estudiada la topografía del lugar por los ingenieros Arcos y Alvarez Condarco, estaba ya indicado el campo en que todo el ejército podía acampar, para reconcentrarse y quedar prevenido á todo evento.

El general San Martín se adelantó entonces con

el Estado Mayor hasta la vanguardia; y después de unas cuantas horas dadas á la reorganización de los cuerpos, al refrigerio de la tropa y al descanso, el ejército se puso en marcha en las primeras horas de la aurora (14).

(14) Voy á narrar aquí por vía de amenidad una anécdota característica de algunos actores, que tiene un perfecto sabor histórico, y que salvo la forma literaria en que la voy á verter, es perfectamente idéntica al suceso tal cual lo he oído al señor don Juan Godoy, gran sabedor de aventuras, y que los generales Dehesa y Las Heras me decían que en efecto había corrido ese cuento en el ejército.

Detrás de las últimas columnas de la retaguardia cabalgaban con negligencia, lado á lado, dos hombres seguidos de un piquete de soldados que arrastraban un cañón de montaña.

El uno era un jovencito de diez y siete años, escribiendo por aquel entonces de la secretaría del general en jefe, que por primera vez en su vida atravesaba un campo de batalla.

El otro era un hombre como de treinta años: figura grotesca y aire siniestro; parecía encantado con el horrible espectáculo que se desenvolvía á su vista, y había tomado una parte viva en la carnicería de la jornada.

Algunos grupos de campesinos silenciosos, dirigidos por agentes subalternos, provistos de algunos faroles y de angarillas de cañas hechas á la ligera, recogían heridos en aquel campo de muerte y los transportaban á las casas de la Hacienda. Los que dirigían aquel piadoso trabajo les gritaban de cuando en cuando: «¡Carguen primero á los patriotas!»—«A los godos después».

—¡*Zeñor por Dios!*... ¡Un *vazito* de agua! ¡que perezco de *sed!*...—exclamaba un infeliz que yacía por allí.

Al oírlo, dos ó tres campesinos procuraron acercarse á él para auxiliarlo. Pero el hombre que cabalgaba con el joven, les gritó:—¡Eh! ¡bestias! ¿no están oyendo que di-

El general San Martín acababa de tener las primeras noticias de que las fuerzas enemigas se habían desorganizado completamente; de que la capital estaba abandonada y en completa acefalía.

ce zeta? ¡A los patriotas primero!—dijo entrometiéndose en lo que no le incumbía.

—¡Mal rayo te parta!... ¡y el alma y el cuerpo *ze* te pudran, hijo de una tal por cual!—exclamó el herido.

—¡Antes te vas á pudrir tú, raza de moros!—le contestó el jinete, riéndose complacido.

De todos lados del estrecho camino se oían salir ayes lastimeros.

—¡Ay, por Dios! ¡zocórranme presto!—decía el uno con una voz moribunda.

—¡Por los clavos del Zeñor! ¡misericordia, misericordia!... ¡tengo traspasado el pecho!... ¡Me ahoga la zangre!—gritaba otro.

Y los horribles lamentos daban un lúgubre aspecto á las tinieblas de la noche, al vago andar de los escasos faroles con que las partidas de campesinos andaban inspeccionando y recogiendo los heridos.

Una voz angustiada se alzó por delante de los dos jinetes, y en el tono de la más grande desesperación les gritó:

—¡Por la Virgen Santísima de Dolores, zeñor oficial!... me van á aplastar los caballos y el cañón... ¡tengo las dos piernas destrozadas! no me puedo mover... ¡por piedad, por piedad! ¡que todos zomos cristianos!

—¡Pues mejor!... ¡Te despenarás cuanto antes!—le dijo el mayor de nuestros dos hombres, mientras los soldados continuaban impasibles arrastrando el cañón hacia el herido.

Pero el más joven tirándose prestamente del caballo, corrió al herido; y tomándolo por debajo de los dos brazos lo sacó de la vía, y lo puso á un lado contristadísimo de los espantosos quejidos que lanzaba al ser arrastrado.

—¡No puedo hacer más por usted, *amigo*!—le dijo el joven, y volvióse ligero á su caballo dejándolo en sus

Aunque bastante vagos y poco auténticos todavía, había sin embargo algunos datos que parecían fundados, para presumir la necesidad de que el ejército argentino se adelantase á ocuparla tan pronto como fuera posible. En efecto: en esos momentos, Santiago ofrecía el aspecto de un caos, entregado al desorden más espantoso.

atroces padecimientos y clamando: ¡agua! ¡agua! ¡por todos los santos del cielo!

—¡Mira—le dijo el otro—si vas á ocuparte de eso con cada uno de los que te llamen, vas fresco!... Aprende—agregó señalándole con el dedo un bulto, que á la orilla del camino estaba dándole vuelta á un cadáver para ponerlo boca arriba.—Mira esa mujer que en vez de enter necerse por los quejidos anda haciendo provecho y robando á los muertos, que den gracias también si no los despena para aumentar la cosecha.

—¡Miserable! ¡Harpía! ¡deja esos infelices!—le gritó el joven adelantando á ella su caballo.

Pero al oírlo, la mujer se incorporó arrogante como un fantasma, y le dijo con imperio—¡sigue tu camino! y deja á los cóndores su presa! ¿qué sabes tú de lo que yo busco, ni de lo que yo hago?

—¡Ah!—dijo el otro riéndose á carcajadas.—Es la Leca del *Once* (*).

—¿La Leca?—preguntó el joven con sorpresa.

—Sí, hombre; déjala...—y tomándolo de la rienda de su caballo le obligó á seguir el camino.

—No hay duda que un campo de batalla es una cosa tremenda: en este momento quisiera ser sordo—dijo el joven.

—¡Pamplina! ¡Horrible y tremendo es cada día que pasa!... O se te figura, inocente criatura, que el mundo no es también un campo de batalla en que van al hoyo, con do-

(*) Decía la leyenda que buscaba por todas partes el cadáver de Zambruno, el feroz capitán de *Tulaveras*, autor y actor en las fechorías de *Rancagua*, á quien descubrió y denunció en la crujía de los prisioneros.

Las fuerzas venidas del sur aquel mismo día al mando de Barañao y de otros jefes, habían tenido la intención de atacar al ejército vencedor esperando encontrarlo desprevenido y entregado á la con-

lores y lamentos espantosos, no digo yo quinientos ó seiscientos pobres diablos como aquí, sino millones por día.

—Pero uno no los ve.

—¡Vaya con el consuelo! Pero los ven sus hijos, sus padres, sus hermanos, el... que los confiesa... el médico. que los mata sin refregarse los ojos... los asesinos que los despachan y qué sé yo que otros mil.

—Pero á esos desgraciados los auxilian y los atienden otros; mientras que estos desgraciados quedan ahí postrados y mueren sin más compañero que el abandono, la soledad, las tinieblas y el frío de la noche, clamando por un dedal de agua que nadie les da.

—Pues mira: duerme bien esta noche; y mañana verás salir el sol como todos los días. Los muertos se pudrirán enterrados ó no enterrados: los que no sean devorados por los gusanos serán devorados por los cóndores. Se pondrá el sol después, saldrá la luna y brillarán las estrellas como siempre. Y por último ¿para qué hemos tomado servicio y cargamos esta espada?... Para matar y para matar, mientras no nos maten otros á nosotros. Y como nosotros también hemos de morir sin que el sol se pare por eso, ni dejen de parir las mujeres, todo se reduce al fin á morir unos cuantos años antes ó unos cuantos años después. Con que así, deja tú á los que mueren que mueran, y veamos si en el tiempo que hemos de vivir logramos ser nosotros de los que matan y gobiernan y gozan... Por lo que hace á mí, eso es lo que voy buscando, y para eso pongo en riesgo mi vida... A mí me gusta matar y mandar; ¡y maldito si me importa un bledo de los que caen, con tal que yo sea de los que queden!

—Pues yo me he decidido á tomar parte en el ejército sólo para defender la patria.

—¡Matando!

—Matando, no; peleando por el triunfo, y por la victoria

fianza de su triunfo, pero habían tenido que desistir de la aventura prefiriendo replegarse. La demoralización se había apoderado de los cuerpos; relajada la disciplina, los derrotados no obedecían órdenes de nadie, y corrían por grupos en la direc-

de la tierra en que hemos nacido, para ser libres en ella y hacerla feliz.

—¡Y todo esto matando!... La prueba está en todos esos quejidos y lamentos que estás oyendo y que te horrorizan.

—¡Así será! pero lo que sé es que tengo aquí en el corazón otra clase de sentimientos y de ideas que no son esas... ¡Libertar á Chile y triunfar de España, es algo más que matar! ¡La gloria y la gratitud de los pueblos!

—Sí... ¡Ya verás la gratitud de los pueblos!... y en cuanto á la gloria no es gratitud sino agravios y rencores lo que te ha de dar si un tonto como *vos* llega á verla... ¡Para los pavos!

—Si todos viesen el mundo como usted, sería mejor haber nacido pampa, fray Félix!—le dijo el joven con un enfado visible y con acrimonia.

Pero no bien había pronunciado estas últimas palabras cuando el fraile, acercándole su caballo con un movimiento violentísimo, levantó la mano con todo el ímpetu de la rabia como para descargarla de revés sobre su compañero. Y lo hubiera hecho, si éste, sorprendido pero ágil, no hubiera separado á tiempo su cuerpo y echado mano al puño de su espada.

El fraile Aldao se contuvo entonces, y le dijo (**):

—¡Mira, mocoso! si no te hubiera visto nacer, y si no fuéramos los dos de Mendoza, te daría una lección que

(**) Don Félix Aldao, era un fraile mendocino que dado por genio á las aventuras consiguió que lo hicieran capellán del batallón número 11. En el ataque de la *Guardia*, se sacó los hábitos, se metió en el piquete de los granaderos, y tomó una parte cruel en la matanza. Desde entonces comenzó á figurar como teniente y no había para él mayor injuria que decirle *el fraile*; por lo cual se lo repetían siempre los demás oficiales. Sabido es que ascendió hasta coronel y que fué el tirano más atroz y siniestro de Mendoza á su vuelta del Perú.

ción de Valparaíso y de otros puertos sin más mira que huir y que embarcarse en los buques que pudieran encontrar. Los demás cuerpos que no habían entrado en la acción, contagiados también del pánico general, y sin contar con la cohesión necesaria ni con la autoridad de un mando superior para hacer pie, volvían á tomar á toda prisa el camino del sur replegándose á Concepción y á Talcahuano, para tener tiempo de conocer la situación general en que habían de quedar las cosas, y tomar medidas de defensa ó esperar refuerzos del Perú.

no olvidarías jamás... Pero te advierto que si otra vez me injurias te has de arrepentir.

—No quiero contestarle, teniente Aldao, porque reconozco mi falta y porque estamos delante de la tropa. Pero usted comprende que el hábito...

—¿El hábito? ¿Vuelves?—dijo el *fraile* Aldao como si quisiera contenerse antes de estallar.

—Quiero decir la costumbre. No he tenido la menor intención de ofenderlo; ni pensé lo qué decía.

Pues ten cuidado para adelante, porque estoy resuelto á meterle cuatro pulgadas de acero al que pretenda seguir con esta costumbre, sin tener en cuenta lo que soy ahora y lo que quiero ser en adelante.

Después de esta escena, los dos compañeros marchaban en silencio, cuando á poco tiempo se sintió el galope de un caballo que venía de la vanguardia y que detuvo su carrera junto á ellos.—¿Qué hay, Juan Apóstol? le preguntó Aldao (***).

—Orden de que todos los piquetes se pongan al trote; y que usted se incorpore á su cuerpo, fray Félix.

—;Fray tu madre, loco de m...!

El oficial soltó una carcajada, y dando vuelta á su caballo tomó *otra* vez hacia el cuartel general.

(***) Don Juan Apóstol Martínez, uno de los oficiales más bravos y más desparpajados del ejército.

El mariscal Marcó del Pont había huído con tiempo de la ciudad. Desde mucho antes había hecho marchar en dirección á Valparaíso las carretas de su gran equipaje, los papeles de los archivos, y todos los valores líquidos, en barra y en dinero, que había podido tomar del tesoro, sin pensar en otra cosa que en embarcarse.

Cuando el pueblo se dió cuenta de todo esto se rían como las nueve de la noche. Alborotada la plebe, se lanzó á las calles armada de hachas, barretas y picos, vociferando en un desorden atroz, y atacando á mano armada las casas que se tenían por más opulentas y ricas, sin distinción de partido. A esta horrible confusión se agregó que los grupos de realistas derrotados, creyéndose en peligro, atravesaban las calles, disparando sus fusiles y atacando también todo lo que encontraban al paso, en su deseo de ganar pronto los caminos por donde trataban de escapar. Andaban así revueltos con las familias, mujeres y niños, que ansiosos seguían á sus deudos, y mujeres y pilluelos de la clase baja que robaban y agredían sin piedad.

En tan crueles angustias, unos cuantos de los vecinos principales se reunieron con urgencia en la casa del opulento don Francisco Ruiz Tagle. Con la firma de éste lograron hacer venir á la reunión á muchos otros, y constituir por el momento una especie de autoridad que tomó á su cargo el restablecimiento del orden. La empresa era ardua por cierto; fué preciso emplear muchas horas antes de poder organizar y armar algunas patrullas de vecinos, sirvientes y gente buena con que tratar de restablecer algún orden. Pero, desesperando de tener me-

dios con que llevarlo á cabo, despacharon expreso sobre expreso al general San Martín para que apresurase su marcha sobre la capital, y acudiese á salvarla cuanto antes del saqueo que por momentos tomaba formas terribles, y del incendio de edificios que ya comenzaba á pronunciarse en muchos puntos de importancia. El general San Martín mandó adelantar al general Soler con orden de ocupar la capital.

Entre tanto, las fuerzas realistas que no habían alcanzado á entrar en acción, se retiraban aprisa por los caminos que van al Sur, al mando de Sánchez, de Quintanilla, Baraño y Morgado; Elorreaga y Marqueli quedaban muertos en el campo de batalla con muchos oficiales subalternos.

Los cuerpos que habían tomado parte en la batalla, estaban deshechos: los *Talaveras* casi todos prisioneros, y de sus oficiales no escapó uno solo. El feroz *Zambruno* y su cómplice Villalobos, fueron encausados como facinerosos, y destituidos de la calidad de militares en razón de la notoriedad de sus crímenes, fueron fusilados y colgados en la horca, sin que el virrey ni los realistas hubiesen reclamado jamás, ni ejercido represalia, tal era el conocimiento que todos tenían de sus infames atentados y de la justicia de la sentencia.

El presidente Marcó del Pont fué aprehendido en las inmediaciones del puerto de *San Antonio*, y traído á presencia del general San Martín, enviado á la provincia argentina de San Luis, con orden de no impedirle la libertad de su persona, mientras no tratara de salir de los límites de esa villa provincial.

El general Maroto pensó un momento en reunir á los dispersos y embarcarse con ellos hacia el Sur. Pero en la cuesta de *Prado*, camino de Valparaíso, se desorganizó todo al sentir las primeras avanzadas de *granaderos á caballo* que se aproximaban. Maroto llegó á tiempo para embarcarse y llevar al Perú la noticia de que el ejército argentino quedaba dueño de la capital y del centro de Chile.

En los dos primeros días de la ocupación siguió gobernando ostensiblemente el anciano Ruiz Tagle con el título de gobernador interino. El 15 de febrero publicó San Martín un bando convocando al pueblo á elegir en Santiago el Jefe Supremo de la nación. Presidida la grande Asamblea por el gobernador interino, resultó electo casi por unanimidad de votos el general San Martín. Pero como éste se negase redondamente á ocupar semejante puesto, repitióse el acto, y recayeron los votos en don Bernardo O'Higgins. Este se posesionó del mando y nombró ministros á don Miguel Zañartu y á don Ignacio Centeno: el primero, hombre de grande fibra, y partidario celosísimo de la influencia argentina; el segundo, un administrador modelo, y sujeto honorabilísimo á quien San Martín había distinguido en Mendoza con cargos de alta confianza, y con el peso de todo lo relativo á las cuentas y administración del ejército.

Lo más urgente ahora era continuar la campaña sobre los realistas que se habían retirado al Sur. Pero una vez electo el general O'Higgins Director Supremo del Estado, el general Soler se avistó con el general San Martín y le hizo presente que de-

seaba retirarse del Ejército de los Andes, porque comprendía que todo debía marchar de acuerdo con el Supremo Director, cuya dirección ú órdenes no estaba dispuesto á aceptar. Al general San Martín le convenía esa separación, por razones de armonía política con el nuevo centro de su autoridad personal, y condescendió, aunque conocía perfectamente la inmensa superioridad militar del general Soler sobre O'Higgins (15).

Al mismo tiempo de haber concentrado su poderoso ataque sobre la provincia de *Ackon-Kahuac*, San Martín había desprendido por el sur al teniente coronel de Chile don Ramón Freire, y por el norte al de igual grado don Juan Manuel Cabot. El primero tenía orden de entrar con unos pocos partidarios por *Colchagua*, levantar guerrillas del país y ocupar á Talca. El segundo, debía ejecutar la misma operación sobre Coquimbo. Las dos operaciones se realizaron con éxito, pero sin importancia notable ó positiva en los sucesos, que al fin y al cabo fueron todos ellos puro efecto de la victoria de CHACABUCO.

(15) Tratándose de cómo podría suplirse el mando en una ausencia del general San Martín, el señor Pueyrredón escribía al señor Guido: «Considero á O'Higgins muy bueno, pero en la guerra, la opinión (¿el crédito?) es un arma muy eficaz, y es preciso convenir en que no tiene la necesaria, *ni entre nuestras tropas, ni entre las del enemigo*». (Carta del 9 de septiembre de 1817 inserta en la página 32 de los *Papeles del general Guido*). Podríamos dar muchos más datos sobre la poca opinión que se tenía de la competencia militar de O'Higgins; pero lo consideramos inútil y fuera de nuestro asunto.

He aquí el conjunto de los sucesos y de las proezas que volaban en boca de todos
1817 los habitantes de Buenos Aires,
Febrero 26 como fantástica leyenda, en medio del bullicio de las músicas, de los cohetes, de los repiques y de las salvas de artillería, á las tres de la tarde del día 26 de febrero de 1817. Las cartas particulares; las relaciones verbales del oficial que había traído el parte y la correspondencia; las invenciones naturales del entusiasmo y de la imaginación popular llenando de colorido poético los hechos, y quizás más verdaderas que los hechos mismos, oídas y referidas por todos con avidez insaciable en aquella bellísima tarde de nuestro plácido otoño, servían de alimento á la llama vívida en que ardían los hijos de la grande capital exaltados por el júbilo. ¡Los deudos, los hermanos, los amigos, los *niños de la casa* eran los héroes que habían reconquistado á Chile haciendo brillar las espadas argentinas en el campo de la victoria! Pronto, muy pronto, embarcándose aunque fuese en lanchas, iban ellos, victoriosos á la vez, á plantar la BANDERA CELESTE y BLANCA sobre el solio humillado de los virreyes de Lima. San Martín lo anunciaba y lo escribía así en ese mismo momento á muchas personas. ¿Cómo dudarlo?... El pueblo, ebrio de placer, ebrio de noble orgullo miraba satisfecho y respetuoso al Supremo Director, á quien tanta parte tocaba en el éxito de esa campaña para decir con justicia que había contribuído á salvar la patria, á asegurar la feliz terminación de la guerra de la Independencia Argentina, y poner su brazo en la EMANCIPACIÓN DEL CONTINENTE SUDAMERICANO,

que era ya una consecuencia de la victoria primera del *Ejército de los Andes*.

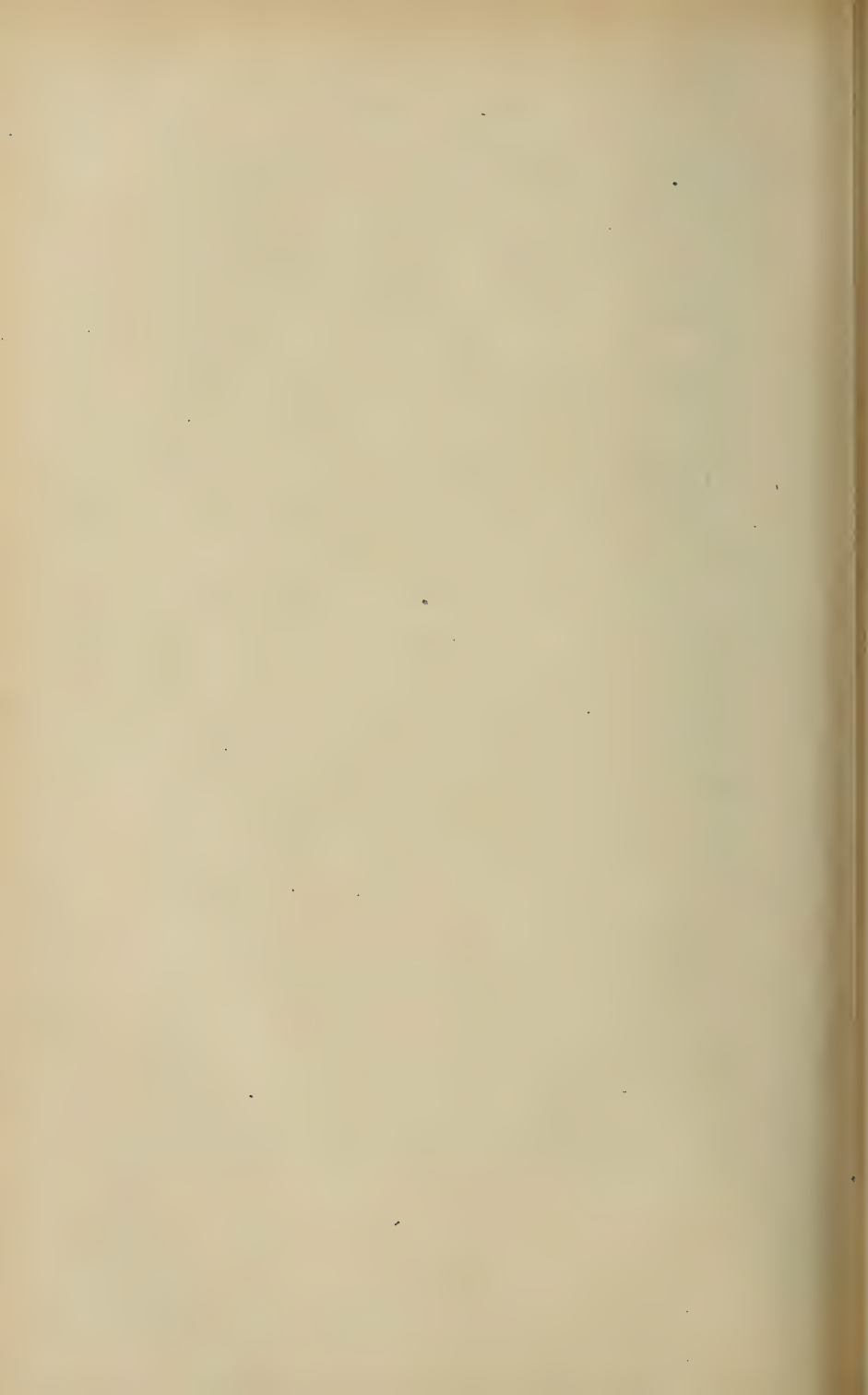
El Supremo Director de Chile don Bernardo O'Higgins, se dirigió al gobierno de los Estados Unidos de Norte América, al emperador de Rusia, y á otros gobiernos europeos

1817

Abril 1.º

anunciándoles la restauración de Chile y su exaltación al mando, en estos términos: «Después de haber sido restaurado el hermoso reino de Chile POR LAS ARMAS DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA el 12 de febrero del corriente año bajo las órdenes del general San Martín, y elevado como he sido por la voluntad del pueblo á la Suprema Dirección del Estado, es de mi deber anunciar al mundo un nuevo asilo en estos países á la industria, á la amistad y á los ciudadanos de todas las naciones del globo... LA SABIDURÍA Y RECURSOS DE LA NACIÓN ARGENTINA limítrofe, decidida por nuestra emancipación, da lugar á un porvenir próspero y feliz en estas regiones» (16).

(16) *Papeles del señor Guido*, págs. 27 á 32.



APÉNDICE I

(Página 42)

INFORME DEL GENERAL BELGRANO SOBRE LA MISIÓN Á EUROPA EN 1815

LAS INSTRUCCIONES: Como el exacto desempeño y éxito feliz de la Comisión encargada á V. S. y D. Bernardino Rivadavia exige que dividan su atención para gestionar con igual destreza en las Cortes de Madrid y Londres, *según el semblante que presenten* los tratados en la primera, se hace preciso que dirigiéndose á ella sólo su compañero fije V. S. en esa su residencia para aprovechar las circunstancias, y sacar todo el partido posible de las noticias y comunicaciones que deberá hacer aquél desde Madrid; quedando siempre expedito en un caso imprevisto y desgraciado que haga desaparecer toda esperanza de conciliación por parte del monarca, para adoptar medidas y entablar pretensiones de acuerdo en todo con don Manuel de Sarratea á efecto de proporcionar las mejores ventajas y la pacificación de estas provincias sobre bases sólidas y permanentes. En su consecuencia y considerando que el viaje y permanencia en España de don Bernardino Rivadavia debe ponerlo en la necesidad de causar mayores gastos, he determinado que lleve consigo las dos terceras partes de los fondos destinados á la comisión, quedando V. S. con lo restante para su subsistencia, mientras que le llegan los socorros pecuniarios que trataré de hacer poner en manos de V. S. con la calidad de remitir las dos terceras partes al expresado don Bernardino Rivadavia durante su existencia en España.—Dios guarde á V. S. muchos años. Buenos Aires, diciembre 10 de 1814.—Gervasio Antonio de Posadas.—Al brigadier don Manuel Belgrano.

B

INFORME DE BELGRANO

Relación de mis pasos y ocurrencias de mi viaje al Brasil é Inglaterra, extendida de orden verbal del Excmo. Supremo Director Interino.

A consecuencia del nombramiento que el Director don Gervasio Posadas hizo en mí, confiándome instrucciones y otros papeles que debían gobernarme, á la vez que á don Bernardino Rivadavia, en la diputación para ante la corte del Brasil y la de España, hice mis diligencias para hallarme pronto á salir de ésta en el momento que se me avisase.

Llegados á Río Janeiro dimos todos los pasos que se nos habían encargado por el gobierno, de que debe estar instruido por nuestras comunicaciones.

De allí pasamos á Inglaterra.

Sarratea vino, se le impuso de todo y nos manifestó que había asuntos de otra importancia y que de ningún modo debía ir alguno á España; que habíamos llegado lo más á propósito que podía ser, según que ya había hablado con Rivadavia la noche anterior

En seguida nos condujo á casa de los señores Hullet Hermanos y Compañía á entregar nuestras recomendaciones y por un modo improvisado hizo que pusiese en manos de aquellos señores las letras que llevábamos contra la de Wigmare que goza de altas consideraciones en Londres: yo me resistía, pero Rivadavia, me expuso que convenía al honor del país, y al momento depuse mi resistencia que no se llegó á percibir.

Cuando íbamos á la nominada casa me indicó el proyecto que había entablado y de que había instruido la noche anterior á Rivadavia, para ver si conseguía que el infante don Francisco de Paula viniese á ésta; que estaba de vuelta de ver á los reyes padres y príncipe de

la Paz, el conde de Cabarrús, á quien había escogido para agente de este negocio, y que vendría á hablarnos de la entrevista y conversaciones que había tenido con los expresados personajes, por los cuales decía Sarratea que todos estaban dispuestos, y nos presentó la cosa de modo tan fácil de verificarse, que sólo faltaba que nosotros entrásemos al pensamiento.

En efecto nos acercamos á personas que podrían instruirnos y hallamos conformes á todos en que la alianza de los soberanos era la más estrecha que tal vez habían presentado los siglos; que las miras de todos ellos era sostener la legitimidad, y que no había que pensar en que tuviesen cabida las ideas del republicanism; que además esas ideas habían venido por el orden de los sucesos y experiencias de veinte y cinco años en Francia, á reducirse á las de monarquía constitucional, teniéndose ya este gobierno por el único, y presentando para sostenerlo el ejemplo de Inglaterra.

A los diez días se nos presentó el conde de Cabarrús á instruirnos del pormenor de sus conversaciones con el rey, la reina y príncipe de la Paz, para conseguir que el infante ya dicho viniese á ésta; que había hallado en los últimos las disposiciones más favorables, y que en el primero, aunque no una decisión, al menos una predisposición á consentir, deteniéndole su conciencia para dar su consentimiento, y que para convencerse debía consultar la materia.

que ahora con nuestra venida se daba nuevo apoyo al pensamiento; puesto que la representación tenía otro carácter y que al fin se verificaría lo que le había dicho la reina, de que quisiera ó no el rey, el joven se pondría en marcha, luego que el conde volviese con las seguridades que nosotros le podíamos dar, si nembargo de que el príncipe de la Paz se había insinuado que se buscasse el favor del gobierno inglés ó el de Napoleón, para llevar adelante esta empresa; añadiendo que éste quería que se le pusiesen fondos para trasladarse inmediatamente á Inglaterra y tener cómo vivir en ella, pues en el momento que se

supiese la salida del infante lo perseguirían por el influjo de la corte de España.

Nosotros tratamos de reflexionar sobre la materia con aquel pulso y madurez que exigía: observamos, por una parte, el estado en que habíamos dejado las Provincias Unidas y el de los gobernantes que las regían, y las disposiciones de la corte de España para traernos la guerra á nosotros, que por un efecto sólo de la Providencia, se variaron en la expedición de Morillo; la frialdad del gobierno inglés, ó no sé si me atreva á decir, enemiga con nosotros y con todos los demás gobiernos de América; el interés que manifestaban el resto de las potencias, incluyendo los Estados Unidos de la América, en que nos conservásemos unidos á la España.

Observamos la reacción que se obraría en la familia de España con este hecho, como se cruzarían sus ideas en contra de la América con él, desde que nosotros apoyásemos el proyecto en el derecho que nos asistía de escoger este infante, lo mismo que habían hecho los españoles escogiendo á Fernando y despojando á su padre del reino; que nombrando el padre á su hijo, el predicho infante, por su sucesor en las provincias del Río de la Plata, se declararía precisamente el gobierno inglés por el pensamiento, así porque era nuestro y consiguiente á los principios con que obra en sus transacciones políticas con el continente de Europa, como porque entonces, no teniendo disculpa para con su nación que está empeñada en nuestra independencia, y se empeñaría más, viendo que la imitábamos en su clase de soberano, se vería precisado á seguir sus votos.

y que al fin por este medio conseguiríamos la independencia, y que ella fuera reconocida con los mayores elogios, puesto que en Europa, como ya dejé apuntado, no hay el furor republicano, é igualmente establecer un gobierno con bases sólidas y permanentes según la voluntad de los pueblos, en quien estuviesen deslindadas las facultades de los poderes, conforme á sus circunstancias, carácter, principios, educación y demás ideas que predominan,

y que la experiencia de cinco y más años que llevamos de revolución nos han enseñado. Considerando, pues, todo esto, y teniendo también presente de que resistirnos era obrar no sólo contra lo que la razón dictaba en las circunstancias como único remedio á nuestra patria, sino que se atribuiría después á nuestra resistencia su pérdida; considerando igualmente las instrucciones que gobernaban á Rivadavia, y, las que tanto á él como á mí se dirigían, de hacer lo que pudiéramos por ellas, y este era el único arbitrio que se presentaba más análogo para llevarlas, como se convencerá cualquiera que conozca el estado de Europa desde marzo de 1814, nos resolvimos á entrar en el proyecto y prestarle todos los auxilios que de nuestra parte estuviesen, hasta el término de habernos hecho cargo de parte de los gastos que se habían causado en el primer viaje del conde de Cabarrús; procurando que se guardase en la materia el sigilo que ella requería, pues aspirábamos á que el tal infante fuese á Londres y traerlo sin que se llegase á penetrar, hasta que se supiera hallarse en ésta, con las miras que referiré y que no son de fiarse á la pluma.

Fué consiguiente á esto que don Bernardino Rivadavia tratase de metodizar el plan, darle existencia de un modo sólido y ponerse todo tan en orden que á haber querido el rey, nada tenía que hacer sino firmar; enseñó á Sarratea cómo había de extender las instrucciones que todos tres formamos y cómo se había de dirigir en su presentación al rey; en una palabra, *Rivadavia fué el director del asunto* como perfectamente instruido en nuestros sucesos y en atención á los conocimientos que posee y el pulso y tino que le acompaña; *quedándome á mí sólo el ser escribiente del todo.*

Mientras se arreglaban los papeles que debía llevar el conde, advertimos en él cierta conducta impropia en cuanto á intereses, en que inculcaba Sarratea, haciéndonos concebir ideas poco ventajosas, y aun de algunas ligerezas por la mucha importancia que daba á los grandes conocimientos y talentos del príncipe de la Paz; tanto que Rivadavia propuso que se echase mano de don José Olaguer, que había ido á Londres para pasar á ésta, así porque conocimos en él despejo y talento suficiente para la comi-

sión, cuanto porque habiendo sido paje del rey, podría lograr la introducción que necesitábamos, agregándose á todo la gran circunstancia de ser hijo de nuestra patria; pero Sarratea se empeñó en que había de ir el conde.

Salió el conde á fines de junio; porque así Rivadavia como yo tratábamos de ver el resultado de la batalla que se esperaba y que al fin tuvo lugar el 18 en Waterloo tan en contra de la causa de los pueblos; y viajó hasta encontrarse con los reyes padres en Roma, en donde se halló con todo el teatro cambiado: sólo puedo presentar una copia número 17 de una de sus cartas que había sacado Rivadavia, pues Sarratea no ha querido franqueármelas para sacar copia, ni dárme las.

Por lo que oí á éste, insistiendo Rivadavia por las cartas para que yo trajese copia, su doctrina, verdaderamente singular, era de que nunca la presentaría ni aun al gobierno; pues éste debía creerle sobre su palabra, y que si no tenía confianza en él, que nombrase otro.

El conde que se vió con un éxito tan contrario á lo que nos había prometido, y que en verdad nosotros no esperábamos, escribió que se proponía robar al infante para traerlo: proyecto descabellado, si es que lo hubo, y no fué empresa para lo que después se verá; inmediatamente le dijimos á Sarratea que se le mandase venir; no hubo cosa que no se le ocurriese á éste para degradarlo y para hacernos concebir las ideas de su mal manejo; diciéndonos que sin duda quería hacerse de todo el dinero librado para el objeto: en una palabra, nada de cuanto hay de malo, dejó de atribuirle.

Entre tanto, convinimos en que éste vendría igualmente que yo á dar cuenta de todo, á imponerle al gobierno, y que don Bernardino Rivadavia quedase para continuar el negocio, si las circunstancias lo permitían, y sobre todo para seguir una relación con el gobierno de España, que lo entretuviese y separase de ideas de expedición, respecto á los conocimientos de Rivadavia, á su carácter, al concepto que había adquirido con la persona intermedia en la materia, al opuesto de la que tiene Sarratea en Es-

pañá *por su de cabellada conducta y que él mismo confesó que nadie querría tratar con él, bastando que oyese su nombre para no darle crédito*: tuvimos también en mira separarlo de nuestra parte, y don Bernardino Rivadavia aun franqueádole intereses de su propiedad.

Esperando el regreso de Cabarrús, sucedió que fuese yo una mañana á visitarlo, y hablando de nuestra venida, me propuso, que no debería decir al gobierno dando cuenta de mis pasos y procedimientos, que nuestra intención había sido traer al infante, sino tenerlo en Londres, hasta que el gobierno dispusiese: como mi carácter jamás me permitía andar con engaños, y sé que la verdad en medio de las contradicciones tarde ó temprano aparece, le oí, y esperé que hubiera ocasión para hallarnos junto con Rivadavia: no tardó mucho en verificarse ésto, porque siempre estaba en casa á almorzar y comer en nuestra mesa con toda la deferencia y confianza que de nuestra parte eran imaginables; porque teniendo en consideración que siempre las reuniones de diferentes sujetos á un mismo objeto, producen desavenencias, nosotros hemos querido ceder en todo: así es que le hemos complacido en cuanto á Londres por el desprecio con que trataba á nuestros gobernantes y á lo general de nuestros compatriotas que tienen algún ascendiente y nombre en el país; por la ostentación que le habíamos visto hacer de profesar principios enteramente opuestos para hacerse lugar entre gentes que de nada pueden servir á nuestra causa, igualmente por evitar el sacrificio de los fondos del estado *con sus gastos descabellados*, sin provecho alguno de aquél; pues no tenía una sola relación con los ministros de Inglaterra, ni sus adherentes; en una palabra, *convencidos del concepto que ya tenía entre los que habíante mandado á nuestra salida de ésta y habían encargado á Rivadavia particularmente que viese el medio más honesto de hacerlo volver, lo que yo creía, séame permitido decir mi engaño, que era más bien obra de la rivalidad que de la razón*.

Bien pronto se presentó la ocasión en aquel mismo día, y en su presencia manifestó á Rivadavia la proposición, que inmediatamente desechó como ajena de la verdad, y

entonces Sarratea repuso que si no se hacía aquéllo, él se separaba desde aquel momento de todo.

Llegó por fin el conde de Cabarrús, y Sarratea que tanto nos había hablado en contra suya, que decía lo reconven-
dría sobre los hechos *de tomar dinero de nuestros banqueros*,
de haber intentado un paso ridículo con sólo el objeto de
apoderarse de los fondos que se habían destinado para
el objeto, empezó á variar en su conducta hacia nosotros:
el mismo conde vino á visitarnos y darnos noticias del
resultado de su misión; de su capricho de robar al in-
fante; de la cortedad de sus gastos por la baratura del
continente con respecto á Inglaterra, y por último que
habían sobrado algunas libras; y que luego que viniese
un tal Durand que debía haber servido para conducir al
infante, así que se le nombrase por rey, presentaría la
cuenta.

A pocos días de esto, Sarratea se apareció una mañana
en casa, conforme á su costumbre, pero con un aire brus-
co y grosero, y tratándole Rivadavia de las cartas del
conde, puesto que mi marcha se acercaba, se produjo en
los términos que antes he apuntado, el que ni al gobierno
las presentaría: Rivadavia con quien era la conversación,
pues yo me hallaba bastante indispuerto, le expuso lo conve-
niente, y que de dónde había sacado que al gobierno se
le podía satisfacer con relaciones; que era de obligación
presentar los documentos que acreditaban aquéllas; la res-
puesta fué decir:—A mí no me convence usted, mándeme
usted con su criado los papeles que tiene aquí, que yo le
enviaré los que tenga en casa, y salióse sin la contestación.

Desde aquel día dejó de venir; sin embargo á la noche
siguiente, vino á darme satisfacción; estuvimos hablando
amigablemente, y como en reserva me dijo: que tocando
en Gibraltar y en Madrid, pensaba venir á ésta; se despi-
dió, y siguió su sistema de no venir á almorzar, ni á comer,
como lo había estado haciendo meses consecutivos.

Pero acercándose mi marcha y no teniendo ni la cuen-
ta ofrecida de Cabarrús, ni los papeles que debía presen-
tar, le escribí pidiéndola, para ajustar con los banqueros;

me la mandó, con el núm. 3, del que saqué copia núm. 4 y le contesté con el número 5, á que contestó con el núm. 6, diciéndome que á él no se le mandaban órdenes y que por deferencia hacia mí me daría un extracto de los papeles; que las instrucciones no se le podían recoger al conde.

mi contestación fué: que yo no le había pasado órdenes, que le había pedido lo que era de mi deber con toda la atención, según mis cartas lo indican; que las instrucciones podían y debían recogerse, concluido el negocio, pues, como habíamos convenido, debían recogerse todos los papeles de la mano del conde, luego que llegase, para que no quedase rastro alguno, y que por ellos no se viniese á traicionar en un negocio que cerraba la puerta á toda negociación con la corte de España, y que me enseñase el artículo reservado para hacerle ver que no daba al conde facultad para quedarse con ellos más de lo preciso; y *que para mí no era hombre de bien el que presentaba cuentas como él, sin un documento que las justificase*; me dijo que me contestaría al día siguiente, y que yo no veía claro en la materia: indicándome sentimientos contra Rivadavia con palabras enfáticas de que colegí, *de que todo era obra de su conducta y aspiraba á buscar medios de dorarla*.

El resultado de mi carta de reflexiones sobre la cuenta del conde de Cabarrús, fué hallarme con éste en casa de los banqueros, adonde fuí á pedir nuestras cuentas para dejarlo todo finiquitado, por lo que hacía á mí, y que allí me dijese que á mi carta contestaría á don Manuel Sarratea y á mí pasaría á pedirme explicaciones sobre ella á mi casa: á lo que le contesté que el día que quisiese; y por donde se ve, que Sarratea lejos de valerse de mis reflexiones, que dudo no parecerán sociales á cualquiera que las lea, fué y las puso en manos de Cabarrús, para fomentar el escándalo á que se condujo, y que añadiré pruebas que califiquen mi contesto de un modo indudable.

Pasaron dos ó tres días de mi expresada entrevista con el conde, cuando en la mañana del 2 de noviembre, me encontré con una cita suya, y en su consecuencia fuí al punto designado llevando en mi compañía á don Mariano Miller sin que supiese el objeto que me conducía: cum-

plida la hora de la cita me regresaba á mi casa y encontramos al conde con don José Olaguer: le dije al verlo que la hora se había pasado, y queriendo apartarlo para hablarle de su singularidad, se empeñó en publicar su objeto que era reducido, á que le diese satisfacción de la predicha carta escrita á don Manuel Sarratea: á que le contesté que esta carta no era escrita á él; y que si le ofendían las reflexiones de ella no era yo quien le hacía la ofensa sino quien se la había enseñado; no queriendo darle otra satisfacción, seguía acalorándose la disputa, y entonces Olaguer le dijo que hasta allí había venido como un amigo suyo; y volviéndose á mí me protestó á nombre de todos los americanos de cualquier paso que diese, y me presentó la carta núm. 18 de don Bernardino Rivadavia, la leí, y considerando la trascendencia que traería la publicidad del hecho, viendo también que su padrino se le había vuelto en contra, me despedí.

Al regreso á mi casa dije á Rivadavia que había recibido su carta; entonces él me significó que había atinado con el objeto del papel de Cabarrús, y deducía *que todo era obra de Sarratea, como yo mismo me he convencido*: sin duda éste no teniendo qué decir de mí, quería tener un motivo del concepto que felizmente merezco en Inglaterra. El hecho es que él le dió la carta al conde; que fué sabedor de todos sus pasos, que era su consultor y á todas horas estaban juntos; por último que le proporcionó hasta las pistolas por medio de su crédito, dándole un papel para que las fuese á recibir de casa del armero, donde el mismo Sarratea las había hecho preparar: hecho que sólo puede ser obra del corazón más inicuo.

Buenos Aires, 3 de febrero de 1816.

(Firmado) MANUEL BELGRANO.

APÉNDICE II

(Página 58)

NEGOCIACIÓN DE DON BERNARDO RIVADAVIA EN MADRID EN 1816

«Excmo. Señor:

»El 27 del corriente tuve la satisfacción de presentarme á V. S. en cumplimiento de la Real Orden de 21 de diciembre de 1815, de poner en sus manos la Credencial de mi Comisión, y de explicarle el objeto de ella, así como los incidentes que pueden influir más substancialmente en el asunto.

»Como la misión de los pueblos que me han diputado, se reduce á cumplir con la sagrada obligación de presentar á los pies de S. M. *las más sinceras protestas de reconocimiento de su vasallaje*: felicitándolo por su venturosa y deseada restitución al trono: y suplicarle humildemente el que se digne, como padre de sus pueblos, darles á entender los términos que han de reglar su gobierno y administración. V. E. me permitirá el que sobre tan interesantes particulares le pida una contestación, cual la desean los indicados pueblos y demande la situación *de aquella parte de la monarquía*.

»Madrid, á 28 de mayo de 1816.

»Excmo. Señor:

»BERNARDINO RIVADAVIA.»

Después de este solemne reconocimiento del vasallaje, acto que cerraba al diputado toda vía decorosa de invocar derechos en nombre de los pueblos del Río de la Plata,

parece que el diputado comprendió los peligros de la falsa situación en que se había colocado, y, trató de atenuar, aunque tarde, el alcance de sus palabras, dirigiendo al mismo Cevallos, en el día inmediato, la comunicación que transcribimos:

«Excmo. Señor:

»Cuando se me confirió la Comisión de que he instruido á V. E., haciéndose cargo aquellos pueblos de que la recíproca confianza debía ser la base de la seguridad y acierto de todo resultado, me previnieron expresamente el suplicar á S. M. que quisiese, si era de su soberano agrado, enviar á aquel país uno ó más sujetos que mereciesen su real confianza, para que instruídos prácticamente de la situación de dichos pueblos, informen con verdad y exactitud, y aun acuerden conforme á las facultades que S. M. tenga á bien conferirles.

»Espero igualmente que sobre este punto V. E. tendrá la bondad de coniestarme.

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Madrid, 29 de mayo de 1816.

»BERNARDINO RIVADAVIA.»

Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, Primer Ministro de Estado del Despacho de S. M.

La respuesta del ministro fué como sigue:

»El Rey Nuestro Señor, acordándose de que es padre de sus vasallos, y deseando por todos los medios posibles restablecer la tranquilidad de sus dominios, se prestó á oír las expresiones de sumisión y vasallaje de los que se dicen... diputados del llamado gobierno de Buenos Aires.

»En consecuencia de esta determinación expedida por el extinguido Ministerio Universal de Indias, he dado á usted pasaporte para venir á la Corte á fin de tratar de los medios de restablecer el orden y el verdadero respeto á la autoridad de S. M.

»En nuestra primera conferencia, se sirvió usted presentarme el documento de su Poder, pero, tan informal y desnudo de autenticidad, que me *dió motivo para sospechar de su legitimidad*, mucho más, después que Sarratea, que también se dice diputado, *me había escrito que los Poderes de usted estaban revocados*; mas por todo pasé, animado del deseo de no poner estorbos á las paternales y benéficas miras del Rey.

»Pregunté á usted si tenía instrucciones, y me respondió que nos las traía, ni había pedido á sus comitentes, *porque habiendo en la Junta de Buenos Aires algunas cabezas exaltadas*, le pareció que era preferible no traer instrucciones algunas antes, que traerlas tales que pudiesen irritar el ánimo de S. M., y oponer estorbos al ejercicio de su clemencia. Con esto, y con haber manifestado á usted el deseo del Rey de poner término feliz á las turbaciones de Buenos Aires, se terminó nuestra primera sesión.

»A los dos días, *se me presentó el Director de la Compañía de Filipinas, don Juan Manuel de Gandasegui*, y me dijo de parte de usted, *que se le había olvidado* decirme que en un *capítulo* de sus *Instrucciones*, se le prevenía el punto de que habla el oficio de 27 de mayo último.

»Nueva contradicción, que aumenta *las sospechas contra la buena fe de que debía estar animada la conducta de unos sujetos que arrepentidos de la tenida hasta aquí* acuden á la clemencia del mejor de los Soberanos.

»Las sospechas crecieron con la noticia de que los corsarios de Buenos Aires se habían apostado á las cercanías de Cádiz, para hostilizar nuestro comercio, y esta noticia, unida al retardo de la venida de usted, dieron á las sospechas un grado de evidencia, de que los designios de Buenos Aires, no eran otros que los de ganar tiempo y adormecer las providencias reclamadas por la justicia y el decoro del gobierno.

»Después que éste ha puesto en práctica todas las medidas recomendadas por la clemencia, y por el deseo de poner fin á una discordia intestina que hace la desolación de unos pueblos hasta ahora felices, así por su aventajado clima, como por la prudencia y suavidad de las leyes que los regían; es preciso que acordándose de su decoro,

corte el hilo de unas conferencias *destituidas por parte de usted del candor, de la buena fe y sincero arrepentimiento que debían animarlas*, singularmente cuando se entablaron bajo la autoridad de un soberano que ha querido que el atributo de padre de sus pueblos, resalte sobre las demás de su soberanía. En consecuencia, ha determinado S. M. que usted se retire de su real garantía, pues como quiera que ésta se concedió á un sujeto *que se creyó adornado de las calidades que inspiran la confianza, después de las conferencias, es otro* muy distinto á los ojos de la ley; sin embargo, el rey se desentiende de sus derechos, y sólo se acuerda de lo que se debe á sí mismo.

»Lo participo á usted, de Real orden, para su inteligencia y puntual cumplimiento.

»Dios guarde á usted. Palacio, 21 junio de 1816. Fecho por medio de oficio á Gandasegui en el mismo día.

»Señor don Bernardino Rivadavia.»

El diputado no podía devorar en silencio las afrentosas calificaciones de Cevallos, en consecuencia contestó en los términos que siguen:

«Excmo. Señor: Luego que don Juan Manuel de Gandasegui me entregó el oficio de 21 del corriente, le supliqué que viese á V. E. y le hiciese presente, que yo obedecía las órdenes de S. M.; pero que, sin perjuicio de su cumplimiento, y antes de contestar por escrito, me concediese una audiencia.

»El señor de Gandasegui me dijo al día siguiente, haber ejecutado mi encargo, mas que V. E. decía no poder acceder á la audiencia que solicitaba, y que lo que tuviese que exponer, lo hiciese por escrito. En esta virtud, creí que debía tomarme algún tiempo para reflexionar con toda madurez sobre una contestación de tanta trascendencia.

»Aunque las dos conferencias que V. E. me ha dispensado, han sido mucho más abundantes de lo que aparecen del citado juicio, que lo es aún más la historia de

este negocio, habré de contraerme á los puntos en que se funda la resolución Soberana que se me ha comunicado, olvidando lo mucho con que pudiera demostrar la justificación de mi conducta.

»Cuando D. Manuel de Sarratea se ingirió en este asunto, hallándome en París, aseguré á don Juan Manuel de Gandasegui, que aquel incidente me obligaba á suspender todo procedimiento, dar parte á Buenos Aires, y esperar de aquella capital los informes que había llevado don Manuel Belgrano. Pero el señor Gandasegui, animado del más vivo y justo celo por el servicio de S. M., é intereses de la nación, me excitó á no demorar por motivo alguno negocio de tanta importancia, y aprovechar las favorables disposiciones que le constaba que había. Yo, después de haber hecho presente cuanto la circunspección y la delicadeza dictaba, convine en que escribiría á V. E. que aunque don Manuel de Sarratea no estaba especialmente facultado para dicho asunto, pues yo lo había sido exclusivamente, sin embargo que S. M. eligiese cualquiera de los dos, y, que en el caso de preferirme á mí, se me librase una real orden llamándome al efecto. Procediendo con toda franqueza, entregué al señor Gandasegui el original de mis Credenciales, para que sacando copia exacta, diese con ella cuanta instrucción estaba en mi mano dar por entonces.

»En consecuencia, recibí la Real Orden de 21 de diciembre de 1815, y en su cumplimiento tuve la satisfacción de presentar el indicado poder original y lejos de oponérseme reparo alguno, recibí el consuelo de observar señales de aprobación.

»En la segunda conferencia, como por incidente me dijo V. E., había notado alguna falta de formalidad en el citado documento. Entonces le supliqué me expresara terminantemente cuanto hubiera echado de menos, pero era un punto que yo no podía dejar pasar sin satisfacer á V. E.; dándome á entender no ser cosa de consideración, ; sólo me indicó la *falta de testimonio de escribano*, conforme á la práctica ordinaria!

»A esto expuse que la citada Credencial, no podía considerarse sujeta á dicha práctica, y que al efecto de com-

probar la legitimidad de las firmas, é identidad de mi persona, se había tomado el temperamento que se creyó más adaptable al caso, cual fué oficiar al Ministerio de S. M. cerca de la Corte del Brasil, como se ejecutó, y yo mismo le había entregado el oficio.

»V. E. con esto se dignó hacerme entender que no tenía más que objetar á este respeto.

»Acerca del mérito que V. E. da á lo que ha escrito don Manuel Sarratea, púdiera bastar lo que hacia este punto refiero en la exacta relación que procede. Pero, á más de lo que le he dicho personalmente, sobre este desgraciado incidente, tuve la satisfacción de instruirle en la segunda conferencia, de haber recibido avisos de Buenos Aires, en que se me prometía enviárseme sin demora resolución terminante sobre este punto, y demás sobre que había informado, que consiguientemente esta cuestión podía quedarse concluída.

»*En la primera audiencia, una de las tres cosas que V. E. se dignó decirme de las disposiciones de S. M., fué que le había hablado con toda claridad con relación de los asuntos de América, convenciéndole, de la necesidad de proclamar á aquellos pueblos, otorgándoles gracias solicitadas y efectivas y que habiendo inclinado á ello el Real ánimo, se había consultado hacía tres meses al Supremo Consejo de Indias, para que teniendo en consideración las leyes de aquellos reinos, con las circunstancias actuales, elevasen al conocimiento de S. M. todo lo que pudiera acordarse en favor de ellos.*

»En seguida V. E. me dijo que era natural que yo trajese proposiciones de aquellos pueblos, y que no tardase en presentarlas para tomarlas en consideración, junto con lo que opinase el Supremo Consejo. A esto contesté que conforme á lo que tenía instruído desde Londres y París, por medio del señor Gandasegui, yo no venía á hacer proposiciones, y *que de hecho aquellos pueblos no las pedían: que aun cuando me las hubieran dado no me hubiera hecho cargo de ellas, y que por tanto estuve muy distante de pedir las.*

»Cuando empezaba á dar las razones de estas expresiones decididas, V. E. tuvo á bien prevenirme, dicién-

dome, *que se hacía cargo, y que era de mi parecer, pues lo contrario sería dictar condiciones al Soberano.*

»Recordando en el mismo día de la primera audiencia, que había olvidado en ella el importante punto á que se contrae mi oficio del 27 del pasado, supliqué al señor Gandasegui que no perdiese tiempo en hacerlo presente á V. E.

»Después tuve el honor de tener la segunda conferencia, en la que traté largamente *sobre el citado particular*, y V. E. tuvo la bondad de mostrarse de acuerdo sin indicarme lo más mínimo sobre la contradicción de que ahora me arguye.

»Cuando se inició este negocio, fué sobre el conocimiento de un punto muy principal de mis instrucciones: á ellas me referí en Londres y París, y lo mismo me persuade mi memoria que he hecho en presencia de V. E., las dos veces que me ha admitido á ella. Lo contrario me sucede con la causa que dice V. E. haberle yo dado para asegurarle que no traía instrucciones.

»Con respecto al retardo de mi venida, creía haber satisfecho á V. E. manifestándole las causas de él. Pero si ellas no se han considerado suficientes, no podrá deducirse más que una omisión personalmente mía.

»Mucho más, cuando debo suplicar á V. E. el que me permita observar que lejos de auxiliar la aparición de corsarios de Buenos Aires cerca de Cádiz, el retardo de mi venida, para fundar las sospechas de que aquellos pueblos no tratan más que de ganarse tiempo, parece que no podían haber dado paso más contrario á dicho objeto.

»Cuando en la segunda conferencia me reconvinó V. E. sobre que las fuerzas navales de Buenos Aires, estuviesen bloqueando el puerto del Callao en el mar del Sur, y que un corsario de la misma procedencia hubiese hecho una ó dos presas en las cercanías de Cádiz, le expuse con respecto al contrario, que no podía ser más que un proceder arbitrario de los empresarios particulares que habían armado varios buques en aquellos puertos; mas que con respecto al bloqueo del Callao, era una consecuencia del estado de aquellos pueblos: que procederían de muy distinto modo después de los informes que había llevado don Manuel Belgrano, y así que estuviesen instruidos de que S. M. se había dignado oírles y admitir su misión.

»Que yo había escrito con repetición lo bastante á inspirarles confianza, y prevenirles del *respeto y circunspección con que debían esperar las piedades del Soberano*, y que volvería á hacerlo.

»Precisamente yo recordaba con satisfacción haber concluido la última conferencia suplicando muy encarecidamente á V. E. el que se *dignase indicarme ú ordenar* cuanto juzgase que yo podía hacer para alcanzar toda la confianza que demandaba, como base principal, negocio de tanto momento, y para evitar que recayese sobre aquellos pueblos perjuicio alguno, resultante ó de defecto mío, ó de cualquiera de los accidentes que por desgracia suelen ser tan comunes como inevitables, respecto de regiones tan remotas, y situadas en circunstancias como las actuales.

»V. E. tuvo entonces la bondad de repetirme sus favores, cerrando la sesión con decirme que estaba bien; que no había por entonces más que tratar; que se esperaba á las resoluciones que debían llegar de Buenos Aires, y que reposase en la inteligencia de *que de mí tenía la suficiente confianza, pues me había notado un carácter y principios que se la inspiraban*.

»Ahora, contra una persuasión involuntaria, me veo argüido de falta de candor, buena fe, y desnudo de las cualidades capaces de conciliar confianza."

»En su virtud, á mí no me resta qué hacer sino suplicar por medio de V. E. sumisa y encarecidamente á *nuestro Soberano*, que por mí no se *perjudique á aquellos pueblos*. Yo puedo ser substituído, y esta puede ser una obra de poco tiempo; pero antes concluiré llenando mis deberes.

»Los citados pueblos que acórdaron esta misión con presencia de la Circular de la Gobernación de Ultramar á todas las Américas, de 24 de mayo de 1814, no omitieron circunstancia alguna de las que juzgaron ser consecuentes á tal providencia, y que pudiera influir en el buen éxito de ellas.

»Ellos oficiaron á los Capitanes Generales del Reino de Chile, y del ejército que operaba en el Alto Perú, dándoles parte de dicha misión, proponiéndoles una suspensión de hostilidades, bajo bases de recíproca seguridad.

»Según después se me comunicó, el Capitán General de Chile, ni aun se dignó contestar; y el de la parte del Perú, después de varias contestaciones, no se convino en la seguridad (reciprocidad).

»A más de esto, imploraron la mediación y el favor de S. A. R. la serenísima Infanta señora doña Carlota Joaquina, y el de su Augusto esposo.

»En fin, yo me hallo autorizado, y me considero en la obligación de protestar que, *aquellos pueblos desean y están de buena intención dispuestos á entrar en el plan general que se establezca para todos sus hermanos de América: en este caso no tratarán de impetrar más de la piedad de su Soberano, que aquellas providencias que aconseja la prudencia, para contener las venganzas y cortar los resentimientos y animosidades que ha producido la guerra civil.*

»Si, pues, V. E. no ha creído conveniente esperar á las resoluciones que deben venir de Buenos Aires y que probablemente no pueden tardar; yo no puedo menos de suplicarle con todo el interes que inspira la humanidad y se merece una tan considerable parte de la monarquía, *que se digne indicarme lo que S. M. quiere de aquellos pueblos, pues marcharé sin tardanza á proponérselo y persuadirlos... y daré con fidelidad parte del resultado.*

Y si hay cualquier otro medio de reparar la confianza, tanto por mi parte, como por la de aquellos pueblos, tenga V. E. la bondad de manifestármelo, *pues á todo estoy resuelto para probar á mi Soberano los leales sentimientos de dichos pueblos y los míos, y para convencer de que el honor, ó más propiamente, el cumplimiento de mis obligaciones, son la base de mi conducta.*

»Dios guarde á V. E. muchos años.

»Madrid, á 28 de junio de 1816.

»Excelentísimo señor:

»BERNARDINO RIVADAVIA.»

(Contestación de Cevallos)

»He leído con atención la exposición que usted se ha servido pasar á mis manos con fecha 28 de junio próximo pasado, y creo que no es oportuno después de lo dicho en mi último juicio, entrar en el examen de las inexactitudes de que adolece este escrito.

»Que las observaciones *sobre la falta de candor y buena fe* no recaen sobre su persona, sino sobre su Comisión de diputado de Buenos Aires para reconocer la Soberana Autoridad del Rey, é implorar el ejercicio de su clemencia en favor de unos vasallos, cuyos extravíos, mereciendo la graduación más severa, sólo pueden dejar de ser de la atribución de la justicia á beneficio del más sincero arrepentimiento, y á la sombra de la benignidad de un Rey padre, que no ahorra medio para libertar sus hijos de los horrores del crimen.

Que los de Buenos Aires se acumulan diariamente ejercitando en los mares de Cádiz la piratería más destructora del comercio de la Península, de lo que se tiene una prueba muy dolorosa. En tal estado el decoro del Rey no permite que por más tiempo se prolongue su presencia en la Península. (Fecha 6 de julio de 1816.)»

Con fecha 8 del mismo mes (la víspera de la declaración de la Independencia en Tucumán), don Juan Manuel de Gandasegui, comunicaba á Cevallos lo siguiente:

«He entregado en mano propia á don Bernardino Rivadavia el pasaporte que V. E. se sirvió pasarme con su apreciable oficio de ayer; y en consecuencia, y con arreglo á la Real Orden que V. E. comunicó al mismo, está practicando diligencias de carruaje para emprender su viaje á Francia, pasando por Valencia y Barcelona con el objeto de ver aquellas capitales, lo que me ha parecido poner en noticia de V. E. para su superior conocimiento. Madrid, 8 de julio de 1816.

»Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años.

Juan Manuel de Gandasegui.»

Dando cuenta á García del fracaso de su viaje á Madrid, Rivadavia le decía en septiembre 20 de 1816:

»Excuso decir á usted cuál fué siempre mi juicio y mi esperanza acerca del resultado de este negocio: pero cualquiera que él fuere, yo debí emprenderlo y obrar como he obrado.

»Usted me dispensará *el que le suplique que de toda esta exposición haga el uso más prudente y reservado posible, pues á Buenos Aires no escribo tan claro: creo que debo omitir cuanto pueda exasperar y me sea lícito sigilar; así, doy el parte oficial más circunspecto, instruido de todas las copias de las contestaciones.*» (Rivadavia á García, París, septiembre 20 de 1816.)

La Relación de Rivadavia á García sobre las conferencias en Madrid, se reduce á lo siguiente:

«Conforme á lo que le decía en la mía del 18 de marzo y á lo que debió instruirle el señor Sáenz, entré el 20 de mayo en Madrid.

»Al día siguiente fuí recibido por el señor Cevallos con las más atentas demostraciones. Después de entregada mi Credencial y reconocida al parecer por bastante, dicho ministro habló bastante, y más de lo que yo había calculado. Así, no tuve necesidad de mucho arte, ni me costó grande esfuerzo mantener una situación ventajosa para reconocer á mi salvo el terreno.

»A la verdad vi más claro que lo que yo creí que pudiera por la primera vez. Mis observaciones y mi exposición fueron tan medidas, que tuvo el señor ministro que reformar varias veces sus proposiciones, y á algunas darles un sentido enteramente contrario.

»Después, pues, de habernos despedido de esta sesión con recíprocas demostraciones de confianza, y de haber dicho el ministro que me contestaría lo más pronto que fuese posible á los puntos que por introducción me había ceñido, é igualmente de que nos veríamos con frecuencia.

»Al día siguiente, empecé á recibir visitas que desde el primer momento no dudé que eran emisarios: yo creo que jamás me descuidé y tengo de ello pruebas.

»Al otro día llegó la noticia de que un corsario de Buenos Aires había hecho varias presas cerca de Cá-

diz, y recibí igualmente recado del ministro, de que le pusiere por escrito los puntos á que debía contestar.

»Inmediatamente pasé un oficio, y al día inmediato se lo llevé en persona.

»Lo encontré muy mudado: leyó y releyó, y prorrumpió al fin, diciendo que aquello estaba en el orden, pero que estaba en contradicción con las ideas y proposiciones de don Manuel de Sarratea, á las que llamó insolentes, criminales y desacatadas. Me repitió lo que dicho Sarratea había escrito, hecho é informado por medio de un emisario que había enviado á aquella Corte.

»Me arguyó fuertemente contra el corsario dicho y el bloqueo del Callao, descendió con calor á otros muchos puntos. Yo procuré suavizar todo lo posible, dorar el criminal proceder de Sarratea, y disipar las dudas y desconfianzas que éste le había excitado. En fin, la sesión fué larga, muy animada y muy interesante.

»Me pidió que le pasase otros dos oficios, al uno consentí, pero sobre el otro le demostré que no debía hacerlo. Al fin yo tuve la satisfacción de que me despidiese diciéndome que sobre mí tenía toda la confianza, pero que el asunto era muy arduo y pedía mucho tiempo para contestar.

»No puedo decir á usted cuántas y cuáles éran las sugerencias y los ataques que yo sufrí casi diariamente, hasta que notando su engaño, y que iba sacando ventajas de sus mismas artes y maniobras, desesperé el ministro y se despechó pasándome un oficio, Real Orden, parecida en un todo á las del tiempo de Felipe II...»

APÉNDICE III

(Página 148)

INFORME DIRIGIDO POR EL SEÑOR GARCÍA AL GABINETE DE
RÍO JANEIRO SOBRE LAS CUESTIONES DEL RÍO DE LA PLATA
Y POTENCIAS EUROPEAS. — ARTÍCULOS ADICIONALES AL
TRATADO DE 1812.

«Ilmo. y Excmo. Señor: Aunque nada hayan podido añadir á la evidencia en que estoy de los sentimientos de S. M. F., las singulares confianzas, con que V. E. quiso honrarme en la última conferencia, me es muy agradable confesar, que ellas han acrecentado notablemente el número de mis obligaciones.

»V. E. tuvo la bondad de insinuarme que era preciso nos entendiésemos; espero que nos entenderemos, pues que nuestro lenguaje será siempre el de la verdad. En esta certeza, me adelanto á hacer una exposición franca de mis opiniones privadas sobre el asunto en cuestión, deseoso de que ella pueda ser útil en las circunstancias actuales.

»La Corte de Madrid se manifiesta ofendida de la conducta del Gabinete del Brasil, por la ocupación militar de la plaza de Montevideo. Yo pienso que habiendo probado S. M. F., hallarse autorizado por el derecho de propia conservación, y protestado, además, que ninguna mira de invasión ni de conquista tiene parte en sus determinaciones, nada más puede exigir la más escrupulosa delicadeza. Este derecho, una vez reconocido, destruye el principio fundamental de las quejas del Gabinete de Madrid, y deja señalada la línea de conducta, que S. M. F. puede observar, sin agravio de nadie, entre aquella Corte y las Provincias Unidas del Río de la Plata. Porque, si la propia conservación, ese derecho que es el

más fuerte entre los individuos, y entre las naciones, autorizó á S. M. F. para la ocupación de la plaza y territorio de Montevideo, lo autorizó también para la adopción de otros medios que fuesen conducentes al mismo primer objeto.

»S. M. F. adoptó entre éstos, el de consolidar la buena armonía con el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y arreglar con él, los puntos esencialmente convenientes, á la seguridad recíproca de las personas y bienes de sus súbditos. Por consiguiente, los pactos que hayan tenido lugar, son legítimos en su origen, y su cumplimiento recíprocamente obligatorio, sin que España pueda reclamar de injuria, ni obligación de repararla por parte de S. M. F. Las pretensiones actuales del Gabinete de Madrid son inadmisibles absolutamente, y en especialidad, porque repugnan á la justicia, y perjudican á los derechos incontestables de las naciones.

»Digo que repugnan á la justicia, porque S. M. F. en uso libre de una facultad legítima, ha prometido que la ocupación militar de la plaza y territorio de Montevideo se haría á su nombre; y que se abstendría de intervenir en cosa que directa ó indirectamente perjudicase los intereses de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El gobierno de éstas reposa únicamente sobre la fe de tan sagrada palabra. Si antes de decidir la cuestión pendiente sobre la Independencia, procediese S. M. F. á entregar la plaza y territorio ocupado, como pretende el Gabinete de Madrid, las provincias del Río de la Plata recibirían un perjuicio directo de suma gravedad, y en el exceso de su dolor, acusarían de injusto el Gabinete del Brasil. Pero, afortunadamente, este caso es imposible, atendido el carácter de S. M. F., que tan brillantes ejemplos ha dado, la fidelidad á su palabra, en medio de los más terribles contrastes; y cuya política parece tiene por base el principio de que: la justicia y la conveniencia pública son inseparables.

»Las pretensiones del Gabinete de Madrid, además de injustas, son ofensivas del derecho que tienen las naciones constituidas, para tratar oportunamente con las que se constituyen de nuevo. Aquella Corte acusará quizá á

la de Portugal de tratar, y aun de ayudar á las provincias que llama rebeldes, y pretenderá también que sus derechos se reconozcan eternamente existentes, sean cuales fuesen las mudanzas que el tiempo traiga, para desnaturalizarlos, ó convertirlos en meras abstracciones: ni creo tiene otro objeto el extraño nuevo reconocimiento de soberanía exigido por primera condición en la nota del señor conde de Casa Flores.

»Ciertamente que no se puede faltar más directamente á los primeros principios del derecho de gentes, que provocando en un país la guerra civil, y sosteniendo en él á los rebeldes. Pero, es preciso saber *hasta qué punto los vasallos pueden ser considerados como rebeldes*, y de consiguiente, cuándo es permitido ó prohibido á una potencia extranjera, en tiempo de paz, abrazar su causa, sin violar el derecho de gentes. Que hay casos en que esto tiene lugar, es evidente. Nadie duda del principio: la cuestión viene á ser práctica y dependiente de las circunstancias en que haya de hacerse la aplicación. Por esto, me permitirá V. E. recordar aquí tres casos de los que conoce la historia moderna. El primero es la independencia de las Provincias Unidas de los Países Bajos.

»La tiranía de España desesperó á los flamencos, y ellos ajustaron entre sí la pacificación de Gante, en 1556, para la defensa de su libertad.

»Isabel, reina de Inglaterra, se ligó desde luego con ellos, por un Tratado secreto, y se comprometió á suministrarles tropas, municiones y dinero. El Rey de España, Felipe II, se quejó; é Isabel contestó con protestas de amistad y deseos de conservar la buena armonía entre las dos monarquías. Esta Princesa se defendió también contra el reproche de fomentar la rebelión, y no dudó declarar que dando á los Confederados socorros de hombres y dinero, su política había sido impedir que los insurgentes, reducidos á la desesperación, se entregasen á una potencia extranjera, y prevenir la subyugación absoluta de los Países Bajos españoles, cosa que podría tener consecuencias funestas para Inglaterra. Por un nuevo Tratado, de 7 de enero de 1578, Isabel prometió nuevos sócorros á los Confederados, con la condición que no ha

rían la paz con su Rey Católico, sin comprender en ella á esta Princesa. En fin, los Confederados declararon su independencia en 1585. Este paso fué seguido de una nueva alianza ofensiva.

»Los holandeses alegaron en sus Poderes, que ellos habían sacudido enteramente el yugo de España, y que se habían declarado libres é independientes de su soberanía. En seguida de este tratado, Isabel publicó un manifiesto, donde expuso menudamente los motivos de su conducta. Ni ese manifiesto, ni el tratado, causaron rompimiento entre las dos Cortes ni fueron llamados los embajadores respectivos.

»Enrique IV, Rey de Francia, de inteligencia con Isabel, intervino en la querella, hasta que la Independencia de las siete provincias Báticas, fué consolidada en 1648, por el tratado de Munster.

»El segundo caso, es el de la guerra llamada de Treinta años. El incendio comenzó en Bohemia. Actos arbitrarios del emperador Fernando II, extendieron bien presto la guerra civil en toda la Alemania. La Suecia intervino, la Francia imitó su ejemplo, y la guerra terminó por el Tratado de Westfalia que es el Código de la libertad Germánica.

»El tercer acontecimiento, el más reciente y memorable, es la Revolución de los Estados Unidos de la América Septentrional. El gobierno inglés, hizo infracciones sucesivas de los privilegios de las provincias, y á su independencia del Parlamento. Los americanos hicieron tentativas infructuosas por la conservación de sus fueros. Cansados en fin, de no recibir más que repulsas, y viendo que el ministerio inglés hacía preparativos para subyugarlos, se reunieron en un Consejo, y tomaron la resolución de persistir en sus reclamaciones. Las hostilidades comenzaron de hecho por parte de las tropas británicas. Los americanos lucharon dos años enteros, hasta que no teniendo más esperanzas de conciliación, se declararon independientes, el día 4 de julio de 1778.

»Hasta entonces el gobierno de Versalles no había tomado parte directa ni indirecta en la querella. Los americanos tenían comisarios en Francia, pero éstos se ocupa-

ban únicamente en procurar, por vía de comercio, artículos de guerra para su país. Los americanos presentaron al gobierno francés una acta de su Independencia, y poco después se recibieron noticias de que el general Burgoyne había sido derrotado y hecho prisionero cerca de Saratoga. Entonces, la Francia, fatigada ya de las vejaciones de la marina inglesa, reflexionó seriamente sobre la propuesta de los americanos, y sobre su situación. Por un lado veía su independencia, legal é irrevocablemente establecida; por otro, sabía que el ministro inglés pretendía secretamente tratar con ellos, proponiéndolos su independencia con una condición contra la Francia. Estas razones unidas á la obstinación de la Inglaterra, fijaron finalmente la irresolución de aquella potencia, que firmó con los comisarios americanos un Tratado de Amistad y de Comercio, y una alianza defensiva eventual, en 6 de febrero de 1778.

Esta cuestión fué terminada en el año 1783, por el solemne reconocimiento que hizo Inglaterra de la Independencia Americana. Siendo de observar estas notables palabras de la nota del embajador francés, pasadas al ministerio británico, en 13 de marzo de 1778: «Les Etats »Unis de l'Amérique Septentrionale, qui sont en pleine »possession de l'Independence, prononcée par leur acte du »4 Juillet 1776, ayant fait proposer au Roi de consolider »par une convention formelle, les liaisons qui ont commencé á s'établir entre les deux Nations, les Plenipotentiaires respectifs ont signé un Traité d'Amitié et de Commerce, destiné à servir de base à la bonne correspondance mutuelle».

»Sin anticipar mi juicio, sobre la aplicación de estos ejemplos á las circunstancias actuales, me parece que ellos demuestran que S. M. F. puede reconocer la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y celebrar con ellas tratados de toda especie, sin injuria de España, sin infracción de la paz, y en uso libre é inocente de sus derechos, y que con mucha más razón podrá mantener la neutralidad y observar las convenciones en que ella se funde.

»No alcanzo, pues, por, qué España exige de Portugal una degradante renuncia de estos derechos, el sacrificio

aún más humillante de la fe de sus empeños y la retracción de sus principios políticos. Esto es aun más inconcebible de parte de España, y con respecto á Portugal: pues aunque la moral prohíbe imitar el ejemplo de su conducta con S. M. F. en los últimos tiempos, su recuerdo debiera hacerla más moderada con Portugal, que calla tamaños agravios, que ha procedido en Europa con una generosidad sin igual, y en América con una circunspección que puede pasar por excesiva, comparada con la de otras potencias, y con la de la misma España, en casos semejantes.

»Pero sea que S. M. C. reforme sus ideas, ó que se abstine en ellas, siempre será útil que conozca V. E. cuáles son las pretensiones de las Provincias Unidas, y qué podrá esperar de ella S. M. F.

»Estoy persuadido que éstas se reducen á una verdadera neutralidad y justa imparcialidad, por parte de S. M. F., durante la guerra que se ven forzadas á sostener con el Rey Católico. De consiguiente, *exigen que S. M. F. no altere los términos en que se ha verificado la ocupación de Montevideo, ni consienta que España, durante la presente guerra, se apodere de ese puerto, de modo alguno. En una palabra, no quieren sino el cumplimiento de las protestas que el finado conde de la Barca, y V. E. mismo, se han dignado hacer por mi conducto, á nombre de S. M. F.*

»Si las convenciones proyectadas, pareciesen inadecuadas, puedo asegurar, conforme á las expresiones de mi gobierno, que estará pronto á ampliarlas cuanto sea posible, dentro de los límites que prescribe la línea de conducta que S. M. F. ha querido observar hasta aquí, entre él y la Corte de Madrid.

»Si las circunstancias deciden á S. M. F. á usar ampliamente de la facultad que el derecho de gentes le concede, para celebrar con el gobierno de las Provincias Unidas, pactos de una naturaleza más solemne y permanente, en tal caso, S. M. puede contar con toda la capacidad física y moral de las dichas provincias. Esta decisión se reputaría allí como un bien de primer orden. Los pueblos en quienes las apariencias, y quizá malignas suges-

tionen han conservado un fondo de desconfianza que más de una vez ha afectado la marcha del mismo gobierno, pasarían al extremo de la confianza y del entusiasmo, disposición que facilitaría grandemente la conclusión feliz de tratados mutuamente ventajosos; mucho más, estando tan ligados los intereses del Brasil con los de las provincias americanas del sud, en independencia. De donde resulta, que pueden hacerse convenciones entre ellos, que serían inverificables con cualquier otro poder ultramarino.

»El monopolio, es casi siempre el motivo de las hostilidades, y entra comúnmente en los artículos de paz, allá en Europa: aquí, una concurrencia igualmente protegida, será el principio necesario de la propiedad de los pueblos americanos.

»Los inmensos depósitos minerales, que la naturaleza reservó en el seno de los Andes, podrán ser comunes á los portugueses y á los españoles americanos: la plata y el oro del Perú y de Chile, animarán igualmente su industria, y el mundo verá con sorpresa estos metales ominosos, convertidos en instrumentos de paz y de fortuna. Los frutos preciosos de la agricultura del Brasil, hallarán nuevos mercados donde presentarse, sin rivales. Los habitantes del sud disfrutarán en el Brasil iguales ventajas, y tendrán depósitos útiles y seguros en sus soberbios puertos. La marina portuguesa llevará entonces los frutos del Brasil, los del Asia, Africa y Europa, desde el Amazonas hasta el mar del Sud, segura siempre de hallar en toda esta inmensa costa, compatriotas ó amigos, gobiernos y leyes protectoras.

»Mas, conociendo V. E. estas verdades en toda su extensión, debo añadir solamente, que el goce de tantos bienes, pende de la voluntad de S. M. F.

»Unidos los intereses comerciales de ambos países, debe ser natural su alianza, en el caso que un enemigo injusto pretenda cortar sus relaciones, ó alterar un orden tan fecundo en bienes. El único poder que más probablemente pudiera intentarlo, es también el único enemigo de las Provincias Unidas. Por consiguiente, puede por doble razón contar S. M. F. con una alianza cordial, fuerte é indisoluble. La fuerza resultante de esta unión, obligaría al agresor á ser justo.

»Debo observar también que las mismas disposiciones existen en las provincias de Chile: y que en caso necesario, se emplearía eficazmente la influencia que ahora goza el gobierno de las provincias del Río de la Plata.

»Concluyo protestando á V. E. que cuanto llevo dicho es la sincera expresión de mis propias ideas, y que me parece pueden servir á V. E., para calcular el sistema que S. M. F. quiera establecer, sea para consolidar la prosperidad pública en la paz, sea para defenderla en la guerra.

»Dios guarde á V. E. Río Janeiro, octubre 20, 1817.»

Proyecto de Alianza con Portugal adicionado al armisticio de 1812

1.º

Don N... por parte de S. M. F. y don N... por la del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata en orden á reintegrar y mantener en toda su fuerza y vigor el armisticio de 26 de mayo de 1812, echando los fundamentos de relaciones más estrechas entre ambos estados, que sean de recíproco interés á los mismos, establecen los siguientes artículos adicionales y secretos bajo las limitaciones que han de expresarse, y á cuyo cumplimiento quedan respectivamente obligadas las partes contratantes.

1.º—El Gobierno de las Provincias Unidas pondrán inmediatamente en completa libertad á los vasallos portugueses, que por efecto del Bandó publicado en Buenos Aires, el día 2 de marzo del corriente año, hubieren sido removidos para la guardia de Luján, y levantará el embargo que hubiere hecho sobre propiedades portuguesas, de cualquier especie y denominación que sean.

2.º—S. M. F. declara nuevamente que la ocupación hecha hasta aquí, y la que en adelante pueda hacerse de puntos militares, ó territorios de la Banda Septentrional del Paraná en persecución del jefe Artigas, no tiene otro objeto, que su propia seguridad y conservación; y que no

pretende deducir de semejantes actos derecho alguno de dominio, perpetua posesión, ni mucho menos de conquista; sino que cesando aquel motivo, procederá por una transacción amigable con la autoridad existente en Buenos Aires, por parte de las Provincias Unidas, á tratar los términos de su desocupación, y á hacer las convenciones que sean mutuamente útiles y necesarias á la futura permanente tranquilidad de ambos estados vecinos.

3.º—El Gobierno de las Provincias Unidas se obliga á retirar inmediatamente todas las tropas que con sus respectivas municiones de guerra hubiese mandado en socorro de Artigas y de sus partidarios, y á no prestarle en lo futuro auxilios algunos de cualesquiera especie y denominación que sean; y por último á no admitir aquel jefe y sus partidarios aunados en el territorio de la Banda Occidental que perteneciese al Estado. Y cuando suceda que ellos se entren por fuerza, y no haya medios de expulsarlos con la mayor celeridad posible, el dicho gobierno de las provincias podrá solicitar la cooperación de las tropas portuguesas para este efecto; la que deberá prestarse por las últimas cuando menos en una tercera parte de la fuerza con que concurren las Provincias Unidas y constituyéndose las tropas auxiliares bajo la dirección del jefe principal de las fuerzas de las mencionadas provincias.

4.º—El dicho Gobierno se obliga asimismo á indemnizar con sujeción á las L. L. del Corso y Marina, á los dueños de todas las embarcaciones portuguesas que se verificase haber sido capturadas desde el 26 de mayo de 1812, hasta ahora, por corsarios autorizados con patentes, que él hubiese expedido, ó por las embarcaciones de guerra; quedando S. M. F. obligado á la recíproca, y expidiéndose en su consecuencia las más terminantes órdenes á los cruceros pertenecientes á ambos estados á efecto de evitar la continuación de tal hostilidad, sobre lo que se instruirán mutuamente ambos gobiernos.

5.º—En consecuencia de esto continuará el referido armisticio en entera fuerza y vigor, tanto por parte de S. M. F. como del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

6.º—En orden á prevenir equivocaciones y embarazos

en las operaciones de las tropas de S. M. F., queda recíprocamente ajustado que ellas podrán perseguir á Artigas y á sus partidarios hasta la margen izquierda del Río Uruguay, cuya línea, como que lo será del subsistente armisticio en el caso del artículo 2.º, no podrá ser traspasada sino con sujeción al artículo 3.º—En consecuencia, los territorios del Paraguay, Corrientes y Entrerrios, quedan comprendidos expresamente dentro de la línea, que demarca provisoriamente la jurisdicción de las Provincias Unidas.

7.º—Ambos Gobiernos se obligan durante el armisticio á no hacer, ni permitir tentativa alguna que directa ó indirectamente pueda perjudicar la tranquilidad de los habitantes que ocupen los territorios demarcados en el artículo antecedente.

8.º—En responsabilidad del artículo tercero á que se ha obligado el Gobierno de las Provincias Unidas, se obliga por su parte S. M. F. á no emprender ni aliarse contra ellas, á no prestar municiones, víveres, ni otro género de auxilios á sus enemigos, pero ni aun á permitirles paso ó puerto en sus dominios ó en territorio ocupado por sus tropas.

9.º—Los súbditos de ambos estados podrán entrar y salir libremente de los territorios de uno y otro origen como cualesquiera otros individuos pertenecientes á estados neutrales.

10.—Se establece igualmente que los buques de guerra y comercio de ambos estados podrán entrar libremente en los puertos de uno y otro origen; pero siendo general y extensiva á todos los buques extranjeros la prohibición de internarse á los ríos de nuestras costas, quedan comprendidos en ella los buques portugueses, sino es en los casos de perseguir los partidarios de Artigas, en los que se procederá con sujeción al artículo 3.º

11.—En el caso desgraciado de renovarse las hostilidades, queda recíprocamente ajustado, que el rompimiento del armisticio subsistente, será oficialmente notificado seis meses antes, y solamente después de concluído este plazo, recomenzarán las hostilidades. Queda igualmente ajustado que en el decurso de estos seis meses, los súbditos de cada una de las partes que estuviesen en el territorio

de la otra, podrán ó permanecer allí una vez que no se hagan sospechosos, ó salir libremente con todos sus efectos ó capitales.

12.—En orden á los criminosos, desertores, y esclavos fugitivos se procederá por ambos Gobiernos con sujeción al derecho general de gentes, y prácticas recibidas de las naciones civilizadas neutrales.

13.—Se declara que las convenciones de los presentes artículos producen el mismo efecto que un solemne tratado de paz.

14.—Como la conducta de S. M. F., aunque justa y legal se considera opuesta á las exigencias actuales de S. M. C. la cual pudiera traer un rompimiento, queda ajustado para tal caso por ambos gobiernos, que habrá entre ellos una alianza defensiva eventual, que será publicada juntamente con el reconocimiento solemne de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata por S. M. F., en el momento de sobrevenir el expresado accidente.

15.—Se guardará por ambas partes contratantes un inviolable secreto de los artículos cuya publicación ó divulgación no se creyese conveniente, que sólo se entenderán serlo los que se expresan á continuación.—Por lo que, cuando á pesar de las precauciones que se adopten por parte de las Provincias, llegasen á traslucirse algunos artículos de los reservados, el gobierno de dichas se obliga á contradecir de un modo solemne y comprometiendo su dignidad si fuere preciso, la existencia de tales artículos.—Los artículos uno, dos, cuatro, cinco y once serán desglosados de los presentes, y bajo la nueva forma que se considere oportuno, serán publicados.—En el caso de que por la incursión de Artigas y sus partidarios armados en la Banda Meridional, se hiciese precisa la cooperación de que habla el artículo 3.º será libre al gobierno de las Provincias su publicación de un modo más ó menos solemne.—Los artículos restantes quedarán en el sigilo más inviolable, mientras que el orden de los mismos sucesos, no aconseje otra cosa, pero siempre de acuerdo de las partes contratantes.

16.—Los presentes artículos adicionales y secretos, tendrán la misma fuerza y vigor que si estuviesen insertos

palabra por palabra en la acta por la cual se concluyó el armisticio de 26 de mayo de 1812. En fe y testimonio de lo que, etc.—Es copia.—*Tagle.*

2.º

Carta de García á que se refiere el Director en su anterior

En este momento llego de casa del ministro de Relaciones Exteriores, y me pongo á escribir con el designio de enviar la carta dentro de dos horas á alcanzar la goleta holandesa «Constante» que está detenida cerca del castillo de Santa Cruz, para salir mañana al amanecer. El señor Becerra me llamó con urgencia para mostrarme la primera nota con que ha abierto ayer el señor Casa Flores su correspondencia oficial. La he leído con atención; su estilo es el que me había yo figurado, pero más acriminoso que lo que yo mismo podía esperar en una primera abertura. El papel está cuajado de expresiones que son verdaderos insultos. Termina con una intimación que estando á la verdad del texto es un ultimátum en que el ministro español dice: que para conservar la paz es preciso que S. M. F. convenga desde luego, en público de un modo solemne, 1.º, que reconoce la soberanía actual de S. M. C. sobre todos los países y provincias que integran la monarquía española, y especialmente de las invadidas en la Banda Oriental del Paraná; 2.º Que promete entregar luego á S. M. C. las plazas y tierras que en esta parte ocupan ahora las tropas portuguesas, dando la garantía de alguna potencia respetable, ó bien depositando algunas de sus plazas fuertes de Europa; 3.º Que entretanto tome España sus medidas para recibirse de sus posesiones, las mantendrá S. M. F. conservándolas para aquélla: pero enarbolando en Montevideo el pabellón español, recibiendo un gobernador español, y despachando todo dentro de la provincia á nombre de S. M. C. Que sin estas condiciones será inevitable la guerra, cuyas consecuencias serian solamente imputables, así como sólo temibles á Portugal. Propone luego, que si cumplidas exac-

tamente las condiciones mencionadas, quiere S. M. F. entrar en una alianza ofensiva contra los rebeldes, S. M. C. está dispuesto á tratar de ello convenientemente. Concluye con un cumplimiento al ministro actual y una descarga sobre el finado conde da Barca.

(Carta del señor García al señor Pueyrredón.)

OFICIO DEL SEÑOR DIRECTOR DEL CONGRESO SOBRE LA
ALIANZA CON PORTUGAL

Soberano señor: Cumpliendo fielmente con las instrucciones de vuestra Soberanía, he ido difiriendo hasta aquí el concluir ninguna especie de tratado con la Corte del Brasil, sin comprometer la buena armonía, ni engendrar distancias entre los gobiernos de ambos estados. Pero ha llegado el momento en que sin estrechar con nuevos vínculos las relaciones subsistentes, es inevitable una ruptura que sería igualmente funesta á las dos partes. Como por la nuestra se ha afectado, que no nos imponen ó que no se prevén los resultados de este desgraciado accidente, como no ha podido menos que trascender al Gabinete brasileño el alma de nuestra política, esa resistencia á contraer empeños al presente con las miras de sacar partidos más ventajosos en lo sucesivo, como por último el próspero estado de nuestros negocios pone de nuestra parte la esperanza de nuevos progresos, podemos lisonjearnos de conseguir una transacción en las actuales circunstancias de que no nos desdeñaríamos ni entre las embriagueces de mayores triunfos. El proyecto que tengo el honor de incluir á Vuestra Soberanía será por estos principios substancialmente admitido por la Corte del Brasil, y yo suplico á Vuestra Soberanía quiera considerar, la importancia que adquieren las Provincias casi identificando sus intereses con los de un Monarca, cuya sola vecindad era considerada un peligro. Por nuestra parte no se hace otra cosa que no poner al Gabinete portugués en la necesidad humillante de retroceder sobre sus propios pasos, de lo que sería forzosa

consecuencia el asociarse á nuestros enemigos por interés y por resentimiento. La intimación del conde de Casa Flores, ministro de la Corte de Madrid en el Janeiro, á la de este último, ni da lugar á esperar nuevas distracciones en nuestra resolución, ni permite equivocarse el partido que debería tomar S. M. F. no teniendo nada que esperar de nosotros. Haría mérito de su forzada deferencia á las intimaciones hechas á nombre de los grandes poderes de Europa para empeñarles á sofocar la anarquía de los nuevos gobiernos americanos que han servido de pretexto á su agresión.

Unidas sus relaciones con las de España, excitado el interés de las potencias ultramarinas que nada bueno esperan del engrandecimiento del nuevo mundo, libres los puertos del Brasil para refrescar las tropas peninsulares, franco el tránsito por su territorio, si no se hubiese pensado ya en expedición á este Río por los españoles, como se asegura por varios conductos, y muy determinadamente *por la carta que tengo el honor de incluir á Vuestra Soberanía*, no puede dudarse á lo menos que aprovecharían tantas oportunidades para hacer los últimos esfuerzos y poner en conflictos nuestra seguridad, contando con los auxilios y cooperación de los portugueses. Calcule Vuestra Soberanía el peligro que va á correr en la demora, y sea bajo el cierto principio de que esta ocasión despreciada se escapa para siempre.

Por lo mismo me dirijo á Vuestra Soberanía para que con la posible brevedad se sirva sancionar por su parte los artículos comprendidos en el mencionado proyecto, para que no venga á suceder, que prestado el avenimiento por parte de S. M. F. como lo esperamos, se niegue la ratificación por parte de las Provincias que han tomado la iniciativa, lo que sería monstruoso, y para hacer á Vuestra Soberanía misma juez de la necesidad á que no podemos sustraernos de establecer estos nuevos pactos.

El enviado secreto que se destine por este gobierno á intervenir en tan grave negocio, deberá sin embargo ir autorizado para deferir á una ú otra modificación que no altere las bases fundamentales del convenio, dejando en caso preciso sujetas á la ratificación posterior dichas variaciones.

Ruego encarecidamente á Vuestra Soberanía quiera tomar las más estrechas precauciones para impedir la relajación del secreto en una materia de tanta importancia: para que no se eche de menos por parte de S. M. F. la principal circunstancia que recomienda á los gobiernos bien constituidos, y cuyo defecto acaso retraería á otras naciones á entrar en estipulaciones con nosotros.

Ruego por último á Vuestra Soberanía quiera redoblar sus tareas para el despacho de este asunto, á efecto de que la demora no acabe de producir el desaliento en la Corte vecina, y que se aprovechen de tan peligrosa situación nuestros enemigos.—Dios guarde á Vuestra Soberanía muchos años.—Buenos Aires, Chacra de San Isidro, diciembre 1.º de 1817.—Soberano Señor.—*J. Martín de Pueyrredón*.—Soberano Congreso Nacional de las Provincias Unidas de Sud América.

CAMBIO DE LA POLÍTICA PORTUGUESA

(Nota del señor García al nuevo ministro portugués)

Como las resoluciones del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata acerca del proyecto de artículos adicionales al armisticio de 1812, llegaron á mis manos después de la muerte del Excmo. Sr. Juan Pablo B Herrera y en la ausencia del Oficial especialmente encargado de estos asuntos, desde luego me persuadí que podrá ser útil repetir la historia de estas transacciones al nuevo ministro de S. M. F.; mas, por lo que V. E. me acaba de comunicar, hoy lo creo no sólo útil sino absolutamente necesario, y voy á hacerlo brevemente:

El día 11 de octubre del año pasado me convidó el Excmo. Sr. ministro B Herrera, á una conferencia. Su objeto fué informarse del estado de la cuestión entre S. M. C. y S. M. F. relativamente á la ocupación de Montevideo; me indicó igualmente la necesidad de una resolución prontísima y terminante por parte de mi Gobierno sobre las bases en que debería fundarse una buena armonía para

lo presente, y la seguridad de ayuda y cooperación recíproca para el caso eventual de un rompimiento con la España; me impuso asimismo de las pretensiones de la Corte de Madrid manifestadas por su ministro en ésta el Excmo. Sr. conde de Casa Flores, en nota de 10 de octubre; y últimamente me hizo la honra de pedirme le expusiera mis ideas sobre estos puntos. En consecuencia pasé á su Excelencia la nota verbal cuya copia acompaño bajo el núm. 1.

Propuse después á Su Excelencia que sería bueno destinar un buque de guerra con el objeto de llevar comunicaciones mías y acelerar las resoluciones de mi gobierno. S. E. comunicó que fué comisionado para este servicio la escuna «Emilia».

Para evitar en lo posible todas las dificultades, y hacer más claras las explicaciones del contexto del proyecto redactado en abril durante el ministerio del Excmo. señor conde da Barca, acordamos con S. E. la exposición que va insertada y señalada al margen.

(Nota del señor García al ministro señor Tagle)

Cuando recibí los despachos que V. S. me dirigió con oficio de 9 de diciembre último, acababa de fallecer el señor Juan J. Becerra, y estaba en comisión para Europa el caballero oficial de la Secretaría de Estado, que durante los últimos ministerios había sido únicamente encargado de lo perteneciente á nuestras relaciones secretas. Estas mudanzas debían ofrecerme nuevos embarazos, un principio con su antecesor, difícilmente podría esperarse igual conformidad en cuanto á la aplicación de ellas, por esas discordias naturales á los principios humanos en estas materias. Así dudoso de todo menos del carácter y buena voluntad de S. M. elevé el 11 de enero los documentos oficiales que le eran dirigidos por mi conducto, y que S. M. aceptó con la más satisfactoria complacencia. Y aunque expresó sus deseos de corresponder inmediatamente, el mi-

nisterio juzgó que antes de poner en deliberación el negocio de los artículos adicionales era indispensable recibir las comunicaciones del Excmo. Sr. Barón de la Laguna encargado *ad hoc*. Estas se demoraron hasta el 18 de febrero, y de este intervalo llegué á cerciorarme de que las opiniones del nuevo ministerio no eran del todo conformes á las de su antecesor, que tenía ideas confusas ó enteramente equivocadas en puntos esenciales, por lo que algunos de los artículos del proyecto le sorprendían aun y otros le prevenían desfavorablemente; pero no desesperé por eso, y aguardé sosegadamente la primera abertura. Con efecto, hallándose la Corte en el sitio de Santa Cruz, fué especialmente comisionado por S. M. F. el Ilustrísimo Sr. Consejero Pablo Francisco Viana, para que, asegurándome la invariabilidad de sus sentimientos, me informase de las dificultades en que se hallaba el ministerio para la sanción del proyecto de artículos adicionales en las circunstancias presentes. Entonces referí prolijamente á S. E. la historia de estas transacciones y le entregué aquel mismo día el memorándum que va copiado en el núm. 1. Mis razones fielmente trasmitidas por el Ilmo. Sr. Consejero para que desvanecieran las falsas ideas que había podido convenir el ministerio en momentos de obscuridad, aun quedaba en pie una enorme dificultad, esta era combinar satisfactoriamente la consideración justamente debida á las Provincias Unidas con las exigencias de las grandes potencias mediadoras.

El día 12 de marzo recibí por mano del mismo Ilustrísimo Consejero el papel que copio bajo el núm. 2, que considero como la expresión genuína de las ideas del primer ministro, en este concepto escribí la nota núm. 3 en que sólo hice aquellas observaciones que me parecieron más eficaces para persuadirlo de la necesidad de explicaciones oficiales, cuidando al mismo tiempo de no aumentar el conflicto y perplejidad en que se hallaba.

El resultado no burló del todo mis esperanzas. S. E. me ofreció una conferencia primero para el día 3 y luego por el 6 de abril. Pero habiendo llegado el 15 sin que tuviese efecto, le dirigí la carta que copio bajo el núm. 4; en seguida quedó señalada para el día 21 en que se rea-

lizó. A esta siguieron otras muchas en las que se fueron rectificando las ideas de S. E. y habiéndose abierto su corazón gradualmente á la confianza. Al principio sólo repitió las razones de la copia núm. 2. Luego añadió para confirmarlas, que siguiendo el Gabinete español en su empeño de alarmar y prevenir que Portugal formaba quejas de las causas más leves, las que hacían circular de oficio á las cortes europeas: que se hacía mucho ruido con la repulsa dada á la solicitud del conde de Casa Flores para que se le entregue una polacra española presa, que fué introducida en Montevideo; que además hacía valer una serie de hechos y pequeñas circunstancias notadas por sus agentes en la ocupación y sostenimiento de aquella plaza, todo con el objeto de probar una irregular connivencia de S. M. F. con las Provincias Unidas y un proyecto insidioso de usurpación. En fin, Excelentísimo Sr., S. E. llegó á revelarme que el señor Malles cónsul general de Francia en el Brasil y su Encargado de Negocios en esta Corte, había asegurado de Oficio á su ministerio el ajuste de un tratado secreto entre esta Corte y las Pròvincias Unidas del Río de la Plata, cuya noticia hizo tal impresión en los ministros reunidos en París, que el conde de Palmella no pudo desvanecerla de otro modo que desmintiendo al cónsul de Francia y protestando á nombre del rey su amo, que pendiente la mediación no procedería á celebrar convención alguna secreta con cualquiera de las partes interesadas.

De todo esto deducía S. E. que era no sólo imprudente sino contrario á los intereses del Brasil y aun á los de las Provincias Unidas el afirmar en esta sazón el convenio proyectado, en que se comprendían artículos que escritos y firmados en forma de convención se tendrían por otras tantas infracciones del compromiso de la mediación: que las potencias mediadoras se ofenderían de la sanción secreta en América de puntos que en Europa se publicaban pendientes en su atribución, y de una alianza eventual celebrada con las Provincias Unidas sin su conocimiento, los cual autorizaría las imputaciones de España y privaría cuando menos á S. M. F. de una influencia que si no es necesaria debe ser gradualmente útil á la causa general del continente americano.

El ministro no parecía artificioso en su discurso, y sus razones sin ser débiles tenían una fuerza irresistible en el temple natural de su ánimo. Yo me convencí finalmente de la extrema dificultad de reducirlo á una convención, ó de que para ello serían precisos tantos debates, y tantos días que equivaldrían á atenerse simplemente á la buena fe del armisticio de 1812 hasta la conclusión de la mediación presente. Y observando por una parte que según mis instrucciones debía estar precisamente á la letra de los artículos sancionados por el Soberano Congreso Nacional, y por otra el grande interés de obtener algunas decisiones sobre lo más esencial de ellas sin interrumpir el curso que había tomado ya la disputa entre Portugal y España, ni prestar á ésta la menor oportunidad de mejorar su fortuna, me resolví á no insistir en la sanción del proyecto reduciéndome á pedir una respuesta al ministerio.

Yo había cuidado de preparar bien este paso. S. M. F. había adoptado con calor la idea de insertar en su respuesta una declaración que comprendiese lo más sustancial del proyecto, dejando lugar á la discreción y buena fe, para inferir de todo su contexto aquello que una invencible necesidad prohibiese expresar en ella.

Presentía además que libre el ministerio del conflicto de firmar una convención en esta razón, condescendería prontamente con las ideas y con los deseos de su Soberano. Así fué en efecto. Nuestras desgracias del mes de marzo (1) llegaron en estos días á alimentar los temores del Gabinete, porque dieron gran boga á la opinión ya muy válida de un próximo trastorno del gobierno en esa capital en que ganarían los principios anárquicos una funesta preponderancia (2). Mas la fortaleza del gobierno en tan severos contrastes, y la gloriosísima victoria del Maypú, fortificaron grandemente su crédito y relajaron mucho de la cautelosa circunspección de este ministerio.

La nota del Excmo. señor ministro de Relaciones Exteriores de 23 de julio que tengo el honor de elevar por conducto de V. E. al Excmo. Supremo Director de las

(1) Derrota de *Cancharrayada* en Chile.

(2) La conjuración de los hermanos Carrera y de los *Franceses*.

Provincias Unidas, instruye del modo con que ha procurado llenar los objetos que se propuso al escribirla.

La indemnidad del armisticio de 1812 declarada en esta ocasión no sólo conserva el *statu quo* de aquella convención especialmente importante por lo relativo á los límites reconocidos entre ambos Estados, sino que reintegra *incondicionalmente* su primera fuerza, que debía suponerse disminuída por la alteración de las circunstancias causadas por la vuelta del Rey Fernando, en cuya ausencia trató á su nombre el gobierno provisional, y por la declaración solemne de su Independencia que hicieran posteriormente las provincias del Río de la Plata.

La neutralidad declarada oficialmente por S. M. F. sólo determina la facultad de esta nación vecina, cuya ambigüedad sería tan alarmante, sino fuese que considerando por este hecho en igual paralelo á la nación (3) española, y á las Provincias Unidas, viene á reconocer en esta S. M. F. un carácter político mucho más elevado que el que supone el armisticio de 1812. De esto se deduce también que la pacificación en que se empeña S. M. F. sea digna de unos pueblos á que estima cordialmente y á los que juzga acreedores al goce de los bienes que poseen. Seguidamente refiere el señor ministro las causas que impelieran á S. M. F. á ocupar interinamente el territorio de Montevideo, declara la naturaleza puramente provisoria de esta ocupación y demarca su límite en el Río Uruguay. Finalmente la manifestación hecha por S. M. F. de estas sus resoluciones á las grandes potencias europeas, es voluntario solemne compromiso, que garantiendo á las Provincias Unidas su inviolabilidad señala á la Corte de Madrid, y á las mismas potencias mediadoras, la línea de donde no pueden pasar sus pretensiones ni los proyectos de mediación.

La política del gobierno del Brasil ha dejado de ser un misterio; quizá podría lisonjearse el Excmo. Supremo Director de haber conocido mejor que muchos hombres de Estado las verdaderas intenciones de S. M. F. como dice su ministro, expresión que siendo referentes á la nota de

(3) Neutralidad del Río de la Plata y de las costas orientales.

19 de diciembre ilustra considerablemente todo el contexto de este documento oficial.

El no satisfará tan completamente los deseos del Sobe-rano Congreso como la sanción de los artículos proyec-tados en abril y octubre, pero cuando una necesidad in-vencible obliga á suspenderla, estas declaraciones del mi-nistro del Brasil podrán á lo menos calmar las inquie-tudes, mucho más si se observa que ese respeto tributado á las potencias mediadoras que no nos deja perfeccionar ahora la convención adicional, puede asegurar el buen exi-to de la causa de S. M. F. contra las pretensiones del Rey Católico. Suceso de grande interés para las Provin-cias Unidas porque él anularía probablemente los esfuer-zos del poder vecino que resiste su Independencia.

La sabiduría del gobierno que rige tan gloriosamente los pueblos del Río del Plata, verá con toda su extensión y apreciará exactísimamente los hechos, y los documen-tos de que acabo de informar. Yo concluyo rogando á V. E. se digne asegurar al Excmo. Director Supremo, que no he podido obtener más ventajas en circunstancias tan embara-zosas, ni combinar mejor los intereses locales ya tempora-rio ya permanente de nuestra patria en el presente estado de cosas.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Río de Ja-neiro á 26 de julio de 1818.—*Manuel José García*.—Señor Secretario de Estado del Departamento de Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Nota del nuevo ministro portugués al señor Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, explicando el cambio de su política.

Excmo. Señor: Habiendo tenido el honor de recibir una carta de V. E. dirigida á S. M. El Rey mi amo, y pedido sus Reales Ordenes para responder á V. E. sobre su contenido, tengo la mayor satisfacción, en expresar á V. E. cuán agradable ha sido para S. M. el conocer por las atentas expresiones de V. E., no solamente los per-

sonales sentimientos de V. E. sino también los de un pueblo vecino, á quien S. M. no solamente por la propensión natural de su Real ánimo sino por una particular predilección, que la vecindad en Europa y América y tantas otras relaciones, lo obligan á que desee vivamente toda su prosperidad. Nada le ha podido ser más grato que asegurar á V. E. haber despreciado todas las especies que los enemigos de S. M. excitaban para introducir las desconfianzas, que con un esfuerzo extraordinario había conservado la armonía que es tan útil y necesaria entre pueblos vecinos; pues que V. E. en esto tiene la gloria de haber conocido, mejor que otros muchos hombres de estado las verdaderas intenciones de S. M. F. Ninguno más que S. M. aborrece la guerra, y desea la tranquilidad. Países á quienes la naturaleza ha dotado de los dones más ricos, merecen que sus habitantes puedan gozar de los bienes que posean; y por su parte habiendo convencionado el armisticio de 26 de mayo de 1812, ha de sostenerlo, pues para S. M. es inviolable su real palabra. *En la presente guerra ha de conservar la neutralidad;* pero no ha de cesar de apurar todos sus esfuerzos para que las desgracias de la guerra se acaben, para que se consiga la pacificación, y vuelvan sus vecinos que cordialmente estima, á gozar del bien inestimable de la paz. La ocupación del territorio de Montevideo fué una medida provisoria para procurar este fin, aquietando lo que le quedaba contiguo, y que la inquietud de José Artigas, y sus proyectos, no permitían demorarlo, por más tiempo; y por lo tanto el general barón de la Laguna tiene orden de contenerse en la Línea del Uruguay, y él con toda seguridad, siempre ha respetado á V. E., y con los pueblos ha conservado la armonía, y las consideraciones que se le recomendaron, y que positivamente se le ha ordenado.

Estos principios ha manifestado S. M. á las potencias de Europa que se declararon mediadoras en este negocio del Río de la Plata; y lo que ha instado más fuertemente es que consoliden una pacificación, que vuelva á hacer felices á estos pueblos, pues esto igualmente pone en tranquilidad al Brasil. De este modo continúa excitando con la mayor eficacia; y el respeto con que S. M. debe tratar á

potencias tan respetables *lo ha hecho suspender cualquier otro paso político por más interesante que él fuese*, para no dar ni aun el más leve motivo, á desfavores que hubiesen de perjudicar al fin principal de la pacificación que S. M. desea más. Habiendo tenido de este modo el honor de ser el intérprete de los sentimientos de S. M. el Rey mi amo, para con V. E. y para con esos pueblos, me permitirá, que por mi particular protesta á V. E. la alta consideración y profundo aprecio con que soy—De V. E. Mayor y más seguro servidor.—*Thomas Antonio de Villanova Portugal*.—Excmo. Sr. Juan Martín de Pueyrredón.—Sr. Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.—Río Janeiro 23 de julio de 1818.—Es copia del original que en portugués pasó al señor Director.

NOTA: Los demás documentos á que hace referencia la nota se devolvieron al P. E. originales.—(*Nota de la Secretaría del Congreso.*)

Oficio del señor Director al Congreso

RESERVADO.—Soberano Señor: Debiendo Vuestra Soberanía tomar conocimiento sobre el resultado que ha tenido en la Corte del Brasil el proyecto de artículos adicionales al armisticio del 25 de mayo de 1812, acompañado al efecto la nota oficial del ministro de Relaciones Exteriores de aquella Corte núm. 1.º y la de igual clase del diputado don Manuel José García núm. 2, con las cuatro copias que incluye. Para mejor instrucción remito también la carta confidencial de este último núm. 3, y espero que, enterado de todo, se servirá Vuestra Soberanía devolvérmelas, con las prevenciones que crea del caso para arreglar la contestación, pues que al diputado García se le previene, que se contestará á todo en primera oportunidad según y en los términos que acordase el Soberano Congreso.

Dios guarde á Vuestra Soberanía muchos años.—Buenos Aires, octubre 8 de 1818.—Soberano Señor.—*J. Martín de Pueyrredón*.—Soberano Congreso Nacional.

APÉNDICE IV

(Página 249)

DON TOMÁS M. DE ANCHORENA, SARRATEA Y LAS NEGOCIACIONES DEL SEÑOR GARCÍA

Para adular y servir á los caudillos de Santa Fe y de Entreríos que acababan de desbaratar el orden nacional en 1820, y por cuyo favor se había hecho gobernador, don Manuel Sarratea promovió un juicio de *Alta Traición* contra el Congreso el gobierno de Pueyrredón, en que hizo comparecer como complicado al doctor Tomás M. de Anchorena. Este publicó en el acto varios papeles contra el gobernador, de los cuales damos en seguida algunas transcripciones capitales, seguida de los demás documentos sobre las negociaciones del señor García en Río Janeiro.

... «El es (Sarratea) quien encargado de las relaciones exteriores de estas provincias con las cortes de Europa, trató de restablecer en ellas la dinastía de los Borbones ingiriendo al conde de Cabarrús en este negocio, y que habiendo consumido al Estado *ingentes miles* en aquella comisión, jamás hizo cosa alguna que mereciese nuestra atención.

Habiendo S. S. leído desde el principio todas las comunicaciones con la corte del Brasil, y demás concerniente á ellas, y habiendo hablado repetidas veces sobre su contenido con varios de los anteriores representantes, les aseguró que, por parte del Congreso, no encontraba en ellas malicia, sino que había obrado ciego y como á tientas, sin saber lo qué hacía... No es conforme á la integridad, buena fe, é imparcialidad de un magistrado saltar las comunicaciones, y que habiendo publicado el oficio del Director Supremo del estado de 19 de noviembre de 1846, omita el de 18 del mismo, y la contestación del Congreso, sin más

antecedentes, según presumo, que, porque el r.º; aunque bajo supuestos falsos é injuriosos al Congreso, pone en buena vista la conducta de don Juan Martín Pueyrredón, mientras que la contestación presentando el plan que se había propuesto seguir el Congreso en dichas relaciones no sólo satisface á los injustos reparos que hacía el Director del Estado, sino que manifiesta de un modo positivo é indudable las sabias y benéficas intenciones que animaban al Congreso, y que el medio adoptado por él era el único que podía y debía seguirse en defensa y seguridad del país, y sostén de nuestra libertad é independencia. Siguiendo el tema en que funda S. S. sus procedimientos contra los diputados en congreso, mejor que las relaciones del Brasil, deberían publicarse las del señor de Sarratea relativas á la misión del conde de Cabarrús cerca de la persona de nuestro viejo Rey el señor don Carlos IV, y que sólo por no olvidar el refrán que dice, *la justicia por casa ajena*, S. S. ha aflojado en esta parte del gran celo que manifiesta

y ahora trata de vengar resentimientos particulares comprometiendo *al mejor de nuestros agentes* (el señor García) por más que S. S. pinte santos, ó aparente pintarlos, jamás merecerá otro concepto en el mundo que el que le da la incomparable infamia y criminalidad de sus procedimientos en este negocio.

Sin delicadeza ni pudor él se ha erigido, contra todo derecho, en Juez de los Representantes de los pueblos en congreso, siendo público su enconado resentimiento contra ellos.

y siendo él el primero, y acaso el único verdadero delincuente, por haber tratado nada menos que con el mismo rey don Carlos IV, por medio del conde de Cabarrús, sin poderes ni representación legítima de estas Provincias, ni aun del gobierno, para coronar en ellas á uno de los infantes de la casa de Borbón, reinante en España: ha tenido, no obstante, bastante descaro é impudencia para hacer un crimen á los representantes de los pueblos de unas relaciones, que según los sujetos, las circunstancias y los términos en que las con-

dujeron, harán siempre honor á los diputados del Congreso.

Con una insolencia sin ejemplo él aseguró en su proclama que habíamos jurado (por un honor que no teníamos) que no había tratado existente con la corte del Brasil. Comprometido de un modo tan solemne á convencernos del perjurio, aunque se arrojó sobre los archivos del Congreso y se apoderó de sus más secretas comunicaciones, no ha podido presentar hasta ahora, ni presentará jamás, ese documento diplomático con que debe desmentirnos, quedando de este modo confundida su atroz calumnia. . . .

Se queja del estilo que yo uso para con él; pero yo pregunto: ¿el ardor y acrimonia con que Cicerón increpaba á Catilina era impropio de sus luces ni del amor que profesaba la justicia?... el señor Sarratea ha precedido peor que Catilina, no solamente atacando la República, sino traicionando la confianza que se le había hecho.

Y siendo un segundo Catilina más perverso que el primero, ¿qué extraño es que yo usase de toda acrimonia y vehemencia que pueda imaginarse en reproche de sus crímenes?...

...Para disimular su perfidia se presenta este malvado en su contestación muy ufano, con toda la impavidez y descaro de un hombre acostumbrado al crimen, echándome en rostro de que él no fué acusado de traidor al país, de aliado con los portugueses, de ladrón, ni de asesino de sus compatriotas; como si estas acusaciones en su boca, sin probarlas, constituyéndose, al mismo tiempo, en juez de ellas, importasen algo en ninguna parte del mundo; y como si las reclamaciones de palabra y por la prensa, que se han hecho en esta ciudad sobre su páfida conducta, y á los cargos arbitrarios que formó al Estado, y demás gastos hechos en su misión á Londres no fuesen las más solemnes acusaciones de traidor, de ladrón y de asesino de sus conciudadanos, á que no ha satisfecho, ni satisfará jamás; porque cabalmente el mismo pueblo ha sido testigo presencial de su conducta.

Usando de ese mismo tono insolente y atrevido pregunta ¿si pertenezco á los que firmaban y pasaban por todo

en el Congreso, sin saber ni cuidar de las relaciones exteriores, ó á los iluminados en ellas? Y aunque el desprecio de la pregunta sería la verdadera contestación que debería darle, le diré sin embargo, por si lo ignora, que todos los pueblos saben á qué parte pertenezco: que no comprendo á quiénes llama iluminados en dichas relaciones; y que, cuando se explique con más claridad y no con la falacia que acostumbra, le contestaré si estuviese de humor para ello.

Supone también que yo juzgo que nada han tenido de malo los tratados con los portugueses: que es nada que en virtud de ellos se haya ocupado en substancia la llave de todo este continente, y una de las más interesantes porciones de territorio por las armas de aquella nación: que es una cosa indiferente y aun laudable, que para mantenerles en aquella usurpación se les haya auxiliado, no sólo con cuanto han necesitado para hacer la guerra á los orientales, sino haciéndosela nosotros mismos de común acuerdo; que poco importan las violencias de todo género que se han cometido contra los opuestos á estos proyectos; que todo se salva con que el Congreso ignorase en la mayor parte los misterios, que sólo estaban al alcance de un cierto número; que el agente que ha trabajado en ellos es en mi concepto el mejor de nuestros agentes.

Todo esto supone con toda la *fe y charlatanería que le caracteriza*, siendo así que, como se verá en mi excusación, yo no he entrado en la discusión de estos puntos, ni he dicho que todo se salva con que el Congreso ignorase en la mayor parte los misterios, que, sin probar, supone Catilina; y que niego, y negaré siempre, porque es falso, que haya celebrado el Congreso, mientras yo fuí diputado, tratados con los portugueses; que á virtud de ellos haya ocupado la Banda Oriental, ni la más pequeña parte de nuestro territorio; que entonces haya cooperado de algún modo el Congreso á mantener la usurpación, que haya cometido ó autorizado violencia contra ninguna persona por opuesta á estos proyectos; y que haya trabajado en ellos nuestro agente en el Brasil, *á quien seguramente tengo por el mejor de nuestros agentes, porque Catilina, á pesar de todo su empeño, no podrá hacer ver lo*

contrario. Pero como su primer conato es promover la división, la discordia y la anarquía en todos los pueblos de las provincias, y principalmente en los que forman la puerta de este gran territorio para llevar adelante sus pérfidos designios; y como no encuentra bastante material en la verdad de los hechos, se vale de la impostura, de la acriminación, de suposiciones falsas y de cuanta clase de embrollos es imaginable para hacer odiosas á todas las personas que no son de su amaño. Así es, que en su boca fueron unos criminales todos los que administraron los negocios del país antes de entrar él la primera vez al gobierno, los que le acompañaron en aquella época, sus compañeros de armas en la Banda Oriental, todos los que ejercieron después los principales ramos de administración pública hasta que ha vuelto al Gobierno de la Provincia; de modo que según su opinión no hay en esta ciudad un hombre de talento, imparcial, justo, desinteresado, de honor, y patriota, sino Catilina, y los pocos que, por demasiada estupidez ó corrupción, le forman su corta pandilla. Mas es tal la desgracia de este buen hombre, que todos le tienen por un trapalón, embustero, y nadie le cree, ni aun cuando por descuido dice alguna verdad.

Pasemos ahora á manifestar todos los efugios con que pretende evadir los argumentos que se le hacen, y cargos á que tiene que responder. Dice al principio que al imputarle yo crímenes no me vindica de la nota con que ha vedado mi elección. En esto dice una verdad, pero una verdad que no hace al caso, ni satisface á mis reflexiones. Las indicaciones que yo he hecho de su conducta pública, cuando fué gobernante, cuando general en la Banda Oriental y cuando enviado cerca de las cortes de Europa, no son para vindicarme de sus acriminaciones, sino para demostrar que no ha podido ser destinado á residenciar las anteriores administraciones, como principió á hacerlo con la de don Ignacio Alvarez, porque sería el primero que debería quedar sujeto á este juicio. Pero el embrollón, que sólo trata de embrollar, se desentiende del asunto, y todo lo llama á embrollo.

Cotéjense, pues, ahora estos hechos con la relación de Catilina, y se verá hasta qué grado de insolencia lleva este bribón sus embustes. Es verdad que él, con la impavidez que acostumbra, dirá que todo esto, y mucho más que se dice, es falso; pero el pueblo que lo sabe, esté persuadido de ello con mucho fundamento. . . .

En cuanto á las relaciones con Carlos IV, en que trató de traer uno de los infantes y coronarle en estas provincias elevadas al rango de nación, no libre, sino independiente (sobre lo que yo no he dicho más, que lo que aparece de su mismo relato), trata de vindicarse con decir, que fué incitándolo á que hiciese una declaración pública de la usurpación del hijo; y que hizo entre tanto dos remesas de armas y municiones sin estar provisto de fondos para su compra.

Yo celebro oír esta confesión, aunque no muy ingenua, en boca de Catilina, porque me presenta la oportunidad de examinarle la conciencia á este trapacero embrollón. ¿Conque, según eso, el llamar secretamente y sin suficientes poderes, cuando no existía representación alguna en el país, á un infante de la familia más enemiga nuestra, para coronarlo de Rey en estas provincias, sin constitución, y sin más rango, que el de nación independiente, no es una intriga, una traición, no es poner en subasta el país, no es vender á los americanos como á negros, no es buscar y llamar príncipes clandestinamente? ¿Y por qué lo será el haber propuesto con suficientes poderes la coronación de un infante de otra familia real establecida en América, vecina nuestra, enemiga de aquélla, bajo la constitución que estas provincias le diesen, y quedando, por lo mismo, elevadas al rango de nación libre é independiente? Ya me parece que oigo á Catilina desatarse con una contestación llena de invectivas, de suposiciones falsas; y que soltando por acá y por allá especies y acriminaciones, y desconociendo los principios que reglan la política de estos negocios, se desvía de la cuestión y grita: Traición, traición, y todo lo llama á embrollo. Pero iremos poco á poco, y á pesar de todos sus efugios y tramoyas, procuraremos ponerlo en vereda.

Coronar un infante sin asegurar la libertad del país, por medio de una constitución liberal, y por ello formar un cargo al gobierno de ingentes miles fuera de lo que llevó Catilina, esto sí que es traicionar, jugar con nosotros y vendernos como á negros; pues es bien sabido, que el primero y principal objeto de nuestra revolución ha sido establecer nuestra libertad política y civil. Coronar un infante de la familia real que ha desplegado el mayor furor y más negro encono contra nosotros, ya por el desaire que hemos hecho á su autoridad despótica, y ya por el desprecio con que se le ha tratado en nuestros papeles públicos, esto sí que es más que perfidia, más que traición y más que venta como de negros; es entregarnos por nuestro dinero á la ira de un hombre agraviado y resentido hasta el último punto (que jamás podría olvidar las injurias que considerase hechas á su familia) para cebar en nosotros el fuego de su venganza. Y á la verdad ¿quién podrá dudar un sólo momento que éste es el concepto en que están todos los pueblos?

Pero Catilina dice que esto no es traición, por haber hecho entre tanto dos remesas de armas y municiones, sin expresar qué clase de armas, ni el número, ni quien las trajo; remesas á la verdad milagrosas, porque se hicieron venciendo grandísimas dificultades, sin tener fondos (menos crédito, que jamás lo tuvo) sin ajustar precios, sino á la contingencia de lo que quisiese convenir el gobierno con los armadores. Y aunque los que creemos en milagros sabemos exigir para ellos pruebas evidentes, éste es preciso creerlo bajo la simple palabra de Catilina, que es tan segura, como *la de honor que suele dar y como los juramentos que hace, de que tenemos larga experiencia.*

Al contrario, es traición el proponer la coronación de un infante del Brasil bajo de una constitución, que elevando estas provincias al rango de nación, afianzase su libertad é independencia. En vano se le dirá; pero señor Catilina, ¿cómo pudo ser traición cuando por el oficio de enero de 1817, que usted no ha querido publicar maliciosamente, constan los interesantes fines y justos motivos que tuvo el Congreso para acordar esta proposición, y que en ella estaban tan distantes los diputados de contravenir

a sus poderes é instrucciones, ni al voto de los pueblos, que muchos de ellos sostenían públicamente en Congreso, que una monarquía constitucional era lo que más convenía al país, sin que por esto los pueblos los mirasen como traidores?

Pero ¿cómo pudo haber intriga con los portugueses cuando el Congreso circulaba órdenes al mismo tiempo á todos los jefes de provincia para que alarmasen los pueblos y los pusiesen en el mejor pie de defensa; se ordenaba el reclutamiento de gente al cinco por ciento de la población; que se proyectaban y plantificaban medios de engrasar los fondos públicos para el sostén de los ejércitos, que debían aumentarse, y que se les protestase á los mismos portugueses sobre la ocupación de la Banda Oriental, según aparece de las comunicaciones oficiales dirigidas al Director del Estado?

Es un hecho notorio y público que el Congreso hizo los mayores esfuerzos para la unión con Artigas, mandándole una diputación de su mismo seno, por la que lo invitaba al nombramiento de diputados por la Banda Oriental, para tomar parte en la representación de aquel cuerpo, que el general don Antonio Balcarce, siendo Director interino, remitió auxilios á dicho general, que fueron recibidos con desdén, y que, á pesar de eso, ¡el Congreso ordenó repetidas veces se le auxiliase del modo posible por el supremo gobierno del Estado!

¿No recuerda usted que jamás estuvieron en peor estado que entonces las provincias para declarar la guerra á ninguna potencia? ¿No tiene usted presente la completa derrota que había sufrido nuestro ejército en el Perú? ¿Qué el general La Serna marchaba á ocupar á Salta y Tucumán? ¿Que se interceptaron comunicaciones al enemigo en que dicho general y Marcó del Pont trataban de obrar en combinación para batir los restos de nuestro ejército, que se habían replegado al Tucumán? ¿Que el de Mendoza ocupaba toda la atención del gobierno y congreso por el indispensable empeño en que nos hallábamos de recuperar la libertad de Chile? ¿Que entre tanto retocados aun los pueblos de la disolución del año 15, se estaban á cada paso convulsionando?

¿Que hubo una revolución en la Rioja, que tardó en sofocarse, otra en Santiago del Estero, dos en Córdoba: que Santafé estaba en guerra abierta con Buenos Aires, y que en esta ciudad hubo varias convulsiones y mutaciones de gobierno? En una palabra, ¿que todo el Estado ardía en disensiones y rivalidades, y que era imposible acallar de pronto las pasiones, reconciliar los ánimos, y concentrar la fuerza moral y física de las provincias?

¿No recuerda usted que el general Artigas no quería que pisase un solo hombre de nuestras tropas en la Banda Oriental ni en Entreríos en clase de auxiliar ni de aliado, y que por lo mismo, nosotros, declarando la guerra á Portugal no podíamos hostilizarlo por agua ni por tierra, y menos defender el territorio Oriental? ¿para que los portugueses se uniesen con la España y cooperasen á nuestra subyugación? ¿para que empeñados en una empresa superior á nuestros recursos olvidásemos las atenciones sobre el Perú y Chile, y estrechados por españoles y portugueses pereciese la causa del país y recibiésemos la ley que nos quisiesen imponer?

Pero señor Catilina, ¿no ve usted que discurriendo así, cuando le oigan han de miralo como á un *trapalón despreciable*, al considerar que si usted no se tuvo por pérfido, ni por ente, cuando se trataba de someternos á la familia real de España en la negociación con Carlos IV, menos lo serán bajo este concepto los que proponían la coronación del infante del Brasil?

¿No considera usted por otra parte que estas proposiciones pudieran ser hechas con el objeto de ocultar las miras ulteriores del congreso, ó explorar las intenciones de la corte del Brasil, ó de desviarla de alguna combinación con la España, ó de entretener aquel misterio con esperanzas lisonjeras, ínterin las provincias mejoraban de situación, ó por hacer juego con la Inglaterra y demás potencias de Europa para comprometerlas á una resolución favorable, ó por no resfriar la buena armonía con aquel reino, para que en caso que no se consiguiese restablecer la unión y orden de nuestros pueblos, y de que invadido por las fuerzas españolas tocásemos los extre-

mos de una fatalidad, nunca más temible que en medio de la división, tuviesen los hombres comprometidos un pronto asilo en donde se viesen libres del furor de nuestros enemigos? ¿Y no cree usted que si el Congreso obró animado de estas ideas, tan lejos de merecer la nota de traidor, es digno de la gratitud de los pueblos, pues que, aun cuando los poderes é instrucciones de todos los diputados expresamente les prohibiesen establecer una monarquía en estas provincias, pudieron y debieron dar estos pasos políticos y llevarlos hasta un punto en que ni el congreso, ni los pueblos quedasen ligados al cumplimiento de semejantes proposiciones, con tal que se lograra el objeto á que se dirigían?

El doctor Anchorena ha dicho que él había sido uno de los comisionados para presentar el proyecto de Instrucciones Reservadas y Reservadísimas, que debía llevar el enviado cerca del general Lecor, que no tenía presente si había salvado algunos votos en lo perteneciente á las relaciones con la corte del Brasil, pero que su opinión y conducto estaban explicadas con toda claridad en el expresado oficio de 11 de enero de 1817, que dirigió el congreso al supremo Director del Estado, del que tenía una copia de su poder.

Hemos entresacado estos fragmentos de los escritos de Anchorena, porque prescindiendo de la intemperancia del estilo, reproducen con verdad el juicio de la opinión pública sobre el carácter y las debilidades de don Manuel de Sarratea. Bastará que así resulte y se tenga presente que iguales conceptos ha vertido Rivadavia, Belgrano, García, etc., hombres todos de diversos partidos y caracteres; pero contestes con este juicio.

APÉNDICE V

(Página 298)

DEPORTACIÓN DEL CORONEL MANUEL DORREGO

Habiéndome ocupado del triste incidente que acabo de narrar, en la *Revista del Río de la Plata* (vol. VI, página 386) el coronel don Mariano E. Moreno, me observó que no eran exactos los cargos con que yo había presentado el carácter y el tenor de la «Entrevista del Supremo Director Pueyrredón con el coronel Dorrego». Hícele yo notar que mi relato y las reminiscencias en que lo había fundado, estaban totalmente conformes con el *Manifiesto* y con el *Decreto* que he transcrito al pie del texto; y que estas eran piezas oficiales de que ningún historiador podía prescindir, y mucho menos yo que no conocía documento que pudiera invalidarlas. Como el coronel Moreno conservaba un recuerdo amistosísimo y piadoso por la memoria de su desgraciado amigo el coronel Dorrego, tenía sumo interés en vindicarlo: y como era hijo político del general don Marcos Balcarce, tenía muchos papeles curiosos de éste y de sus hermanos en los cuales figuraban las dos cartas siguientes, de que me permitió tomar copia para cuando yo, revisando mi trabajo, hubiera de volver sobre el asunto: «Baltimore 2 de junio de 1817.—Sr. general don Antonio G. Balcarce. «Desde Santafé escribí al general San Martín solicitando ir á servir á sus órdenes; los oficiales del N.º 8 saben cuántas veces habíamos acordado solicitar que se nos destinase á esa campaña. Dígalo usted y cuantos me conocen, el placer con que estaba desde el momento en que recibí la orden; aparezca una soia persona que me notase alguna resistencia. ¿No estaban parte de mis trastes cargados, carruaje pron-

to y también mi familia para hacerlo al día siguiente? ¿No me tenía casa pronta en Mendoza don Gregorio Lemus? Muestre el mismo sus cartas y las mías. Mas por fortuna, vaciaré un documento que original conservo por haberlo recibido en mi prisión, por medio del mismo señor Director.—Sr. D. Manuel Dorrego.—Mendoza, noviembre 13 de 1816.—Mi paisano y amigo: La de usted fecha 10 (?) la tengo á la vista, créame que soy ingenuo y franco en medio de mis defectos, la venida de usted es de la mayor satisfacción, trabajaremos juntos y yo le acreditaré que soy su amigo sincero y que sé apreciar su valor y su talento. Hasta que tenga el gusto de abrazarlo, su compañero y amigo: *José de San Martín*».

Volviendo ahora á la exactitud ó falsedad de los cargos hechos por Pueyrredón á Dorrego, es de notarse que de todo el relato de faltas que se le echan en cara, éste no levanta más cargo que el de haberse negado á incorporarse al ejército de los Andes. Pero ¿cómo resolver ahora cuál de los dos adversarios dice la verdad siendo tan categórica la acusación del uno como la negativa del otro? ¿Es el Supremo Director quien faltaba á la buena fe y á la honradez en el acto mismo en que castigaba cruelmente á un heroico militar de la independencia argentina? ¿O es el acusado, la víctima, quien niega y oculta una negativa contraria á sus deberes militares y á su misma gloria? La duda me parece insoluble; á pesar de que fijando la atención en las fechas, muy bien pudiera encontrarse que los cargos y los descargos encubran una distancia notable de tiempos y de momentos. Dice el coronel Dorrego: «que escribió su carta á San Martín desde Santafé». De junio á agosto, Dorrego era en efecto 2.º jefe de la división que á las órdenes de Díaz-Vélez ocupaba Santafé; pero en esos días el Supremo Director era el general A. G. Balcarce y no Pueyrredón. El general San Martín le contesta con fecha 13 de noviembre á la carta del 10; pero no dice el 10 de qué mes. No puede ser de noviembre porque en tres días no podía una carta llegar de Santafé á Mendoza. De manera que la carta de Dorrego debió ser de 10 de octubre y septiembre. Después de esta fecha fué precisamente cuando se agriaron al extremo

las relaciones de Pueyrredón con Dorrego. Este había sido partidario de la elección de Balcarce, y derrotado en este intento se afilió ardientemente á los enemigos del nuevo Director Supremo. Así es que en el tiempo que medió entre su carta á San Martín y la llegada de Pueyrredón á la capital, la creación de la Logia Lautaro, y la fundación de la nueva política unitaria, muy bien pudieron suscitar pasiones y rencillas, compromisos de partido é intereses de círculo que influyeron en el joven coronel para que le negase á Pueyrredón, lo mismo que antes había ofrecido á San Martín. Si con esta presunción no se explicase la singular contradicción de los documentos, no quedaría más solución que la de convenir en que el Supremo Director había faltado á la verdad y á la honra al asegurar en su Manifiesto que el coronel Dorrego se había negado á ponerse á las ordenes del general San Martín, pues la carta de éste no deja duda posible de lo contrario... en fecha anterior al menos.

De todos modos el proceder del Supremo Director fué, como hemos dicho *excesivo* y cruel: el coronel Dorrego fué echado en un buquecillo miserable que partía para el mar de las Antillas, sin puerto determinado.

Nada se hizo para depararle un viaje cómodo al menos y una acogida digna de un argentino de su mérito en parajes donde era ignorado hasta el nombre del país en que este brillante guerrero de la independencia había nacido. Cuando supo que el buque debía llevarlo á Cuba, comprendió que la idea había sido sacrificarlo y ponerlo en manos de los españoles; para que probablemente lo llevaran á Ceuta. A fuerza de empeños logró que el capitán arribase á la isla casi solitaria de *Pinos*, donde fué arrojado á tierra en un bote. En el momento, con la viveza que le era genial, pudo captarse la protección compasiva de un pobre vecino que comprendió las aptitudes y la distinción de la persona de Dorrego; y á los dos días consiguió que le dieran pasaje en un *cutter*, único buque que había en aquellos parajes, que partía, según decían, para los Estados Unidos. Estuvo á punto de ser tenido y tratado como compañero de piratas por una goleta de guerra inglesa que apresó el buque en que viajaba. Su fortu-

na fué que impresionado el teniente 1.º de la goleta por el talento y las demostraciones de Dorrego se hizo fiador de su persona, hasta que tocando en el primer puerto de los Estados Unidos, pudiesen verificarse los hechos que alegaba en su defensa, como en efecto los verificaron.

Travieso en las cosas de detalle é irreverente también con sus superiores, por exceso de ingenio y de vivacidad, nunca dejó de tener un corazón sano en el fondo: nunca fué verdaderamente revoltoso ó *revolucionario*; por su patriotismo, siempre puro y elevado, sabía poner límite á sus genialidades delante del interés común de su país. Con fecha 19 de mayo de 1873 escribía desde Baltimore esta carta al general don Antonio González Balcarce, que es digna de ser consignada en las páginas de nuestra historia: «Mi apreciado amigo y señor: por medio del oficial don Juan José Pica he escrito á usted. Mas dudando que aquélla llegue á sus manos repito ésta. Siempre he creído á usted con sobrada rectitud y juicio para no dar crédito á un folleto que, con el nombre de auto, se ha publicado en esa contra mí, pero que hasta la fecha no se me ha hecho saber, por lo que ignoro si me obligará. Mas, por si acaso ha producido en usted algún escrúpulo, pronto llegará á sus manos una carta apologética; en ella solicito, no indulto (pues soy inocente) mas que si soy criminal ante la ley, se me juzgue con arreglo á ella. Esta petición, en un país que se dice libre, es un dogma, y espero que usted propenderá por cuantos medios estén á sus alcances para que se me otorgue.

»En estos Estados, las muchas presas, nuestras victorias en Chile y Perú, las últimas ventajas de Bolívar, y la conmoción de Pernambuco, han dado la más grande opinión á los independientes, en especial á los de la América del Sud. Ya es casi indudable que reconocerán nuestra independencia en el próximo Congreso. Mas por desgracia nuestro Thompson está fuera de quicio. El oficial Pica contará á usted algunos comprobantes de estos hechos que no se merecen escribirse. Pero lo que es más de consideración, es, que habiéndose poco ha suscitado varias competencias ruidosas por el embajador y cónsules españoles, por cuyas resultas el corsario de Almeyda y

otra corbeta han estado embargadas, no sólo no se ha podido conseguir que Tompson reclamase la inmunidad de la bandera, sino que por el contrario donde está el embajador, ó algún cónsul, él huye. Se ha llegado hasta mudar el nombre, y actualmente nadie sabe dónde existe. Todos sus papeles, hasta las instrucciones reservadas, las dejó más de seis meses en la Secretaría de Estado. Una de las personas de más categoría en Washington, me ha llegado á decir, que en esa, ó no había hombres de quienes echar mano, ó que se había querido ridiculizar al gobierno de Norte-América con la misión de Mr. Tompson. Carrera, que supongo estará en esa, tiene también un conocimiento de lo que he dicho; y yo en obsequio de mi adorada patria (aunque proscripto) y á instancias de los comisionados de Caracas y Méjico, y de los emigrados franceses que tanto se interesan en nuestra prosperidad, le suplico haga se nombre un diputado con plenos poderes, que entable relaciones con Caracas y Méjico, y que de acuerdo con dichos diputados y el de Pernambuco solicite nuestro reconocimiento. Debê tener viveza y energía para contrarrestar al partido español, y conocimientos para saberse dirigir. Espero que usted hará uso de esta noticia, pero sin que de modo alguno suene mi nombre.

»Las últimas contestaciones del embajador y cónsules españoles en este Gobierno, me parece que dan un comprobante de que es casi indudable un rompimiento. Así también lo desean todos los habitantes de estos Estados, que sin duda son los más amantes de la libertad de cuantos habitan el globo. Hace dos días se ha publicado en ésta, que las diarias convulsiones de la ciudad de Méjico han obligado á su vizir Apodaca á declararse por el partido independiente, y que en el mes de abril se enarboló en aquella capital el Pabellón republicano; mas yo suspendo el juicio. El autor son las Gacetas de Nueva Orleans de 16 de abril relativas á un barco que acaba de llegar de Veracruz» (4).

Proscripto y perseguido con una forma exagerada, como hemos visto, Dorrego era, sin embargo, en los Estados

(4) Colección de autógrafos de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Unidos un patriota ejemplar y sólido como se ve. Solícito y vigilante por los intereses argentinos, hasta donde su posición y sus fuerzas le alcanzaban, se mostró ajeno á los rencores y á las tentaciones del egoísmo resentido, que habrían sido tan naturales dada su situación, y multiplicaba sus servicios y sus diligencias, como si nada tuviese de qué quejarse. Relacionado como aquí aparece con don José Miguel Carrera, se abstuvo de venir con él al Río de la Plata, apercibido probablemente de los dañosos intentos que traía: y cuando él regresó á Buenos Aires, se puso al momento al servicio de la causa del orden y de la rehabilitación del espíritu culto por cuya salvación luchaba la capital contra los montoneros y los bárbaros de Santafé y del litoral.

Casi podría decirse con justicia que la persecución y la deportación del coronel Dorrego es una página que afea al glorioso período del gobierno directorial de Pueyrredón.

El señor Director al Congreso sobre la negociación con Portugal

RESERVADO.

Soberano Sr.: Todo examen es poco cuando se trata de unos pasos, con que vamos á provocar la futura suerte de nuestra Patria. Dignese Vuestra Soberanía tener á bien que justifique las detenciones (demoras) de este gobierno poniendo una máxima tan importante al frente de mi contestación á la soberana correspondencia reservada de 27 del pasado. Yo insisto en exponer á Vuestra Soberanía consideraciones de grave entidad sobre algunos particulares del plan de relaciones diplomáticas que ella contiene. El amor que profeso á la dignidad de mi país, y la vehemencia con que anhelo la reputación progresiva de esa augusta corporación son los agentes poderosos que me impulsan.

No puedo dejar de convenir en que es urgente una misión que recabando de las autoridades del Brasil una

exposición segura de sus verdaderas intenciones, nos ponga en estado de tener ideas exactas de la seguridad de estas provincias, ó del peligro inminente que las amaga. Igual es mi opinión sobre el acierto de la persona electa; pues siendo el buen éxito de toda empresa proporcional al influjo y conducencia de los medios que se emplean, el crédito de que justamente goza el ciudadano Irigoyen prevendrá la confianza pública de un modo ventajoso á su comisión.

Mas el mismo crédito que recomienda la elección del ciudadano Irigoyen, es un obstáculo poderoso para la misión secreta que nuevamente le encarga Vuestra Soberanía; y aunque esto se ha hecho más impracticable desde la partida del Mayor general Vedia, efectuada con anticipación á la nueva orden, pues ya no hay un motivo ostensible con que pueda disfrazarse, el Gobierno la ha considerado en todo caso evidentemente peligrosa á la reputación de Vuestra Soberanía y á la suya. La salida de esta ciudad de don Miguel Irigoyen, jamás podía hacerse secretamente por la misma calidad de su persona, y de sus relaciones. El pueblo se mantiene incesantemente en una desconfiada observación. Si por algún tiempo hubiese ignorancia de su destino, las noticias sucesivas del viaje irían marcando sus huellas, y tarde ó temprano conducirían al conocimiento de su entrevista con un general que públicamente se vocifera enemigo. Los misterios alarmarían la sumisión, y tal vez se verían reproducidas las escenas de la anarquía. El caso es de tal naturaleza que el mismo Irigoyen se resiste firmemente.

Además, todo tratado con el general Lecor no tiene á los ojos del Gobierno aquel carácter de dignidad y decoro que corresponde á los que debe celebrar una nación ya constituida independiente. Un general militar, á la cabeza de las legiones, no es á quien deben ocurrir los pueblos libres para asegurar por un tratado mutuamente benéfico su libertad é intereses. Ya que nada impide por ahora un fácil acceso al mismo trono, reclama preferentemente esta vía la dignidad de nuestra Patria: la una aparece como un recurso sólo reservado á la debilidad, la otra es usada por todas las naciones que tienen fuerzas bastantes para sostener su independencia.

El documento número 1.º relativo al Paraguay pondrá á Vuestra Soberanía en estado de formar un concepto aproximado de la mala fe con que proceden los portugueses: por manera que se hace indispensable reconvenir á aquel ministro previamente á todo tratado por un procedimiento de esta naturaleza, que está en contradicción con las declaraciones oficiales que hizo á nuestro enviado, y especialmente con el artículo segundo de no existir entre aquella corte y la de España tratado, ni convenio alguno respecto á la América del Sud; y en caso que insista en el tenor del artículo indicado, parece necesario exigirle una garantía, como la de Inglaterra, ó de los Estados Unidos, que sea capaz de afianzar el cumplimiento de cualquiera convención entre aquella corte y ésta.

Si sobre las bases antecedentes llegare á entrarse en negociación, es presumible que la proposición sobre el enlace de la casa del Inca con la de Braganza no sea oída con aprecio, no sólo por la diversa entidad que ofrece en el mundo político la dinastía de ambas jerarquías, sino porque tratándose de la base fundamental de una negociación, se ofrecen por una parte términos un punto menos que quiméricos, cuando se exigen de la otra prendas efectivas, cuya disonancia hace inconciliables los extremos de un convenio. Mas aun suponiéndose avenimiento por la corte del Brasil á entroncarse con la raza de los Incas, dándola por restablecida sin tropiezo, no se presenta por ahora un medio que asegure al Congreso y al Gobierno la posibilidad de la ejecución, cuando la opinión de las Provincias bajas (5) ha mirado esta idea como una sombra fugitiva, las del alto Perú no han explicado libremente su consentimiento, los periódicos de la capital ha ridiculizado el pensamiento, demostrando su vaciedad; y cuando una alarma pública de otros partidos amenaza una guerra civil en el acto de su declaración. La decencia y honor de la Autoridades Supremas del país se compromete á un concepto innoble de las naciones, si en los momentos de continuarse, provoca á una nación antigua y relacionada en Europa á concertar tratados de alianza per-

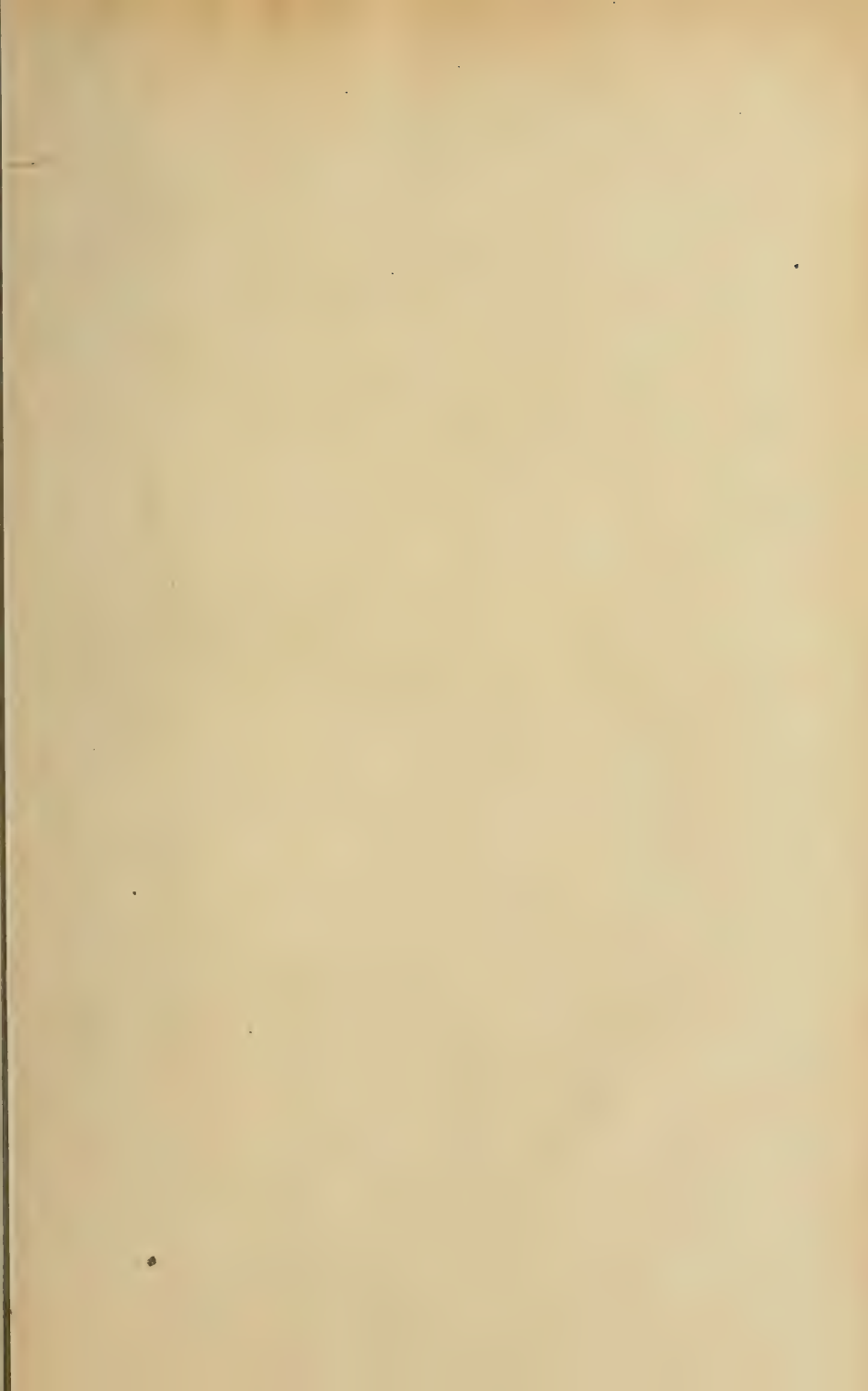
(5) Las que hoy son argentinas.

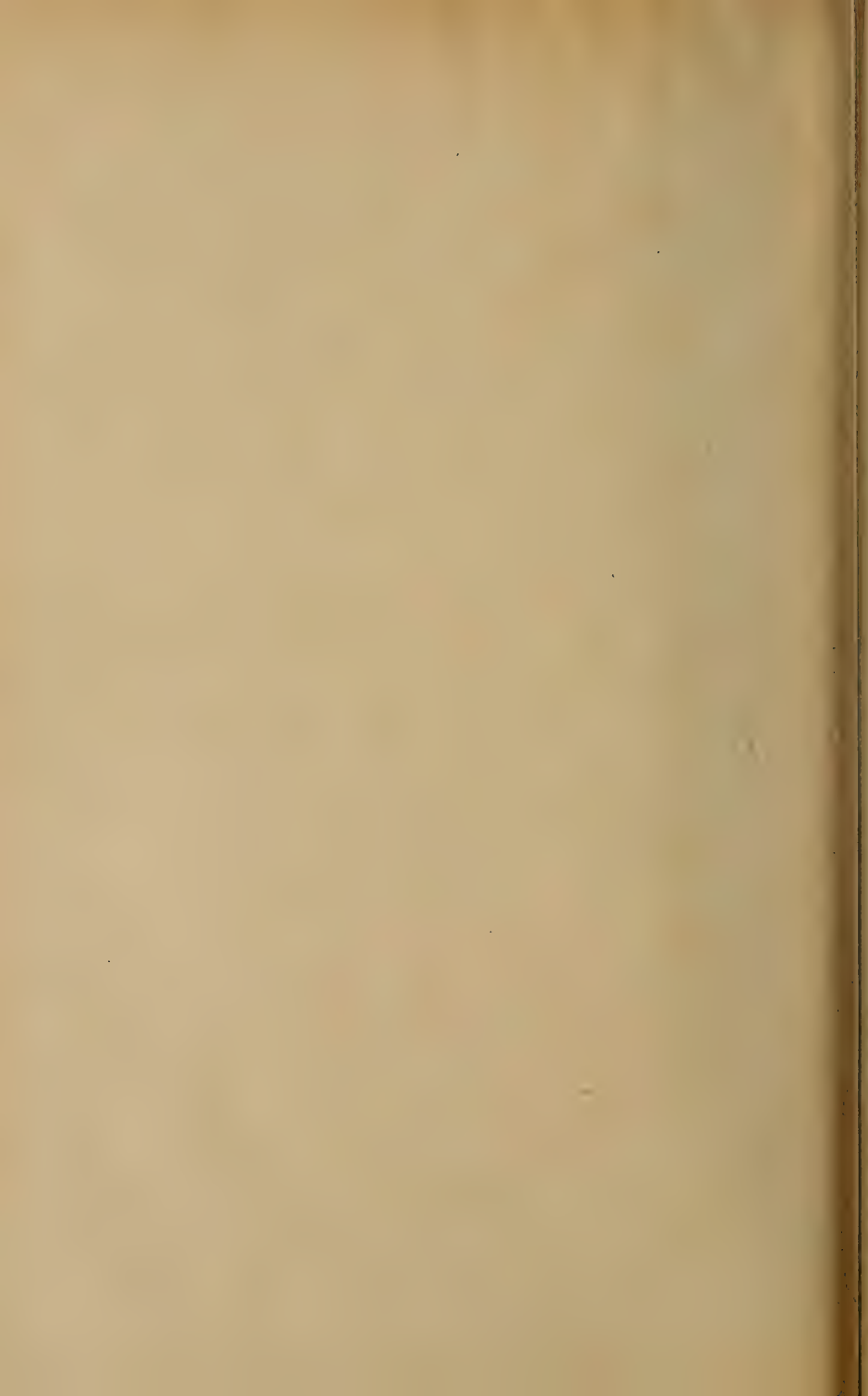
manentes por vías desconocidas en la política de los Poderes establecidos.

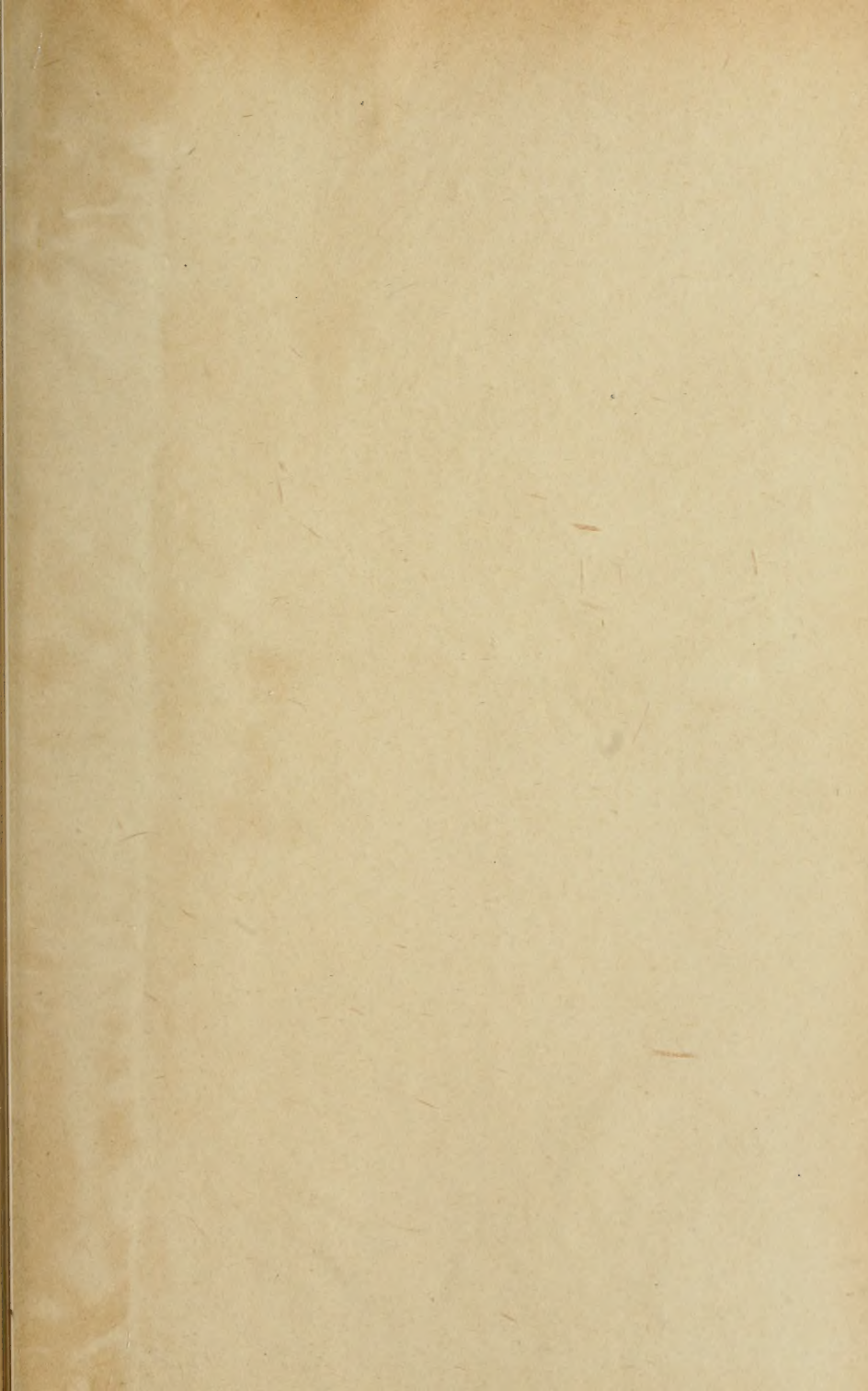
Se presenta desde luego en mejor punto de vista la proposición relativa á la coronación de un Príncipe de la casa de Braganza en calidad de Monarca de las Provincias Unidas con sujeción á la constitución, que el Soberano Congreso le presentare; y si ella fuese admitida, entonces podrían concertarse los medios de inspirar confianza á la corte del Brasil, de poner á cubierto la emancipación del Estado de cualquier cambio ó alteración que pudiera sobrevenir bajo la influencia del Príncipe, de evitar combinaciones sombrías entre las potencias de España y Portugal, y del modo y tiempo en que hubiese de ejecutarse el proyecto.

Es de presumirse, que por la unidad política que hasta estos tiempos han conservado los Gobiernos de San James y de Portugal, no recate éste de aquél sus relaciones ulteriores respectivamente á la América, al menos aquellas que contribuyan á demostrar una consonancia aparente con los intereses de la Gran Bretaña. Para conseguir toda la ventaja posible en este caso será del resorte del comisionado procurar ingerir la intervención ó garantía de esta última potencia, examinando antes con impenetrable sagacidad la opinión del embajador de Inglaterra. Un manejo igual parece que sería conveniente en toda negociación dirigida á la adquisición de algún otro Príncipe extranjero.

Dios guarde á Vuestra Soberanía muchos años. Buenos Aires, 19 de noviembre de 1816.—*Juan Martín de Pueyrredón*.—Soberano Congreso Nacional.









UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 000 017 878 0



